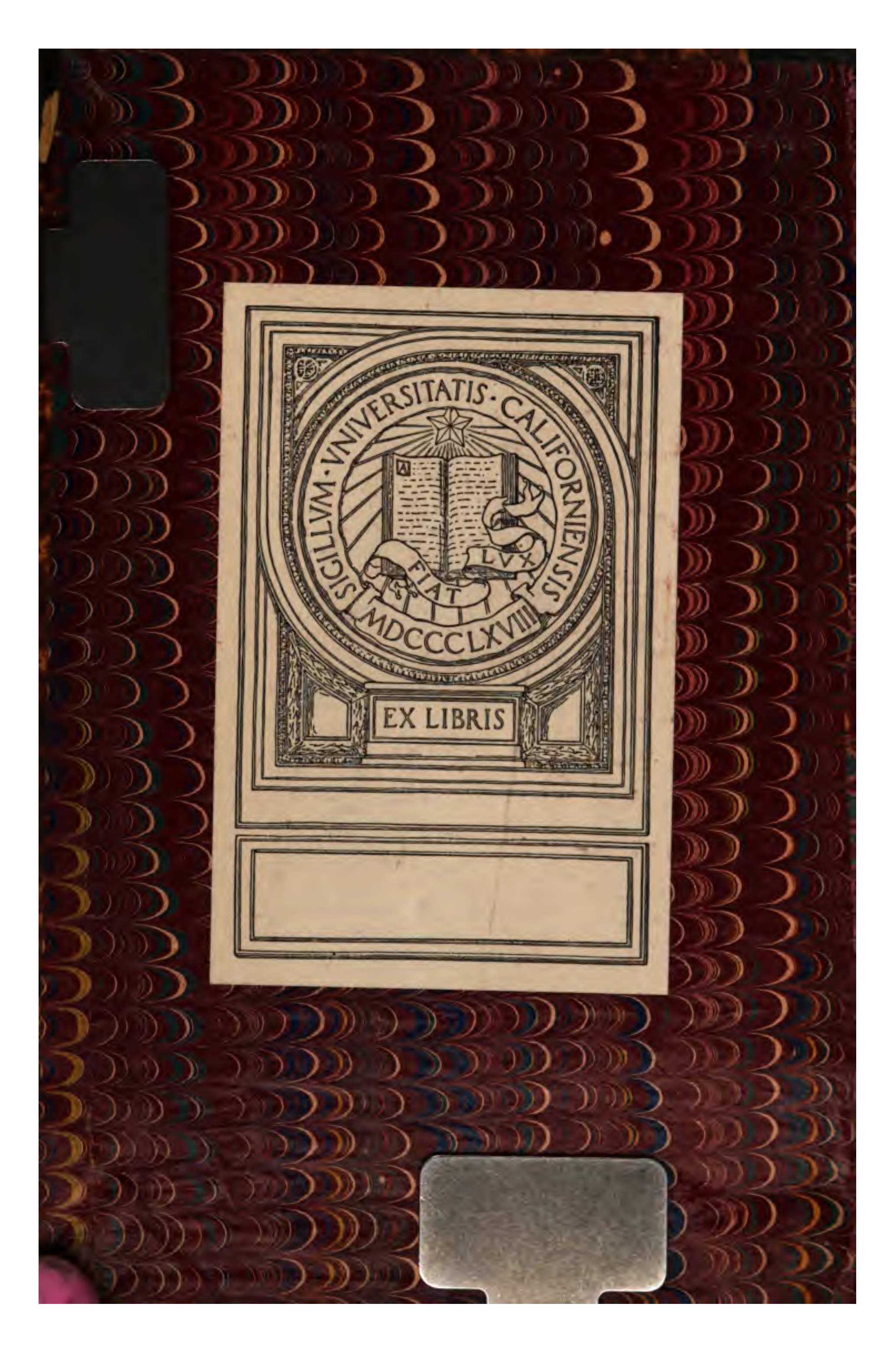
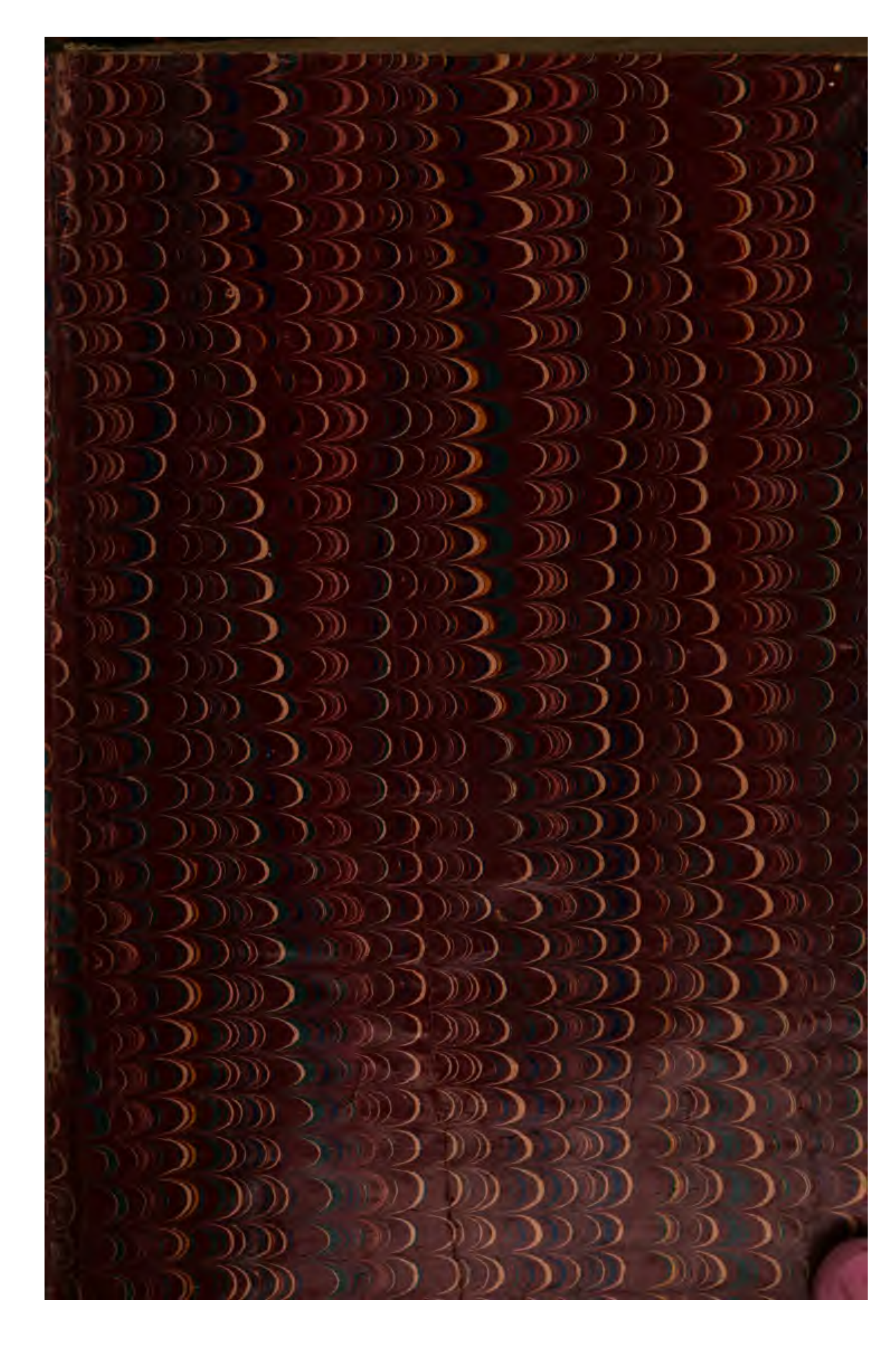

UC-NRLF
$B 191 262


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



800		200
510		170
130	debe	570
1440		
200		
1240		
570		
670		
1240		

540

PRINTED IN COLOMBIA

Acosta

BIOGRAFIAS

DE HOMBRES ILUSTRES Ó NOTABLES,

Relativas á la época del Descubrimiento, Conquista y Colonización de la parte de América denominada actualmente EE. UU. de Colombia:

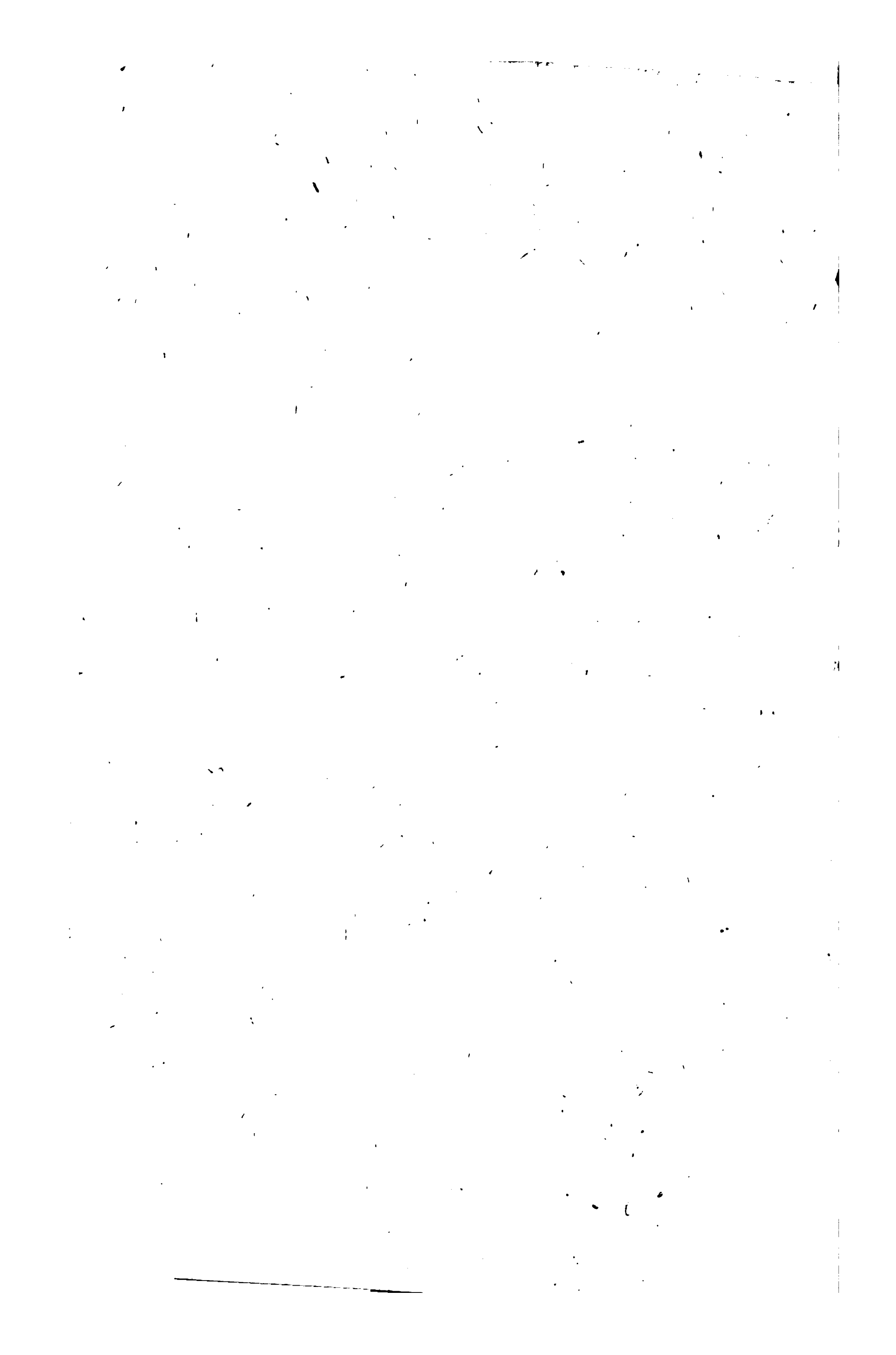
POR

DOÑA SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

(OBRA DESTINADA AL SERVICIO DE LA INSTRUCCION PUBLICA)

1883

BOGOTA
IMPRENTA DE "LA LUZ"
Calle 3.ª al Norte, núm. 49 al Oriente.



Acosta

BIOGRAFIAS

DE HOMBRES ILUSTRES Ó NOTABLES,

Relativas á la época del Descubrimiento, Conquista y Colonización de la parte de América denominada actualmente EE. UU. de Colombia:

POR

DOÑA SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

(OBRA DESTINADA AL SERVICIO DE LA INSTRUCCION PUBLICA)

1883

BOGOTA
IMPRENTA DE "LA LUZ"
Calle 3.ª al Norte, núm. 49 al Oriente.

PATENTE DE PRIVILEGIO.

FRANCISCO J. ZALDUA,

Presidente de los Estados Unidos de Colombia,

HACE SABER:

Que la señora Soledad Acosta de Samper ocurrió al Poder Ejecutivo solicitando privilegio exclusivo para publicar y vender una obra de su propiedad, cuyo título, que ha depositado en la Gobernación del Estado soberano de Cundinamarca, prestando el juramento requerido por la ley, es como sigue:

"Biografías de hombres ilustres ó notables, relativas á la época del Descubrimiento, Conquista y Colonización de la parte de América que actualmente se denomina Estados Unidos de Colombia, por doña Soledad Acosta de Samper."

Por lo tanto, en uso de la atribución que le confiere el artículo 66 de la Constitución, pone, mediante la presente, á la expresada señora Soledad Acosta de Samper, en posesión del privilegio por el término de quince años, de conformidad con la ley 1.ª Parte 1.ª Tratado 3.° de la Recopilación Granadina, "que asegura por cierto tiempo la propiedad de las producciones literarias y algunas otras."

Dada en Bogotá, á doce de Diciembre de mil ochocientos ochenta y dos.

FRANCISCO JAVIER ZALDÚA.

El Secretario de Fomento,

FELIPE F. PAÚL.

La presente obra, publicada con los auspicios del Gobierno nacional y de la Dirección de Instrucción pública del Estado de Cundinamarca, está principalmente destinada al servicio de los Colegios y Escuelas de Colombia, y de la juventud estudiosa.

INDICE.

OTROS CONQUISTADORES:

Pág.

PROLOGO.

No me incumbe en manera alguna la calificación de la presente obra, y solamente me creo autorizado, al presentarla al patrocinio de los Colombianos, para indicar su origen psícológico y la importancia de su objeto.

La autora de este libro, amada esposa que al cielo plugo darme, ha querido desde muchos años atrás, como que es la hija única del ilustre General Joaquín Acosta (sabio eminente, leal soldado, historiador erudito y muy notable hombre de Estado y diplomático), recoger en lo posible la herencia moral é intelectual de su padre. Ya que, por su sexo, no la era posible trillar ningún otro camino de los que su progenitor supo recorrer, con honra propia y de su patria, buscó en las letras el campo de actividad que sus deberes de esposa y de madre podían dejarla libre; y lo ha cultivado con singular aplicación y perseverancia, ya sirviendo á la literatura en el perio-

dismo con estudios morales, descripciones de viajes, cuadros de costumbres y trabajos de crítica; ya produciendo numerosísimas obras de imaginación, de las cuales su forma predilecta ha sido la novela, ora puramente psicológica, ora de costumbres, ora esencialmente histórica.

A este último género ha dedicado principalmente sus estudios y trabajos la señora Acosta de Samper, y fruto de su tenaz labor de muchos años son, á más de algunas obras de historia general (como la *Historia de la Mujer en la Civilización*) y de biografía (como las *Biografías de Mujeres ilustres*, y otros escritos de este género), gran número de novelas considerables que, arrancando del siglo XIV en España, exponen en cierto modo el desarrollo y la civilización de la gran raza española, á través de grandes acontecimientos de la Península, de la conquista de América, de la época colonial y de la guerra de la Independencia, hasta el momento actual, en que esta sociedad se agita y educa en el ancho pero imperfecto molde de la república democrática.

En el curso de sus estudios y trabajos, hubo de advertir la autora que había una gran laguna entre los monumentos que se habían ido levantando para formar la Historia nacional. Con excepción de Castellanos (cuyas Elegías son de mucho interés, pero tan incompletas en su plan como in-

correctas en su ejecución y débiles en su criterio), ni los cronistas del tiempo de la Conquista y la Colonización, ni los hitoriadores de nuestra época republicana (Acosta, Plaza, Groot, Vergara, Quijano, etc.) habían aplicado sus talentos y saber, por punto general, á narraciones que no fuesen del conjunto de los acontecimientos.

La Historia se compone de dos grandes órdenes de hechos y figuras: el conjunto cronológico y filosófico, y los pormenores individuales; ó en otros términos: la narración crítica de los sucesos, á través de los cuales se mantiene el hilo conductor de la vida de un pueblo ó del modo de ser de una época; y la galería de los hombres que más han caracterizado el movimiento de los sucesos y de las cosas, retratados de manera que sus grandes figuras resalten sobre los lineamientos del país que les sirve de teatro, y que éste quede iluminado, así como los hechos mismos, con la luz que despiden aquellas almas en acción. Sin estos elementos combinados: teatro, hombres característicos y acontecimientos, no hay Historia completa.

Así lo reconoció la señora Acosta de Samper, y viendo que en la obra general de la historia de Colombia faltaban, para dar plena luz al vastísimo cuadro, las biografías de los hombres ilustres ó eminentes de la primera época—Descubridores, Conquistadores y Misioneros colonizadores,—

emprendió escribirlas con el mejor método posible. De ahí la presente obra, fruto de más de seis años de pacientísimos estudios, de constante trabajo y minuciosas investigaciones.

¿Querrá el público de Colombia acogerla con benevolencia? Algún derecho tiene á esperarlo así la autora, siquiera como estímulo á su laboriosidad y á su empeño en hacerse digna del glorioso apellido que lleva, y en contribuir á dignificar el nombre de las colombianas en el mundo de las letras. En todo caso, sea ésta la ocasión de tributar homenaje de gratitud á la Administración nacional y al Director de Instrucción pública de Cundinamarca, por el patrocinio que han dado á la presente obra.

Bogotá, Junio 6 de 1883.

JOSÉ MARÍA SAMPER.

INTRODUCCION

> Si buscas la verdad, yo te convido á que leas; si no más del deleite y policía, ciérra el libro, satisfecho de que tan á tiempo te desengañé.
>
> FRANCISCO MANUEL DE MELO.
> (*Guerra de Cataluña*).

Hasta hoy día nuestros escritores colombianos se han ocupado, por lo general, más en relaciones históricas y descripciones geográficas de nuestro país, que en la vida *personal* de los hombres históricos. Si es cierto que se han dado á luz algunas vidas de personajes importantes de las crónicas historiales de Colombia, casi todos han sido *bocetos* ó biografías de los que han hecho un papel más ó menos notable en la guerra de la Independencia, y de los hombres de partido de los últimos cincuenta años. Esto proviene de que nos hemos acordado más de aquellos que nos dieron libertad, que de los que nos conquistaron el suelo patrio; que simpatizamos más con los que pusieron á nuestro alcance la fruta del bién y del mal, y nos hemos olvidado de los que, á costa de una pujanza y un valor incomparables, nos dotaron con territorio propio. Unos y otros derramaron sangre: los primeros vertieron sangre indígena y sacrificaron á los inocentes aborígenes; los segundos, héroes del amor á la libertad, lucharon derramando sangre española.

que volvamos los ojos más atrás, que recorramos con la imaginación los siglos pasados y conozcamos lo más posible á los que, atravesando los mares, vinieron á plantar sus tiendas en estas tierras tan lejanas, y á fundar naciones cristianas en donde reinaban la barbarie, la superstición y la idolatría.

Como la intención que me guía es poner fácilmente al alcance de la juventud la vida de los hombres más notables que tuvieron parte en el descubrimiento, conquista y colonización de la nación que hoy se llama Colombia, me ha parecido conveniente dividir la obra en tres partes:

La *primera* es el DESCUBRIMIENTO. Ésta empieza por necesidad con la vida de Colón, y continúa con la relación de la de los *descubridores* más notables, desde OJEDA hasta aquel monstruo que se llamó ALFINGER.

La *segunda* es la CONQUISTA. Aquí se encontrarán las vidas, no solamente de los que descubrieron, sino también de los caudillos que conquistaron la tierra y echaron los primeros cimientos de la Colonia que después se convirtió en Nación.

La *tercera* parte es una serie de noticias cortas sobre las vidas de los conquistadores de segundo órden, de algunos misioneros, &c.

Es cierto que pocas personas medianamente educadas dejarán de conocer hasta cierto punto los principales rasgos de la vida de Colón, y se me dirá que este hombre no es nuestro sino del mundo; pero era indispensable hablar de él, siquiera de paso, como del descubridor de una parte del territorio colombiano; y además, el ejemplo de aquel héroe de la Religión y de la Ciencia será siempre saludable para la juventud, que sabrá apreciar las cualidades que animaban á ese soldado de la Fe y la Sabiduría.

También se dirá que todo niño de escuela sabe quién era Gonzalo Jiménez de Quesada, y conoce los nombres de los fundadores de Cartagena, Santa-Marta, Tunja, Popayán y otras ciudades. Así será; pero no basta saber nombres propios y fechas: debemos conocer las personas y los caracteres de los hombres históricos para poder juzgar de sus hechos.

Esta laguna en nuestra historia es la que he procurado, en parte, colmar en las páginas que se leerán en seguida. Pero antes de empezar, suplico encarecidamente á los lectores que me dispensen la benevolencia con que otras veces han acogido mis escritos, disimulando las faltas que manchen esta obra, en gracia de la buena voluntad que me ha animado al emprenderla.

PRIMERA PARTE.

LOS DESCUBRIDORES.

CRISTOBAL COLON.

I

¿Sería Colón acaso el primer descubridor de la América? ¿ó antes que él otros navegantes arribaron á nuestras costas? Problema es éste que se ha discutido en todos los tonos y tiempos, desde el siglo xv, pero que, sin duda, jamás tendrá una resolución satisfactoria.

Herodoto, 610 años antes de nuestra éra, aseguraba que no había inconveniente en atravesar el Océano; Alberto el Grande, y después su discípulo Rogerio Bacon, creían que la tierra era redonda, y que debía de haber países desconocidos del otro lado del Atlántico, puesto que se decía que los navegantes fenicios habían atravesado el Océano. Algunos autores aseguran que las islas Canarias fueron pobladas por los fenicios, y que, no satisfechos con esto, habían continuado navegando hasta arribar á las costas de la Florida.

En cuanto á la América del Norte, no cabe duda de que los islandeses descubrieron la Groenlandia en el siglo ix, y que allí formaron una rica colonia, cuyos habitantes pasaban frecuentemente al continente europeo, en tanto que del americano sacaban maderas y pieles, visitando lo que hoy día se llama Nueva Escocia, costeando el Canadá y bajando algunas veces hasta el sitio en que se encuentra á Boston. Los naturales de aquellas tierras, dicen las tradiciones de Islandia, eran, sin embargo, tan salvajes y violentos, que los europeos no se atrevieron á colonizar las costas norte-americanas.

Asegúrase que se hallan muy bien descritas las tierras con sus golfos, promontorios y particularidades, en las *sagas* ó crónicas de Islandia. Andando el tiempo, creció á tal punto la colonia groenlandesa, que llegó á contar doscientas poblaciones: había gran número de iglesias y una catedral, en donde gobernaron la grey católica diez y siete obispos consecutivos, cuyos nombres se encuentran en documentos auténticos. Pero la frecuente comunicación con Noruega causó su ruina ulterior, porque cuando, á mediados del siglo XIV, la terrible peste negra asoló á Europa, llegó á Groenlandia, y fueron tales los estragos que hizo en la población, que á poco de haberla importado no quedaba una sola persona viva en toda la colonia!

Sorpréndese el lector al pensar que hubiera durado cinco siglos la colonia groenlandesa, cuyos habitantes conocían el continente americano, y que los sabios europeos no pararan mientes en semejante descubrimiento. Pero cuando se piensa en el estado de lucha y de desorden en que se hallaba Europa en aquellos siglos de reconstitución de las monarquías, se acaba la sorpresa. El Norte del antiguo mundo casi no tenía comunicación con el Sur, donde se hallaban los pocos hombres que guardaban encendida la antorcha de la ciencia, y allí la civilización cristiana batallaba á brazo partido con los turcos, los árabes y los musulmanes. Cuando al fin venció el cristianismo y se tuvo tiempo de respirar y de reconocerse, al fin del siglo XIV, la colonia groenlandesa había desaparecido y olvidádose sus tradiciones. Así, pués, aquel descubrimiento casual, hecho por personas ignorantes y que no continuaron aprovechándose de ello, en nada disminuye la gloria de Cristóbal Colón, quien, apoyado en la ciencia, atravesó el Océano deliberadamente, porque tenía fe en sus teorías científicas.

Algunos escritores católicos se han ocupado recientemente en estudiar las señales evidentes de un cristianismo olvidado, que se encuentran en las tradiciones americanas. En casi todas las crónicas de los aborígenes, desde Méjico y Yucatán hasta las tribus del Sur de América, se encuentra la tradición de la llegada de un *hombre blanco* á su tierra, el cual en unas partes decían que llevaba un manto adornado con cruces, en otras que llevaba una cruz en la mano, y que

enseñaba una doctrina que tiene muchos puntos de contacto con el cristianismo. Graves autores, tanto antiguos como modernos, tratan de probar que ese hombre era Santo Tomás, el Apóstol; pero si aquello no es posible probarlo, ¿por qué no había de ser algún misionero católico de los establecidos en Groenlandia, que emprendiera viaje, solo ó acompañado, con el objeto de catequizar las tribus salvajes del continente descubierto por sus compatriotas?

Aquél también es un arcano que permanecerá cerrado, y en vano procuramos indagar un misterio que Dios no ha querido permitir que sondeemos.

Todo en lo pasado es maravilloso, inescrutable: nuestro entendimiento es tan limitado, á pesar de nuestro necio orgullo, que necesitamos ver y palpar los hechos para comprenderlos; y hay quien pretenda comprender la esencia divina del Creador y explicar la formación del mundo, por medio de ciencias inventadas por nuestra pobre inteligencia!

Puede decirse realmente que la ciencia, como la comprendemos hoy, no data sino del siglo XV; y aun los vislumbres que antes de aquella época se tenían, no habían bajado á las masas, y sólo vivían en la mente de algunos seres privilegiados. No había sido necesario hasta entonces ensanchar el campo de los descubrimientos territoriales para la marcha de la civilización, y por eso no se había encontrado quien guiara hacia nuevos horizontes. Pero cuando fué preciso dar un desahogo á la Europa y alimento á los espíritus aventureros de España, se encontró el hombre que señalara el camino desconocido hasta entonces. Los descubrimientos no se hacen populares sino cuando son necesarios; todo tiene su tiempo oportuno en la creación, y nada sucede antes ni después de lo que tiene determinado la Divina Providencia.

II

Cristóbal Colón nació, según todas las probabilidades, de 1435 á 1436, en Génova, ciudad libre de Ita-

lia, * pero á la sazón despedazada por facciones que se disputaban el poder con tal encarnizamiento, que no dejaban un día de tranquilidad á los ciudadanos. Hijo de padres pobres, la primera juventud de nuestro futuro descubridor se pasó en la más completa oscuridad. A pesar de las continuas guerras que despedazaban á Italia, aquel país era el más civilizado del mundo, y en él se hacía gran caso de las ciencias; así fué que Colón, no obstante la pobreza de su familia, obtuvo una educación científica, y cuando se embarcó como marino la primera vez, á la edad de diez y seis años, yá tenía buenos conocimientos astronómicos y cosmográficos, ganaba la vida haciendo mapas geográficos, y había estudiado el arte náutica. Nadie ha podido saber á punto fijo cuáles fueron los primeros países que visitó Colón, pero se infiere que recorrería, en la marina mercante de su patria, todos los puntos más importantes de la tierra conocida hasta entonces. Los genoveses, desde la antigüedad, se habían apoderado del comercio del mundo, y han sido siempre hasta el día los más hábiles marinos; pero en aquel siglo otra nación les hacía competencia en este ramo: Portugal. En aquel país era en donde el arte de construir mapas era más productivo, y en donde estaban más al corriente que en ninguna otra parte del mundo, de los descubrimientos geográficos que se hacían. Es, pues, natural que Colón visitase con más frecuencia á Portugal, porque sus mapas eran acogidos con aprecio, y él encontraba allí una atmósfera adecuada á su espíritu indagador. ¿Desde cuándo surgió en su espíritu el deseo de atravesar el Océano para ir á buscar la India? Nadie lo sabe; pero, sin duda, fué desde su juventud. Casado en Portugal con la hija de un antiguo navegante, tenía á su disposición todos los itinerarios de los viajes que éste había hecho; á más de esto, su casa era el punto de reunión de todos los marinos portugueses y extranjeros que iban á buscar allí los mapas que construía Colón para la venta. Así fué como poco á poco creció en su mente

* Yá en los momentos de dar esta obra á la estampa, leemos en un periódico que un sacerdote de la ciudad de Calvi (en Córcega) reivindica para su país natal el nacimiento del gran Descubridor, y ha recogido una suscripción para levantar una estatua en aquella ciudad, en honór de Colón.

y se desarrolló la idea de ir en busca de las Indias Orientales, dando la vuelta al mundo. Pero, con aquella paciencia que distingue al verdadero genio, no habló de la idea que le inspiraba mientras no tuvo completa seguridad de que estaba fundada en la verdad. Una vez convencido Colón de que su proyecto era exacto, con laudable patriotismo se dirigió, en primer lugar, á Génova á pedir auxilio y recursos para llevarlo á cabo. Mas aquella república, ocupada tan sólo en sus guerras intestinas, le recibió con frialdad y le negó su apoyo; otro tanto hizo Venecia, á quien él se dirigió después. Rechazado en Italia, Colón volvió los ojos á su segunda patria, á Portugal. El rey don Juán II le escuchó atentamente, le dió esperanzas y le entretuvo en la Corte, en tanto que enviaba algunos navíos por la ruta indicada en busca de la India, con el objeto de arrebatarle su gloria al Descubridor. Colón tuvo noticia de tamaña villanía al regreso de la expedición, que se había devuelto espantada con las borrascas que la acometieron en alta mar.

Indignado el Genovés con semejante perfidia, abandonó á Portugal y pasó á España.... Pocas personas ignoran la manera con que al fin logró Colón que los Reyes Católicos acogieran y protegieran su empresa, y todas las vicisitudes, casi novelescas, por las cuales pasó el Descubridor en España, desde 1484, en que llegó á la Corte, hasta 1492, en que pudo embarcarse en el puerto de Palos, el 3 de Agosto, con dirección al Nuevo Mundo soñado por él.

La época era la mejor escogida para ofrecer nuevas aventuras á los españoles. Acostumbrados durante más de seis siglos á gastar el sobrante de su actividad y denuedo en batallar contra los árabes invasores, se veían, con la toma de Granada, libres de luchas intestinas, y era indispensable para ellos buscar otro objeto en qué ocupar sus fuerzas. De allí vino la popularidad de que gozó el proyecto de Colón desde un principio: los caballeros sentían la necesidad de echarse por esos mundos en busca de aventuras peligrosas, sin las cuales no podían vivir; el tipo de don Quijote siempre ha sido el retrato del carácter español de la Edad Media y del Renacimiento.

III

¿Quién no ha leido con hondo interés la narración de aquel primer viaje de Colón en busca de lo desconocido?.....La sedición latente de la tripulación; las ofertas que les hacía el Descubridor; su profunda confianza, y el cobarde desaliento de sus compañeros; aquellas escenas conmovedoras en que el Genovés ponía de manifiesto su fé en Dios, su genio y sus esperanzas, en contraposición al terror, á la ignorancia y pobreza de ánimo de los otros: todo esto interesa vivamente. ¿Y quién no ha sentido un movimiento de entusiasmo cuando, al clarear el día 12 de Octubre de 1492, se ve á Colón de hinojos mirando las primeras tierras del Nuevo Mundo?

En el primer viaje Colón descubrió el archipiélago de las Lucayas y las islas de Santo Domingo y Cuba; en el segundo recorrió las costas de las islas de Guadalupe y Jamaica; en el tercero tocó por primera vez en Tierra-Firme, en las costas de Paria, y en el cuarto y último arribó á las riberas de lo que hoy día se llama Colombia.

Diez años después del portentoso descubrimiento del Nuevo Mundo, Colón, —triste, profundamente desengañado, fatigado y enfermo con tantas persecuciones como había sufrido,* se daba á la vela en Cádiz, el 19 de Mayo de 1502, para emprender su cuarto viaje.

Habiendo tocado en Santo Domingo, sus enemigos no le permitieron guarecerse en la rada de la Isa-

* Como la vida de Cristóbal Colón es tan conocida, particularmente en sus pormenores más dramáticos, no hemos querido extendernos, sino en la parte concerniente al descubrimiento especial de nuestras costas, que es lo que hemos tratado de narrar en esta biografía. Así pués, nada decimos de las persecuciones que sufrió de los envidiosos, que le acusaron de querer alzarse con el mando de las colonias establecidas por él en la Española; no hablamos de la ingratitud del perverso Alcalde Mayor Francisco Roldán, que se insurreccionó contra Colón, y después logró que los Reyes Católicos, asediados por los malquerientes del Almirante, enviasen un comisionado á indagar la conducta de éste, de donde resultaron su prisión y el deshonor que este acto ha dejado sobre el nombre de sus perseguidores. Todos estos hechos de la vida de Colón andan escritos en las innumerables vidas que se han publicado de él, y el que desee imponerse de ellos los encontrará fácilmente en todos los idiomas.

bela para escapar de un furioso huracán que amenazaba perderle; huracán que despedazó la flota de su enemigo el cruel Gobernador Obando, é hizo naufragar á Bovadilla. Pero si los hombres no tuvieron piedad del noble anciano, Dios le tuvo compasión y le salvó. Colón se detuvo en Jamaica algunos días, y después prosiguió la ruta que se había trazado en busca de un paso libre hácia la India, cuyas costas creyó, hasta la hora de su muerte, haber descubierto.

Todo parecía conspirar contra su deseo: durante sesenta días le acometieron sin cesar espantosas tempestades; estaba tan enfermo que no podía levantarse de su lecho, el que había mandado llevar sobre cubierta para dirigir desde allí la nave. Al fin, el 14 de Septiembre, avistó el golfo de Honduras y un cabo que se dirigía hácia el Sur, y que, costeándolo, le permitía aprovecharse de los vientos favorables, por lo cual lo llamó de "Gracias á Dios." Aquel punto forma la extremidad de Colombia por el Noroeste. Costeando siempre con dirección al Sur, y perseguido día y noche por huracanes, lluvias tropicales y estrepitosas tempestades, propías de aquellos parajes, la infeliz expedición continuó su viaje sin desalentarse. Varias veces creyeron que Colón estaba á punto de rendir el alma, y se detuvieron para saltar á tierra y proporcionarle algún alivio; pero entonces les atacaban los naturales, que salían á defender la tierra con grandes vocerías y estruendosos instrumentos músicos de guerra. El 5 de Octubre entró Colón en la hermosa ensenada que ha conservado el nombre del "Almirante," y allí encontraron las primeras muestras del oro del Continente. El nombre indígena de aquellas costas era Veraguas, nombre que ha quedado á los descendientes del Descubridor, con el título de duques. El 2 de Noviembre llegaron al puerto que, por su sin par hermosura, llamó Colón "Portobelo," nombre que con razón le ha quedado; – y si aquel puerto no fuera tan insalubre, sería tal vez el más frecuentado, por ser el más hermoso, seguro y cómodo de todo aquel litoral.

Renunciando al fin á descubrir la vía hácia la India que deseaba encontrar, Colón, algo restablecido en su salud, resolvió regresar á Veraguas á explorar las ricas tierras en donde le habían dicho que se criaba el oro; y efectivamente, decía después que había visto

más oro en aquel lugar en dos días, que en la Española en cuatro años.

Empezaba el año de 1503 cuando Colón, contento con la riqueza de la tierra y el buen natural de los indígenas que había encontrado por allí, resolvió fundar una colonia, como se lo tenía mandado la reina Isabel. Escogió para el caso las orillas del rio Belén, en donde se edificaron diez casas, que fueron las primeras que levantaron los españoles en el continente americano; pero aquella tentativa fracasó, porque, habiéndose descontentado á los naturales, éstos se declararon enemigos, y tuvieron los descubridores que abandonar el proyecto y también la Tierra-Firme, la cual dejaron el 1.º de Mayo del mismo año. Yendo en vía para Santo Domingo, en embarcaciones destruidas por las tempestades y la carcoma, la expedición naufragó en las costas de Jamaica. Después de muchos impedimentos logró Colón mandar armar una pequeña embarcación en que envió algunos de los suyos á pedir auxilio á la Española; pero el Gobernador, que le odiaba, no quiso enviarle socorro, sino al cabo de un año, durante el cual el Almirante había sufrido inauditos tormentos.

Jamás se podrá describir un viaje más desastroso que aquel último de Colón; había sufrido en él temporales horrorosos, hambres, trombas de agua, sed, guerras con naturales por extremo salvajes, enfermedades constantes, motines, humillaciones, irrespetos á sus canas, y por último el naufragio y el abandono en una isla poblada de tribus enemigas, durante muchos meses de amarguísimas angustias.

Al fin, después de estar á punto de perderse en la mar varias veces, pudo Colón desembarcar en San Lúcar el 7 de Noviembre de 1504, al cabo de dos años y medio de constantes padecimientos. Al llegar á España le aguardaba una pena más, cual fué la muerte de su protectora la reina Isabel, quien falleció el 26 del mismo mes de Noviembre. Año y medio después Colón la siguió á la tumba, pobre, perseguido, profundamente triste y abandonado por los mismos que en un tiempo le habían adulado, pero lleno de fe en Dios y de esperanza en su misericordia infinita, dejando esta tierra de lágrimas para buscar su recompensa en el cielo, el 20 de Mayo de 1506, á los setenta y un años de edad.

Concluiremos estos pocos rasgos biográficos citando algo de lo que acerca de Colón dice un escrito norte-americano: *

"¿Cómo se debería definir la verdadera grandeza humana? ¿Cuál es la medida que debería servirnos para juzgar del mérito de un grande hombre? Diremos sin vacilar que el hombre más grande es *aquel á quien el mundo debe mayores beneficios.* Comparados los hechos con los resultados, nos atreveríamos á asegurar que Cristóbal Colón es el primero entre los hombres realmente grandes, y su puesto tiene que estar á la cabeza de la lista de los hombres más ilustres de todos los tiempos. Comparado este héroe católico con los Alejandros, los Aníbales, los Césares y los Napoleones, ¿á cuál de ellos debe el mundo tántos beneficios como á Colón? Las ciencias, el comercio y la Religión le deben más gratitud que á cualquier otro hombre; el Nuevo Mundo le respeta como á su Descubridor; la Iglesia católica le reconoce como á uno de sus hijos más santos, y la humanidad entera debe considerarse como deudora suya. No puede ser suficientemente elogiado el bellísimo carácter con que Dios le había dotado; sus hechos heroicos son innumerables; y así como sólo existe una América en el mundo, asimismo se encontró solamente un Colón entre los hijos de los hombres."

* Lives of Catholic heroes and heroines of America—by John Okane Murray—New-York, 1880.

2

ALONSO DE OJEDA.

I

Entre todos los descubridores de nuestras costas, Alonso de Ojeda es el tipo que mejor reune las cualidades y defectos de los antiguos caballeros españoles, tales como los pintan las leyendas de la Edad Media.

España fué durante muchos siglos el campo en donde todos los caballeros de la cristiandad iban á estudiar el arte de la guerra; de la guerra, no como la entendemos hoy, sino como se usaba en aquellos tiempos en que el heroísmo y la felonía, la abnegación más completa y la crueldad más terrible, la generosidad más extraordinaria y los sentimientos más innobles moraban en unos mismos pechos.

Alonso de Ojeda era natural de Cuenca, capital de la provincia, partido y obispado del mismo nombre en la Castilla oriental, ciudad insignificante en la historia, pero poblada de una raza fuerte, robusta, parca é industriosa. Hijo de familia hidalga, pero de pocos recursos, tuvo la ventaja de educarse en casa de los duques de Medina Sidonia, en donde pasó su juventud en calidad de paje. En aquellas nobles familias españolas, los que vivían bajo su techo eran mirados como parte de ellas, y se les daba una cuidadosa educación marcial, propia para formar valientes hombres de guerra. Acompañaban á su señor á la Corte y á la guerra, y bajo su protección ganaban una buena posición en la sociedad. Alonso de Ojeda era pariente cercano de un alto miembro del Tribunal de la Inquisición, de su

mismo nombre, quien le presentó al famoso obispo de Burgos, que fué despues Patriarca de las Indias, don Juan Rodríguez de Fonseca; pero cuyo nombre está manchado en los anales de la historia con las injusticias de que usó para con Colón y Cortés.

El joven Ojeda se ganó en breve la buena voluntad del Obispo, quien ofreció dispensarle su protección en primera oportunidad. Alonso tenia veintiocho años en 1494, era pequeño de estatura, ágil hasta causar sorpresa, y en todos los ejercicios de las armas, maestro consumado; tenía el genio pronto y la vista perspicaz; era valiente hasta la temeridad, vengativo hasta la crueldad, tierno de corazón con los débiles, y cortés con las damas; pendenciero y duelista, pero hondamente creyente y por extremo observante de sus deberes religiosos.

El Obispo supo distinguir en aquel joven una alma bien templada y un corazón generoso, pero también notó que su carácter tenía un fondo de ambición que podía servirle en los planes que por entonces maduraba para perder á Colón. Envió, pues, al joven con un alto empleo en el segundo viaje que hizo el gran Descubridor al Nuevo Mundo, con el objeto de que tratara de vigilar la conducta de Colón.

Apenas llegó Ojeda al Nuevo Mundo, cuando empezó á hacerse notable entre todos. Enseñado á comcombatir en las *guerrillas* contra los moriscos de Granada, no había quien le igualara en aquel género de combate, y en breve su audacia le puso á la cabeza de todas las expediciones contra los desgraciados indígenas del interior de la isla. Hubo vez que lograra derrotar á diez mil indígenas con cincuenta hombres á sus órdenes; no había nada que le arredrara ni empresa que no acometiera. Deseaba Colón tener en su poder al cacique más poderoso de la isla: Ojeda ofreció traérsele prisionero, robándosele del corazón del campamento indígena, y lo hizo con tal denuedo, que se juzgaría aquella aventura como imposible, si no la refirieran serios cronistas de cuya veracidad no se puede dudar.

Nuestro protagonista regresó á España en 1496, y el 22 de Mayo de 1499 volvió á hacerse á la vela con dirección al Nuevo Mundo; pero en esta vez venía por su

cuenta y como jefe de la expedición, trayendo, para guiarse por ellos, los diarios y mapas que había levantado Colón en su tercer viaje, cuando descubrió el continente americano. El obispo Fonseca había cometido la felonía de entregar á su protegido los datos suficientes para que continuara el descubrimiento de Colón, contra la voluntad del Almirante. Sin duda la fama de las riquezas encontradas en Paria le habia tentado, y facilitó los medios suficientes á Ojeda para que le diese parte en las ganancias de la empresa. La codicia, el amor desordenado al oro descubierto en el Nuevo Mundo, era la pasión dominante de los descubridores de aquellos tiempos en todas las jerarquías sociales y en todas las edades de los hombres. Era una manía, una locura incurable; todo lo arrostraban para lograrlo; nada les detenía, ni tenía nadie freno moral en su marcha vertiginosa en persecución de oro, y oro y más oro, á cualquier precio; era una enfermedad, un contagio general al cual pocos escapaban!

Con Ojeda, y en calidad de piloto, venía Juan de la Cosa, cosmógrafo de alguna fama yá, que había navegado por aquestos mares con Colón. En su compañía aparece también el nombre de Américo Vespucio, personaje que se hizo célebre después, no porque hubiese tenido mayores méritos personales, sino porque, sin saberlo, y tal vez sin desearlo, legó su nombre al continente descubierto por Colón.

Las tres carabelas (*) que componían la flotilla de Ojeda estaban tripuladas por marineros experimentados que habían acompañado á Colón en sus viajes anteriores. Atravesaron el Océano con vientos favorables en veinticuatro días, y vieron tierra cerca de la desembocadura del Orinoco. Fueron costeando sin desembarcar, por toda la orilla del continente, pero tomaron tierra en tres partes de la isla de la Trinidad, siguiendo el mismo rumbo que había tomado Colón. Tocaron en las costas del golfo de Paria, tratando amigablemente con los naturales en todos aquellos parajes. Visitaron la isla de Margarita, y en seguida continuaron su derrota, visitando puertos y ensenadas y rescatando perlas y

[*] La *carabela* era una embarcación muy usada en aquel tiempo, con una cubierta, un espolón en la proa, tres mástiles casi iguales y tres vergas muy largas, cada cual con una vela latina.

mantas, en cambio de baratijas europeas que daban á los aborígenes, hasta llegar á la isla de Curazao, que llamaron de los Gigantes, por haber visto en ella algunos indígenas de alta estatura. Algunas leguas más adelante surgieron á un golfo espacioso, pero de aspecto triste y desapacible, en cuyo seno notaron con sorpresa un caserío construido sobre una estacada en medio del agua. Admirados con un espectáculo nunca visto por los descubridores del Nuevo Mundo, Ojeda ó alguno de sus compañeros italianos lo comparó á Venecia, y llamaron el sitio Venezuela, nombre que conservó todo aquel litoral, que se convirtió después en una importante colonia española y siglos más tarde en floreciente República.

No habían andado mucho cuando descubrieron el magnífico lago llamado hoy día de Maracaibo, pero que Ojeda denominó de San Bartolomé, por haber llegado á él el 24 de Agosto. Sin penetrar dentro de la barra que divide el lago del mar, Ojeda llegó á la península que llamamos de la Goagira y en donde empieza el litoral de la nación colombiana. Los indígenas llamaban todo aquello Coquibacoa, desde el lago hasta la península. Ojeda no continuó muy adelante su rumbo, sino que, después de descubrir un cabo alto, "rodeado de tierra estéril y con un islote en su parte Oesto," que le pareció á lo lejos blanquear como la vela de un navío, —al cual puso el nombre de Cabo de la Vela,—resolvió abandonar por entonces su viaje de descubrimiento y buscar un puerto en donde poder carenar sus naves deterioradas por la broma.

Dejando, pues, la Tierra-Firme, dirigió la proa de sus naves sobre la isla Española, y entró en el puerto de Jáquimo el 5 de Septiembre de 1499. Recibiéronle allí los amigos del Almirante muy mal, fundándose en que no había tenido derecho de visitar las tierras descubiertas por Colón. De resultas de aquello tuvieron lugar reyertas y desaveniencias tales, que unos y otros se vinieron á las manos, combatieron como enemigos, y en la refriega murieron algunos y quedaron otros gravemente heridos. Viendo Ojeda que no podía sobreponerse á la fuerza y al derecho que asistía á Colón, á pesar de haber sido autorizado por el Patriarca de las Indias, abandonó definitivamente la expedición y se di-

rigió á España, llevando algunas perlas y poca cantidad de oro, pero gran número de indígenas cautivos que vendió en algunas de las Antillas y en la Península al regresar en Junio de 1500.

II

A pesar de las quejas que Colón vertió contra Ojeda, nada pudo obtener, porque el joven descubridor tenía un poderoso protector que le libró de todo mal y le proporcionó, además, el nombramiento en propiedad de Adelantado de Coquibacoa, con la condición de que fundase en el lugar que mejor le acomodara una población española.

Ojeda, no obstante su ambición de gloria y fama (no parece nunca haber sido codicioso de riquezas, y jamás las tuvo), hubo de aguardar dos años antes de poner por obra su viaje á posesionarse de la gobernación para la cual le habían nombrado. En aquella expedición llevaba dos malos socios: Juan de Vergara y García de Campos ú Ocampo, con quienes debía dividir las ganancias de la empresa.

Zarparon las cuatro embarcaciones que comandaba Ojeda, del puerto de Cádiz, á mediados del año de 1502, é hicieron escalas en las islas Canarias, en el Golfo de Paria, en la Margarita y en Cumaná, cautivando indígenas y utensilios para fundar su colonia más lejos. Todos sus compañeros se apropiaron cuanto pudieron, tanto esclavos como mantas y el oro que hallaron; sólo Ojeda, con noble desprendimiento, no reclamó para sí sino una hamaca.

Costeando por la península de la Goagira, al fin Ojeda resolvió detenerse definitivamente en una ensenada que le pareció cómoda, y cuyos habitantes parecían mansos y bien dispuestos hácia los Españoles. Desembarcaron, pues, allí, y tomaron posesión de la tierra en nombre de los Reyes de España, dándole el de Santa-Cruz. Aquella iniciada colonia se hallaba en un sitio que hoy llaman Bahía-Honda, y en donde hasta el siglo pasado poseían los Españoles un fortín con una pe-

queña guarnición, para impedir el contrabando y poner trabas á las depredaciones de los indios goagiros, que compraban armas á los piratas para agredir á las poblaciones españolas.

Aquella colonia no subsistió ni tres meses, por varios motivos. Habiendo escaseado las provisiones, los Españoles no tuvieron la prudencia de conseguir alimentos con los naturales por buenos medios, sino que allanaron los alrededores con las armas en la mano, salteando las poblaciones, por cuyo motivo los indígenas les declararon una guerra cruel, haciendo insegura la residencia allí; al mismo tiempo el carácter altivo del Adelantado no podía soportar los ruines modales de sus compañeros, y por esta causa tenían diarios disgustos y desavenencias; y por último, la codicia de Vergara y Ocampo puso término á todo, pues deseosos de hacerse al botín que habían reunido, apresaron con felonía á Ojeda, le aherrojaron en una de las embarcaciones, y levando el ancla con todos los presuntos colonos, se dirigieron hacia la Española. Allí le acusaron de haberse querido apoderar de los quintos reales, y como cohecharon á los jueces, Ojeda fué condenado á pagar una gran suma á la corona. Él apeló á los Reyes de España, y al cabo de un año de litigio fué absuelto; pero quedó tan pobre, que no pudo por muchos años volver á emprender expedición alguna.

Ojeda estaba radicado en la isla Española cuando volvemos á tropezar con su nombre en las crónicas de la época, en 1508, junto con el de Juan de la Cosa: ambos pedían al Rey de España que les concediera licencia para fundar una colonia en cualquier punto de la costa, adelante del cabo de la Vela. Juan de la Cosa pasó á España á gestionar el asunto; pero allí se encontró con un competidor, joven cortesano y rico, Diego de Nicuesa, que pedía la autorización para poblar las mismas tierras. El Consejo de Indias, queriendo obrar con justicia, concedió á ambos rivales lo que pedían, señalando á Nicuesa desde el Darién hasta el Cabo de Gracias á Dios, y á Ojeda desde el cabo de la Vela hasta el Golfo de Urabá. En compensacion, Juan de la Cosa se comprometía, en nombre de Ojeda, á construir cuatro fuertes en aquellos territorios, y á fundar una población para catequizar á los indígenas, apartando de todas las

ganancias que hicieran el quinto para el Rey. Con el objeto de manifestar el buen deseo que abrigaba el Gobierno español de que se sometiera á los indígenas del Nuevo Mundo por las buenas, mandó que no empezasen ninguna conquista ni emprendiesen batalla alguna sin que, por medio de intérpretes, se hiciese á los indígenas el siguiente requerimiento:

"Yo, Alonso de Ojeda, criado de los muy altos y muy poderosos Reyes de Castilla y de León, domadores de gentes bárbaras, su mensajero y capitán, vos notifico y hago saber como mejor puedo, que Dios Nuestro Señor, Uno y Eterno, crió el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de quienes vosotros y nosotros, y todos los hombres del mundo fueron y son descendientes procreados y todos los que después de nosotros vinieren: Mas por la muchedumbre de generación que de éstos ha procedido, desde cinco mil y más años que há que el mundo fué creado, fué necesario que los unos hombres fuesen por una parte y los otros por otra, y se dividiesen por muchos reinos y provincias, porque en una sola no se podían sustentar y conservar. De todas estas gentes, Dios Nuestro Señor dió cargo á uno que fué llamado San Pedro, para que de todos los hombres del mundo fuese Señor y superior, á quien todos obedeciesen, y fuese cabeza del linaje humano, doquier que los hombres estuviesen y viviesen, y en cualquier ley, secta ó creencia: y dióle á todo el mundo por su servicio y jurisdicción; y como quiera que le mandó que pusiese su silla en Roma, como en lugar más aparejado para regir el mundo, también le prometió que podiá estar y poner su silla en cualquiera otra parte del mundo y juzgar y gobernar todas las gentes, cristianos, moros, judíos, gentiles y de cualquiera otra secta ó creencia que fuesen. A éste llamaron Papa, que quiere decir Admirable mayor, padre y guardador, porque es padre y gobernador de todos los hombres. A éste Santo Padre obedecieron y tomaron por Señor, Rey y Superior del universo los que en aquel tiempo vivían, y asimismo han tenido á todos los otros que después de él fueron al pontificado elegidos, y ansí se ha continuádo hasta ahora y se continuará hasta que el mundo acabe.

"Uno de los pontífices pasados que he dicho, como señor del mundo, hizo donación de estas islas y Tierra-

Firme del mar Océano á los católicos reyes de Castilla, que eran entonces Don Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria, y á sus sucesores, nuestros señores, y todo lo que en ellos hay, según se contiene en ciertas escrituras que sobre ello pasaron, según dicho es, que podéis ver si quisiéredes. Así que su Majestad es Rey y Señor de estas islas y tierra firme, por virtud de la dicha donación, y como á tal Rey y Señor, algunas islas y casi todas á quien esto ha sido notificado han recibido á su Majestad y le han obedecido, servido y sirven, como súbditos lo deben hacer, y con buena voluntad y sin ninguna resistencia, y luego, sin ninguna dilación, como fueron informados de lo susodicho, obedecieron á los varones religiosos que les enviaba para que les predicasen y enseñasen nuestra santa fe; y todos ellos de su libre y agradable voluntad, sin apremio ni condición alguna, se tornaron cristianos y lo son; y su Majestad les recibió alegre y benignamente, y ansí los mandó tratar como á los otros sus súbditos y vasallos: y vosotros sois tenidos y obligados á hacer lo mismo. Por ende, como mejor puedo, vos ruego y requiero que entendáis bien en esto que os he dicho y toméis para entendello y deliberar sobre ello el tiempo que fuere justo, y reconozcáis á la Iglesia por Señora y superiora del universo mundo y al Sumo Pontífice llamado Papa, en su nombre; y á Su Majestad en su lugar como superior y Señor Rey de las islas y Tierra-Firme por virtud de la dicha donación: y consintáis que estos Padres religiosos os declaren y prediquen lo susodicho: y si ansí lo hiciéredes, haréis bien y aquello que sostenidos y obligados, y su Majestad, y yo en su nombre, vos recibirán con todo amor y caridad y vos dejarán vuestras mujeres é hijos libres, sin servidumbre, para que de ellas y de vosotros hagáis libremente todo lo que quisiéredes y por bien tuviéredes como lo han hecho casi todos los vecinos de las otras islas. Y allende de esto, su Majestad vos dará muchos privilegios y exenciones y vos hará muchas mercedes; si no lo hiciéredes, ó en ello dilación maliciosamente pusiéredes, certifícoos que, con el ayuda de Dios, yo entraré poderosamente contra vosotros, y vos haré guerra por todas las partes y maneras que yo pudiere, y vos sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de Su Majestad, y to-

maré vuestras mujeres é hijos y los haré esclavos, y como tales los venderé y dispondré de ellos como Su Majestad mandare; y vos tomaré vuestros bienes y vos haré todos los males y daños que pudiere, como á vasallos que no obedecen ni quieren recibir á su señor y le resisten y contradicen. Y protesto que las muertes y daños que de ellos se recrecieren, sean á vuestra culpa y no de su Majestad, ni nuéstra, ni de estos caballeros que conmigo vinieron, y de cómo os lo digo y requiero pido al presente escribano que me lo dé por testimonio signado" (1)

Este requerimento era entregado desde aquel tiempo á todos los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo, pero sin duda pocos lo pondrían en práctica, no tomándose la pena de cumplir con una fórmula enteramente inoficiosa é incomprensible para los pobres salvajes. Pero aquel documento, que nos parece hoy el colmo de lo ridículo, fué compuesto, por orden del Gobierno, por un célebre escritor español, el doctor Juan López de Palacios Rubios, (2) y fué aprobado por los hombres más doctos de España; tan cierto es que cada época tiene su diferente modo de entender las cosas!

Pero, sin duda, yá para entonces el obispo Fonseca había dejado de proteger á Ojeda, cuya mala fortuna no debía de ser del gusto del Patriarca de las Indias, pues con dificultad pudo Juan de la Cosa reunir el caudal suficiente para aprontar la expedición. Además, el hijo de Colón, el Almirante don Diego, trataba de poner todas las trabas posibles á la empresa, alegando los derechos que tenían los herederos de su padre sobre todo el litoral descubierto en parte por él.

En tanto que Diego de Nicuesa podía disponer de una fortuna propia considerable, su rival tenía que apelar á la bolsa de sus amigos para echar á flote las

[1] *Acosta*—"Compendio histórico del Descubrimiento de la Nueva Granada."

[2] Palacios Rubios era un hombre muy notable de su tiempo, y tuvo parte en la recopilación de las "Leyes de Toro;" escribía por lo general en latín, menos una obra llamada "Del esfuerzo bélico, heroico," dedicada á su hijo.

Ticknor.—History of Spanish literature.—Tomo 1.°, página 496.

cuatro embarcaciones que había conseguido, y eso muy pobremente aperadas... Aquella circunstancia hería tanto el amor propio de nuestro héroe, quien veía en Nicuesa un afortunado rival en todas las circunstancias de la vida, que, buscando motivos de disputa en los límites de sus futuras colonias, le desafió á singular y mortal combate, lo cual no se llevó á efecto, merced al buen sentido y espíritu práctico de Juan de la Cosa, quien puso fin á la disputa aceptando como límite de las gobernaciones el río Darién, que desemboca en el Golfo de Urabá, y obligando á Ojeda á que se embarcase prontamente y se alejase de Santo Domingo.

Antes de dejar la Española, Ojeda había nombrado Alcalde mayor de la futura población á un letrado, Martín Fernández de Enciso, bachiller muy feliz en su profesión de abogado, con la cual había hecho una pequeña fortuna en el Nuevo Mundo. Había entregado, para preparar la expedición de Ojeda, una parte de sus ganancias, y mientras que éste se hacía á la vela, el 10 de Noviembre de 1509, Enciso permanecía en la Española, con el objeto de fletar otra embarcación bien pertrechada de víveres y provisiones de toda especie, con la cual debía ir después á alcanzar á Ojeda, una vez fundada la colonia.

III

La flotilla de Alonso de Ojeda, en aquel su tercer viaje de descubrimiento, consistía en dos carabelas y dos bergantines, tripulados con trescientos hombres escogidos. Entre éstos aparece por primera vez el nombre de Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú, y había sentado plaza tambien como soldado en aquella expedición el futuro conquistador de Méjico, Hernán Cortés, pero felizmente para él enfermó el día de la partida y no pudo embarcarse.

A pesar de los consejos de Juan de la Cosa, que yá había visitado aquellas costas y conocía el temple belicoso de sus habitantes, Ojeda se empeñó en ir á sentar pie en el hermoso puerto de Calamar (hoy día Cartagena) para fundar allí una fortaleza. Y por cierto que

nuestro descubridor no tenía mal ojo, siendo aquella bahía una de las más hermosas de la América del Sur. (*)

Habiendo desembarcado con una parte de sus fuerzas, saliéronle á recibir los naturales con señales evidentes de guerra. La Cosa volvió á amonestar á Ojeda para que desistiese de su proyecto de establecerse en un país enemigo, en donde los aborígenes, hasta entonces, habían rehusado tratar amigablemente con los Españoles. Pero Ojeda era tan terco cuanto valiente, y se empeñó en que los religiosos que llevaba leyesen en alta voz el requerimiento del Rey, que ya hemos visto, mandando á los intérpretes que lo tradujesen en lengua caribe, que era la de aquellos salvajes.

Como era natural, los indios recibieron la fórmula con indiferencia, y cuando Ojeda mandó que les mostrasen espejillos y otras baratijas europeas para acariciarles con dádivas, los altivos salvajes miraron aquello como un insulto, y arremetieron contra los Españoles, con sus flechas y macanas, con gran denuedo y valentía.

"Todavía es tiempo de devolvernos, Ojeda; no tentemos á la Providencia!" exclamó Juan de la Cosa por la última vez. Pero viendo que el otro no le escuchaba, se preparó para acompañarlo á la pelea. En aquel primer combate derrotaron completamente á los naturales; – pero habiendo querido perseguirles hasta

(*) "Regúlase su total extensión de Norte á Sur, en más de un miriámetro, y forma en sus costas varias ensenadas. Toda ella es de mucho fondo y de buen tenedero. En vista de la configuración que le da la isla de Tierrabomba, la dividen los marineros en tres secciones: la meridional ó primer bahía, que corresponde á las entradas de Bocachica y Pasacaballos, con 14 á 16 brazas de fondo; la del centro, á continuación, ó segunda bahía, correspondiente á la Bocagrande, con fondo algo mayor; y más al Norte la Caldera, que es tan abrigada como la mejor dársena.

Las aguas de toda la bahía son tan tranquilas, que cuando soplan con fuerza las brisas y hay vientos del Sur con turbonadas, jamás se alteran más de lo que puede suceder en un río; pero para tomarla no sólo se necesita de práctico, sino que se cuida de tener balizada la boca. Las mareas no guardan regularidad en la bahía ni aun en las costas exteriores, pues se ha observado que suben por un día entero, y bajan luego en cuatro ó cinco horas, sin pasar su elevación de 2½ piés. Abunda en sabroso pescado de muchas clases; son muy grandes las tortugas y disformes y feroces los tiburones que la infestan."

[*Felipe Pérez* "Geografía física y política del Estado de Bolívar."]

Yurbaco (hoy día Turbaco), (1) Ojeda fué destrozado por los aborígenes, y en el combate murieron desgraciadamente Juan de la Cosa y todos los españoles que les acompañaban, salvando tan sólo la vida el capitán y un soldado. Ojeda logró librarse de las manos de los salvajes, merced á la asombrosa agilidad y denuedo que poseía, y huyendo por medio del monte llegó á la orilla del mar, en donde le recogieron los que habían quedado en los buques, ya moribundo, y á punto de espirar de hambre, pero sin ninguna herida en el cuerpo. (2)

Estando en esta triste situación, arribó á Cartagena la escuadra de Nicuesa á tomar agua, y éste, con toda la nobleza de un caballero, olvidó sus resentimientos con Ojeda, y ofreció ayudarle á vengar la muerte de Juan de la Cosa y de los suyos. Unieron, pues, sus fuerzas los dos antiguos rivales, y atacando á los dueños de la tierra, no dejaron vivo un solo indígena de los que les cayeron en las manos: hombres, mujeres y niños, todos fueron sacrificados é incendiadas las poblaciones y sementeras!

Una vez concluída esta fechoría y recogido y dividido el oro que hallaron sobre los cuerpos y en las habitaciones de los naturales, Nicuesa continuó su derrota en busca de la tierra que le tocaba, y Ojeda, levando las anclas de sus naves, se dirigió al Golfo de Urabá,

[1] "*Turbaco*, pueblo de indios á 2 miriámetros de Cartagena, casi sobre la cumbre de unas montañas. Es notable este pueblo desde el principio de la conquista por la lucha que sostuvo contra los españoles, y después por el papel importante que ha desempeñado en la historia militar del país. Turbaco ha sido preferido siempre por sus baños y temperatura por las personas ricas de Cartagena, las que han hecho allí habitaciones cómodas: fabrica canastos muy estimados y cosecha frutos. Fué encomienda de don Jerónimo de Portugal, quien la erigió en parroquia en 1546, pasando despues á la corona."

[*Felipe Pérez*—"Geografía física y política del Estado de Bolívar."]

(2) "Llegaron á donde había, junto al agua de la mar, unos manglares, que son árboles que siempre nacen, crecen y permanecen dentro del agua de la mar, con grandes raíces sólidas, y enmarañadas unas con otras; y allí metido y escondido hallaron á Alonso de Ojeda, con su espada en la mano y la rodela en las espaldas, y en ella sobre trescientas señales de flechazos. Estaba de caído de hambre, que no podía echar de sí la habla, y si no fuera tan robusto, aunque chico de cuerpo, fuera muerto."

Las Casas, Libro 11. Capítulo 58.

sitio que tánto le había recomendado Juan de la Cosa, por haberlo él descubierto, en unión de Rodrigo de Bastidas, en 1501.

Costeando por toda la orilla del litoral, Ojeda pasó por frente de la punta de Carivana, que es la entrada del Golfo de Urabá, y penetrando en él encontró que todas las orillas eran bajas; pero más adelante, habiendo notado un sitio al parecer ameno, en medio de dos ríos, y teniendo á su espalda algunas colinas cubiertas de monte, resolvió anclar allí y echar los cimientos de una de las fortalezas que se había comprometido á levantar.

Como sus compañeros temían mucho las flechas envenenadas que usaban los indígenas de aquellos parajes, resolvió Ojeda bautizar la iniciada población con el hombre de San-Sebastián, erigiendo una fortaleza compuesta de fuertes palizadas. Pero si el sitio escogido había parecido agradable y ameno á primera vista, en breve encontraron que los alrededores estaban plagados de indígenas feroces que no admitían ninguna alianza con los Españoles. De noche se desvelaban oyendo la voz del tigre y de las panteras que daban vuelta á las habitaciones buscando su presa; perseguíanles el murciélago, los enjambres de zancudos, de alacranes de monte y arañas venenosas; y de día no podían acercarse á los ríos, de miedo de los caimanes y de la infinidad de serpientes venenosas que poblaban la tierra. Por último, el hambre vino á empeorar la situación. y en un combate con los naturales Ojeda fué herido, de un flechazo envenenado, -- la primera vez que lo fué en su vida, -- lo cual desmoralizó á los suyos, que tenían una confianza completa y habían llegado á creer en la invulnerabilidad de su Capitán. Pero si Ojeda fué herido, no por eso se dejó morir como sus compañeros, sino que, resolviendo salvarse la vida á cualquier precio, se hizo aplicar un hierro candente en la herida envenenada, remedio heroico que nadie quiso aplicarse después, pero que le salvó la vida á él, é impidió que sus subalternos se entregaran al desaliento. Mas Ojeda jamás volvió á recuperar por completo la salud de que había gozado hasta entonces, y cada día escaseaban las provisiones y moría alguno de aquellos desgraciados á manos de los indígenas

ó de las enfermedades. Se pasaban, sin embargo, las semanas y los meses, y á pesar de que el Gobernador había mandado una de sus embarcaciones á la Española á pedir los auxilios prometidos por Enciso, éste nò parecía; y la colonia hubiera muerto de hambre, si no llegara á aquellos parajes un bandido llamado Talavera, quien les vendió á precio de oro algunas provisiones, robadas por él en la Española junto con el bergantín en que se había embarcado.

Viendo Ojeda que Enciso tardaba y que los colonos empezaban á desesperar, ofreció ir personalmente á la isla Española para activar la remesa de los auxilios, dejando el mando de la Gobernación á Francisco Pizarro, con orden de abandonar la colonia si el Capitán no volvía antes de dos meses.

Embarcóse, pues, Ojeda en el bergantín de Talavera, con dirección á la Española; pero apenas el bandido tuvo al Gobernador del Darién en su poder, viendo que pretendía mandar en la embarcación como capitán, le hizo prender y encadenar, rehusando volverle la libertad, hasta que, acometido el buque por un recio temporal frente á la isla de Cuba, tuvo á bien soltarle para que procurase librarles del naufragio.

No solamente era Ojeda jefe de primer orden, valientísimo soldado y militar de gran pericia, sino también hábil marino; mas, cuando acudieron á pedirle consejo en aquella circunstancia, ya era tarde, y no pudo impedir que la embarcación se hiciese pedazos en los arrecifes de la costa cubana, logrando sólo que se pudiesen salvar sus compañeros con vida.

Pero si nuestro protagonista había tenido que sufrir grandes penalidades en su vida, los trabajos que padeció entonces fueron los peores imaginables. Perdidos los náufragos en las orillas cenagosas de aquella isla, sin atreverse á penetrar en el interior, temerosos de ser acometidos por los indígenas, desarmados en medio de mil peligros, muertos de hambre, fatigados y sin fuerzas, muchos murieron en los pantanos por enmedio de los cuales tenían que transitar de día, pasando las noches abrazados de las raíces de los mangles para no perecer ahogados.... De esta manera habían caminado durante cuarenta días, cuando Ojedà, habiendo perdido más de la mitad de sus compañeros,

acudió á pedir axilio á la Virgen María por medio de una imagen que llevaba siempre consigo. Todas las noches colgaba aquella imagen sobre su cabeza en las ramas de los árboles, y desde que salió la primera vez de España en la expedición de Colón, diez y seis años antes, jamás se había separado de la preciosa reliquia. Pero viéndose en aquel estado de angustia, hizo solemne voto de que si la Virgen intercedía por él y sus compañeros, se separaría para siempre de la querida imágen, la erigiría una capilla en el primer pueblo indígena que les acogiera bien, y la dejaría allí para el bien de los indios.

Pocas horas después de haber hecho aquel piadoso voto, lograron los náufragos salir del pantano y ser acogidos con hospitalidad por un cacique de un caserío cercano...... Ojeda cumplió religiosamente con su voto: después de haber enseñado una oracion al cacique amigo, mandó levantar una capillita en donde colocó la imagen, y despidiéndose de los sencillos naturales pasó á Jamaica y de allí á Santo Domingo.

Una vez que llegó á la Española, tuvo noticia de que Enciso había partido dias antes con auxilios para la colonia de San-Sebastián, y entonces, sintiéndose fatigado de la vida en cuerpo y en alma, desengañado y triste, se retiró á un convento franciscano, en donde murió poco después, mandando que le sepultasen bajo le quicio de la puerta de la iglesia, para que su tumba fuese hollada á todas horas por cuantos penetraran en el Santuario de Dios, con el objeto de castigar sus pecados capitales: el orgullo y la soberbia.

La existencia de Ojeda es un tejido de acciones asombrosas de valor heroico, de crueldad, de venganzas y de paciencia, y si adolecía su carácter de los defectos de su tiempo, también brillaron en él las cualidades del caballero con la audacia del aventurero y del soldado español de la época.

JUAN DE LA COSA.

Desde años atrás había empezado mis investigaciones relativas á este célebre marino, y tenía yá el trabajo muy adelantado, cuando tuve la fortuna de dar con un número del Boletín de la Sociedad de Geografía de París, en el cual encontré una noticia excelente, escrita por M. de la Roquette, Vicepresidente de aquel sabio cuerpo, sobre la vida y hechos de Juan de la Cosa. Parecióme que, en lugar de escribir una nueva noticia por mi cuenta, con extractos de aquel trabajo completo, sería más leal y modesto de mi parte el traducirla simplemente y darla como tal. Así lo hice, y no dudo que mis lectores ganarán más con la traducción que va en seguida que con un escrito de mi redacción.

" Teníamos intención de presentaros un estudio acerca de la vida y obras de un gran navegante, de un eminente hidrógrafo español, de Juan de la Cosa, piloto de Cristóbal Colón. Este trabajo, revisado y aprobado por el baron de Humboldt, que tuvo á bien considerarlo *importante é interesante*, en una carta que nos hizo el honor de escribirnos de París hace cerca de veinte años (la que conservamos preciosamente), fué por casualidad hallada últimamente entre nuestros papeles, y de ello tendremos el gusto de hablaros hoy.

" Decíamos en aquel opúsculo que, á pesar de la justa celebridad, de los méritos y de las obras de Juan

de la Cosa, habiendo obtenido durante su existencia la confianza del inmortal descubridor del Nuevo Mundo, y además los elogios de la mayor parte de los *conquistadores* y de los historiadores de los primeros tiempos del descubrimiento, así como de los historiadores modernos, sin embargo, como por una fatalidad, ningún biógrafo le había dedicado mención especial; y esta falta es la que procuraremos corregir.

"No os ofreceremos ahora sino un esbozo rápido, y sin duda sobrado imperfecto de nuestro primer trabajo, al que añadiremos algunas líneas acerca del *mapamundi*, obra capital de Juan de la Cosa, y el único monumento geográfico que de él se conserva y del cual veréis una admirable copia en este recinto.

"No se tiene noticia exacta de la fecha precisa del nacimiento de Juan de la Cosa, aunque se puede fijar aproximativamente en la segunda mitad del siglo XV. Se sabe que era originario de Santoña, pequeño puerto de la provincia de Santander, sobre el golfo de Vizcaya; así es que los contemporáneos le llamaban frecuentemente *el Vizcaíno*.

"Juan de la Cosa era conocido como un buen marino y hábil constructor de mapas, cuando Cristóbal Colón, que le consideraba como su discípulo y le apreciaba mucho, lo llevó consigo, como su piloto, en el segundo viaje que hizo en 1493, á lo largo de Cuba y al derredor de Jamaica, viaje que se terminó en 1496. A su regreso á España, La Cosa se retiró á su pueblo natal, el que también abandonó en breve para ir á fijarse en el puerto de Santa-María.

"Se tienen pocas noticias acerca del empleo que hizo de su tiempo hasta el mes de Mayo de 1499, cuando Alonso de Ojeda (que le conocía desde que anduvo con él en el segundo viaje de Colón) le escogió para piloto suyo en una expedición de descubrimiento que emprendió al Nuevo Mundo, en unión de Américo Vespucio. Durante este viaje, que terminó mal, La Cosa tuvo la fortuna, sin embargo, de visitar cuidadosamente las costas de Paria, por lo cual Herrera le llama descubridor de Paria, á pesar de que ya esos sitios habían sido descubiertos por Colón en el año anterior.

"Devuelto al puerto de Santa-María en el mes de Junio de 1500, La Cosa terminó su célebre *mapa-*

mundi, en el cual nos ocuparemos más adelante. Hacia esa época Rodrigo Bastidas obtuvo licéncia de visitar las Indias Occidentales, y con este motivo consultó con La Cosa la ruta que debería seguir, y por último se le llevó como su principal piloto. Salieron los expedicionarios de España en Octubre de 1500, y orillando las costas de Tierra-Firme, visitaron el golfo de Urabá, el puerto del Retrete ó de los Escribanos, el istmo de Panamá y algunas otras localidades. Pero el mal estado de sus embarcaciones, y el arresto de Bastidas, á quien se le acusó de haber hecho sin autorización negocio de oro con los indios, puso término á la expedición, y La Cosa regresó á España en los últimos meses de 1502.

"Para recompensar los servicios prestados por nuestro piloto á la causa del descubrimiento, no solamente viajando á su costa, sino exponiendo frecuentemente su vida, la reina Isabel le nombró, por cédula real del 3 de Abril de 1503, Alguacil Mayor de Urabá, empleo que no tuvo sino más tarde.

"Encargóle su Gobierno en seguida de una misión á Lisboa, cerca del rey de Portugal, con el objeto de pedir explicaciones acerca de acusaciones que se le hacían al Portugués por haber hecho excursiones en los dominios españoles en las Indias. Pero este Gobierno, en lugar de dar las satisfacciones que se le pedían, hizo aprehender y encarcelar á La Cosa. Sin duda recobró muy en breve su libertad, porque en Octubre de 1503 yá estaba otra vez en la corte de España, en Segovia, en donde declaró á la Reina que había descubierto que no solamente los portugueses habían hechó un viaje de contrabando en las tierras pertenecientes á España, sino también que, á pesar de sus promesas, habían mandado otra expedición á aquellos parajes que no les pertenecían. Aprovechó esta ocasión nuestro piloto para presentar á su soberana los mapas hidrográficos de las Indias, que él había trabajado, así como el mapa que conocemos y que lleva la fecha de 1500.

"En 1504, La Cosa obtuvo la misión de vigilar, con cuatro navíos armados y equipados de guerra, las costas de Tierra-Firme de Indias hasta el golfo de Urabá. Llenó su encargo con muy buen éxito, puesto que reconoció y estudió á fondo aquellos litorales, negoció con los indios é impidió las usurpaciones portuguesas.

Debió de hacer buen negocio, pues que entregó al Tesorero general Martienza el 5.º de la Corona, que constaba de 50,000 maravedís, por lo cual obtuvo como recompensa una pensión de una suma igual á la que había entregado. En esta expedición él era capitán y piloto al mismo tiempo. Como la Corte de España no cesaba de desconfiar de la mala fe portuguesa, al regreso de Juan de la Cosa, en 1507, puso el Gobierno español á órdenes del piloto dos navíos, para que con ellos vigilara las costas españolas, desde el cabo de San Vicente hasta Cádiz, y capturara todo navío portugués que pareciera volver de las Indias. Sin embargo, esta expedición no tuvo ningún resultado, y así Juan de la Cosa fué enviado con sus dos carabelas de nuevo á Indias. Allí no solamente atendió á los mandatos de su Gobierno, sino que completó sus descubrimientos y traficó con provecho con los indígenas. Sin duda Bastidas le acompañó en aquel viaje, porque encontramos que tanto Juan de la Cosa como Bastidas recibieron 100,000 maravedís sobre los productos de la expedición, en la cual parece que recogieron una suma de 300,000 maravedís. Cuando volvió á España La Cosa, obtuvo que la reina Juana le confirmara en 1508 el nombramiento de Alguacil Mayor de Urabá, empleo concedido en 1503 por la reina Isabel, siendo hereditario para su hijo.

"Habiendo armado Juan de la Cosa un navío y dos bergantines con 200 hombres, partió en Noviembre de 1509 para Santo Domingo, á encontrarse con Alonso de Ojeda, que había sido nombrado Gobernador general de la Nueva Andalucía, de quien él era teniente general. En Santo Domingo tuvo ocasión de hacerle al futuro Gobernador un señalado servicio. Disputábanse Nicuesa y Ojeda los límites de sus respectivas Gobernaciones en Tierra-Firme; pero habiendo uno y otro nombrado árbitro en el asunto á Juan de la Cosa, éste obró con tanto tacto, que logró ponerles en paz, dividiendo entre los dos el río Grande del Darién: el uno debía adueñarse de la ribera occidental y el otro de la oriental. En el año siguiente (1510) nuestro piloto se justificó de las acusaciones que le hacían los Portugueses: de haber hecho descubrimientos indebidos del otro lado de la línea señalada á los Españoles. Es cierto que

esta acusación nunca había tenido mayor seriedad y su Gobierno no había hecho alto en ella.

"Durante su expedición con Ojeda, La Cosa se empeñó mucho con él para que fundasen la primera colonia proyectada en el rico y fértil terreno del golfo de Urabá, en donde decía que habitaban indios pacíficos y hospitalarios. Sin embargo, Ojeda no quiso escuchar este consejo, ni tampoco atendió á lo que le decía, de que no atacase una tribu de indígenas feroces é indomables que moraban en el lugar en que hoy día está situada Cartagena. Ojeda no solamente les atacó, sino que, olvidando la prudencia y desoyendo las súplicas de su Teniente, se internó hasta el pueblo vecino, en donde los indios se defendieron con tanto brio, que mataron con flechas envenenadas á gran número de españoles, rodearon al mismo jefe, quien hubiera perecido en aquel sitio, si Juan de la Cosa no le socorrierra á costa de su vida, pues murió allí atravesado por mil saetas envenenadas.

"Aquella muerte fué en breve vengada por sus amigos. Ojeda unió á las tropas de Nicuesa los soldados que le quedaron, y marchó contra los indígenas descuidados, matando centenares é incendiando sus ranchos.

"Para honrar los servicios de La Cosa, el rey de España permitió que la viuda del piloto conservara los indios que habían pertenecido á su difunto marido, y le otorgó, además, una suma de 45,000 maravedís. Ignoramos cuál fuera la suerte del hijo de Juan de la Cosa, á quien debía tocar el título de Alguacil Mayor de Urabá.

"Os hemos hecho presentes los principales rasgos de Juan de la Cosa, así como su muerte deplorable; ahora nos ocuparemos en el documento que nos ha dejado, el que por sí solo podría hacer su nombre imperecedero: hablamos del mapa, cuya copia exacta tenemos á la vista, merced á M. Jomard.

"El original de este precioso é inestimable monumento geográfico de la Edad Media está trazado en una grande hoja de pergamino, de forma ovalada y artísticamente iluminada. El mapa consta de las partes de América conocidas hasta 1500, época en que La Cosa lo trazo, así como las partes de Europa, Asia y Afri-

ca conocidas en aquella época, y tiene el siguiente epígrafe:

Juan de la Cosa lo fizo en el puerto de Santa-María en el año de 1500.

"Para comprender la importancia de este mapa, — dice el baron de Humboldt, — bastaría recordar que es seis años anterior á la muerte de Colón, y que los mapas más antiguos de América (no insertos en las ediciones de Tolomeo ni en las cosmografías del siglo XVI que se han conocido hasta hoy) son de 1527 y 1529, de la biblioteca del Gran Duque de Sajonia Weimar."

"Es probable que las relaciones íntimas que tenía el navegante y cosmógrafo español Martín Fernández de Enciso con Juan de la Cosa, no le hubieran sido inútiles, y debió de haberse aprovechado de sus conversaciones con él y de la vista de su mapa para formar después la "*Suma de geografía que trata de todas las partes y provincias del mundo: en especial de las Indias;*" obra sumamente curiosa, impresa en Sevilla en 1519, y que tradujimos del español cuando publicámos por primera vez una noticia de Enciso en la *Biografía Universal*, cuando hasta entonces su nombre estaba ausente de todo diccionario biográfico.

"Por una feliz circunstancia, el original del mapa de La Cosa fué descubierto y comprado á precio ínfimo, en 1832, por el baron Walcknaer, quien inmediatamente se lo comunicó al barón de Humboldt. Al fallecer Walcknaer (en 1852), este mapa fué puesto en pública subasta y adjudicado al Gobierno español por 4,200 francos, no sin que hubiese sido vivamente disputado por diferentes establecimientos extranjeros y particularmente por nuestra Biblioteca imperial, á quien representaba uno de nuestros directores, M. Jomard.

"Humboldt, en varias de sus obras y también en la *Introducción al examen crítico de la historia de la geografía del nuevo continente*, dice que entre él y el baron Walcknaer habían descubierto en 1832 el importante mapa de Juan de la Cosa. Y como Walcknaer nunca contradijo á Humboldt en aquello, es cosa averiguada que este sabio no sólo reprodujo trozos del mapa en menor escala, en la obra mencionada, sino que también tuvo parte en su hallazgo.

"Fuera de Humboldt, un sabio español, don Ramón de la Sagra, publicó en 1837 la parte del nuevo continente que se halla en el mapa de Juan de la Cosa, en una obra titulada: *Historia física, política y natural de la isla de Cuba*. En 1842 un infatigable erudito portugués, el vizconde de Sentarém, en su Atlas de la Edad Media, reprodujo también la parte de Africa trazada por La Cosa.

"Sin embargo, el único que ha copiado perfectamente el mapa en la misma escala y con sus mismos colores, ha sido M. Jomard, á quien se debe este gran servicio, ejecutado á su costa y sólo por amor á la ciencia." (*)

. . . .

[*] *Boletín de la Sociedad Geográfica de París*, número 17, tomo 3.°, año de 1862.

AMERICO VESPUCIO.

I.

Con Alonso de Ojeda había pasado al Nuevo Mundo, en 1499, para ocuparse en los descubrimientos de la Tierra-Firme, un geógrafo y cosmógrafo italiano que se firmaba *Amerrigo Vespucci*, el cual, además, era escritor de algún talento, pero cuyas narraciones son poco verídicas.

El Italiano había nacido en Florencia el 9 de marzo de 1451, y era hijo de un Notario público llamado Anastasio Vespucci, que pertenecía á una familia notable de aquella ciudad, pero entonces pobre. El nombre de Américo, dice Figuier, (*) era poco usado en Italia, y era de origen germánico: *Amelrich*, que traducido al francés es *Amaury*.

Educado cuidadosamente por un tío, religioso de San-Marcos, que regentaba cátedras de enseñanzas científicas en Florencia, Américo se dedicó al estudio de la astronomía y de las ciencias geométricas, geográficas y cosmográficas. Pero como su familia era pobre y él tenía que dedicarse al trabajo para vivir, tuvo que abandonar la carrera científica á que se inclinaba, para dedicarse al comercio, como lo habían hecho sus dos hermanos mayores. A los treinta y nueve años, empleado por una rica casa de comercio de su patria, partió para España.

España empezaba á ser la nación más rica é influyente de Europa, y el descubrimiento del Nuevo Mun-

(*) Savants du Moyen Age.

do, que tuvo lugar mientras que Vespucio estaba allí, debió de interesar sobremanera á un geógrafo amante de las ciencias. Américo estaba á la cabeza de los negocios comerciales que tenía en España Lorenzo de Medici, *el Magnífico*, árbitro de la República florentina. En los archivos de Florencia se encuentran varias cartas del cosmógrafo dirigidas á Lorenzo, en las cuales le habla de negocios comerciales. Á Vespucio tocó armar y equipar las naves que sirvieron á Colón en su segundo viaje al Nuevo Mundo, y naturalmente tuvo comunicación familiar con el Descubridor, quien le hablaría de todo lo que había visto en su primer viaje.

Aunque algunos escritores han tratado de asegurar que Américo fué por lo menos el descubridor del continente sud-americano, es cosa probada que él no pasó al Nuevo Mundo la primera vez, sino con Ojeda, en el último año del siglo XV. Un francés, E. Charton, que ha escrito las vidas de los viajeros antiguos y modernos, dice que Vespucio hizo un segundo viaje al Nuevo Mundo con Vicente Yáñez Pinzón, hermano del compañero de Colón en su primer viaje. Pero Pinzón, según Irving y otros escritores, salió de España en Diciembre de 1499, y extraño sería que estuviese en su compañía Vespucio, cuando en aquellos meses navegaba con Alonso de Ojeda por las Antillas, no habiendo regresado Ojeda á España sino en Junio de 1500. Sólo que Vespucio hubiera abandonado á Ojeda durante sus reyertas con Colón en la Española, y hubiera regresado por su cuenta á España sin pérdida de tiempo, sería posible que alcanzara á embarcarse con Yáñez Pinzón en Diciembre de 1499 y descubriera con él el Amazonas y las costas del Brasil. Pero aun esto no es posible, porque aunque Pinzón no volvió á España sino en Septiembre de 1500, existe una carta de Vespucio, fechada el 18 de Julio de aquel año, dirigida á Francisco de Medici, de Florencia, en la cual narra el viaje que había hecho con Ojeda al golfo de Paria y á los demás puntos de Tierra-Firme que visitó con él; pero para poder fingir que había hecho el descubrimiento por su cuenta, no menciona ningún nombre de los de sus compañeros, y sólo habla de sus aventuras, la mayor parte absurdas y fabulosas.

En 1501, y después en 1503, según las cartas del mismo Vespucio, estuvo en el servicio del Rey de Portugal, quien le mandó dos veces en viajes de descubrimiento por la costa abajo del Amazonas; y aunque refiere el cosmógrafo las circunstancias de su viaje, no han podido encontrarse en los archivos portugueses documentos que prueben la verdad del hecho.

Sin duda sus servicios fueron mal recompensados por el Rey de Portugal, porque en 1505 regresó á España en busca de empleo en la marina real. Protegido por Colón, obtuvo que le dieran carta de naturalización en España, en el momento en que el gran Descubridor dejaba de existir.

II

De allí en adelante la fortuna favoreció á Vespucio. Nombrado Piloto Mayor del reino con 75.000 maravedís anuales de sueldo, * pasó á ser jefe de la sección hidrográfica de Sevilla, encargado de anotar los nuevos descubrimientos, construir los mapas de las tierras conquistadas, vigilar los buques que se daban á la vela con dirección al Nuevo Mundo, y prescribirles el derrotero que deberían seguir. Con este importante destino vivió en Sevilla hasta su muerte, ocurrida en Febrero de 1512; pero no dejó ninguna fortuna, y como no tuvo hijos, á pesar de haberse casado, heredó el destino un sobrino suyo, Juan Vespucio, que era joven de mérito y de conocimientos científicos.

Américo Vespucio fué, pues, un descubridor de tercero ó cuarto orden, cuyo nombre no merecía vivir en un continente. Varias opiniones se han emitido acerca del motivo que hubiera para haber dejado su oscuro nombre á una gran parte del mundo. Unas personas han pensado que, como naturalmente ponía su nombre en los mapas que levantaba, éste se confundía con el nombre del continente, pero que no lo hacía con mala intención; otros han dicho últimamente que *América* era un territorio indígena, del cual hablaba Colón como que lo había descubierto él; pero yá no se cree que Vespucio hubiera sido un impostor,—como lo

* Cerca de 600 patacones anuales.

pensaron en su tiempo,—que pretendía haber descubierto el Nuevo Mundo.

Merced á los estudios que sobre este particular hizo el Baron de Humboldt, parace que el primero que dió el nombre de América al Nuevo Continente fué un librero alemán que había establecido una imprenta en la Lorena, quien publicó una colección de viajes, en los cuales estaban los escritos por Vespucio, y proponía en ellos que llamaran América al Nuevo Mundo. Como aquellos viajes fueron los primeros que se publicaron sobre los nuevos descubrimientos, el público los acogió con entusiasmo, y el nombre de Américo se hizo tan popular, que en breve quedó bautizado el Nuevo Mundo con uno que de ninguna manera le correspondía.

DIEGO DE NICUESA.

I.

Diego de Nicuesa era en 1508 un rico hidalgo, natural de la ciudad de Baeza, en Andalucía, y trinchador en casa de don Henrique Henríquez, tio del Católico Rey don Fernando. Pequeño de estatura, activo, ágil, maestro insigne en el manejo de las armas, elegante, caballeroso y en la flor de la edad, en mala hora para él se le ocurrió entrar en la lid para conquistar glorias y riquezas en el Nuevo Mundo. Pidió, al mismo tiempo que Alonso de Ojeda, la gobernación de una parte de la Tierra-Firme, - descubierta tres años antes por Colón, y que llamaban Castilla de Oro.

Merced á sus relaciones en la Corte, fácilmente consiguió lo que pedía, y sin vacilar gastó cuanta fortuna poseía en fletar una armada, sin reparar en gastos y con el boato y la generosidad propios de un hidalgo español.

Cuando se encontraron las expediciones de Nicuesa y Ojeda surtas en el puerto principal de la isla Española, el lujo y ostentación de la una dejaba en la sombra á la otra, y de allí resultaron entre los dos rivales grandes desavenencias y disgustos que no concluyeron sino con la partida de Ojeda en prosecución de su empresa.

Entre tanto Nicuesa se ocupaba en la Española en vender á buen precio una partida de infelices indígenas que había capturado en la isla caribe de Santa-Cruz, de paso para Santo Domingo. Quizás aquel crimen imperdonable, cometido al empezar su carrera

en el Nuevo Mundo, sería el que Dios castigó tan severamente en el poco tiempo que le restaba de vida.

Sin duda Nicuesa, que se había creado en la Corte y no tenía idea de lo que se sufría en el Nuevo Mundo, se había figurado cosa fácil y hacedera una campaña contra los indios salvajes y en climas tan tormentosos y deletéreos; pero al llegar á las Antillas empezaría á comprender las dificultades que se le presentaban, y se detuvo largo tiempo en la Española.

El novel descubridor era un galán, vestía con lujo, tenía una servidumbre ostentosa y derramaba á manos llenas el oro en todas direcciones, sin preocuparse del siguiente día. Así fue que á poco empezó á faltarle dinero para concluir los aprestos de la expedición, y comenzó á pedir prestado á uno y á otro, ofreciendo pagarlo todo con crecidos intereses al regreso de Castilla de Oro. Pero sus acreedores le cobraron desconfianza y temieron que fracasara una empresa cuyo jefe se manifestaba tan imprudente y festejador, á quien se le escapaba el dinero de entre las manos como por encanto, y que parecía ocuparse tan sólo en galantear á las damas, tocar guitarra, cantar y montar en una yegua morisca que bailaba con primor. Resolvieron, pues, varios de los que le habían prestado dinero, no dejarle partir sin que antes les hubiese pagado.

Al fin toda la armada de Nicuesa estuvo aparejada para hacerse á la vela, y cuando el Gobernador de Castilla de Oro quiso ponerse en marcha, tuvo noticia de que sus acreedores le aguardaban á la salida de la ciudad para apoderarse de él y obligarle á que les pagara lo que les debía. ¿Qué hacer en semejante aprieto?

Nicuesa mandó entonces que la armada se hiciese á la vela sin él, concediendo el mando provisional á un Lope de Olano, hombre de mal carácter y pérfido, que se había hecho notable en la Española por sus malos procedimientos para con Colón. Pensaba escaparse en seguida ocultamente, embarcarse en una carabela que debía aguardarle, pronta á darse á la vela á poca distancia de la poblacion, y alcanzar á su armada. Pero sus perseguidores tuvieron noticia de aquella intención, y temiendo que se les escapara, apelaron al Alcalde, alla-

naron la casa y le apresaron, llevándole delante de la justicia con su vestido de viaje. Pedíanle 500 ducados de oro, que había de entregarles al punto si quería que le pusiesen en libertad. Nicuesa no tenía á quién volver los ojos: cuantas personas conocía y tenían recursos, yá le habían proporcionado lo que podían, y sus promesas y ofrecimientos para lo futuro no hacían ninguna impresión en sus acreedores. Inclinando la cabeza ante su adversa suerte, iba á conformarse con ella y renunciar para siempre á su carrera de descubridor,—pues bien sabía que no faltaría quien se aprovechara de su flota para ir á descubrir en su lugar,—cuando vió caerle en las manos los 500 ducados que necesitaba: se los enviaba un Notario público, quien, compadecido de un caballero tan gallardo como Nicuesa, había ido á su casa, en donde tenía depositadas sus ganancias, y sacándo el dinero, salvó con él al galán con una generosidad inverosímil entre los aventureros de la época, contagiados de la fiebre de oro.

Nicuesa, hondamente agradecido y por extremo sorprendido, se apresuró á abrazar á su salvador, y sin aguardar á que se presentaran otros acreedores, se embarcó á toda priesa para ir á alcanzar á su flota.

Dicen los cronistas (parece que citando todos al padre Las Casas) que en el momento en que se embarcaba Nicuesa,—ya entrada la noche,—levantando los ojos al cielo, vió sobre su cabeza una espada de fuego enmedio de las estrellas, y al momento se acordó de que un astrólogo le había predicho que si se embarcaba bajo ese signo, en breve perecería. Las Casas añade que por aquel tiempo vieron en la Española un cometa que tenía la forma de una espada, y que un fraile había aconsejado á varios miembros de la tripulación de Nicuesa que no se embarcaran, porque los cielos les anunciaban desgracias.

Pero es preciso añadir que, á pesar del estado en que se hallaban las ciencias en aquel siglo, Nicuesa no hizo caso alguno de la predicción, diciendo á sus compañeros, después de referirles lo que había dicho el astrólogo, "que más confianza tenía en la misericordia de Dios que en el poder de las estrellas."

II.

Nicuesa, como Ojeda, se dirigió en primer lugar á Calamar (Cartagena), y allí llegó á tiempo que Ojeda, derrotado por los naturales, se lamentaba de la muerte del noble vizcaíno Juan de la Cosa y de no poder vengar su muerte por falta de suficiente fuerza.

Salieron los compañeros de Ojeda á recibir á don Diego y á suplicarle que no se aprovechase de la triste situación de su rival para vengarse de sus anteriores desavenencias. Nicuesa, que era un noble y generoso hidalgo, se encendió indignado al pensar que le creyeran tan poco caballero, y exclamó:

—Id á vuestro Capitán y traédmele aquí vivo ó muerto, y juro que no sólo olvidaré lo pasado, sino que le ayudaré en lo que se le ofrezca, como si fuese mi hermano. (1)

Ojeda no pudo resistir á tanta nobleza de alma, y corrió á abrazar á Nicuesa, quien le dijo entonces:

—Ved aquí á vuestro hermano; yo y los míos estamos á vuestras órdenes; podéis mandarnos en lo que gustéis, y con placer iremos á vengar la muerte del Piloto y de los demás. (2)

Inmediatamente el futuro gobernador de Castilla de Oro escogió, entre los setecientos hombres que llevaba, los más valientes y esforzados, y con Ojeda atacó, incendió, y deshizo á los indígenas de Turbaco; tocándole del botín encontrado entre los naturales cerca de cuarenta mil pesos de oro.

Despidiéronse para siempre los dos antiguos rivales, haciéndose mutuamente mil protestas de amistad, que jamás tuvieron ocasión de cumplir, y continuando Nicuesa su viaje, se dirigió, una vez pasado el golfo de Urabá, á las costas del Darién, buscando un puerto seguro donde poblar. Como las embarcaciones grandes que llevaba no podían acercarse lo suficiente á la orilla,

[1] W, Irving- "Compañeros de Colón" citando á Las Casas.
[2] Id. id id.

mandó que el cuerpo de la escuadra aguardase sus órdenes en alta mar, y que dos bergantines á las de Lope de Olano, permanecieran á la vista, mientras que él costeaba en una carabela pequeña.

Habiendo llegado al cabo de Tiburón, y no pudiendo, sin duda, tomar tierra por las brisas que corrían allí, continuó su viaje por toda la orilla de la costa, llegó á la ensenada de Anachucuna, en donde entonces, como ahora, las enmarañadas selvas todo lo circundaban, y pasó por frente al puerto y punta de Carreto; pero por allí acometióles una furiosa tempestad, en la cual perdió de vista los bergantines que comandaba Olano, é impelido por el huracán tuvo que alejarse de las orillas para no naufragar en los cayos y bajos peligrosos en que abundaban aquellas costas, y el viento le llevó muy lejos por las de Veraguas, perdiendo así el hilo de sus descubrimientos. Apenas le fué posible pensar en las demás naves, notó que se encontraba más allá de la laguna de Chiriquí, y que no había ninguna á la vista. Temiendo que hubiera naufragado su escuadra entera, y habiéndose convencido de que había pasado la costa de Veraguas, determinó bajar otra vez hacia el Sur hasta encontrarse con alguna de sus embarcaciones que le diera noticia de las demás.

Habiendo entrado con su carabela en un río que le pareció caudaloso, resultó que no lo era en realidad, y estando anclado bajaron las aguas, que iban crecidas por las lluvias, dejando en seco la carabela, que se volvió sobre un costado y traqueando amenazaba abrirse. Al ver aquel peligro inminente, un marino se tiró al agua para atar con una cuerda el navío contra la costa, pero sumergido por la corriente pereció en ella; sin detenerse á pensarlo, otro imitó su ejemplo y logró arribar á la orilla y atar el buque contra un árbol para dar tiempo á que Nicuesa y sus compañeros pudieran pasar á tierra, guiados por la soga, salvando además una lancha. Pocos momentos después de haber tocado en tierra la tripulación, se sumergió la carabela con cuanto contenía.

Todo aquel litoral es árido y desierto; no llevando ningún avío, sino lo encapillado, y eso mojado y despedazado, y careciendo, además, de armas y expuestos á la furia de los salvajes, que, según noticias, eran antro-

pófagos en aquella costa, la situación de Nicuesa y de sus compañeros era, por cierto, angustiosa.

Nicuesa tenia esperanzas de que la tripulación de su armada hiciese diligencia para averiguar su suerte; pero notando que pasaban las horas y no se veía señal alguna de las embarcaciones, propuso á los suyos que continuasen á pié por aquella playa, sirviéndose de la lancha para atravesar las bocas de los ríos, que los hay por allí muy caudalosos. Atormentaba al Gobernador el recuerdo de lo que le habían dicho acerca del carácter pérfido de Lope de Olano, quien no sería extraño, qué de propósito le abandonase para apoderarse de la armada y poblar la tierra por su cuenta. Pero no dió parte de sus aprensiones á los suyos, sino que, al contrario, les consolaba, y animaba, manifestándose más valiente y denodado que todos ellos.

Solamente las personas que hayan visitado aquellos sitios, tan salvajes hoy como entonces, podrán comprender cuáles serían los sufrimientos de los europeos que vagaban por ellos, muertos de hambre y casi desnudos. El calor en los lugares pantanosos de esa costa es intolerable, cuando no llueve, y cuando llueve es á torrentes, inundándolo todo las lluvias, y produciendo tal cantidad de animales inmundos y levantando miasmas tan insalubres, que no hay quien pueda resistir el clima sin enfermar. Así, al cabo de más de tres siglos y medio no ha cambiado en nada el aspecto del país, y permanece tan inhabitado como en los tiempos de su descubrimiento.

Nicuesa, el hijodalgo de corte, criado enmedio de las comodidades y el lujo, que jamás había tenido contrariedades ni se había privado del menor capricho, era, sin embargo, el más valiente de todos y el más robusto: jamás se le oyó una queja, ni dió la menor señal de desaliento; marchaba casi descalzo por enmedio de los arenales de fuego ó de los pantanos, chanceándose con los suyos, riendo y al parecer alegre y contento. Así se pasó un día y otro día. Congratulábanse todos porque hasta entonces no se habían encontrado con indios salvajes, cuando, caminando una mañana trabajosamente por el pie de una serranía que se levantaba á lo lejos, Nicuesa y sus compañeros se detuvieron espantados al ver caer muerto á sus piés, atravesado por

una flecha indígena, envenenada sin duda, á un jovencito que acompañaba á don Diego como paje desde España, y á quien, sin duda, había sacado de su patria para que buscase fortuna en el Nuevo Mundo. Mientras que Nicuesa, dolorosamente sorprendido, se inclinaba sobre el mísero pajecito, sus compañeros notaron que desde unas vecinas rocas les estaba vigilando una partida de indígenas, los cuales no volvieron á hacerles ningun mal una vez que hubieron muerto al paje, cuyo vestido de colores vivos, aunque despedazado, y los plumajes del sombrero, les habían llamado la atención. Nicuesa no quiso alejarse de aquel sitio funesto mientras no hubo enterrado entre las ardientes arenas de la playa á su paje, cuya existencia era la última señal de ostentación y de boato que le quedaba de su antiguo esplendor.

Empero trascurrían los días y á cada momento menguaba la esperanza de socorro, y crecían el hambre, la desnudez y el peligro. Manteníanse todos con algas marinas y mariscos que encontraban en las playas, y aun cuando pasaban por cerca de enmarañados bosques, no se atrevían á internarse en ellos para buscar raíces y frutas, ni tenían armas con qué poder cazar las aves que, sin duda, los poblaban.

Como pasaban en la lancha las embocaduras de los ríos que les cerraban el paso, sucedió que una tarde, en lugar de arribar á la playa opuesta de la tierra firme, se trasladaron á una isla desierta que estaba á la mitad del camino. Pensaron continuar en la lancha al día siguiente, y se quedaron aquella noche en la isla, aunque no tenían agua potable; pero estaban todos tan fatigados, que resolvieron dormir allí hasta la madrugada. ¡Cuál no sería el espanto de los infelices náufragos cuando al clarear el día siguiente encontraron que la lancha había desaparecido con cuatro de los marineros que la manejaban!

Los desgraciados compañeros de Nicuesa se entregaron entonces á la más grande desesperación, y su Capitán trató de consolarles diciéndoles que sería bien fácil construir una balsa para pasar á la tierra firme; pues no faltaban en la isla madera que habia llevado allí la marea, y *bejucos* con qué atarla. Todos pusieron manos á la obra; la situación era tan angustiosa que ninguno

se negó á trabajar en lo que les podía salvar. Pero los náufragos no tenían experiencia de estas cosas, y cada balsa que echaban al agua, ó estaba mal construida, ó no la sabían manejar y se les escapaba de las manos dando vueltas y vueltas, y la corriente la llevaba con dirección á la alta mar.

Al cabo de pocos días aquellos infelices parecían espectros: tanta era el hambre y sobre todo la sed que les devoraba! En comparación de lo que padecían entonces, su existencia en tierra firme había sido deliciosa, pues al menos habían tenido agua que beber y sombra á la mitad del día, mientras que en aquella isla desierta y pantanosa, sin abrigo ninguno, carecían casi hasta de la esperanza de que les llegase alivio. Todas las mañanas Nicuesa hallaba el cadáver de alguno de esos desgraciados que había fallecido durante la noche; después era tal la debilidad de los sobrevivientes, que no podían caminar, sino que se arrastraban en todas direcciones buscando charcas de agua corrompida, que habían dejado las lluvias pasadas, con qué apagar su sed, y las lamentaciones de los que sobrevivían confundían y llenaban de tristeza el corazón de su Capitán.

¿Qué había sucedido á los marinos que tripulaban la lancha? ¿Acaso habían abandonado deliberadamente á sus compañeros en la isla sin volverse á acordar de ellos? ¿O tal vez la corriente les había arrastrado á su pérdida, mientras que dormían los otros? Estas eran las preguntas que Nicuesa se hacía sin cesar, y en su amargura maldecía á Olano, que no había hecho ningun esfuerzo para buscar á su Capitán por toda aquella costa, y juraba dentro de sí mismo vengarse de semejante inhumanidad, si Dios le daba vida suficiente para llenar su objeto. Hay caractéres que se suavizan con la desgracia, y otros que se agrian y se endurecen. A Nicuesa le sucedió que sufrió tánto en aquellas semanas de angustia, que, como lo veremos después, cambió su carácter y perdió en gran parte la generosidad é hidalguía de éste.

Al fin un día, cuando habían perdido toda esperanza y aguardaban una muerte segura, vieron los náufragos aparecer á lo lejos la vela de una embarcación que se fué acercando á la isla, y á poco saltaron á tie-

rra los cuatro marineros que habían desaparecido con la lancha. Explicaron éstos entonces cómo se habían propuesto ir á buscar á Olano por toda la costa, sin pedir licencia á su Capitán, sabiendo que él no consentiría en que se alejara la lancha dejándoles desamparados; dijeron que á poco andar habían encontrado los restos de la armada en la embocadura del río Belén; que las naves, carcomidas por la broma y despedazadas por los temporales, habían tenido que ser abandonadas por la tripulación, y no podían utilizarse; que Olano les dijo que se había persuadido de que la carabela había perecido en el temporal, y por eso no había tratado de buscar al Gobernador, y que estaba construyendo una embarcación con los restos de las otras, cuando llegaron los marineros de Nicuesa, y habían tenido que aguardar á que se acabase de labrarla para ir á la busca de su Gobernador, y por eso habían tardado en llegar.

Abrazáronse los soldados llorando y enternecidos al verse salvados y relativamente en seguridad, y tanto más alivio sintieron cuando los marineros les ofrecieron agua, vino y alimentos, pero en mayor cantidad cocos en diferentes sazones, única fruta que abundaba por allí.

Entre tanto Nicuesa permanecía callado y sombrío; no podía olvidar los sufrimientos que había experimentado, y sobre todo la espantosa muerte de tantos infelices que le habían acompañado en la expedición, atenidos á su protección y á sus ofrecimientos; y en el fondo de su alma crecía la convicción de que el descuido de Olano había sido intencional, y que al darle por perdido sin tratar de buscarle, lo único en que pensaba era en aprovecharse de los recursos de Nicuesa y declararse Gobernador en su lugar.

III

Así preocupado, Nicuesa navegaba hacia la población que había tratado de fundar Olano en las orillas del río Belén, y no había querido hablar una palabra acerca de sus intenciones respecto de éste. (*) Recibiéron-

[*] Aún existe un caserío denominado Belén, situado en la desembocadura del río Palmar, con una temperatura de 27° centígrados, pero en tal estado de pobreza y decadencia, que cada día tiene menos habitantes.

le los soldados y tripulación con aclamaciones y gritos de alegría, y entregáronle el mando de todo, dándole cuenta de cuanto había sucedido; pero Olano, á quien sin duda remordía la conciencia, no quiso acercársele personalmente, sino que mandó á algunos de sus amigos que explicaran su conducta y le asegurasen que si no le había buscado era porque tenía persuasión de que se había perdido la noche de la borrasca.

La contestación de Nicuesa fué mandarle echar en prisiones, diciendo que le había de castigar como traidor y causante de tantas desgracias como habían sufrido todos. Trataron algunos de interceder por Olano, pero Nicuesa les cortó la palabra exclamando con indignación:

—Bien os sienta, señores, suplicar el perdón del traidor, cuando, para decir verdad, la conducta de todos vosotros necesitaría también un severo castigo!.... Porque, decidme, ¿cómo ha sido que durante cuatro mortales meses que hace que nos separámos, no hicisteis ningún esfuerzo para averiguar nuestro paradero?

—Señor, contestaban, nosotros no mandábamos..

—¡No mandabais! Pero si Olano no cumplía con sus deberes, ¿por qué no le obligabais vosotros?

E indignado con los empeños de los oficiales, que refrescaban el recuerdo de los pasados sufrimientos, sin querer atender á ruegos y lágrimas mandó que sin demora llevasen á Olano á tierra y le ahorcasen al instante.

Aquella sentencia causó la mayor consternación entre toda la tripulación, y arrojándose muchos delante de Nicuesa con ademán humilde y respetuoso, le decían:

—Perdón, señor, perdón! ¿No veis que si Dios ha hecho morir á cuatrocientos de los setecientos que salímos de la Española, no es posible que de los que aún vivimos, extenuados todos y moribundos otros, vos con vuestra mano queráis acortar el número?.... Hemos sufrido tánto juntos, que es justo que nos miréis más como á hermanos que como á subalternos, y tengáis lástima y compasión.... Además, la misericordia es el placer del bueno, y la venganza es inspiración de Satanás!

—El rigor no es la mejor política en este caso, le

decían otros; los soldados están enfermos, fatigados y afligidos, y el proporcionarles un espectáculo sangriento no es la manera de consolarles y tenerles contentos.

Al fin prevalecieron los empeños, y Nicuesa revocó la sentencia de muerte; pero no le devolvió la libertad á Olano, sino que ordenó le mantuvieran cautivo hasta que hubiera ocasión de mandarle á España á que le juzgasen allí.

Como veremos después, aquel perdón, que no fué espontáneo, sino casi arrancado á la fuerza, no hizo ningún bien á Nicuesa, al mismo tiempo que el rigor de que había hecho uso le proporcionó enemigos que causaron su pérdida. En este mundo, digan lo que quieran los políticos, nada que no se haga á derechas tiene resultados provechosos, y los términos medios de ordinario descontentan á todos.

Los alimentos que podía proporcionar el país estaban agotados, y los pocos que habían podido salvarse de los llevados por los Españoles se habían perdido unos y deteriorado otros, hasta el punto de que se carecía completamente de sustento. Nicuesa tenía, pues, que enviar al interior algunas veces cortas expediciones en busca de comidas, pero con frecuencia los naturales defendían sus haberes con tanto denuedo, que aquéllas volvían al campamento con las manos vacías y faltando algunos de los suyos, que morían atacados por los indígenas; otras ocasiones sucedía que los míseros Españoles espiraban de fatiga bajo el peso de las cargas que llevaban al caserío, y preferían morir de hambre y no de cansancio.

Llegó al fin á tal extremo la necesidad de aquellos desgraciados, que habiendo una partida de Españoles encontrádose el cadáver de un indígena, yá medio corrompido, resolvieron comérselo.... pero resultó que ninguno de los hambreados colonos que participaron del nauseabundo festín sobrevivió á él: todos murieron víctimas de la infección que les causó aquel alimento!

Así trascurrieron varios meses. Pero era imposible continuar en un sitio tan funesto, por lo que Nicuesa resolvió levantar el campamento de allí, y pasar á otro lugar que le fuera más propicio.

Resistíanse algunos á abandonar las orillas del río

Belén, porque habían sembrado una sementera de maíz y aguardaban á que estuviese en sazón para cogerla; pero el Gobernador estaba resuelto á salir de aquel lugar funesto, en donde no solamente la tierra carecía de alimentos con qué sustentarse, sino que tampoco se había hallado riqueza ninguna. Dejó, pues, una corta guarnición en la fortaleza para que cuidase de la sementera, y él puso la proa á Portobelo, – sitio que le ponderaron como muy bueno, – en busca, dice Gomara, "de pan y oro."

La bahía de Portobelo merece su nombre por su comodidad y belleza; pero apenas se vió Nicuesa dentro de ella, cuando acometieron la lancha que mandaba á tierra una nube de indios flecheros que mataron á varios Españoles, y los demás se volvieron á la carabela, aterrados con semejante recepción. Profundamente afligido, y yá un tanto desalentado con tántas y tan repetidas desgracias, Nicuesa continuó costeando todo aquel litoral en demanda de un lugar más propicio, y como notara una tierra al parecer fértil y toda cubierta de una capa espesa de monte y cocales, teniendo á su espalda altas sierras y un puerto al frente, exclamó:

—Paremos aquí, *en nombre de Dios!*

—Este es el puerto llamado de *Bastimentos*, por Cristóbal Colón, le contestaron.

—Así será, repuso Nicuesa, pero en adelante se llamará *Nombre-de-Dios*.

Desembarcaron sin dificultad en aquel lugar, y el Gobernador tomó posesión de él en nombre del Rey, poniéndole el nombre que había dicho.

Pero la desgracia, que no le abandonó un momento desde que emprendió su viaje, le acompañaba aquí como en todas partes; los naturales eran tan inhospitalarios como en Belén, y para lograr internarse en la tierra en solicitud de bastimentos, tenían que librar un combate diario, en el cual morían con frecuencia algunos españoles. Cogida la sementera de Belén, que resultó ser de muy poca ayuda para tanta gente, Nicuesa mandó llevar la guarnición que había quedado en la fortaleza á Nombre-de-Dios. Reforzada así su gente, trató de cautivar algunos indígenas que le sirviesen tanto de esclavos, como para mandar á otros á la Es-

pañola y traer en su lugar los víveres y las armas que tánto necesitaban. Pero se pasaban las semanas y los meses, y la situación no mejoraba absolutamente, y dis minuían cada día los hambreados y míseros colonos!

Una vez que logró Nicuesa reunir toda su gente, resolvió enviar los menos débiles en la carabela á la Española á traer recursos á cualquier precio. Al tiempo de separarse ellos, encontró que por junto, de los setecientos hombres que habían salido de Santo-Domingo, no quedaban sino ciento, muchos de los cuales estaban moribundos! Pero aquel sacrificio resultó inútil, porque don Diego Colón embargó la embarcación de Nicuesa, y no permitió que volviera á llevar los avíos al Gobernador de Castilla de Oro. Todo, pues, conspiraba contra los colonos; y habían llegado yá al último grado de miseria y desconsuelo, cuando vieron llegar al puerto un navío repleto de provisiones, que llevaba para ellos Rodrigo de Colmenares, antiguo amigo de Nicuesa. ¡Cuál no sería la sorpresa de aquél cuando le salió á recibir un espectro, un fantasma amarillo, andrajoso y triste, en lugar del gallardo y animoso caballero que tánto había lucido en la Corte!

IV

De la expedición primitiva no quedaban yá sino sesenta hombres. Pero tales eran el vigor y energía de aquellos españoles, que después de haberse mantenido más de un año con sapos, culebras y caimanes, á las pocas horas de haber podido comer alimentos sanos y abundantes, dicen los cronistas que se les veía revivir y cobrar ánimo y fuerza.

Refirió Colmenares cómo acababa de visitar una floreciente colonia en el golfo de Urabá, compuesta de los restos de la expedición de Ojeda, los cuales, habiendo abandonado al funesto Sán-Sebástián, se habían transportado al otro lado del golfo, en tierras de la Gobernación de Nicuesa; pero añadió que muchos de aquellos colonos, descontentos con su actual Gobernador,—que era un letrado Enciso,—le habían encargado que buscase á Nicuesa, el legítimo dueño de aquella

gobernación, y le invitase á que fuera á hacerse cargo del mando de la colonia.

Después de tantos infortunios y desdichas, semejante noticia trastornó el buen juicio de Nicuesa; olvidó que aun no era dueño de los que le mandaban llamar, y haciéndose explicar los motivos de las quejas contra Enciso, dijo que él arreglaría las desavenencias, quitando á todos los colonos sus repartimientos y encomiendas y haciendo nuevos repartos, según lo que él creyera justo.

Estas imprudentes palabras llegaron á oídos de algunos de los colonos del Darién que habían acompañado á Colmenares, quienes se llenaron de aprensión pensando que Nicuesa, en vez de llevar la ansiada paz á la nueva población, produciría mayores desórdenes y disgustos, si pretendía estrellarse contra los que tenían yá bienes propios. Aquel recelo llegó á su colmo cuando, hablando con Lope de Olano, que iba siempre arrestado, éste les dijo:

—¡Pretendéis que Nicuesa os gobierne!.... Mirad bién lo que vais á hacer, y recordad que yo le serví y le salvé la vida, mandándole un barco á recogerle cuando se moría de hambre, y él me pagó el servicio con prisiones y cadenas.... Igual será la suerte de los del Darién, si á Nicuesa piden auxilio!

Alarmáronse mucho los colonos con aquellas palabras de Olano, y fingiendo tener mucha urgencia de volverse á la nueva población,—sin querer aguardar á que Nicuesa concluyera sus aprestos de viaje,—se metieron en una pequeña embarcación y se adelantaron apresuradamente á dar parte á los pobladores de Nuestra Señora de la Antigua de los informes que habían recibido sobre el carácter del Gobernador á quien llamaban.

La noticia produjo grande agitación en la colonia, sobre todo entre los que habían logrado ricas encomiendas de indios y tenían buenas porciones en el botín; éstos en el acto empezaron á trabajar en el ánimo de todos para que rechazaran á Nicuesa cuando se presentara en el caserío.

Como el castigo de una falta proviene siempre de la falta misma, Nicuesa se perdió por haber querido apresar á algunos desgraciados indígenas que pensaba

mandar vender en las Antillas; tardóse en la càptura de los naturales, y dejó tiempo suficiente para que sus enemigos obrasen sobre el ánimo de los habitantes; de manera que la población en masa se propuso impedir á todo trance que desembarcase el Gobernador, y pusieron centinelas para que avisasen su llegada á las aguas del golfo.

Sucedió, pues, que cuando Nicuesa se acercaba muy contento á la población de la Antigua y se preparaba á desembarcar, detúvole una tropa armada, y tomando la palabra el Procurador, le intimó, de orden del Ayuntamiento, que se le prohibía el desembarco y se le ordenaba alejarse en el acto de aquellas playas, dejando en ellas á los que quisiesen quedarse. Sorprendido Nicuesa con aquella repentina mudanza de los mismos que le habían llamado, insistió en saltar á tierra para que le explicasen los motivos, y habiendo desembarcado á la fuerza, algunos energúmenos quisieron matarle y le obligaron á refugiarse en un vecino bosque. Viendo la furia del populacho, Nicuesa mandó decir á los habitantes del Darién que si no querían reconocerle por su Gobernador, estaban en su derecho; pero que le permitiesen entrar en la población y pasar allí algunos días como simple particular, porque hacerle volver á Nombre-de-Dios, era condenarle á una muerte segura. Pero sus súplicas fueron vanas; le obligaron á embarcarse con diez y siete hombres que se ofrecieron á acompañarle, en un barco comido de broma y con alimentos para sólo dos días, advirtiéndole que si procuraba acercarse á la colonia encontraría la muerte.

Profundamente herido en su dignidad, el mísero Nicuesa se alejó de aquellas playas funestas.... Era el día primero del mes de Marzo de 1511, y desde aquella aciaga fecha jamás se volvió á tener noticia del hidalgo de Baeza....

Años después, dícese que unos marineros que naufragaron en la isla de Cuba encontraron un letrero grabado en un árbol, que decía así:

Aquí feneció el desdichado Nicuesa. *

*. Troing, citando á Las Casas y Herrera.

El cronista Gomara refiere que lo que decía el letrero era:

"*Aquí anduvo perdido el desdichado Diego de Nicuesa.*"

Sea como fuere, un hondo y oscurísimo misterio oculta el fin del alegre cortesano, trinchador de don Henrique Henríquez, cuya aparición en la historia de aquel tiempo apenas ocurre durante dos años, en los cuales no se refieren sino sufrimientos, penalidades, hambres, naufragios, humillaciones y tristeza. Nicuesa brilló como un meteoro sobre el horizonte, con luz fatídica, para hundirse después en las tinieblas de lo desconocido.

Este descubridor fué una de tántas víctimas que hizo el istmo de Panamá, el que, más que ningún otro país del mundo, ha sido contrario y enemigo de los españoles que trataron de fundar colonias en su litoral.

VASCO NUÑEZ DE BALBOA.

I

Balboa, como Nicuesa, como Ojeda, como Cortés, Ponce de León y otros descubridores, pertenecía á la clase de caballeros aventureros que no sólo buscaban oro, sino también gloria y honores. No eran soldados oscuros como los Pizarros, Almagros y Belalcázares, que habían salido de las últimas capas sociales, pero cuyo valor, audacia y un dón de mando particular les levantaron al primer puesto entre los conquistadores del Nuevo Mundo.

Habiendo nacido Vasco Núñez en Jerez de los Caballeros, había pasado sus primeros años en la casa de don Pedro Portocarrero, señor de Moguer, en calidad de paje, aprendiendo prácticamente cuanto necesitaba saber un hidalgo de aquella época.

No se sabe á punto fijo el año de su nacimiento; pero se cree que estaría aún muy joven cuando se enganchó con Rodrigo de Bastidas en su expedición por las costas de Tierra-Firme, en 1501, descubriendo en su compañía las tierras que demoran entre el cabo de la Vela y el golfo de Urabá.

Sin duda con las ganancias de aquella expedición compró una posesión en la Española, en donde le encontramos años después establecido y ocupado en negocios agrícolas, en la vecindad de la ciudad de Salvatierra. Pero el carácter de Balboa no era propio para semejantes negocios; los hizo tan malos, que perdió cuanto había ganado en sus excursiones marti-

mas, y lleno de cuitas y deudas resolvió abandonar la agricultura y tentar fortuna en otra parte.

Tuvo en 1511 noticia de la armada que preparaba el bachiller Enciso para ir á socorrer á Ojeda en el golfo de Urabá, y se propuso fugarse de la Española sin ser visto de sus acreedores que le acosaban. Temiendo que Enciso no quisiese recibirle ocultamente, metióse en una pipa vacía, que hizo trasladar á una de las embarcaciones del Bachiller con el resto de los víveres, y no se dió á conocer sino cuando la armada estaba en alta mar. Disgustado y sorprendido Enciso, quiso dejarle abandonado en una isla desierta; pero cautivóle el aire marcial y gallardo del joven, que además había visitado yá aquellas costas y podía serle muy útil en su expedición, y no solamente le perdonó, sino que le dió un empleo.

Al llegar á Cartagena la armada de Enciso, se encontró con Francisco Pizarro y sus compañeros. Estos refirieron que, habiendo trascurrido los cincuenta días que Ojeda les había dado de plazo para regresar con recursos á San-Sebastián de Urabá, habían resuelto abandonar la colonia; pero viendo que todos no cabían en los dos miserables barcos que les habían dejado, aguardaron á que las enfermedades y las flechas de los indígenas redujeran el número de aquellos infelices. Así sucedió; á los pocos días habían muerto tántos, que los restantes cupieron fácilmente en las carabelas. Una vez embarcados, el mar se encargó de disminuir á la mitad á los colonos, porque á la salida del golfo de Urabá una de las carabelas se fué á pique y se hundió con toda la tripulación, sin que se pudiese salvar ninguno.

¡Qué suerte tan negra la de todos los descubridores de nuestras costas!.....Si los indígenas que ellos asaltaron, robaron y destruyeron en gran parte, hubieran tenido en su poder el vengarse de los invasores, jamás idearan tormentos más crueles que los que sufrieron de manos de la Providencia. Durante todo el primer siglo de la conquista de nuestras costas, aquellas playas inhospitalarias blanqueaban literalmente con los huesos de los Españoles muertos allí de diferentes maneras! (*)

(*) Véase Herrera,-Década XI-Lib. I.

Enciso persuadió á Pizarro y á los suyos á que, yá con armas y recursos, se devolviesen á San-Sebastián á aguardar á Ojeda, cuya suerte se ignoraba.

De paso por frente á la desembocadura del rio Zenú, Enciso detuvo sus embarcaciones con el objeto de explorar el país, en donde tenía noticia de que los sepulcros encerraban grandes riquezas y que en los torrentes se pescaba el oro en redes. (*) Saliéronle á recibir los dueños de la tierra con aparato guerrero, y como Enciso, cumpliendo con las órdenes del Rey, les hizo leer el requerimiento del cual hemos hablado en la vida de Ojeda, ellos escucharon atentamente; pero, según lo dice el mismo Enciso en su *Suma de Geografía*, respondiéronle: "que en lo que decía que no había sino un Dios, y que éste gobernaba el cielo y la tierra, y que era Señor de todo, que les parecía que así debía de ser; pero que en lo que decía que el Papa era señor de todo el universo en lugar de Dios, y que él había fecho merced de aquella tierra al Rey de Castilla, dijeron que el Papa debía de estar borracho cuando lo fizo, pues daba lo que no era suyo, y que el Rey que pedía y tomaba tal merced, debía de ser algún loco, pues pedía lo que era de otros, y muy atrevido, puesto que amenazaba á quienes no conocía." Además, ofrecieron matar á los que se atreviesen á atacarles. Enciso que, aunque letrado, no era cobarde, no tuvo inconveniente en declarar la guerra á aquellos indígenas, que se defendieron con tanto denuedo, que mataron á dos Españoles; por lo que los demás resolvieron embarcarse y no perder el tiempo y la vida en una empresa que parecía tan difícil por entonces.

A la entrada del golfo de Urabá y al doblar la punta de Carivana, naufragó uno de los barcos, que iba repleto de provisiones, armas y bagajes, y aunque no se perdió ninguna vida humana perecieron los caballos, yeguas y cerdos que llevaban para la colonia. Llegando al pueblo fundado por Ojeda y abandonado por Pizarro, encontráronlo completamente destruído por los indígenas, lo cual afligió sobremanera á los recién llegados; pero Balboa ofreció entonces conducirles á un

(*) Algunos años después, el fundador y conquistador de Cartagena, don Pedro de Heredia, sacó grandes caudales de aquellas sepulturas de que habían hablado á Enciso los intérpretes.

paraje que él había visitado con Rodrigo de Bastidas diez años antes, sitio fértil, de deleitable clima y habitado por indígenas que, si no eran mansos, al menos no usaban flechas envenenadas, cosa que era el terror de los Españoles.

A pesar de que Enciso sabía muy bien que todas las tierras que demoraban al otro lado del golfo pertenecían á la Gobernación de Nicuesa, en semejante aprieto, en que les amenazaba el hambre, y tal vez una muerte segura, no tuvo empacho en pasar al otro lado en busca de la salvación.

Resolvieron, pues, embarcarse en las dos desvencijadas naves, y continuando por toda la orilla del golfo, detenerse en el sitio conocido por Balboa. A su izquierda, las costas anegadizas cerca del golfo se levantaban poco á poco en el interior de la tierra, formando colinas cubiertas de montaña espesa en unas partes, y en otras, donde el terreno era menos blando, veíanse aldeas indígenas, cuyos habitantes salían á mirar las embarcaciones europeas con aspecto y señales de guerra. Así pasaron por frente á un puerto bien abrigado llamado hoy Pisisí, en donde existe una aldea miserable, tal vez más pobre hoy día que en tiempo de la conquista. Atravesando el semicírculo que forma el seno del golfo, á poco andar empezaron á encontrar los diferentes caños ó bocas del rio Atrato ó Darién. Aquel punto es un pantano peligroso, cubierto de altísimas yerbas acuáticas que crecen mucho, y poblado de una exuberante multitud de animales de toda especie, desde el caimán hasta las enormes arañas peludas; todo aquel reino animal era enemigo del hombre. Habiendo pasado por frente de las quince bocas del río Atrato, al fin llegaron á un sitio que les pareció cultivado y poco anegadizo, el cual dijo Balboa era el que él conocía. A alguna distancia en la tierra adentro, cerca del rio, vieron una aldea indígena bien poblada. Enciso atacó á los naturales, que se defendieron bien, pero les venció é hizo huir á los vecinos bosques; en seguida tomó posesión de la tierra solemnemente, bautizando la futura población con el nombre de la Vírgen que se venera en Sevilla, Santa-María de la Antigua, como lo había ofrecido antes de librar batalla á los indígenas. Aquella población fué la primera fundada en Colombia,

que subsistió algún tiempo y que tuvo visos de ciudad civilizada; pero que yá no existe, por haber tenido que abandonarla los Españoles pocos años después de haberla poblado, siendo el sitio por extremo insalubre.

El buen éxito que tuvo la indicación de Balboa y lo bien que se encontraron los Españoles en un lugar en que hallaron abundantes comidas, dieron suma importancia á su descubridor entre sus compatriotas. Además, Balboa era valiente, audaz, alegre, decidor, franco con sus compañeros de armas, bondadoso con sus inferiores, cortés con sus superiores, humano con los naturales, como pocos conquistadores de la época, generoso, nada codicioso de oro, sino ambicioso de mando y de glorias, aunque esto último lo ocultaba; pero preparaba el terreno para lo porvenir, ejerciendo una grande influencia entre los soldados de Enciso y volviéndose muy popular con la generosidad que manifestaba en los repartos del botín.

Enciso era, al contrario, muy poco querido entre los suyos. Nada flexible en sus opiniones, era aficionado á disputar, como todo hombre de leyes; rígido hasta el exceso, tenía todas las manías de un escribano viejo y toda la codicia del que había abandonado la vida tranquila por buscar aventuras que le proporcionasen el oro suficiente para volver á la existencia pacífica. No hay duda que Balboa explotó aquellos defectos con suma destreza y habilidad diplomática (que la tenía en alto grado) para hacer odioso á su rival, pues él aspiraba á apoderarse del gobierno de la colonia.

Una vez preparados los ánimos como lo deseaba, Balboa atacó al Alcalde Mayor en su mismo terreno, en el de las leyes, diciendo que no tenía jurisdicción ninguna en la colonia, porque la nueva ciudad no se encontraba en el territorio señalado á Ojeda, que era del otro lado del golfo, y que aquélla estaba en la Castilla de Oro, la cual pertenecía á Nicuesa. Convocó una junta de todos los principales colonos, y expuestas sus ideas, pidió que se depusiese á Enciso como á un usurpador. Descontentos como estaban todos, casi unánimemente se acordó que le sería notificada su separación del gobierno al Alcalde Mayor; lo cual hicieron tumultuosamente, profiriendo palabras descorteses y proclamando que en adelante no le considera-

rían como á su Gobernador. Aquél fué el primer motín popular que aconteció en el Istmo de Panamá, costumbre que desgraciadamente, al cabo de siglos, ha sido muchas veces continuada.

II

Depuesto Enciso, los colonos de la Antigua no sabían á quién poner en su lugar; algunos estaban en favor de un Samudio, otros en el de Balboa, y mientras no resolvían cuál de los dos había de obtener el mando supremo, eligieron Alcaldes en compañía á los dos émulos.

De esta manera duraron viviendo un año, edificando entre tanto casas, una fortaleza y una iglesia, y haciendo de cuando en cuando entradas al interior de la tierra, á la busca de alimentos y oro, que se repartían entre sí equitativamente, apartando el quinto para el Rey con suma religiosidad.

Empezaba el año de 1511, cuando una mañana los colonos oyeron cañonazos del otro lado del golfo; contestaron por el mismo medio, y poco después vieron arribar dos carabelas bien abastecidas de víveres, al mando de un Rodrigo de Colmenares que andaba en solicitud de Nicuesa; otros dicen que por abastecer á Ojeda.

"Nunca, dice Gomara, españoles se abrazaron con tántas lágrimas de placer como éstos; unos por hallar, otros por ser hallados. Recreáronse con la carne, pan y vino que las naves llevaban, y vistiéronse aquellos trabajados Españoles, que traían andrajos, y renovaron las armas."

Durante los primeros años de la conquista, los Españoles no podían enseñarse á las comidas de los naturales, y si no tenían efectos europeos se creían muertos de hambre, aunque abundasen los del país; tanto más cuanto las producciones de la tierra escaseaban; y sin duda entonces, como ahora, las frutas les

procuraban fiebres malignas é intermitentes que á tantos han causado la muerte.

Aconsejados los colonos por Colmenares,—quien parece haber sido hombre amante de la paz y del buen gobierno,—consiguió que llamasen á Nicuesa á que gobernase la Antigua, y él se encargó con gusto del mensaje ante el legítimo Jefe de la colonia. Pero este arreglo no convenía de ninguna manera á Enciso, que deseaba recuperar el mando, ni á Balboa, que ambicionaba gobernar solo; así fué que se hallaron en armonía para hacerle la guerra á Nicuesa, ayudados por los enemigos personales del infeliz Descubridor. No cesaban de intrigar unos y otros para que rechazasen al mismo á quien habían mandado llamar; pero no sabían cómo eludirle, cuando se le ocurrió á Balboa que lo mejor que se podía hacer en aquellas circunstancias era impedirle que desembarcara. Así sucedió: salió todo el pueblo á prohibir á Nicuesa que tomara tierra en la Antigua, pero obraron con tanta crueldad, que Balboa que, como hemos dicho, era humano y de bondadoso corazón, comprendió que el manejo con el legítimo Gobernador de Castilla de Oro era demasiado duro, y trató de interceder por él, pesándole en el alma haber levantado la tempestad. Pero una vez azuzada la furia popular, no hay quien la enfrene, y sucedió, como sucede siempre, que le amenazaron á él mismo con su cólera si continuaba abogando en favor de Nicuesa. Fuéle preciso estarse quieto mientras que el desdichado se hacía á la vela y desaparecía para siempre en el horizonte.

A pesar de este acontecimiento, Balboa no perdió su prestigio entre los suyos, y á poco logró que le reconocieran como jefe de la colonía, mientras que el Bachiller Enciso se embarcaba (sin duda en el bergantín de Colmenares) en vía para España, con el objeto de irse á quejar en la Corte de la conducta de Balboa.

Pero Vasco Núñez no estaba aún contento; temía al partido que había apoyado á Samudio, y deseaba sacar á éste á todo trance de la colonía, así como á otro competidor que había tenido,—un tal Valdivia,— por lo cual mandó al primero á España á que le defendiera el pleito que intentaba Enciso, y á Valdivia á la Española á que contratase soldados y provisiones para

la Gobernación. (*) Además, Samudio llevaba todo los poderes de Balboa para que contratase en la Corte su nombramiento de Gobernador del Darién, y una fuerte suma para Miguel de Pasamonte, Tesorero en la Española, con el objeto de que ejerciera su influencia con el Rey para que le diera lo que pedía. Todos estos manejos diplomáticos y la facilidad con que gobernaba á las gentes, probaban que Balboa era hombre notable é importante y que había nacido con el dón del mando.

Entre tanto que se aclaraba su posición usurpada en aquella Gobernación, Balboa, que sabía cuán perniciosa era la ociosidad, se preparó al mismo tiempo á ganar méritos con nuevas conquistas. La primera expedición que emprendió fué al territorio del cacique Careta, que tenía fama de poseer grandes sementeras y súbditos consagrados á la labor de los campos. Ganóse la buena voluntad de aquel cacique, el cual ofreció suministrar los víveres suficientes para la colonia,

(*) Curioso es lo que aconteció al mismo Valdivia en un viaje subsiguiente. Refieren los cronistas que habiéndose dado á la vela en 1511, en tiempo borrascoso, fué acometido en las cercanías de Jamaica por un terrible huracán ; su embarcación se hizo pedazos, pero él se pudo salvar en una lancha con sus veinte compañeros. Durante trece días permanecieron navegando sin rumbo ni alimentos ningunos por aquellos mares, hasta que pudieron arribar los que quedaban vivos, que eran unos catorce, á las costas de Yucatán. Allí fueron apresados por los naturales, que les llevaron á su cacique, quien les tuvo encerrados, pero les daba alimentos en abundancia, como que á poco los indios notaron que engordaban á ojos vistas. Apenas Valdivia y cuatro más estuvieron en buenas carnes, cuando les sacaron á sacrificarles á los ídolos, y sirvieron después para el opíparo banquete del cacique. Horrorizados los demás Españoles, rehusaron comer, á fin de permanecer flacos, y al cabo pudieron escaparse, sufriendo mil penalidades. Siete años después, en 1519, yendo Hernán Cortés para Méjico, uno de estos desgraciados, llamado Gerónimo de Aguilar, logró escaparse de la tribu en que permanecía como esclavo y reunirse á los Españoles, lamentando que su compañero Gonzalo Guerrero, el único que había quedado vivo, rehusara volver á tierra de cristianos, pues prefirió vivir entre los indios, más bien que presentarse á sus compatriotas, desfigurado con pintura indeleble el rostro, horadadas las narices y picadas las orejas, y también porque tenía mujer é hijos entre los salvajes.

si Balboa le ayudaba á derrotar á otro cacique, su enemigo; en prueba de su sinceridad le entregó una hija suya para que francamente la tomase por esposa, la que Balboa aceptó. Ambos cumplieron religiosamente lo pactado, y siempre vivieron en buena armonía.

En otra expedición que hizo nuestro descubridor á las tierras del cacique Comagre, en el interior del Istmo, encontró que aquel indígena era el más civilizado de cuantos había visto hasta entonces: dentro de su cercado tenía casas de madera bastante cómodas, y sus súbditos fabricaban bellas telas de algodón; mas lo que pareció todavía mejor que todo á los Españoles fué que se adornaban con joyuelas de oro fino, y regalaron á los invasores una gran cantidad de ellas. Estando en aquella aldea indígena, el hijo del cacique, mozo inteligente y animoso, dijo á Balboa que en las orillas de otro mar, que demoraba al Sur de sus Estados, había muchísimo oro y perlas, y que sus habitantes andaban vestidos como los Españoles y navegaban en barcos con velas: aquella fué la primera noticia que tuvo Balboa del Océano Pacífico, y desde ese momento se abrieron nuevos horizontes á su elevada ambición. Inmediatamente se volvió Balboa á la Antigua á comunicar á España aquella sorprendente noticia, y pedir hombres y recursos para ir á la busca de ese mar desconocido, en cuyas riberas, al parecer, vivían poblaciones ricas y civilizadas.

Mientras que le llegaban los recursos necesarios para emprender el gran descubrimiento del mar del Sur, acometió Balboa la exploración de las márgenes del río Atrato, con el objeto de ir en persecución de los tesoros de Dobaiba, que tenían gran fama entre los indígenas, pero que jamás hallaron los Españoles. Balboa recorrió la tierra por varias bocas del Atrato hasta un punto llamado Murindó, venciendo á cuantas tribus indígenas le trataron de impedir el paso. Aterrados los naturales con la audacia de los invasores, resolvieron reunirse las principales tribus para hacerles perecer á todos, antes de que se internaran más en sus selvas, y urdieron una conspiración con el objeto de dar un golpe sobre el campamento español y sacrificarles á todos sin dejar uno.

Pero la suerte estaba echada: había sonado la hora postrera del dominio de la raza indígena en el Nuevo Mundo, y resultó que del seno de los mismos aborígenes debía levantarse quien salvara á los Españoles. Sucedió que una mujer indígena que había cautivado Balboa tuvo noticia del proyecto sanguinario que maduraban sus compatriotas, y no pudiendo resistir al deseo de salvar á su amo, le reveló con todos sus pormenores el secreto que le había sido confiado. Balboa marchó al punto hasta el centro del campamento enemigo, sorprendiendo á los indios descuidados, apresó á los Jefes é hízoles ahorcar para escarmiento de los demás. Aquellos naturales, que hubieran podido sacrificar al puñado de aventureros en un momento, se espantaron tánto con el arrojo de Balboa, que, llenos de supersticioso pavor, se inclinaron ante una suerte inevitable y huyeron á ocultarse en el fondo de sus bosques.

Algunos historiadores han improbado duramente este hecho de Balboa, quizá el único sanguinario que se encuentra en su vida; pero es preciso comprender la situación del Jefe español, rodeado de enemigos á punto de levantarse contra la colonia, que hubieran destruido, y reflexionar que era indispensable matar ó ser muerto por ellos: el instinto de la conservación es más poderoso que todo en un caso semejante.

III

De regreso á la Antigua, Balboa tuvo noticia de que el Gobierno español, instigado por las quejas elevadas contra él por el Bachiller Enciso, tenía intención de enviar otro Gobernador en su lugar; además, la inacción entre los soldados causaba mil males, por lo que resolvió, sin aguardar los recursos pedidos, emprender marcha sin demora en busca del mar del Sur y de las riquezas que allí se encontraban. Era tal el denuedo ó valor audaz que le distinguía, y veíase acompañado de tántos que tenían su mismo carácter osado y temple de hierro, que no titubeó en su propósito. De otra parte, acaso pensaría que lo más que podría sucederle era morir en demanda de una gloria segura; y entre ser removido de su em-

pleo ó rendir la vida en la lucha, era mejor buscar la fortuna en el peligro, la que tal vez le seguiría sonriendo como hasta entonces en todo lo que había acometido.

Dejando el país pacificado y en la ciudad los enfermos y menos aptos para la guerra, Balboa escogió ciento noventa hombres entre los más robustos y prácticos en la tierra, los cuales iban acompañados de una docena de perros adiestrados en la cacería de indios, que causaban más espanto á los naturales que las armas de los Españoles. *

Después de haber atravesado por enmedio de sierras fragosísimas y caminado durante veinticinco días por diversos climas, librando combates á los indígenas que les salían al encuentro, nuestros descubridores llegaron el 25 de Septiembre de 1513 á una alta cima, de donde Balboa por primera vez pudo contemplar el Océano Pacífico. "Un poco antes de llegar arriba, dice el cronista Gomara, mandó parar su escuadrón y corrió á lo alto. Miró hacia el Mediodía, vió la mar, y en viéndola arrodillóse en tierra y alabó al Señor que le hacía tal merced." Después de alabar todos juntos á Dios, los Españoles erigieron en aquel punto un monumento de piedras amontonadas, y sobre éste levantaron una cruz hecha de madera bruta, la primera señal del cristiano que vió aquel mar, ó al menos la primera que sabemos históricamente fué levantada en esas soledades del Nuevo Mundo.

Pero no bastaba ver el mar: era preciso tomar posesión de él, lo cual hizo Balboa cuatro días después, bajando por la opuesta serranía hacia el golfo de San Miguel. En un lugar llamado Yaviza, se entró en las aguas con la espada desenvainada y tomó posesión del mar, en nombre del Rey de España y de su hija doña Juana. Era el 29 de Septiembre, y por eso llamó el golfo por el Santo del día.

Después de haber sometido á varios caciques de

* Entre los perros que fueron en aquella expedición, el más conocido era el de Balboa, llamado "Leoncico," hijo de otro, "Becerro," que hizo muchas proezas cruelísimas con los indios de las Antillas. Los dueños de los perros recibían una parte del botín, en recompensa de los servicios que prestaban aquellos animales en los combates con los indígenas.

aquellas comarcas y hecho acopio de oro y perlas que abundaban en las islas de todo el litoral, Balboa regresó triunfante y lleno de alegría á la Antigua, en donde le recibieron con señales de gran respeto y consideración, y celebraron regocijos públicos en su honor. Así fué como aquel caballero aventurero, sin más protección que su talento, ni más títulos que su denuedo, supo ganarse la buena voluntad de sus compañeros de armas, que le obedecían sin dificultad, bien que entre ellos se hallaban algunos futuros conquistadores (como Pizarro), los cuales no se denegaban á considerarle superior á ellos y se sujetaban dócilmente á su voluntad.

IV

Hasta aquella época la estrella de Balboa había ido subiendo sin cesar, hasta colocarse entre las constelaciones más brillantes del cielo de la fama; pero á poco empezó á menguar, hasta que se oscureció enteramente, arrojando su último rayo sobre el patíbulo del héroe.

Apenas le fué posible despachar una embarcación con un mensajero para España, lo hizo Balboa, enviando al Rey al mismo tiempo oro y perlas preciosas de las ganadas en el mar del Sur, y pidiendo con instancia le enviasen el despacho de Adelantado y Gobernador de las tierras que había descubierto. Desgraciadamente el mensajero llegó tarde á la Corte, y el Rey no solamente había nombrado yá Gobernador del Darién (como llamaron aquella colonia), sino que éste había partido algunos días antes de que llegase el comisionado de Balboa. Eran tan lentas las comunicaciones entonces á través del Atlántico, que en Abril de 1514, cuando salió de Cádiz don Pedro Arias Dávila, el nuevo Gobernador, aun no se tenía noticia en España del descubrimiento del mar del Sur, acaecido el 25 de Septiembre del año anterior.

El Obispo de Burgos, don Juan Rodríguez Fonseca, fué siempre enemigo gratúito de Balboa, como lo había sido antes de Cristóbal Colón y lo fué luégo de Hernán Cortés; y al mismo tiempo protegía á hombres

como Bovadilla, el perseguidor de Colón, y Pedrarias (Pedro Arias), el cruel verdugo de Balboa.

Empero, nuestro descubridor nada sabía de lo ocurrido, y con la paciencia característica del verdadero genio, aguardaba tranquilamente el resultado de su mensaje á la Corte, cuando una mañana del mes de Junio le fueron á notificar que se hallaba en las aguas del golfo la escuadra del Gobernador nombrado por el Rey para que tomase á su cargo la colonia. Aunque Balboa se sintió herido hasta el fondo del alma con tamaña injusticia, no dejó conocer su indignación, y recibió al nuevo Gobernador sin mostrar disgusto, le hospedó en su casa con toda su comitiva, y al momento le entregó el mando, impidiendo que sus compañeros de armas manifestasen el natural descontento que sentían.

Entre tanto, Pedrarias, haciendo uso de las facultades concedidas por el Rey, y yá repleto de envidia y odio hacia Balboa, cuyos merecimientos no podía desconocer y le hacían sombra, mandó pregonar la residencia del Descubridor; y como los jueces le encontraron inocente de todo cargo grave y criminoso, Pedrarias se enfureció sobremanera, mas tuvo que ponerle en libertad, aunque contra todo su deseo. Pero sucedió que todo fué tomar á su cargo la gobernación de la Antigua el protegido del Patriarca de las Indias, cuando los indígenas de los alrededores dejaron de llevar á la ciudad el producto de sus sementeras. Los naturales habían auxiliado con gusto al Jefe anterior, porque se manifestaba humano y considerado con ellos, mientras que los secuaces de Pedrarias les trataban mal, salteaban y robaban sus sementeras y aun tomaban algunos cautivos para esclavizarles.

No había trascurrido un mes desde la llegada de Pedrarias, cuando la colonia, antes pacífica y floreciente, se hallaba hambreada y falta de recursos, y además, se había dividido en dos bandos: unos que tomaban la defensa de la conducta del nuevo Gobernador, y otros, partidarios de Balboa, que se quejaban amargamente de la situación en que se hallaban por culpa de la codicia de los recién llegados. No había concluído el año de 1514, y yá de los mil quinientos hombres que habían desembarcado con Pedrarias apenas quedaban setecien-

tos, enfermos y quejosos. Entre los nuevos colonos había jóvenes hidalgos, vestidos de seda y adornados con plumas y joyas, que habían dejado sus comodidades en España para ir á buscar fortuna en el Nuevo Mundo, y que se dejaban morir literalmente de hambre por las calles de la Antigua, ó se ocultaban en algún rincón para fallecer de fiebre, sin que hubiese tiempo de auxiliarles.

Pero en aquellos afanes y angustias, Pedrarias sólo pensaba en que su rival debería burlarse de él, por su inexperiencia y mal manejo de la cosa pública, y crecían su odio y mala voluntad. Como quiera que Balbóa le criticase ó nó, lo cierto es que los cronistas de su tiempo le alaban por su prudencia, y aseguran que, al contrario, procuraba calmar los ánimos é impedir desórdenes. No pudiendo el Gobernador encontrar nada que poder castigar en Balboa, trataba de vengarse despreciando sus servicios y dejándole sin empleo en la colonia. Enviando á otros á hacer descubrimientos importantes por el Istmo, ideó un medio de sacar de enmedio á su rival, y fué mandarle con poca gente y mal pertrechada por las orillas del río Atrato, en donde sabía que los naturales eran feroces y numerosísimos.

Balboa, bién resuelto á evitar que le imputasen todo pensamiento de rebelión contra el poder del Gobernador, obedeció sus órdenes, aun cuando tenía el convencimiento de que el otro sólo ansiaba su pérdida. Su conducta en aquellas circunstancias es altamente notable, y prueba que poseía no sólo un carácter noble y levantado, sino también sentido diplomático. Desgraciadamente, como veremos después, olvidó el conocimiento que había adquirido de las malas cualidades de su enemigo, y descuidó su defensa, creyendo en la sinceridad de un pérfido.

De aquella expedición resultaron, como lo había pensado Pedrarias, innumerables desventuras y grandes desastres. A poco de haber salido de la ciudad, los indígenas se aprovecharon de la situación angustiosa de Balboa, no sólo para derrotarle y matarle casi toda la gente que llevaba consigo, sino que también le hirieron grave, aunque no mortalmente. Pedrarias recibió la noticia con señales de alegría tan marcadas cuanto impropias de un hombre serio. Creía que si Balboa

no moría, como él lo había deseado, al menos su honra como Capitán y su gloria quedarían oscurecidas con tan ignominioso rechazo.

Pero no siempre las previsiones del odio se cumplen. No sólo no murió Balboa de la herida, sino que su fama no sufrió absolutamente: todos comprendieron que la derrota había sido preparada por su enemigo, y al contrario, aquella incalificable injusticia del Gobernador hizo crecer el cariño y la admiración de los colonos por el descubridor del mar del Sur. De otra parte, la humanidad tiene propensión á amar más bien lo brillante y lo amable que lo antipático y desagradable. Balboa estaba entonces en todo el vigor de la edad varonil: no había cumplido treinta y ocho años; era gallardo, rubio, lleno de brío, generoso con los suyos, y "amigo de sus amigos," como el condestable Manrique; mientras que Pedrarias era un hombre de edad avanzada, de genio atrabiliario, pequeño, raquítico, egoísta y mal humorado con todos. ¿Sería raro que la mayoría estuviese más bien en favor del joven que del viejo? Además, abogaba por Balboa fray Juan de Quevedo, el primer Obispo de Tierra-Firme que había llegado á aquellas partes con Pedrarias: "religioso de mucha prudencia y piedad, dice Acosta, que trajo algunos eclesiásticos que, junto con el pastor, vinieron á ser testigos, aunque no partícipes, de las violencias y rapiñas con que destruyeron aquellas tierras Pedrarias y sus oficiales." Mas si Balboa gozaba de la popularidad del mayor número, Pedrarias, en compensación, tenía la fuerza, el prestigio que le daba el empleo, y se sabía que el Rey le favorecía, lo cual bastaba para hacer callar al más intrépido colono.

Balboa, una vez repuesto de su herida, vagaba un día, sin ningún empleo, por la ciudad de la Antigua, cuando arribó un buque, directamente de España, llevando despachos para la Gobernación del Darién, y una carta del Rey dirigida á Balboa, en la que le felicitaba por su descubrimiento del mar del Sur y le nombraba Adelantado y Gobernador de las tierras descubiertas por él en las márgenes del mar del Sur, con otras mercedes. Pero el Patriarca de las Indias, que, como hemos dicho, tenía mala voluntad á Balboa, logró que á aquellos favores les pusieran una traba: la

necesidad de pedir permiso á Pedrarias para emprender expediciones á través de la nueva Gobernación.

Naturalmente Pedrarias se negó á permitir que su rival se hiciese cargo del empleo, y puso toda especie de impedimentos en su camino para que llevase á efecto ninguna expedición. Entonces el Obispo, que lamentaba las desavenencias que había en la Antigua, hizo un último esfuerzo para amistar á Pedrarias con Balboa, y lo consiguió, por medio de un matrimonio proyectado entre el descubridor del Pacífico y una hija que tenía Pedrarias en España. Como el envidioso Gobernador se resistiese á conceder la mano de su hija al hombre á quien tánto odiaba, el buen Obispo le ponderó la fama que yá tenía Balboa en España, lo cual tarde ó temprano le procuraría nuevas glorias, que él, Pedrarias, no podría evitar; y entre tanto, le añadía, él estaba yá de bastante edad, y pronto necesitaría alguna persona de su confianza que le ayudase en sus propias empresas. ¿Y quién mejor para el caso que un yerno como aquél?

Una vez que se proclamó la unión y pacto de amistad concertado entre los dos rivales, todas las personas juiciosas de la colonia lo celebraron con regocijos públicos, muy contentos de que terminasen las asonadas y revueltas que continuamente turbaban la paz de la población. La Antigua fué almácigo en donde se hicieron á las armas muchos conquistadores de América, como Pizarro y Almagro, conquistadores del Perú y Chile, Belalcázar, uno de los descubridores y jefes militares más importantes del Nuevo Reino de Granada, los futuros conquistadores de Centro-América, y muchos subalternos que sería largo señalar. Veíase allí también á hombres de talento y escritores de historia, como Gonzalo Hernández de Oviedo y Valdés, antiguo paje del príncipe Juan, nombrado Superintendente de las fundiciones en Castilla de Oro.

IV

Á pesar de la amistad con que el concertado enlace de Balboa con la hija de Pedrarias debía unirles, el cruel Gobernador del Darién hacía cuanto estaba á su

alcance para retardar la partida de su futuro yerno en su viaje de descubrimiento y conquista por las orillas del mar del Sur. Pero al fin tuvo que permitirle sacar ochenta hombres de la Antigua para proseguir en su expedición, con la condición de que antes de emprender viaje á través del Istmo fundara, en nombre de Pedrarias, una aldea en un sitio de la costa llamado Acla, en donde yá estaba fundado un fuerte, y cuyo clima, se decía, era más sano que el de la Antigua; Balboa, sin murmurar ni negarse á ello, partió, como se lo mandaba su futuro suegro, á cumplir con su deseo. ¿En dónde estaban situados aquel fuerte y aquella población de que hablan los cronistas del tiempo? Ni aun siquiera se conoce á punto fijo dónde se halla el sitio que guarda las cenizas de Balboa. Según la relación de mando de don Antonio Caballero y Góngora, (*) la ciudad de Acla estaba fundada cerca del río Sacareli (¿querría decir *Sasardi*?); pero probablemente fué más bién en las cercanías de los ríos llamados hoy día *Aclatomaté* y *Aclasénica*, entre el cabo Tiburón y golfo de San Blás, costas hoy día tan salvajes y abandonadas como antes de la conquista.

Como Balboa necesitase recursos para conseguir los enseres con qué fabricar las embarcaciones que debía labrar en el mar del Sur, varios habitantes del Darién le proporcionaron los fondos suficientes; y viendo que la madera propia para los barcos era mala y escasa del lado del Pacífico, resolvió hacer cortar y transportar á través del Istmo cuanta podía necesitar, en hombros de indios desdichados y de algunos negros recién importados de Africa. Por dos veces tuvo que hacer aquella penosísima operación, habiéndose ahogado en una inundación la primera partida que logró transportar. Pero aquella gente no se desanimaba nunca, y con una paciencia y fortaleza que hoy día nos parecen maravillosas, no se daban por vencidos sino cuando la muerte les interrumpía la carrera.

Corría el año de 1517 cuando Balboa, dueño yá de dos carabelas que había logrado labrar y tripular, se hizo á la vela por primera vez en el mar del Sur, en solicitud de aquellas poderosas naciones de que tánto le habían hablado los indígenas. Pero no estaba dispuesto por la Providencia que este descubridor, uno

(*) Citada en la "Historia Eclesiástica" de don José Manuel Groot.

de los más estimables de cuantos vinieron al Nuevo Mundo, encontrase el Perú; así fué que apenas llegó á la Punta de Piñas (que dista 46 millas al Sur de la Punta Garachiné), el confín del golfo de San Miguel descubierto cerca de cuatro años antes, y de allí tuvo que devolverse, con intención de concluir las otras embarcaciones y en seguida emprender seriamente su viaje de descubrimiento.

Pero mientras tanto el pérfido y envidioso Pedrarias, en ausencia del Obispo (que había regresado á España á dar cuenta al Rey de la situación de su grey), se había vuelto á dejar llevar por el odio que las glorias de Balboa le inspiraban. Este odio creció más y más cuando tuvo noticia del buen estado en que se hallaba la expedición de su futuro yerno, y resolvió poner fin á una existencia que tánta sombra le hacía. Pedrarias había abandonado casi por entero la Antigua y establecídose en Acla; de allí escribió á Balboa una carta, que éste recibió á poco de haberse devuelto de Punta de Piñas, diciéndole que deseaba darle algunas comunicaciones que no se atrevía á escribir por ser muy reservadas. Así, pues, suplicábale, con fingidas expresiones de cariño, que antes de emprender viaje pasase á verse con él y á recibir su abrazo de despedida.

Balboa, que había olvidado sus reyertas con Pedrarias, y cuyo noble corazón no podía abrigar sentimientos bajos, no titubeó un momento, y dejando recomendadas las embarcaciones que yá tenía listas para hacerse á la vela, se dirigió alegremente á Acla á ponerse á las órdenes del malvado Gobernador. Momentos antes de llegar á Acla se encontró con una escolta, comandada por su amigo y compañero Francisco Pizarro, quien le puso preso por orden del Gobernador; y no bien hubo llegado á la población, cuando le remacharon cadenas, acusándole como traidor, por haber tenido denuncia, dijo Pedrarias, de que Balboa intentaba independizarse del Rey de España, erigiéndose en soberano de las tierras que descubriese. Semejante acusación, tan absurda en toda época y más aún en aquel tiempo, causaría risa, si no fuese tan doloroso el desenlace que tuvo.

Sorprendido Balboa, negó con indignación aquel fárrago de sandeces, y pidió que le enviasen á España

á Santo Domingo, siquiera para que le juzgasen. Pero no convenía al miserable envidioso que le quería perder, el que le juzgasen en otra parte, y apresuró los trámites de la causa, temeroso de que hubiese un motín en la población si aguardaba á que la gente volviera en sí de su sorpresa. Como el Alcalde Mayor, Gaspar de Espinosa, no se atreviese á condenarle, siendo los cargos vagos y traidos por los cabellos, Pedrarias le ordenó por escrito que le condenase á muerte, junto con tres infelices más, para fingir que la condenación de Balboa no era inspiración del odio, sino de la justicia, y que la conspiración del descubridor del mar del Sur tenía raíces en la colonia, que era preciso cortar con tiempo.

A pesar del dolor y el espanto que causó en Acla aquella inexplicable condenación, los colonos temían tanto á Pedrarias, cuyo carácter sanguinario les aterraba, que no se atrevieron á impedir aquel acto bárbaro, y vieron á Balboa subir al cadalso, sin protestar. Cuando el pregonero, según la costumbre del tiempo, gritó, al sacarle á morir:

"Esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro Señor, y Pedrarias, su lugarteniente, en su nombre, á este hombre, por traidor y usurpador de las tierras sujetas á su real corona;"

Balboa, indignado, no pudo contenerse y exclamó: "Es mentira! es falsedad! lo atestiguo delante de Dios, ante quien voy á comparecer, y de los hombres que me escuchan! Deseo que todos los súbditos del Rey sean tan fieles como lo he sido yo!"

Inmediatamente después de aquellas palabras se cumplió la sentencia; le cortaron la cabeza en la plaza de Acla, y su cadáver quedó tirado allí hasta el día siguiente, sin que nadie osase levantarlo, de miedo de disgustar al miserable Gobernador, que se había gozado con el suplicio, oculto detrás de un cercado vecino.

Vasco Núñez de Balboa perdió la vida; pero Pedrarias quedó manchado para siempre con aquella sangre inocente, y mientras dure la historia del Nuevo Mundo subsistirá la memoria de aquel hecho, que no purgó el criminal, en este mundo al menos, porque le protegía el Patriarca de las Indias, quien impidió fuese castigado.

AMBROSIO DE ALFINGER.

I

Descubiertas las costas de Venezuela desde el fin del siglo XV, no habían sido exploradas con cuidado, porque se tenía noticia de que en ellas no se encontraba oro, único cebo que llamaba la atención de los descubridores. Pero si no halagaban aquellos territorios por su riqueza, los visitaban los piratas con frecuencia para saltear las poblaciones indígenas y llevar grande acopio de cautivos, que vendían como esclavos en las Antillas.

En 1527 un buen hombre llamado Juan de Ampúés, había tratado de fundar una población española en un sitio que llamó Santa Ana de Coro, que aún subsiste. Enviado por la Audiencia de Santo Domingo para que procurase amparar á las tribus indígenas perseguidas por los salteadores, cumplió con su deber religiosamente. Por desgracia, apenas tenía un año de vida la iniciada colonia, cuando el Emperador Carlos V tuvo á bién sacar fruto de ella para llenar sus arcas reales, vaciadas por las guerras que sostenía contra la mayor parte de los reyes europeos. Con el objeto de conseguir el dinero sonante que le ofrecía una compañía de ricos comerciantes flamencos (los Rothschild del siglo XVI), cedió á éstos, como feudo de la corona, todo el territorio de Venezuela, desde el Cabo de la Vela hasta Maracapana, con derecho á conquistar en la tierra adentro, y con la condición de fundar dos ciudades y tres fortalezas bajo el mando de un Gobernador ó Adelantado, que nombraría la compañía que llamaban de los Welzares ó Belzares, de Ausburgo.

En cambio de todo esto se daba permiso al que nombrasen Adelantado para recorrer el país á su antojo y sacar el quilo á los infelices naturales.

El primer Adelantado que nombraron los Belzares se llamaba Ambrosio Alfinger, el cual llegó á Coro á fines de 1528. El apellido de este hombre no era, sin embargo, Alfinger, y Castellanos dice que Míser Ambrosio era natural de Alfinger, una ciudad alemana. ¿Cuál es esa ciudad de Alemania? No hemos podido descubrir ninguna que lleve un nombre que se le parezca siquiera. Pero si no sabemos en dónde nació realmente, ni cuál era su verdadero apellido, el mismo cronista dice que vivía en la isla Española, en calidad de factor de la compañía Belzar, y que cuando pasó á Coro yá tenía experiencia de los trabajos que se pasaban en las tierras del Nuevo Mundo. (1)

Alfinger traía para atender á sus expediciones descubridoras unos 400 infantes y 80 de caballería, todos hombres de nacimiento español, según las órdenes del Rey, pero por su segundo llevaba otro alemán llamado Bartolomé Sailler. Apenas se hizo cargo el Adelantado del Gobierno, cuando se apresuró á recorrer el país, deseoso de no perder tiempo y reembolsar lo más presto posible lo que había entregado al Emperador la Compañía. Sabiendo que los habitantes más ricos eran los de las orillas del magnífico lago de Maracaibo, país que Ojeda había bautizado con el nombre de San Bartolomé y los aborígenes llamaban Coquibacoa, resolvió empezar sus correrías por aquel lado, mandando labrar varias embarcaciones propias para navegar por las aguas del lago. (2)

(1) Castellanos--Elegías. Parte II--Elegía I--Canto II.

(2) "El lago de Maracaibo es el más hermoso y el más grande que existe en el país comprendido entre el mar Caribe y la apartada Patagonia. La grande elevación de las montañas circunvecinas y la espesura de los antiguos bosques que lo rodean, atraen sobre su hoya una inmensa cantidad de lluvias. Caen éstas en un espacio de cuatro mil leguas cuadradas, y todas se reunen en el lago, entrando también en él, por ciento veinte bocas, muchos ríos considerables. Son en gran trecho navegables algunos, ricos otros por las preciosas maderas de sus orillas, y discurren todos en tierras deleitosas y fecundas."

Historia de Venezuela por Rafael M. Baralt. Cap. VIII, primer vol., pag. 150.

Bajo el dominio de Alfinger, capitanes y soldados todos tenían facultad cumplida de saltear y robar á su sabor, asolando el país, quemando caseríos, y cautivando cada cual para sí á los míseros indígenas, que enviaban á vender como esclavos á las Antillas. De aquel botín daban una parte al Adelantado y otra guardaban para ser entregada después á la Compañía alemana.

Volvióse el Adelantado á Coro en 1530, á rehacerse y preparar una nueva expedición por el lado de Occidente, la cual en breve aparejó, llevando *baquianos* ó expertos que conocían la lengua de los indígenas de aquellas partes. El idioma de todas las tribus de aquel litoral era casi el mismo (el *cumanagoto*), y aunque cada casorío tenía palabras diferentes, se conocía que el tronco había sido uno sólo, y bastaba conocer una lengua de aquéllas para entenderlas todas. Entre los baquianos que acompañaban á Alfinger se cuentan muchos de los que después se hicieron notables en la conquista del Nuevo Reino de Granada y cuyas hazañas referiremos adelante.

No había finalizado el año de 1530 todavía, cuando Alfinger emprendió camino deliberadamente hacia territorios que pertenecían á lo que fué después Provincia de Santa-Marta, sin cuidarse de la usurpación, puesto que creía dificilísimo que lo llegasen á descubrir en el fondo de aquellos bosques salvajes, no hollados por hombres civilizados.

Alfinger comandaba una tropa compuesta de ciento sesenta Españoles de infantería y cuarenta de á caballo, y acompañábales una turba de indios cargueros que llevaban los pertrechos, armas, comestibles, ropas y cuanto pudiera necesitar la Expedición en un largo viaje. Aunque la fragosidad de los caminos era tal que los caballos iban casi siempre vacíos, jamás se procuró aliviar un tanto á los míseros indígenas cargando los caballos con algo de lo que ellos llevaban. Alfinger pensaba que los naturales no eran dignos de la menor señal de compasión ; llevábales, para que no se le huyesen, ensartados en dos cadenas (como lo hacían en España para trasladar los galeotes de una parte á otra) (*) y atados de manera que pudiesen pasar las cabezas

(*) Don Quijote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaba, venían hasta doce hombres á pie, ensartados,

por los anillos, é iban todos unos en pos de otros, como las cuentas de un rosario. Se jactaba aquél de su invención, por ser sumamente económica, puesto que dos guardas, uno al principio y otro al fin de la cadena, bastaban para custodiar los esclavos. Pero perfeccionó aquella bárbara invención un criado de Alfinger, cuyo nombre no sabemos; pues en lugar de desatar al desgraciado á quien el cansancio ó la indignación no permitía caminar, le cortaba la cabeza, quedando los cuerpos tendidos en los caminos en señal de la crueldad de aquellos invasores. Sin duda, también se valieron de aquel horrible castigo para evitar que muchos se fingiesen cansados con el objeto de que les dejasen atrás.

Cada vez que la Expedición de Alfinger entraba en un caserío indígena, no se tomaba la pena de pedir lo que necesitaba, sino que se apoderaba de cuanto encontraba, mandaba matar á los desgraciados que procuraban huir, y antes de dejar el lugar lo incendiaba, y talaba las sementeras que no estaban en sazón. De esta manera llegaron al sitio que hoy llaman Río de la Hacha, nombre que le pusieron por habérsele perdido una *hacha* á un soldado en aquel lugar. (*) De allí pasaron al Valle-Dupar, que atravesaron librando batalla á algunas tribus de feroces Chimilas, y bajaron hacia las márgenes del río Magdalena por la laguna de Tamalameque. En aquellos lugares consiguieron muchas *chagualas* de oro, joyuelas é ídolos, lo que les proporcionó un tesoro tan pesado, que les hacía mucho estorbo en el tránsito. Entonces resolvió Alfinger descansar en aquel lugar algún tiempo, mientras que enviaba á Coro los 60,000 castellanos de oro que llevaba, con un oficial seguro, acompañado de veinticinco hombres y de los indígenas que necesitase para cargar todo aquello. Estos debían conseguir algunos efectos que necesitaban y devolverse en busca de Alfinger inmediatamente. Pero aquellos desgraciados jamás volvieron; perdiéronse en el camino, en lugares tan esca-

como cuentas en una gran cadena de hierro, por los cuellos, y todos con esposas á las manos. . . Así como Sancho Panza los vido dijo : esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras—Don Quijote—Part. I—Cap. XXII.

(*) Castellanos.—Parte II.—Elegía I.—Canto III.

sos de comestibles, que acabaron por matar uno á uno á los indios cargueros para comérseles. Cuando hubieron devorado á todos los esclavos, los feroces conquistadores se tuvieron miedo y se separaron, no quedando vivo sino uno solo, llamado Francisco Martín, quien vivió algunos años enmedio de una tribu indígena que le protegió en su desamparo.

II

Cansado Alfinger de aguardar el regreso de los que había mandado á Coro, resolvió continuar su viaje de descubrimiento por las orillas del río Magdalena. Pero viendo que aquella ruta era dificilísima, torció sobre la izquierda y se internó por las agrias serranías que forman hoy los departamentos de Vélez y Soto en Colombia.

Felizmente para los indígenas de las mesetas de Bogotá, no tocó á Alfinger ser su primer descubridor, pues aquel nuevo Atila las hubiera dejado asoladas. Cuando la Providencia no permitió que la raza muisca fuera destruida, sus designios tendría. Continuando su marcha, siempre á la izquierda, en demanda de Venezuela, Alfinger subió con su tropa medio desnuda y sin tener con qué abrigarse, de las ardientes márgenes del río Magdalena á los helados páramos de lo que hoy día se llama Estado de Santander, algunos de los cuales miden más de 4,400 metros sobre el nivel del mar. "La soledad es completa en aquellas frías regiones. (*) Horrorosos precipicios formados por cúmulos de rocas amontonadas confusamente, raídas ó agujereadas, y envueltas en nubes que las bañan desatadas en aguaceros, ú ocultas entre una densa cortina de nieblas, llenan la extensión del paisaje.; y si alguna vez las ráfagas de viento que allí soplan con furia descorren el telón de vapores y permiten caer sobre la escena los rayos del sol, queda manifiesto un conjunto de almenas, paredones y colosales masas de calizas, que remedan las formas de gran-

(*) Véase "Geografía física y política del Estado de Santander," por Felipe Pérez.

des ruínas y restos de fortificaciones levantadas hasta donde la vegetación no ha podido subir. A sus piés se extienden llanuritas inclinadas, siempre verdes y vestidas de menudo pasto; más abajo hay otras, y otras inferiores á éstas y dispuestas en escalones. Humedecen el suelo multitud de lagunas que, ora permanecen contenidas en recipientes de peña viva, ora en el centro de tremedales peligrosos para el ganado que los pisa, las cuales vierten unas entre otras el sobrante de su caudal, ó lo envían directamente á los valles profundos, por chorros que á veces saltan precipitados en un vacío de más de mil metros y se pierden divididos en menuda lluvia; y á veces ruedan de escalón en escalón por los estratos que constituyen las trastornadas faldas de los cerros.

"El mugir de los vientos, frecuentemente superior á todos los ruídos, el de las cascadas, que aumenta ó se desvanece según la posición que ocupa el espectador, lo yermo y agreste de aquella comarca, desolada sin duda por terremotos cuya huella quedó estampada en tánto escombro: todo esto imprime al lugar un sello de grandeza melancólica que se graba en la memoria con el recuerdo de los peligros á que se ha visto expuesto el expectador de esos páramos solitarios.

"Consiste uno de los peligros, y no el menor, en la furia con que soplan los vientos á lo largo de los desfiladeros y gargantas, cuando se camina por la orilla de los precipicios. Produce estos fenómenos la configuración de la serranía, que arroja estribos casi paralelos hacia los valles de Cúcuta, al Oriente, y hacia la hoya del Lebrija, al Poniente; y la diferencia de temperatura que hay entre la cumbre de la serranía y el final de los estribos sobre las tierras bajas. Enrarecido el aire en las regiones inferiores, constantemente iluminadas por un sol ardoroso, se difunde y ocupa las gargantas de la serranía, determinando la rápida inmersión de las capas condensadas por el frío en lo alto de los páramos; mientras que la estrechez de las quiebras contribuye á dar el ímpetu del huracán á este aire desquiciado por falta de apoyo y comprimido en su corriente por los angostos y prolongados boquerones."

Caminando por enmedio de aquellos riscos y se-

rranías, pasando en pocas horas del clima más ardiente al frío más intenso, y rodeados de peligros de todo género, los compañeros de Alfinger marchaban sin cesar en solicitud de tierras más propicias, y animados siempre por la esperanza de descubrir oro y más oro, en el cual consistía toda su ambición y su único anhelo.

Semejantes penalidades acabaron con la existencia de algunos Españoles, que no pudieron resistir á un cambio tan repentino de temperatura, y cerca de trescientos indígenas, que habían llevado como esclavos desde las ardientes márgenes del mar y que andaban enteramente desnudos, perecieron también en los páramos.

Cuando después de algunos días de sufrimientos cruelísimos empezaron á bajar á climas más benignos, encontró Alfinger que su fama le había tomado la delantera, y en tanto que unos naturales abandonaban sus caseríos y huían delante de él, otros le atacaban por diferentes partes y le hostilizaban sin cesar. Al fin llegaron á las vegas y llanuras fértiles de Chinácota, en donde los indígenas, más denodados que los que habían encontrado hasta entonces, trataron de hacerles una resistencia tan imponente, que Alfinger creyó prudente detenerse y aguardar entre unos riscos hasta el día siguiente.

A la madrugada salió Alfinger á caballo con el baquiano Esteban Martín á hacer un reconocimiento, cuando de repente, y sin las algazaras de costumbre, les acometió una tropa de indígenas, los cuales hirieron levemente á Martín y atravesaron con una flecha la garganta del Alemán, quien cayó moribundo al suelo; recogiéronle los suyos, y á pesar de los cuidados que parece le prodigaron, murió al tercer día. Enterráronle en un vecino valle que conserva el nombre de *Míser Ambrosio*, y dice Castellanos que lo hicieron debajo de unos árboles umbrosos, y en la corteza de uno de ellos le pusieron este epitafio:

En Alfinger fué nacido
Una ciudad de Alemania;
Tierra bárbara y extraña
Tiene su cuerpo abscondido
Enmedio desta montaña. (1)

(1) Elegías de varones ilustres.—Parte II.—Elegía I.—Canto IV.

Hay quien crea que no fué la mano alevosa de los dueños de la tierra la que puso fin á la carrera de aquel cruel invasor, sino que fué muerto por sus propios compañeros, que estaban hartos de sangre y de injusticias. Así acabó su carrera aquel descubridor-monstruo! Por lo demás, la Expedición continuó su marcha de regreso á Venezuela, después de haber nombrado Capitán á Sanmartín y como guía á Esteban Martín.

JORGE DE ESPIRA.

I

Después de haber narrado, aunque brevemente, la vida y aventuras del alemán Ambrosio Alfinger, se siente descanso al hablar de otros descubridores, también de raza germánica, pero cuyos caracteres no eran sanguinarios como el del primero.

Sabedores los habitantes de Coro de la muerte de Alfinger, despertóse al momento entre algunos Alemanes la ambición de ser nombrados Gobernadores en su lugar. Entre éstos el que más sobresalía por su audacia y carácter emprendedor era un joven, llamado Nicolás de Federmann, * el cuál yá había hecho sus primeras armas en las Antillas y otras conquistas de Tierra-Firme. Tanto Federmann como varios de sus émulos trataron de embarcarse inmediatamente en vía para Europa, por ir á empeñarse con la Compañía de los Welzares ó Belzares para que les diesen los destinos que ambicionaban.

Federmann llegó primero que los demás, y como era conocido por los comerciantes flamencos, dieron oídos á su petición, é iban á nombrarle Gobernador de Venezuela, cuando llegaron de Coro sus émulos y malquerientes; y aunque éstos no podían pretender aquel destino, se ocuparon en desacreditar al pretendiente, y de tal manera informaron mal á la Compañía, que ésta cambió de propósito y negó definitivamente el nombramiento á Federmann, poniendo en su lugar á otro flamenco, llamado Jorge de Spira ó Espira. Sin embargo, para no dejarle enteramente desairado, le hicieron Teniente general del Gobernador, y le dieron otros privilegios que, al parecer, le de-

* Aunque los antiguos cronistas y modernos historiadores llaman á este descubridor, unos *Fredeman*, *Fedremann*, otros *Frideman* ó *Federmann*, hemos pensado que era natural escribir su nombre según la ortografía alemana y como lo llaman los autores franceses y alemanes.

jaron satisfecho, porque no se supo que Federmann hubiese reclamado. Jorge de Espira era hombre de alguna consideración en su patria, y su posición era suficientemente elevada para que Federmann le acatase y guardase miramientos y respetos.

Partieron juntos para España, en donde debía hacerse una leva de gente que pensaban llevar á Venezuela para atender á nuevas conquistas, siendo condición expresa del Gobierno español que todos los soldados que llevaran á Indias fuesen súbditos españoles. Para mediados de 1533 Espira y Federmann, que habían obrado en completa armonía, tenían reunidos cuatrocientos hombres de armas, bastantes caballos y perros y bagajes y pertrechos en abundancia. Embarcáronse en el río Guadalquivir é hicieron rumbo para las islas Canarias; pero desde que salieron les asaltaron en alta mar tempestades pavorosas, y estuvieron á punto de naufragar varias veces. Una vez que llegaron á las Canarias, el tiempo se serenó, y en el resto del viaje llevaron vientos bonancibles hasta arribar á Coro en Febrero de 1534. La primera diligencia de Espira fué ponerse en marcha inmediatamente en busca de nuevas y ricas tierras donde se hallara el oro en abundancia, único móvil de cuantas expediciones emprendían los descubridores en aquel siglo. Hablábase mucho en la colonia de un país muy rico que demoraba al sur del lago de Maracaibo y más allá de las serranías de Carora. Pero como no hubiese en Coro los recursos suficientes é indispensables para emprender con provecho un viaje largo, para no perder tiempo Espira se puso en marcha con la gente que pudo reunir (trescientos hombres de infantería y cerca de ciento de caballería), dejando en Coro á su Teniente general, quien debía partir inmediatamente para Santo Domingo á conseguir allí lo que se necesitaba, y alcanzar después al Gobernador en el camino de las serranías de Carora.

Espira marchaba lentamente, y de esta manera atravesó su gente las ásperas laderas de la serranía y se detuvo en el valle de Barquisimeto; en seguida se dirigieron á la provincia de Baraure ó Araure, librando continuas batallas á los indígenas que pretendían atajarles el paso, los cuales, unidos á la estación llu-

viosa que les acometió, les atormentaban sin cesar. Marchaban, pués, sin detenerse, procurando evitar las inundaciones y conquistando la tierra con el filo de su espada. Al fin, viendo Espira que era imposible continuar el viaje durante la estación lluviosa, se detuvo en las márgenes del río Aricagua, en donde aguardó tres meses la llegada de su Teniente; pero como éste no llegase, levantó el campamento, yá entrado el verano, y siguió su camino, buscando los estribos de la cordillera, siempre perseguido por los naturales y atormentado por la aspereza de las serranías. De esta manera pasó por el sitio en que después se fundó la ciudad de Barinas y en donde hoy día se encuentra la aldea de Piedras (en territorio venezolano). De allí volvieron al Sur y se internaron por los Llanos, esguazaron los ríos Apure, Sarare y Casanare, y al fin hicieron alto en las orillas del Upía, pues yá entraba nuevamente la estación lluviosa. El sitio que había escogido Espira para librarse de las inundaciones era el mismo que servía de guarida á los tigres de los contornos, los cuales les atacaban á toda hora; y ni la luz del día arredraba á aquellas hambrientas fieras, que se sacaban á los Españoles de las hamacas y diezmaban á los indios de servicio.

II

En Upía, Espira tuvo noticia por primera vez de la existencia del Imperio Muisca; pero como creyese que todo lo que le aseguraban los naturales era con el objeto de desviarle de su camino, no quiso dar oídos á lo que le decian, y se propuso seguir siempre hácia el Sur, á través de los Llanos, en busca de un país que le habían pintado riquísimo y que no existía. Minada entre tanto la Expedición por las hostilidades de los indios y de las fieras; diezmada por las enfermedades en lugares que al presente se consideran tan malsanos, que ni las personas que los atraviesan con todas las comodidades que ofrece la civilización actual escapan á veces con vida; perseguida por los mosquitos que les producían llagas; todos muertos de hambre . . . . ni con todo

esto aquellos hombres de hierro se desanimaban, ni estaban dispuestos á abandonar la empresa! Al contrario, parecía como que las mismas penalidades é indecibles sufrimientos les infundiesen mayor ánimo y más energía y valor!

El 15 de Agosto de 1536 Espira llegó á un sitio que bautizó con el nombre de Nuestra Señora de la Asunción, en donde, habiendo encontrado bastantes recursos y alimentos abundantes, resolvió hacer alto y descansar, é hizo después una excursión por las orillas del río Ariare. Allí encontraban hermosos paisajes, sembrados risueños, naturales bien dispuestos para con los invasores, quienes, en lugar de atacarles y hacerles la guerra, manifestáronles admiración profunda y hasta adoración, contemplándoles noche y día tánto, que aun de noche hacían hogueras para no perder de vista á aquellos brillantes forasteros que consideraban enviados del cielo.

Sucedió entonces que en una clara noche de luna despertó el campamento de Espira al són de los gritos más desgarradores de los indígenas, los más lastimosos clamores y los alaridos más espantables: era que ocurría en aquellos momentos un eclipse de luna, y los naturales, para castigarla, le arrojaban piedras, palos, tizones encendidos y cuanto hallaban á la mano.

Continuó Espira entre tanto su camino; pero habiendo entrado en el territorio de los Guayapes y los Choques, éstos salieron á atajarle el paso; estos salvajes eran antropófagos, y tan feroces, que peleaban con las canillas de sus enemigos á manera de armas. Después de los combates los Choques se arrojaban sobre los muertos, devoraban la carne, y en seguida afilaban las canillas de sus contrarios, y en largas astas las usaban en calidad de lanzas, empatándolas. El arrojo de los Choques infundió por primera vez algún desaliento á los descubridores, que yá carecían de pólvora, por lo que, arrojando sus arcabuces, peleaban tan sólo al arma blanca. Esta circunstancia, unida á la debilidad y flaqueza á que les habían reducido los trabajos y las enfermedades, hacía que los Españoles no se considerasen yá invencibles, y hubo veces en que estuvieron á punto de ser derrotados por los aborígenes.

Ante tales peligros, Espira se vió obligado á

abandonar la empresa, cuando, si hubiese caminado algunos días más hácia las sierras, á él hubiera tocado la gloria de descubrir el Imperio Muisca. Además de la situación en que se hallaba su tropa, Espira estaba muy alarmado con la tardanza de su Teniente general, y deseaba volver á Venezuela para indagar la conducta de Federmann. El regreso á Coro fué prontamente puesto en ejecución, desandando todo el terreno que habían descubierto y que forma hoy la parte más oriental de las Repúblicas de Colombia y Venezuela.

Yá en las cercanías del río Apure, Espira tuvo noticias y vió el rastro reciente de Españoles, comprendiendo que éstos debían de ser las tropas de Federmann. Inmediatamente mandó que les dieran alcance para conferenciar con su Teniente. Pero el astuto Federmann, que sólo deseaba obrar por su cuenta, advirtió también que se acercaba Espira, y sin aguardar á los mensajeros de su caudillo se arrojó con toda su tropa hacia los Llanos, con lo cual los otros perdieron su huella. Después de tres, cuatro ó cinco años de ausencia (pues los cronistas no están acordes acerca de la duración de aquella jornada), Espira arribó de nuevo á Coro, en donde se volvió á encargar, dicen unos, de la Gobernación de Venezuela; otros aseguran que desde entonces hasta la hora de su muerte (1540) no se ocupó sino en sus asuntos particulares.

Aunque, según parece, este alemán carecía de las brillantes cualidades de un conquistador, y en realidad su viaje, puramente de descubrimiento, fué estéril para el bien de la civilización, también es preciso confesar que tampoco tuvo defectos notables, y que á él se le debe el descubrimiento de los Llanos que hoy se llaman de Casanare y de San Martín en Colombia.

NICOLAS DE FEDERMANN.

I

Recordarán nuestros lectores que cuando Espira emprendió marcha en demanda de las ricas tierras que creía demoraban al Sur de los Llanos, dejó en Coro á su Teniente general Federmann, con el objeto de que acopiara pertrechos en la isla Española y continuara después en busca de su caudillo, siguiendo sus huellas. Pero en lo que menos pensaba Federmann era en obedecer á su Jefe, y lo que ambicionaba de tiempo atrás era hacer descubrimientos y conquistas por su propia cuenta. Así fué que apenas partió Espira en su jornada, cuando su Teniente general, sin acordarse de las órdenes que había dejado el Gobernador, envió inmediatamente á un capitán amigo suyo, llamado Antonio de Chaves, con una partida de soldados, al Cabo de la Vela, sobre las costas del mar de las Antillas, con orden de que le aguardaran allí, mientras que él pasaba á Santo-Domingo en busca de recursos para emprender una expedición propia, desentendiéndose enteramente de la de Espira.

Algunos meses después, á fines del año de 1534, Federmann se unió al Capitán Chaves, que le aguardaba en el Cabo de la Vela: llevaba de Santo-Domingo ochenta hombres, unos treinta caballos más y bastantes pertrechos y comestibles frescos. Además, había hecho fabricar ciertas maquinarias que él había ideado para pescar perlas, que sabía abundaban en aquellas costas. Pero esta esperanza resultó fallida, y aunque no faltaban hostiales en el Cabo de la Vela, nunca logró pescar nada de provecho; las maquinarias no sirvieron, y ni Españoles ni indígenas se prestaron á servirle de buzos.

Sin embargo, si la pesquería no tuvo efecto en aquella costa, en desquite Federmann logró atraer con buenas y corteses palabras á una compañía de soldados veteranos de Santa-Marta, al mando de un Capitán Rivera, que encontró perdida por aquellas soledades y despoblados. Con esto aumentó la tropa que tenía, y se aprovechó de ello para abandonar la inútil pesquería y atender á una empresa que pensaba le sería más ventajosa. Como hubiese tenido noticia de las tierras que había visitado Alfinger, en donde abundaba el oro, resolvió emprender marcha hacia ellas. Internándose por las montañas altas del Valle-Dupar (desobedeciendo yá resueltamente las órdenes de Espira), gastó varios meses y la mayor parte de los recursos que debía haberle llevado al Gobernador.

El viaje resultó infructuoso, y además de que los naturales recibieron á los expedicionarios á mano armada, y éstos no encontraban en ninguna parte el oro que ambicionaban, los soldados de Rivera iban forzados y descontentos, y los de Federmann disgustados con la abierta contradicción que su caudillo manifestaba á las órdenes de Espira. Aquel descontento y disgusto de la tropa se patentizó con la continua deserción que empezó á cundir, hasta alarmar gravemente á los oficiales; sin que encontrasen otro remedio para atajar el mal, sino dar orden de volverse para Venezuela. De otra parte, Federmann deseaba volver á Coro, en donde pensaba recibir noticias de Europa, que no había tenido hacía muchos meses. Regresó, pues, hacia el lago de Maracaibo, á cuyas márgenes llegó á fines del año de 1535, después de haber perdido dos años en correrías inútiles que habían absorbido cuantos recursos reunió en su nombre y en el de Espira.

II

Acopiados nuevamente los recursos que pudo recoger en Coro, y reunidos todos los hombres de armas tomar que encontró, Federmann tornó á ponerse en camino, largos meses después, siguiendo en esta ocasión las huellas de Espira. Así, trasmontando las serra-

nías de Carora, emprendió definitivamente marcha hacia los Llanos. En el Tocuyo se le unió una tropa de sesenta hombres, resto de las expediciones de Gerónimo de Ortal, con lo cual cobró nuevo ánimo la gente para internarse por los Llanos, siempre siguiendo el derrotero de su Gobernador. Habiendo comenzado, entre tanto, la estación lluviosa, fué preciso hacer alto en el valle de Barquisimeto, en donde, contada la tropa, resultó que sólo llevaba poco más de doscientos hombres armados y los indios de servicio; pero toda era gente animosa y acostumbrada á la vida nómada, y se consideró que con esa tropa había de sobra para hacer frente á los riesgos del viaje.

Iba yá bien entrado el año de 1537 cuando Federmann empezó á aproximarse á las márgenes del río Apure, en donde tuvo noticia de que se acercaba Espira, y con el objeto de no encontrarse con éste, enderezó rumbo directamente hacia el Sur. Como la estación lluviosa no había concluido aún, al internarse en los Llanos la Expedición, estuvo á punto de perecer toda, ahogada en las ciénagas de Arechona y Caocao. En aquel lugar sufrieron varios días con el agua á la cincha de los caballos y muertos de hambre, hasta que lograron volver á tierra firme y regresar otra vez hacia el pie de las sierras, en donde pensó Federmann que yá no corría el riesgo de volverse á encontrar con su Gobernador. Pero en aquellos lugares les acometieron otros peligros, y sin cesar tenían que defenderse de las fieras que les atacaban, de los insectos ponzoñosos que les mortificaban, y de las tierras quebradas por donde apenas podían transitar.

Una vez serenado el tiempo, viajaban sin tantas incomodidades por los Llanos; pero habiendo empezado otra vez las lluvias, Federmann hizo alto en una meseta pedregosa, no lejos del río Ariporo, sin duda en el mismo lugar en que está fundada la capital de Casanare, que denominan Moreno, en clima ardiente (29 grados por término medio), pero que no es malsano. Durante toda la estación lluviosa, la Expedición permaneció en aquel sitio, y en el verano siguiente marcharon con dirección al Meta, y de allí se internaron en una provincia que los indígenas llamaban Maruchari, en donde hallaron los rastros de la permanencia

que hizo la tropa de Espira en el pueblo indígena que él había llamado de Nuestra Señora y que la gente de Federmann bautizó con el nombre de la Fragua, porque fundaron una allí para herrar los caballos.

Estando en aquel lugar, Federmann se persuadió de que andaba errado en tratar de seguir hacia el Sur, y que en la cordillera podría encontrar más bien las riquezas que buscaba: varias veces había tenido noticia de una población que los indígenas le aseguraban tenía su asiento detrás de la serranía, la cual era muy rica y todos sus habitantes andaban vestidos; una prueba de civilización que los Españoles no habían encontrado en las tierras bajas recorridas. Aunque los intérpretes decían que los habitantes de las tierras altas tenían grandes ejércitos y armas muy buenas, esto no amilanó á los invasores, y Federmann soñaba yá con un segundo Perú y con adquirir la fama de un nuevo Pizarro.

Una vez que descansó la tropa y estuvieron herrados los caballos lo mejor que se pudo, el caudillo dió la órden de marcha, y á pocos días empezaron á trepar por los estribos de las altas sierras con grandísimo ánimo. Adelante iba siempre el primer baquiano de la Expedición, Pedro de Limpias, y detrás de él seguía el bien disminuido ejército. Concluía por entonces yá el año de 1538, y hacía dos que vagaban sin rumbo por aquellas asperezas, cuando, al salir de la ardiente zona de los Llanos, empezaron á escalar las montañas y cerros escarpados de la alta cordillera que cercaba el Imperio Muisca. ¡Qué no sufrió aquella gente descaminada abriendo sendas al través de montañas espesas, rompiendo muros de piedra, atravesando torrentes, y cruzando páramos en donde soplaba un cierzo helado que les llegaba hasta la medula de los huesos! Después de sufrir casi desnudos las plagas que les atormentaban en las tierras calientes, la llegada á los helados y yermos páramos de Sumapaz y Pasca, á miles de metros sobre el nivel del mar, debió de haberles hecho una impresión indecible. La primera población muisca que hallaron fué la de Fosca, situada en un pequeño valle rodeado de páramos, á más de dos mil metros sobre el nivel del mar.

En aquella aldea indígena tuvieron alguna noticia

de la invasión de Gonzalo Jiménez de Quesada, y como les dijesen que había un forastero en Pasca que les podía dar razón de la llegada de otros Españoles al Imperio Muisca, nuestros expedicionarios resolvieron pasar á ese lugar. Aunque este caserío no quedaba muy lejos de Fosca, en línea recta, los cerros son tan altos, escarpados y trastornados que hoy día apenas se atreven á transitar aquellas sendas gentes de á pié, porque parece imposible recorrerlas en cabalgaduras. Y con todo, Federmann, á la cabeza de su Expedición, lo hizo, y llegó á Pasca yá en los primeros días del año de 1539, sin que le ocurriera desgracia ninguna.

En Pasca se encontraron con Lázaro Fonte, un oficial que Quesada había desterrado á aquel lugar por vía de castigo. No obstante, el natural contento que todos sentían al verse con un hombre de su raza, y persuadirse de que yá no corrían riesgo de morir de hambre ni á manos de enemigos más poderosos, no hay duda que Federmann experimentaría escaso gozo al considerar frustradas todas sus esperanzas de gloria, y en lugar de ver su nombre ensalzado como el de un gran conquistador, convertirse en el de un humilde y desconocido descubridor de tierras y tribus indígenas completamente salvajes, mientras que otros cosecharían fama y riqueza. Además, debió de serle amargo el pensar que, por atender á su egoísta ambición, había perdido dos años en el Cabo de la Vela y el Valle-Dupar, abandonando á su caudillo, mientras que si hubiera obedecido á éste, tal vez hubiese tocado en suerte á los dos la conquista del Imperio Muisca.

No bien se hubieron acuartelado los nuevos invasores para descansar en Pasca, cuando llegaron emisarios que enviaba Quesada á averiguar quiénes eran y de dónde venían aquellos extraños viajeros. Una vez sabedor de lo que eran y de dónde procedían, aquél mandó ofrecer diez mil pesos de oro á Federmann con tal que abandonase la conquista, y á sus soldados los mismos privilegios que á los suyos, si consentían en quedarse en Santafé de Bogotá y reconocerle á él por su caudillo y Gobernador. Federmann aceptó la propuesta del conquistador del Nuevo Reino de Granada, y á mediados de Enero hizo su entrada en Santafé, junto con la expedición que venía de Quito con Sebas-

tián de Belalcázar. En el mes de Mayo subsiguiente los tres caudillos, que habían llegado á las altiplanicies de Bogotá después de haber salido de lugares diametralmente opuestos, emprendieron viaje á la Costa, embarcándose en Guataquí y bajando el Magdalena hasta Cartagena.

Federmann pasó inmediatamente á España con Quesada, y de allí á Ausburgo, á verse con los Belzares, á quienes intentaba pedir la gobernación de Venezuela, alegando los méritos que había adquirido como descubridor. Pero yá antes de su llegada habían tenido noticia aquellos comerciantes del mal manejo de Federmann para con Espira, y de su desobediencia á cuantas órdenes le había dado éste, por lo que, en lugar de darle recompensa, le confiscaron sus bienes y le quitaron el empleo que le habían dado.

Profundamente afligido, pero no desalentado con aquel contratiempo, Federmann se dirigía otra vez á España á buscar fortuna, cuando le acometió una tempestad en alta mar, en la cual naufragó la embarcación en que iba, y él se ahogó. Otros dicen que se salvó con vida, llegó á Madrid, y allí murió sin haber conseguido nada de lo que deseaba.

Fué Nicolás de Federmann hombre de tan buenos y corteses modales, que refieren los cronistas que jamás se le oyó proferir palabras descompuestas, y era tan afable, compasivo y misericordioso con sus inferiores, que éstos le idolatraban. Jamás se le tachó de codicioso ni de cruel, y sus enemigos no pudieron nunca mencionar de él una acción sanguinaria ó perversa. Tenía rostro blanco y hermoso, elevada estatura, barba roja y poblada, y era muy ágil y diestro en todos los ejercicios corporales. No hemos podido descubrir el lugar ni el año de su nacimiento; pero, sin duda, estaba en todo el vigor de su juventud, cuando pudo llevar á cabo un viaje tan peligroso como el que hizo desde Venezuela hasta Bogotá, sin que se dijera que hubiese flaqueado una sola vez.

SEGUNDA PARTE

CONQUISTADORES.

RODRIGO DE BASTIDAS.

(Fundador de Santa-Marta).

I.

Corría el año de 1525, cuando el 29 de Julio arribaron, con tiempo bonancible y sereno, cuatro bajeles bien armados y tripulados con quinientos hombres, á una no explorada bahía de Tierra-Firme que nombraron Santa-Marta, por haber llegado á ella el día en que se celebra la fiesta de esta Santa. En aquella hermosísima ensenada se goza de un "mar de leche," dice Don Antonio Julián (1) "dulce, pacífico, que nunca se alborota, que ningún viento perturba, ni da incomodidad á los barcos que en él dan fondo." Mide de ancho más de media legua, y su longitud, de Sur á Norte, es de cerca de legua y media. Está defendida á la entrada del puerto por un islote que llaman Morro, en el cual hoy día se encuentra una fortaleza que protege el paso.

El Jefe de la expedición que entró en la bahía de Santa-Marta en aquella ocasión era Rodrigo de Bastidas (2). Era natural de Sevilla y notario en aquella ciudad, de nacimiento limpio, y gozaba de una buena posición en su patria cuando, contagiado de la fiebre de oro que reinaba en toda la Península, y picado por el amor á las aventuras, del cual no escapaba ningún español de la época, habíale entrado la tentación, como á tántos otros, de emprender un viaje de exploración

(1) "La Perla de América."

(2) En 1535 fué electo primer Obispo de Coro (Venezuela) un sacerdote llamado también Rodrigo de Bastidas.

de las costas de Tierra-Firme (1). Fletó, pues, en 1501 dos carabelas, llevando como piloto á Juan de la Cosa, y entre la tripulación á Vasco Núñez de Balboa. Recorrió con más ó menos buen éxito toda la costa de Tierra-Firme, desde el cabo de la Vela hasta el istmo de Panamá. Tocóle, pues, descubrir todo el litoral de Colombia hasta el punto á donde llegó Colón en el año de 1503. De paso por aquellas costas había notado particularmente la hermosa bahía que después llamó Santa-Marta. También en ese primer viaje descubrió la desembocadura del río que bautizó con el nombre de la Magdalena, por haber estado en peligro de naufragar el día de aquella Santa, en los remolinos que forman las aguas del río al arrojarse en el Océano.

Habiéndose detenido en el puerto llamado después Nombre-de-Dios, notó que sus embarcaciones estaban comidas de la broma, y como el viaje había sido venturoso hasta entonces (llevaba muchas perlas y oro), resolvió pasar á la Española á carenar sus buques; pero naufragaron en sus costas, y salvando con dificultad lo más precioso que llevaban, se dirigían á la capital de la isla, cuando Francisco de Bovadilla, el perseguidor de Colón, le mandó aprehender, le quitó una parte del oro que había rescatado, y le remitió en prisiones á España, á donde llegó en 1502. Allí no sólo fué puesto en libertad Bastidas, y recuperó una parte de sus bienes, sino que el Rey le señaló una pensión vitalicia, que se tomaría de los productos que dieran á la corona las tierras descubiertas por él.

¿Qué fué de Rodrigo de Bastidas durante los siguientes veinte años? Los cronistas contemporáneos no lo dicen, ni su nombre se encuentra en los anales de la conquista, sino yá en 1521, época en que le encontramos en la Corte pidiendo licencia para fundar una colonia en Tierra-Firme. Castellanos dice que Bastidas vivía en la Española, en donde había ganado una fortuna; (2) pero, sin duda, perdería una parte de ella,

(1) Es de suponerse que Bastidas nació por los años de 1455 á 1460.

(2) Fué principal en estas ocasiones
El Capitán Rodrigo de Bastidas,
Que en Haití, do tenía su reposo,
Se hizo con los tractos caudaloso.
VARONES ILUSTRES DE INDIAS—Parte II.—Canto I.

cuando siendo yá de edad avanzada acometió nuevamente una empresa tan aventurada como la que le llevaba á Santa-Marta en Julio de 1525.

Los naturales de aquellas costas eran por extremo belicosos, usaban flechas envenenadas (que era lo que más temían los Españoles), andaban parcialmente vestidos con mantas de algodón que fabricaban y teñían ellos mismos, se mantenían con raíces, maíz y frutas, pero no comían carne, y lo que más llamaba la atención de los conquistadores era que enterraban á sus muertos muy adornados con joyuelas de oro. Los indígenas odiaban á los invasores, porque desde que fué descubierto aquel país se había visto continuamente asaltado por piratas, quienes no sólo se robaban el oro que encontraban, sino que se llevaban los indios en cautiverio para venderlos como esclavos.

Apenas hubo desembarcado nuestro conquistador, cuando se ocupó en explorar la tierra con el objeto de escoger un sitio propio para fundar una población. Encontrólo como lo deseaba, en las orillas de un cristalino río que llamaron Manzanares, cuyas arboledas agradaban la vista y daban sanidad al clima. Santa-Marta era considerada en los primeros siglos de la conquista como uno de los climas más sanos de Tierra-Firme. Además, notaron que templaban el calor de la temperatura las brisas de que se gozaba á ciertas horas del día, y que bajaban frescas y puras de las nevadas serranías que veían á sus espaldas como un semicírculo de bruñida plata.

Bastidas, que no iba en calidad de descubridor, sino en la de conquistador y colonizador, llevaba cincuenta labradores y artesanos, hombres pacíficos, algunos con sus mujeres, que debían constituir el núcleo en torno del cual se formaría la colonia; además, le acompañaban algunos religiosos que habían de fundar iglesia en la población española y salir á la vecindad á catequizar los naturales.

Santa-Marta fué la segunda ciudad fundada resueltamente como punto de donde la civilización debía irradiar en las comarcas circunvecinas, (*) y Rodrigo

(*) La primera fué Nuestra Señora de la Antigua, en el golfo de Urabá.

de Bastidas era el hombre llamado á cristianizar á los aborígenes, porque su conducta fué siempre suave y cristiana para con ellos. Deseoso de evitar, en lo posible, entrar en guerra con los indígenas, usó de un lenguaje cortés y del halago de obsequios que les envió, sin exigirles retorno para pedirles su alianza y amistad. Sorprendidos éstos con tal conducta, rara vez vista entre los invasores, en breve vinieron en lo que deseaba Bastidas los Gairas, Tagangas y Dorsiños, que vivían en los contornos de la bahía y en las tierras vecinas.

Decretó el Gobernador que los Españoles no debían tener esclavos indígenas, y prohibió que les hiciesen trabajar contra su voluntad; así fué que para labrar las casas y la fortaleza tuvieron los europeos que ir personalmente á los bosques á tumbar árboles, llevar en hombros las maderas que se necesitaban, y trabajar en todos los oficios que en otras partes estaban enseñados á que los hiciesen los naturales. Quejáronse los Españoles de aquel decreto por parecerles injusto, pero Bastidas les mostró las órdenes que tenía del Gobierno real, las cuales mandaban expresamente que se mantuviese contentos á los indígenas comarcanos, á quienes se debía atraer á la fe cristiana con buenos procederes, y que de ninguna manera les tomasen como esclavos. "Estas órdenes, acabó por decir, son las mismas para todos los encargados de poblar en Indias, y si otros no las cumplen, hacen mal, y van contra la voluntad de nuestros Soberanos." Sin embargo, para tener contentos á los soldados, Bastidas penetró en la tierra adentro. Caminaba por aquellos países con su tropa, no robando las sementeras ni asaltando las habitaciones indígenas, sino rescatando pacíficamente lo que necesitaba, en cambio de las baratijas que llevaba para el caso. Pero habiéndole salido á atajar el paso el señor de los Bondas, Bastidas le declaró la guerra y le atacó y venció completamente, volviendo á la ciudad con una buena presa de oro, que rehusó distribuir entre todos hasta no sacar primero los gastos de la expedición y el quinto del Rey. Este procedimiento, junto con la necesidad que tenían todos de trabajar personalmente y una epidemia de disentería que les atacó, de resultas de los comestibles europeos dañados con que se mantenían, produjo un descontento general entre la tropa de aventureros, los

que sólo pensaban en lucrar y desdeñaban toda ley justa y humanitaria.

Entre aquella gente (mucha de la cual resultó después maestra en el arte de la guerra con los indios) se encontraba en primera línea un joven, natural de Ecija, llamado Juan de Villafuerte, á quien el Gobernador consideraba y quería mucho, llamándole *hijo suyo*, y á quien nombró su Teniente-general. Por Maestre de campo tenía á Rodrigo Alvarez Palomino, hombre de experiencia, que se había hallado en la conquista de Méjico. Entre los oficiales superiores se contaban dos portugueses que fueron muy afamados después: Antonio Díaz Cardoso y Alonso Martín, y un hijo de Burgos que se hizo notable, llamado Juan de San-Martín. Santa-Marta fué un fértil almácigo de conquistadores que subieron después á las altas mesetas del Nuevo Reino de Granada por tres lados distintos. Algunos pasaron de allí á Venezuela y llegaron á la sabana de Bogotá con Federmann; otros, habiendo abandonado á Santa-Marta, en busca de mayores riquezas en el Perú, se engancharon con Belalcázar y vinieron, en busca de Cundinamarca, á encontrarse con los que salieron directamente de la ciudad con el conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada.

II

Como dijimos antes, la nunca vista humanidad de Bastidas con los indígenas, unida á otros motivos de descontento, lo hizo crecer tánto entre algunos de los colonos, que no se había pasado un año desde que el Gobernador hubo desembarcado en Santa-Marta, cuando yá gran número de los samarios hacían votos para que Dios le quitara de enmedio. El más descontento de todos era Juan de Villafuerte, quien, atenido al cariño que le profesaba Bastidas, se enfurecía cuando éste no le permitía apoderarse de las arcas del Gobernador ni maltratar á los naturales; por lo que resolvió tramar una conspiración para quitar la vida á su protector. Encontró poca disposición, empero, entre la tropa para cometer tamaña traición, y sólo nueve hombres se prestaron á ayudarle: seis oficiales y tres soldados. Los nombres de

aquellos malvados se deben conservar para baldón eterno: fueron, además de Villafuerte, Martín de Roa, Montesinos de Lebrija, Pedro de Porras, un Montalvo, un Samaniego, un Serna y tres soldados oscuros cuyos nombres no mencionan los cronistas.

Aprovecháronse de que Bastidas estaba enfermo en cama y solo en su aposento, para penetrar en la casa. Villafuerte tomó la delantera y acercóse á la cama del Gobernador, pronunciando algunas expresiones descomedidas, mientras que daba tiempo á que rodearan los suyos el lecho del doliente, y al momento levantó la mano y le hundió tres veces el puñal en el pecho. Pero al ruido del tropel de gente que entraba á deshoras en el aposento del Gobernador, y á los gritos de éste pidiendo socorro, entró precipitadamente Alvarez de Palomino, y con un montante (*) defendió á su jefe valerosamente de los conjurados, que trataban de rematarle, mientras llegaban los criados y sostenedores del Gobernador, á quienes Palomino ordenó que apresasen á esos malvados. Pero estaban casi todos tan débiles y enfermos, que no acertaron á impedir que huyesen los asesinos, los cuales salieron de la población y se fueron á refugiar en el fondo de los bosques.

Sin duda Villafuerte había contado con que, una vez muerto el Gobernador, él, como segundo en el mando, sería aclamado jefe; pero (como sucede siempre á los criminales) no había pensado en que Bastidas no moriría en el acto, ni que su acción fuese recibida con indignación por todos los colonos. El moribundo Gobernador (aconsejado por los que, si no deseaban su muerte, al menos le querían ver en donde no les hiciese estorbo para sus conquistas entre los indígenas) se embarcó en un bergantín surto en el puerto, en vía para Santo-Domingo, en donde podría curarse las heridas mejor que en Santa-Marta. Antes de partir nombró por su Teniente, para que gobernase en su lugar, á Alvarez de Palomino, de quien estaba muy agradecido por su oportuno auxilio.

El bergantín que llevaba á la Española al mismo

(*) Espada ancha y con gavilanes muy largos, que manejan los maestros de armas con ambas manos para las batallas en el juego de la esgrima.—(Diccionario de la Academia Española).

Gobernador, iba comandado por un Alonso Miguel, el cual fué á dar á Cuba, en lugar de Santo-Domingo, y allí le hizo desembarcar. Gobernaba la isla de Cuba Gonzalo de Guzmán, con quien Bastidas había tenido disgustos, y temió que le recibiese mal; pero no fué así: Guzmán le acogió con la mayor estimación, le llevó á su casa y le cuidó como á un hermano, haciéndole cuantos remedios pudo en semejantes sitios tan apartados del mundo civilizado. Se dijo entonces que Alonso Miguel había torcido el camino hacia Cuba, en lugar de proseguir á la Española, por indicación de Palomino, quien deseaba empeorase sin recursos el Gobernador, para mandar él mismo en su lugar, ó que Guzmán le tratase como á enemigo, y le causase la muerte la tardanza en la curación de las heridas.

Sea como fuere, si así lo deseaba Palomino, consiguió lo que quería, porque, no por falta de cuidados, pero sí á consecuencia del clima, se envenenaron las heridas del Gobernador, y fué empeorando hasta morir doce días después de haber salido de Santa-Marta. Sin duda su edad yá avanzada, complicada con los trabajos que había sufrido, y la pena moral ocasionada por la vil traición y crueldad de Villafuerte, á quien él había distinguido, contribuyeron á entristecerle y causarle por timo la muerte, que el hombre á todo se acostumbra fácilmente, mas nó á la ingratitud de los que ama. (*) Todos los cronistas é historiadores que han escrito acerca de Bastidas, le califican de hombre de singulares prendas humanitarias, siendo á la verdad el primer mártir de la fraternidad cristiana que registran los anales de Colombia.

Entre tanto ¿qué había sido de los conjurados? Habiendo reñido Villafuerte con Pedro de Porras, cada cual tomó diferente camino, seguidos por algunos de sus cómplices. Las dos partidas anduvieron prófugas por enmedio de las selvas, sin atreverse á entrar en los caseríos indígenas, sustentándose trabajosamente con raíces y frutas agrestes. Villafuerte, al fin, desesperado con tantas penalidades, volvió secretamente á Santa-Marta á tomar lenguas; pero su cobarde acción no había sido aprobada por ninguno en la Goberna-

(*) Bastidas falleció en 1526.....

ción: así fué que no faltó quien le denunciara á Palomino; éste le puso preso y le envió en primera ocasión á que le juzgasen en Santo-Domingo, con algunos de los cómplices, que logró también cautivar en los contornos de la ciudad. Villafuerte llegó á la Española casi al mismo tiempo que Pedro de Porras, el cual, junto con los que le siguieron, había labrado con sus manos una embarcación, y con un arrojo digno de mejor causa lograron todos atravesar el mar de las Antillas y desembarcar sanos y salvos en Santo-Domingo, buscando salvación. Pero reconocidos allí como los asesinos de Bastidas, fueron llevados á la cárcel, juzgados todos juntos con Villafuerte por la Audiencia y condenados á muerte.

Estaba señalado el día en que debían ser ajusticiados, y además, el mísero Villafuerte había sido condenado á ser descuartizado por instigador y asesino, cuando llegó la noticia á la Española de que había nacido un heredero del Emperador, en 1527 (fué el hijo de Cárlos V, que llevó el nombre de Felipe II). Con aquel motivo se había promulgado un edicto que otorgaba gracia á los malhechores que estuviesen condenados á muerte en todo el Imperio español. Súpolo el desdichado Villafuerte, y pidió que se le concediese la vida; pero los antiguos amigos de Bastidas intervinieron, y la Audiencia de Santo-Domingo no admitió la petición del condenado á muerte, el cual sufrió su pena junto con Pedro de Porras. Mas, según parece, los demás conspiradores fueron agraciados y puestos en libertad, y sus nombres se encuentran después entre los soldados conquistadores de las costas de Venezuela y de Centro-América.

PEDRO DE HEREDIA.

(FUNDADOR DE CARTAGENA).

I

El conquistador don Pedro de Heredia era oriundo de Madrid, (*) de nacimiento hidalgo y de genio atrevido y pendenciero; galán de capa y espada, tipo de los héroes de Lope de Vega y de Calderón. Andaba siempre de la seca á la meca, á caza de aventuras y metido en toda riña y alboroto que ocurriese en su ciudad natal. Yendo una noche por una encrucijada de las que entonces se encontraban en las calles de Madrid, no se sabe por qué motivo (que él, sin duda, no lo dijo nunca) le atacaron con espada en mano seis caballeros. Sin arredrarse ni echar pié atrás, tiró el madrileño de su tizona y se defendió con tanto brío que puso en derrota á sus agresores, pero tuvo la desgracia de dejar la nariz en el campo, como trofeo bélico. En vano procuraron los más afamados cirujanos formarle la facción nueva con el molledo de su propio brazo, pues siempre le quedó defectuosa; y según asegura el cronista Castellanos, que le conoció íntimamente, tenía la nariz amoratada y contrahecha, lo cual afeaba su rostro, bien que sus demás facciones eran de buen corte y parecer.

Cuentan que, para que se juntasen las carnes, mandáronle los médicos que se estuviese quieto y sin moverse durante más de dos meses, al cabo de los cuales

(*) Sus padres se llamaban don Pedro de Heredia y doña Inés Fernández.

pudo volver á presentarse en el mundo. (*) Pero mientras que sufría de aquella manera incómoda y cruel, don Pedro había acariciado la idea de vengarse de sus enemigos á todo trance, y no bien pudo salir de su aposento, buscó á los que tan mal habían tratado su rostro, é inspirado por la pasión del odio y la venganza logró matar en duelo singular á tres de sus enemigos; y no mató á todos los seis, por no haber podido hallarles.

Temeroso en seguida de ser apresado por la justicia y castigado por aquellas muertes, el madrileño dejó en su patria á su mujer y sus hijos, y embarcándose pasó al Nuevo Mundo y se radicó definitivamente en la Española. Allí heredó á poco tiempo un ingenio de azúcar y una estancia que tenía un pariente suyo establecido en Haití. Pero su carácter no era para pasar la existencia en trabajos rurales: disgustado con una vida tan ajena de sus inclinaciones belicosas, quiso probar mejor fortuna buscando aventuras en donde las ganancias igualáran los riesgos; así fué que no tuvo dificultad en aceptar la plaza de Teniente que le ofreció el nuevo Gobernador de Santa-Marta, nombrado interinamente por la Audiencia de Santo Domingo, en reemplazo de Bastidas.

Llegado Herédia á Santa-Marta con el Gobernador don Pedro Vadillo, Palomino prohibió que desembarcasen los recién venidos, con el pretexto de que la Audiencia de la Española no tenía facultades para nombrar Gobernador. Herédia entonces pidió licencia para hablar con algunos de los oficiales de Palomino, á quienes él había conocido en Santo-Domingo, y tuvo

(*) Y sin se menear estuvo quedo
Por más espacio de sesenta días,
Hasta que carnes de diversas partes
Pudieron adunar médicas artes.
A mí se me hacía cosa dura
Creello; pero con estas sospechas
Hablándole, miraba la juntura;
Y al fin me parecían contrahechas
Según manifestábalo su hechura,
Por ser amoratadas y mal hechas;
Certificábanlo muchos antiguos,
Que todos ellos fueron mis amigos.

CASTELLANOS,—Varones ilustres,—Parte III,—Canto I.

una entrevista con un Hernán Báez, á quien hizo grandes ofrecimientos si trabajaba por ganarse la tropa en favor de Vadillo, de manera que no hubiese dificultad en que le entregasen la persona del Teniente de Bastidas. Pero Báez fué denunciado por los suyos á Palomino, quien le sorprendió en conferencias con Heredía, le mandó arrestar, y sin aguardar razones le hizo ahorcar delante de éste, el cual se volvió mohino y cabizbajo á las embarcaciones de Vadillo, que aguardaban en la vecina ensenada de Concha el resultado de la misión.

Tanto Vadillo como Palomino estaban resueltos á venirse á las manos, si fuera preciso, para arrancarse el mando el uno al otro; y no era posesión de mando no más lo que deseaban, sino facultades ilimitadas para saltear á los naturales y hacerse ricos á expensas de estos infelices. Sin duda hubieran llevado á cabo sus intentos belicosos, si no interviniesen los capellanes de los dos Jefes, quienes lograron apaciguarles y hacerles entrar en tratados, por los cuales ambos debían gobernar en compañía hasta que llegasen las disposiciones de la Corte española. Heredia pasó en Santa-Marta varios meses hasta que, habiendo muerto Palomino y viéndose apresado Vadillo, éste encargó á nuestro conquistador de gobernar en su nombre mientras no llegase de España el Gobernador legítimo, García de Lerma.

Entregó después Heredia la gobernación al gusto de García de Lerma, y llevando un buen acopio de oro, que había ganado en las entradas que hizo con Vadillo al Valle Dupar, se embarcó en 1529 y pasó á España, volviendo al seno de su familia después de muchos años de ausencia. Pero al regresar á la Península no intentaba cruzarse de brazos y gozar de la fortuna obtenida en el Nuevo Mundo: fermentaban en el corazón de aquel madrileño mil proyectos ambiciosos, y pretendía ganarse un nombre entre los conquistadores; el ejemplo del gran Cortés era la norma y el norte de todos los capitanes de su siglo. Al sur de las costas conquistadas de Santa-Marta demoraban inmensos terrenos no explorados todavía; ¿por qué no habían de hallarse allí ricos pueblos como los del afamado Méjico? Es cierto que no podía yá pedir

licencia para continuar descubriendo á espaldas de Santa-Marta, porque eso pertenecía á esta Gobernación, pero la hermosa bahía de Calamar ó Cartagena podía ser un punto central de donde sería posible mandar exploraciones al interior del país, que se lo habían pintado riquísimo cuando estuvo en Santa-Marta. La llamada Nueva Andalucía, que había sido dada á Ojeda, permanecía vacante, y era tal la mala fama que tenían los naturales de aquellas costas, que nadie ambicionaba poseerlas. Dice Zamora que eran tan temidos esos indígenas, que los conquistadores que iban en vía para el Darién jamás se acercaban, y "miraban la tierra como sepultura de soldados españoles."

Apenas llegó Heredia á España, pidió y obtuvo fácilmente que se le concediera la gobernación de la Nueva Andalucía, obligándose á levantar una fortaleza y una ciudad, y señalándosele como término de sus tierras *la línea equinoxial*, de manera que quedaban comprendidas las provincias llamadas hoy Antioquia, Tolima, Neiva y una parte del Chocó, y en el litoral marítimo, por un lado el río Magdalena, y por el otro las costas del golfo de Urabá.

Los primeros colonizadores habían llevado siempre al Nuevo Mundo ricos equipajes, sederías, plumajes y espléndidas bajillas, con sirvientes de librea vestidos suntuosamente, y todo el tren usado por los hidalgos españoles; pero Heredia, experimentado yá en las cosas de Indias, con el genio práctico que le distinguía y el conocimiento del país que iba á poblar, no permitió semejantes despilfarros. El equipo de los soldados que llevaba consigo fué sencillo, económico y apropiado al clima tropical. De otra parte, cuidó de hacer grandes acopios de harina, vinos, armas de toda especie, herramientas de diferentes clases, y fruslerías para obsequiar á los indígenas y rescatar oro, y para defenderse de las flechas de los mismos, telas acolchadas y armazones de algodón. A la noticia de la nueva conquista que se preparaba fueron á ofrecérsele muchos caballeros que deseaban hacer fortuna en el Nuevo Mundo; pero de éstos sólo escogió ciento cincuenta de los más sanos y robustos, con la intención de conseguir los demás en las Antillas, entre soldados experimentados en las guerras con los indios.

La flotilla de Heredia (que constaba de un galeón, una carabela y un navichuelo que le sirviera para ir costeando y navegando por ríos pequeños) salió de Cádiz en Noviembre de 1532. En Puerto-Rico encontró don Pedro las reliquias de una expedición encabezada por el italiano Sebastián Cabot ó Gabotto, el cual regresaba del río de La Plata, después de una ruda é infructuosa jornada de seis años por el Sur del Nuevo Mundo. Algunos de estos compañeros de Cabot se engancharon con Heredia, y el principal de todos era un cumplido caballero y valeroso capitán, llamado Francisco Cesar, á quien, por informes que le dió el Jefe de la expedición, nombró Heredia por su Teniente general.

En la Española, á donde arribó Heredia, visitó sus haciendas y consiguió más embarcaciones, más gente valerosa y experimentada en las guerras con los indígenas, corazas hechas con cuernos aserrados, para hombres y caballos, crías de ganados, yeguas y cerdos, y, lo que le sirvió mucho, varios indios y negros esclavos, unas pocas mujeres españolas y una intérprete llamada Catalina, que había sido robada por Nicuesa años antes, siendo niña, y que después de muchas aventuras había ido á dar á Santo-Domingo, en donde se la dieron como *lengua* al conquistador de Cartagena.

Después de pasar la fiesta de Navidad en Santo-Domingo, Heredia se hizo á la vela, y arribó á la bahía de Cartagena, que yá era conocida con este nombre, el 14 de Enero de 1533.

II

El 15 de Enero, al rayar el día, desembarcó don Pedro de Heredia (1), y aunque los indígenas (que tenían un caserío rodeado de estacadas de árboles espinosos, adornados con gran número de calaveras humanas) al principio no le declararon la guerra, después, habiéndose internado el Gobernador con 50 hombres

(1) Celebró la primera misa, en altar portátil, el franciscano fray Clemente Mariana. — GEOGRAFÍA DE CARTAGENA por J. J. Nieto.

y 20 caballos, les salió á recibir de guerra toda la tribu, que era numerosa, y fué preciso librarla una reñida batalla que duró muchas horas. Heredia perdió la lanza en la refriega, y Cesar sacó treinta y dos flechas empatadas en el sayo de algodón que llevaba para defenderse.

Aunque con inminente riesgo de correr la suerte que Ojeda veinte años antes, al fin los Españoles salieron victoriosos, y después de incendiar el pueblo y matar á miles de indígenas, se volvieron á la playa. No obstante haberse persuadido de que en toda aquella tierra no había más agua potable que la que cae del cielo cuando llueve, Heredia encontró tántas otras comodidades, que resolvió construir allí la ciudad y la fortaleza que le había mandado fundar el Gobierno español. Así fué que el 21 de Enero, con todas las formalidades del caso, el Gobernador fundó la ciudad en donde se halla hoy, bajo la advocación de San Sebastián, para que les librara de las flechas envenenadas de los indígenas comarcanos. Cartagena es la tercera de las ciudades que se fundaron en la República.

En las entradas que después hizo Heredia en los pueblos circunvecinos, notó que no solamente los indígenas eran muy belicosos, sino que sus mujeres eran tan valientes como sus maridos: no tenían empacho en entrar en la pelea, armadas con arcos y flechas, y no desamparaban el campo de batalla hasta que no acababa el combate.

Después de una de aquellas *guazabaras* en que fueron derrotados los indígenas, los Españoles encontraron sentado en el quicio de una choza un indio viejo, desarmado y blanca la cabeza de canas, lo que es prueba de mucha ancianidad en su raza; preguntáronle por qué no había desamparado el caserío con los suyos, y contestó que, como no tenía fuerzas para correr, los demás le habían abandonado en aquel lugar. Heredia le trató muy bién, y por medio de Catalina, la intérprete, lograron catequizar al viejo, que se llamaba Corinche, y éste, en unión de un *mohán* llamado Carón, sirvió mucho al Gobernador para atraer á los indígenas al campamento español. En breve muchos de ellos se prestaron á aliarse con Heredia y á cambiar oro y perlas por espejillos, bonetes encarnados, cascabeles, pei-

nes, navajas, tijeras y otras baratijas europeas, que los indios tenían en mucho, sorprendiéndose de que los Españoles cambiasen aquellas preciosidades por joyuelas de oro que de nada servían, pues los indios no se ataviaban con ellas, ni tenían horadadas las narices y la boca para usarlas.

Pero si los indígenas se manifestaban valientes y denodados, el arrojo de los Españoles era extraordinario, y para ellos el peligro de perder la vida era un placer que no desperdiciaban. Cuentan los cronistas que, habiendo querido Heredia enviar á su embajador Carón á tratar con uno de los jefes más aguerridos, el cacique de Bahaire, el indio se negó á cumplir con su misión, si no le acompañaban dos Españoles como *muestra* de lo que eran los europeos, pues los indígenas de aquellas partes les consideraban como seres feroces y de repugnante aspecto.

Heredia titubeaba, y temía conceder lo que pedía el *mohán;* pero apenas se habló del asunto en el campamento, cuando dos jóvenes de aspecto apacible pero de alma varonil, á quienes nada arredraba, pidieron licencia al Gobernador para acompañar al embajador, el cual ofrecía volverles á su campamento con toda seguridad. Llamábanse aquellos mozos arrojados Pedro de Ábrego y Francisco Valderrama, el primero sevillano y el segundo cordobés. El cacique tenía su asiento en las inmediaciones de lo que hoy se llama Pasacaballos, en los límites de la bahía de Cartagena y del caño llamado del Estero, enfrente á la isla de Barú.

Embarcáronse los aventureros andaluces en una canoa con Carón (que bien hubiera podido ser el de la mitología), y al cabo de algunas horas se presentaron delante de Bahaire, quien les recibió con aspecto serio y digno, y dijo al *mohán* que se maravillaba de ver aquellos blancos tan amables, cuando pensaba serían unos vestiglos espantables y crueles. Además, los Españoles llevaban obsequios para el cacique, de parte de Heredia, ofreciéndole otros mejores si trataba con él. Carón, en tanto, ponderaba el valor y la nobleza de los invasores, que eran unas divinidades, si se les recibía bién, y nada se les resistía una vez que tomaban las armas.

Persuadido con las palabras de Carón, agasajado

con los obsequios de los Españoles, y deseoso de ir á ver por sus ojos á estos extraños invasores, resolvió aceptar la amistad de Heredia, castigando con muerte repentina á un anciano guerrero que se atrevió á aconsejar que se declarase guerra á muerte á los cristianos invasores. El señor de Bahaire no sólo se alió con Heredia, sino que estableció una confederación para que se uniesen en su amistad con los Españoles todos los caciques comarcanos, quienes les llevaban alimentos en abundancia y cambiaban oro por utensilios europeos.

Merced á actos de arrojo como el de los Andaluces, que los salvajes sabían apreciar en su justo valor, y al genio conciliador y cortés que desplegó Heredia en aquellas circunstancias, fueron sometiendo poco á poco todas las tribus en muchas leguas á la redonda. Algunas veces el Gobernador hacía uso de paciencia y halages, y otras les persuadía con el lenguaje más claro de las armas y el denuedo, si los naturales desdeñaban los regalos de los conquistadores. Cuando estos medios no surtían el efecto deseado, Heredia se acordaba de lo que habían hecho los Reyes de España con los Moriscos: fomentaba la guerra entre dos tribus enemigas, y cuando ayudaba á un partido, se enseñoreaba de él, después de vencer al otro. De estos mismos medios se valieron Cortés, Pizarro y Quesada en sus conquistas.

Una vez pacificada toda la tierra vecina á la recién fundada ciudad de Cartagena, Heredia quiso probar fortuna más lejos, y emprendió marcha, con parte de su gente, á través del país, hasta llegar á las orillas del río Magdalena, límite por aquel lado de su Gobernación; viaje feliz y pacífico, en el cual no derramó sangre y rescató muchísimo oro. Cuando, al cabo de cuatro meses, regresó á Cartagena, llevaba medio millon de castellanos de oro macizo. Una de aquellas presas era un ídolo que representaba un puerco espín: pesaba cinco arrobas y media de oro, "y fué, dice Acosta, la pieza más considerable que los Españoles hallaron en la Nueva Granada" (Colombia.) De regreso al campamento, Heredia distribuyó entre sus soldados los tesoros rescatados hasta entonces, y apartados los quintos del Rey, del Gobernador, de la

Iglesia, de los hospitales y de los enfermos, tocaron á cada soldado seis mil ducados. "Semejante fortuna," dice el mencionado historiador, "que tal podía llamarse la adquisición de esta suma en aquella época, no lograron ni los conquistadores del Perú, ni los de Méjico y Bogota."

Pero no se crea que Heredia había olvidado la misión que llevaba de hacer catequizar á los indígenas, como se lo tenía mandado el Rey, y como él, cristiano ferviente, deseaba ejecutarla. Llevaba consigo varios sacerdotes misioneros, frailes unos, clérigos otros, los cuales se ocupaban con los intérpretes en tratar de cristianizar á aquellas gentes y someterlas al Rey de España. Muchos de los naturales se dejaban bautizar pacíficamente, pero sin entender en realidad lo que aquello significaba; y en cuanto á decirse vasallos del Rey de ultramar, también lo decían sin dificultad, pues si Heredia, que se decía enviado por su Soberano, les tenía subyugados y era dueño de sus personas y sus bienes, ¿qué trabajo podía costarles el reconocer á los reyes ausentes?

Entre tanto, sea porque necesitase con urgencia conciliarse la buena voluntad de los indígenas, que eran tan numerosos y hubieran podido destruir á un puñado de extranjeros con el menor esfuerzo, ó sea porque realmente Heredia era poco sanguinario y amaba la paz y la conciliación, lo cierto es que el Gobernador fué, durante el primer año de su conquista, un dechado de virtudes y de caridad cristiana: tenía prohibido á sus soldados que maltratasen á los naturales, que les robasen cosa alguna, sino que pagasen en efectos europeos lo que necesitasen para mantenerse; y la disciplina era tan severa en su campamento, que se castigaba cualquier desliz, la menor injuria que se hiciese á los aborígenes, con penas muy duras.

III

Poco menos de un año después de la fundación de Cartagena, esta ciudad había tomado un incremento maravilloso, el cual, si hubiera continuado en constante progreso, á los pocos años igualara á cualquier

puerto europeo. Fabricáronse templos y edificios de piedra tan buenos, que aún se conservan los cimientos, aunque varias veces la ciudad fué reducída á cenizas por los piratas que asolaron esas costas durante los siglos XVI y XVII. Los buques que llevaban y traían mercancías con dirección á Panamá y al Perú, se detenían en Cartagena, y dejaban allí parte de sus ricos cargamentos; convirtiéndose en breve esta plaza en depósito de toda suerte de mercancías, tanto europeas como indígenas, lo cual obligaba á todos los mercaderes del Nuevo Mundo á traficar con tan próspera ciudad.

Las vista de las mercaderías alegraba el ojo á los conquistadores, quienes, en lugar de guardar el oro que habían ganado, lo gastaban en toda especie de comodidades, y compraban en toda ocasión, dice Castellanos, "fanfarrona seda y ricos y costosos atavíos." Llenóse la ciudad de mujeres españolas en solicitud de maridos y fortuna, y en aquellos lejanos parajes, sin duda, la doncella más fea y sin gracia y la dueña menos joven encontraban acomodo, como que ninguna se volvía soltera. Todas se jactaban de tener parentela noble, y sin cuidarse de que en su tierra fueron tal vez labradoras, se acomodaban el *doña* sin reparo, y obligaban á los soldados á que las tratasen como á princesas reales, que visitaban aquellos apartados parajes sól por curiosidad, y nada más. (1)

(1) Salen á luz vestidos recamados,
Con admirables frisos guarnecidos:
Relumbran costosísimos tocados
Que de rayos del sol eran heridos;
Otras sacan cabellos encrespados
Y en redecillas de oro recogidos;
Y ansí con vestiduras excelentes
Llevan tras sí los ojos de las gentes.
No dejan los plateros á la balda,
Pues les ocupan en labralles oro:
Engástase la perla y esmeralda
Y otras piedras anexas á tesoro;
Tiene yá cada cual paje de falda,
Por más autoridad y más decoro:
Adórnanse los dedos con anillos;
Penden las arracadas y zarcillos.
Del galán á la dama corre paje
Con blanda locución y bien compuesta;

Naturalmente la disciplina se comenzó á relajar en una ciudad que empezaba á darse al boato y á gastar sin reparar en los medios; además, yá todos los conquistadores habían perdido una gran parte de sus ganancias anteriores, en vicios muchos, en malos negocios otros, y algunos habían enviado á España el oro para que sus familias se pusiesen en camino para irles á acompañar en Cartagena. Así, pues, todos los hombres de guerra estaban deseosos de que el Gobernador emprendiese otro nuevo viaje de descubrimiento que les permitiera rellenar sus cofres yá vacíos. Heredia no deseaba otra cosa: yá tenía mayores recursos para el caso, abundancia de caballos, armas, comestibles y vestidos que había comprado á los mercaderes venidos de España y de las demás colonias; y además, todas las tribus comarcanas vivían sometidas á los Españoles; la colonia iba viento en popa; el gobierno civil se había establecido con todos sus requisitos, y por tanto, no era yá necesaria la presencia del Gobernador en Cartagena y podía alejarse sin cuidado.

Escogió, pues, cincuenta jinetes de los mejores de su tropa, llevando cada uno dos ó tres caballos de remuda, gran número de peones y algunas bestias de carga, armas de toda especie, pertrechos suficientes para una jornada larga, hachas, machetes, barras, azadones y mantenimientos abundantes. Así emprendió marcha, con dirección á los tesoros de la tierra del Zenú, el 8 de Enero de 1534, y llegó á un pueblo llamado Guatena, en donde le recibieron de guerra y le hicieron algunos daños. Continuando su marcha y atravesando una

Óyese por las partes el mensaje;
Vuelve no menos grata la respuesta;
La dulce seña sirve de lenguaje
Do la palabra no se manifiesta;
Estaba todo lleno, finalmente,
De todos tractos y de toda gente.
Y siempre sucedían compañeros
Que llegaban de todas direcciones,
Pues que vinieron hasta melcocheros,
Y gozaron de tales ocasiones,
Que volvieron cargados de dineros
De vender sus melcochas y turrones,
Por estar todo tan de oro hecho
Que nadie daba paso sin provecho.

(Castellanos—VARONES ILUSTRES,-Parte III—Historia de Cartagena).

sierra baja, pero difícil para los caballos, llegó á una extensa llanura de más de quince leguas en contorno; á poca distancia encontró veinte casas juntas, espaciosas y ventiladas, en clima sano y templado. Llamaban los indígenas aquel lugar Fincenú (1) (allí demora la villa de San Benito Abad), en donde les recibió con cariño la cacica.

Pero hasta aquí habían llegado la prudencia y templanza de Heredia. Viendo en torno de una casa grande, que resultó ser el principal templo de la comarca, árboles más ó menos corpulentos en cuyas ramas sonaban campanillas de oro, y que tenían debajo sepulcros rellenos de este metal, ordenó á sus soldados que, desoyendo las súplicas de los indígenas, abriesen los sepulcros, sacasen los tesoros, y despojasen los ídolos del templo de las planchas de oro que los adornaban. Después de sacar por valor de ciento cincuenta mil pesos de oro de los sepulcros, Heredia persuadió á los soldados que dejasen el saqueo por entonces y continuasen su marcha más lejos, en busca del Océano Pacífico, que consideraba muy cerca.

Sea que en la primera expedición Heredia hubiese puesto freno á su natural carácter, manifestándose benévolo y considerado con los aborígenes, y haciendo gala de una humanidad que en realidad no sentía, ó que después la fortuna, el mando ilimitado, las riquezas encontradas, y el sentimiento de la gloria de haber fundado una floreciente colonia le hubiesen endurecido el corazón, la verdad es que en aquella su segunda expedición en la tierra adentro, su carácter duro, cruel y dominante con los indígenas no desarmonizó con el del común de los conquistadores. En lugar de hacer guar-

(1) Era una tradición fabulosa de los naturales que los nombres de Fincenú, Pancenú y Zenúfana eran los de tres espíritus malignos, hermanos, que gobernaban la tierra, y de los cuales el más poderoso era el cacique Zenúfana, que tenía un santuario lleno de tesoros, al que los Españoles llamaron *Bujío del Diablo*, y cuyas riquezas no se les escaparon, á pesar de tener ese origen. Decían también que cuando estos caciques diablos se murieron, al retirarse para el infierno, dejaron su autoridad á sus hermanos, con la condición de que siempre fuesen cacicas las que gobernasen, y que aunque éstas se casasen, sus maridos debían heredar el nombre de los Zenúes.

dar entre su gente la severa disciplina que le distinguió en su jornada á barlovento, é impedir que asaltasen á los inermes naturales, al contrario, les azuzaba para que robasen, despojasen y maltratasen á los míseros habitantes de todas aquellas tierras.

Empero aquella jornada, de la cual sacó cuatrocientos mil pesos de oro, no fué venturosa como la primera, y al regresar á Cartagena apenas llevaba una parte de la gente que había sacado, y ésta parecía una tropa de espectros: tan flacos y desnudos regresaron, (1) aunque todos ricos con los despojos de los indios, con los cuales pudieron celebrar espléndidamente la fiesta de San Juan, el 25 de Junio del mismo año en que habían salido. Aunque gastaron mucho en plumajes, cadenas de oro con medallas, dice Fr. Pedro Simón, y lucían en sus vestidos rica pedrería, no por eso el Gobernador y principales capitanes olvidaron de acudir con gruesas limosnas al hospital y á la iglesia catedral, que se fundó por este tiempo.

IV

Al regresar á la ciudad el Gobernador, encontró allí á fray Tomás de Toro, religioso dominicano, consagrado Obispo de Cartagena y con facultades para que erigiese silla episcopal en la nueva conquista; al mismo tiempo tuvo el gusto de abrazar á un hermano mayor que tenía — don Alonso de Heredia, — á quien siempre profesó el más tierno cariño. Don Alonso había pasado al Nuevo Mundo al mismo tiempo que su hermano, pero, dejando á Santo-Domingo, se había ido á buscar fortuna en Guatemala, de la cual fué uno de los primeros conquistadores; mas cuando tuvo noti-

(1) Llegaron á Cartagena enfermos y con rostros tan amortiguados, que parecía que les habían sacado de los sepulcros de que no cesaban de hablar.... Aquellas riquezas parecían, empero, fingidas y de sueños, pues no les lucieron ni fueron heredadas de nadie; todas ellas desaparecieron en breve para los que violaron los sepulcros, ó la mayor parte de ellos murieron pobrísimos y en hospitales.

Fr. Pedro Simón—NOTICIAS HISTORIALES—Parte III. Noticia I—Capítulo 23.

cia de la brillante posición de que gozaba don Pedro en Cartagena, resolvió ir á acompañarle. El Gobernador, que yá empezaba á disgustarse de la gran popularidad que tenía Francisco Cesar entre los soldados, le quitó el destino de Teniente general que tenía desde su llegada, para conferírselo á don Alonso de Heredia. Este acto de injusticia le fué funesto al Gobernador, porque desde entonces se granjeó mortales enemigos en el ejército; enemigos que le persiguieron hasta el fin de sus días y le ocasionaron muchos sinsabores.

Deseosos los Españoles de apoderarse del oro que había quedado en las sepulturas del Zenú, rogaron al Gobernador que volvieran pronto en persecución de los tesoros, y él nombró jefe de la expedición á su hermano don Alonso, el cual se puso en marcha en Agosto del mismo año. (1) Llevaba 200 hombres y los

(1) "La fama que adquirieron desde entonces los sepulcros del Zenú (ó Sinú) nos autoriza para hacer una descripción circunstanciada de ellos. El cementerio del Zenú se componía de una infinidad de túmulos de tierra, unos en forma cónica y otros más ó menos cuadrados. Luégo que un indio moría, acostumbraban abrir un hoyo capaz de contener el cadáver, sus armas y joyas, que colocaban á la izquierda, mirando al oriente, y al rededor algunas tinajas de *chicha* y otras bebidas fermentadas, maíz en grano, piedra para molerlo, sus mujeres y esclavos, cuando era hombre principal, los cuales se embriagaban previamente, y luégo cubrían todo con una tierra roja que traían de lejos. Después comenzaba el duelo, que duraba mientras había que beber, y entre tanto seguían amontonando tierra sobre el sepulcro. Era así éste más elevado mientras más duraba la borrachera, continuando de esta manera la desigualdad de fortuna, aun en este estado casi salvaje, después de la muerte. Entre otros, había un túmulo tan alto, que se distinguía á distancia de más de una legua y que llamaron los Españoles, según su costumbre respecto de todos los objetos algo extraordinarios, la *Tumba del Diablo*; y quiso éste que gastaran mucho dinero para remover sus entrañas sin hallar las joyas de oro que en más ó menos abundancia se hallaban en todas las demás. En algunos de estos santuarios encontraron, en objetos de oro que eran imitaciones de figuras de toda especie de animales, desde el hombre hasta la hormiga, por un valor de diez, veinte y treinta mil pesos. Ciertamente era preciso que estos habitantes fueran laboriosos para poder, después de proveer á las necesidades de la subsistencia,

esclavos, acémilas é instrumentos necesarios para abrir todos los sepulcros sin dejar ni uno intacto. Mucho tuvieron que sufrir durante la jornada al Zenú, por haber entrado yá el invierno; pero todo lo hubieran dado de barato, al no haber hallado vacíos los sepulcros. Según tuvieron noticia entonces, los naturales, temerosos, con razón, de que los invasores volviesen á allanar las tumbas de sus mayores escapadas de la rapiña, habían sacado los huesos y el oro, y ocultádolos en las montañas, en un sitio llamado Faraquiel, en donde se decía tenían otro templo. Lo cierto es que los tesoros de los sepulcros se perdieron para siempre, pues nunca han podido encontrarse ni en épocas posteriores; por lo cual hay quien crea que los Españoles habían sacado todo el oro la primera vez, y que por jactancia decían que quedaban aún sepulturas sin abrir.

Desde la llegada de don Alonso á Cartagena, el cual tenía mucha influencia sobre el espíritu de su hermano, el carácter de don Pedro, que, desde su jornada al Zenú se había manifestado duro y cruel, empeoró visiblemente; de suerte que cometía muchas injusticias, no sólo con los indígenas, sino también con los Españoles. El odio que, sin ningún motivo, había cobrado el Gobernador á Cesar, fué creciendo á tal punto, que con un pretexto baladí le hizo prender, juzgar como desobediente y condenar á muerte. Pero, como hemos dicho antes, los colonos idolatraban al caballeroso Cesar, que jamás pronunció una palabra contra su jefe, y no se encontró quien quisiese ejecutar la sentencia de muerte.

reunir estas cantidades de oro que representaban el tiempo consagrado á hilar, tejer y fabricar las hamacas y otras telas, ó á recoger la sal y secar el pescado, que eran los artículos que cambiaban por el oro que de muy lejos les venía. Se habían hecho tan prácticos los Españoles en estas excavaciones, que sólo descubrían el lado izquierdo de cada túmulo, pues en el resto no hallaban oro".... "No sería imposible que estas tumbas pertenecieran á una raza más antigua y civilizada, puesto que en una de las crecientes del río, en Tolú, se encontró posteriormente un madero de guayacán curiosamente esculpido, que representaba danzas y juegos, con una perfección que no se observaba yá en el tiempo de la conquista."—Acosta,—COMPENDIO HISTÓRICO.—Página 127.

Permanecía aún el Capitán en prisiones con otro oficial, amigo suyo, cuando el Gobernador volvió á enviar á su hermano á otra expedición con dirección al río San Jorge, por tierras del cacique de Ayapel; pero era tal la mala voluntad que tenía don Pedro de Heredia á Francisco Cesar, que le mandó con una cadena al cuello á la Expedición, más bien que dejarle en Cartagena, en donde, sin duda, sería para él una viva reconvención que le haría su conciencia. En aquella expedición don Alonso descubrió el río Cauca; pero fueron tantas las hambres, *guazabaras* de los indios, fuertes lluvias y toda suerte de penalidades que sufrieron, sin haber hallado nada de provecho, que cuando don Alonso dió la orden de contramarchar, de regreso á Cartagena, no llevaba yá sino una tercera parte de los expedicionarios que habían emprendido marcha.

De todos los habitantes de la nueva Cartagena, el único que había conservado su fortuna, que fué cuantiosísima, era el Gobernador: decían que la tenía enterrada en la isla de Codego, que dista como una legua de la ciudad y tiene cuatro leguas de circunferencia. (1) Habitábala todavía el cacique Carex, uno de los jefes indígenas que permanecieron siempre leales á los Españoles, y á cuya guarda Heredia había confiado sus tesoros. La envidia de los que habían disipado sus riquezas creció cuando hubo quien dijera que el Gobernador había hecho pesar el oro delante de testigos antes de enterrarlo, y que había pesado tres mil libras; inmensa suma que jamás logró reunir para sí ningún otro conquistador del Nuevo Mundo.

Aquellos rumores, que despertaban la envidia entre los colonos, unidos á la conducta impolítica, por no decir otra cosa, que había observado don Pedro con Francisco Cesar, – el caudillo favorito de los soldados, – acabaron por producir un descontento general en la ciudad; tánto más, cuanto el Obispo y el Gobernador habían tenido disgustos con motivo del mal trato que se daba á los indígenas, de quienes era defensor el Prelado. Por aquel tiempo, y como para patentizar la mala voluntad de los vecinos de Cartagena para con su Gobernador, sucedió un caso que, dice Acosta,

(*) Nieto—Geografía de Cartagena.

"caracteriza las costumbres de la época, y manifiesta que los lances de guapos y espadachines, tan comunes en España, se transportaron de las encrucijadas de Madrid á las calles de Cartagena, en donde los hidalgos sin capa, porque el clima no la tolera, se portaban como los de capa y espada en la metrópoli." Vedlo aquí:

Promediaba el año de 1535, cuando un buque mercante dejó en la playa de Cartagena á nueve caballeros que iban á aquella plaza á buscar fortuna (1). Eran éstos de la casta de espadachines aventureros, de aquellos en cuya compañía había deleitado sus juveniles años el Gobernador, y por ellos conocido en Madrid. Presentáronse al momento á don Pedro, con señales de grande amistad y cariño, recordándole los lances y sucesos de su primera edad. Éste, que yá era hombre grave y de respeto y detestaba que le recordasen sus pasados deslices, sintióse sumamente contrariado con aquellas pláticas. Recibióles con aire altivo, circunspecto y frío, aunque no por eso dejaba de ser cortés; pero no les ofreció su casa, fingiendo ocupaciones que no le dejaban atenderles. Sorprendidos y hondamente heridos los hidalgos con una conducta tan inhospitalaria, se retiraron confusos y de mala gana, en compañía de un Alonso de Saavedra, Tesorero, que odiaba al Gobernador. Aquél, afeando la conducta ruín de Heredia, les llevó á su posada, é hizo cuanto pudo para poner en mal al Gobernador á los ojos de los forasteros, excitándoles á que hablasen contra su antiguo camarada, que tan orgulloso se había vuelto. Cada día Saavedra les llevaba algún cuento contra el Gobernador, y los madrileños, á medida que pasaba el tiempo, más furiosos se ponían, profiriendo por calles y plazas hirientes amenazas contra Heredia, hasta que, envalentonados por los descontentos, insultaron un día á algunos criados del Gobernador. Súpolo éste, y más y más enojado, se presentó en casa de

(1) Uno de los cuales, dice el señor Jiménez de la Espada en su introducción á las obras de Cieza de León, de apellido Ludueña, tenía, según parece, alguna antigua cuenta de honra que ajustar con su paisano don Pedro, pues este Ludueña era hermano ó pariente de uno de los que mató Heredia en Madrid antes de venirse á Indias.

Saavedra una noche á reconvenirle; el Tesorero le contestó con insolencia, y Heredia, encolerizado, le asestó un golpe tál con una partesana de que iba armado, que dió con él en tierra. En seguida se fué á su casa á aguardar las consecuencias de lo que había hecho, y púsose á pasear con un amigo por frente á su puerta, hasta que llegó la noche.

Azuzados los madrileños por Saavedra y otros descontentos, se dirigieron á las nueve de la noche á buscar al Gobernador. Iban bien armados, y para resguardarse mejor, llevaban cotas acolchadas. Apenas avistaron á Heredia le dirigieron palabras injuriosas, y en seguida se le fueron encima todos nueve con las espadas desenvainadas; él les aguardó, ayudado por su amigo, y los dos se defendieron con tánta valentía, que pusieron en aprieto á los forasteros, quedando dos heridos y fuera de combate. Los siete restantes gritaban sin cesar como para animarse unos á otros:

—¡A él, á él, hidalgos de Castilla!

Aquel ruído de armas despertó á los vecinos, que yá se habian retirado á sus viviendas; pero como entendieran que el combate era un ataque al Gobernador, no quisieron salir á auxiliarle, hasta que el Alcalde y un oficial, no pudiendo hacerse los sordos por más tiempo, no se presentaron en el campo de batalla. Lanzóse el primero en medio de los combatientes, con espada en mano, y les separó exclamando:

—¡Aquí del Rey!

Los madrileños entonces, temiendo que les arrestasen, pusieron piés en polvorosa y se refugiaron en la casa de Saavedra. El Alcalde quiso apresarles, pero ningún vecino se prestó á ayudarle, y él se retiró tranquilamente á su casa. Entre tanto Heredia, por extremo sentido y descontento con los vecinos, que no habían querido defenderle ni castigar á sus enemigos, y temiendo además que acabasen por rebelarse contra su gobierno, determinó poner fin á todo tomando una sangrienta venganza de los cartageneros. No bien había clareado el siguiente día, cuando ya estaba Heredia lejos de Cartagena, y, desembarcando en la isla de Codego, llamó á su amigo el Cacique y le pidió auxilio contra los suyos. Este, dice Castellanos,

"En un instante sacó de su tierra
Mil indios armados para guerra."

El cronista exagera, sin duda, y no era necesaria tanta gente para alarmar á los vecinos: la ciudad carecía casi de guarnición, estando los más útiles y guerreros en una expedición con don Alonso de Heredia, y en Cartagena lo que más había era mercaderes, enfermos, mujeres y niños. Al ruído de los atambores, pífanos y gritas de los indígenas, á cuya cabeza iba el Gobernador, se unió, para llevar el terror á todos los pechos, la noticia, que Heredia hizo esparcir mañosamente, de que él pensaba poner fuego á la ciudad después de dejarla saquear por los naturales. Alarmada la población, los comerciantes, creyendo ver yá destruidas sus mercancías, y las mujeres temiendo perder la vida, salieron llorando y gimiendo á la playa, y despacharon algunos á tratar con Heredia, quien, sin duda, no había pensado en cumplir lo que anunciaba. Su intención era asustar á las gentes y hacerlas comprender que si habían permitido que á él le ultrajaran, no por eso carecía de fuerzas para vengarse, si lo tenía á bién.

A las quejas que expuso Heredia sobre el desamparo en que le habían dejado, viéndole atacar por sus enemigos sin acudir á defenderle, le aseguraron que se equivocaba, y la prueba era que habían desterrado á los madrileños de su seno, mandándoles en un barco á Santa-Marta, con prohibición de volver jamás á Cartagena. Además, le aseguraban atenderle y obedecerle en adelante como á su señor, de manera que jamás volviese á tener motivo de disgusto. Heredia vino en lo que le decían, pero con semblante adusto y ceño fiero; devolvió en el acto á los indígenas á su isla, mas no quiso entrar en Cartagena, fingiendo continuar sentido con los vecinos. Sin duda debía de estar avergonzado de haberse dejado llevar á tal punto de la ira, que olvidara sus obligaciones para con los súbditos de su Rey, á quienes puso en peligro de ser desbaratados por los indios. Y si los naturales hubiesen rehusado obedecerle, y en lugar de volverse á su isla se empeñaran en saquear la ciudad, ¿cuál no hubiera sido el remordimiento de Heredia?

V.

Un tanto alicaído y mohino, pero con humos de soberbia, el Gobernador pasó al golfo de Urabá, en

donde su hermano, en nombre suyo, estaba tratando de restablecer la antigua población de San Sebastián, que, fundada por Alonso de Ojeda y desamparada por Enciso después, permanecía abandonada. Pero don Alonso encontró allí gran resistencia, para llevar á efecto su propósito, en un Julián Gutiérrez, enviado del Gobernador de Panamá, el cual, unido á Francisco Cesar, que había dejado el servicio del Gobernador de Cartagena, no quería permitir que se poblase á San Sebastián, pretendiendo que el Gobernador de Panamá tenía jurisdicción en todas las márgenes del golfo de Urabá.

Iban y venían mensajeros de un campamento á otro, sin resolverse á irse á las manos, cuando llegó á Urabá el Gobernador Heredia, el cual, usando de la sutileza y pericia que le distinguían en todo loconcerniente á la guerra, en breve logró sorprender una noche á Gutiérrez y vencerle, después de haber matado algunos Españoles y saqueado el oro que los panameños habían ganado en el Darién. Aunque Cesar se había escapado, Heredia volvió muy ufano á Cartagena, llevando preso á Gutiérrez, y apenas desembarcó mandó poner en prisiones al Tesorero Saavedra, que había protegido á los madrileños, y á otros que le eran desafectos.

Esta imprudente conducta hizo crecer la mala voluntad que tenían á Heredia en Cartagena; por lo que, cada vez que se les presentaba oportunidad, los cartageneros escribían cartas de quejas contra el Gobernador. Unos aseguraban que se había hecho poderoso sisando los quintos reales; otros denunciaban hechos arbitrarios que había cometido con los Españoles; y el Obispo y los misioneros lamentaban amargamente la situación de los indígenas encomendados á su cuidado, los cuales eran arrancados de su tierra por los encomenderos y vendidos en las Antillas como esclavos, sin que Heredia quisiese poner coto á semejantes depredaciones.

En estas excursiones y querellas se había pasado todo el año de 1536, y empezaba el de 1537, cuando llegó á Cartagena un enviado de la Corte á que tomase cuenta á los hermanos Heredia de la conducta que habían observado en los últimos cuatro años. El pri-

mer Visitador nombrado por el Consejo de Indias murió en la mar, y en su lugar la Audiencia de Santo-Domingo creyó conveniente mandar otro comisionado á que averiguase la verdad de aquellas reiteradas quejas contra el Gobernador. Desgraciadamente el encargado de remediar los males resultó ser más cruel é inhumano con los naturales que los delincuentes á quienes iba á juzgar. Llamábase Juan de Vadillo, y era hermano del Gobernador de Santa-Marta bajo cuyas órdenes habia servido Heredia en 1529. Tenia éste antigua amistad con el Oidor, y así fué que cuando en Santo-Domingo se tuvo noticia de las riquezas halladas por los exploradores de las tierras recién descubiertas, Vadillo envió á dos sobrinos suyos, recomendados al Gobernador, para que les pusiese en vía de buscar fortuna. Pero los jóvenes eran delicados y no pudieron soportar los trabajos y penalidades de una jornada de aquéllas, en las que sufrían horriblemente hasta los hombres más aguerridos y robustos; y así fué que se dejaron morir, sin quenadie pudiese socorrerles. Llegó la triste nueva á oídos de su tío el Oidor, pero acompañada de la falsa especie de que aquellas muertes habian sido causadas por los malos tratamientos que les dieran los Heredias.

Por esto, cuando nombraron al Oidor Vadillo Visitador y Juez del Gobernador de Cartagena, aquél recibió gozoso el nombramiento, pensando vengar en sus antiguos amigos la muerte de sus sobrinos. Apenas llegó á la ciudad, mandó prender y residenciar á los dos hermanos, y sumirles en una mazmorra tan húmeda y malsana, que don Alonso quedó tullido para siempre, de manera que cuando Castellanos le conoció, andaba en silla de manos.

"Pues á cualquier lugar que se mudase
Había de tener quien le llevase." (1)

Vadillo, que sólo pensaba en sacar provecho de la residencia de los Heredias, puso en tormento al dicho don Alonso y á los criados y esclavos del Gobernador para que declarasen en dónde había ocultado éste sus tesoros, y estos infelices lo denunciaron en parte, sacando así el Visitador como cien mil pesos de

(1) VARONES ILUSTRES.—Parte III.—Canto V.

buen oro, que mandó á Carlos V para grangearse su buena voluntad con bienes ajenos. Pero cuando el Emperador supo de dónde provenía aquella cantidad, se la hizo devolver á su dueño. (1) A la sombra de este dinero, Vadillo mandó también por su cuenta mucho oro para que lo invirtiesen en haciendas propias en España. Mas, como sucede siempre, la pasión del oro, como todo vicio, es insaciable, y una vez que Vadillo despojó hasta donde pudo á Heredia, persiguió á cuantos tenían alguna hacienda, y en lugar de proteger á los indígenas, fué su más cruel tirano; les martirizó y robó sin misericordia, y mandó á más de quinientos naturales de Zipacúa (pueblo de las Hermosas) á trabajar en sus ingenios y estancias como esclavos, sin contar otros muchos que hizo vender en las Antillas.

Pasábanse las semanas y los meses, y no mejoraba la situación, tanto de los encarcelados Heredias como de los infelices naturales, que jamás habían sufrido tánto, cuando llegó á Cartagena Francisco Cesar, que regresaba de una excursión por Urabá y el interior de Antioquia. Al arribar había cerrado la noche, y los viajeros vieron á lo lejos una luz tan viva en medio de la ciudad, que creyeron hubiese incendio; pero al desembarcar les dijeron que la luz que habían visto provenía de la casa en que velaban al venerable Obispo fray Tomás de Toro, el cual había muerto de la pesadumbre de ver las desgracias de los indios, y de remordimiento por haber participado en la venida á Cartagena de un hombre tan cruel como Vadillo, causando así la prisión de los Heredias. Inmediatamente que Cesar tuvo noticia de la suerte de los Heredias, olvidó sus antiguas rencillas con ellos, fué á visitar ocultamente al Gobernador, llevóle la parte de oro que le tocaba de la última jornada, y por último, haciendo uso de su influjo en la ciudad, obligó al Visitador á que enviase á don Pedro á que le juzgasen en España, y soltase á don Alonso, dándole la ciudad por cárcel.

Aquella noble conducta era digna de los verdaderos hidalgos de su tiempo, imitando con ella la de Nicuesa con Ojeda, en ese mismo lugar, la de Gonzalo de Guzmán con Bastidas, y de tantos Españoles, cuyo

(1) Castellanos—Parte III—Canto V.

noble y generoso carácter era el distintivo de los caballeros de aquel siglo. Pero Cesar fué más que caballero hidalgo: se manifestó un verdadero varón cristiano, en una época en que no se perdonaban las injurias, aunque sí se olvidaban las ofensas, pues la conducta de los Heredias para con el Capitán Cesar había llegado á un punto tal de crueldad, que pocos en su tiempo hubieran creído que el honor permitiera olvidarla.

VI.

Cuando al fin del año de 1539 regresó dón Pedro de Heredia de España, venía yá muy corregido y mejorado, y desde entonces no hacen mención las crónicas del tiempo de que hubiese vuelto á soltar riendas á su carácter demasiado arrebatado é impetuoso. Habiendo llegado á España en prisiones, fué al momento puesto en libertad, y aprovechó la ocasión para presentarse en la corte del Emperador tan gallardamente y con modales tan cultos y cortesanos, que el monarca le escuchó con atención y le mostro muy buena voluntad. Este precedente (y sin duda los obsequios que haría á los jueces con la fortuna que le quedaba, después de las depredaciones de Vadillo) hizo que los que conocieron en su causa diesen informes tan favorables, que no sólo el Emperador le perdonó, sino que mandó, como dijimos antes, que le devolviesen el oro que el Visitador había sacado de su casa, y le nombró nuevamente Gobernador de Cartagena y Adelantado de las conquistas que después hiciese en la tierra adentro.

A su vuelta á Cartagena aquella vez, sin duda don Pedro llevaba yá toda su familia, que consistía en dos hijos: Antonio, que en adelante le acompañó en todas sus empresas, y Juan que, dice Ocariz, se estableció en Mompox y dejó allí descendencia. Además, llevaba varias sobrinas; pero no dice la tradición que le acompañara su mujer, de la cual hablan los cronistas en la vez primera que regresó á España.

Regentaba el Obispado de Cartagena por enton-

ces el Ilustrísimo señor Loaysa, religioso dominicano que después, en 1542, fué ascendido al Arzobispado de Lima. Este Obispo nunca tuvo la más mínima desavenencia con Heredia, aunque era más rígido que el señor Toro, y el Gobernador contribuyó gustoso con sus tesoros á las obras de construcción de iglesias y conventos en la ciudad. "El señor Loaysa, dice el señor Groot, prohibió á los clérigos que saliesen á las conquistas á estilo militar, como hasta entonces lo habían acostumbrado muchos de ellos para participar del botín de los indios, como conquistadores, y poder regresar luégo á España con alguna riqueza.... y mandó que fuesen únicamente en clase de capellanes, con el traje y las maneras propias del sacerdote, y de ningún modo ejerciendo funciones militares, &c." (1)

Como se ve, empezaba á alborear la época de la civilización, y después de descubrir el Nuevo Mundo y conquistar á los aborígenes, yá se trataba con seriedad de convertirles, cristianizarles y civilizarles de todas veras. A medida que los gobernantes civiles y eclesiásticos iban descubriendo los abusos que cometían los conquistadores, los que eran honrados y de conciencia trataban de remediarlos y hacían esfuerzos para que los colonizadores obrasen con justicia. ¡Desgraciadamente, los que llegaban á estas tierras lejanas se corrompían en breve, y muy pocos salían airosos de la prueba! Pero no por los desafueros que cometían algunos se debe juzgar á todos; pues si en aquellos tiempos se consumaron tántas injusticias y crueldades, no hay que desconocer que hubo muchos hombres cuya conducta fué intachable, sobre todo entre los religiosos y misioneros.

Heredia se encontraba aún sano y fuerte, y, deseoso de ganarse un nombre más glorioso, no había regresado á Cartagena á gozar de una vida tranquila y regalada, sino á preparar una expedición en busca de aquella tierra de oro por la cual todos los conquistadores de la costa de Tierra-Firme anhelaban, ofuscados por los prometidos tesoros de Dabaibe, de que tánto les hablaban los indígenas. Empero, antes de emprender aquella

(1) HISTORIA ECLESIÁSTICA—Tomo 1.º, página 19.

riesgosa jornada, pasó á la recién fundada ciudad de Mompox, que se había rebelado contra su hermano don Alonso, y habiéndola pacificado, inmediatamente emprendió marcha después, siguiendo el curso del río Atrato en toda su parte navegable hasta la isla de Bojayá. Pero el viaje había empezado con tan malos auspicios, habiéndole salido á atajar el paso nubes de naturales, que resolvió volverse á San-Sebastián de Urabá. Allí se encontró con don Jorge Robledo, al cual, considerándole como usurpador de su gobernación, prendió y envió á Cartagena para que le remitiesen á España, á donde mandó poderes para que le juzgasen.

Rehechos los soldados de Heredia en San-Sebastián, emprendieron nuevamente la jornada, el 16 de Marzo de 1542, tomando otra vía. Acompañaban á Heredia su hermano don Alonso, aun estando tullido, y su hijo don Antonio, joven gallardo y valeroso. Dirigíanse por la misma ruta que había tomado Vadillo tres años antes, y á medida que se internaban por medio de las sierras de Antioquia más dura era la tierra, más agrios y escarpados los montes, las quiebras más abruptas y estrechas, más hondos y peligrosos los cauces de los ríos, y más peligros corrían no sólo con los trabajos que les causaba una tierra tan quebrada, sino á causa de las hambres y necesidades que sufrían. Esta entrada sería digna de que la cantase un poeta: tántas fueron las aventuras, lances extraños y casos curiosos que les acontecieron, las costumbres bárbaras que presenciaron, los animales y plantas raras que encontraron, los paisajes sorprendentes que vieron aquellos europeos, perdidos sin rumbo, enmedio de cerrados bosques, montes y campos nunca vistos por ojos cristianos, sin guías, sin norte, ni otro imán que la loca pasión de adquirir oro y más oro, y sin contentarse jamás ni satisfacerse con ninguna cantidad que lograsen amontonar.

Cuando Heredia llegó á la ciudad de Antioquia, fundada por Robledo, se declaró su Gobernador, por estar situada en su jurisdicción, y en seguida continuó su marcha al Sur. Yendo por aquellos desiertos, encontróse á pocas jornadas con otra partida de Españoles que venían del Sur, rompiendo monte, vadeando ríos, batiendo tribus indígenas y atravesando centenares

de leguas de Sur á Norte, desde el Perú hasta Antioquia. Aquellos hombres venían al mando de Juan Cabrera, oficial que enviaba Sebastián de Belalcázar á Antioquia á tomar posesión de la ciudad fundada por Jorge Robledo, en nombre suyo.

Cabrera prendió á Heredia (como éste lo había hecho con Robledo), calificándole de usurpador de jurisdicción ajena, y le mandó con escolta á la presencia de Belalcázar. Los soldados de Heredia habían tratado de defender á su Jefe, pero no pudieron: tan flacos, enfermos y débiles se hallaban, después de una jornada tan dura, que parecían sombras más bién que seres humanos! Así, les fué preciso someterse á su suerte, y verse robar los bienes que con tánto trabajo habían conseguido! Negros esclavos, caballos, vituallas, armas, oro: todo cayó en manos de Juan Cabrera y de sus soldados, los que tranquilamente se repartieron el botín de sus compatriotas, de la misma manera que éstos habían salteado á los dueños de la tierra. Don Antonio de Heredia, que estaba herido en un brazo, por tratar de defender á su padre, – herida que le impidió hasta el fin de su vida el uso de la mano, – don Alonso, que estaba rematado de reumatismo, y otros oficiales, marcharon con escolta en busca de Belalcázar, mientras que Juan Cabrera incorporaba en su tropa los soldados de Heredia y cambiaba de sitio la ciudad que había fundado Robledo en el valle del Frontino, pasándola á un llano, cerca del río Tonusio y no lejos del Cauca, en donde se encuentra hoy día.

Entre tanto, los prisioneros continuaban su marcha por enmedio de los cerros más escarpados de todo el país, pasando indecibles trabajos, hasta que llegaron á las cercanías de Cartago, en donde estaba acampado Belalcázar. Algunos cronistas dicen que este conquistador trató con cortesía al Gobernador de Cartagena y á sus parientes; pero Piedrahita asegura que Belalcázar no le quiso ver, sino que dispuso le llevasen con guardias hasta Panamá, para que la Audiencia establecida allí le juzgase como á usurpador de territorios ajenos. En Panamá logró Heredia que le pusiesen en libertad para volverse á Cartagena, á donde llegó derrotado y vencido, y perdiendo cuanto botín había ganado durante los largos meses de increíbles sufrimien-

tos y penalidades de una marcha de más de un año por tántos climas diversos.

Alonso de Heredia llegó derecho á la cama, de donde no se volvió á levantar, aniquilado al fin por las enfermedades; pero don Pedro no se dió por vencido, y con la terquedad y constancia que Dios había puesto en los corazones de todos aquellos conquistadores para que llevasen á cabo su misión, empezó á ocuparse de nuevo en reunir bastimentos, armas y soldados propios para emprender otra expedición por la misma ruta en que tánto había sufrido. Realmente, los hombres de aquel siglo eran de hierro, y si de hierro eran sus cuerpos, sus almas no lo eran menos!

VII

Entre la familia del Gobernador no habíamos mencionado á una hermana (cuyo nombre no dicen los cronistas Castellanos y Simón), la cual había concertado matrimonio con un Capitán Mosquera: aprovechándose de la permanencia de Heredia en Cartagena, antes de que volviese á emprender viaje quisieron celebrar la fiesta nupcial con gran boato, señalando para la ceremonia el día del patrono de España, Santiago, 25 de Julio de 1544. Antes de clarear el día, despertóse la población de Cartagena al ruido de muchas trompetas, añafiles y clarines; pero nadie se alarmó, creyendo todos que tales músicas formaban parte de la fiesta nupcial que comenzaba. Mas no era así: la fiesta nupcial se convirtió en pesadumbres y lágrimas, cuando se supo que los clarines y atambores daban la señal de asalto y saqueo general, y que estaba la ciudad en poder de un cruel piloto francés llamado Roberto Baal.

Había sucedido un caso el año anterior, en el cual nadie había hecho alto, y era que un Teniente Bejinés castigó con doscientos azotes á un piloto que había cometido una falta grave. Cuando se puso al reo en libertad, éste desapareció de la ciudad, y nadie se acordó más de él. Entre tanto el piloto había pasado á Francia, que estaba entonces en guerra con España, y encontrando que un corsario preparaba sus buques para

ir á buscar fortuna en las posesiones del Emperador, aquél le convidó á que fuese á Cartagena, en donde hallaría buena presa, y ofreció meterle en el puerto sin que fuese sentido. Baal aceptó gozoso semejante oferta. De paso por Santa-Marta, redujeron la ciudad á cenizas, y después de haber tomado lenguas de lo que sucedía en Cartagena aprovecharon el descuido en que vivían allí, por no haber sido asaltada la ciudad antes, para entrar en el puerto sin ser vistos y desembarcar y rodear la ciudad mientras que dormía toda la población.

El terror de los habitantes fué tál, que nadie se acordó de que era posible defenderse con las armas en la mano, y cada cual saltó de la cama como estaba en ella, y vestidos y desnudos sólo pensaron en poner en salvo lo que más amaban. Veíanse hombres y mujeres en paños menores atravesar la ciudad para irse á resguardar en los bosques, que entonces estaban cerca: unos llevaban á sus tiernos hijos; otros, olvidados de la familia, huían llevando en los brazos el oro que tánto trabajo les había costado ganar; los de más allá ponían los gritos en el cielo porque no podían cargar con sus mercaderías, y preferían perecer con todos sus bienes más bien que salvar una vida que consideraban inútil si no era dorada. Una vez que el vengativo piloto hubo metido á los corsarios en la ciudad, no pensó en saquear, sino en apagar la sed del odio que le animaba. Dirigióse prontamente á la casa del Teniente Bejinés, y aguardó en la puerta á que saliese. A poco rato se abrió precipitadamente el portón y se presentó el que buscaba.... Los primeros albores del sol naciente iluminaron la faz convulsa del piloto, el cual, atravesando á su enemigo por el corazón con un acerado puñal, exclamaba:

—Bellaco!....¡Este pago debe llevar quien sin razón afrenta á los buenos!

Heredia fué el único que no perdió la cabeza enmedio del espanto general. Viendo que no era posible salvar la ciudad, dispuso que se librase su familia femenina del peligro que la amenazaba. Así, mientras que los corsarios destrozaban las puertas y se apoderaban de don Alonso,—que, como hemos dicho, no se podía mover de la cama,—don Pedro defendía como un

león un pasadizo, en tanto que descolgaban á su hermana y sobrinas por un balcón interior que daba á un solar comunicado con la bahía, en donde tenía un barco aderezado. Una vez puestas en salvamento las mujeres, él se descolgó por el mismo balcón con grande agilidad, (1) y saltando en el bote, en que yá se habían embarcado las mujeres, atravesó á remo la bahía, y se fué á guarecer al monte, en donde permaneció oculto mientras duró el saqueo.

Los corsários continuaban en tanto ocupados en el saqueo, encerrando en estrechas prisiones á don Alonso de Heredia y al Obispo (que lo era entonces fray Francisco de Santamaría y Benavides, de la orden de San Gerónimo), con las personas de más importancia que pudieron haber á las manos. Una vez concluído el saqueo, pusieron los presos á rescate, obligando á los vecinos á entregar lo poco que habían podido ocultar. Baal fué uno de los corsarios más corteses de aquel tiempo, puesto que no injurió á nadie, y no perdió la vida otra persona conocida sino el Teniente Bejinés, sin contar la muerte de algunos negros; cuyas miserables existencias apenas las computaban sus amos como equivalentes á la de un animal doméstico.

Los piratas sacaron de aquel puerto mucho oro: en las arcas reales no más hallaron cuarenta y cinco mil duros en oro, y el Gobernador dió cuantiosa suma para rescatar á su hermano y al Obispo; además, los Franceses se llevaron todas las mercancías de precio que hallaron en la plaza, las cuales amontonaron en las orillas del mar para irlas llevando en los barcos poco á poco hasta los buques que habían quedado lejos de la playa. Los desnudos y afligidos habitantes miraban con dolor sus bienes que se llevaban alegremente los corsarios, haciendas que habían sido el fruto de tántos sudores, trabajos, afanes y tal vez crímenes; quedando de la noche á la mañana más miserables que cuando habían salido de España, pues entonces la esperanza

(1) "Dejando de hacer frente á los Franceses, saltó por el mismo lugar, por ser hombre suelto, tras ellas para ponerlas del todo en seguro, llevándolas en un barco hasta dejarlas en la montaña."

Fray Pedro Simon—3.ª Noticia historial—Cap. XV.

les aligeraba la pesada carga de la pobreza (1). A pesar de este contratiempo, Heredia no se desalentó, y aunque perdidos los recursos que había allegado, se ocupó al momento en reunir nuevos para emprender la expedición á Antioquia, con la intención de reclamar lo que consideraba perteneciente á su Gobernación.

A las pocas semanas del asalto del pirata Baal, ya Heredia navegaba en vía para el golfo de Urabá, y pasando por San-Sebastián tomó el camino más conocido y trillado que le condujo á la ciudad de Antioquia, sin mayores contratiempos. Allí se hizo reconocer como legítimo Gobernador; removió repartimientos y nombró para ellos á sus parciales (¡era la cuarta vez que se repartía aquella tierra!); doblegó ("ya por blanda paz, ya por castigo") (2) á los indios circunvecinos; fundó otra población, que sin duda no ha subsistido, llamada Maritúe, y al cabo de un año de ausencia, entrado el de 1548, regresó á Cartagena, en donde encontró una novedad bien grave, y era el advenimiento del Visitador don Miguel Díez de Armendáriz, quien traía poderes para residenciarle. Inmediatamente que llegó Heredia, Armendáriz mandó dar principio á la causa contra él y contra su hermano don Alonso. "La residencia de don Pedro de Heredia, dice Piedrahita, vino á parar (como todas las demás que toman letrados y go-

(1) Cuenta Castellanos que un tal Nuño de Castro no pudo resignarse á su suerte, pues nada le habían dejado:

Y ansí, viendo poner en la ribera
Gran cuantidad de ropa y fardalaje,
Al tiempo que la gente forastera
Aderezábase para su viaje,
Pasó con una yegua muy ligera
Apriesa por enmedio del pillaje,
Y arrebató, pasándose de claro,
Ropas y lienzo para su reparo.
Al monte se retrajo como viento
Que no parece que la tierra pisa;
Quedó de ver aquel atrevimiento
El Capitán francés muerto de risa,
Porque todas sus armas y ornamento
Eran tan solamente la camisa,
Sin calzas, sin zapatos, y de talle
Cual no vean un perro de la calle.

VARONES ILUSTRES—Parte III—Canto VIII.

(2) Castellanos, &c. &c.

bernadores) en quedarse el Visitador con el Gobierno y remitir á España al visitado."

No dicen los cronistas contemporáneos cuánto tiempo permaneció Heredia en España aquella vez. Pero había manejado su causa con tan buen éxito, que volvió libre de toda mancha á Cartagena, á hacerse de nuevo cargo de su Gobernación. Mas desde aquella época la fortuna empezó á mostrársele esquiva decididamente. Acababa de regresar á su casa en Cartagena, cuando llegó á la ciudad Sebastián de Belalcázar, el cual iba á la corte de España, después de haber sido condenado á muerte por el Oidor Briceño en castigo de la que él había dado á Jorge Robledo. Heredia llevó á su casa á su antiguo émulo, y á pesar del cariño y consideración con que le trató, Belalcázar enfermó y murió de pesadumbre, dejando sus huesos en Cartagena.

Heredia lamentó mucho aquella desgracia, y según dicen los cronistas, vistióse de luto por el conquistador de Quito. Yá nuestro Gobernador estaba fatigado con una vida tan agitada como la que había llevado, y tenía hecho el propósito de estarse quieto y pasar los años que le faltaban en el mundo en ponerse bien con Dios; por lo que, olvidándose de sus antiguas glorias terrestres, se ocupaba en el reparo de las iglesias y la construcción de conventos y hospitales, y pasaba todo el tiempo que no dedicaba á los asuntos de su Gobernación, rezando y oyendo misas y sermones. (1)

En el mismo año en que murió Belalcázar acaeció un espantoso incendio en la ciudad, en el cual perdieron sus habitantes cuanto tenían. Heredia, que al primer grito de alarma había corrido á tratar de salvar la iglesia y sus paramentos, olvidó acudir á su casa, la cual, abandonada por los criados, se convirtió en pavesas; perdiéndose en ella los últimos restos de las riquezas ganadas en los sepulcros de Sinú, los cuales, según la opinión de los cronistas, jamás produjeron otra cosa que no fueran desgracias y pesadumbres.

Poco antes de aquel triste acontecimiento, Here-

(1) Mas, aunque ya con horas y rosarios,
Eran sus tractos y conversaciones
Teniendo los avisos necesarios
En nunca perder misas ni sermones.
(Castellanos—Parte III—Canto IX)

día había sofocado una conspiración urdida por unos bandidos para asesinarle, así como á los principales vecinos de Cartagena. La descubrió don Pedro casi al estallar, y con su acostumbrada actividad pudo debelarla á tiempo y castigar á los más culpados. Llámase esta rebelión en la historia *El alboroto de los frailes*, que fué el nombre que el pueblo le puso, porque habían tomado parte en ello dos religiosos alzados, culpados yá de otro alzamiento en Nicaragua. Aquellos sucesos desgraciados debieron de hacer grande impresión al anciano Gobernador, cuya vida estuvo tan llena de acontecimientos extraordinarios, que daría temas para veinte novelas de grande espectáculo en manos de un Alejandro Dumas. Pero aun no era tiempo de tomar descanso, y Dios había decretado que así como había sido su vida, sería su muerte.

En 1554 sus enemigos, que nunca le dejaron de mano, dieron tan reiteradas quejas á la Corte contra Heredia, que ésta mandó á residenciarle, por la cuarta vez, á un oidor Juan Maldonado. Estaba implicado en las acusaciones Alvaro de Mendoza, casado con doña Francisca, sobrina del Gobernador, y aunque Maldonado trató con respeto al anciano conquistador, éste resolvió ir secretamente á la madre patria á contestar los cargos que se le hacían. Conocía que éstos eran principalmente hijos de la envidia, que envenenaba los corazones de muchos de los cartageneros, y creía que en España le harían justicia, como había sucedido otras veces. Desgraciadamente, por aquella época el mar estaba agitadísimo, y en el de las Antillas fué acometido por temporales tan recios, que estuvo á punto de naufragar dos veces, y fuéle preciso mudar de embarcación también dos ocasiones. Avistaba al fin las costas españolas, cuando la nave en que iba fué destrozada por una fiera tempestad. Don Pedro había sido en su juventud un nadador afamado; así fué que cuando vió que la nave hecha trizas se iba á estrellar contra las rocas de un paraje de Zahara, confiando en sus antiguas fuerzas se arrojó al agua y pretendió nadar hacia la orilla; pero le hicieron traición los años, y lo que lograron otros más mozos no lo alcanzó él. Al ver que se iba consumiendo, probó sobreponerse al ímpetu de las olas, y efecti-

vamente tocó la tierra con las manos; pero ensañóse el mar contra el Conquistador, y como no pudo tomar pie á tiempo, el agua le hundió bajo la espuma, que le quitó la respiración... Tres veces se sobreaguó y tres veces fué vencido por ella, hasta que, exánime, aturdido y sin alientos, se dejó llevar por la resaca que le arrojó á la alta mar... Su cuerpo desapareció para siempre, y en vano don Alvaro de Mendoza le buscó en la orilla durante varios días. Esto sucedió el 27 de Enero de 1554, veintidos años y siete días después de la fundación de Cartagena. (1)

"Fué notable el sentimiento de esta muerte en la ciudad de Cartagena cuando llegó la nueva, en especial por parte de sus sobrinas; pero el sentimiento común fué extremado, por ser mucho el amor que los más de sus vecinos le tenían, así por fundador de ella, como por padre de la Patria y sus estimables costumbres: como era ser fácil en perdonar al enemigo, reportado en el castigo, justo, medido en sus palabras, piadoso para los necesitados é inclinado á hacer paces y allanar discordias, y otras buenas costumbres que de estas comunes y generales se originan." (2)

(1) Cuenta el cronista don Juan Rodríguez Fresle una especie que prueba hasta dónde puede llegar la credulidad de los sencillos y cándidos historiadores de aquellos siglos. Dice que á la mañana siguiente de la noche en que naufragó la *Capitana* (la nave en que iba embarcado Heredia con los Oidores Góngora y Galarza, de la Audiencia de Santafé) amanecieron en las paredes de la capital del Nuevo Reino varios cartelones anunciando haberse perdido la *Capitana*, y ahogádose los Oidores y la mayor parte de la gente que iba con ellos. Hecho sobrenatural que fué imputado, dice, á ciertas brujas malignas que después fueron castigadas.

(2) Fray Pedro Simón.—3.ª NOTICIA HISTORIAL.

GONZALO JIMENEZ DE QUESADA.

(CONQUISTADOR DEL NUEVO REINO DE GRANADA).

I

Dicen algunos historiadores que Gonzalo Jiménez de Quesada nació en Córdoba, y otros aseguran que en Granada, de 1496 á 1500. Su padre, que se llamaba Luis Jiménez de Quesada, era de familia originaria de Baeza, pero nacido en Córdoba, de donde, sin duda, viene la equivocación de que Gonzalo nació en aquella ciudad, cuando lo más probable es, como lo veremos adelante, que el lugar de su nacimiento fuese Granada. Su madre, de la misma familia, se llamaba Isabel de Rivera Quesada. Según Ocariz, nuestro Conquistador era el mayor de tres hermanos y una hermana: Melchor, que fué clérigo y permaneció en su patria; Hernán Pérez, que vino con Gonzalo é hizo un gran papel en la historia de la conquista; Francisco, que había acompañado á Pizarro al Perú, y Andrea, casada con un Coronel Oruña, que servía en los ejércitos de Carlos V en Italia. Hija de ésta fué María de Oruña, casada con un Capitán Berrío, el cual heredó los bienes de Quesada, "y aún se conserva, dice Acosta, (1) en Bogotá descendencia de sus deudos." Después de la conquista de Granada, llevada á cabo por los Reyes Católicos en 1492, se había establecido en aquella ciudad un tribunal especial que se ocupaba en juzgar las causas de los moros, y entre los jueces fué nombrado

(1) COMPENDIO HISTÓRICO DEL DESCUBRIMIENTO Y COLONIZACIÓN DE NUEVA CRANADA.

el Licenciado Luis Jiménez de Quesada. Es, pues, natural que Gonzalo naciera en Granada y no en Córdoba, tanto más cuanto el nombre de Santafé que puso á la primera ciudad que fundó, y el de Nuevo Reino de Granada al país entero, probaría también que lo hiciera para recordar á su patria.

El primogénito del Juez de Granada siguió la carrera de su padre: estudió derecho y hacía parte de la Cancillería real, cuando fué nombrado Auditor y Justicia Mayor en la expedición que debía pasar á Santa-Marta, bajo el mando del nuevo Gobernador de aquella provincia, don Pedro Fernández de Lugo. Esta expedición llegó á Santa-Marta á mediados de Diciembre de 1535. Inmediatamente el Gobernador se ocupó en mandar expediciones por diferentes puntos, con el objeto de hacerse á riquezas y descubrir nuevas tierras. Don Pedro Fernández traía á su hijo, joven petimetre y cortesano, en calidad de su Lugarteniente, el cual debía gobernar en su nombre en caso de enfermedad ó de muerte del Gobernador. Pero sucedió que este joven amaba más las riquezas que su honor y el de su padre, y más sus comodidades que la estimación de los demás; y así cuando tornaba á la ciudad, de vuelta de una expedición, en la cual había recogido mucho oro, con el que el Gobernador contaba para atender á las necesidades de la Gobernación, en lugar de entrar en Santa-Marta se le ocurrió alzarse con todo aquel oro, y sin pérdida de tiempo meterse en un barco que se apercibía para hacerse á la vela con dirección á España.

El joven don Luis de Lugo era muy diestro en la Corte, y no temió desacreditar su nombre, porque sabía que con el oro que llevaba podía cohechar á los jueces. Don Pedro Fernández se indignó sobre manera con la conducta de su hijo, y escribió pidiendo al Rey que juzgara al delincuente y le condenase á muerte. Pero con razón no temía don Luís las consecuencias de su escandaloso robo: tenía protectores tan eficaces, que poco después volvió tranquilamente á la Corte; signió gozando del fruto de su rapiña, y, lo que es más, como veremos después, obtuvo la gobernación de las tierras descubiertas por otros. ¡Tan cierto es que entonces, como ahora, toda mancha se puede lavar entre cortesanos con oro!

Después de un suceso tan desagradable, don Pedro Fernández, afligido y avergonzado, procuró distraer á la gente que tenía bajo sus órdenes, y quiso preparar con tal objeto una expedición que le hiciese ganar no sólo oro, sino gloria, pues las noticias de la conquista del Perú tenían agitados los ánimos de los soldados; no querían ser menos gloriosos que los compañeros de Pizarro, y anhelaban, como ellos, por que sus nombres repercutiesen por el orbe. Después de haber estudiado lo que se decía de las tierras que demoraban al interior, resolvió don Pedro enviar una tropa expedicionaria por las orillas arriba del río Magdalena, en cuyas cabeceras era fama que se encontraba una rica y poderosa nación. El llamado á encargarse de esta jornada hubiera sido don Luis, si su conducta lo permitiera; pero estando éste ausente y deshonrado, era preciso encomendarla á otra persona de toda confianza.

Como entre los hombres de espada que habían llegado á Santa-Marta con don Pedro Fernández se encontraban varios cuyos méritos eran iguales, y no se podía agraciar á uno sin ofender á otros, el Gobernador dió una señal de que poseía en alto grado el dón del conocimiento de los hombres, cuando se fijó, no en un hombre de guerra, sino en uno de pluma, pero valiente, robusto, popular en el ejército, de genio conciliador y que gozaba de toda su estimación: éste era Gonzalo Jiménez de Quesada. Reunido el consejo de Jefes, – entre los cuales tenían un lugar elevado los religiosos encargados de atender á los conquistadores con sus consejos espirituales y de catequizar á los indígenas, – el Gobernador les notificó que tenía previsto para Jefe de la Expedición á su Justicia Mayor, hombre muy cabal y muy de su confianza; (1) nombramiento que, sin duda, fué bien recibido por todos.

(1) El título expedido, según lo trae Fray Pedro Simón, decía así:

"Don Pedro Fernández de Lugo, Adelantado de las islas Canarias y Gobernador perpetuo de la ciudad de Santa-Marta y su provincia por Su Majestad.

"Por las presentes nombro por mi Teniente general al Licenciado Jiménez, de la gente, así de á pié como de á caballo, que está aprestada para salir al descubrimiento de los nacimientos del río Grande de la Magdalena, al cual dicho Licenciado doy todo poder cumplido, según que yo

II

La expedición acaudillada por Gonzalo Jiménez de Quesada salió de Santa-Marta el 6 de Abril de 1536.

Quesada rayaba en los cuarenta años entonces: no era muy alto, pero sí fuerte y ágil, audaz y parco en la guerra, sufrido y paciente en los trabajos, atento y comedido con sus soldados, pero rígido por extremo cuando la disciplina lo demandaba así: si fué injusto y cruel algunas veces, no lo fué por temperamento, sino acaso porque lo creyó necesario, según las costumbres y las ideas de su tiempo. Es muy difícil, por no decir imposible, juzgar de las acciones de los hombres de un siglo tan lejano, cuando vivían en un medio que nosotros no comprendemos yá, como ellos no entenderían tampoco lo bueno y lo malo de nuestra actual civilización. Si el idioma era el mismo que hablamos hoy día, el giro del entendimiento no era igual, y á medida que vamos abarcando nuevas ideas y desarrollando nuevos sistemas, perdemos la noción de lo que eran aquellos tiempos. Es locura pretender juzgarlos con el termómetro que sirve para medir nuestra actual temperatura moral.

Con Quesada iba un hermano suyo, Hernán Pérez, con el destino de Alguacil Mayor, que se tenía por segundo puesto en el ejército, á imitación de lo que usaban los Reyes moriscos de Granada. "Hernán Pé-

he y lo tengo de Su Majestad, y le mandó que no vaya ni pase en cosa alguna de los capítulos susodichos, sino que en todo y por todo se cumplan por la forma y manera susodicha, so pena de la vida y perdimiento de todos sus bienes para la cámara y fisco de Su Majestad; y mando á todos los Capitanes, caballeros y á toda la otra gente de guerra que fuere á la dicha entrada, que le obedezcan y acaten como á mi Teniente general de mi armada, so la dicha pena al que lo contrario hiciere. El cual dicho poder vos doy con todas sus incidencias y dependencias. Fecho en Snta-Marta, á primero de Abril de mil quinientos treinta y siete años.—El Adelantado.

La fecha está errada, pues es cosa averiguada que la expedición salió de Santa-Marta un año antes, en 1536. (N. A).

rez era, dice Piedrahita, (1) hombre de buena y robusta presencia, agradable sobre encarecimiento á cuantos le trataban; templado en las cosas prósperas y sufrido en las adversas; de costumbres populares para gobernar hombres y de notable destreza en regir un caballo; pagábase de la lisonja, y aun comprábala, porque su inclinación le arrastraba al aplauso: su liberalidad parecía más de príncipe que de particular &c."

El ejército, comandado por Capitanes de primer órden, avezados á la guerra (habían servido algunos de ellos en los ejércitos de Carlos V), constaba de setecientos hombres y ochenta caballos que emprendieron marcha por tierra, y doscientos soldados y marineros que se embarcaron en lanchas por el río Magdalena. En tanto que la flotilla de la expedición partía para ir á buscar las bocas del mismo río y entrar por ellas para remontar la corriente, Quesada con su tropa se internó, después de dar vuelta á la Ciénaga, por medio de las tierras y montañas que habitaban los indios Chimilas, raza feroz é indomable que dió que hacer muchos años á los colonos de Santa-Marta.

Según la costumbre de aquellas expediciones, las tropas conquistadoras llevaban en pos suya *recuas* de indios cargueros que hacían las veces de acémilas, pero á quienes el Adelantado Quesada trataba, según parece, con mucho menos crueldad que otros Españoles. A pesar de esto los indios se fugaban en todas las paradas, y había que ir á los vecinos caseríos en busca de otros. Cuéntase (2) que, habiendo un día salido á enganchar cargueros en los alrededores del campamento, los baquianos lograron apoderarse de unos pocos que sorprendieron en sus casas, á quienes echaron la carga de los que se habían fugado. A poco andar se presentó una india desgreñada y afligida, y atravesando por enmedio del ejército, sin manifestar temor, se fué á arrojar llorando en brazos de un mocetón recién cautivado. Preguntó el Adelantado á los intérpretes qué significaba aquello, y le contestaron que la india llorosa era una madre que venía á constituirse prisio-

(1) HISTORIA GENERAL DEL NUEVO REINO DE GRANADA.—Parte I—Lib. X—Cap. VI.

(2) Acosta—DESCUBRIMIENTO.—Pag. 173.

nera para ir en compañía de su hijo. Enternecido el caudillo, mandó que desataran al momento no sólo al indio recién apresado, sino á todos los que habían cogido en el pueblo, en premio de la noble acción de la buena madre. "Aseguraba el Licenciado (añade Acosta) que en el curso de su larga vida, llena de vicisitudes, jamás pudo olvidar la mirada expresiva de gratitud profunda que aquella sencilla mujer le había dirigido al desaparecer con los suyos en las selvas."

Siguiendo la jornada por aquellas tierras intransitables, pasaron con dificultad un río llamado Arignaní, en donde se ahogó parte del equipaje, y atravesando una población indígena en la que fueron bien recibidos (Chiriguaná), perdieron los guías en las montañas, cerradas más lejos, y gastaron ocho días hasta las lagunas de Tamalameque. En aquel lugar los indios guardaban aún frescos los recuerdos de Alfinger, y salieron á defender la población con denuedo, pero al fin se sometieron. Resolvió Quesada descansar allí con su tropa, en tanto que mandaba al río Magdalena á averiguar si la flotilla había llegado al lugar de la cita. Volvieron los mensajeros con la triste nueva de que la flotilla no existía. La mayor parte de las embarcaciones habían naufragado en las bocas del río, y los hombres que arribaron á tierra fueron víctimas de las flechas de los indios ó de la voracidad de los caimanes que abundan en aquellos parajes; los otros barcos, impelidos por las olas y las brisas, fueron á parar á Cartagena, en donde, encontrando gente del Perú, algunos se engancharon con ella; como que algunos subieron después al Nuevo Reino por la vía que tomó Belalcázar.

Sólo el famoso Luis de Manjarrés, con Cardoso, Ortún Velasco y otros que permanecieron fieles á Quesada, se volvieron á Santa-Marta, y alistando otra flotilla bajo el mando del Licenciado Gallegos, al cabo de largos meses se reunieron á aquél en las orillas del río Magdalena. Este río estaba pobladísimo en la parte baja, y fué preciso librar con frecuencia reñidos combates á los indígenas que salían á detenerles el paso, á veces hasta en dos mil canoas, (1) que rodeaban las embarcaciones de los Españoles como una nube de mos-

(1) Acosta.—DESCUBRIMIENTO, &c.—Pág. 174.

cardones. Cuando se juntaron las dos expediciones, la de tierra y la de mar, en Sompallón, eran tántos los trabajos que habían sufrido por tierra y por agua, que muchos se reunieron para suplicar al Adelantado que desistiese de la empresa; pero éste, en unión del Capellán, el Padre Domingo Las Casas (primo del famoso Obispo de Chiapa) y de todos los Oficiales, que eran valientes á toda prueba, logró al fin persuadir á los descontentos de que devolverse antes de haber empezado siquiera la jornada sería desacreditarse, y ganarse la fama de cobardes, nota impropia del nombre español.

Emprendieron, pues, camino denodadamente, los unos por tierra y los otros por agua. Los de tierra iban precedidos por un batallón de *macheteros*, á órdenes del Capitán Gerónimo de Inzá, rompiendo por medio de la montaña cerrada que jamás había pisado sér humano, pues los indios andaban siempre por el río en canoas. Aquellos bosques tropicales, enmarañados, en los cuales crecían apiñados árboles, espinos y plantas trepadoras, en tanto que se veían troncos derribados unos sobre otros y formando espesos muros, estaban enteramente plagados de animales nocivos al hombre: arañas, cien-piés, gusanos, alacranes, serpientes, sin contar con los tigres, los jabalíes, los asquerosos mapuritos, y los murciélagos y mosquitos que se cebaban en la sangre de muchos desgraciados. Sucedía á veces que gastaban ocho días en abrir una senda que el ejército transitaba en pocas horas.

" Los que caminaban por tierra (dice Zamora) iban despedazados los cuerpos y los vestidos entre las espinas y ramazones, picados de los tábanos, seguidos de innumerables ejércitos de zancudos, jejenes y rodadores, cuyas lanzas, llenas de quemazón y ponzoña, no tienen resistencia; guareciéndose debajo de los árboles para defenderse de las tempestades con sus hojas, comiendo de las frutas y raíces silvestres, de que enfermaron los más, y muriendo muchos comidos de tigres y picados de culebras. Pasaban á nado los ríos y esteros de las lagunas que desaguan en el de la Magdalena. Los que lo navegaban eran atemorizados de feroces y carniceros caimanes y seguidos de indios flecheros, que por instantes les rodeaban con gran número de canoas; y de noche, asombrados con oscuras tempestades, rayos y

truenos, tan espantosos como son los que en todos tiempos experimentámos los que hemos navegado este famoso río."

Afligidos con enfermedades propias de aquellos climas, cubiertos los cuerpos de llagas, cojos unos, ciegos otros, y desesperados, al ver que el camino se alargaba indefinidamente y en lugar de mejorar crecían los males, permitían algunos que pasasen adelante sus compañeros, y ellos se dejaban morir debajo de algún árbol. Los tigres se habían vuelto tan atrevidos, que sacaban á los míseros Españoles de entre sus hamacas. Entre otros sucedió ésto con un soldado llamado Juan Serrano. En una noche tempestuosa le oyeron pedir lastimosamente socorro, porque un tigre le arrebataba de su hamaca; acudieron sus compañeros con espadas y lanzas á defenderle, y el tigre, que yá se le llevaba, le soltó, sin haberle hecho mayor mal:

"Pero de la manera que conejo
Que suelta de los dientes perro viejo." (1)

El infeliz, que temblaba de espanto, suplicó que le subiesen la hamaca más en alto. Pero acaso el tigre, yá *cebado*, estaba resuelto á cenárselo, porque cuando se levantaron los Españoles á la mañana siguiente, encontraron vacía la hamaca de Serrano. En contorno vieron los rastros del tigre, el cual, sin duda, aprovechándose del fragor de los rayos y el estruendo de los aguaceros, había logrado apoderarse de su presa, sin que los demás oyesen los gritos de angustia.

Como el campamento estaba aquella noche aciaga á orillas de un río, lo bautizaron con el nombre del soldado, el que aún conserva.

Los *macheteros*, encargados de abrir las sendas, romper el monte y vadear los ríos, eran los que más sufrían, muriendo muchos de ellos de picaduras de culebras, del golpe de los árboles que al caer les cogían debajo, de los dientes de los caimanes, ó ahogados en las corrientes al esguazar los ríos, como sucedió con un valiente soldado llamado Juan Lorenzo.

Además de todas estas penalidades, acometíales á veces otra que les hacía sufrir horriblemente: el hambre, la falta completa de alimentos sanos. Por dos ve-

(1) Castellanos---Parte II---Elegía IV.

ces los hambreados descubridores mataron caballos para comérselos; pero Quesada supo atajar este mal con tiempo, prohibiendo bajo pena de muerte que comiesen carne de caballo, y jurando que cualquiera que lo hiciese sería ajusticiado en el momento. El caballo era la defensa más poderosa que llevaban consigo los Españoles, después de las armas de fuego. Nada espantaba tánto á los aborígenes como un caballo: pensaban que el jinete y el animal formaban un solo cuerpo, y aquello les causaba el terror más grande.

III

Después de caminar ocho meses consecutivos, apenas habían adelantado poco más de ciento cincuenta leguas! Al fin llegaron á un sitio llamado de la Tora, que los Españoles llamaron Barranca-Bermeja, (1) en donde encontraron un caserío y abundantes sementeras que desampararon los indígenas á la llegada de aquéllos. Pareció á Quesada que aquel punto era de fácil defensa, frente á dos islas que dividen el río en cuatro brazos, y que el sitio era propio para hacer alto, rehacerse y dejar descansar su tropa.

Pero mientras que el grueso del ejército tomaba alientos, Quesada, para no perder tiempo, mandó que se adelantasen algunas embarcaciones de descubierta por el río arriba. Veinte días duraron ausentes los expedicionarios, al cabo de los cuales regresaron sin haber encontrado cosa notable: dijeron que el río se prolongaba hácia el Sur por medio de tierras iguales á las que habían recorrido, con una monotonía desesperante, pero que en ninguna parte se veían señales de las ricas poblaciones que les habían anunciado.

Semejante noticia descontentó grandemente al Ejército, que trató de amotinarse, queriendo obligar al Adelantado á que renunciase á continuar la jornada. Hiciéronle presentes sus quejas, diciendo que el seguir por aquella vía no era yá valor y constancia, sino imprudencia y locura; que en la Tora estaban peor

(1) Dos islas paralelas que forma el río, y hoy día están despobladas.

que en ninguna parte, puesto que las enfermedades les habían diezmado á tal punto, que los vivos renunciaban á enterrar á los muertos y los arrojaban al río, cebando con esto los caimanes, por lo que todo el que se acercaba á la orilla, fuese á bañarse ó á lavar su ropa, era sacrificado por aquellos anfibios repugnantes y voraces. Añadían que, sin duda, á medida que subieran el río la situación sería peor, y al fin perecerían todos en la demanda, sin haber obtenido cosa alguna en bien del Rey y de España.

Pero ninguna de estas razones hizo mella en la firme voluntad del caudillo, el cual dijo que estaba resuelto á continuar en la empresa aunque fuera á costa de su vida; que más valía morir que presentarse, derrotado por la cobardía, otra vez en Santa-Marta; y que si después de pasar tántos trabajos, otros más valientes que ellos, siguiendo sus pasos, lograban descubrir las tierras feraces y llenas de oro que él sabía que existían más adentro, no había duda de que los mismos que deseaban volverse le maldecirían por haberles hecho caso. Con la elocuencia hija de la verdadera convicción, y con la astucia y habilidad de un abogado que se había enseñado á defender aun las peores causas en los estrados, Quesada, empleando prudentes palabras, sin manifestar cólera ó disgusto siquiera, desbarató todos los argumentos que le presentaban los descontentos, y después de oirles á todos, supo persuadirles á que con buena voluntad prosiguiesen en la marcha. "De nada estaba tan ajeno el General, dice Piedrahita, como de volver paso atrás en lo comenzado: era hombre de espera. Ninguno como él caminó por los espacios del tiempo hasta el centro de la ocasión; sabía cuánto más había obrado la constancia española, que la cólera impetuosa de otras naciones."

Pero en lo que sí opinó con los suyos, fué en que era tiempo perdido continuar por el lecho del Magdalena, y resolvió abandonar sus márgenes y seguir por las del Opon. A poco trecho los gastadores del ejército encontraron una canoa que los indígenas abandonaron, asustados con la presencia extraña para ellos de los invasores. En la canoa encontraron algunas *moyas* de sal blanca y ciertas mantas de algodón finamente labradas, y más lejos unos ranchos repletos de otras *moyas*,

lo que probaba que era un depósito en el que debían de irse á proveer los naturales comarcanos. Semejantes señales de civilización llenaron de alegría á los descubridores, los que, trasmontando la serranía, en breve vieron de lejos humaredas, multitud de caseríos más ó menos extensos y muchas alegres y limpias sementeras.

Volviéronse los de la descubierta á dar aviso á Quesada de lo que habían visto; y éste entonces siguió con el grueso del Ejército los pasos de los *macheteros.* A poco andar noto que el río Opón yá no era navegable para las embarcaciones que llevaba; además, iban inválidos é inútiles ciento sesenta soldados que no servían sino de estorbo. Eligiendo, pues, doscientos hombres entre los más aguerridos y sanos para que se quedasen con él, devolvió los enfermos ó inútiles á Santa-Marta, á cargo del Licenciado Gallegos y de cuarenta hombres más para defenderles en la vía. ¡Quién hubiera dicho á aquellos desgraciados que pocos sobrevivirían á su viaje! Atacados por los indios de las orillas del Magdalena, que les echaron á pique las embarcaciones, lograron sólo escapar Gallegos y unos pocos Españoles, los que al fin llegaron á dar la triste nueva á Santa-Marta, en donde encontraron yá muerto al Gobernador don Pedro Fernández de Lugo.

Entre tanto, Quesada empezaba á escalar las sierras más agrias de todo el país, sierras que, después de tres siglos y medio, se considera imposible trasmontar á pié y mucho menos á caballo, y que permanecen yermas y despobladas como entonces: "Espantan las hileras de cerros empinados, destrozados y de formas raras é imponentes, que denotan una cordillera intransitable y con la vegetación pegada á las paredes verticales de sus moles. A la izquierda se suceden otras hileras de montes cubiertos de bosques intactos, mientras que á lo lejos la serranía de Armas levanta su alta cumbre, rodeada de laderas que se pierden confundidas con las selvas del Magdalena. Unas pocas familias indígenas que han sabido conservar su independencia, son los únicos moradores de estas regiones, vasto recipiente en que todo fermenta bajo el influjo de un sól de fuego." (1)

(1) GEOGRAFÍA FÍSICA Y POLÍTICA DEL ESTADO DE SANTANDER, por Felipe Pérez.

Iban subiendo los conquistadores los cerros, llevando trabajosamente los sesenta caballos que les habían quedado (apenas habían muerto veinte durante el tránsito), y armados con arcabuces mohosos y dañados por las lluvias caminaban llenos de brío y sin acordarse de los peligros que les rodeaban. Después de pasar por penalidades indecibles, que sería demasiado prolijo referir aquí, al fin llegaron á la cumbre de una cordillera que dominaba campos extensos, limpios de montaña y cultivados con abundantes sementeras de maíz, papas, *arracachas*, legumbres y árboles frutales, salpicados de risueños caseríos y en clima benigno y deleitoso.

Al ver aquella tierra de promisión, enternecido Quesada con la misericordia de Dios para con él, se arrojó de rodillas y dió gracias á la Providencia que le había permitido alcanzar á ver un país que parecía abundante, rico de comidas y poblado. Es cierto que no le quedaban sino ciento sesenta de los doscientos hombres que habían empezado la jornada desde el Opón: uno de ellos, llamado Juan Duarte, estaba loco y nunca recobró el sentido, y un caballo se le había despeñado; pero los demás, aunque flacos, se conservaban en buen estado, y de los hombres, fatigados y dolientes, muchos recobraron sus bríos cuando vieron que al menos yá no les amenazaba el hambre, la peor de las desgracias para ellos, porque les quitaba las fuerzas y el ánimo.

Asombrados los habitantes de aquellos valles con la extraña aparición de los Españoles, quisieron impedir que entrasen en sus caseríos; pero en breve se espantaron tánto con el ruido de las armas de fuego y el aspecto aterrador para ellos de la caballería, que resolvieron someterse á los que consideraban seres sobrenaturales, enviados por la Divinidad para que les sirviesen y amparasen; así les dejaban tomar lo que querían, y cuando les veían pasar se arrojaban al suelo como delante de sus dioses.

Quesada, que era hombre prudente y suspicaz, y que, de otra parte, no era aficionado á cometer crueldades, había dado las órdenes mas estrictas para que ningún Español quitase cosa alguna á los naturales, mandando que se les tratase con cariño, les ofreciesen dádivas y no recibiesen nada de ellos sin el permiso expreso del General.

"¿Qué sería de nosotros, decia á sus oficiales, si esta gente se propusiese asaltarnos? A tánta distancia de los nuestros ¿quién podría vengarnos siquiera? No quedaría ni la memoria de nuestra existencia. Así, pues, preciso es, sobre todas las cosas, tener contentos á los indígenas y usar de una prudencia tan grande, que no se les ocurra ni por un momento que les podemos hacer estorbo."

En el pueblo de Chipatá, que aún existe, se dijo la primera misa en el país que el Conquistador llamó después Nuevo Reino de Granada. La dijo el Capellán del Ejército fray Domingo de Las Casas, á fines de Enero de 1537, diez meses escasos después de haber salido de Santa-Marta. Siendo el clima de Chipatá (1) agradable y más sano que ninguno de los que hasta entonces habían experimentado en todo el país, resolvió Quesada permanecer allí el tiempo necesario para que se repusiera la tropa é hiciesen vestidos con las mantas que les llevaban los indios, pues los que habían sacado de Santa-Marta estaban despedazados, y algunos de los expedicionarios andaban casi desnudos. Entre tanto Quesada se ocupó activamente en tomar lenguas y averiguar é informarse á espacio acerca de los pueblos que quedaban en el interior del país y en donde se fabricaba la sal.

Aunque Castellanos y Zamora no lo dicen, algunos cronistas aseguran que Quesada renunció en aquel lugar el mando de la Expedición, fingiendo hipócritamente necesitar que los que hasta entonces había gobernado en nombre del Gobernador de Santa-Marta le eligiesen caudillo libremente. El objeto que tenía para esto era poder probar después que no gobernaba yá por orden del Gobernador de Santa-Marta, sino por la espontánea voluntad de sus soldados que le habían elegido su General. Este hecho, que no está probado por la historia, arrojaría una mancha sobre el carácter de Quesada; pero *se non é vero é ben trovato*, y sería un rasgo característico de un abogado de aquel tiempo en el Nuevo Mundo, que estaba invadido por letrados que pleiteaban sin cesar, y no con armas legales, sino con litigios de mala ley.

(1) 20 grados centígrados.

IV

Descansados, vestidos y repuestos ampliamente en su salud, el día 3 de Marzo Quesada dió la orden de marcha hacia la tierra de los *Chibchas* ó *Muiscas*, como erróneamente les llamaron los Españoles.

"El país de los Chibchas comprendía las planicies de Bogotá y de Tunja, los valles de Fusagasugá, de Pacho, de Cáqueza y de Tensa, todo el territorio de los cantones de Ubaté, Chiquinquirá, Moniquirá y Leiva, y después por Santa-Rosa y Sogamoso hasta lo más alto de la cordillera, desde donde se divisan los llanos de Casanare. El punto más extremo al Norte vendría á ser Cerinza, y al Sur Sumapaz. Mas como la dirección del eje más largo de esta elipse no es exactamente en el sentido del meridiano, puede calcularse su longitud en cerca de 45 leguas, y su anchura media de 12 á 15 leguas, con una superficie de poco más de 600 leguas cuadradas, y con una población aproximada de dos mil habitantes por cada legua cuadrada, tan considerable como la de cualquiera de los países cultos de Europa. Esta poblacion así acumulada, la mayor parte en tierra fría, sin ganados que le procurasen alimentos nutritivos, ó que la auxiliasen en las faenas de la agricultura, necesitaba para vivir ser por extremo sobria y laboriosa; y con efecto lo era, pues no sólo se mantenía en abundancia, sino que conducía sus sobrantes á los mercados de los países circunvecinos, en donde los cambiaba por oro, pescado y algunos frutos de las tierras calientes. ¡Singular configuración la de un suelo como el de la Nueva Granada, que desde los tiempos primitivos está indicando á sus habitantes que deben unirse con los vínculos más estrechos para consultar la satisfacción de sus necesidades y vivir felices; y aviso claro de que contra lo que está marcado por la Naturaleza, encallarán siempre las tentativas de los legisladores inexpertos que no consulten en sus obras ni las lecciones de la historia, ni las leyes eternas que rigen á las sociedades desde su cuna.

"Lindaban los Chibchas por el Occidente con los

Muzos, Colimas y Panches, tribus guerreras y feroces con quienes vivían en perpetua hostilidad. Por el Norte con los Laches, los Agataes y Guanes, y por el Oriente con las tribus poco numerosas que habitaban, hacia los Llanos, el declive de la cordillera oriental.

"Tres Jefes principales dominaban con absoluto imperio y eran obedecidos ciegamente en los pueblos Chibchas: el Zipa, que tenía su asiento en Muequetá (hoy día Funza), lugar rodeado entonces de lagunas y de brazos del río principal que riega la hermosa llanura cuyo medio ocupaba la población; el Zaque, que originariamente habitaba en Ramiriquí y que posteriormente se trasladó á Tunja; y últimamente, el Jefe de Iraca, que participaba del carácter religioso, como sucesor designado por Nemquerequeteba, civilizador de estas regiones, el cual llegó á ellas, según la tradición universal, por la vía de Oriente, del lado de Pasca, y desapareció en Suamós, que hoy decimos Sogamoso; de cuyo punto hacia los Llanos habían construido los habitantes una ancha calzada, de la cual se veían todavía restos á fines del siglo XVII.

"Los Usaques ó señores de los pueblos de Ebaque, Guasca, Guatavita, Zipaquirá, Fusagasugá y Ebaté, habían dejado de ser independientes no hacía muchos años. El Zipa les sujetó, aunque conservándoles su jurisdicción y la sucesión en sus familias del cacicazgo, á que él se reservaba nombrar sólo por falta de herederos, en cuyo caso escogía casi siempre de entre los Güechas ó Jefes militares de las tropas, que siempre mantenía en las fronteras de los Panches, á fin de defender sus dominios de las irrupciones, sorpresas y pillajes de estos vecinos inquietos y belicosos, en cuyo territorio solía entrar para vengar estas hostilidades.

"El Zaque de Hunsa tenía también algunos Jefes tributarios, pero el Zipa ensanchaba cada día sus dominios á expensas de su vecino del Norte, porque sus tropas estaban más aguerridas por el continuo lidiar con los infatigables Panches, tan difíciles de sujetar á causa de la aspereza del terreno que habitaban, y de cuyo conocimiento sabían aprovecharse perfectamente. Sin la llegada de los Españoles, es probable que el Zipa de Bogotá se habría apoderado de todo el territorio de los Chibchas, si hemos de juzgar por los progresos rápidos

que sus conquistas habían hecho en los últimos sesenta años." (1)

A medida que adelantaban en su marcha, los Conquistadores iban encontrando con sorpresa que habían entrado en un país semi-civilizado, que si no era tan adelantado como Méjico y el Perú, sí era mucho más culto que todas las tribus que habían visto en el resto de Tierra-Firme y en las Antillas.

No es nuestro propósito tratar de esta conquista, sino en lo que toca personalmente á Quesada y á lo que pueda arrojar luz sobre su carácter y costumbres; de otra manera, la biografía del Conquistador tomaría las proporciones de un volumen de historia. Así, pues, nos permitirán los lectores pasar de priesa por aquellos alegres y cultivados campos que causaron tánta sorpresa á los Españoles, así como su presencia espantó y llenó de curiosidad á los habitantes de ellos. El grado de civilización de un país se mide por la más ó menos curiosidad que despierta entre sus habitantes algún espectáculo nuevo y desconocido. El aspecto de los europeos tan sólo causaba á los indígenas salvajes disgusto ó cólera; pero los naturales más civilizados del interior se llenaron de loca curiosidad y salían á recibir á los invasores con respeto; comprendían la distancia que había entre ellos y los extranjeros, y deseaban saber quiénes eran y de dónde venían. Es tan cierto que la extrema civilización se toca con la barbarie, que de la misma manera que á los *parisienses* yá no causa sorpresa nada nuevo, así los salvajes todavía no alcanzan á sorprenderse, porque no comprenden, y unos y otros se manifiestan impávidos en todas ocasiones.

Aun cuando Quesada había reiterado la orden, con pena de muerte si la infringían, de que ningún Español quitase y ni aun *siquiera recibiese* lo que los indígenas les daban, sin pedir licencia á sus Jefes, faltó á esta orden un soldado llamado Juan Gordo, quien quitó á unos indios las mantas que llevaban. Sabedor Quesada de aquel hecho, mandó ajusticiar al culpado, en prueba de que no era vana la amenaza, y que se cumplían las órdenes que él promulgaba. Algunos cronistas

(1) Acosta—COMPENDIO HISTÓRICO, varias veces citado.—Capítulo XI—Pág. 187.

é historiadores juzgan errada la severidad del General pero no fué así en realidad, y la prueba es que se ganó la estimación y confianza de los naturales. Su marcha hasta Nemocón fué un verdadero paseo militar, y no sólo fué recibido de paz por todo el tránsito, sino con señales de admiración. "Venían por bandadas (dice el P. Simón) á traerles abundancia de comidas y de cuanto tenían, como venados vivos y muertos, palomas, conejos, curíes, mate, frijoles y toda especie de raíces." Creyendo que los Españoles eran antropófagos, les ofrecieron, para que les sacrificasen, primero un indio viejo, y después algunos niños.

No fué sino después de haber pasado por la salina de Nemocón cuando por primera vez se vieron atacados resueltamente por las tropas del Zipa de Bogotá, que llevaba como bandera la momia de un guerrero famoso entre sus antepasados. Pero los indígenas fueron derrotados por los Españoles, así como fué tomada la fortaleza de Cajicá (que llamaban Busongote), en donde fueron tan notables las proezas de los oficiales de Quesada, que aquello acabó de subyugar á los innumerables indígenas que poblaban la sabana de Bogotá. Cuando el Adelantado contempló de lejos la magnífica extensión de la llanura, toda ella cubierta de alegres sementeras y poblada con muchos caseríos, en medio de los cuales se hacía notar la habitación de su respectivo Cacique ó Gobernador (por un mástil pintado de encarnado), aunque todas las casas eran pajizas, su forma cónica, la belleza que presta á la Sabana un cielo puro y despejado, en el cual lucía un sol ardiente, el fresco delicioso de la temperatura y el aspecto casi civilizado de aquellas poblaciones le indujeron á bautizar el Imperio de los Chibchas con el nombre de "Valle de los Alcázares." Empero la sabana de Bogotá no conservó el nombre que le puso su Conquistador.

Atravesando una parte de la llanura, Quesada fué á acampar en la capital del Zipa, Muequetá ó Funza, pasando por Chía, en donde celebraron la Semana Santa. Los desmoralizados y humillados indígenas no tenían ánimo para resistir á los ciento sesenta hombres que les habían vencido por asalto física y moralmente, á pesar de que se contaban los habitantes de la llanu-

ra por centenares de miles. (1) Quesada trató de entablar negociaciones con el Zipa de Bogotá; pero éste no quiso dejarse ver de los invasores, ni lograron que les diera jamás una respuesta clara y categórica. ¡Tan cierto es que el carácter de las razas se conserva al través de los siglos y de todas las vicisitudes posibles, que hoy día no se puede obligar á un descendiente de los chibchas á que diga claro *sí* ó *nó!*

Mientras que entretenía á los Españoles sin pronunciar una palabra clara, el Zipa enviaba mensajeros en diferentes direcciones para entenderse secretamente con los demás caciques que le estaban sometidos, pero sin lograr que le ofrecieran coaligarse para atacar á los Conquistadores. O eran todos muy cobardes, ó los invasores habían manifestado una fuerza tan misteriosa, que aquellos les creían enviados directamente por la Divinidad y no se atrevían á hacerles la guerra.

Quesada no estaba mientras tanto quieto: mandaba frecuentemente expediciones á someter á los caciques de los alrededores, y á poco se dirigió personalmente al Norte, en busca de un rico reino de que tuvo noticia, en donde no solamente se encontraba mucho oro, sino las minas de esmeraldas, cuyas muestras habían llenado de codicia á los Conquistadores. En la vía se encontraron con un indígena que ofreció llevar la expedición comandada por el General en Jefe hasta las puertas de la ciudad en que reinaba el poderoso Zaque de Tunja ó Hunsa. El 20 de Agosto de 1537 llegaron á un punto de donde los Conquistadores vieron por la vez primera aquel sitio, que queda como á media legua de la ciudad, "y en el promedio el valle margoso, árido y desgarrado, cual si acabara de ser lavado por torrentes impetuosos que lo hubiesen roto en grietas, llevándose la vegetacion y el suelo cultivable. Hoy (continúa diciendo Ancízar), (2) arrimada á los cerros de Occidente, alza Tunja las torres de sus numerosos templos y los ennegrecidos tejados de sus casas.... Tunja es para el granadino un objeto de

(1) ¡Cosa rara! Pizarro sometió á los Incas con ciento sesenta y un hombres también!

(2) PEREGRINACIÓN DE ALPHA POR LAS PROVINCIAS DEL NORTE DE LA NUEVA GRANADA.

respeto, monumento de la conquista y sus consecuencias, que es la Edad Media de nuestro país y una especie de osario de las antiguas ideas de Castilla, esculpidas y conmemoradas en las lápidas y complicados blasones puestos sobre las portadas de las casas.... El aspecto material de la ciudad es silencioso y húmedo; las calles torcidas, mal empedradas y por lo general cubiertas con la pequeña yerba que anuncia falta de tráfico y movimiento."

Pero cuando Quesada y sus compañeros avistaron la capital de los Zaques, el rancherío era pajizo, aunque quizás más poblado que hoy día, que no cuenta seis mil habitantes; y es de notar que, así como se conservan los blasones y antiguas armas sobre las portadas de los solares españoles, entonces usaban los indígenas colgar sobre las puertas de sus habitaciones láminas de oro bruñido, que brillaban heridas por los últimos rayos del sol poniente, y "tocándose con el aire las unas á las otras, formaban la mejor música que hasta entonces había sonado á oídos españoles." (1)

V

Delante de semejante espectáculo no esperado ¡cuál no seria el gozo de los Conquistadores, que soñaron con tesoros más ricos que los de Pizarro! Pero si los Españoles se sorprendieron, no menos novedad fué para el Zaque la noticia de la llegada de los extranjeros. Deseoso de tener tiempo de poner en salvo su persona y sus haberes, el Rey mandó á encontrar á los invasores una tropa de ancianos respetables, los cuales debían detenerles ántes de entrar en la ciudad, suplicándoles en nombre del Soberano que aguardásen fuera hasta el día siguiente, para poderles recibir con mayor respeto y consideración.

¿Pero quién detiene el huracán? ¿quién pára el torrente desbordado? Aunque Quesada hubiera querido hacerlo,—que sin duda él estaba tan embriagado de alegría como los suyos,— no hubiera podido detener

(1) Zamora—Historia del Nuevo Reino—Página 97.

á los Españoles en su marcha hacia la ciudad que brillaba llena de oro. Sin contestar casi á los Delegados del Zaque, ni detenerse en las calles á ver las riquezas que colgaban sobre sus cabezas, los Españoles picaron sus caballos, y atropellando á los espantados indígenas que habían salido á ver aquellos seres sobrehumanos, llegaron hasta el palacio del Zaque; allí Quesada (con Antón de Olalla y doce compañeros más) se desmontó á las puertas de la real morada, y dejando sus caballos al cuidado de unos pocos, penetraron con la velocidad del asalto hasta el sitio en que estaba el Zaque rodeado de sus cortesanos. Era éste muy anciano, corpulento y de aspecto duro y féroz, pero tan lleno de dignidad, que no se movió ni hizo la menor señal de sorpresa. Tanto él como los que le rodeaban estaban vestidos con mantas de algodón y adornados con medias lunas de oro en la frente y en el pecho.

En prueba de amistad, Quesada quiso abrazar al Zaque; pero aquella acción causó tal indignación entre los indios, considerando que así se profanaba á su soberano, que levantaron una gritería ensordecedora, y Quesada se creyó perdido con todos sus compañeros si no obraba con audacia. Así, pues, hizo una señal á Antón de Olalla, que era fuerte y valiente á toda prueba, quien, comprendiendo los deseos de su General, se apoderó del anciano Zaque, y levantándole en sus brazos atravesó con él hasta donde les aguardaban sus compañeros, amenazando matar al cautivo si sus súbditos trataban de atacarles. Menos sanguinario que Pizarro cuando arrebató á Atahualpa de enmedio de su ejército, Quesada no permitió que se hiciese ninguna muerte. Fué tal el espanto que causó semejante acción á los diez mil tunjanos que el Zaque tenía bajo su autoridad, que nadie se movió ni trató de libertar al mísero anciano; cosa facilísima si no les tuviera hechizados un arrojo como aquél, tan repentino como nunca visto antes por ellos.

Los historiadores no se cansan de exagerar las riquezas que encontraron los Españoles en Tunja, en oro, esmeraldas, plata, fardos de finísimas mantas y otras curiosidades, que valían, según el cómputo que se hizo después, como medio millón de pesos. Empero

no lograron apoderarse de todas las riquezas del Zaque, pues se dijo que los cortesanos habían logrado salvar una parte de ellas (liadas en petacas de cuero de venado), que tiraron por encima del cercado de la mansión real y después recogieron y ocultaron en los vecinos cerros. El General mandó que tratasen al cautivo real con las mayores consideraciones, pero quiso exigirle un subido rescate á trueque de su libertad. El anciano se negó á que se cumpliese lo que pedía su cautivador, contestando:

"Lo prohibo! mi cuerpo está en vuestro poder, y hareis con él vuestro gusto; pero nadie manda en mi voluntad."

Esta noble respuesta impresionó al Conquistador, y al cabo de pocos días mandó que pusiesen en libertad al Zaque, sin exigirle nada en compensación. Pero lo que había sufrido el mísero anciano era demasiado para resistirlo; desmayaron sus fuerzas con las pesadumbres, y á poco tiempo murió lleno de aflicción y amargura.

Continuaron nuestros conquistadores visitando las comarcas circunvecinas en busca de oro, pero tuvieron la pena y el desengaño de ver arder en una noche el rico templo de Sugamuxi, ahora Sogamoso, (1) que era el sitio más sagrado que tenían los Chibchas. Unos cronistas aseguran que el templo fué reducido á

(1) Sogamoso está situada en una planicie muy fértil, con 16.° centígrados de calor. Se halla en el centro de un cantón de 124 leguas cuadradas, y sustenta más de cincuenta y cuatro mil habitantes agricultores y manufactureros. "Aún quedan indios puros en Sogamoso, pero es inútil preguntarles nada relativo á la conquista: la esclavitud les degradó hasta el punto de perder la memoria de sí mismos. Nadie supo indicarme con seguridad el lugar que ocupó el templo afamado. Por conjeturas creen algunos que sea un solar grande, notable por dos eminencias que hace la tierra en los extremos, del cual han solido sacar joyuelas y figuritas de oro. El solar es propiedad de una familia de indios á título de resguardo, y cuando lo visité (1851) se hallaba sembrado de cebada, cuyas espigas ofuscaban el miserable rancho en que se albergan los últimos Iracas envilecidos, ignorando que reposan quizás sobre las cenizas de sus sacerdotes, de sus legisladores y de sus antiguos dioses."

Manuel Ancízar—Véase PEREGRINACIÓN DE ALPHA—Página 285.

cenizas por el Pontífice que lo cuidaba, con el objeto de evitar que aquel santuario, donde guardaban los archivos y los tesoros más apreciados que poseían de sus antepasados, cayese en manos de los extranjeros. Otros dicen que el fuego nació de resultas de la codicia de dos soldados de Quesada, los cuales se apresuraron á penetrar en el templo con hachas encendidas y le pusieron inadvertidamente fuego. Estos dijeron haber visto vagar por enmédio de aquel templo (lleno de momias cubiertas de planchas de oro) á un sacerdote de barba blanca y de un aspecto que no parecía indígena. A lo cual es preciso añadir que, según las tradiciones de los Chibchas, el Bochica ó civilizador de estas regiones era un hombre diferente de los demás. ¿Serían acaso los sacerdotes encargados de cuidar el templo, descendientes de otra raza? Aquel incendio fué una gran desgracia para la historia etnográfica de la América del Sur, pues acaso se conservaba en los archivos chibchas el secreto de ese sér misterioso que pasó predicando, según todas las tradiciones, desde Méjico hasta el Perú, y que los antiguos cronistas creyeron sería un apóstol de Jesucristo.

Después de derrotar á los Caciques de Duitama y Tundama, – en una de cuyas refriegas Quesada corrió el riesgo de perder la vida, – volvió á Suesca, que entonces era una ciudad poblada, llamada *cola de guacamayo* en lengua indígena, sin duda por los variados colores que ostentaba el valle cuando estaba sembrado de distintas sementeras. Quesada fué después muy adicto á aquel valle, de temperamento frío (15° centígrados), pero muy sano, y mandó labrar en él una casa de campo. Allí el General dejó á su hermano Hernán gobernando el país conquistado, y él emprendió marcha hacia el Río-Grande (como llamaban los naturales el Magdalena), en donde le decían se criaba con abundancia el oro que tánto se codiciaba. Pero su viaje por Pasca y Fusagasugá fué tan desastroso, muriendo en él cinco Españoles (que valían por cinco mil en aquellas circunstancias), que resolvió regresar á las altas mesetas con el oro que pudieron obtener, antes de atravesar el río, y hacer el repartimiento de todo lo recogido hasta entonces de botín.

Empezaba el año de 1538, y no es raro que los

conquistadores, que habían sufrido penalidades indecibles durante cerca de dos años, desearan saber qué habían ganado en toda la expedición. Tocaron al real erario, por el derecho de quintos, cuarenta mil pesos de oro fino, quinientas sesenta y dos esmeraldas y algún oro de baja ley; quinientos veinte pesos á cada soldado de á pié, el doble á los de á caballo, el cuádruplo á los oficiales, siete porciones al General en Jefe, &c. Además, se dieron algunos premios á los que más se habían distinguido, y entre todos se hizo una contribución para fundar una capellanía de misas para pedir por las almas de los que habían muerto en la campaña; suma que se entregó al Padre Las Casas. Pero no hay duda que, tanto Quesada como sus compañeros, obtendrían mucho más oro del que aparece oficialmente; pues tal suma no parece que pudiera constituir una fortuna como la que todos ostentaron tener después, ni Quesada pudiera con tan modesto capital hacer los fuertes gastos que hizo, derrochando grandes caudales, durante los doce años de su posterior permanencia en Europa.

Se habían pasado los meses y completádose un año después de la llegada al Imperio Chibcha, y aún no habían podido saber los Españoles si el Zipa era su amigo ó su enemigo. Oculto él y desconfiado siempre, y sin certeza de su paradero en ningún tiempo, los Españoles no podían estar tranquilos hasta no hacer algún convenio, por fuerza ó voluntariamente. La conquista no podía considerarse como tál hasta no saberse con certeza cuáles eran las intenciones del Zipa. De continuo los conquistadores se veían atacados solapadamente por los indígenas, cuando iban en corto número por la Sabana y en sitios en que no podía obrar la caballería. Se decía que aquéstos eran emisarios del Zipa, y resultó ser cierto cuando pudieron apresar á varios de los agresores, uno de los cuales, puesto en tormento, confesó ser enviado por Thisquesusa. "¿En dónde se oculta el Zipa?" le preguntaron. Dijo que cerca de Facatativá, en donde se ocultaba porque uno de sus Xeques le había predicho que moriría á manos de los extranjeros. El Indio ofreció llevar á Quesada al campamento de Thisquesusa, y el General se puso en marcha con una corta tropa de soldados. Pero como

llegaron al campamento del mísero Zipa yá tarde de la noche, y los indios trataron de ponerse á la defensiva, sin que Thisquesusa pudiera huir á tiempo, á pesar de las órdenes de Quesada para que no le mataran un soldado español, llamado Alonso Domínguez Beltrán, que le vió pasar, le mató, sin conocerle, con el pasador de una ballesta. Los indígenas lograron escapar, llevándose el cadáver de su Soberano, y no fué sino días después cuando se supo lo que había sucedido.

Empero los indígenas trataban de seguir molestando á los Españoles acampados en su antigua capital, por lo cual Quesada trasladó el campamento á Bosa, en donde podía defenderse mejor. Estando en aquel lugar se le presentó el sucesor de Thisquesusa, llamado Sagipa ó Sacresasigua (por no haber aceptado el zipazgo el heredero más cercano, que era el cacique de Chía). Iba el nuevo Zipa á pedir auxilio á los Españoles contra los indios Panches, sus enemigos naturales, que eran, además, feroces caníbales. Aceptó gozozo el Jefe español aquella coyuntura para atacar á los Panches, ayudado por los Chibchas, lo cual llevó á cabo, y después de vencerles pidió como recompensa los tesoros del Zipa Thisquesusa. Sagipa aseguró que no los tenía en su poder; que Thisquesusa los había distribuído entre sus vasallos á la llegada de los Españoles. Naturalmente no le creyeron, y Quesada, solevantado por sus codiciosos compañeros, le hizo apresar y dar tormentos atroces para que confesara. Los aborígenes de América siempre han sido débiles para soportar fatigas y dolores excesivos, y el desgraciado Zipa murió en el tormento que le dieron. Tal vez los Españoles no intentaron causarle la muerte, pero no supieron graduar el tormento á la debilidad de las fuerzas del paciente, y éste pagó con la vida la crueldad de sus perseguidores.

Quesada, dice el Padre Zamora, asegura en sus Noticias historiales que el Zipa "perdió la vida con calenturas extraordinarias." "A esta tragedia,–añade Zamora,–se hallaba presente lo mejor de este Nuevo Reino; y espantados como moscas se quedaron los indios, con un pasmo, una tristeza tan grande, que hasta la muerte no se les quitó el luto ni el sentimiento á los que se ha-

ntes, y aquellos á quienes les llegaron las avieron siempre asombrados con el susto."

a de inhumanidad no podrá lavarse jamás: ión de Quesada sufrió mucho con la muerte y le impidió ganarse las recompensas que su á podía hacerle merecer.

ra hacer olvidar su desacertada acción, el General eunió á todos los Jefes de los indios comarcanos, y tratando de manifestárseles afable les aseguró que no tenían nada que temer de él; que siempre les trataría como á hombres independientes y no como á vasallos. Mas lo cierto es que, tan humillados quedaron los Chibchas, que no volvieron á nombrar Zipa propio, y desde entonces fueron sometidos á las leyes españolas, procurando dejar contentos á sus amos; pero no por amor, sino por miedo, pues hasta hoy día el indígena es malqueriente nato de la raza blanca, y siempre que puede hacer un mal á sus amos, ocultamente, se lo hace; jamás á cara descubierta. Dícese que este carácter del indio Chibcha proviene de su sometimiento y vasallaje á los Españoles; pero lo más probable es que tal sea su índole; y si eran falsos y alevosos con sus propios compatriotas antes de la conquista, ¿por qué ha de ser culpa de sus civilizadores que el mal carácter de la raza persista á través de los siglos?

VI

Una vez enteramente sometidos los pobladores de la sabana de Bogotá, Quesada resolvió fundar una ciudad en el sitio más propio para el caso, en un lugar de recreo del Zipa, á orillas de dos riachuelos caudalosos que bajaban de las montañas, las cuales resguardaban también el sitio de los vientos tan desagradables en el centro de la llanura. Llamábase el cercado del Zipa Teusaquillo, pero Quesada lo llamó *Santafé*, por su semejanza, según dicen, con la ciudad que fundaron los Reyes Católicos frente á Granada, cuando guerreaban con los Arabes. Mandó que edificaran en aquel sitio doce casas de paja (en conmemoracion de los doce Após-

toles), en torno de una iglesia también pajiza, y trasladóse á él el 6 de Agosto de 1538. Al llegar allí se desmontó el Adelantado del caballo en que iba, imitándole sus compañeros, y arrancando algunas hierbas tomó posesión de aquel lugar en nombre del emperador Carlos V. En seguida desnudó la espada y retó á singular combate á todo aquel que osara contradecirle. Un escribano tomó nota del hecho de la fundación, así como de que en adelante todo el territorio descubierto por Quesada se llamaría *Nuevo Reino de Granada.* Como complemento de la toma de posesión definitiva de todos aquellos territorios, el Padre Las Casas dijo su primera misa en el miserable rancho de paja que llamaban iglesia, el cual se hallaba en el mismo lugar en que después se edificó la Catedral, uno de los edificios más hermosos de la América del Sur.

La nueva población española no era, sin embargo, sino un campamento militar. A Quesada no convenía por entonces instituir gobierno civil, pues necesitaba que sus soldados viviesen sometidos á un régimen militar que les obligase á obedecer ciegamente á sus órdenes. (1) Algunos historiadores imputan á Quesada, por este motivo, un apetito desordenado de mando, de manera que excusaba toda crítica y no permitía ninguna censura á sus acciones. Pero, al contrario, ese acto prueba un gran fondo de juicio: era de absoluta necesidad que aquel puñado de hombres perdidos en el fondo de un continente y rodeados de innumerables enemigos, observasen una disciplina sumamente severa, sin lo cual no había salvación, pues el menor desorden, la menor sospecha de motín podía perderles irremediablemente. Igual motivo tuvo Quesada poco después para usar de una severidad que parecía inconcebible,

"(1) Es digno de notar cuán arraigados estaban los privilegios y fueros de las municipalidades entre los Castellanos en aquella época, pues los mismos hombres que se manifestaban obedientes y sumisos á todos los mandatos y aun á los caprichos de su Jefe, luégo que éste creaba de entre ellos mismos un corregimiento, se constituían en un cuerpo respetable que tenía sus acuerdos, formaba la unidad civil y comunal y resistía enérgicamente á cuanto no era legal y racional."

Acosta—DESCUBRIMIENTO Y COLONIZACIÓN.

con Lázaro Fonte, uno de los capitanes más valerosos del ejército, cuando le condenó á muerte, apenas supo que había contravenido á las órdenes de su General, con lo cual daba ejemplo para que los demás hiciesen otro tánto. Difícil fué hacerle desistir de su sentencia, y no accedió á conmutarla en destierro á Pasca, sino después de haber oido las súplicas de las personas más notables del Ejército, asegurando que si perdonaba aquella vez al delincuente, no lo volvería á hacer otra vez por ningún motivo. Y en esto tenía sobrada razón: un jefe militar severo es la salvaguardia de un ejército. Empero llama la atención que un letrado como Quesada tuviese todas las cualidades de un caudillo militar y tan desarrollado el dón del mando.

Es cierto que entre los conquistadores de aquel siglo muchos brillaron como excelentes generales, pues soldados tales como Pizarro, Almagro, Cortés, Belalcázar, Alvarado, Valdivia y otros llegaron á elevarse al primer puesto; pero éstos tenían yá conocimiento de la guerra y habían servido como oficiales subalternos. Obedeciendo se aprende á mandar. Pero Quesada por primera vez salía á la guerra, y de un salto supo todos los deberes de un jefe de expedición, mandando con un talento y una perspicacia rara aun entre los veteranos mismos. No sólo era respetado, sino querido de los suyos; porque, dice Piedrahita, (1) "el mismo respeto con que le miraban y el valor de su persona, había engendrado en todos amor y temor. Y aun fué en esto tan singular que, hallándose después libres de su mando y muchos de ellos autorizados con honras y cargos, le tenían la misma reverencia que acostumbraban tenerle siendo cabeza; correspondiendo él tan fino, que si por accidentes se le ofrecía á cualquier conquistador, algún negocio que le importase, salía él y le defendía como propio, de que dió bastantes experiencias en el tiempo de su vida."

Conquistadas todas las comarcas que había descubierto, y fundada una ciudad que debía ser el núcleo de la futura colonia, Quesada creyó llegado el momento de volver á Santa-Marta á dar cuenta de su impor-

(1) CONQUISTA DEL NUEVO REINO.--Parte I.--Lib. VI--Cap. II.

tantísimo descubrimiento. Preparaba su marcha con unos pocos compañeros, después de haber nombrado en su lugar á Hernán Pérez, su hermano, cuando le alarmó la noticia que le llevaron unos indígenas de que se adelantaba por el lado del Sur una tropa de europeos con gran séquito de caballos y de indios y cargando un lujoso equipaje. Decíase que los Españoles iban vestidos suntuosamente, siendo muchos los plumajes y telas recamadas de oro que brillaban á lo lejos por los ardientes caminos del valle de Neiva, por donde avanzaban apresuradamente. Quesada entonces detuvo su marcha y mandó á Hernán Pérez á que averiguase lo que aquello significaba.

Hernán Pérez se encontró con un Jefe español, compañero de Pizarro en la conquista del Perú, el cual había caminado desde Quito en busca de una rica nación de la cual tenía noticia que existía por aquellas tierras: llamábase Sebastián de Belalcázar, y con palabras corteses aseguró al hermano de Quesada que no iba con intención de turbar las glorias de otros conquistadores que habían llegado antes que él á aquel país, sino que pedía simplemente el permiso de atravesarlo.

Volvióse el mensajero prontamente á la recién fundada Santafé, á dar cuenta de su misión, y casi al mismo tiempo llegó al campamento español otra noticia alarmante, que enviaba Lázaro Fonte del lugar de su destierro, dos días distante de la sabana de Bogotá; y era que por aquel lado se acercaba también una expedición que llegaba por los Llanos desde Venezuela, al mando de un Jefe europeo. Hacía yá más de un año que Quesada estaba en pacífica posesión de su conquista y era dueño del Imperio Chibcha sometido al poder de su brazo; no era, pues, nada agradable que viniesen otros á disputarle la gloria que con tántos riesgos, tánta audacia y temeridad había cosechado. Apresuróse, en primer lugar, á tratar de ganarse la buena voluntad de los que al mando de un alemán, Nicolás de Federmann, se acercaban por el Sudeste, y celebró con él un convenio amistoso (antes de que éste supiese la llegada de Belalcázar, con quien hubiera podido concertarse), dándole diez mil pesos en oro y ofreciéndole que todos sus oficiales y sus soldados podían permanecer en el Nuevo Reino, si lo tenían á

bien, gozando de los mismos privilegios que los conquistadores pertenecientes á Santa-Marta. Concluído este tratado, Quesada, que era tan buen caudillo como hábil diplomático, entabló negociaciones con Belalcázar, el cual yá había subido á la Sabana y se hallaba acampado á la entrada de ésta.

"Mientras que iban y venían los clérigos y religiosos, dice Acosta, (1) á los diversos campamentos, tratando de impedir un rompimiento, presentaban estas tres partidas de Españoles, procedentes de puntos tan distantes y ocupando ahora los vértices de un triángulo de tres á cuatro leguas por lado, un espectáculo singular. Cada una se componía de ciento sesenta hombres, un clérigo y un fraile. Los del Perú venían vestidos de grana, sedas, morriones y plumas costosas; los de Santa-Marta, de mantas, lienzos y gorros fabricados por los Indios, y los de Venezuela, en guisa de prófugos de la isla de Robinson, cubrían sus carnes con pieles de osos, leopardos, tigres y venados."

Una vez que los tres Jefes lograron ponerse de acuerdo, se resolvió que todos juntos pasarían á España á pedir la recompensa que cada cual creía merecer por sus descubrimientos. Aumentada la colonia con tan poderoso refuerzo,—pues la mayor parte de los conquistadores de Federmann y Belalcázar se quedaron en Santafé,—Quesada creyó conveniente, antes de alejarse, dejar fundada la ciudad en toda forma. Nombró Gobernador interino á su hermano; eligió Alcaldes y un Ayuntamiento, Regidores y todo el tren de lo que entonces era indispensable para que se constituyese un Gobierno, amén de la *horca* y la *picota*; nombró como Cura al Capellán de la expedición de Federmann, el bachiller Juan Verdejo (famoso en la historia de la conquista, porque él trajo las gallinas al Nuevo Reino, con mil trabajos desde Venezuela, defendiéndolas de la rapacidad de los soldados de Federmann), é hizo los repartimientos de los solares de Santafé entre los conquistadores de los tres caudillos, con una justicia tál, que señaló los mejores á los caudillos más meritorios, sin favorecer á los suyos más que á los otros.

Entre tanto Quesada había mandado fabricar las

(1) COMPENDIO HISTÓRICO, antes citado.

embarcaciones necesarias para él y sus compañeros de viaje, en las orillas del río Magdalena más cercanas á Santafé, en un punto llamado Guataquí, en donde hoy día existe un pobre pueblo, poco mejor que en aquel tiempo. Concluídos los preparativos, Quesada dijo adiós á los que le habían acompañado hasta las orillas del Magdalena, y embarcándose con Belalcázar, Federmann, el padre Las Casas y varios Españoles más, con los indígenas suficientes para guiar las embarcaciones, se alejó de su conquista al promediar el mes de Mayo de 1539, tres años después de haber salido de Santa-Marta. Como nuestro Conquistador intentaba pedir para sí, con independencia de Santa-Marta, el gobierno de los países descubiertos por él, se dirigió hacia Cartagena, en donde había de aguardar un navío que le llevase á España.

En Cartagena (á donde llegaron al principiar el mes de Junio), la presencia de los tres caudillos de la conquista produjo la mayor sorpresa y admiración, tanto por los extraños vestidos de manta que usaban Quesada y los suyos, como por las ricas muestras de oro y de esmeraldas que llevaban. Desde el regreso del Licenciado Gallegos,– que se devolvió, como recordarán nuestros lectores, de la embocadura del rio Opón, con los enfermos, mientras que los otros se internaban en las montañas,– no habían vuelto á tener noticia ninguna en la Costa, de la Expedición, y la consideraban perdida. Mientras tánto había muerto el Adelantado don Pedro Fernández de Lugo, y gobernaba en su lugar Gerónimo Lebrón, el cual avisó á Quesada que tuviera entendido que las conquistas que había hecho en el interior pertenecían á la provincia de Santa-Marta, y le emplazó para que fuese á dar cuenta de ellas al Gobernador. Como Quesada se ocupaba en fundir el oro que llevaba (¡cuántas curiosidades no desaparecieron entonces, que hubieran arrojado mucha luz sobre el origen de la raza chibcha!), no quiso pasar á Santa-Marta, contestando que sus conquistas eran exclusivamente suyas. Lebrán entonces se preparó para pasar al Nuevo Reino de Granada, á pesar de las protestas que contra esta expedición hizo Gonzalo Jiménez desde Cartagena, antes de embarcarse para España, como lo hizo el 8 de Julio del mismo año.

VII

Nuestro Conquistador pensó que la noticia de sus nuevos y famosos descubrimientos produciría grande impresión en España, como había sucedido con las de Cortés y Pizarro en los años anteriores. Pero tuvo un triste desengaño á la llegada á su país natal. Las luchas entre Francisco I y Carlos V, que durante veinte años habían ocupado al mundo civilizado con su fragor, interesaban tan de cerca á los Españoles,—quienes veían en ellas empeñadas su fama y casi su existencia,—que si miraban con cierta curiosidad pasajera á cuantos llegaban del Nuevo Mundo, se cuidaban mucho más de atender al drama de capa y espada que representaban delante de ellos el Rey de Francia y el Emperador de Alemania y Rey de España. Después de tan largos años de guerra, cuando llegó Quesada á España Francisco y Carlos habían firmado hacía un año una tregua de diez, y en el mes de Julio del mismo tuvieron una entrevista en Aigues-Mortes, en la cual se habían jurado una eterna amistad, bajo ciertas condiciones, se entiende. Carlos V aceptó con gusto aquella paz, con el objeto de atender particularmente á la guerra que había declarado á los Príncipes alemanes, deseando sobreponerse á ellos para hacer triunfar la Religión católica en sus Estados.

Quesada, en lugar de presentarse en la corte del Emperador cuando estaban frescas las noticias de sus descubrimientos, se detuvo en Granada, al lado de su familia y amigos, exhibiéndose en su ciudad natal con suntuosidad y ganándose muchos envidiosos con las riquezas que ostentaba y el orgullo con que refería sus proezas. Al fin, cuando recordó que debía de ir personalmente á la corte del Emperador, otro le había ganado de mano y obtenido el título de Adelantado del Nuevo Reino de Granada, título que él consideraba yá como suyo. Don Pedro Fernández de Lugo (no lo habrán olvidado nuestros lectores) tenía un hijo, Luis, que se había alzado con todas las riquezas obtenidas en una campaña contra los Taironas de Santa-Marta, y con este botín había pasado á España. Por medio de

hábiles cohechos, don Luis no sólo había logrado que le pusiesen en libertad, sino que, con toda la destreza de un cortesano, se había hecho recibir en la Corte. Apenas supo la llegada de Quesada y las noticias que traía, se apresuró á hacerse nombrar en lugar del Conquistador, merced á la cédula que Carlos V había Concedido á don Pedro, en la cual se decía que á la muerte de éste la gobernación de la provincia de Santa-Marta debía tocar á su hijo. Entre el joven y galante cortesano, – casado con una gran dama de las principales familias de España, y protegido singularmente por el Secretario privado del Emperador, – y Jiménez de Quesada, letrado oscuro, educado en Granada, ciudad morisca, en donde naturalmente poco se conocerían los usos de las cortes de los reyes, no es raro que don Luis de Lugo saliera victorioso.

Sabedor Quesada de que don Luis había obtenido el título que él ambicionaba, quiso presentarse al Emperador á pedir justicia; pero lo hizo á destiempo: resultó que en la Corte sólo se ocupaban por entonces en dos acontecimientos que traían desasosegados todos los ánimos: desde el primero hasta el último cortesano, desde Carlos V hasta su más humilde súbdito, nadie pensaba sino en la inesperada muerte de la Emperatriz (que había sido querida por todos, hasta por su propio marido); y además, se acababa de recibir la infausta nueva de que los Estados Flamencos se sublevaban contra el Emperador. Los Ganteses rehusaban pagar los impuestos que él les había señalado para poder atender á los gastos de las guerras que se habían sostenido en los últimos años. El Emperador comprendió que sólo el prestigio de su presencia podía domar los ánimos levantados de sus súbditos flamencos y que tenía que ponerse en marcha para Flandes, á fin de impedir que la sublevación tomara consistencia. Pero ¿qué camino tomar? En la mar corría riesgo inminente de caer en manos del Rey de Inglaterra, con quien estaba en guerra, y si tomaba el camino de Italia, Suiza y Alemania, tardaría muchísimo tiempo y tendría que llevar consigo un ejército. Ocurrió entonces á Carlos V que la ruta más directa era á través de Francia, y sin atender á sus consejeros solicitó el permiso de pasar por el territorio de su enemigo nato, dejando

á Francisco I mudo de sorpresa con semejante manifestación de una confianza que todos calificaban de insensata. Pero el Emperador era un hombre muy perspicaz y conocía á fondo el carácter caballeroso de su rival, quien no sólo le daría paso franco por su reino, sino que lo haría con júbilo, pues así pensaría que Carlos V no se negaría más á cumplir con ciertos compromisos que aún no había logrado ejecutase. Jamás pensó Francisco I en cometer la villanía de cautivar á su antiguo enemigo mientras que le tuviera en su poder; semejante bajeza, dijo á uno de sus cortesanos que se la aconsejaba, no cabía en su corazón.

Hacíanse los preparativos para el viaje á Flandes, el cual traía preocupados y recelosos á todos los cortesanos, cuando Quesada obtuvo licencia para presentarse ante Carlos V, el cual había ofrecido distraer un momento su atención de los negocios imperiales para darle audiencia. Como dijimos arriba, el momento no podía ser peor escogido para pedir mercedes en una corte. ¿Quién se acordaba en aquel entonces del oscuro cuanto heroico aventurero que acababa de descubrir un país más grande y más rico que toda España? El oro que había introducido en las arcas reales de aquellas conquistas no alcanzaba á impedir la bancarota del Tesoro público agotado, ni nadie, y mucho menos el Emperador, tenía tiempo ni paciencia para escucharle el relato de sus aventuras. La curiosidad de los Españoles se había agotado con los descubrimientos portentosos de Colón, las hazañas de Cortés y las proezas de Pizarro; las aventuras de Quesada carecían de la novedad de las del Genovés, y no deslumbraban como las de los conquistadores de Méjico y el Perú.

Llegó al fin la hora señalada para la audiencia de Quesada. Los cortesanos, vestidos de rigurosísimo luto, rodeaban el estrado del Emperador, cuando el Secretario Cobos, manifestando la mayor indignación, se presentó á decir que el Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada aguardaba el beneplácito de Su Majestad, pero que había comparecido vestido de capa de grana y franjones de oro, en lugar de guardar el duelo de la Corte. Semejante falta de etiqueta dió por resultado que se le negase la entrada á la presencia de Carlos V, y la capa de grana de nuestro Conquistador espantó á los

cortesanos más que si se hubiese presentado cubierto con la sangre de sus hermanos. Según Rodríguez Fresle, (1) el Secretario Cobos, al verle desde las ventanas de palacio acercarse á la portada, había exclamado: "¿Qué loco es ese? Echen ese loco de esa plaza." Y por este motivo no había podido Quesada entrar á verse con el Emperador. Piedrahita dice que penetró hasta la cámara de Carlos V en Gante, á cuya ciudad le había seguido, pero que al besar la mano al Emperador, éste había notado el vestido de grana, y por esto vuélto le la espalda, rehusando atenderle, y no permitió que hiciesen caso de su petición.

Es cierto que su competidor, don Luis de Lugo, había engañado á su padre y robádose los caudales públicos; pero jamás hubiera cometido una falta de etiqueta tan enorme como presentarse con capa de grana cuando la Corte vestía luto.... Así, pues, el uno fué agraciado y el otro despedido con desdén. Además, Carlos V poco quería á los Españoles, ni ellos le tuvieron cariño, sino yá al fin de su reinado; pues como hijo de príncipe austriaco y educado en Flandes, hablaba mal el castellano, y con dificultad se enseñó á las costumbres españolas. Los favoritos del Emperador eran todos flamencos que vendían por dinero los empleos; y, sin duda, Quesada no tendría ocasión ni deseo de entablar intrigas en la Corte, para las cuales no tenía carácter ni amigos bien adecuados. Como español verdadero, no podía gustarle que Carlos V fuese *primero* Emperador de Alemania y *después* Rey de España; el orgullo nacional se sentía herido con aquello. Probablemente estando en Flandes no dejaría de recibir desaires de aquellos que rodeaban el trono, y por este motivo empeoró su causa, yendo á pasar una temporada en París, al lado de Francisco I. Amante como era del boato y de las diversiones, París le ofrecía ancho campo para gozar toda clase de entretenimientos, pues desde aquellos tiempos esa capital empezaba á ser el centro de la gente alegre del mundo entero. "Quesada se pasó á Francia, dice Piedrahita, despechado de sus malos sucesos, con el fin de ver sus grandezas, que fué añadir celos sobre los reparos que se habían

(1) CONQUSTA Y DESCUBRIMIENTO &c.

hecho de su imprudencia, porque el Consejo de Indias y los que gobernaban en España entonces, hicieron grandes diligencias para prenderle dentro de Francia, encareciendo que llevaba muchos tesoros, y había cometido mayores delitos, á que no ayudaba poco la emulación del Adelantado don Alonso Luis de Lugo, y los falsos rumores de otros envidiosos"; y "á la verdad (dice el cronista Herrera) que tenía el Consejo por cosa perjudicial ver aquel hombre tan señalado en Reinos extraños."

A pesar de los consejos de sus amigos, Quesada se estuvo mucho tiempo en la corte de Francisco I, que era la más alegre de Europa, y no hay duda que, por lo mismo que había sido desdeñado por Carlos V, fué acogido con benevolencia por su rival. Las justas, los torneos, las cortes de amor, los conciertos y saraos se sucedían sin cesar en aquella corte refinada y corrompida, y en ella gastó nuestro Descubridor gran parte del oro ofrendado por los indios Chibchas en sus santuarios.

París, en la primera mitad del siglo XVI, era una ciudad muy extraordinaria, que guardaba en su seno las costumbres más heterogéneas: uníanse en ella los usos feudales de la antigua Francia con las artes y el lujo del Renacimiento, importado de Italia y perfeccionado por el espíritu francés. Aun se veían los inmensos edificios monásticos de la Edad Media, los torreones almenados de las fortalezas, con que cada noble defendía su habitación, las calles estrechas y sombrías donde vivía la plebe, al lado de magníficos templos que ostentaban las riquezas acumuladas por muchos siglos de fidelidad á su religión; el exterior de los templos y los monumentos, de los palacios y las casas de los particulares, estaba engalanado con estatuas y relieves trabajados en madera primorosamente labrada; las tiendas de los judíos, — que eran entonces los comerciantes natos de todos los países, — estaban repletas de riquísimos damascos y sederías orientales, de telas de lino de Flandes, perfumes exquisitos, joyas de gran valor, bajillas de oro y plata llevadas de Italia y trabajadas por artistas como Benvenuto Cellini. Hombres y mujeres no salían sin guantes bordados primorosamente, dentro de los cua-

les solían ocultarse venenos misteriosos, costumbre que también había sido importada de Italia por Catalina de Médicis, esposa del heredero del trono.

En cada esquina, en cada encrucijada de aquella ciudad se veía un nicho dentro del cual alguna efigie de la Virgen ó de algún Santo recibía las ofrendas de las mujeres del pueblo, que le dejaban una luz ó un ramo de flores, y ante la cual se descubrían, al pasar, los cortesanos ricamente vestidos y caballeros en mulas y caballos enjaezados con boato. Sin cesar atravesaban las calles más frecuentádas, procesiones de peregrinos con los piés descalzos y ceñida la cintura con el cordón del fraile mendicante, y se cruzaban con hermosas damas, cubiertas las caras con antifaces y seguidas por lucidos séquitos de dueñas y de pajes, de gitanos de faz amarillenta y ojos de fuego que lás detenían á veces para decirlas la *buena ventura*; y se oían sin cesar músicas, cantos, gritos discordantes y el ruído de las espadas y el andar acompasado de las tropas del Rey....

En medio de aquellas escenas, en las que se veía la mano de la civilización, ¡ cuántas veces no recordaría Quesada los trabajos pasados en las selvas tropicales, las hambres, los tigres, las serpientes y las *guazabaras* de los Indios, y creería que todo lo que veía entonces no era sino las locas alucinaciones de un cerebro calenturiento!

VIII

Pero al fin le fué preciso moverse de París: se había vuelto á declarar la guerra nuevamente entre España y Francia, y era preciso salir de allí. Quesada pasó á Italia en 1542, y anduvo por muchos años visitando una gran parte de Europa, presenciando acontecimientos estupendos y extrañas anomalías, que sólo podían verse en aquel siglo. Por ejemplo, vió las armas del *muy cristiano* Rey Francisco I aliarse á los *mahometanos*, es decir, los lises de Francia "unirse á la media luna de Mahoma, para atacar una fortaleza en donde la *cruz* de Saboya estaba enarbolada." (1)

(1) Robertson.—Vida de Carlos V.

Si lamentó, sin duda, como todo buen católico, el asombroso cuerpo que tomaba en Alemania, Holanda é Inglaterra la herejía protestante, también vió aparecer sobre el horizonte la Compañía de Jesús, suscitada por su Jefe para hacer frente á los sectarios de Lutero. Aunque no lo dicen los cronistas, nada tiene de extraño que Quesada en sus peregrinaciones por Europa hubiera asistido á la apertura del Concilio de Trento, en 1546, en el cual los católicos tenían puestas sus esperanzas para lograr la paz de la Iglesia. Quesada presenció las hazañas más asombrosas del reinado de Cárlos V, con las cuales el Emperador ganó la fama de ser el primer guerrero y el primer diplomático de su siglo; pero yá no estaba en Europa nuestro Conquistador cuando palideció la estrella de aquel monarca, y anciano y gastado antes de tiempo, le abandonó la fortuna, la cual, según decía él mismo, "como es mujer, se sonríe con los jóvenes, pero desdeña las canas."

Yendo así de país en país, sólo con el objeto de buscar diversiones y ocasión de gastar su oro, al fin Quesada dió en asociarse con malas compañías y visitar lugares impropios de un caballero respetable. Sucedióle una vez que, estando en Lisboa, hubo una querella en una fonda mal afamada; acudió la policía y sólo halló en ella (por haber huído los delincuentes, sin duda) á Quesada. Aunque su aspecto no era de hombre vago y estaba ricamente ataviado, como le hallaron en un lugar que sólo frecuentaban aventureros de mala ley, le metieron en la cárcel, y no salió de ella sino después de haberse hecho conocer. Cuando salía de la prisión, sin duda avergonzado de semejante lance, la mujer del Alcaide le pidió una gratificación: Quesada, con su acostumbrada ostentación, sacó su bolsa, que contenía cien ducados de plata, y se la regaló. La mujer quedó tan contenta, cuanto sorprendida con semejante liberalidad, y juró abandonar el triste oficio que ejercía, y no volver á ser carcelera de otro, en memoria de la generosidad del Conquistador.

Cuentan los cronistas que otro día, jugando á los naipes con Hernando Pizarro y otros, Quesada perdía sin cesar y el hermano del Conquistador del Perú ganaba, á tiempo que pasaba una criada de la fonda y pidió

una gratificación á los gananciosos. Pizarro le tiró una corona de oro de barato y los otros le imitaron. Entonces Quesada, tomando con ambas manos un puñado de coronas de oro, se las arrojó en el regazo á la sirvienta diciendo: "No he ganado mano como estos generosos caballeros; pero ahora hago de cuenta que la gano para imitar su bizarría!" Con semejantes desperdicios y prodigalidades no era posible que durara su fortuna, y aunque hubiese sido más millonario que Creso, en breve hubiera visto el fondo de su bolsa.

Hacía más de diez años que llevaba Quesada una vida borrascosa y aventurera, cuando resolvió regresar á su patria con el objeto de volverse á presentar en la corte del Emperador, á pedir de nuevo la gobernación del país que había conquistado. Pero si la fortuna no le había favorecido cuando estaba rico y tenía aún el brillo de sus triunfos, ¿qué podía esperar cuando se presentaba pobre y con menos amigos que nunca, puesto que una generosidad como la suya produce más bien enemistades que estimación?

Hacía yá cuatro años que su competidor había regresado del Nuevo Reino, y aunque don Luis de Lugo había cometido muchas injusticias en su gobernación, como era de esperarse de un carácter como el suyo, no por eso tenía perdido el favor en la Corte, aunque sí el derecho de continuar gobernando el Nuevo Reino de Granada. Aquel país había pasado de mano en mano, sin un gobierno formal, y siempre esquilmado por cuantos visitadores, jueces y adelantados habían tratado de gobernarlo. Quesada creyó, pues, que aquella vez sería oída su voz y que no tendría dificultad para obtener lo que pedía.

El Emperador estaba ausente de España y Quesada presentó su petición al Consejo de Indias. Contestáronle que habían examinado sus méritos y los derechos que tenía para que se le concediese la gobernación del país que él había conquistado; pero que, á pesar de todos sus merecimientos, había un inconveniente insuperable que le incapacitaba para siempre, y era la injusta muerte que él y los suyos habían dado al desgraciado Zipa de Bogotá, "delito de grande escándalo para el Consejo," dice Piedrahita. Así pues, Quesada, abochornado y penado, en lugar de

obtener recompensa tuvo que oír una sentencia de destierro por cinco años de todas las Indias, y suspensión de los cargos de Juez y Capitán por un año, junto con una multa de mil ducados. (1)

No se puede decir, pues, que el Gobierno español dejaba de castigar á los que trataban con crueldad á los indígenas, y si éstos fueron desgraciados, no fué culpa de España, sino de las injusticias de los particulares. Muy de otro modo se han manejado los gobiernos *humanitarios* de este siglo, y en prueba de ello podemos recordar las desdichas de los Arabes bajo los Franceses, de los Indianos bajo Inglaterra, y de los aborígenes de la América del Norte, regidos por la República de los Estados Unidos! El historiador tiene que ser imparcial, y nuestros lamentos sobre las tres centurias de esclavitud, que se usa echar en cara á España, cuando nos congratulamos por nuestra independencia de la madre patria, no siempre son sinceros; frecuentemente obramos con injusticia, al menos respecto á los Españoles que no pasaban á América.

Desanimado Quesada con tántos contratiempos y humillaciones, y viéndose arruinado, resolvió agachar la cerviz y pedir simplemente una gratificación por los servicios hechos á la corona de España, "descubriendo, dijo, y conquistando un Reino tan poderoso, que si no igualaba á los del Perú y Nueva España, merecía el tercer lugar entre los descubiertos en el Nuevo Mundo." Añadía que, puesto que Fernando Cortés, que conquistó á Méjico, había obtenido el título de Marqués del Valle, veintitres mil vasallos, con jurisdicción civil y criminal y más de sesenta mil ducados de renta, y que á Francisco Pizarro se le había recompensado igualmente, pedía que le hicieran una merced proporcionada á las grandes fatigas y riesgos que había corrido, y al valor del país que había conquistado para España.

Después de muchas dilaciones, al fin resolvió el Consejo de Indias recompensar al Conquistador del Nuevo Reino de Granada con palabras ostentosas más bien que con mercedes tangibles. Diéronle el título de

(1) **En atención á sus grandes servicios se le perdonaron cuatro años de destierro.**

Mariscal del Nuevo Reino, con facultad para levantar una fortaleza donde mejor le conviniera en el país conquistado por él, de la cual sería Alcaide perpetuo "con renta, privilegio para elegir armas fuera de las que él tenía, el mando de un regimiento en la ciudad de Santafé, dos mil ducados de renta en las arcas reales del Nuevo Reino, y tres mil ducados más en siete pueblos de Indios."

Empezaba yá el año de 1550 cuando Quesada obtuvo, al fin, licencia para volver al Nuevo Mundo; pero tocó á la sazón con un inconveniente gravísimo: no tenía un maravedí propio para emprender el viaje. Acordóse entonces del padre Las Casas, su antiguo Capellán en la expedición de la conquista, y pasó á Sevilla, en donde vivía, á quien, dice Zamora, le pidió el oro que el dominicano guardaba aún para fundar una capellanía para hacer bien por el alma de los que habían muerto durante la conquista, antes de llegar á la sabana de Bogotá.

Aquel dinero, como recordarán nuestros lectores, importaba 1,600 pesos de oro, los cuales recibió Quesada, ofreciendo, sin duda, devolverlos en la capellanía que debía instituir en el Nuevo Reino. Pero olvidó completamente su propósito; dejó que calumniaran al Capellán, á quien hacían el cargo de haberse guardado el oro, y no fué sino al hacer su testamento y para descargar su conciencia, cuando refirió lo que había sucedido con el dominicano, mandando que de los bienes que dejara se instituyera una capellanía para que se dijesen misas con el sagrado objeto que habían deseado los Conquistadores cuando dieron el dinero. Todos estos pormenores, que parecen insignificantes y fuera de propósito, pintan, sin embargo, la época y las costumbres del siglo, y por eso no excusamos referirlos.

IX

Gonzalo Jiménez de Quesada regresó al Nuevo Reino en los últimos días del año de 1550. Durante su larga ausencia, la obra de la colonización había adelantado mucho, á pesar de los malos gobernantes que tuvo la colonia. Cuatro mandatarios visitadores y jue-

ces la habían gobernado, quedando todos más ó menos desacreditados por su manejo. Desde el 7 de Abril del mismo año se había establecido en Santafé la Real Audiencia. (1) Se habían fundado varias ciudades, villas y aldeas importantes en el territorio conquistado; á cargo de los religiosos franciscanos y domicanos estaba la conversión de los indígenas; se adelantaba mucho en la via de una civilización pacífica y benéfica en todos aquellos territorios; Santafé tenía yá Arzobispo, en fray Juan de los Barrios, según la bula expedida por Su Santidad Pio IV; algunos edificios importantes se levantaban en Santafé, y había camino directo y por vías transitables de aquella ciudad al Magdalena, y navegación fácil y frecuente por el río.

El anuncio de la llegada del Conquistador á Santafé produjo grande alegría en todo el Reino, y saliéronle á encontrar las personas más notables de la capital (á donde llegó en los primeros meses de 1551), llevándole á la mejor posada que pudieron preparar para él. Después de los requisitos del caso, fué reconocido solemnemente como Mariscal del Nuevo Reino y Adelantado de las tierras que conquistase; diéronle en propiedad las tierras ocupadas por los Indios de Chita, La Sal, Támara, Pauto, Aricáparo y Honda, terrenos muy poblados, y de los cuales sería fácil sacar la renta concedida por el Gobierno español.

A poco de haber regresado Quesada á Santafé, llegó también el Visitador Juan de Montaño, y empezó á residenciar á los anteriores gobernadores, persiguiendo con ferocidad á cuantas personas de alguna importancia hallaba en su camino; y si los anteriores mandatarios no habían sido buenos, este hombre resultó

(1) El establecimiento de la Audiencia tenía altísima significación en el territorio conquistado. Sin más leyes hasta entonces que la voluntad de los mandatarios, que *obedecían pero no cumplían* las de la Corte; sometidos los naturales al capricho y á la rapacidad de los encomenderos; las nuevas autoridades, al mismo tiempo que los Jueces para todos, debían de ser protectores para los indígenas. La fundación de la Audiencia es, pues, el primer paso dado en el gobierno civil del país, y, á nuestro juicio, señala el punto en donde acaba la época de la conquista y empieza la de la colonia.

J. M. Quijano Otero.—HISTORIA PATRIA.

ser una fiera: codicioso hasta la demencia, cruel como un tigre, é implacable, como ninguno, antes ni después de él, se manejase durante toda la dominación española en el país de los Chibchas. A pesar de todo, no se atrevió á estrellarse con Quesada, pues además de ser éste el hombre más respetado y querido de la colonia, tenía mucho trato de mundo, era letrado muy versado en las leyes que regían el país y había conservado amigos en España con quienes tenía frecuente comunicación. No convenía, pues, al Visitador enemistarse con persona de tánta influencia, y trataba de tenerle contento personalmente. Llegaban, sin embargo, á veces á tánto los abusos de Montaño con los desgraciados colonos, que en varias ocasiones estuvo Quesada á punto de estallar de indignación; pero se reportaba y procuraba encubrir su cólera cuando pensaba que al enemistarse por completo con el Visitador, los míseros perseguidos perderían su último protector y el único que lograba suavizar sus desgracias. Se comprende que, si sufrían los Españoles, mucho peor sería la suerte de los indígenas; y no bastaban las súplicas y amenazas del Arzobispo Barrios para impedir que los encomenderos acabaran de arruinarles por completo. Muchos de los notables del lugar quisieron entonces formar una conspiración para apresar al Visitador, y levantando un sumario, firmado por la mayor parte de los habitantes de Santafé, enviar con escolta al cruel tirano á la Costa para que de allí lo remitiesen á España. Pero Quesada les disuadió, é impidió que diesen ese paso falso. El había estudiado mucho, dijo, el carácter de la Corte de España, sabía que lo que menos se toleraba era cualquiera señal de desobediencia al Rey y á sus enviados, y había visto castigar de una manera severísima cuantos hechos tomaban ese giro. Una imprudencia podía agravar la situación en lugar de mejorarla.

"Verdad es (decía) que el Reino se halla en todo el aprieto que se representa; pero también lo es que, en obediencia al Rey, primero debemos poner al cuchillo las cabezas que á la resistencia la mano. Aun no se retarda el remedio, pués todavía vivimos esperando que llegue; y cuando hasta la esperanza nos falte, ¿qué vida más gloriosa que sacrificada en aras de la obediencia? ¿Qué muerte tan infame como la redimida al precio de

deslealtades?" "Habeis de saber, proseguía diciendo, que los príncipes gustan de que sus comisiones sean como los ríos, que saliendo del mar de su grandeza corran sin embarazo hasta volver al centro de donde salieron; porque no hay razón para que las sinrazones de un juez comisario den razón contra la ley natural....Por último, aunque Montaño cortase todas las cabezas del Reino, y la primera la mía, y á vueltas de tántas infelicidades se perdiese todo, jamás asentiría á que juez superior se prendiese sin orden expresa del Rey, ó de persona á quien diese facultad para ello." (1)

No se puede negar que Gonzalo Jiménez de Quesada encarnaba el tipo más completo del caballero español de su siglo. ¿Y qué recompensa recibió por aquella lealtad? Una que él consideró muy grande y suficiente retribución, pero que hoy día miraríamos casi como una burla, ó al menos como una niñería insignificante: "recibió licencia para que pudiese anteponer á su nombre el título de Don!" Merced de grandísimo aprecio hasta aquellos tiempos, porque "en el decreto de tres letras se declaraba la suma de muchos servicios (dice Piedrahita), como se vió en la primera que se le hizo á Fernando Cortés después de sujetar un imperio."

Con motivo de todas estas cosas crecían la influencia y el prestigio de Quesada en el Nuevo Reino. Así, temeroso Montaño de que al fin sus propios desafueros hiciesen perder la paciencia á Quesada y consintiese en la conspiración, resolvió enviarle á Cartagena como Visitador, á residenciar al Gobernador de esa provincia, entonces el Fiscal Maldonado, quien había quedado con aquel cargo por ausencia y después por muerte de Heredia.

Corría el año de 1556 cuando nuestro Conquistador bajó á Cartagena; allí, según parece, el clima le hizo mucho daño y empezó, sin duda, á sentir los primeros síntomas del terrible mal que le acompañó hasta la muerte. Además del calor del clima, que le hacía sufrir mucho, estaba muy afligido porque á poco de haber llegado á Cartagena recibió cartas sobre cartas

(1) Citado por Piedrahíta y, según se colige, tomado de las NOTICIAS HISTORIALES de Quesada.

de Santafé, en las cuales le referían que cada día aumentaban las tropelías de Montaño, y que los vecinos necesitaban la presencia de su protector para que les escuchara.

Pero Quesada aguardaba la contestación de las quejas que se habían enviado á la Corte contra Montaño, y no quiso moverse de aquella ciudad hasta no poder llevar el remedio á los males que se sufrían en el Nuevo Reino. Así fué que, apenas tuvo en su poder un pliego del Gobierno español, en el que se daban instrucciones reservadas á un oidor Grajeda para que apresase á Montaño, ó que en su lugar lo hiciese el Oidor López, Quesada, en unión del Licenciado Tomás López, tomó otra vez el camino de Santafé, muy contento con la buena nueva que llevaba: es decir, licencia del Gobierno español para poner coto á las injusticias de Montaño.

Pero Montaño tenía en su mano la guarnición y la fuerza de la colonia; así fué que hubieron de aguardar algunos meses más para que tuviesen tiempo Quesada y el Oidor López de prepararlo todo para dar un golpe repentino; cautivar á Montaño y hacerse dueños de la plaza, sin que él lo sospechase ni se pudiera poner en salvo. Al fin lograron su intento: encontráronle un día descuidado, le asaltaron en su casa y le llevaron á la cárcel con cuatro hermanos que tenía y que le habían ayudado en sus tropelías y desafueros durante los siete años de su desastroso gobierno. Tocó á Montaño estrenar una cadena que tenía labrada para poner en prisiones á los mismos que le cautivaron. Remitido á España, fué juzgada su causa por el Consejo de Indias, y encontrándosele reo de muchos delitos le sentenciaron á perder la vida, degollado en la plaza de Valladolid, lugar de su nacimiento, en donde fué ejecutado públicamente á mediados del año de 1561.

X

Aquella década del siglo XVI fué la de los tiranos y hombres sanguinarios: Montaño en Santafé, Gonzalo de Hoyón en Popayán y Lope de Aguirre en Vene-

zuela han dejado páginas sangrientas en la historia de América de aquel tiempo.

Apenas respiraban en Santafé y empezaban los colonos á tranquilizarse, cuando, á mediados de 1561, se tuvo noticia de que les amenazaba un tirano mucho peor que Montaño: Lope de Aguirre. Era éste un soldado sanguinario y atroz que había guerreado en el Perú, y, yendo en una expedición por el Amazonas con Pedro de Ursúa, asesinó á este joven é interesante conquistador. Alzándose con el mando de la expedición, continuó Aguirre por el Amazonas abajo, cometiendo los más atroces asesinatos, tanto en la vía como después en la isla de la Margarita y en varias ciudades de Venezuela, hasta que fué muerto por sus propios compañeros en el Tocuyo, cuando dirigía su marcha al Nuevo Reino. Pero antes de saberse el fin de la tragedia, alarmóse la Audiencia que gobernaba por entonces el Nuevo Reino: empezaron á ponerse á la defensiva todas las ciudades, nombróse Jefe de la defensa del territorio neo-granadino á Gonzalo Jiménez de Quesada, y la infausta noticia produjo un pánico tál en Santafé, que no se hablaba de otra cosa en calles y plazas. Todos daban su opinión acerca de lo que se debía hacer para defender el Reino, y llegó á tal grado la calentura en que estaban, que cada día había disputas, disgustos y hasta desafíos en favor y en contra de los proyectos que cada cual presentaba.

Quesada entonces quiso calmar los ánimos de los santafereños, mediante un bando, por el cual suplicaba que se tranquilizasen y no tuviesen ningún cuidado; que el enemigo estaba lejos todavía, y que con tiempo pondría remedio al mal. Pero nadie hizo caso, y continuaban las disputas y los afanes. Viendo esto Quesada, cortó el mal bruscamente, haciendo publicar un decreto por el cual imponía pena de muerte á todo el que hablase del tirano Aguirre, y jurando por su honor que se tendría cuidado especial de que no llegase á Santafé. Este decreto hizo entrar en juicio á los espíritus alborotados, pues bien conocían todos al Mariscal Quesada, el cual rara vez amenazaba; bien que, cuando salía de sus casillas y se enojaba, nadie le hacía cambiar de propósito. En lugar de hablar pusiéronse entonces todos los hombres de armas á hacer los preparativos de

marcha para salir en busca de Aguirre; pero con tánto boato y tántas galas, que cada oficial hubiera gastado en la expedición cuanto poseía, si no llegara á tiempo la noticia de que el tirano había muerto y quedaban apresados casi todos los bandidos que le acompañaban.

En estos y otros asuntos de mayor ó menor importancia se habían pasado los años, cuando llegó á Santafé, el 12 de Febrero de 1564, el primer Presidente que envió España al Nuevo Reino: era el doctor don Andrés Díez Venero de Leiva, el cual tenía también título de Capitán General del Nuevo Reino, con la administración del Real Patronato y regalías de virey. Leiva no solamente pertenecía á una familia de las más nobles de España, sino que, por sus talentos, humanidad y educación, se puede decir que fué tal vez el gobernante más acertado que jamás nombró España para esta colonia. "De caráoter enérgico y benévolo al mismo tiempo; letrado de fama (dice José María Vergara y V.), fué el creador de nuestro gobierno, que estuvo en perenne anarquía hasta que él llegó. Sus obras principales fueron las siguientes: alivió á la raza indígena, la redujo á poblaciones, é hizo construir cuatrocientas iglesias y otras tántas cárceles en todo el territorio; señaló tierra á los indígenas con el nombre de Resguardos, y expidió ordenanzas para mejorar su condición en los ramos civil y eclesiástico; ordenó que se hiciese uso de caballerías para transporte de cargas, y prohibió bajo penas severas que se hiciera cargar á los Indios; nombró intérpretes de la lengua chibcha, y designó á un Oidor de Protector de los derechos de los Indios; estableció escuelas para enseñarles religión, el castellano, la lectura y escritura, y reglamentó las misiones."

Hemos querido citar esta página entera para demostrar una vez más que cuando el Gobierno español llegaba á ser bueno en estas colonias, era inmejorable, y que hoy día, con nuestra decantada civilización, no podríamos hacer más en favor de la raza conquistada. Al contrario, hacemos menos, puesto que los indígenas que antes tenían su tierra propia, yá no la tienen y andan pidiendo limosna por campos y aldeas. En los caminos reales les vemos cargando fardos enormes, y

desde que se acabaron los misioneros en el país, la lengua chibcha se ha perdido por completo, y no queda memoria de ella sino en los documentos que nos legaron los Españoles. "Se debe dar al César lo que es del César," y no nos es lícito olvidar los beneficios del Gobierno colonial, para encomiar solamente lo que se ha hecho después de la Independencia, que, sin duda, es bueno en mucha parte, pero insuficiente y defectuoso.

Mas volvamos al Mariscal Quesada. Éste,—que, como hemos dicho, era querido y respetado por toda la colonia, y sólo á él pedían consejo los Oidores y mandatarios, como que poco se llevaba á cabo contra su gusto,—vió con desagrado la venida al Reino conquistado por él de un hombre de las facultades intelectuales y morales del Presidente Leiva. Bajo el brillo con que aparecía el recién venido, vió menguar su senil influencia, y comprendió que yá no era su voz la que se escuchaba en el Gobierno, y que su tiempo había pasado. Empero, tuvo buen cuidado de ocultar los sentimientos que laceraban su corazón, y al contrario, nunca quiso asociarse á las críticas que hacían á Venero de Leiva los descontentos encomenderos, á quienes el Gobierno privaba de la soberanía que habían ejercido sobre los Indios que tenían á su cargo. Y no sólo no criticaba Quesada las nuevas leyes, sino que aparentemente tomaba la parte del Gobierno contra los exaltados Españoles que no querían ver menguar su poderío en la colonia. No podemos menos que trascribir aquí una página del *Carnero*, porque muestra á lo vivo las costumbres de aquel tiempo en Santafé y la atmósfera que respiraba el héroe de esta biografía:

"En esta sazón se pregonó aquel auto acerca del servicio personal de estos naturales, sobre que no les cargasen, agraviasen y maltratasen; cerró el auto diciendo que lo cumpliesen, "so pena de doscientos azotes."

"Halláronse muchos Capitanes conquistadores en la esquina de la Calle Real cuando se dió el pregón. El que primero habló fué el Capitán Zorro, echando el canto de la capa sobre el hombro izquierdo y diciendo:

—"Voto á Dios! señores Capitanes, que estamos

todos azotados! ¿Pues este bellaco ladrón ganó por ventura la tierra? Síganme, caballeros, que le he de hacer pedazos!

"Partieron todos en tropa hacía las casas reales, terciadas las capas y empuñadas las espadas, diciendo palabras injuriosas.

"Estaba el Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada debajo de los portales de la plaza, hablando con el Capitán Alonso de Olalla (el cojo), y aunque había oído la voz del pregón, no sabía la sustancia. Mas de ver á los Capitanes alborotados, hablando en altas voces, de los delanteros se informó del caso dejó al Capitán Olalla que se juntara con los demás, y él con la mayor presteza que pudo subió á la sala de Acuerdo, en donde halló al Oidor Melchor Pérez de Artiaga, á quien se atribuía el auto, porque el Presidente Venero de Leiva estaba ausente de la capital. Hallóle el Adelantado con una partesana en las manos, y dióle voces diciendo:

"—A la vara del Rey! á la vara del Rey! que no es tiempo de partesanas!

"Entre tanto la Presidenta, doña María Dondegardo, que había acudido á la sala á reparar con su presencia parte del daño, puso al Oidor la vara en las manos. Pero yá los Capitanes acudían á la ventana del Acuerdo, con las espadas desnudas, las puntas en alto, diciendo en altas voces:

"—¡Echadnos acá ese ladrón! echadnos acá ese bellaco! y otras palabras injuriosas.

"Otros Capitanes subieron á la sala del Acuerdo, en donde hallaron á la puerta de él al Adelantado Jiménez de Quesada, el cual les respondió y requirió de parte del Rey nuestro señor no pasasen de allí hasta que se enterasen de la verdad. Los Capitanes repitieron con mucha cólera la pena del auto. Respondió el Oidor en alta voz:

"—Yo no he mandado tál!

"Esto sosegó inmédiatamente á los Conquistadores, y la señora Presidenta salió y les llamó pidiéndoles la acompañaran hasta su cuarto. Dieron aviso á los que esperaban á la ventana, de lo que pasaba, con que se desviaron de ella.

"Averiguando las palabras del pregón acerca de

la pena de azotes, que era lo que más dolía á los Capitanes, echóse la culpa al Secretario de la Audiencia, el Secretario al escribiente, y éste á la pluma; con lo que se sosegó este alboroto." (1)

Para huir, de un lado, de los disgustos que le ocasionaban sus compañeros de armas, y de otro eludir la obediencia á los mandatos del Presidente Leiva, Quesada arregló definitivamente un viaje que tenía dispuesto hacía algunos años para ir al descubrimiento y conquista del Dorado. En la capitulación que había hecho con la Corte le habían ofrecido, si hacía el descubrimiento, que le darían el título de Marqués, que tendría como suyo el gobierno de las tierras que descubriese, y otras mercedes que le halagaban.

XI

Quesada contaba más de setenta años cuando, al promediar el de 1569, salió de Santafé á la cabeza de su expedición, y aún no había perdido el vigor de la juventud, aunque, sin duda, ya había hecho en él algún progreso el mal de lepra que le llevó á la tumba diez años después. Según lo que se había comprometido á hacer, llevaba cuatrocientos hombres de guerra y ocho sacerdotes, y, aunque tenía prohibición, bajo pena de muerte, de llevar indígenas para servirle, sacó mil quinientos Chibchas de la Sabana, de los cuales sólo sobrevivieron tres mujeres y un varón. ¡Así era como los Conquistadores obedecían las leyes, una vez que no estaban bajo la inmediata vigilancia del Gobierno!

Aunque llevaba la Expedición ganado y cerdos y abundantes provisiones, no bien hubo llegado á los Llanos cuando empezó á sufrir hambres, enfermedades y las mil penalidades consiguientes al clima húmedo y ardiente de la comarca por donde los expedicionarios transitaban. Como nada encontraban de provecho por aquellos desiertos, en donde empezaron á morir los míseros Chibchas de las tierras frías, y á enfermar y morir también los blancos, cundió entre los soldados

(1) Véase la CONQUISTA Y DESCUBRIMIENTO, &c., por J. Rodríguez Fresle.—Pág. 71.

una fiebre de deserción, que en breve hubiera dejado solo á Quesada con los Oficiales, si no atajara el mal mandando ahorcar á dos desertores. Sosegáronse los demás por algunos días, pero volvió á sentirse entre todos la necesidad de abandonar una jornada tan estéril, y quisieron devolverse en masa. Entonces el Adelantado concedió licencia á los enfermos é inútiles para que regresasen; pero estaban yá tan lejos, que gastaron seis meses en encontrar, de vuelta, la primera población habitada por Españoles.

Entre tanto Quesada continuaba su marcha con una constancia heroica, casi brutal y digna, por cierto, de mejor éxito. Hacía año y medio que vagaba por aquellas tierras enemigas del hombre civilizado, y "el oro, las perlas, las innumerables poblaciones, los campos amenos y cultivados que debían rodear el asiento del Dorado se habían convertido en pajonales que hacían horizonte, ó en selvas espesas pobladas de enormes serpientes, tigres, jaguares y otros animales carniceros. Soledad y silencio, hambres y enfermedades, hé aquí lo que se veía por donde quiera. De nada le había servido al Adelantado apartarse de la ruta que su hermano Hernán Pérez de Quesada había seguido en pos del Dorado, diez y ocho años antes, por el pie de la cordillera. Engolfado en los Llanos, su suerte era todavía más triste: encontraba menores y más raras tribus, ríos más grandes y más difíciles de vadear, y sin recurso contra las inundaciones periódicas de aquellas regiones, que hasta hoy día permanecen desiertas, aunque dotadas por la Naturaleza del suelo más feraz y opulento." (1)

Al fin llegó con cuarenta y cinco hombres á las márgenes del río Guaviare, cerca de su confluencia con el Orinoco, y allí enfermaron veinte de ellos, y les mandó devolver. Quedóse, pues, con veinticinco hombres, después de dos años de viaje!...... Quiso, sin embargo, continuar su marcha, pues aquel hombre era un verdadero héroe; pero la Naturaleza le rechazó de una manera tál, que vió la imposibilidad de continuar su marcha: una selva espesa le detuvo, al través de la cual no se podía transitar: "gruesas, multiplicadas y

(1) Acosta—Obra citada—Página 347.

entretejidas *lianas* ligan unos con otros los gigantescos árboles de aquellas selvas vírgenes, oponiendo al transeunte una red impenetrable; á tal punto que el salvaje mismo no se atreve á emboscarse en la peligrosa espesura, reduciéndose á orillar la selva y á recorrer las sabanas que la rodean, ó los caños y ríos, cuya navegación dificultan frecuentemente los viejos árboles que han caído en los cauces." (1)

Vencido y desanimado, desesperado y humillado, Quesada tuvo que inclinarse ante lo imposible, y su porfiada lucha contra la Naturaleza hubo de tener un fin. Dió la orden de contramarchar, y recogiendo en la vía á los pocos que habían quedado, regresó á Santafé, llegando á aquella ciudad á los tres años de haberla dejado, avergonzado con su mala fortuna, profundamente afligido de las muertes de tántos amigos y compañeros que había sacrificado á su porfía; irremediablemente arruinado, pues había gastado en la Expedición doscientos cincuenta mil duros y tenía muchísimas deudas, y por último, acongojado, anciano y enfermo, pues al fin había estallado en él el espantoso mal de lepra. Sin querer aguardar los pésames en Santafé, Quesada se retiró á una casa de campo que tenía en Suesca, en donde se dedicó á escribir un "Compendio historial," que llamó *Ratos de Suesca*, y también una serie de *Sermones* para que se predicasen en las festividades de Nuestra Señora. (2)

Vivía el Adelantado entregado á sus gratas labores literarias en el retiro, cuándo, habiéndose rebelado los indios Gualíes (por influencias de un Cacique que habían criado los Españoles y conocía las costumbres

(1) GEOGRAFÍA DEL ESTADO DE CUNDINAMARCA, por Felipe Pérez.

(2) Remitióse su "Compendio historial" á España, pero no lo creyeron digno de publicación, quizás porque contenía verdades que no convenía se supiesen; mas existía una copia en la Biblioteca de Santafé de Bogotá, "de donde la sacó el doctor Antonio Plaza (dice Vergara en su *Historia de la Literatura*), y á la muerte de dicho doctor, en 1854, se perdió entre sus papeles." Dícese que un particular la posee actualmente en Bogotá, y que es suficientemente egoísta para tenerla oculta, y no quiere ni venderla ni dejarla ver siquiera. Los *Sermones* se han perdido también.

y modos de guerrear de los civilizados invasores de su país), le interrumpieron en sus tareas para suplicarle que asumiese el mando de la expedición que se levantaba para reprimir la insurrección, que tomaba un carácter serio. Creyóse que, á pesar de los años y las dolencias del Conquistador, nadie era capaz de acaudillar la expedición como él. Quesada aceptó sin vacilar el oneroso cargo, y, arrojando la pluma, empuñó la espada para ponerse á la cabeza de setenta hombres denodados, con los cuales en breve venció á los indígenas, muriendo en la refriega Yaldama, el cacique alzado. Pero al fin, tanto los años como la espantosa enfermedad que le aquejaba, obligaron al bravo Conquistador á retirarse del mundo por entero. Así, desde su triunfo sobre los Gualíes (fin de 1575) no volvió á presentarse en la capital.

Habiendo notado que las aguas sulfurosas de la cuesta de Limba, cerca de Tocaima, le aliviaban, se retiró á vivir en aquel punto (1). Como rasgo característico y en prueba de sus sentimientos humanitarios, al morir dejó en su testamento una renta para que sustentasen en memoria suya, en dicha cuesta, una tinaja de agua potable (por no haberla en los alrededores) para aliviar á los caminantes que transitasen por aquel camino, expuesto á grandes calores.

No se sabe por qué motivo Quesada se trasladó en 1579 á Mariquita, en donde tenía casa propia, cuyos restos se conservaban hasta ahora poco. En aquella ciudad se acabó de agravar, y murió el 16 de Febrero del mismo año, con todos los auxilios de la religión y después de haber hecho testamento, que firmó el mismo día de su muerte. Mandó que le enterrasen humildemente y que no pusiesen sobre su losa, sino estas palabras:

Expecto resurrectionem mortuorum.

Hacía entonces cuarenta y dos años que había descubierto el país de los Chibchas! Dejaba una colonia perfectamente establecida y en vía de convertirse en un rico vireinato, repleto de inagotables riquezas mi-

(1) No muy lejos se ha establecido el Lazareto del Estado de Cundinamarca, por haber sido Tocaima y sus alrededores lugares muy propios para aliviar el mal de lázaro.

nerales y vegetales; pero no testó bienes algunos, sino seiscientos mil pesos de deudas. Empero mandó á sus herederos que pidiesen á la Corte alguna gratificación en su nombre, por los muchos servicios que había hecho á la corona de España, la cual jamás le había premiado, sino con ofrecimientos y palabras que nunca le cumplieron. De Mariquita trasladaron los restos del Conquistador, en 1597, á la capilla del Humilladero en Santafé; de allí los llevaron á la Catedral y los sepultaron debajo del altar mayor, del lado de la Epístola, en donde permanecen hasta el día de hoy.

Después de leída la anterior biografía, no se podrá négar que el granadino Gonzalo Jiménez de Quesada, prescindiendo de ciertos defectos que afeaban su carácter y que eran culpa del tiempo en que vivía, fué uno de los conquistadores más inteligentes é importantes de la pléyade de hombres audaces y denodados que descubrieron las diferentes regiones del Nuevo Mundo; que, además, se distinguió por su genio amable y conciliador, y á quien no se pueden enrostrar sino unos pocos actos inhumanos, nada extraños en su siglo.

SEBASTIAN DE BELALCAZAR.

(CONQUISTADOR DE QUITO Y FUNDADOR DE POPAYÁN).

I

La pequeña villa de Belalcázar, situada en la raya de las provincias de Córdoba (Andalucía) y Extremadura, contenía al fin del siglo XV tres veces más habitantes que los que encierra al presente. Aquella población se encuentra sobre la margen de un arroyo y dominada por un castillo ó alcázar del mismo nombre, que fué en sus principios fortaleza construída por los Romanos sobre uno de los últimos contrafuertes de la Sierra-Morena. Este castillo, que es uno de los monumentos más hermosos de España, está aún erizado de torreones, atalayas y enormes murallas que sirvieron á los Arabes y á los Españoles para defenderse en sus guerras; cíñelo el arroyo que abastece la villa y hermosea los campos, y en un tiempo llenó los fosos y excavaciones en contorno de la fortaleza. En Belalcázar se goza de un clima benigno y sano, y, con el andar del tiempo, sus habitantes han abandonado las cercanías del castillo para derramarse por la parte llana, en donde los terrenos son menos quebrados, pues yá no necesitan, como en la Edad Media, la protección de sus señores feudales para defenderse de los asaltos de los enemigos.

Hacia fines del siglo XV vivía en los alrededores de Belalcázar un aldeano de apellido Moyano, el cual, aunque de pocos recursos, se preciaba de ser de linaje

llano, pero limpio de toda mezcla de moro ó judío. Moyano era casado y padre de un hijo ya mozo útil en la casa de sus padres, cuando su mujer dió á luz un par de niños gemelos, uno de los cuales las comadres declararon que sería hombre importante y afortunado, según las señales que notaron en él al nacer. Este niño, que bautizaron con el nombre de Sebastián, creció hermoso y robusto, ayudando desde chico á sus padres y hermanos en las faenas campestres que les ocupaban. Pero habiendo quedado huérfano y en poder de su hermano mayor, éste solía tratarle con poca blandura, y le obligaba á trabajar en su labranza reciamente, castigando sus travesuras pueriles y recompensándole tan sólo con lo necesario para vivir, y nada más. El tesoro más preciado de aquella pobre familia era un jumento, el cual no sólo servía como cabalgadura, sino también para cargar el producto de la labranza y llevarlo á los mercados de la villa, así como la leña para el hogar, que Sebastián iba á cortar al vecino monte.

Principiaba el año de 1514 cuando, en una mañana lluviosa y fría, Sebastián salió de su choza y se dirigió hacia una ladera al pié de la Sierra-Morena, en donde debía de cortar una carga de leña. Había cumplido yá el mozo quince años, y era robusto, ágil y bien parecido, pequeño de cuerpo y de ojos no muy grandes, pero llenos de viveza y expresión. Subió alegremente y sin dificultad las sendas resbalosas de la montaña, caballero en el jumento, llegó al lugar en que cortó y reunió la leña, con la cual cargó al asno, y volvióse para su casa. Pero yá para entonces el mísero jumento había perdido el brío ; la carga era pesada y los caminos estaban más y más enlodados y escabrosos ; Sebastián lo apuraba con impaciencia juvenil, hasta que de improviso el pobre animal fué rodando á caer en un hoyo.

La situación no dejaba de ser desagradable ; el día empezaba á decaer y la lluvia arreciaba ; además, el hambre aguijoneaba, sin duda, la impaciencia del mozo. Ni los gritos, imprecaciones ni palos valieron para sacar al asno del atolladero ; entonces Sebastián resolvió quitarle la carga y también la albarda, pero en vano, pues el jumento no se movía ni hacía esfuer-

zo alguno para salir del hoyo. Montado en cólera el aturdido mozo, echó mano de un grueso leño, y con éste le descargó tal porrazo en el cogote, que le dejó muerto en el sitio. Su intención no había sido hacer semejante daño; mas, espantado con su fechoría y temeroso de que su hermano le castigase de alguna manera ejemplar por haber muerto al ganapán de la familia, dejó tirados en el camino el asno muerto, la leña y la albarda, y se echó á correr como un gamo por el monte, resuelto á no volver á su casa sino cuando hubiesen olvidado su acción. (1)

No obstante el retiro en que vivía Sebastián, no hay duda que habían llegado á sus oídos las noticias de las conquistas del Nuevo Mundo, y llamaríale la atención lo que se decía de las aventuras de los Descubridores. Así fué que, corriendo á escape por las sendas más recónditas de aquellas montañas, recordaría lo que había oído decir de los enganches que se hacían en Sevilla, particularmente para enviar tropas á las expediciones de Indias. Torció entonces su marcha con dirección á la ciudad, centro en aquel tiempo de la civilización española. En el camino no faltaría quien le hablase de la nueva tierra llamada Castilla de Oro, en la que, decían los que la habían visitado, era tál la abundancia del metal aurífero, que no había más que echar redes á los ríos para pescar las pepitas de oro, como si fuesen sardinas; y en cuanto á las perlas, se hallaban tiradas por las playas como guijarros y conchas marinas. Con éstas ó semejantes fábulas se hacían por caminos y aldeas recogidas de expedicionarios para llevar al Nuevo Mundo. ¿Y quién podía resistir á semejantes leyendas, más maravillosas que los cuentos orientales de Senaquerib?

Entusiasmado el mozo labrador con estas historias, y sintiendo hervir en su seno una ambición nueva, no paró hasta hallarse frente al nuevo Gobernador de Castilla de Oro, don Pedro Arias Dávila, que se hallaba en Sevilla reuniendo la tropa que debía acompañarle á Tierra-Firme. Este yá tenía completos los

(1) No es posible pensar que Sebastián contase más de quince años en aquella época, como lo han dicho algunos historiadores, pues un joven de mayor edad tiene más independencia y no se espanta con la cólera de un hermano.

hombres que había de llevar, que eran la flor y nata de la juventud aventurera de Castilla y Andalucía, la cual se había alistado bajo las banderas del Gran Capitán para pasar á Italia á recuperar lo perdido en Ravena; pero como el Rey Fernando había mandado que no se llevase á efecto aquella campaña, los que se habían aprestado para ir á Italia resolvieron servir bajo las órdenes de Pedrarias y cambiar las magnificencias italianas por las miserias del Nuevo Mundo, aunque ellos pensaban lo contrario.

Parece que Pedrarias rechazó en un principio al pobre mozo labrador que le pedía le permitiese embarcarse en su armada, siquiera como grumete, para lo cual era ágil y bien dispuesto. Pero como el muchacho insistiese en su petición, Pedrarias notó que era despierto y alegre y tenía el donaire y la sal andaluza, unidos á la prudencia y la malicia del Extremeño, en cuyas fronteras se había criado. Además, vió que, aunque pequeño de cuerpo, parecía robusto y propio para resistir los trabajos que les aguardaban del otro lado del Océano. Preguntóle su nombre, y el villano,—comprendiendo que su hermano podría irle á buscar hasta allí,—resolvió ocultar su apellido y llamarse Sebastián de Belalcázar. Apuntó Pedrarias el nombre entre los expedicionarios del Darién, y con éste es conocido en la Historia. (1)

(1) Leemos en los "Comentarios reales del Perú" por el Inca Garcilazo de la Vega: "Sebastián de Belalcázar, de su alcuña se llamaba Moyano; tomó el nombre de la patria por ser más famoso; fueron tres hermanos: dos varones y una hembra, todos gemelos. El hermano se llamó Fabián García Moyano, y la hembra Anastasia: fueron valerosos, á imitación del hermano mayor, particularmente la hermana. Esta relación me dió un religioso de la orden de San Francisco, morador del famoso convento de Santa-María de los Angeles, natural de Belalcázar, que conocía bien toda la parentela de Sebastián de Belalcázar; diómela porque supo que yo tenía propósito de escribir esta historia, y yo holgué de recibirla, por decir el extraño nacimiento de este famoso varón." Este es el único autor que habla de la hermana de Belalcázar, lo cual juzgamos fué error del Inca, y es más verosímil lo que de su parentela hablan otros que conocieron personalmente al Conquistador.

II

Salió la armada de Pedrarias de San Lúcar el 11 de Abril de 1511, llevando á nuestro Sebastián entre los mil quinentos hombres que capitaneaba, y llegó al Darién, según algunos historiadores, el 29 de Junio, día de San Pedro; otros dicen que fué á principios ó á mediados del mes. No es del caso referir aquí lo sucedido entonces en el Istmo: las desgracias y miserias que sufrió aquella engañada gente, los crímenes de Pedrarias, la muerte injusta de Balboa y la triste suerte de los indígenas comarcanos. Belalcázar (así le llamaban todos), que no era sino un niño, subalterno y sirviente de los soldados, no se hizo conocer entonces por cosa alguna notable, y harto logró conservando la vida en medio de la espantosa mortandad que la peste y el hambre hicieron en las tropas de Pedrarias. Entre tanto que tenían lugar aquellas desgracias, Sebastián crecía, se robustecía, cobraba más bríos y alientos, y se formaba moral y físicamente para convertirse después en uno de los más intrépidos y expertos Capitanes del Nuevo Mundo. Sólo sabemos de su vida de entonces que era protegido particularmente por Francisco Pizarro y por su amigo Diego de Almagro, á quienes acompañaba en sus expediciones por el Istmo.

Fundada la ciudad de Panamá (la más antigua de Colombia) en 1518, por orden del Gobernador Pedrarias, con el objeto de escapar á la vigilancia y autoridad de los Padres Gerónimos que le gobernaban desde Santo-Domingo, el tráfico por el Istmo se hizo muy frecuente; pero como aun no hubiese en 1519 un camino trillado á través de las montañas, solían los caminantes perderse en aquellos despoblados y extraviarse, con gran peligro de su vida, entre las escarpadas montañas de esos lugares, habitados sólo por fieras é Indios enemigos.

Yendo una vez el Gobernador Pedrarias con tropa, de Nombre-de-Dios á Panamá, se extravió en un bosque tan espeso, que parecía imposible salir de él y escapar de los peligros que le rodeaban. Re-

fieren (1) que entre la tropa iba el joven Belalcázar, el cual, como era muy ágil y atrevido, se subió á la cumbre del árbol más alto que pudo columbrar, y desde allí descubrió humo y señales evidentes de habitaciones humanas, guiando después al Gobernador hasta el sitio en que tenía su asiento una tribu de indígenas; éstos recibieron muy bien á los Españoles, á quienes dieron alimentos, y les sacaron del bosque poniéndoles en la vía de Panamá. Agradecido el Gobernador del servicio de Belalcázar, y prendado de su viveza, le hizo muchos elogios, y le ofreció una fuerte suma como propina. Pero el mancebo no era codicioso, ni lo fué en su vida, y lo que ambicionaba era obtener reputación y gloria; así, rehusó la recompensa en dinero, pero pidió que le diesen un título mayor que el que tenía en las tropas del Gobernador. Este le nombró Capitán inmediatamente, y, á pesar de sus pocos años, desde entonces se empezó á contar á Belalcázar entre los caudillos mejor dispuestos y más populares de la colonia. "Desde entonces, dice Simón, fué muy querido entre sus subalternos; era apacible en su conversación, modesto, amigo de virtud y de virtuosos, y estimaba mucho la nobleza." Y no paró la protección del Gobernador en el título de Capitán, sino que, cuando hizo los repartimientos definitivos de la ciudad de Panamá, concedió á Belalcázar solar y encomienda fuera de ella. Pizarro y Almagro le tenían en grande estimación; y el segundo, que se había establecido en la ciudad, le hizo padrino (en unión de Pizarro) de un hijo que tuvo, Diego, el mismo que, aunque hijo de una india, fué educado después en el Perú como un príncipe y tuvo un fin desastroso.

Conquistado el Istmo completamente, y fundadas en él varias poblaciones españolas, yá en 1524, Pedrarias quiso hacer otras conquistas en las tierras del Cacique de Nicaragua, para lo cual preparó una tropa, enganchando para el caso muchos de los habitantes colonizadores de Panamá. Entre éstos se empeñó en que tomase parte en la expedición Sebastián de Belalcázar, por considerársele como uno de los mejores caudillos de la

(1) **Fray Pedro Simón.—III parte manuscrita; y Castellanos—VARONES ILUSTRES.**

colonia. Según Pedro Simón y Castellanos, Pizarro y Almagro trataron de disuadir á Belalcázar de que participase en la expedición proyectada por Pedrarias, pues ellos preparaban yá para entonces un viaje de descubrimiento por las costas del mar del Sur, y deseaban que aquél les acompañase. Pero acudieron tarde con sus propuestas, porque yá el Capitán había dado su palabra á Pedrarias, y díjoles que tenía por fuerza que cumplirla. Partió, pues, Belalcázar á la conquista de Nicaragua, y estuvo presente en la fundación de la ciudad de León, de la cual fué nombrado primer Alcalde, é hizo señalados servicios á la Corona en aquella incipiente colonia durante los años que permaneció allí.

Entre tanto Pizarro había puesto por obra su proyecto de salir á descubrir aquellas tierras famosas, regidas por monarcas poderosos, cuya fama había llegado tántos años antes á oídos de Balboa. Parece que la suerte tenía reservada esa gloria al oscuro soldado de Ojeda, porque hasta entonces todos cuantos trataban de salir á aquel descubrimiento habían tenido que abandonarlo. Las imponderables angustias, hambres, temporales, *guazábaras* de Indios salvajes y desgracias sin fin que sufrió Pizarro en las costas de lo que ahora es Colombia y Ecuador, no fueron suficientes para hacerle desmayar en su propósito; por lo que, siguiendo adelante en su viaje, yá socorrido por Almagro con armas, caballos y vituallas, al fin tocó en las costas del Perú, y tuvo allí noticias ciertas de la riqueza y esplendor del Imperio Inca.

Reinaba aún entonces el conquistador y avasallador de todo el territorio desde Chile hasta Colombia: este Inca, yá muy anciano, se llamaba Huayna-Capac, y era temido cuanto adorado por sus vasallos. A las primeras noticias del arribo de los Españoles á las costas peruanas, el Inca se acordó de una tradición que había en aquellos pueblos, la cual profetizaba que el reinado de los Incas sería destruído con la llegada de unos hombres barbados, blancos, rojizos, de naturaleza superior, cuyo aspecto y vestido serían muy parecidos á los que le describieron usaban los extranjeros que se habían presentado en algunos puntos de las cóstas. Aquella preocupación afligió tánto á Huayna-Capac,

que enfermó y murió en breve, en Diciembre de 1525. El monarca dejó dividido su imperio entre dos hijos, llamados Huáscar y Atahualpa: al primero tocó el reino del Cuzco y al segundo el de Quito. No pasó mucho tiempo antes que de que los dos hermanos se declarasen una guerra cruda y de exterminio; en ella morían Indios á millares, y los enconados soberanos mandaban esparcir los corazones de los soldados enemigos por campos y sementeras, diciendo Atahualpa "que quería ver el fruto que daban corazones fingidos y traidores."

Mientras que esto sucedía, Pizarro, comprendiendo que no podía apoderarse de una tierra tan rica y poderosa, con tan tristes recursos como los que él llevaba, resolvió regresar á Panamá, y de allí pasar á España á pedir auxilios al Rey, y el título de Adelantado y Capitán general de los países que conquistase al Sur del río llamado San Juan (en el Cauca), con independencia absoluta de las gobernaciones de otros conquistadores. Embarcóse en Nombre-de-Dios, y llegó á Sevilla á mediados del año de 1528; después de un año de pretensiones, logró al fin lo que deseaba, y acompañado de sus cuatro hermanos tornó á Panamá en 1529, en donde se ocupó activamente en preparar la armada conquistadora del Perú. De aquella ciudad escribió á Belalcázar, convidándole á que participase en la empresa, abandonando á Nicaragua, que no le ofrecía porvenir halagüeño, y le acompañase á la rica tierra descubierta por él, en donde encontraría aventuras dignas de sus cualidades y osadía. Sonrió al valiente caudillo aquella propuesta, y aceptó gozoso la invitación de Pizarro, pero no pudo emprender viaje inmediatamente, sino en Agosto de 1530. A pesar de lo mucho que había guerreado y expuesto su vida en todas las expediciones emprendidas en el Istmo, desde 1514 hasta 1529, esto es, durante quince años de trabajos, Belalcázar no había logrado hacer sino una fortuna muy mediana. Para enganchar treinta hombres, fletar un navío y embarcar por su cuenta seis caballos, con vituallas, vestidos, alimentos y armas para todos, tuvo necesidad de empeñar todas sus haciendas, y cuando llegó á unirse con Pizarro en Puerto-Viejo, llevaba consigo cuanto poseía. Belalcázar acompañó al

Adelantado en su marcha hasta la villa que fundaron en Piura, llamada de San Miguel, que fué la primera población española en aquellas regiones; y allí permaneció con el grueso del ejército, mientras que Pizarro continuaba por la tierra adentro á encontrarse con Atahualpa, que había sentado sus reales en el valle de Cajamarca. Aquella empresa era por cierto la acción más temeraria de que se tiene noticia en el mundo. Para hacer frente á un déspota que tenía bajo su dominio á diez millones de súbditos, según se decía, y estaba en aquel momento rodeado de un ejército de treinta mil hombres, el Jefe español avanzaba á la cabeza de ciento sesenta y un soldados, por tierra extraña y por sendas escabrosas y casi intransitables!

El 15 de Noviembre de 1532 Pizarro llegó, al fin, al valle y ciudad de Cajamarca, cerca de la cual estaba acampado Atahualpa bajo toldas de campaña, y con una disposición tan ordenada, que dió á entender á los Españoles que el Inca gozaba de un grado de civilización tál como hasta entonces no se había visto en las Indias. La situación de Pizarro era delicadísima, y con los indicios que tuvo de que Atahualpa pensaba apoderarse de los invasores, comprendió que su vida y la de los suyos estaban en un riesgo inminente. Sin duda el Inca aguardaba la primera oportunidad para atacarle, á pesar de las palabras amistosas con que había recibido á los mensajeros del Español; pero, más avisado y activo que el Indio, Pizarro logró tomarle la delantera, y con una audacia que parece fabulosa, se apoderó del Inca en medio del ejército y se hizo dueño de toda la tierra. Desgraciadamente oscureció su gloria mandando matar al Inca, sin ninguna necesidad política, é hizo coronar Inca á un hermano de Atahualpa en su lugar y en el de Huáscar, el cual había sido vencido antes por el soberano quiteño. Dícese que hasta hoy día los indígenas del Ecuador visten luto por Atahualpa y le lloran todavía, cantando y tocando tristes tonadas en recuerdo suyo. (1)

(1) La raza indígena de Quito es, sin embargo, triste por naturaleza, y según el historiador del Ecuador, don Pedro Fermín Cevallos, "el Indio, abatido por el despotismo, cuya acción aun alcanzaba á inducir á reglas, diremos así, la vida doméstica (en tiempo de sus Incas), y embargar hasta

III

Mientras que los conquistadores del Perú recorrían la tierra y hacían suyos los tesoros de los templos y de los Incas, Sebastián de Belalcázar había permanecido tranquilamente en San Miguel de Piura, ocupado en gobernar la nueva colonia española. Pero aquella inactividad no era propia del carácter vivo y emprendedor de nuestro caudillo, y estaba impaciente por salir él también por esos mundos á ganar fama y riquezas. Aun no estaba todo el Imperio de Atahualpa bajo el dominio español. Como en la ciudad de Quito se había hecho coronar rey un antiguo General de los Incas, llamado Rumiñahui, después de haber asesinado á toda la familia de Atahualpa, Belalcázar resolvió tomar por su cuenta la conquista del Reino de Quito, á la cabeza del ciento cincuenta soldados aventureros que tenía bajo su mando en San Miguel de Piura, y, acompañado por un ejército de indígenas enemigos de Rumiñahui, emprendió marcha al promediar el mes de Octubre de 1533.

Mientras que Pizarro entraba como vencedor en el Cuzco, Belalcázar se dirigía hacia Quito. Después de un viaje difícil, á través de tierras por extremo fragosas é intransitables para los caballos, llegó al Cañar, á cuarenta leguas de Quito, en donde hizo una parada, mientras que su Teniente, Juan de Ampudia, perseguía á los indígenas y hacía quemar vivo al infeliz Cacique del lugar, por no haber querido confesar en dónde tenía ocultos sus tesoros. Entre tanto crecía el ejército de Belalcázar con los auxilios que le llevaban los indígenas de todas aquellas comarcas enemigas de Rumiñahui. Este antiguo General procuró defender la entrada á sus dominios, impidiendo la marcha de los caballos de los Españoles: en todos los caminos del Cañar á Quito había mandado abrir hoyos disimulados y clavar estacas ocultas para que los caballos cayesen en aquellas trampas.

el alma con los efectos producidos por la chicha, su bebida celestial, vivía habitualmente por demás triste cuasi con la enfermedad de la melancolía. Cantos y bailes eran tristes, tristes sus miradas y hasta sus sonrisas; y sentado ó de pie, fuera de los ratos de trabajo y de las ceremonias de una fiesta, más bien que hombres parecían estatuas por su inmovilidad y taciturnidad."

Tomo 1.—Pág. 142.

Pero en vano luchaba el indígena contra los traidores de su misma raza, que servían de espías á Belalcázar. (1) Éstos no solamente tenían á los Españoles al corriente de cuanto hacía Rumiñahui, sino que les daban noticia de lo que decía y casi hasta de lo que pensaba el General indígena. Al fin se rompieron decididamente las hostilidades, y en la primera batalla murieron seiscientos indígenas enemigos, tres Españoles y cuatro caballos; retiróse entonces Rumiñahui, y presentó otra más adelante, en la cual combatieron once mil hombres de su parte y ciento treinta Españoles y un ejército de Indios Cañares, al mando de Belalcázar. Después de un combate largo y reñidísimo, volvió el español á quedar victorioso, pero á costa de la vida de siete europeos, bastantes caballos y casi todos los indígenas auxiliares. Triunfaba el caudillo español, pero su triunfo podía convertirse en su pérdida si le volvía á atacar inmediatamente el enemigo, acampado no lejos del real de Belalcázar. Vacilaba éste sobre si debería seguir adelante ó devolverse á San Miguel, cuando aquella misma noche el volcán Cotopaxi hizo tremenda erupción, con ruidos subterráneos aterradores. Los indígenas creían que cada erupción y terremoto indicaban que sus dioses desaprobaban su conducta (2), por lo que los soldados de Rumiñahui, espantados, le abandonaron en el acto, pensando que la Naturaleza desaprobaba el que se opusiesen á la entrada de los extranjeros en su patria. A la mañana siguiente, Belalcázar se encontró sin el enemigo al frente, y así pudo apoderarse pacíficamente del campamento de Rumiñahui. Desde allí envió mensajeros á los moradores de toda la provincia, proclamando que él no hacía la guerra á los habitantes indígenas, sino simplemente al usurpador del trono de Atahualpa. Aquellas palabras de paz y buena voluntad, unidas á los temores supersticiosos, trajeron al campamento de Belalcá-

(1) El cacique Chaparra obsequió á Belalcázar con un plano ó mapa de las provincias de Quito para que le sirviese de derrotero en la campaña.—HISTORIA ECLESIÁSTICA DEL ECUADOR, por González Suárez.

(2) También hay la tradición en el Ecuador de una erupción del Cotopaxi, en las vísperas del día en que fué aprisionado Atahualpa—*Cevallos*—HISTORIA DEL ECUADOR.

zar á miles de indígenas comarcanos, quienes le llevaron víveres, obsequios de oro y plata y ofrecimientos de adhesión y amistad.

Entre tanto el General indígena se había encerrado en la ciudad de Quito, con la intención de morir peleando ántes que someterse. En su marcha había destruído é incendiado todas las poblaciones y sementeras vecinas, y á su llegada á la capital mandó pasar á cuchillo á todas las mujeres de su serrallo, que eran numerosísimas; puso fuego á los templos y monumentos, ocultó los tesoros de Atahualpa (los cuales jamás se han encontrado), y destruyó cuanto encontró y pudo haber á las manos. Pero aquella furia insana, en lugar de producirle amigos, le enajenó los que le habían quedado, y viéndose abandonado por todos los suyos tuvo que salir de Quito y huír á un monte escarpado, en donde acabó su existencia, dejándole su nombre, el cual lleva hasta el dia de hoy.

Belalcázar continuó su marcha, pisando las huellas de Rumiñahui y entró en Quito por la Pascua de Navidad de 1533. Pero encontró, no una ciudad rica y populosa, sino un montón de escombros y cenizas. No solamente yá no había habitaciones en donde alojarse, sino que á muchas leguas á la redonda no habían quedado sementeras, de manera que se carecía completamente de vituallas. Fué preciso contramarchar y volverse á Riobamba para no morirse de hambre. (1)

En Riobamba el General español se ocupó activamente en organizar la provincia conquistada y dictar ordenanzas de policía y algunas otras reglas, para poderla gobernar. Una vez establecida la colonia, Belalcázar empezaba á descansar de sus fatigas bélicas, cuando en Marzo de 1534 le llegó la noticia de que avanzaban hacia Quito dos expediciones españolas: una que venía del Sur, al mando de Diego de Almagro, y otra por el Norte, bajo las órdenes de Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala. Este Capitán, compañero de Hernán Cortés y dueño de una provincia, la había

(1) Herrera refiere (y es el único que lo hace) que, al pasar Belalcázar por el pueblo de Quinche, como hubiesen huído los varones, mandó matar á las mujeres y los niños para escarmentarles. Otros dicen que el criminal fué Ampudia.

abandonado para ir á buscar aventuras en las ricas tierras del Perú, á la cabeza de dos mil Indios de Centro-América y quinientos Españoles, alegando que los terrenos que pisaba yá no pertenecían á la jurisdicción de Pizarro, y que aquél podía conquistar el reino de Quito por su cuenta. Pero cuando Alvarado llegó á Riobamba, yá encontró en esta ciudad no solamente á Belalcázar, sino también á Almagro, que había ido á pedir cuentas al Conquistador, de la expedición de Quito. Sebastián había recibido á Almagro con algún desabrimiento, pero le entregó el mando como á su superior, y juntos resolvieron unir sus fuerzas para resistir la invasión de Alvarado, si éste seguía en su pretensión de apoderarse del país conquistado por otros.

Mas Alvarado había hecho una jornada desastrosa desde la costa del Pacífico, en donde había desembarcado; así, cuando tuvo noticia de que aquella tierra que él pretendía conquistar estaba yá ocupada por las fuerzas de Almagro, resolvió abandonar la empresa y contentarse con hacerse pagar un buen precio por sus navíos y armamentos, y dejando en Quito la gente que quisiese quedarse con los conquistadores del Perú, apartarse de aquel país y volverse á Guatemala. "Así Alvarado – dice Quintana – que había salido de Guatemala con el estruendo y arrogancia de un gran Conquistador, volvió cargado de cajones de oro y de plata, á manera de mercader."

Almagro permaneció en el reino de Quito hasta haber visto fundar, el 6 de Diciembre de 1534 (1), una población española en la capital de los Incas, llamada San Francisco de Quito. Bien que Belalcázar fué el conquistador de aquella ciudad, su nombre no figura, sino el de Almagro, como el del fundador de Quito, en los archivos del Cabildo. Pero aun después de aquella época los indígenas hicieron alguna resistencia, y libraron varias refriegas sangrientas antes de que Belalcázar lograra someter todo el país bajo el dominio español. Una vez pacificado el reino de Quito, "Belalcázar, dice Ceballos, yá sólo pensó en perfeccionar y

(1). Cevallos, HISTORIA DEL ECUADOR—Tomo 1.°—González Suárez dice que la fundación se hizo el 28 de Agosto- ¿A quién debemos creer?

consolidar la obra que debía á los esfuerzos de su audacia y talento. El gobierno civil, el religioso, el militar, el municipal, todo fué atendido, y todo comenzó á progresar, si bien con lentitud, con mucha regularidad. Ni se desentendió tampoco de la agricultura, ni del comercio, &c. Pero si había tino para el gobierno del pueblo conquistado, faltaba en Belalcázar piedad para los vencidos, y sus Tenientes andaban deslustrando cuanto bueno tenían las disposiciones del Capitán."

No se comprende realmente cómo aquel hijo de aldeano, que no había tenido tiempo de educarse después en los campamentos, las expediciones riesgosas y *guazabaras* de los indios, pudiese ser tan instruído y conocer las leyes españolas, de manera de poderlas plantear en su gobernación con arreglo á lo que se acostumbraba en España. Pero á Belalcázar importaba mucho ocupar lo más posible á los soldados que tenía á sus órdenes; eran éstos aventureros que no comprendían la inactividad, y era preciso no permitirles descanso, si se quería tener paz y evitar desórdenes. Así envió al Teniente Juan de Ampudia á reconocer las provincias del Norte, y á otro Oficial, Juan de Puelles, á reconocer el país por otro lado, mientras que él bajaba á la costa y fundaba sobre el hermoso río Guayas la ciudad de Guayaquil, el 23 de Julio de 1535. En aquellas expediciones Belalcázar llevaba consigo muchos indígenas de las tierras altas, los cuales, no pudiendo soportar el clima caliente de las costas, morían como moscas, y perecían también en los combates que era preciso librar á los feroces habitantes de las orillas del mar. Se ha notado en América que los habitantes de las tierras cálidas siempre se han manifestado mucho más valientes y feroces que los del interior ó de las tierras altas, los cuales eran de índole suave y de débil temperamento, flojos para soportar el dolor y amantes de la paz y el sosiego.

IV

Mientras que el Conquistador de Quito se ocupaba en colonizar lo que hoy día es el Ecuador, el Imperio Peruano se hallaba despedazado por los bandos de Pizarro y Almagro, y el Inca Manco-Capac, -á quien los Conquistadores habían dejado el nombre y los honores de soberano, mas no el poder,-había aprovechado las disensiones de los Españoles para tramar una conspiración, la cual hizo levantar en armas numerosos ejércitos indígenas que pusieron en apuros á los hermanos de Pizarro que estaban en el Cuzco. Pero ni aquellos peligros hicieron que se uniesen los Castellanos rivales; al contrario, una vez sufocada la insurrección indígena, pizarristas y almagristas se fueron á las manos, dando un ejemplo pernicioso á la Colonia y dejando en ella la semilla de futuras rebeliones. Belalcázar había tenido hasta entonces la fortuna de permanecer alejado de aquellas disputas, y su nombre no se encuentra mezclado en ninguno de los dos bandos que encabezaban sus antiguos amigos y protectores.

Una vez enteramente sometido todo el antiguo reino de Quito, y fundados en él los primeros núcleos de civilización, nuestro conquistador envió á su Teniente Juan de Ampudia y á otro Oficial de su confianza, Pedro de Añasco, á descubrir los territorios que demoraban al Norte, poblados por tribus de feroces indígenas, hoy día la provincia de Pasto ó los Pastos. Ampudia recorrió todos aquellos países, continuando su marcha hasta un punto en que le atajó el río Cauca. Después de fundar una villa que llamó de Ampudia, envió una partida á Quito (que llegó á principios de 1536) á dar cuenta á su General de lo que había descubierto.

Sin duda fué entonces cuando llegó á oídos de Belalcázar, por primera vez, la noticia del *Dorado*. Dice Piedrahita que le presentaron al Gobernador de Quito en aquella ocasión un Indio que se decía embajador del Rey de Cundinamarca ante el Inca del mismo Quito, el cual, habiendo perdido una gran batalla que tuvo con los Chizcas (*Chibchas*) sus confinantes, pedía socorro al soberano quiteño. Aquel prisionero dió

muchas noticias acerca de las riquezas que poseía su amo, y refería cómo se cubría éste el cuerpo con oro en polvo para ofrendarlo á su divinidad, de donde vino el nombre del *Dorado*, que tánto ruido hizo entre los Conquistadores. (1)

Aquellas halagüeñas noticias, junto con lo que le mandaba á decir Ampudia de la abundancia y riqueza del país que había recorrido, animaron á Belalcázar á ponerse personalmente en marcha para ir á dar alcance á la descubierta. Pero este conquistador, aunque hijo de aldeano, tenía todos los instintos de los príncipes, así como éstos á las veces carecen de ellos, aunque hayan nacido sobre las gradas de los tronos; por lo que mandó preparar la expedición con gran boato y sumo lujo. Ricas tiendas de campaña, bajillas de oro y plata, vestidos de preciosas telas, armas relucientes de joyas, é innumerables indígenas llevando toda especie de viandas y manadas de cerdos, iban en pos del ejército, formando un equipaje que más parecia el de un sátrapa asiático en una correría militar, que el de un descubridor del Nuevo Mundo que viajaba por tierras incultas entre salvajes antropófagos.

Mas no se crea que, por ser como de sátrapas el aspecto de los expedicionarios, su valor y osadía fuesen inferiores á los de los héroes fabulosos de la antigüedad. En el valle de Patía les salieron á atajar tres ó cuatro mil indígenas, que los doscientos Españoles de Belalcázar espantaron y derrotaron fácilmente, y continuando su marcha se encaminaron al territorio del Cacique de

(1) Castellanos no dice que aquel Indio fuese prisionero, sino residente en Quito, pero oriundo de Cundinamarca.

"Allí venido, no sé por qué vía,
El cual habló con él, y certifica
Ser tierra de esmeraldas y oro rica,
Y entre las cosas que los encamina
Dijo de cierto rey que, sin vestido,
En balsas iba por una piscina
A hacer oblación, según él vido,
Ungido todo bien de trementina
Y encima cuantidad de oro molido,
Desde los bajos piés hasta la frente,
Como rayo de sol resplandeciente."

Castellanos.—VARONES ILUSTRES.

Popayán. La belleza de las campiñas, que parecían extensos huertos y jardines, salpicados de estancias pintorescas, rodeadas de ricas sementeras y árboles frutales, y lo apacible del clima (18 gr. cent.), cautivaron tánto al General, que resolvió no pasar adelante sin fundar en aquel país una villa, en Diciembre de 1536. (1) Más lejos mandó fundar otra villa, en clima más templado (22 gr. cent.), en un sitio que los naturales llamaban Lilí, y que hoy día se llama Cali, y es una de las ciudades más bellas y prósperas del valle del Cauca.

Pero á medida que Belalcázar se alejaba del Perú y de su Gobernación de Quito, y comprendía la extensión y la riqueza de las tierras que iba conquistando, más se exaltaban en él la ambición y el deseo de hacerse dueño de aquellos territorios, con independencia de Pizarro. Para lograr este objeto le era preciso ir á España á pedir al Rey lo que deseaba; pero su empeño era no tener que tocar con Pizarro y pasar directamente á la madre patria, saliendo por el mar de las Antillas, sin navegar por el Océano Pacífico. Tan atrasados estaban todavía en los conocimientos geográficos, que el Gobernador de Quito pensaba que el mar de las Antillas estaba cercano, cuando aún les faltaban más de trescientas leguas, por tierras fragosísimas y casi intransitables para llegar á él! Para llevar á cabo aquel propósito, Belalcázar regresó á Quito, con el objeto de reunir mayor número de soldados aguerridos y hacerse á más vituallas y recursos, á fin de atender á las necesidades de un viaje cuyo término ignoraba. Sin embargo, á nadie confió su verdadero proyecto, haciendo el papel de que cuanto hacía era para aumentar los territorios y las glorias de Pizarro.

Enganchados trescientos hombres aguerridos y acopiando cuantos pertrechos pudo, se devolvió á Popayán, de donde salió en Mayo de 1538 con dirección á las provincias que le había indicado el indígena de Bogotá, en busca del famoso Dorado, cuya conquista pensó hacer de paso para el mar de las Antillas. Caminando con su acostumbrado séquito, atravesó sin desmayar por las tierras más fragosas de América,

(1) Hé aquí un refrán que cita Piedrahita: "El mejor cielo, suelo y pan, el de Popayán!"

pobladas de indígenas por extremo belicosos que procuraban atajarle el paso, y después de muchos meses de marcha llegó al valle de Neiva.

Aunque no había confiado la intención de separarse de Pizarro, sino á sus más íntimos amigos, al fin la noticia del deseo que tenía de independizarse llegó á oídos del Conquistador del Perú, y al momento resolvió éste impedírselo. Para conseguirlo, llamó á un capitán que le era muy adicto, Lorenzo de Aldana, le envió en misión secreta á que buscase á Belalcázar, le apresase con maña y se declarase Gobernador de las provincias recién conquistadas, en lugar de su descubridor. Cuando Aldana llegó á Popayán, los desgraciados pobladores de aquella villa se encontraban en los mayores aprietos: hacía mucho meses que ignoraban el paradero de Belalcázar, y se morían de hambre por falta de víveres; los indígenas comarcanos, viendo que no podían vencer á los invasores por medio de las armas, habían resuelto no volver á sembrar cosa alguna en muchas leguas á la redonda, diciendo "que era menos penoso consumirse y sepultarse unos en otros, que vivir muriendo bajo el dominio español." (1)

Como aquellos naturales eran antropófagos, parece que, á falta de otros víveres, no tenían inconveniente en comerse unos á otros. Así murieron, según los cómputos de algunos historiadores, como cincuenta mil Indios, y perecieron también más de cien mil de una peste que sobrevino después y acabó con la mayor parte de los que habían quedado. ¿Qué era aquella peste? No la explican los cronistas; pero, sin duda, no seria enfermedad del país: quizás sería la viruela, pues los Indios, no obstante su salvajismo, eran muy conocedores de la virtud de las hierbas medicinales, y hacían entonces, como lo hacen hoy día, curaciones prodigiosas con el zumo de ciertas plantas que sólo ellos conocían. Los indígenas civilizados yá no las conocen; pero los que se hallán aún salvajes las han conservado tradicionalmente de padre á hijo, y jamás, por ningún motivo, han consentido en revelar sus secretos á los blancos. ¿Quién les enseñó aquellas virtudes naturales? Nadie lo sabe ni lo sabrá; pero es creí-

(1) Piedrahita—Parte 1.ª—Libro IV—Cap. 1.°

ble que esos conocimientos medicinales fuesen restos de una pasada civilización, de la cual sólo les quedaron, á través de los siglos, esos recuerdos que les convenía no olvidar, en climas malsanos y mortíferos y enmedio de una Naturaleza plagada de fieras, reptiles y venenos enemigos del hombre.

Aldana fué recibido con entusiasmo por los míseros Payaneses, que le reconocieron como su Gobernador, en ausencia de Belalcázar, y aunque el enviado de Pizarro trató de mandar quien siguiese los pasos del Conquistador de Quito, nunca le pudieron dar alcance. Aldana gobernó con bastante acierto; ordenó el gobierno civil y eclesiástico, y fomentó la conversión de los Indios, de que hasta entonces se había hecho poco caso; "tánta era la tibieza con que, á vista del oro, se trataban las cosas espirituales," dice Piedrahita.

V

Mientras que sucedían estas cosas en Popayán, Belalcázar continuaba su marcha por terrenos yá más propicios, á través del valle de Neiva, en demanda del Dorado y del mar de las Antillas. Corrían los primeros días del mes de Enero de 1539, cuando, habiendo acampado á orillas de un hermoso río (el Sabandija), que desembocaba en uno aún más caudaloso (el Magdalena), fueron á avisar al General que del otro lado del río Grande se veían diez hombres vestidos á la española y á caballo, los cuales, aunque armados, desplegaban una bandera blanca. No debió de sentar muy bien á nuestro conquistador, después de haber sufrido tántas penalidades, encontrar yá en manos de sus compatriotas las tierras que consideraba exclusivamente descubiertas por él. Pero como era hombre naturalmente caballeroso, ocultó la impresión desagradable que el suceso le hacía experimentar, y mandó que recibiesen con hidalguía á los que tan inopinadamente se presentaban, pero que antes de darles entrada en el campamento les preguntasen quiénes eran y de dónde venían.

Respondieron los recién llegados que eran envia-

dos por el Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, nombrado por el Gobernador de Santa-Marta para hacer descubrimientos por aquellas tierras. Añadieron que hacía yá un año que tenían conquistado el país, pero que, habiendo tenido noticia de la llegada de una tropa forastera al valle de Neiva, habían salido á reconocerla. Además, el que comandaba el destacamento declaró llamarse Hernán Pérez de Quesada, hermano del Adelantado, el cual le había confiado una carta y un presente para el General de la tropa que tenía delante.

Belalcázar mandó llevar á su tienda á Hernán Pérez, y después de obsequiarle con delicadas viandas, recibió con mucho aprecio el regalo de Quesada, que consistía en una cantidad de oro y algunas esmeraldas, y mandó que en retorno enviasen en su nombre al Adelantado Quesada algunas piezas de la bajilla de plata que llevaba consigo para su uso particular. Pasmóse Hernán Pérez con el boato regio de Belalcázar y la magnificencia que desplegaban en sus vestidos y en sus arreos los Conquistadores de Quito, en tanto que éstos no dejarían de mirar con extrañeza los humildes atavíos de mantas indígenas que usaban los compañeros de Quesada. Los *peruleros* (que así llamaron á los que iban del Perú) dieron noticias más frescas que las que tenían los otros, de lo sucedido en Cartagena y Santa-Marta, de las cuales carecían hacía tres años, y Belalcázar despidió á Hernán Pérez con palabras muy corteses, asegurándole que no tenía intención de allanar tierras conquistadas por otros, y que su objeto era ir al descubrimiento del Dorado, de paso para la mar del Norte; además de esto mandó los parabienes de su conquista á Quesada, deseándole toda clase de glorias y felicidades.

Una vez que se hubo alejado Hernán Pérez con dirección á la sabana de Bogotá, los soldados de Belalcázar casi se amotinaron, declarando que no darían un paso adelante si no seguían las huellas de los compañeros de Quesada, cuyas conquistas estaban muy deseosos de conocer. El General, que sin duda tenía el mismo deseo, accedió á las exigencias de los suyos, y marchando en pos de Hernán Pérez fué á acampar á la entrada de la Sabana, á los pocos días de haber salido de las orillas del Magdalena. De allí Belalcázar mandó

en comisión al Capitán Juan de Cabrera hasta la recién fundada ciudad de Santafé de Bogotá, á pedir licencia al Adelantado para descansar en ella algunos días, antes de atravesar el Nuevo Reino de Granada con sus cuantiosos equipajes y hombres armados, para ir á buscar el mar. Según algunos cronistas, Cabrera trató de entrar en comunicación con Nicolás de Federmann, que venía de Venezuela con gente, con ánimo de proponerle que se unieran para sobreponerse á Quesada en sus conquistas. Pero como tuviese noticia el Adelantado de la intención de Cabrera, se había apresurado á ofrecer cuatro mil castellanos de oro al Alemán para que guardase la paz, y en seguida mandó proponer igual suma á Belalcázar con las mismas condiciones. "Pero este último, como caballero, dice Zamora, no quiso admitir el cohecho,–desaire que al Alemán no le sacó los colores al rostro, ni de la bolsa los cuatro mil castellanos que había recibido."

Parece que no sólo no admitió Belalcázar el oro de Quesada, sino que improbó reciamente á Cabrera la propuesta que trató de hacer á Federmann, sin su consentimiento, y se contentó con pedir licencia al Adelantado para vender en Santafé los caballos y cerdos que llevaba (1) Quesada concedió de buen grado á Belalcázar la licencia que pedía, y los dos Generales, el de Venezuela y el del Perú, hicieron su entrada en la capital del Nuevo Reino en Febrero de 1539.

"Belalcázar, dice Acosta, estaba dotado, en grado muy superior á Quesada y Federmann, de tacto político y de genio observador, y aunque hijo de un leñador, alcanzó por sus talentos y valor el renombre de uno de los más célebres conquistadores de la América meridional." Así fué que supo persuadir á Quesada á que, para plantear mejor su dominio y su influencia en el Nuevo Reino, fundase en la villa de Santafé (que más era campamento que otra cosa) una ciudad en toda regla, que sirviese después como un núcleo para las posteriores conquistas que hiciera, y además, á que enviase á dos Capitanes de su entera confianza á fundar otras ciudades por el Norte.

(1) Vendió los caballos á razón de mil castellanos de oro cada uno, y los cerdos en proporción; siendo éstos los primeros traídos al Nuevo Reino de Granada.

Belalcázar resolvió terminar aquí su viaje: devolvió á su Teniente Ampudia al Cauca, y al Capitán Cabrera á Neiva, á fundar una ciudad en las márgenes del río Magdalena; dejó á los soldados que quisiesen quedarse en Santafé, gozando de los mismos privilegios que los de Quesada y los de Federmann; embarcóse con los otros dos Generales en el Magdalena (puerto de Guataquí), y pasó á la Corte de España á pedir la gobernación de los territorios que había descubierto y conquistado.

De los tres conquistadores, que llegaron juntos á España á mediados de 1539, sólo Belalcázar logró obtener lo que pedía, á pesar de las quejas que contra él levantó Hernando Pizarro (que entonces estaba en Europa), en nombre de su hermano el Marqués. El Emperador le concedió la Gobernación de la Provincia de Popayán y de las llamadas Equinoxiales, con el título de Adelantado; y lo hizo con mucho gusto, dice Piedrahita, para moderar las exorbitantes pretensiones de Francisco Pizarro, quien quería abarcar demasiado, sin que nada contentase su ambición.

Belalcázar supo, con sus modales cultos y aspecto marcial, ganarse las simpatías de la corte del Emperador, y fué muy favorecido por los cortesanos y personajes influyentes en el Gobierno.

No se sabe si yá antes, desde Panamá ó Nicaragua, Belalcázar había vuelto á España alguna vez, ni si durante los veintiséis años que había permanecido en el Nuevo Mundo, tuvo alguna comunicación con su familia. Pero si al volver á España entonces se dió á conocer á sus hermanos, ¡qué sorpresa no tendrían éstos al ver que su compañero de faenas campestres, el triste aldeanillo que había huído de la casa paterna por haber muerto á un jumento, se hombreaba yá con duques, condes y grandes de España, y al pié del trono de Carlos V gozaba del favor de tan encumbrado personaje!

VI

Mientras que Belalcázar estaba en España, un poblador de Panamá, llamado el Licenciado Pascual Andagoya (que había obtenido en la Corte, en 1538, el

nombramiento de Gobernador del territorio comprendido entre la bahía de San-Miguel y el río de San-Juan), desembarcó á fines de 1539 en una bahía que llamaban de Santa-Cruz (hoy día Buenaventura), y subiendo el río Dagua llegó en Mayo de 1540 á la ciudad de Cali.

Los habitantes de aquella ciudad se encontraban en la situación más desamparada, desde el regreso de Aldana á Quito. Así que, como Andagoya llevaba recursos y fuerza armada para defenderles de los Indios, no tuvieron inconveniente en hacer con él lo que antes con Aldana: recibirle también con gusto y reconocerle como á Gobernador, á falta de Belalcázar, cuya suerte ignoraban. Otro tánto hizo Jorge Robledo, el Teniente de Aldana, que se hallaba en el bajo Cauca, ocupado en correrías y descubrimientos en los confines de la provincia.

Un año duró aquel letrado gobernando la provincia de Popayán, hasta que al fin, despachado Belalcázar de la Corte, llegó al Cauca en 1541, mandando adelante mensajeros que avisasen su próxima llegada á Cali. Inmediatamente que se tuvo aquella noticia en la ciudad, salieron á recibirle todos los habitantes, manifestándole que le reconocían como á su legítimo Gobernador. Pero Belalcázar deseaba entrar á gobernar pacíficamente y sin desavenencias; por lo que no quiso hacer su entrada en Cali, sino después de que el Cabildo hubo reconocido los despachos que llevaba de la Corte, en los cuales se le otorgaban los territorios que median entre el Océano y los límites del Cauca y el Magdalena, y desde la provincia de los Pastos hasta donde descubriese por el Norte, y además, el título de Adelantado, Capitán general y Teniente del Rey. El Cabildo reconoció la justicia que asistia á Belalcázar, y no sólo le aclamó Gobernador, sino que hizo prender al Licenciado Andagoya como á usurpador de ajena jurisdicción, y le mandó preso á Popayán. Viendo cómo se hallaban las cosas, Jorge Robledo, aunque Teniente nombrado por Aldana, también reconoció á Belalcázar como á su legítimo Gobernador, y mandó pedirle órdenes para continuar sus conquistas. A pesar de este reconocimiento oficial que hizo Robledo, sus actos no eran los de un subalterno que procuraba aten-

der exclusivamente á las órdenes de su superior, en sus conquistas, y según informes que tuvo Belalcázar de su conducta, aquél deseaba independizarse de su jurisdicción.

Y no faltaba razón á Belalcázar para temer que Robledo hiciese con él lo que él mismo había hecho con Pizarro, y lo que hizo Quesada con el Gobernador de Santa-Marta; por lo que, deseando cortar el mal antes de que se volviese incurable, ocultó sus temores, pero hizo saber á su Teniente que deseaba tener con él una conferencia para arreglar ciertos asuntos concernientes á las conquistas. Robledo, aunque con mucha cortesía, se negó á la entrevista con su Jefe, y después de haber fundado á Anserma, (1) ó Santa-Ana de los Caballeros, Cartago y Antioquia, viéndose yá á gran distancia de su Gobernador y muy querido y estimado por los soldados que le acompañaban, así como temido y acatado por los indígenas de todas aquellas comarcas, resolvió dar decididamente su golpe de Estado. Bajando por el Atrato, salió en 1542 al golfo de Urabá, en donde el Gobernador de Cartagena le aprisionó por hallarle en su territorio, y le envió preso á España, cosa que no debió de pesarle mucho á Robledo, puesto que su intención era pasar á la madre patria á pedir que le concediesen la gobernación de la parte de Antioquia que había conquistado.

Entre tanto había desembarcado en la Gobernación de Belalcázar el Licenciado Vaca de Castro, Visitador enviado por el Emperador al Perú para que tomase cuenta de los motivos de quejas que contra el marqués Francisco Pizarro llegaban sin cesar á la Corte. Pero Vaca de Castro había sufrido tánto en la mar, que, en vez de continuar su viaje por agua, había resuelto tomar tierra en el primer puerto que encontrase y continuar su marcha por caminos fragosísimos, aunque fueran riesgosos. Desembarcó el emisario español en Buena-Ventura (2), y subiendo

(1) Esta ciudad ha tenido tres nombres: Santa-Ana, San-Juan y después Anserma.

(2) Buena-Ventura no fué sino un refugio de pescadores, durante cerca de tres siglos; los Españoles no fundaron en aquel punto población ninguna, y no fué sino en la época de la Independencia, en 1826, cuando se estableció allí una villa, bastante próspera hoy día.

el Dagua pasó á Cali, en donde Belalcázar le recibió con muchas atenciones y le dió guías y una escolta hasta Popayán. Gastó en la jornada desde Cali tres meses,– camino que al presente se hace á caballo en tres días. Llegado á Popayán, Vaca de Castro tuvo noticia del asesinato de Pizarro, ocurrido en Lima el 25 de Junio de 1541; continuando su viaje, llegó á Quito, en donde presentó los despachos del Rey de España, que le declaraban Gobernador del Perú por falta de Pizarro, y reconocido así por las autoridades de Quito, se ocupó inmediatamente en allegar tropas y recursos para declarar la guerra al hijo de Almagro, en cuyo nombre se había cometido el asesinato del Marqués.

De Quito, Vaca de Castro mandó pedir auxilios á Belalcázar, el cual se puso en marcha inmediatamente con los recursos y tropas que pudo reunir. Pero como yá para entonces él se había informado de la antigua amistad de Belalcázar con Almagro, y de cómo era padrino del joven don Diego, caudillo de los insurrectos, y que, además, había ocultado en su casa, y dado medios para que se escapase, al Capitán Pedroso, uno de los conjurados,– Vaca de Castro, que no conocía el carácter caballeroso de Belalcázar, temió que éste le fuese infiel, y no quiso que permaneciese en el Perú. Ordenóle, por tanto, que se devolviese á Popayán, en donde, dijo, necesitaban de su presencia sin demora. El Adelantado obedeció, mas no sin haber manifestado á Vaca de Castro la indignación que sentía por la falta de confianza que se tenía en su lealtad.

No había dicho mal Vaca de Castro cuando afirmó que era urgente la presencia del Gobernador de Popayán en sus territorios: hallólos sumamente alborotados con la nueva rebelión de los Indios Paeces y Yalcones, los cuales, después de asesinar al Capitán Añasco y castigar con una cruelísima muerte las persecuciones que Ampudia les habia infligido, tornaron á ponerse en armas y tenían en apuros á las poblaciones españolas de Timaná y Cali. (1)

Belalcázar salió inmediatamente á atacar á los Pae-

(1) La villa de Timaná, en el Estado llamado ahora del Tolima, fué fundada el 18 de Diciembre de 1537 por el Capitán Juan de Añasco, por orden de Belalcázar.

ces sublevados, que se habían hecho fuertes en Tálaga; mas, á pesar de su denuedo y pericia militar, salió mal trecho de aquella lucha, y tuvo que regresar á Popayán, sin haber podido vencer á los indígenas, y después de haber visto morir á manos de éstos á un Capitán Tobar, á quien apreciaba mucho. De Popayán pasó á Cali, en donde tuvo noticia de las fechorías de Robledo y su partida para España. Por extremo disgustado con su Teniente, le declaró públicamente desertor, y mandó que en donde quiera que le encontrasen fuese tratado como á tál; en seguida destacó una tropa al mando de Cabrera para que tomase posesión, en su nombre, de la ciudad de Antioquia, que Robledo había fundado por cuenta del Gobernador de Popayán en 1541. Estando Belalcázar en Cartago en 1543, supo que Cabrera había apresado en Antioquia al Gobernador de Cartagena, don Pedro de Heredia, quien pretendía que aquellos territorios hacían parte de su Gobernación.

El Adelantado no quiso verse con Heredia, sino que mandó que le remitiesen preso á la Audiencia de Panamá que debía juzgarle como á usurpador. No se sabe qué sentencia dictó aquella Audiencia; pero mandó que pusiesen en libertad al Gobernador de Cartagena, el cual no regresó á su capital sino para aprestarse á entrar de nuevo en Antioquia, como efectivamente lo hizo al cabo de algunos meses. Entre tanto había llegado á Cartagena el Visitador Armendáriz, portador de las *nuevas leyes* que había expedido Carlos V con el objeto de proteger, en lo posible, á los indígenas contra la rapacidad de los conquistadores y encomenderos; leyes que produjeron muchos trastornos y disgustos en todas las colonias, pero que, dice Acosta, "salvaron y conservaron en gran parte la raza indígena, á pesar de haber sido en mucho desobedecidas y reformadas." (1) Armendáriz remitió copia de las

(1) "A fin de que se vea con cuántas consideraciones eran tratados los colonos, y cuán infundadas eran sus quejas, por lo menos en lo que toca á la Nueva Granada, vamos á copiar las disposiciones que excitaron mayor clamor:

"Que las Audiencias tengan particular cuidado del buen tratamiento de los Indios, y cómo se guarden las ordenanzas hechas en su favor, y castiguen los culpados, y

leyes á Belalcázar apenas hubo llegado en 1544; pero el Gobernador no las aprobó en lo mínimo, escribió al Emperador una carta desde Cali, quejándose de ellas, y para calmar á los suyos inventó entonces aquel conocido mote que tánto se ha citado entre nosotros y que se puso en práctica durante toda la dominación española en América, á saber: *se obedece pero no se cumple;* con lo cual fingió acatar la voluntad del monarca, y

que no se dé lugar á que los pleitos entre Indios y con ellos se hagan pleitos ordinarios, sino que sumariamente se determinen, guardando sus usos y costumbres.

"Que por ninguna causa de guerra, rebelión ú otra, ni rescate, ni de otra manera, no se pueda hacer esclavo Indio alguno, sino que sean tratados como personas libres y como vasallos reales que son de la Corona.

....

"Que las Audiencias, llamadas las partes, sin tela de juicio, sola la verdad sabida, pongan en libertad los Indios que fueren esclavos, si las personas que les tuviesen no mostrasen título, como los poseen legítimamente; y que las Audiencias pongan personas de diligencia que hagan la parte de los Indios, y les paguen de penas de cámara.

"Que los Indios no se carguen, y si en alguna parte no se pudiere excusar, sea la carga moderada, sin peligro de su vida y salud, y que se les pague su trabajo y lo hagan voluntariamente.

"Que ningún empleado del Rey ni los monasterios, religiones, hospitales, cofradías &c. tengan Indios encomendados, y que aunque digan que quieren dejar los oficios y quedarse con los Indios, no les valga.

....

"Que mereciendo los encomenderos ser privados de sus repartimientos por los malos tratamientos hechos á los Indios, se pongan en la corona real.

....

"Que las Audiencias tengan mucha cuenta que los Indios que se quedaren y vacaren sean bien tratados y doctrinados en las cosas de nuestra Santa Fe Católica.

"Que los que están descubriendo hagan la tasación moderada de los tributos que han de pagar los Indios, teniendo atención á su conservación, y con el tal tributo se acuda al encomendero; de manera que los Castellanos no tengan mano, ni entrada, ni poder con los Indios, ni mando alguno, y que así se estipule expresamente en todo nuevo descubrimiento."

Compendio Histórico del Descubrimiento y Colonización de la Nueva Granada por el Coronel Joaquín Acosta—Capítulo XVII—Página 315.

al mismo tiempo acallar el mal humor de los colonos. (1)

VII

En el Perú, Vaca de Castro había logrado vencer á los partidarios de Almagro, acabándose aquel drama con el suplicio del joven don Diego; y fué ésta la tercera muerte trágica y violenta que ocurrió en el suelo peruano entre los caudillos conquistadores, vengando los mismos Españoles, unos en otros, las traiciones y crueldades cometidas con los Incas y sus súbditos. Desgraciadamente, parece que al cabo de tres siglos aun no está satisfecha la justicia divina, y día por día los descendientes de los Españoles perpetran en aquel suelo un sinnúmero de atrocidades, unos contra otros, sin que se vea esperanza de aliviar tánta desventura.

Vaca de Castro había logrado pacificar el país, y su gobierno resultó justiciero y probo. Sin disgustar demasiado á los colonos, protegía á los indígenas y pro-

(1) Según el cronista Pedro de Cieza, no fué Armendáriz quien comunicó las nuevas leyes á Belalcázar, sino que le llegaron directamente de España, en una carta del príncipe don Felipe (después Felipe II), en la cual le decía "que luégo hiciese ejecutar las ordenanzas y nuevas leyes, que para la gobernación de las Indias se habían hecho, y que en ello le haría servicio grande. Venida esta real cédula, todos los vecinos (de Popayán) se alteraron, diciendo que no se había de consentir que tan grande agravio se les hiciese, pues los servicios que habían hecho no lo merecían.... Belalcázar mandó que 'de todas las cibdades é villas de la provincia se juntasen procuradores para ver lo que se podía hacer sobre lo tocante á las ordenanzas. Y llegados á la cibdad de Popayán, el Adelantado hizo ejecutar las nuevas leyes, habiendo primero puesto gran suma de Indios en cabeza de sus hijos, porque al tiempo de complir no hobiesen á él que le tirar. Los procuradores, como viesen que quería ejecutarlas, reclamaron y en nombre de toda la provincia le pidieron que otorgase la suplicación, y así fué hecho, y se dejaron de ejecutar, y nombraron á un Francisco de Rodas para que fuese por procurador á España.... y desta manera se asosegó aquella provincia, é no hobo en ella ningún alboroto &c."

Libro III.—Capítulo XXIX de "La Guerra de Quito."—Publicada en Madrid en 1877.

curaba que se les tratase bien. Pero discurrieron en España que era llegada la hora de crear un Virey en el Perú para dar mayor auge é importancia á la Colonia, y así removieron á Vaca de Castro y nombraron en su lugar á un anciano llamado Blasco Núñez de Vela, encargado de plantear las *nuevas leyes.*

Núñez de Vela llegó al Perú en 1544, y apenas se hizo cargo del gobierno del país cuando, sin prudencia ni tino, y sin usar de la diplomacia que pedían las circunstancias, empezó á apresar y castigar á los colonos que tenían en su poder Indios esclavos y á poner á éstos en libertad, repentinamente, produciendo trastornos en todo el país. Esta conducta era por extremo peligrosa, como se vió en breve: los colonos entonces buscaron alivio en la rebelión, poniendo á la cabeza de ella al joven Gonzalo Pizarro, hermano del Marqués. La insurrección ardió y se propagó por todo el Perú con la mayor velocidad, mientras que el Virey, esclavo de las leyes, no cejaba en un punto, y obró con tan poca cordura, que puso en contra suya hasta á los miembros de la Real Audiencia de Lima; y llegó á tal punto la exasperación de los Oidores y demás personas notables de la capital, que le pusieron en la cárcel y le transportaron á un navío que debía desembarcarle en Panamá. Entre tanto Gonzalo Pizarro entraba en Lima y se hacía dueño del gobierno, como lo era yá de casi todo el país, y la rebelión tomó un aspecto popular.

Sin embargo, el apresado Núñez de Vela había logrado, para su mal, hacerse desembarcar en las costas del Ecuador, y subiendo á Quito se proclamó con funciones de Virey y expidió desde allí un llamamiento á todos los leales servidores del Rey de España, á quienes convocó á aquella ciudad para que le ayudasen á combatir la insurrección encabezada por Pizarro. Acudieron con socorros de algunas partes del Perú, y al terminar el año de 1544 Núñez de Vela se vió á la cabeza de un cortísimo ejército que se le había ido reuniendo; pero éste no estaba aún disciplinado, y tuvo que retirarse delante de las fuerzas de Pizarro, compuestas de aguerridos y audaces conquistadores. En su retirada de Quito, Núñez de Vela se replegó hasta Popayán, en donde Belalcázar le acogió con su acostum-

brada caballerosidad, y le proporcionó no solamente todos los recursos necesarios, sino cuantas tropas tenía disponibles; además, ofreció tomar el mando de las fuerzas del Virey, quien absolutamente nada entendía de arte militar.

El 1.° de Enero de 1545 Belalcázar, á la cabeza de cuatrocientos hombres bien pertrechados y montados, se puso en marcha, acompañando al Virey hasta la ciudad de Quito, á la cual llegó el día 17 á marchas forzadas y fatigando mucho á la tropa y los caballos. Gonzalo Pizarro, al frente de más de ochocientos hombres, estaba acampado en las inmediaciones de Quito, y tenía en su favor á todos los vecinos de la ciudad, quienes veían en él á su defensor y en Núñez de Vela un tirano rígido é inflexible. El 18 de Enero, al caer la tarde, se hallaron los dos ejércitos enemigos frente á frente en los ejidos de Quito, en un punto llamado Iñiquito ó Añaquito. Belalcázar tenía fundadas sus esperanzas en la caballería, que era de primer orden, pero que, después de haber viajado apresuradamente por caminos fragosísimos, estaba sumamente fatigada y no pudo resistir al primer empuje de los soldados de Pizarro, que peleaban con ardor, porque habían tenido muchos días de descanso. Una vez roto el escuadrón y derribados los primeros caballos, los soldados de Pizarro se ocuparon en destrozar al enemigo sin misericordia, haciendo una espantosa carnicería en las tropas del Virey, compuestas en gran parte de oficiales notables. Entre éstos murieron el bravo Juan de Cabrera, fundador de Neiva, y el Licenciado Luis Gallegos, y fué hecho prisionero Belalcázar, que hubiera corrido la suerte de los suyos, si un antiguo amigo, el Capitán Alvarado, no le protegiera y le sacara de manos de los que trataban de matarle.

Parece que poco antes de entrar en combate, viendo Belalcázar la superioridad de las fuerzas de Pizarro y la debilidad y cansancio de las del Virey, se acercó á éste y le dijo que sería más prudente tratar de entablar un arreglo para ganar tiempo. Pero Núñez de Vela, inflexible hasta el fin, le contestó: "No hay que fiarse en traidores! Vamos á combatir y no á parlamentar, que así cumpliremos con nuestro deber como buenos y leales. Yo os prometo que la primera lanza

que ha de romperse contra los enemigos será la mía!" (1)

El Virey quiso adelantarse á todos y ponerse á la vista. "Iba en un caballo rucio crecido; llevaba una ropita de telilla blanca de Indios, con unas cuchillas largas por donde se descubrían unas coracinas de raso carmecí con franjas de oro. Viéndose yá junto al enemigo, dijo á su gente: 'Caballeros, bien veo que teneis ánimo para ponérmele á mí,-y en esto haceis lo que debeis y como quien sois; y por tanto, no os quiero decir otra cosa, pues sois tan leales á vuestro Rey, sino que de Dios es la causa, de Dios es la causa!' (2) A pocos pasos el desgraciado Virey se vió acometido por una partida de arcabuceros de Pizarro, y aunque peleó como un león, no obstante haberse criado como pacífico letrado, al fin fué derribado de su caballo, y un anciano feroz llamado Carvajal, que le odiaba (porque había mandado degollar á un hermano suyo en Lima), le cortó la cabeza y la puso en una pica, y con ella entró con los vencedores en Quito, después de haber arrancado los bigotes canos de Núñez de Vela para distribuirlos como trofeos entre los soldados de Gonzalo Pizarro. (3) Pizarro fingió que le pesaba mucho la muerte del Virey, y le mandó hacer un suntuoso entierro, al cual asistió vestido de luto; y al mismo tiempo hizo poner en libertad á Belalcázar, compañero de su hermano el Marqués."

VIII

Después de algunos días de grave enfermedad, á consecuencia de las muchas heridas que había reci-

(1) Historia del Ecuador por P. F. Cevallos—Tomo I, página 451.

(2) Historia del Perú, por Agustín de Zárate.

(3) En mala hora, y yá de mucha edad, Blasco Núñez de Vela había abandonado el empleo de Veedor de las guardas de Castilla, que tenía en España, después de haber sido pacífico Corregidor de Cuenca y de Málaga, para venirse á buscar aventuras en el Nuevo Mundo, tan ajenas de sus precedentes.

bido en la batalla de Añaquito, Belalcázar regresó á su Gobernación. A poco de haber llegado á Popayán tuvo noticia de que su antiguo Teniente Jorge Robledo acababa de regresar de España, donde le habían premiado con el título de Mariscal, y que el Visitador Armendáriz, haciendo uso de un derecho que no poseía, le tenía nombrado Gobernador de las tierras descubiertas y conquistadas en Antioquia; tierras que en realidad pertenecían á la Gobernación de Popayán, según creía Belalcázar, en cuyo nombre se habían hecho aquellas conquistas y fundaciones. Sabedor de que Robledo se había hecho reconocer como Gobernador en Antioquia y otros puntos de aquella provincia, le mandó notificar que desocupase los territorios invadidos y devolviese el oro que había tomado en Anserma, de las cajas reales. Robledo contestó que había sido nombrado Gobernador por el Visitador y no tenía por qué dar cuenta de sus actos á Belalcázar. Envenenóse más y más el espíritu del Gobernador de Popayán contra Robledo con los recados que iban y venían entre los dos, y pasando á Cartago le hizo saber que se preparaba á ir contra él á mano armada.

En estas disputas verbales se pasaron muchos meses, y promediaba el año de 1546 cuando uno y otro comprendieron que no era posible entrar en arreglos pacíficos, y que era preciso irse á las manos. Pero Robledo apenas había podido reunir y armar pobremente setenta hombres, mientras que Belalcázar se hallaba á la cabeza de ciento cincuenta soldados veteranos, bien pertrechados y que llevaban todas las comodidades posibles, según la costumbre de su General. Además de esto, Robledo llevaba consigo una tropa indisciplinada, y él, por su parte, tenía poca experiencia militar. No es extraño, pues, que Belalcázar le sorprendiera en un sitio llamado Loma del Pozo (lugar inexpugnable, si Robledo hubiera sabido defenderlo), y que, tomándole prisionero, le llevara á un triste caserío, en donde después se fundó un pueblo llamado de Arma.

Desgraciadamente Belalcázar, además de estar resentido de tiempo atrás de la conducta de Robledo, é indignado de su actual rebeldía, tenía á su lado un mal hombre, llamado Francisco Hernández Girón, que le

aconsejó hiciese cortar la cabeza al alzado. (1) Este consejo contrastaba con el de otros oficiales del Gobernador de Popayán, que le suplicaban no hiciera tál, pues yá Robledo estaba vencido y deshecho, y, sin duda, aunque le pusiese en libertad, no podría rehacerse en mucho tiempo; y bien podía Belálcazar, entre tanto, enviar su petición á España para que se aclarase el asunto: Sin embargo, prevalecieron la cólera y la palabra de Girón, y, desdiciendo de su noble y generoso carácter, Belalcázar sentenció á muerte á Robledo, declarándole traidor, usurpador y opresor de la real justicia, y le condenó por bando á que se le diera garrote, en unión de tres de sus oficiales. La sentencia se cumplió el 5 de Octubre de 1546. Belalcázar manchó su memoria con aquella sangre derramada inútilmente, y no pasó mucho tiempo sin que la divina Providencia le castigase por tal acto, que fué más bien de venganza cruel, que de verdadera justicia.

Mucho debió de sentirse la muerte de Robledo, puesto que á poco un comisionado del Rey (Hernán Venegas Carrillo), nombrado para que examinase las causas pendientes en el Nuevo Reino, declaró que Armendáriz había obrado mal al enviar á Robledo á apoderarse de la Provincia de Antioquia, que pertenecía á la Gobernacion de Popayán; pero aunque dió la razón á Belalcázar en cuanto á combatir y tratar de lanzar fuera de su territorio al Mariscal, improbó altamente la muerte que se le había dado. Así, pues, debió de pensar con remordimiento Belálcázar que había cometido un crimen en vano, y que si hubiera dejado vivo al ambicioso joven, nunca podía haberle hecho competencia en su Gobernación. (2)

(1) Girón era *perulero* (conquistador del Perú), de malas entrañas y peores hechos, que después se hizo notar en la historia como rebelde.

(2) Aunque Cieza de León fué tan amigo de Robledo que no se le puede considerar imparcial en este asunto, citaremos aquí lo que él dice de Belalcázar, después de la muerte del Mariscal, porque da á conocer el estado de los ánimos en el Cauca: "Andaba el pobre viejo tan temido, que casi estaba fuera de sí; é no iba ninguno de los de Robledo en aquel tiempo hacia donde él estaba, que osase llevar espada ni otras armas, y aunque fuese sin ningunas

Sin embargo, por el momento el Gobierno de la Colonia no quiso perseguir á Belalcázar, porque necesitaba de su potente brazo y de la influencia que aún conservaba entre los *peruleros*, para tratar de debelar las fuerzas rebeldes que aún se conservaban dueñas del Perú, al mando de Gonzalo Pizarro, quien, apoderado de todo el antiguo Imperio de los Incas, era idolatrado por los suyos. A mediados de 1546 había llegado á Panamá un eclesiástico llamado Pedro de la Gasca, enviado por el Emperador á pacificar el Perú. Era éste un hombre de modesta y aun humilde apariencia, pero de gran pericia y saber, de extensa erudición en las leyes de su patria y profunda perspicacia y conocimiento del corazón humano; además, desprendido, enemigo del boato y sin un ápice de codicia. El nombramiento de La Gasca para aquella misión prueba el genio del que le mandó en aquellas circunstancias tan delicadas.

Antes de pasar al Perú, La Gasca envió á ese país comisionados secretos para que difundiesen por todas partes proclamas, en las cuales el Comisionado regio ofrecía perdonar y absolver á todos los que abandonasen las banderas de Pizarro, "según lo había ordenado el misericordioso Emperador," decían las proclamas. Aquellas amonestaciones produjeron el efecto que aguardaba el perspicaz eclesiástico; así fué que, cuando arribó al Perú en Junio de 1547, Gonzalo Pizarro había sido abandonado por la mayor parte de sus partidarios, y vagaba de ciudad en ciudad, tratando de buscarse amigos con una escasa tropa, compuesta de la peor ralea del Perú. Con aquella tropa trató de pasar á Chile, y aunque enviaron unas pocas fuerzas reales á perseguirle, Pizarro las derrotó en Huarinas, lo que produjo entusiasmo entre sus antiguos partidarios, los cuales, viéndole victorioso y pensando que sus triunfos serían durables, se le volvieron á reunir para entrar con él en el Cuzco, en donde fué muy bien recibido. La Gasca no se desalentó por aquel revés, que ase-

ó iba á hablar con él, luégo se empuñaba de una daga. Yo me acuerdo en esta ciudad de Cali allegarle á hablar ó poner la mano en el puño de la daga."

"LA GUERRA DE QUITO"—Lib. III. Cap. CCXXXV. Madrid—1877.

guró sería pasajero, y, mandando pedir socorro á don Pedro de Valdivia á Chile, á Armendáriz á Santafé y á Belalcázar á Popayán, se puso en marcha, en persecución de Pizarro, que había sentado sus reales en el Cuzco. Comprendieron los pizarristas, á quienes no se les escapaban los movimientos y cuanto hacía La Gasca, que sería imposible hacer frente á todas las fuerzas españolas del Continente, y aquéllo les amilanó mucho, de cuyo pensamiento Gonzalo procuraba distraerles proporcionándoles toda clase de diversiones y orgías, en las cuales pasaban los días y las noches.

Entre tanto La Gasea había reunido dos mil hombres, con los cuales pensó podría vencer fácilmente á los rebeldes; así fué que mandó devolver del camino las fuerzas que le enviaba Armendáriz de Santafé, y lo mismo mandó decir á Belalcázar, que había llegado á Jauja con trescientos hombres de caballería. Pero el Gobernador de Popayán no quiso devolverse sin haber hablado con el Presidente del Perú; dejó, pues, su gente en Jauja y fué á unirse al ejército real que se hallaba frente al Cuzco. Llegó, dice Piedrahita, "á tiempo que todo el de Pizarro, sin que se disparase un arcabuz, se rindió al trueno de la voz del Rey, pasándose á La Gasca." (1) Otros historiadores dicen que Belalcázar mandaba la caballería real, y aunque ésta no entró en batalla, el Presidente La Gasca le agradeció mucho su lealtad y buena voluntad en servir al Rey cada vez que le pedían socorro del Perú. El Gobernador de Popayán estuvó presente en la muerte de Gonzalo Pizarro, quien fué juzgado militarmente y conde-

(1) Cuando los dos ejércitos,-el de Pizarro y el de La Gasca,-se hallaban el uno frente al otro, la mayor parte de las tropas sublevadas se empezaron á pasar á las reales, uno á uno y de ciento en ciento, hasta dejar al desgraciado Pizarro rodeado apenas de unos pocos amigos.

—Qué haremos ? preguntó éste á uno de los que tenía cerca.

—Arremeter al enemigo y morir como romanos ! contestó un Capitán llamado Juan de Acosta.

—Mejor es morir como cristianos ! repuso el desventurado Gonzalo; y se puso en marcha, en solicitud del campamento real.

Véase Historia del Ecuador antes citada.

nado al último suplicio como traidor, en unión de algunos de sus oficiales, el 2 de Abril de 1547.

No bien se había devuelto Belalcázar á Popayán, cuando le siguió allí una requisitoria con orden de juzgarle como responsable de las depredaciones cometidas por sus segundos Juan de Ampudia, Alonso Sánchez, García Tobar y Roque Martín, en el reino de Quito, en tiempo de la conquista, los cuales habían cometido toda clase de excesos, asesinando y atormentando á los indígenas para que declarasen en dónde estaban ocultos los tesoros del Inca. La Gasca obró en esto con cierta deslealtad para con Belalcázar, pues hacía mucho tiempo que tenía orden de indagar aquellos hechos, pero no lo quiso hacer sino cuando el Gobernador de Popayán le hubo prestado todos los servicios que necesitaba. Además, Ampudia y Tobar habían muerto asesinados años antes, á manos de los Indios Paeces, y fueron cruelmente castigados por sus antiguas fechorías.

Envió La Gasca un comisionado á Quito á que levantase el sumario contra el Gobernador de Popayán, y al mismo tiempo se levantaba contra él otra tempestad en el Nuevo Reino. Acusado Belalcázar, por la esposa de Robledo y por sus amigos y partidarios, de la ejecución de este Capitán, ante la Corte española, ésta había enviado para que le residenciase á un Licenciado Francisco Briceño, el cual debía juzgarle además por haber hecho romper los sellos reales en Popayán para acuñar moneda.

Atendía Belalcázar á las acusaciones de La Gasca, y procuraba defenderse en lo posible desde Popayán, alargándose indefinidamente aquel proceso, cuando al principiar el año de 1551 llegó Briceño á Popayán, é inmediatamente le suspendió de su empleo, y le hizo poner en prisiones. Los amigos que le habían sido fieles en su prosperidad, se hicieron entonces á un lado, y poco á poco se fué viendo abandonado por los que antes le adulaban. A pesar de su conocimiento del mundo, parece que el Gobernador de Popayán ignoraba que la mala fortuna retrae á los amigos, y que cuando se anubla el sol, los que antes nos amaban dejan de vernos; así fué que le causó mucha pena la ingratitud de aquellos á quienes había protegido, eleva-

do y enriquecido. (1) A muchos de los cargos que le hicieron podía haber contestado que eran iguales á las faltas cometidas por otros conquistadores á quienes no se pensaba en juzgar ni perseguir; pero cuando le acusaron de la muerte de Robledo y de sus compañeros, comprendió que no tenía disculpa plausible que dar; y así se vió condenado á muerte y á ver confiscados sus cuantiosos bienes.

"Aunque estamos muy lejos de pretender justificar á Belalcázar, dice Acosta, (2) no es posible dejar de suponer que su juez, condenándole á muerte, no obrara con alguna parcialidad, cuando vemos que no mucho después se desposó el Oidor Briceño con la viuda de Robledo. Otorgóse, sin embargo, al Adelantado la apelación ante el Rey, dando fianzas; y ciertamente parece difícil que hubiera sido posible hallar en todo el Reino quien se prestase á dar muerte á un caudillo querido y popular como Belalcázar."

No bien le hubo dado permiso Briceño, cuando el triste y humillado Conquistador,—que no había levantado cabeza desde que se vió en la cárcel,—se puso en camino para Cartagena, en donde pensaba embarcarse para España. Pero llegó enfermo á la costa, y su antiguo émulo, don Pedro de Heredia, le llevó á su propia habitación y le atendió y puso á su disposición cuanto poseía; pero nada pudo aliviarle de sus dolencias, y creció su enfermedad hasta verse en las puertas del sepulcro. Lo que más le atormentaba era la idea de arribar á su patria en calidad de reo; y fué tánto lo que aquello le apesaró, que no pudo soportar la vida, rindiendo el alma en Cartagena, según Piedrahita, en 1551. (3) Don Pedro de Heredia le costeó un entierro muy pomposo, y vistió luto por él, así como todos los habitantes notables de Cartagena que conocían sus méritos y buenas cualidades.

(1) "La ingratitud de muchos que habían militado bajo su mando, no fué pequeño torcedor al estado en que se hallaba, porque no llegó á discurrir que á la falta de la dependencia terminan las sumisiones."

Piedrahita—Parte 1.ª—Lib. XI.—Cap. VIII.

(2) Acosta—Cap. XVII—Pág. 320.

(3) Castellanos dice que murió en 1550; Ceballos, historiador del Ecuador, que en 1549; Acosta, que en 1550.

Aunque ningún historiador de los que hemos consultado dice que el Conquistador del Cauca hubiese sido casado, el Obispo Piedrahita afirma que cuando Robledo estaba deseoso de seguir de Gobernador de Antioquia, ofreció á Belalcázar que ajustarían las paces casando á los hijos del Gobernador con una hermana y una sobrina de doña María de Carvajal, mujer de Robledo; y más adelante, el mismo historiador añade: "En Popayán dejó hijos tan herederos de sus hazañas, como lo acreditó el mayor, don Sebastián de Belalcázar, en las sangrientas guerras de los Pijaos." (1) Hay familias en el Estado del Cauca que pretenden descender de Belalcázar, pero no hemos podido recoger datos suficientemente fundados para poderlas señalar con seguridad.

(4) Parte 1.ª—Lib. XI—Cap. VIII.

GONZALO SUAREZ RONDON

(FUNDADOR DE TUNJA).

I

Corría el segundo tercio del sigló XIII cuando, estando un ejército castellano al mando de don Sancho el Bravo de Castilla (el cuarto de su nombre) entre la ciudad de Algeciras y la Villa de Tarifa, guerreando contra los Africanos de Aben-Jusef, la vanguardia de los cristianos vió venir sobre ellos en tropel un gran número de moros. Titubeaba la gente acerca de lo que debería hacer en aquel percance, si acometer á los infieles, que eran muchos y ellos pocos, ó volverse al cuerpo del ejército, que estaba atrás, comandado por el Rey, á pedir órdenes. Pero uno de los caballeros que iban adelante indignóse con la vacilación de los soldados, y exclamó con voz fuerte, afirmándose sobre los estribos y enristrando la lanza :

—¡ A ellos, señores, á ellos, de rondón!

Arremetió el caballero como un vendabal sobre el enemigo, y obligó á que le siguieran los demás cristianos con tal ímpetu, que á pocos embates vencieron á los Moros, les desbarataron y pusieron en completa derrota á los que escaparon con vida.

Apenas se tuvo noticia de aquel hecho de armas en el cuerpo del ejército, cuando muchos caballeros (sin duda envidiosos) fueron á quejarse al Rey, diciendo que aquel caballero con su imprudencia pudo haber comprometido todo el ejército real, y pidieron con

descompuestas razones que se castigase semejante falta de disciplina.

Inmediatamente que hubo oído lo que le decían sus cortesanos, el Rey mandó que compareciera el imprudente caballero á su presencia. Presentóse como estaba: con la lanza rota en la refriega, y ensangrentadas las armas y vestidos, y con humilde ademán pidió perdón á su soberano por su arrebatada conducta.

Pero el bravo Rey don Sancho le levantó diciéndole:

—No sólo os perdono, sino que esa acción valerosa bastaría, aunque no hubierais hecho otra, para armaros caballero.

—Caballero soy, contestó el otro con orgullo castellano, y también hijodalgo del linaje de los Sarmientos; además, vasallo vuéstro he sido y lo seré hasta morir en el servicio de mi Rey y señor.

—Pero ¿cuál es vuestro nombre? preguntó Sancho el Bravo.

—Garcí Pérez de Burgos, hijo de Diego García Sarmiento.

—En adelante no os llamaréis Garcí Pérez, sino RONDÓN, repuso el hijo de don Alfonso el Sabio, en memoria de la voz que disteis al arremeter á los Moros, y además, os armaré Caballero de la Banda, (1) y en vuestro blasón pondréis esta letra:

Vencer y nunca vencido.

Estas mercedes del Rey fueron extendidas y legalizadas ante notario, y desde entonces aquel valiente caballero, que después hizo prodigiosas hazañas, fué tenido en grande estimación en la corte de Castilla. (2)

(1) Otra sería la orden de caballería que le concedió don Sancho, porque, aunque pese á la tradición, los caballeros de la Banda no fueron instituidos sino en 1330 por don Alfonso XI de Castilla.

(2) "Diéronle privilegios para sí, sus hijos, nietos, biznietos y sus herederos que de él viniesen y á sus amos y amas (que son ayos y nutrices ó madres de pecho), mayordomos, caseros, vaqueros, porquerizos, boyeros, criados y otros sus paniaguados, librándoles de todos pechos (tributos) y á las heredades que tenía, para que ellos no corten ni carguen leña contra su voluntad," &c.—NOBILIARIO de Ocariz—Arbol tercero.

II

Descendiente de aquel primer Rondón fué el conquistador y poblador de Tunja, don Gonzalo Suárez Rondón. Nació en la ciudad de Málaga, en Andalucía, no sabemos en qué año, y era hijo de Rodrigo Suárez Rondón y de Isabel Jiménez Suárez, su esposa. Gonzalo tenía cuatro hermanos: Rodrigo, Sabariego, Ana y María, la cual casó después con Pedro Loaysa Vásquez.

Durante toda la Edad Media y el Renacimiento en Europa, y sobre todo en España, bastaba pertenecer á una familia medianamente hidalga, para que todos los varones de ella se dedicasen á la Iglesia, ó tomasen las armas como soldados: considerábase que toda otra profesión era impropia de un hombre bien nacido. Hasta los mismos religiosos que se consagraban á la Iglesia, tenían en España conocimientos militares; y seguramente por este motivo todos los conquistadores manifestaban tánta habilidad en el ejercicio de las armas, aunque en éste no se hubieran criado: el militarismo estaba en la sangre, y lo habían heredado de sus abuelos.

Así, pues, no era de extrañar que, cuando apenas le apuntaba el bozo á Gonzalo Suárez Rondón, yá se alistase en los ejércitos reales. Pasó con ellos á Alemania, y asistió en 1519 á la coronación de Carlos V en Aquisgrán, en donde por primera vez el Emperador se hizo llamar MAJESTAD, título desconocido hasta entonces en España, pues allí el Rey había sido siempre Alteza ó Gracia. Continuando en los ejércitos españoles, sirvió en las campañas contra los Franceses, y se halló en 1525 en el sitio de Pavía, en donde cayó prisionero Francisco I; estuvo en Alemania é Italia con don Pedro de Guzmán, y permaneció cuatro años en Hungría con el hermano de Carlos V, don Fernando, el cual no sólo poseía todos los Estados de la Casa de Austria, sino que fué coronado rey de Hungría, de Bohemia y de los Romanos.

Con el Emperador volvió Rondón á España (des-

pués de haber estado con él en la campaña contra Solimán I, que fué derrotado por los cristianos). Al regresar á España el Emperador, se preparó á ir contra el pirata Haradín Barbaroja, que se había apoderado de Túnez, despojando á Muley-Hacén, feudatario de los reyes de Castilla. Nuestro hidalgo malagués levantó una compañía de infantería por su cuenta, la que mandaba como Capitán en la expedición contra el pirata, y llevaba como caudillo al mismo Emperador. Los Españoles se apoderaron de las fortalezas en que se había guarecido el pirata, y aunque éste tenía noventa mil hombres bajo sus órdenes, Carlos V le venció, desalojó y obligó á devolver la ciudad de Túnez á Muley-Hacén.

Aquella fué la última campaña á que asistió Rondón en España. Al regresar á su patria en 1535, encontró que don Pedro Fernández de Lugo, nombrado Gobernador de Santa-Marta, aprestaba una armada para atravesar el Océano y enganchaba gente de armas que le acompañase en las conquistas de Tierra-Firme que se proponía llevar á cabo. Gonzalo Suárez Rondón empleó entonces cuantos ahorros había hecho durante diez y siete años de campañas por una gran parte de Europa y Africa, en preparar una compañía de á caballo, que levantó á su costa con el objeto de acompañar á don Pedro Fernández á Santa-Marta.

Aunque no lo dicen las crónicas del tiempo, se infiere que, á poco de haber llegado á Santa-Marta Gonzalo Suárez, casó con doña Mencia de Figueroa, hija de Alvaro de Figueroa, uno de los primeros colonizadores de aquella ciudad.

Este caballero había pasado á Indias á buscar fortuna, dejando á su mujer é hijos en Sevilla; pero una vez establecido en Santa-Marta, hizo venir á su familia al lugar de su residencia, con Luis de Manjarrés, que era pariente suyo, y pasó al Nuevo Mundo con García de Lerma en 1529.

Causó grande asombro á los que desembarcaron con don Pedro Fernández el aspecto miserable y ruín de la nueva ciudad; y como empezaban á desalentarse, á padecer hambres y sufrir una epidemia de disentería que mató á muchos soldados, el Adelantado Lugo resolvió enviar varias expediciones por la tierra adentro,

á someter tribus indígenas, hacerse de alimentos y buscar oro,—el anhelo constante de los Españoles.

En aquellas empresas militares Gonzalo Suárez se hizo notar por su caballerosidad, audacia y experiencia en toda suerte de guerras; y aunque enseñado á pelear con gente civilizada y en países repletos de recursos y comodidades, en breve se hizo á las costumbres del Nuevo Mundo y á las *guazabaras* indígenas. Por este motivo y por su importancia como antiguo militar de los ejércitos del Emperador, fué nombrado tercero en el mando de la expedición que, bajo las órdenes de Gonzalo Jiménez de Quesada, envió el Gobernador á descubrir por las márgenes del río grande de la Magdalena, saliendo de Santa-Marta como capitán de jinetes en Abril de 1536. Durante toda aquella penosísima jornada, Gonzalo Suárez, con la caballería, infundía tal terror á los indígenas, que bastaba que se presentase para ponerles en derrota.

Al pasar por el caudaloso río que los indígenas llamaban Saravita, el caballo que montaba Rondón fué arrastrado por la corriente y se ahogó, aunque el Capitán logró salvarse. Por este motivo los Españoles llamaron aquel río el de Suárez, nombre que conserva todavía. Distinguióse el Conquistador por su brío, fuerza moral y paciencia á toda prueba en las diferentes expediciones que emprendió bajo el Conquistador del Nuevo Reino de Granada.

Una vez partido Gonzalo Jiménez de Quesada para España,—habiendo quedado en su lugar Hernán Pérez,—éste se apresuró á mandar fundar dos ciudades en las provincias del Norte, como se lo dejó ordenado su hermano. Tocó á Suárez Rondón hacerse cargo de establecer una ciudad española en el cercado del Zaque de Tunja, y partió de Santafé á fines de Julio de 1539, y llegó á su destino, á la cabeza de una lucida tropa de caballería, en los primeros días de Agosto.

El lugar no había sido escogido por la amenidad del sitio, sino por ser el centro de las poblaciones más ricas y civilizadas que se encontraban en todas aquellas comarcas. Situada á una altura de 2,793 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura muy fría (13 grados centígrados), careciendo de aguas corrientes, teniendo casi siempre un cielo nublado, azotada por vientos fre-

cuentes y erigida sobre desiguales barrancos, Tunja, aunque muy poblada en tiempo de la conquista, no ha podido progresar como debiera, por la falta de comercio y de actividad entre sus habitantes.

Rondón hizo la fundación con las ceremonias que se usaban, tomando posesión del terreno en nombre del Rey de España, y trazó el área de la población, repartió los solares entre los Españoles que le acompañaban, nombró la iglesia que habían de erigir "Nuestra Señora de Guadalupe," puso horca y picota, y señaló el sitio en donde se debía levantar una fortaleza.

Esto se hacía el 6 de Agosto de 1539, al año completo de haberse fundado la ciudad de Santafé de Bogotá y dos años no completos después de la entrada de los Españoles en los Estados del Zaque.

III

Durante cuatro años consecutivos gobernó Gonzalo Suárez Rondón á Tunja y los territorios adyacentes. Hombre pacífico, á pesar de ser militar, era buen padre de famila, y labró para la suya una casa muy ostentosa al lado de la iglesia mayor; reservó para sí ricas encomiendas fuera de la ciudad, terrenos de labor y extensas dehesas, á donde hizo llevar desde Santa-Marta y Venezuéla crías de ganados vacunos, lanares y de cerda; que por ambas partes llegaron estos animales al Nuevo Reino de Granada. Con todos estos negocios, el malagués reunió una fortuna considerable, una de las más valiosas del Nuevo Reino.

Cuando hubo llegado á la costa Quesada y dado noticias de sus conquistas, ocurrió á Gerónimo Lebrón, entonces Gobernador de Santa-Marta, por haber muerto el anterior, subir á arrebatar de manos del Teniente General de Quesada el Gobierno del Nuevo Reino. Reunió prontamente una tropa, algunos artesanos, bastantes mercaderías de Castilla, semillas españolas y yeguas, útiles en una colonia que debería naturalmente carecer de todas las comodidades de los países civilizados. Además, en aquella expedición subieron á

Santafé las primeras mujeres españolas que vinieron á la Sabana. Como no conociesen otro camino los guías que llevaban, que eran algunos de los que habían venido en la expedición conquistadora, traían la vía del Opón, y las míseras mujeres españolas padecieron indecibles penalidades, muriendo algunas de ellas en el tránsito; y la mujer de un Henríquez, que quería establecerse en Tamalameque, fué robada por los indígenas, con quienes tuvo que vivir hasta su muerte. Después de muchos meses de tránsito, al fin Lebrón arribó á la ciudad de Vélez, en donde las autoridades (en ausencia de Galiano) no tuvieron inconveniente en reconocerle como su Gobernador.

Mientras que descansaba su tropa y recuperaba fuerzas para proseguir su viaje, Lebrón mandó avisar á Tunja y á Santafé que se prepararan á recibirle como á su caudillo. Pero si en Vélez le acogieron sin dificultad, nó fué lo mismo en Tunja ni en Santafé, en donde no aceptaban las pretensiones de Lebrón y deseaban un gobierno independiente del de Santa-Marta.

Apenas llegó la noticia á oídos de Hernán Pérez, que era hombre vivo y arrebatado, se disgustó muchísimo, é inmediatamente comisionó á dos caballeros de toda su confianza para que se vieran con Lebrón y le explicasen la situación de aquellos países, que estaban resueltos á no aceptar la jurisdicción del Gobernador de Santa-Marta. Los comisionados encontraron á Lebrón todavía en Vélez, y le dieron con mucha cortesía la bienvenida al Nuevo Reino, en nombre del Teniente del Adelantado Jiménez de Quesada; aseguráronle en seguida que Hernán Pérez estaba listo "á obedecer pecho por tierra" las órdenes de la Real Audiencia de Santo-Domigo, si en el título se expresaba que Lebrón tenía jurisdicción sobre el Nuevo Reino de Granada; pero que si no iba en esta forma el despacho, no dejaría por nigún motivo el puesto de Teniente General de su hermano el Licenciado Quesada. Añadieron que, aunque Hernán Pérez viniera en abandonar su empleo, los demás oficiales del Reino no se lo permitirían sin una orden expresa del Rey.

Contestó Lebrón, también con comedimiento y atención, que veía que Hernán Pérez partía de un error, y era pretender que se le hubiesen extendido órdenes expresas

para gobernar lo descubierto y conquistado por Quesada, cuando todas aquellas tierras pertenecían á la Gobernación de la provincia de Santa-Marta, en cuyo nombre se habían allanado, y que él, como Gobernador de dicha provincia, tenía el deber de reclamar lo suyo.

Antonio de Olalla, que fué el qué primero dirigió la palabra á Lebrón, creyó prudentemente que era mejor callar y no entrar en una disputa tal vez indecorosa, antes de recibir órdenes de su caudillo. Pero su compañero, que era Juan de Avellaneda, conquistador de Venezuela y muy impetuoso y violento, exclamó muy alterado :

—"Que vuesamerced venga con despachos más que suficientes y todo lo demás que representa, importa muy poco, si el título no expresa este Nuevo Reino; y así lo que le podía estar mejor es no moverse de esta ciudad, ni dar paso adelante, porque tengo sabido de buena parte que cuantas diligencias intentare para conseguir el gobierno le han de ser de muy poco fruto."

—"Eso será,—replicó Lebrón,—si vos y otros de semejantes caprichos fueseis los consejeros de Hernán Pérez; id con Dios y válgaos el privilegio de mensajero, que ni yo tengo de apresurar el paso por lo que digo, ni suspenderlo por lo que decís, sino proceder de suerte que sin perjuicio del puesto tiente todos los medios templados antes de poner esta diferencia en las armas." (1)

Apresuraron su partida los dos mensajeros, y llegaron en dos días á Santafé á dar cuenta de lo que decía Lebrón. Hernán Pérez, que deseaba guardar la paz, mandó otros dos caballeros á tratar con Lebrón, pero obtuvieron el mismo resultado que los primeros. Entonces el dicho Pérez mandó suplicar al Gobernador de Santa-Marta que se sirviera pasar á Tunja, en donde podría presentar sus despachos al Cabildo, el cual juzgaría entre los dos, según lo que mejor conviniera al servicio del Rey.

Lebrón emprendió entonces marcha con dirección á Tunja, engrosadas las filas de su tropa con los vecinos de Vélez, los cuales habían resuelto sostenerle en sus pretensiones, yá que le habían reconocido como su le-

(1) Piedrahita—Parte 1.—Libr. VIII.—Cap. VI.—Pág. 334.

gítimo Gobernador. Por junto contaba Lebrón con 200 infantes y 100 jinetes, todos bien pertrechados y municionados. Marchaba aquella gente (que era un ejército para la época) en són de guerra, como si atravesase un país enemigo, aunque los desgraciados naturales estaban enteramente subyugados y sometidos, al parecer, y no daban señal alguna de vitalidad.

El mismo día que salió Lebrón de Vélez, salía Hernán Pérez de Santafé con igual número de fuerza, y ambos se dirigían á Tunja. Como á un cuarto de legua de aquella ciudad se avistaron las dos tropas, é hicieron alto, aguardando cada cual que el otro rompiera las hostilidades, ó propusiese arreglos.

Con Lebrón habían subido de Santa-Marta, ó se le habían unido en Vélez, los Jefes más experimentados en las conquistas de estas tierras; á Hernán Pérez acompañaban los Capitanes de más valor que había en el Nuevo Reino. La situación era por extremo delicada, y el riesgo se aumentó cuando se vió que las vecinas faldas se cubrieron de indígenas, que salían de sus pueblos con el objeto ostensible de ver á los recién llegados (los cuales eran los primeros Españoles que veían después de los conquistadores de Quesada), pero sin duda con el secreto propósito de aprovecharse del combate de los invasores para atacarles y deshacerse de unos y otros.

Hasta entonces Gonzalo Suárez Rondón no había querido intervenir en las disputas de Lebrón y Hernán Pérez; pero cuando tuvo noticia de lo que sucedía, resolvió tomar cartas en un asunto en que peligraba la existencia de la incipiente colonia.

Montó, pues, inmediatamente á caballo, y saliendo de Tunja, fué primero á verse con Hernán Pérez de Quesada, á quien hizo comprender la necesidad que tenía de obrar con prudencia; y le obligó á darle su palabra de que no movería pie ni mano hasta que él no hubiese conferenciado con Lebrón. Pasó en seguida al campamento del Gobernador de Santa-Marta, y después de los primeros cumplimientos y besamanos del caso, le dirigió la palabra con estas ó semejantes expresiones:

—Presumo, señor, que tendriés noticia de mi persona, y por consiguiente comprenderéis el móvil que me anima en este caso, que no es mi conveniencia propia,

sino del deseo de servir á mi rey. No dudo que no faltarán malos consejeros que, deseosos de medrar en una guerra civil, os querrán precipitar á declararla; pero os suplico que me escuchéis primero.

Después de un momento de pausa continuó;

—El negocio que os ha traído á este Reino no necesita de fuego y hierro para arreglarlo, y bueno es que uséis en primer lugar medios suaves, con los cuales os acreditaréis de prudente.

Y como el otro no le contestará:

—Si tendéis la vista, añadió, por esas campiñas, las veréis cubiertas de enemigos simulados, entre quienes vivimos con las armas en las manos y el riesgo á los ojos. ¿Qué pensáis que les arrastra de sus casas, sino la novedad de nuestra división, esperando de ella la libertad á que aspiran? Si vencéis, como aseguran los que os engañan, bien se ve que no será tan sin daño vuéstro, que no perezca la mayor parte de vuestro ejército. La muchedumbre de aquellos bárbaros no esperaría entonces sino el remate de la batalla para triunfar á su salvo.... Y decidme: si así sucediera, ¿quién podría refrenar la osadía de varias naciones reunidas? ¿quién librar las ciudades del saqueo y del incendio, y reducir las provincias sujetas á nuestro rey y perdidas por nuestra culpa? Creedme, señor: unidos todos, todavía tenemos riesgo de perecer: ¿qué sería si riñésemos?

Y como notase que al fin sus palabras hacían alguna impresión en el Gobernador, continuó diciendo:

—¿Y sería posible que siguiéramos aquí el afrentoso ejemplo que nos han dado en el Perú los Almagros y los Pizarros, entablando una lucha entre vasallos del mismo rey? Y por último,—y este es mi argumento más poderoso y qué quizás no os han aducido antes,—y es que hemos mandado poderes al Real Consejo pidiendo encarecidamente que se divida este Nuevo Reino, de la Provincia de Santa-Marta. Así, pues, si os place ceder esta vez á las exigencias del Teniente de Quesada, obraréis con saludable prudencia, de manera que cuando presentéis vuestra queja á la Corte, si la presentáis, nada os servirá tánto en vuestro litigio y de mejor títtlo para ser premiado por nuestro monarca, según vuestros méritos, que el haber evitado que se alborote la tierra. (1)

(1) Véase Piedrahita—Parte 1.ª—Lib. VIII—Cap. VI.

Lebrón, ya más templado con las razones de Rondón, no encontró respuesta que darle en favor de sus pretensiones, y contestó que deseaba conferenciar á solas con Hernán Pérez enmedio del campo. Este vino en ello sin dificultad; y señalado el sitio, se dirigieron á éste los dos caudillos á pie, desarmados y sin más distintivos que las espadas al cinto, arma que no abandonaba jamás un caballero de aquellos tiempos.

Después de haber hablado á solas, los dos Jefes resolvieron que fingirían someterse á la decisión de los Cabildos de Tunja y Santafé; pero la verdad era que Hernán Pérez se dió sus trazas de ofrecer á Lebrón un arreglo pecuniario, comprándole á precios fabulosos los negros esclavos que llevaba (que fueron los primeros que vinieron al Nuevo Reino y causaban el mayor asombro á los Indios), las caballerías, las semillas y mercaderías españolas, lo cual le dijo que le produciría una cuantiosa suma, capital que le serviría para retirarse de la vida pública y vivir de sus rentas en donde quisiese. (1) Y así lo hizo Lebrón: aceptó la sentencia adversa á sus pretensiones que dictaron los Cabildos, y á pocos días regresó á Santa-Marta, cargàdo de oro y esmeraldas, y de allí pasó á Santo-Domingo, en donde acabó su vida, "bien acrecentado de caudal, dice Piedrahíta, y libre de los bajíos en que los gobernadores peligran con el mando y la codicia."

IV

Una vez arreglado aquel asunto con Lebrón, Hernán Pérez se ocupó activamente en preparar una expedición en busca del Dorado, de que tánto hablaban los expedicionarios de Federmann y los de Belalcázar.

Pero con el objeto de no dejar atrás ningún peligro de alzamiento de los naturales, resolvió mandar matar al último Zaque de Tunja y á varios capitanes y caciques de los Indios, que se decía tramaban una conspiración para sublevarse. Aquimenzaque era joven, inteligente, y se había convertido sinceramente al cristianis-

(1) Rodríguez Fresle—CONQUISTA Y DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO REINO.

mo, según dicen los cronistas; pero su persona era grandemente respetada por sus súbditos, de manera que Hernán Pérez vivía temiendo que lograran al fin unirse bajo las órdenes del Zaque, y si atacaban todos juntos á los Españoles, sin duda acabarían fácilmente con éstos.

La historia no dice si Gonzalo Suárez Rondón favoreció ó aconsejó aquel crimen de lesa-humanidad; es posible que no fuera culpado, pues no se registra de él ninguna acción cruel, ni su nombre suena en la desapiadada hazaña de Hernán Pérez; pero tampoco mencionan los cronistas el nombre de Rondón con el de los Capitanes Olalla y Venegas, que intercedieron por los míseros indígenas para que no les diesen muerte, y aunque sus súplicas fueron vanas, la Historia les honra por los esfuerzos que hicieron.

Una vez quitado aquel riesgo, Hernán Pérez se puso en marcha por la vía de los Llanos, y dejó como Gobernador interino á Gonzalo Suárez Rondón, á quien le tocaba, por ser Justicia Mayor del Nuevo Reino de Granada.

Subyugados por completo y profundamente afligidos con la muerte de sus caciques y caudillos, los indígenas parecían resueltos á guardar una paz duradera; pero la rapacidad de uno de los encomenderos de Tunja les exasperó tánto, que todas las tribus de la provincia se sublevaron de repente, á poco de haber partido Hernán Pérez. ¿Acaso la acusación que se le hizo al Zaque tendría un fondo de verdad, y sería cierto que tenía yá tramada la conjuración contra los Españoles cuando le mataron? Algunos de sus propios súbditos le acusaban, pero generalmente se ha pensado que aquello no era sino un pretexto de Hernán Pérez para llevar á cabo su proyecto, y que las acusaciones eran simuladas. ¿Y qué sabemos si con aquella cruel acción los Españoles no hicieron sino defenderse? Es cierto que nos conmueven hondamente las desgracias de los dueños de la tierra; mas siempre, en todos los tiempos y en todas las épocas, los invasores y conquistadores han cometido actos sanguinarios, cuando es cosa averiguada que la vía de la clemencia es mucho más segura que la de la fuerza brutal. ¿Pero qué entendían de misericordia ni de paciencia aquellos fieros conquistadores? Ellos se defendían como podían, y derramaban sangre, porque creían ser esa la única manera de hacerse temer y respetar.

Rondón, sin embargo, era muy astuto, y creyó ganar más partido entrando en arreglos con los caciques más poderosos que atacándoles con las armas en la mano. Una vez que notó que la sublevación era tan general que pocos pueblos habían permanecido fieles á los Españoles en toda la provincia de Tunja, envió primero uno de sus más valientes Jefes al Cacique de Ocabitá, el cual se presentó desarmado en el campamento indígena, y habló al Cacique con tánta dulzura y benevolencia, que éste se rindió con la condición de que no se trataría de vengar la muerte del encomendero que había sido asesinado (1) por los Indios en castigo de su rapacidad, y que en adelante mandarían encomenderos que se contentasen con tributos moderados y fuesen menos codiciosos. Con esto quedó pactada la paz, y tras del de Ocabitá se entregaron los demás sublevados de la provincia de Tunja, la cual se sometió desde entonces y para siempre al yugo español.

Gobernaba Gonzalo Suárez, según parece, á contentamiento de muchos, aunque se manifestara enemigo de conquistas sanguinarias; y cuando trabajaba para que adelantase la colonia que se le había encomendado, tuvo noticia, al empezar el año de 1543, que subía al Nuevo Reino otro Gobernador, nombrado expresamente por el Rey, y cuya autoridad era tan legítima que no se le podía negar obediencia. Venían con éste algunos conquistadores que habían bajado á la Costa por estar descontentos con el gobierno de Rondón, según refiere Piedrahita, aunque este historiador no dice el motivo. Seguramente el descontento consistiría en que les impidiera cometer injusticias con los indígenas de sus encomiendas; pues, como hemos dicho, Gonzalo Suárez no tiene sobre su nombre mancha ninguna de crueldad: era un verdadero caballero, y siempre manifestó en sus actos una patente nobleza de hidalgo.

El nuevo Gobernador era nada menos que el competidor de Quesada, el tipo más completo del ambicioso de mala ley, que no se paraba jamás en medios para tratar de lucrar y contentar su desmedida pasión de oro é insaciable codicia. Don Luis Alonso de Lugo traía una lucida expedición de España, abundantes mercaderías

(1) Mateo Sánchez Cogolludo.

y frutos europeos, caballerías y ganado vacuno, todo lo cual le produjo una fortuna, á pesar de haber perdido gran parte de ella en un viaje muy largo y penosísimo.

Apenas tuvo noticia Rondón de que se acercaban compatriotas por medio de los cerros que demoran del otro lado del Opón, y que venían muertos de hambre y enfermedades, después de un año de marcha por los lugares más agrios y desapacibles de la serranía, cuando inmediatamente mandó baquianos á que les llevasen recursos y guías para que les señalasen los caminos. Por toda la vía,—dice Piedrahita,—hizo que levantasen chozas en que se hospedasen los viandantes, en donde encontraban mesas abastecidas con los mejores alimentos de la tierra: venados, conejos, tórtolas y perdices, grande abundancia de pan de maíz, de yucas y batatas para los soldados, y bizcochos de trigo para el Adelantado Lugo y "gente lustrosa" que venía con él, á quienes, entre otras delicadezas, agradó mucho hallar jamones tan buenos como los de España, hechos en Tunja y Santafé. (1)

Llegó Lugo á Vélez con treinta caballos de los doscientos con que había emprendido marcha, y setenta y cinco soldados de los trescientos que tenía al empezar la jornada: ¡ tánto habían sufrido en el camino!

Rondón fué á recibirle personalmente con señales de consideración y cariño, en memoria de su padre, D. Pedro Fernández de Lugo, bajo cuyas órdenes habían militado juntos en la Gobernación de Santa-Marta. Entrególe además el mando del Nuevo Reino, y todos los Capitanes le hicieron pleito homenaje como al representante del Rey de España.

Pero no convenía á Lugo que aquellos conquistadores le considerasen amigo suyo, pues su intención era arrancarles cuanto habían ganado en los años que habían pasado en aquel Nuevo Reino; así fué que rechazó con semblante severo y altivo los amables ofrecimientos y atenciones de los que le salieron á recibir; y como éstos le manifestaron su sorpresa y disgusto, él fingió llegar muy enojado con las noticias que había re-

(1) Yá para entónces se habían propagado y abundaban los cerdos que había introducido Belalcázar en el Nuevo Reino, en 1539.

cibido de su conducta y del manejo cruel que habían tenido para con los indígenas.

Apenas se aposesionó del mando el Adelantado, mandó levantar sumarios contra los Conquistadores, anuló los repartimientos de encomiendas que los Quesadas habían hecho, y declaró que tomaba posesión de todas ellas mientras no se hiciesen nuevos repartos. Sabiendo que Gonzalo Suárez poseía grande influencia en el país y era el más rico de todos los Conquistadores, le mandó prender y encadenar, y con él á todos sus amigos y parciales, contra quienes fulminó procesos y causas criminales.

Apremiado por sus compañeros para que procurase poner algún alivio á sus desgracias, yá que su orgullo no le permitía hacer esfuerzos para defenderse, Gonzalo Suárez al fin hizo saber á Lugo que si continuaba en sus tropelías, le podrían costar caro, porque no faltarían amigos en España que pusiesen quejas de su conducta ante Carlos V, y que no creyese que los Conquistadores estaban tan desamparados de parientes, que algunos de ellos no tuviesen en la Corte personas que fácilmente se hiciesen oir del Rey. Además, Rondón dispuso que Lugo tuviese conocimiento de una real cédula que Gonzalo Jiménez de Quesada había obtenido del Emperador, en la cual ordenaba que ninguno de los Gobernadores que pasasen á Indias despojase á los Conquistadores de sus primeros repartimientos.

Semejantes amenazas enfurecieron á Lugo sobremanera, y aunque aquello le obligó á reportarse en sus actos contra algunos de los Conquistadores, arreció su enemistad hacia Rondón y resolvió perseguirle hasta dejarle en la miseria: mandó rematar todos sus bienes, y arbitrariamente puso en tormento á su cuñado Pedro de Loaysa, casado con doña María Suárez Rondón (1), á quien apretó tánto en el tormento, que al fin dijo y declaró cuanto les dañaba.

(1) Ocariz la llama *María* y Piedrahita *Catalina*. Pedro Vásquez de Loaysa fué conquistador de los de Belalcázar, soldado de Arias Maldonado. Era natural de Málaga, y no se sabe si cuando vino al Nuevo Reino yá era casado con la hermana de Rondón, ó si se enlazó con ella cuando el Conquistador de Tunja trajo al Nuevo Reino á su familia.

Entre los tesoros que poseía Rondón los cronistas mencionan una esmeralda tan grande como un pomo de espada, de la cual se apoderó el Adelantado, y se aseguró que era la más bella de cuantas tenían los Indios. ¿Qué fué de ella? ¿En dónde ha venido á parar? Quizás se hallará entre los tesoros del Rey de Sajonia, en el museo de Dresden, en donde se señala una colección de hermosísimas esmeraldas regaladas por un rey de España á aquel monarca. Probablemente Lugo dispondría de las mejores joyas que arrancó á los Conquistadores, á su regreso á la Corte, y las más valiosas llegarían á manos del Emperador. Sería curioso conocer las vicisitudes de aquella famosa esmeralda, desde que los indígenas la arrancaron de la tierra hasta el día de hoy.

Lugo mantuvo en prisiones al Conquistador de Tunja durante nueve meses, y aunque le había quitado cuanto poseía, le obligaba á pagar treinta pesos de oro diarios para obtener algunas comodidades! Al fin, cuando comprendió que Rondón yá no poseía nada propio, ni sus parientes y amigos tenían más que prestarle, resolvió abrirle las puertas de la cárcel y ponerle en libertad. Deseaba verle pobre y humillado y gozarse en su miseria, para vengarse de las amenazas que contra él había proferido. Lugo no era hombre sanguinario naturalmente, y atormentaba á los que poseían bienes de fortuna sólo con el objeto de quitarles lo que tenían, en provecho propio.

V

Entre tanto Hernán Pérez de Quesada había regresado del desdichado viaje que hizo en busca del ilusorio Dorado, y habiendo salido hasta la provincia de los Pastos y encontrádose con un hermano menor, Francisco (1), volvió con éste al Nuevo Reino al promediar el año de 1543. Apenas tuvo noticia Lugo del arribo de los Quesadas, cuando les mandó encarcelar y seguir

(1) Francisco Quesada, hermano de Gonzalo y de Hernán Pérez de Quesada, había pasado al Perú con Almagro; pero, sin duda, poco había ganado en aquellas conquistas cuando se unió á la desastrosa expedición de su hermano y regresó con éste al Nuevo Reino de Granada.

causa criminal, como había hecho con los otros Conquistadores. Pero éstos, menos sufridos que Rondón, movieron todas sus influencias y levantaron declaraciones secretas contra Lugo, las cuales lograron mandar á España subrepticiamente con algunos Oficiales reales, á quienes Lugo había tratado de atropellar para arrancarles los *quintos* del rey que ellos custodiaban.

El Adelantado tuvo, sin embargo, noticia de aquel hecho, y como no se atreviera á vengarse públicamente en los Quesadas, que eran muy respetados y queridos en la Colonia, permitió que sus parciales dieran muerte dentro de la cárcel á un desgraciado escribano que se había prestado á dar testimonio contra él, aunque aseguró no haber dado orden alguna de que le matasen. En seguida resolvió abandonar su Gobernación y pasar á la Corte, con el objeto de llegar inmediatamente después de los que llevaban las declaraciones contra él. Tenía seguridad de poder cohechar, con los inmensos caudales que llevaba consigo, á cuantos jueces trataran de juzgarle, y con el fruto de sus robos escandalosos hacerse de amigos é influencias en la Corte, de manera que no permitiesen llegar el eco de las quejas de los colonos á oídos del Emperador.

Pero antes de partir desterró del Nuevo Reino á los Quesadas y les obligó á que saliesen de él inmediatamente, y además, para no dejar ningún enemigo influyente atrás, aprehendió de nuevo á Rondón, y, aherrojado, le hizo meter en un bergantín en el Magdalena y bajar en su compañía hasta Santa-Marta. Según Piedrahita, Lugo tenía esperanzas de que el Conquistador de Tunja perdería la vida en aquel penosísimo viaje, por climas malsanos y careciendo hasta de las menores comodidades; pero no lo logró, si esa fué su intención, pues éste llegó á Santa-Marta sin novedad alguna, yá entrado el año de 1545. En aquel puerto Lugo compró un buen navío para embarcar sus tesoros, y aun no satisfecho con sus riquezas fué costeando por las orillas del mar, llevando consigo á su prisionero, en solicitud de las pesquerías de perlas, y apoderándose de cuantas halló á mano durante el tránsito.

Pero la suerte no le fué siempre igualmente propicia. Habiendo llegado al Cabo-de-la-Vela, en donde había un pequeño caserío en aquel tiempo, supieron los ve-

cinos del lugar que llevaba preso á Rondón, á quien conocían y estimaban mucho, y resolvieron hacerle soltar la presa. Arremetieron, pues, una madrugada á Lugo, armados con lo que pudieron hallar á mano, y pidieron al Adelantado que soltase al preso. Como aquél se negase á ello, los amigos de Rondón quitaron el timón y las velas al buque é hicieron saltar á tierra á la tripulación. Asustado Lugo con aquello y temiendo perder sus tesoros, no solamente puso en libertad al Fundador de Tunja, sino que devolvió, como se lo exigieron, las perlas pertenecientes á las arcas reales que había salteado, en cambio del timón y demás arreos que le habían quitado, y embarcándose apresuradamente con sus marineros, se hizo á la vela con dirección á la isla Española, en donde pensaba hacer escala antes de seguir para Europa. (1)

En el Cabo-de-la-Vela Rondón encontró al Obispo de Santa-Marta, Fray Martín de Calatayud (que aguardaba allí una embarcación para ir á su Diócesis), el cual le acogió con mucho cariño, le llevó á su posada, y le proporcionó recursos, que yá no tenía ningunos el antes poderoso Conquistador de Tunja. Cuenta el cronista Castellanos (aunque ningún otro historiador refiere el lance) que estando en el Cabo-de-la-Vela nuestro Conquistador, aguardando una embarcación para pasar á Cartagena á pedir justicia al Visitador Armendáriz que acababa de llegar á aquel puerto, los vecinos se le acercaron llenos de pavor á decirle que se aproximaban á aquel punto las embarcaciones de un pirata francés que el año anterior había cometido mil crueldades en esas costas. Como aquel miserable caserío no tenía armas con qué defenderse, ni fortaleza en donde guarecerse, empezaban los vecinos á poner piés en polvorosa, cuando Rondón les detuvo, diciéndoles que él se daría sus trazas para impedir que los piratas les hiciesen mal alguno. Aseguróles que no tocarían en tan pobre caserío, sino para hacerse de agua y recoger las perlas que pudieran, y que de seguro los principales buques continuarían su marcha, enviando al Cabo-de-la-Vela apenas algún barco de menor tamaño, pobremente tripulado. El desalentar á éste, dijo, no sería muy difícil

(1) Piedrahita.—Pág. 421.

empresa; así, pues, juntó prontamente los pocos Españoles que había en el lugar, que apenas alcanzaban á sesenta; á veinte de éstos hizo montar á caballo y les desplegó sobre la playa, los de adelante bien armados, y los otros llevando en las manos algunas adargas viejas que de lejos parecían sanas. Reunió, además, á los Indios y á los negros de la granjería, que llegaban hasta trescientos cincuenta, á los cuales puso en actitud de batalla con arcos y flechas unos, y otros armados con varas largas que podían parecer lanzas, y aguardó á que se acercase la carabela que los piratas habían destacado de la flotilla.

Sucedió como lo había pensado nuestro Conquistador. No bien hubieron notado los piratas que iban en la embarcación los aprestos bélicos de los habitantes del Cabo-de-la-Vela, cuando se detuvieron al entrar en el puerto, y después de consultarse entre sí izaron bandera blanca. Rondón contestó de la misma manera, y ocultando detrás de las casas á los que no estaban bien armados se adelantó con los demás á recibir á los piratas, á quienes sin duda hablaría en su lengua, pues debió de haberla aprendido en los largos años que militó en los ejércitos del Emperador, visitando gran parte de Europa. Después de una corta conferencia con el caudillo de los Franceses, permitió que saltasen á tierra algunos de los piratas (cambiando rehenes), con el objeto de que negociasen con los pobladores del lugar las mercaderías extranjeras que llevaban, por las perlas y alimentos que necesitaban, y al cabo de algunas horas de permanencia en tierra, sin hacer daño alguno, los piratas se volvieron á embarcar y fueron á incorporarse en la flotilla que hacía rumbo hacia las otras colonias españolas, en donde cometieron toda suerte de maldades y robos.

De esta manera Suárez Rondón salvó de la ruina y quizás de la muerte á aquella población que le había amparado y acogido en su desgracia, de lo cual quedaron sumamente agradecidos sus pobladores y pasmados de su astucia y conocimiento del mundo.

Pocos días después de aquel acontecimiento aportó al Cabo-de-la-Vela, á tomar agua, la nave *Capitana* que enviaba, en vía para Cartagena, la Audiencia de Santo-Domingo con los desterrados por el Adelantado Lugo,

entre los cuales iban los dos hermanos de Quesada, á quienes se les había alzado la injusta sentencia.

Holgóse mucho Gonzalo Suárez cuando se encontró con sus dos amigos Hernán Pérez y Francisco Quesada, los cuales ofrecieron llevarle á él y al Obispo á Cartagena y á Santa-Marta en la embarcación en que iban. Pero sucedió, para su desgracia, que cuando quisieron hacerse á la vela, los vientos eran contrarios, y fué preciso aguardar en el puerto á que cambiasen.

Estando una tarde todos los pasajeros reunidos sobre cubierta en la *Capitana*, jugando alegremente á los naipes, empezó á nublarse el tiempo, oscurecióse el horizonte, y la mar se hinchaba y suspiraba como si adivinase que se preparaba una tormenta. Los jugadores veían ya imperfectamente los naipes, y tenían que agacharse para distinguirlos, cuando de repente, sin previo anuncio, rasgó el aire un terrible rayo que dejó ofuscada y aturdida á toda la tripulación con el estruendo.... Cuando los sanos volvieron en sí, hallaron muertos á los dos hermanos Quesadas, rota una pierna á Rondón y herido en un brazo al Obispo; además, muerto un General Archuleta y dos marineros de la tripulación.

Yá se puede imaginar cuál no sería la consternación de los circunstantes con tan espantable suceso. Desembarcaron á los muertos con grandes demostraciones de dolor, dice Piedrahíta, y les dieron honrosa sepultura en aquel triste caserío, y en seguida, yá con buen viento, continuó su viaje la *Capitana*, llegando pocos días después á Cartagena (no sin haber dejado al Obispo en Santa-Marta), en donde Rondón se presentó á Armendáriz á pedir justicia, suplicándole revocara las sentencias fulminadas por el Adelantado Lugo y que se le devolvieran sus bienes injustamente embargados.

Armendáriz envió inmediatamente á Santafé á un joven sobrino suyo, Pedro de Ursúa, el cual se ocupó activamente en reparar el mal hecho por Lugo; y Suárez Rondón no solamente recuperó todos sus bienes en el Nuevo Reino, sino que, habiendo puesto pleito á Lugo en España, logró que éste le devolviese algo de los muchos tesoros que le había tomado violentamente.

Sin duda nuestro Conquistador vivió desde entonces hasta su muerte, acaecida largos años después, entregado á los goces de su hogar y á la administración de

las cuantiosas haciendas que tenía en Tunja, pues no volvemos á tropezar con su nombre en las crónicas contemporáneas sino una vez, que fué cuando se temió que el tirano Aguirre invadiese el Nuevo Reino. Entonces se dijo que había levantado una fuerza en Tunja, á cuya cabeza iba á ponerse para atajar la marcha de Aguirre, cuando se supo que éste había sido muerto en el Tocuyo en 1561.

Gonzalo Suárez Rondón murió en Septiembre de 1579, en el mismo año que su caudillo Jiménez de Quesada. En su testamento del 14 de dicho mes, declaró que dejaba cuatro banderas y estandartes muy ricos que había traído de España, y otros pendones y estandartes, para que los pusiesen en la capilla que edificó en la iglesia parroquial de Tunja para su sepulcro, con rica capellanía de misas para el bien de su alma. Los estandartes debían sacarse en memoria suya todos los años en la procesión del Corpus y reponerse cuando se acabaran .... Aquellos hombres heroicos tenían tan firme creencia en lo porvenir, que mandaban desde su tumba y al través de los siglos que se diera culto á la Divinidad en su nombre, y si ellos morían querían que se supiese que su FE vivía en sus herederos!

Rondón dejó de su matrimonio dos hijos: Miguel y Nicolás, y dos hijas: Marta é Isabel. Miguel duró muchos años casado y no dejó sucesión; el segundo tuvo dos hijos varones que murieron solteros; una de sus hijas fué monja de la Concepción en Tunja, y la otra casó con un Cristóbal Núñez de la Cerda. Así, pues, según el Nobiliario de Ocariz, Rondón no dejó hijos legítimos de su nombre en el Nuevo Reino de Granada, ni hay quien realmente lleve sangre suya en sus venas.

Este conquistador es uno de los pocos cuyo nombre jamás fué manchado con sangre inocente, y su memoria debe guardarse como la del tipo del caballero digno de los más honrosos recuerdos.

MARTIN GALIANO.

(FUNDADOR DE VÉLEZ.)

I

Entre los conquistadores que subieron al Nuevo Reino de Granada con Gonzalo Jiménez de Quesada, se distinguía particularmente un gallardo oficial que había militado en Italia con don Antonio de Leiva: llamábase Martín Galiano, y era hijo de familia italiana, oriunda de Génova, establecida en Valencia, en donde él nació. (1) No hemos podido descubrir cuál era la posición social de Galiano, y seguramente, á pesar de los abuelos que le inventó Ocariz, su nacimiento debió de ser humilde; acaso serviría en Italia como soldado raso, y nada más, dado que en la expedición de Quesada era simplemente Alférez de la compañía que comandaba el Capitán Lázaro Fonte.

No mencionan los cronistas el nombre de este oficial en ninguna proeza particular de todas las campañas de Quesada, en el Imperio de los Muiscas y de los Zaques; y sólo al hablar de una expedición que hizo el Capitán San-Martín á los Llanos, hacen memoria de él por primera vez.

(1) Dice Ocariz, con su salerosa candidez, que aquella familia era del linaje del Emperador Galeno, ó de uno de los primeros Gobernadores de Venecia que llevaba aquel nombre; y podía también haber dicho que era descendiente del famoso Galeno, médico griego. El apellido indica por sí sólo procedencia gálica, ó de Galia ó Gaglia.

Dicen los cronistas que iba San-Martín con sus compañeros transitando trabajosamente por unas laderas resbalosas, en las cumbres de las serranías que miran hacia los Llanos, cuando vieron venir sobre ellos una tropa de indígenas armados con flechas y macanas. Como estaba lloviendo, los Españoles habían desensillado los caballos para que no se mojasen las monturas, y cada uno llevaba del diestro el suyo, bajando dificultosamente por los despeñaderos. Cuando se vieron acometidos por la turba de salvajes, todos se detuvieron sin saber cómo defenderse en la estrechez de las veredas, donde resbalaban como si caminasen sobre jabón y los caballos apenas podían tenerse en pie. Pero Galiano no perdió la cabeza, y obligando á su caballo á subir á un alto, montó en pelo y empezó á dar gritos y blandir la lanza con ademanes desesperados, con el objeto de espantar á los Indios; consiguió su objeto, pues los salvajes, viendo aparecer de repente aquel monstruo (creyeron que caballo, hombre y lanza eran una sola persona), se asustaron tánto, que echaron á correr y fueron á ocultarse en los adyacentes páramos, sin volver á molestar á los Españoles en su tránsito.

No obstante el silencio que guardan los historiadores acerca de los hechos de Galiano, debió de ser muy estimado por su caudillo, porque cuando, en Mayo de 1539, se embarcó Quesada en vía para España, dejóle encomendada una obra importante: la de fundar una población en la provincia de Chipatá, que sirviera de núcleo para la conquista de aquellas comarcas, y de lugar propio para atender á las necesidades de los Españoles que entrasen en el Nuevo Reino por esa vía. Además, le dejó orden de que pusiese el nombre de Vélez á la nueva población, sin duda como recuerdo de Vélez-Rubio ó Vélez-Blanco, en la diócesis de Almería, ó más bien, de Vélez-Málaga, hermosa ciudad de la costa del Mediterráneo, en cuyas cercanías se dijo que tenía propiedades el padre del Conquistador. (1)

(1) Se equivoca, pues, el señor Groot (HISTORIA ECLESIÁSTICA DE NUEVA GRANADA) cuando afirma que Galiano puso el nombre de Vélez á la ciudad que fundó, por ser oriundo de aquel lugar de España.

Galiano salió de Santafé á mediados de Junio de 1539, con algunos infantes y caballería escogida, y seis días después llegó á un pueblo indígena llamado Tinjacá, poblado por naturales industriosos entregados á la fabricación de loza, de pacíficas costumbres y fundado en país suave, ameno y de temperatura deliciosa (19 gr. cent.) Algunos de los compañeros de Galiano propusieron fundar allí á Vélez, pero al caudillo pareció no estar suficientemente lejos de Santafé, y continuaron la marcha hasta otra población, también de pacíficos moradores, en clima agradable y sano, llamada Suta, cerca de la laguna de Fúquene. Pasó, sin embargo, de largo por allí Galiano, sin querer detenerse, como se lo pedían sus compañeros, y no quiso parar mientras no llegó á un sitio en las márgenes de un riachuelo llamado Ubasá, el cual desagua en el Suárez ó Saravita. Parecióle aquel lugar el más propio para el objeto que se había propuesto Quesada, por estar en terrenos del cacique de Chipatá, que era amigo de los Españoles, y no tan distante de las serranías de Carare, camino que entonces se creía ser el mejor para comunicarse con el Magdalena y la Costa.

Planteado allí el real, Galiano pasó á fundar la ciudad de Vélez el 3 de Julio del mismo año, y con todas las ceremonias del caso trazó la población futura y repartió solares entre los que le acompañaban. Aquella fué la segunda ciudad española fundada en el Nuevo Reino de Granada. Sin embargo, Vélez no subsistió en aquel lugar: á poco notaron que el sitio tenía muchos inconvenientes, y el 14 de Septiembre resolvieron pasar la población al otro lado del río Suárez, donde ahora se halla. La ciudad demora en una meseta inclinada, al pié de una peña de más de cuatrocientos metros de altura, que se levanta casi abrupta sobre la población como un altísimo muro escalonado. Goza de un clima de 20 grados centígrados por término medio, y produce inmensa variedad de frutas y granos alimenticios; hoy día cuenta la ciudad con una población de cerca de doce mil habitantes. En el mismo lugar que ocupa la iglesia parroquial señaló Galiano el sitio del primer templo católico que se levantó en aquella provincia, el cual dedicaron á la Santísima Cruz.

Inmediatamente empezaron los Españoles á fabri-

car las habitaciones necesarias, ayudados por los indígenas comarcanos, quienes á ello se prestaron con gusto, edificando en primer lugar la iglesia y el hospital, y con los súbditos del Cacique de Saboyá sembraron extensas plantaciones de papas, maíz y otras sementeras en los alrededores de la naciente ciudad y en los cerros de las cercanías.

Viendo que los naturales eran pacíficos y parecían estar satisfechos y contentos con sus conquistadores, Galiano resolvió dejar en Vélez la mayor parte de los Españoles más trabajadores, y, poniéndose á la cabeza de los más denodados de sus compañeros, salir á visitar las vecinas comarcas, sin duda con la mira de buscar oro, que era el constante anhelo de los invasores. Los indígenas comarcanos le recibieron de buen grado, y por medio de sus intérpretes les hizo saber que en adelante yá no eran libres, sino súbditos del rey de España, de quien él era delegado y á quien debían ofrendar las prendas de oro que tuviesen. Como el Español no les hizo ningún mal, á pesar del terror que les infundía, de la fiereza de su aspecto y del de los caballos, unido al estruendo de las armas que llevaban, los naturales convinieron fácilmente en declararse súbditos platónicos de un poder que no veían y cuyos delegados parecían mansos y se contentaban con fruslerías que aquéllos poco apreciaban. Así, pues, en breve regresó Galiano á la recién fundada ciudad con un corto botín, pero en toda paz y sosiego.

Mientras que acababa de ordenar las encomiendas y repartir los Indios que vivían más cerca, envió á un Español llamado Juan Alonso de la Torre á recorrer y someter las tierras de dos caciques poderosos,–Cocomé y Agataes,–los cuales se habían mostrado dispuestos á entablar amistad con los Españoles. Efectivamente, los súbditos de Agataes y de Cocomé recibieron con mucho agasajo á los Españoles y les socorrieron con cuanto tenían. Pero como La Torre no encontrase las minas de oro que le habían dicho hallaría en aquellas tierras, siguió su jornada en demanda de los lugares que le señalaron como muy ricos. Mas á medida que se internaban por aquellas serranías, el camino se hacía más y más difícil de traginar, hasta el punto, dice Piedrahita, que al fin "dieron en un paso de peña tajada que

tenía prolijo y peligroso el repecho, por el riesgo de caer en la profundidad del duro suelo, de tal suerte que para emprenderlo los naturales se valían de escalas de bejucos asidas á troncos de árboles que había en la cumbre, á la manera que se ve en las jarcias de los navíos. A la mano derecha de la peña nace en lo más elevado una fuente caudalosa, que desde su origen y sin tocar en otra piedra se precipita por el aire hasta la profundidad de la tierra más vecina, donde la reciben los troncos desatada en rocíos." Por caminos semejantes y pasando peligros y trabajos inauditos, los compañeros de La Torre continuaron su marcha en busca del tan ansiado metal. Pero en vano sufrieron aquellas penalidades hasta ir á dar con el río Carare; no encontraban sino muy ligeros rastros de oro, y mucho menos las ricas minas de que les habían hablado: en nada apreciaban estos hombres las riquezas vegetales que encerraba aquella zona, la que hoy día se encuentra casi en el mismo estado que entonces; las selvas están aún más salvajes y solitarias, porque la raza indígena ha desaparecido y la blanca no prospera en semejantes climas. (1)

(1) No há muchos años que describía de esta manera las selvas del Carare uno de nuestros más pulcros y elegantes escritores: "Las selvas del Carare no ceden en riquezas de todo género á las de la hoya del Minero, y las sobrepujan en majestad. Desde que se entra en el laberinto de colinas que ciñen los tortuosos pliegues del río Guayabito, se viaja por medio del alto bosque que á la derecha ó izquierda limita la fangosa línea del camino, siempre bajo la sombra, siempre húmedo y denso el ambiente, en términos que, disparado un tiro de escopeta, permanece quieto el humo de la pólvora largo rato, sin ascender ni disiparse. El caucho, el almendrón y el ceibo, colosos de vegetación, yerguen sus copas por encima de los demás árboles, cobijándolos con sus gigantescas ramas, mientras el tronco redondo y recto, cuya circunferencia ocupa un grande espacio, sostiene y alimenta profusión de árboles menores, enredaderas semejantes á gruesos cables, y tribus enteras de parasitas sembradas en todas las axilas de las ramas. Cuando uno de estos colosos cae desarraigado por el huracán ó minado por la vejez, abre en el bosque una ancha calle, tronchando y sepultando bajo sus ruinas cuanto alcanza, y entonces el oscuro tronco forma una eminencia prolongada que se cubre de arbustos é interrumpe la llanura con la apariencia de una larga colina; tal es la grandeza de estas ruinas ve-

Disgustados con la carencia de lo que buscaban, La Torre y sus compañeros empezaron á tratar mal á los Indios, salteando las inermes poblaciones para robarlas y llevándose cautivos á los indígenas que encontraban más robustos y mejor formados. Así, al regreso, en lugar de encontrar con los agazajos con que les recibieron los Agatáes y Cocomés, hallaron las poblaciones desamparadas y sus moradores asilados en los altos riscos, preparándose para atacar á los invasores, lo cual llevaron á cabo con gran vocería y ruido de instrumentos bélicos. Arrojaban los indígenas sobre los Españoles, desde lo alto de las peñas, gruesas piedras y flechas, y éstos se defendían con gran denuedo de los escuadrones de naturales que bajaban á acometerles de

getales, imponentes aunque postradas. Enumerar las miríadas de animales que pueblan la selva, sería imposible. Encima es un interminable ruido de aves, que ora sacuden las ramas al volar pesadamente, como las pavas y paujíes, ora alegran el oído y la vista, como los jilgueros, las diminutas *quinchas* (colibrí) ó el sol-y-luna, pájaro de silencioso vuelo, brillante cual mariposa, que lleva en las alas la figura del sol y de la luna creciente, de donde le viene el nombre. Al rededor remueven el ramaje multitud de cuadrúpedos, y los inquietos *zambos* corren saltando de árbol en árbol á atisbar con curiosidad al transeunte, las hembras con los hijuelos cargados á la espalda, y todos juntos en familia chillando y arrojando ramas secas; mientras más á lo lejos los araguatos, sentados gravemente en torno del más viejo, entonan una especie de canto en que el viejo gruñe primero y los demás le contestan en coro. Bajo los piés y por entre la yerba y hojarascas se deslizan culebras de mil matices, haciéndose notar la cazadora por su corpulencia y timidez, y la lomo-machete, de índole fiera, cuerpo vigoroso, coronada de una cresta y armada de una sierra que eriza sobre el lomo al avistar al hombre, lo que afortunadamente sucede raras veces; en ocasiones saltan de repente lagartos enormes, parecidos á las iguanas, y huyen revolviendo la basura del suelo: en otras nada se ve, pero se oye un sordo roznar en la espesura, y el ruido de un andar lento al través de la maleza; de continuo y por todas partes la animación de la Naturaleza en el esplendor de su abandono; y á raros intervalos, á orillas del camino y escondida, se encuentra la choza miserable de algún vecino de Guayabito, pálido y enfermizo, ó cubierta la cutis con las feas manchas del carate. El hombre está de más en medio de aquellas selvas, y sucumbe sin energía, como abrumado por el mundo físico.

Ancízar,—PEREGRINACIÓN DE ALPHA.—Pág. 100.

cerca, ya haciendo uso de sus lanzas, ya cubriéndose con las rodelas. Perseguido y molestado día y noche por los indígenas, al fin La Torre llegó á Vélez, yendo muchos de sus compañeros lastimados y heridos, pero sin haber muerto ninguno, ni perdido las pocas joyuelas de oro que habían tomado á los dueños de la tierra.

II

Hasta entonces, si Galiano no se había manifestado particularmente humano, tampoco había dado señales de ser cruel; pero la noticia que llevó La Torre de la manera con que se habían defendido y les habían hostilizado los Indios, antes amigos de los Españoles, despertó en él gran cólera, la que disimuló entonces, atendida la necesidad que había de castigar la audacia de los naturales, y puso de manifiesto un carácter cruel y vengativo que antes no se le conocía. Inmediatamente reunió á los hombres más atrevidos de su tropa, y les manifestó que era preciso sufocar el alzamiento de los indígenas antes que tomase cuerpo y se unieran las tribus vecinas á los enemigos en contra de los Españoles; los oficiales abundaron en sus mismas ideas, y al momento se acordó ponerse en marcha en busca de los Agataes y Cocomés, llevando consigo los perros cebados á matar Indios, que tenían en el real, pero de los cuales aun no habían hecho uso.

Esta fué la primera ocasión que se practicó esta clase de guerra contra los indígenas del Nuevo Reino; pues Quesada no trajo perros de la Costa, y los mastines cazadores de Indios no vinieron sino con los conquistadores Federmann y Belalcázar, de Venezuela y de Quito. Dice Piedrahita que aquella crueldad de Galiano le hizo gran daño entre sus compañeros de armas y mereció la desestimación de sus conciudadanos, de manera que en el resto de su vida sufrió por tal motivo muchos sinsabores y acusaciones de inhumanidad para con los Indios.

Pusiéronse, pues, en marcha en són de guerra, con el objeto de atacar á los indígenas refugiados en las peñas y guarecidos en los cerros. Acompañaba á Ga-

liano, como su segundo, un joven de nacimiento hidalgo, oriundo de Córdoba, llamado Juan Fernández de Valenzuela. (1) A éste dió el mando de la mitad de su tropa, y él tomó el de la otra, y aguardando á que oscureciera se dividieron para atacar á un mismo tiempo á dos pueblos diferentes, situados como á media legua el uno del otro. Con la oscuridad de la noche, por sendas peligrosísimas y con un valor y una audacia realmente dignos de mejor causa, aquellos dos caudillos se arrojaron de improviso sobre los míseros naturales, que no aguardaban que les atacasen á esas horas, y no supieron defenderse sino rendirse. Sin embargo, ni Galiano ni su segundo tuvieron misericordia con los vencidos, y cometieron la barbaridad de hacer cortar las narices, las orejas y los dedos pulgares á trescientos infelices indígenas, con el objeto, dijeron, de que diesen aviso á todas las tribus de la manera con que los Españoles castigaban á los que se atrevían á defenderse de la invasión.

Pero aquella inaudita crueldad no fué parte á domar á los naturales, sino que, al contrario, les exaltó el deseo de vengarse, descargando su ira sobre un soldado llamado Juan de Cuéllar, á quien hubieron á las manos: llevándosele á su campamento, le martirizaron hasta matarle, y después arrastraron su cadáver con ignominia por las cumbres de los cerros, á la vista de los Españoles. La muerte de Cuéllar causó más muertes y martirios de indígenas, en represalias, y la guerra se fué envenenando día por día, sin que por eso se doblegasen los indígenas; al contrario, semejante conducta produjo odio, rencor y venganza, á tal punto, que Galiano se empezó á ver en apuros. Turbada la paz de toda la provincia, no había quien trabajase en las sementeras ni ayudase á labrar las habitaciones, y corrían yá los Españoles el riesgo de morir de hambre, ó de tener que abandonar ignominiosamente la incipiente ciudad, cuando ocurrió á Galiano la idea de mudar de táctica, y pasando de la crueldad á la misericordia, soltar á las mujeres que tenía cautivas, sin exigir rescate, y por medio de ellas mandar ofrecer la paz y el perdón,

(1) Véase lo relativo á este Conquistador en la 3.ª parte de esta obra.

á trueque de recuperar la amistad de las tribus encolerizadas. Aquella conducta cambió el aspecto de todo el país, y los caciques vecinos se acercaron á Galiano sin dificultad y le ofrecieron guardar la paz en adelante.

III

Entre los soldados del Conquistador de Vélez se hallaban algunos que ocho años antes habían visitado las provincias que denominaban del Guane, en unión de Alfínger, y ponderaban la riqueza de aquel país. Esto animó á Galiano á penetrar por aquel lado, lo cual llevó á cabo saliendo de Vélez al principiar el mes de Enero de 1540. "El suelo de la pobladísima provincia de Guane, dice Acosta, (1) es un plano inclinado al Poniente desde la cresta de la cordillera oriental de los Andes, regado de ríos caudalosos que forman valles y quiebras de una maravillosa feracidad, porque todo es de formación caliza, que sólo en donde faltan las aguas deja de producir los más suculentos frutos, granos y raíces. Todos estos ríos desaguan en el Suárez, que forma al pié de la cordillera de Gachas, la cual divide este valle del Magdalena, un torrentoso canal, á cuya margen izquierda la tierra, aunque igualmente fértil, es estrecha y de corta extensión. El Suárez entra en el Sogamoso á la extremidad de la provincia, y juntos se abren paso por la serranía occidental para precipitarse en el Magdalena."

A pocas jornadas de Vélez, Galiano se encontró en las tierras del Cacique Guane. Nada más bello, fértil ni sano que aquel país. Gozaban sus habitantes de climas propios para toda suerte de sementeras, y andaban vestidos con lienzos primorosamente fabricados; sus mujeres eran más blancas, más pulcras y mejor formadas que todas las indias que hasta entonces se habían visto en el Nuevo Reino de Granada, y además, resultaron ser tan inteligentes, que á vuelta de pocos días aprendían el castellano de manera de poder hablarlo con bastante claridad.

Las primeras tribus que hallaron los Españoles

(1) Descubrimiento y colonización, &c. &c.

eran mansas y dispuestas á guardar la paz y aún á desprenderse sin dificultad de las *chaguálas* de oro con que se adornaban; pero á medida que se penetraba en el interior del país, los naturales aparecían más hoscos é intratables, y por último se manifestaron tan belicosos, que Galiano, que parece se había propuesto no hacer la guerra, sino en caso muy necesario, tuvo que declararla decididamente. Después de varios combates más ó menos sangrientos, en los cuales los cincuenta compañeros del Conquistador estuvieron á punto de ser derrotados, los indígenas fueron al fin deshechos y sometidos. Según Piedrahita, la tierra estaba tan poblada, que en el corto espacio de la provincia de Guane se contaban hasta 30,000 casas, habitadas cada una por cuatro ó cinco personas.

Aunque se dijo que el oro que habían hallado era poco, los Españoles se vieron obligados á herrar los caballos con aquel metal, temiendo que se les inutilizasen en los caminos y sendas pedregosas que recorrían sin cesar, pues no se atrevían á detenerse en ninguna parte para no dar tiempo á los naturales á que se congregasen á atacarles. Al cabo de cuatro meses de expedición, Galiano regresó á Vélez, á mediados de Mayo. En aquella campaña no se manifestó cruel ni vengativo; y, fuese porque la prudencia le obligara á usar de mansedumbre y misericordia con los vencidos, ó porque en realidad su temperamento verdadero no era como lo había parecido en sus anteriores expediciones, lo cierto es que entonces tuvo más duraderos triunfos, haciendo uso más bien de buenas palabras y afables maneras, que de las amenazas y tormentos de antaño. Desgraciadamente, mientras se ausentó de Vélez, los encomenderos se habían portado muy mal con los míseros indígenas, particularmente un J. Alonso Gascón (1), de quien se habían vengado cruelmente los naturales, apoderándose de él y de seis Españoles más, en una celada que les pusieron, á todos los cuales sacrificaron en aras de su venganza.

Semejante suceso espantó sobre manera á los nuevos colonos, los cuales, pensando que se les irían encima

(1) Véase el nombre de este conquistador en la tercera parte de la obra.

todos los Indios comarcanos, mandaron pedir socorro á Santafé. Así, cuando regresó Galiano á Vélez encontró allí un destacamento que había mandado como auxilio el Gobernador del Nuevo Reino, que lo era entonces Hernán Pérez de Quesada.

Los Españoles se reunieron para salir á castigar la muerte de Gascón, persiguiendo á los indígenas hasta en los más altos riscos, donde trataban de guarecerse, y desalojándoles de las cuevas y cavernas en que se ocultaban. Sometidos al fin todos, Galiano volvió á Vélez y se ocupó en acabar de repartir la tierra entre sus compañeros. En 1542 acompañó hasta Santafé á don Luis de Lugo, y éste le envió con un Teniente suyo á que hiciese nuevos repartos en la provincia de Vélez, mejorando á sus parciales y amigos más adictos. No dicen las crónicas en qué bando se afilió Galiano en aquel tiempo, pero se infiere que estaría con los *Caquecios* ó adictos á Lugo, puesto que obedecía sin observación las órdenes de éste.

Más tarde el Visitador Miguel Díez de Armendáriz envió al fundador de Vélez á Cartagena y á Antioquia para que arreglase las desavenencias que existían entre don Pedro de Heredia y Sebastián de Belalcázar; desavenencias que Galiano supo arreglar con la suficiente prudencia y perspicacia, de manera que todo quedó á contentamiento de los dos rivales. Después de aquel suceso, no volvemos á tropezar con el nombre de Galiano en las crónicas de la época, y apenas se infiere que permaneció tranquilamente viviendo en Vélez, ya gobernando la ciudad como Alcalde, ya rigiéndola como Corregidor. Se había casado con la viuda de un Ortún Royo, llamada Isabel Juana de Meteller; pero no dejó hijos legítimos, sino una jóven llamada Martina, nacida fuera del matrimonio. De España habian venido á buscar fortuna á su lado una hermana y una sobrina suya, así como un hermano, Pedro Galiano, cuyo nombre se halla entre los de los soldados de varias expediciones arriesgadas, emprendidas después de la conquista.

Así como noconocemos sus primeros años, también ignoramos cuándo y cómo ocurrió la muerte del Fundador de Vélez. Algunos cronistas dan á entender que murió en su encomienda, yá muy anciano, y otros dicen que pereció en el naufragio acaecido en las costas de

España, en 1554, en compañía del fundador de Cartagena, don Pedro de Heredia, y de otros Españoles notables. Tampoco hemos podido encontrar ninguna descripción de la persona de Galiano ni de su carácter y costumbres, sino apenas lo que se desprende de los hechos que de él conocemos; pero éstos no nos dan clara idea de lo que fué, pues le vemos á las veces cruel hasta la barbarie, y otras, pacífico y misericordioso. En resumen, pensamos que este conquistador no fué particularmente notable por sus hechos. Sus hazañas, sus cualidades, su fiereza, su inhumana crueldad unas veces, y su templanza y discreción otras, no sobresalen ni exceden á las de muchos otros conquistadores sus contemporáneos, cuyo nombre apenas nos ha llegado al través de los siglos.

PEDRO DE URSUA.

(FUNDADOR DE PAMPLONA).

I

"No cuantos vinieron á América, dice don Pedro Fermín Cevallos (1), como tan erradamente se cree entre nosotros, andaban cruzando estos reinos vestidos de hierro, enristrando sus lanzas contra los Indios pacíficos é incendiando ó destrozando heredades. Vinieron jóvenes pertenecientes á familias nobles y de distinguida educación, llevados más del impulso aventurero de su siglo, y de tomar renombre por sus hazañas, que por encenagarse en la avaricia."

A esta clase de conquistadores pertenecía el que será objeto de las siguientes páginas, y cuya vida agitada y dramático fin le hacen uno de los más interesantes caballeros de cuantos visitaron el Nuevo Mundo en solicitud de aventuras.

Eran tántas las solicitudes que enviaban á la corte de España los misioneros y hombres humanitarios, pidiendo leyes que protegieran á los indígenas de América, que Carlos V promulgó un edicto que amparaba á éstos contra la rapacidad de los encomenderos y conquistadores de las tierras recién descubiertas. Pero sabiendo el Emperador que las nuevas leyes no serían aceptadas con gusto en las Colonias, envió comisionados regios especiales á todas ellas, encargados de

(I) Historia del Ecuador.—Tomo 1.°, pag. 517.

hacerlas obedecer. Tocó á un letrado, Miguel Díez de Armendáriz, venir al Nuevo Reino de Granada y á las otras gobernaciones establecidas en lo que hoy día es Colombia. Este caballero llegó á Cartagena á fines de 1544, y, entre otros asuntos, traía la misión de residenciar al Gobernador Heredia; así fué que no pudo continuar su marcha inmediatamente á Santafé, en donde muchos conquistadores le instaban para que quitase el mando á Montalvo de Lugo, á quien el Adelantado don Luís de Lugo había dejado gobernando el Nuevo Reino.

Viendo la necesidad urgente que había de que fuese algún comisionado á Santafé, Armendáriz, á pedimento de Gonzalo Suárez Rondón, resolvió enviar en compañía de éste conquistador, que era muy respetado por todos, á un sobrino suyo, navarro como él, bien educado, brioso y valiente, á quien había traído de España para que buscase aventuras y fama en el Nuevo Mundo. Llamábase Pedro de Ursúa este sobrino del Visitador, y apenas había cumplido diez y ocho años. Aunque era casi un niño, tenía yá prendas muy estimables, y además de ser gallardo mozo, activo y perspicaz, era tan fino y agradable para todos, que se captaba la buena voluntad de cuantos le trataban; sin que por eso perdiera la gravedad del porte ni la seriedad de un capitán que hubiera nacido con el dón del mando en alto grado. Nó anduvo, pues, errado Gonzalo Suárez Rondón cuando pidió á Armendáriz que enviara á su sobrino á Santafé con los poderes suficientes para organizar el gobierno del Nuevo Reino, desorganizado por don Luís de Lugo.

Yá para entonces la navegación del Magdalena era más fácil que al principio de la conquista. Habían desaparecido casi todos los indígenas belicosos que poblaban antes sus orillas: unos habían perecido en los combates con los Españoles, y otros ocultádose en las selvas, en el interior del país, donde permanecían aislados. Se habían fundado además sobre las márgenes de aquel hermoso río dos poblaciones españolas: la de Mompox, establecida en 1539 por don Alonso de Heredia, y la llamada Tamalameque, "que en la orilla derecha fundó el año de 1544 el Capitán Juan de Céspedes, por orden del Adelantado Lugo, en una barranca

alta, algunas leguas arriba de la desembocadura del río Cesari, en el sitio que llamaban Sompallon, que después se trasladó frente á Mompox, y más tarde se restituyó á su primitiva fundación." (1)

Como Ursúa necesitaba pasar por Vélez y Tunja para hacerse reconocer por estas ciudades, y después continuar hasta Santafé á sorprender á Montalvo de Lugo, antes de que éste tuviera tiempo de ponerse en salvamento, no continuó su marcha por agua hasta Guataquí,-vía que empezaban á trajinar los Conquistadores con preferencia á la de Carare,—sino que tomó el camino del Magdalena á Vélez, y en pocos días traspuso la cordillera con sus compañeros y entró en aquella ciudad, cuando menos le aguardaban. Sin detenerse allí, sino el tiempo indispensable para hacerse reconocer por el Corregidor como legítimo enviado del Visitador Armendáriz, continuó su marcha y entró en Tunja, donde hizo otro tanto, y siguió para Santafé apresuradamente.

Al llegar á la pequeña capital del Nuevo Reino, Ursúa la encontró de gala: sus habitantes celebraban la fiesta de la Ascensión, y reunidos en la plaza paseaban con músicas y conversaban en corrillos, mirando á las pocas damas que entonces había, asomadas á las rejas y ataviadas con lo que mejor tenían para honrar aquella festividad. Gran sensación causaría la cabalgata de Ursúa al atravesar la miserable ciudad, sin detenerse en ninguna parte, hasta no llegar á la plaza y desmontarse en las gradas del atrio de la iglesia mayor (2), en donde entró con toda su comitiva á dar gracias á Dios por su feliz viaje, uno de los más cortos y afortunados de cuantos hasta entonces se habían hecho de la Costa á la sabana de Bogotá.

Cuando el joven Capitán salió de la iglesia, halló agolpados á las puertas de ésta á casi todos los caballeros principales de Santafé, menos el Gobernador, y entre éstos se hallaba en primera fila el Capitán Luís Lanchero, jefe de los *Caquecios* ó partidarios de Lugo, en competencia de los *Quesadas*, cuyo caudillo principal

(1) Acosta—DESCUBRIMIENTO Y COLONIZACIÓN—Pag 103.

(2) No había otra entonces, sino la capilla del Humilladero, consagrada el 6 de Agosto del año anterior, 1544.

entonces era Suárez Rondón. Aquellos conquistadores disputaban en voz baja, porque algunos ponían en duda que fuese cierto lo que les decían los criados de Ursúa (que se habían quedado guardando los caballos á la puerta de la iglesia), y no querían creer que aquel joven imberbe fuese el Teniente de Armendáriz y el que debiese gobernar el Nuevo Reino en su nombre. Ursúa saludó á todos con grave cortesía, y mirándoles de hito en hito, dijo:

—¿Cuál de vuesasmercedes es el Capitán Luís Lanchero, Alcalde de esta ciudad?

—Así me llamo, respondió Lanchero; y mándeme vuesamerced en lo que le pueda servir.

Lo mismo dijo el otro Alcalde de la ciudad, que lo era el Capitán Gonzalo García Zorro. Ursúa miró á sus compañeros, que eran pocos, y á los santafereños, que eran muchos y valientes, y creyó que lo mejor sería obrar con disimulo. Entabló, pues, con los circunstantes conversación sobre cosas indiferentes, y haciendo la descripción de su viaje quitó la vara á Lanchero, como por distracción, como si no cayese en la cuenta de lo que hacía, y nadie pensó que aquello fuese con malicia. Dirigíase al mismo tiempo á los caballos para montar, y como llevase aún la vara del Alcalde en la mano, éste se la pidió, pero Ursúa no se la quiso dar.

—Caballero! exclamó el *caquecio*, yá montado en cólera: ¿con qué autoridad me quitáis la vara?

—Con la autoridad que veréis después, señor Lanchero, contestó el joven sosegadamente; y montando con los compañeros que llevaba, se encaminó hacia las casas del Cabildo, que estaban al otro lado de la plaza.

Aquella extraña conducta de Ursúa provenía de que le habían informado que Lanchero era hombre apasionado y de carácter violento, que no entregaría el mando de la ciudad, á cargo entonces de Montalvo de Lugo, su amigo, sino difícilmente y promoviendo conflictos y asonadas que de ninguna manera convenían á Ursúa. Pero en esto, asegura Piedrahita, se equivocaba el joven navarro, pues Lanchero era todo un caballero, y, como fiel súbdito del Rey, jamás hubiera puesto tropiezos en el camino del Delegado. No

obstante la mala voluntad que tenía á todos los *Quesadas*, y particularmente á Suárez Rondón, que ejercía mucha influencia en los actos de Ursúa, no hay duda que Lanchero hubiera cumplido con sus deberes con toda puntualidad.

Mientras que el atrevimiento de Ursúa había llenado de asombro y de indignación á todos los conquistadores que quedaban en la plaza, él se presentaba al Cabildo con tánta gravedad y cortesía, con tánto trato de mundo y modales cortesanos, que todos se sorprendieron. Una vez reconocido como Gobernador, en nombre de su tío, el joven dirigió un corto discurso á los notables allí reunidos, asegurándoles con expresiones de cariño y respeto que todo su anhelo era volver la paz al Nuevo Reino, aplacar las disensiones entre dos bandos rivales y administrar justicia al gusto de todos. Añadió "que no ignoraba que para negocio tan grande como el de reconciliar voluntades entre hombres que aspiraban más á la venganza que á la razón, se necesitaba de persona de más edad y experiencia que las que él podía tener; pero que una buena intención suplía por muchos años, y la suya era de entrar en las materias con la sonda del mejor consejo en la mano, para no peligrar en los bajíos de las parcialidades, como se vería siempre que sin doblez le aconsejasen, hasta que, ingeniado en las artes del gobierno, pudiese resolver por sí sólo lo que más fuese en servicio de Dios y beneficio del Reino." (1)

Pero sucedió desgraciadamente con este discurso de instalación, lo que ha acontecido desde entonces hasta el día de hoy con todos los gobernantes: en él se manifestó Ursúa lleno de virtudes y desinterés y anheloso por el bien de la Colonia solamente; pero, como muchos discursos oficiales, todo fué palabrería que se llevó el viento.

II

La conducta de Ursúa para con Lanchero, hombre respetado é influyente en la Colonia, había producido impresión de desagrado en unos y de temor en otros; y, no como decía en su discurso, conciliaba voluntades,

(1) Véase á Piedrahita.

sino que se ganaba enemigos. Al salir del Cabildo, Ursúa fué á desmontarse en casa del Capitán Hernán Venegas de Carrillo Manosalva, conquistador de los de *Quesada*, persona de representación en Santafé y que había fundado la villa de Tocaima, á fines del año de 1544. Este caballero le hospedó con mucha ostentación en su casa y le rodeó de todo el partido *quesadista*, el cual, sin duda, le aconsejó mal, pues en la misma noche el Visitador mandó arrestar y encarcelar á Montalvo de Lugo y al Capitán Lanchero,-cosa muy impropia de quien había proclamado su deseo de administrar justicia al gusto de uno y otro bando. Una vez en prisiones el anterior Gobernador, Ursúa se fué á vivir á las casas que éste había ocupado, que eran las mejores de la ciudad, aunque cubiertas de paja, por ser todavía muy escasos el ladrillo y la teja.

Manifestábase cada día más descontento el partido *caquecio* con los decretos arbitrarios del joven Gobernador, cuando una noche resultaron incendiadas las casas donde vivía Ursúa, salvando su vida éste con dificultad, así como las de sus criados y paniaguados, pero perdiendo cuanto poseía en su habitación. Los enemigos de Montalvo de Lugo y de Lanchero no despreciaron aquel hecho para llevar á Ursúa chismes y hablillas, asegurándole que el incendio había sido intencional y obra de los *Caquecios*, y aun quizá indicado por el mismo Lanchero. No es de extrañar que un joven sin experiencia y rodeado de malos consejeros, se manifestase muy indignado con la guerra que, le decían, azuzaba el partido de Lugo, y en el acto mandó apresar á varios parciales del anterior Gobernador. Pero en seguida, usando de su natural discreción y perspicacia, se negó á abrir causa contra los acusados, diciendo que él mismo no podía juzgar en ella, y resolvió dejar aquella averiguación para cuando su tío Armendáriz se encargase del gobierno. Esta conducta prueba que Ursúa tenía prudencia y buen natural, cuando obraba por su propia cuenta y sin los consejos de los que deseaban vengarse de sus enemigos á la sombra de tan inexperto joven.

Pero si los del bando de Lugo estaban disgustados, no quedó un sólo conquistador de uno y otro partido que no se manifestase irritado cuando se promulgaron

las leyes nuevas enviadas por Carlos V para proteger á los indígenas. Aquellos conquistadores se consideraban de hecho dueños del país que habían descubierto, y no podían soportar que les cohibiesen en su manera de tratar á los aborígenes y gobernar sus encomiendas. Y fué tal la cólera de los encomenderos y su indignación con quien las había promulgado, que no es extraño impusieran su voluntad á Ursúa, y que éste, viendo la imposibilidad en que estaba de estrellarse solo contra todos los Españoles del Nuevo Reino, se hiciese de la vista gorda y no tratase de hacer cumplir rigurosamente los decretos reales. Además, no solamente permitió, sino que fomentó la idea que tuvieron algunos de enviar á España un Procurador general para que pidiese la reforma de las leyes que tánto les disgustaban. Así accedió entonces á que partiese el Capitán Venegas Carrillo para España, con las firmas de la mayor parte de los Conquistadores al pie de la petición que llevó á nombre de ellos.

Fuera de la promulgación de las famosas leyes y las reyertas con los *Caquecios*, los cronistas no mencionan ningún acto importánte de Ursúa durante el año y medio largo que gobernó el Nuevo Reino, hasta el arribo á Santafé de Armendáriz, en Enero de 1547. Apenas hubo llegado el Visitador á Santafé, lo primero en que se ocupó fué en averiguar quiénes habían sido los culpados del incendio acaecido en casa de su sobrino, y acabó por condenar á la hórca á un infeliz soldado que se había confesado reo, apremiado por los dolores del tormento, que no pudo soportar. No le valió declararse inocente al tiempo de ir á cumplir la sentencia, asegurando que sólo el temor del tormento le había obligado á confesar una mentira, y aun acusar á otros que eran tan inocentes como él. A pesar de las lágrimas y súplicas del desgraciado, el Visitador no quiso perdonarle, y fué ahorcado. A poco lograron fugarse de Santafé, é irse para España á quejarse del Visitador, Montalvo de Lugo, Lanchero y otros que habían sido injustamente encarcelados y perseguidos por Ursúa y Armendáriz, y éstos se encargaron de vengar la muerte del ahorcado; pues en esta vida toda injusticia se paga y todo crimen es castigado tarde ó temprano.

Mientras sucedían estas cosas en Santafé, los encomenderos de la provincia de Velez, y particular-

mente uno de ellos, Gerónimo de Aguayo, (1) trataba tan mal á los indígenas, que el Cacique de Guane (hoy día Socorro), á quien Galiano había logrado someter poco antes, no pudo soportar por más tiempo la conducta de los Españoles, y se alzó á la cabeza de tres mil Indios. Estaban éstos tan exasperados, que resolvieron hacerse fuertes en sus montañas, é hicieron tan tenaz defensa de su territorio, que se llegó á temer sería imposible someterles. Cada tropa que se enviaba contra ellos volvía derrotada y amedrentada, y el Visitador recibía continuamente quejas de los colonos, que le pedían socorro contra el Cacique Chianchón. Había llegado á tal punto la audacia de los aborígenes, que bajaban á las poblaciones españolas, incendiaban las casas y asesinaban al que encontraban desarmado; y más aún: no contentos con hacer la guerra á sus enemigos naturales, castigaban severamente á los indígenas que vivían aún sometidos á los Españoles, obligándoles á seguirles, ó matándoles sin misericordia si rehusaban abandonar á sus amos.

Armendáriz comprendió que era preciso atajar aquel incendio á tiempo; y como no tuviese á mano un caudillo experimentado y de toda su confianza, resolvió encomendar la campaña á su sobrino Ursúa. Este recibió el nombramiento con el mayor júbilo, pues no deseaba otra cosa que ganar fama y lucirse allí en donde otros más experimentados habían fracasado. Rara vez se ve que en la juventud se busque el dinero con ahinco: lo que en esta edad se anhela es gloria y el aplauso de los demás. Solamente después, cuando el hombre se ha desengañado de la vida y comprende que la gloria no es sino un nombre, y la fama pierde á sus ojos su prestigioso brillo, es cuando vuelve los ojos á las riquezas y funda su ambición en el lucro. Ursúa estaba entonces en su primera juventud, y lleno de ilusiones y alegría emprendió marcha, á mediados de 1547, á la cabeza de ochenta infantes y veinte soldados de caballería; llegó á Vélez sin demora; se informó allí de la situación de los enemigos, y no tardó en continuar su marcha en solicitud del Jefe indígena. Chianchón se había situado entre los cerros y riscos escarpados que

(1) Véase en la tercera parte de esta obra el nombre de este conquistador.

defienden las márgenes del río Suárez ó Saravita, y su pueblo estaba situado en una explanada inclinada, defendida perfectamente, al frente por el río y á la espalda por altos cerros inaccesibles y escarpados.

Ursúa, sin embargo, no vaciló, y resolvió atacar al Cacique en su guarida misma. Chianchon le aguardó de pie firme y le presentó batalla; pero, á pesar de sus numerosas tropas, la superioridad de las fuerzas y armas españolas hizo tánta mella en los desnudos cuerpos de los naturales, que al cabo de una hora de reñido combate los indígenas se declararon en derrota y apelaron á la fuga, en la cual murieron centenares, despedazados por los perros que llevaban los Españoles. Chianchón había logrado escapar con una parte de su gente; pero, advertido Ursúa del camino que había tomado, le persiguió sin pérdida de tiempo. Varias veces el Español creyó apoderarse del caudillo indígena, y aunque le tuvo casi en sus manos, siempre se le escapaba. Al fin pudieron más la pericia y la constancia del europeo que la malicia del indígena, y éste cayó en un lazo que le tendió Ursúa, y fué hecho prisionero. Según Piedrahita,—que cita las *Noticias Historiales* de Quesada,—Ursúa fué poco misericordioso con los indígenas en aquella su primera campaña, é hizo grande é inútil carnicería entre los infelices vencidos, así como también decapitó á los principales Jefes de la rebelión, so pretexto de que este rigor escarmentaría á los demás. Una vez que dejó pacificada, ó más bien aterrada, la provincia, nuestro novel guerrero regresó á Santafé, en donde fué recibido con aplausos y encomios; y desde entonces, dicen los cronistas contemporáneos, se le consideró "como buen caudillo entre los mejores," no obstante su poca edad, pues aun no había cumplido veintiún años.

III

Hacia la época en que Ursúa regresaba á Santafé, se había otra vez revivido la idea de buscar el fabuloso Dorado, país que se decía inmensamente rico, y en cuyo descubrimiento Hernán Pérez de Quesada había gasta-

do años antes muchos caudales y gran número de vidas. Armendáriz recogía datos y hacía indagaciones para descubrir el verdadero camino hacia ese país maravilloso, y Ursúa, contagiado de la idea de llevar á cabo un descubrimiento que traía inquietos y suspensos á muchos, suplicó á su tío que le diese el mando de la nueva expedición. Pero Armendáriz no quería arriesgar tan famosa empresa en manos muy inexpertas aún, y le contestó que antes de tomar á su cargo tan importante campaña, era preciso hacerse más diestro en las armas y ejercitarse en otras conquistas menos dilatadas y trabajosas. Envióle, pues, como Jefe de una expedición que mandaba á las sierras del Norte, transitadas antes por Alfínger, las cuales se decía que estaban pobladas por tribus de indígenas muy ricos y poco feroces.

Ursúa comandaba aquella vez á ciento cuarenta voluntarios, todos soldados avezados á las guerras con los Indios y enseñados á pasar trabajos en los más mortíferos climas. Como su segundo ó Maestre de campo le acompañaba Ortún Velásquez de Velasco, persona juiciosa y adecuada para contener y aconsejar al impetuoso joven. Este se había captado la buena voluntad y el cariño de su tropa, y todos le obedecían con gusto. Así fué que aquella expedición se llevó á cabo con el mayor orden y con toda felicidad. Salieron de Tunja, pasaron el río Sogamoso y atravesaron tranquilamente las grandes poblaciones que demoraban entonces en esos territorios, sin tener que desenvainar la espada, pues los indígenas recibieron de paz á los Españoles y les acogieron con respeto y cariño. Sólo en un punto habían tratado de ofrecer alguna resistencia, y fué en los alrededores de un hermoso valle que los expedicionarios llamaron del Espíritu Santo (por haber llegado á él la víspera de Pentecostés de aquel año de 1549); pero apenas se acercaron los míseros naturales á los Españoles para atacarles, cuando se llenaron de tal espanto, que huyeron despavoridos, volviéndose después á ofrecer su amistad y someterse humildemente. Resolvió entonces Ursúa fundar en aquel valle, de clima sano y fértil terreno, aunque frío y destemplado, (1)

(1) 17 grados centígrados, por término medio.

una población que llamó Pamplona, por ser el nombre de la capital del reino de Navarra. En seguida hizo llevar á aquel sitio á los habitantes de una villa que había fundado Suárez Rondón con el nombre de Málaga, y que no subsistió por entonces.

Ursúa permaneció en la nueva población un año, labrando iglesia de mampostería y repartiendo solares y encomiendas entre sus compañeros. Los naturales eran pacíficos, á pesar de ser muy numerosos, y en los contornos había oro en abundancia, y se encontraban señales evidentes, según dicen los cronistas, de minas de plata, cobre, turquesas y ametistas. La colonia progresaba tranquilamente y sin ningún contratiempo; pero esta misma paz fastidió al Conquistador: parecióle que desperdiciaba su juventud en empresas ajenas de su carácter, amante de aventuras; por lo que, dejando de Gobernador á Ortún Velásquez en Pamplona, regresó á Santafé á pedir que le diesen el mando de alguna expedición guerrera en que se pudieran cosechar laureles. Ofreciéronle el mando de una que se enviaba á someter á los indómitos Muzos, que hasta entonces guardaban su independencia, derrotando á cuantos se habían atrevido á invadir su territorio. Ursúa aceptó el mando de la tropa que se preparaba en Santafé, con la condición de que si lograba someter á los Muzos y fundar una población en aquel territorio, le darían en seguida la conquista del Dorado, "blanco, dice Piedrahita, á que tiraba Ursúa desde que los ecos de aquella fingida voz hirieron sus oídos."

La fama de la buena ventura que hasta entonces había acompañado á Ursúa en todas sus empresas, y la general simpatía de que gozaba en todo el Nuevo Reino, hicieron que se reunieran en torno de sus pendones cuantos soldados aventureros se encontraban desocupados en Santafé. Así, fué fácil al joven navarro escoger ciento sesenta hombres de infantería y veinte caballeros experimentados, bien armados y pertrechados, los cuales, en unión de una tropa de perros, se pusieron en marcha, á mediados de 1551, en vía para la ciudad de Vélez, en donde hicieron escala. De allí pasaron á someter á los Indios de Saboyá, los cuales se rindieron sin dificultad, usándose para con ellos de astucia y de halagos. Continuando su marcha Ursúa, se

internó en el territorio de los Muzos, sin encontrar contratiempos de consideración, pues en donde los naturales trataron de resistirle, él pudo vencerles, y sobre la marcha seguía adelante para aprovecharse de la victoria y no dejar tiempo á los enemigos para rehacerse; asombrando con su audacia á los aborígenes, que se retiraban dejando desamparados sus pueblos y caseríos. Aquella conducta, que revelaba que Ursúa poseía el verdadero genio de la guerra, hizo cambiar de táctica á los Caciques, los cuales resolvieron mandar ofrecer la paz al joven caudillo español, prometiendo volver á sus hogares si el invasor les daba garantías. Ursúa concedió cuanto le pidieron los indígenas, y todos volvieron á sus casas tranquilamente y se sometieron al yugo europeo sin saber lo que hacían.

Para celebrar las paces, los desgraciados aborígenes se convocaron á una feria que debía efectuarse en las cercanías del sitio en que los Españoles habían sentado sus reales, y en donde los Caciques habían mandado hacer grandes sementeras para mantener á los invasores.

Estando allí reunidos, llegó á oídos de Ursúa, dicen los cronistas, la especie de que aquella feria no era sino una trama inventada por los Caciques para encerrar á los Conquistadores como en una red y, apenas les viesen descuidados, sacrificarles todos á su venganza. Como quiera que fuese aquello, lo cierto es que el Capitán olvidó su caballerosidad, y resolvió manchar sus glorias con una cruelísima traición. Mandó comparecer á su presencia á los principales Caciques y fingió querer obsequiarles; pero después de haberlo preparado todo para que, á medida que entrasen en la barraca, fueran recibiendo la muerte de manos de los soldados españoles, lo que éstos hicieron sin misericordia ni remordimiento. Aquella carnicería, tan alevosa y cruel cuanto impolítica, indispuso, como era natural, á todos los indígenas contra Ursúa, por lo que inmediatamente se retiraron á los cerros cercanos y se prepararon para caer sobre los Españoles con gran furia apenas hubiese oportunidad.

Entre tanto Ursúa quiso cumplir con lo que había ofrecido, y fundó una ciudad que llamó Tudela (por llamarse así el lugar de su nacimiento), y sin aguardar

otra cosa, regresó á Santafé á dar cuenta de su conquista y reclamar su premio. Apenas hubo vuelto la espalda, cuando los indígenas asaltaron la recién fundada población española, la cual fué destruída completamente, y los pocos habitantes que sobrevivieron la desampararon para siempre, perdiendo en unas pocas horas el fruto de tántas faenas y tánta sangre derramada. (1)

IV

Cuando Ursúa regresó á Santafé, encontró que para él la fortuna había cambiado, que su tío el Visitador Armendáriz había sido residenciado por el Licenciado Zurita, y que no solamente había perdido el poder, sino vístose obligado á partir para la Española á solicitar justicia. Esta circunstancia, unida al mal éxito de su última empresa, le quitó la esperanza de conseguir el mando de la expedición al Dorado; y no tuvo inconveniente en aceptar el empleo de Justicia Mayor de Santa-Marta, que le ofrecieron para que combatiese á los Indios Bondas y Taironas, que se sublevaban con frecuencia y alarmaban á los pobladores de la provincia. Llegó Ursúa á Santa-Marta á mediados de 1552, y apenas se hizo cargo del gobierno de la ciudad (el Gobernador estaba ausente), cuando empezó á preparar lo necesario para atender á la guerra con los indígenas. Deseaba que aquellos aprestos se hiciesen secretamente para coger desprevenidos á los naturales; pero nada de lo que hacían los Españoles era secreto para los enemigos, puesto que los Indios domésticos enviaban á los alzados, noticias de cuanto hacían sus amos; de suerte que cuando Ursúa emprendió marcha,

(1) "En esta retirada murió mucha gente española á manos del enemigo, y á un Religioso que cayó en las de los Indios se lo comieron luégo (eran antropófagos); de que resultó que no comiesen más carne humana, como nota Herrera en su *Década Octava*, por temor del achaque de que se contagiaron los agresores; consiguiendo este sacerdote, con su cuerpo muerto, desterrar de esta nación un vicio, que con gran dificultad lo consiguiera vivo."
Piedrahita—CONQUISTA DEL NUEVO REINO.

yá los Taironas le aguardaban. Aunque el Conquistador llevaba apenas una escasa tropa de poco más de sesenta hombres de á pié y á caballo, era tal el temor que sentían los aborígenes, que éstos no se atrevieron á atacarles, sino que les dejaron penetrar en el país, aguardando una oportunidad para destrozarles impunemente. Mientras tanto, se fingieron amigos y enviaban á Ursúa obsequios y ofrecimientos de amistad. Bien conocían que aquellos climas malsanos eran mortíferos para los extranjeros: á poco éstos empezaron á enfermar de fiebres, inclusive Ursúa, que fué acometido por unas cuartanas que le agotaban las fuerzas y amenazaban arrebatarle la vida. Aquella era la oportunidad que aguardaban los indígenas, los cuales resolvieron unirse para caer sobre el campamento español. Aguardaban la llegada del cacique principal de aquellas tierras para atacar á los invasores, cuando se le ocurrió á Ursúa devolverse apresuradamente á Santa-Marta, antes de que todos los suyos acabaran de enfermar.

Sorprendiéronse los Indios con este cambio en los movimientos de Ursúa; pero resolvió el Cacique Posigueica atacar en el camino al Español, situándose en un lugar llamado *Pasos-de-Origuo*, que se ha convertido en *Pasos-de-Rodrigo*, sea por corrupción del vocablo, dice Piedrahita, ó por llevar el nombre del primer descubridor de Santa-Marta, Rodrigo Bastidas. Aquel paraje era, por cierto, muy adecuado para dar un asalto: allí el camino orilla un hondísimo precipicio por un lado, en cuya profundidad corre un riachuelo por medio de escabrosas peñas, y por el otro lo ciñe una alta peña abrupta que no permite desviarse en lo mínimo. Situáronse los indígenas sobre la peña con la intención de atacar con flechas y piedras á la tropa de Ursúa cuando pasara por el desfiladero; pero sucedió que el Capitán llegó á las inmediaciones del punto en que le aguardaba el enemigo oculto, yá casi al cerrar la noche, y como le atacase la fiebre al mismo tiempo, resolvió pernoctar en una colina cercana del desfiladero.

Con motivo de la enfermedad del Jefe y por estar al parecer en paz con las tribus cercanas, los Españoles olvidaron poner centinelas en torno del campamento, y armando sus tiendas y colgando sus hamacas se entregaron al sueño sin cuidado. Felizmente para

ellos, los Indios no les atacaron en toda la noche, pues hubieran podido degollarles impunemente, y sólo á los primeros albores del día fué cuando pensaron en ir contra el campamento español. Ursúa, sin embargo, desvelado por la fiebre, oyó el primer rumor de los Indios que se acercaban, y cuando se arrojaron al campamento prorumpiendo en gritos de guerra, sin los cuales los indígenas no entraban jamás en batalla, el caudillo español, calzando una bota apenas y á medio vestirse, yá se había tirado fuera de su hamaca, tomado un arcabuz y ceñido su espada. Tambaleando, pero sin arredrarse con los alaridos ensordecedores de los salvajes y el sonido estridente de sus destempladas músicas, llamó á los suyos, y viéndoles en su rededor, cubierto el campo de enemigos (eran tres mil) y coronado el cerro de guerreros indígenas, pensó que su única salvación estaba del otro lado del desfiladero, donde podrían disputar el paso á los Indios y ponerse en comunicación con la ciudad de Santa-Marta, que está apenas á siete leguas de aquel punto, por tierra limpia y camino abierto. Dió, pues, prontamente sus órdenes, mientras que los salvajes se cebaban en unos pocos que yá habían muerto, y arremetiendo por en medio de las tropas enemigas, seguido de los suyos, que hacían una espantosa carnicería entre los desnudos indígenas, se puso á poco en el centro del desfiladero, y allí defendió el paso como un león. Por cada enemigo muerto se levantaban diez, pero no por eso desmayaban aquellos héroes. Mientras se defendían de los unos, trataban de escudarse de las flechas y las piedras que les tiraban los que coronaban la peña, y así fueron retirándose poco á poco, caminando para atrás, por hacer frente á los Indios, hasta que llegaron al otro lado del mal paso, después de dos horas de lucha en aquella desesperada batalla. Al llegar al otro lado se contaron: no había muerto ninguno en el tránsito, aunque todos estaban heridos y algunos mortalmente. Semejante heroísmo en un puñado de hombres asombró tánto á los salvajes, que no les persiguieron más, y les permitieron continuar el viaje hasta Santa-Marta con tranquilidad.

Al regresar á la ciudad, murieron muchos de los heridos con flechas envenenadas, y Ursúa mismo estuvo entre la vida y la muerte durante largos días. Acababa

de reponerse al fin, cuando á principios de 1553 desembarcó en Santa-Marta su tío don Miguel Díez de Armendáriz, en vía para Santafé, por orden del Gobierno Español, para que el Visitador Montaño le juzgase en el mismo lugar en que había faltado, según las leyes españolas. Inmediatamente Ursúa renunció su destino en Santa-Marta para acompañar á Armendáriz hasta Santafé, y fué su fiel compañero en sus prisiones y desgracias hasta volver con él á la Costa. En Cartagena le vió embarcarse para España, mientras que él pasó al puerto de Nombre-de-Dios y de allí se trasladó á Panamá, al promediar el año de 1556, en solicitud de empleo y aventuras.

Acababa de llegar al Istmo el Marqués del Cañete, nombrado Virey del Perú, y como conociera á Ursúa, se prendó de su juvenil audacia y aire marcial, ofreciéndole un buen destino en su Gobernación si quería acompañarle á Lima. Pero antes de su partida, don Antonio de Mendoza aconsejó al Gobernador de Panamá que pusiese á Ursúa á la cabeza de una tropa que se armaba para ir á debelar una sublevación de negros cimarrones que se habían hecho fuertes en los Palenques, á orillas del río Sardinas. Con motivo de los muchos negros que habían llevado á las Colonias españolas para reemplazar á los indígenas en las faenas campestres, algunos de los que fueron al Istmo, mal tratados por sus amos, se habían fugado á los montes, en donde, reunidos, proclamaron rey á uno de ellos, llamado Bayano, por ser el más audaz é inteligente de todos. Su cuartel general estaba situado á orillas del Atlántico, en un lugar resguardado, no lejos de la ciudad de Nombre-de-Dios. Una vez hecho cargo del ejército de negros, que contaba yá más de seiscientos hombres, Bayano le organizó con el objeto de asaltar á los pasajeros que atravesaban el Istmo con ricos cargamentos, de ida y vuelta al Perú. Cometieron tántas muertes y desafueros aquellos negros cimarrones, sin Dios ni ley, que la situación era cada día más angustiosa para el Gobernador de Panamá, pues tenía que mandar un ejército con cada cargamento que le encomendaban, y aun así se solían sufrir graves perjuicios. Varias veces había despachado tropas en persecución de los negros alzados, pero siempre salían perdiendo la

vida y la fama, y sin cesar se engrosaban las filas de los victoriosos, con vergüenza de los Españoles.

Sonrió al valiente Ursúa aquella difícil empresa, y ofreciendo pasar al Perú apenas acabase la campaña, se despidió del Marqués del Cañete y se puso á la cabeza de la tropa que se le había señalado. Sabedor el negro Bayano de que se enviaba en su persecución á un valiente como Ursúa, cuya fama había llegado á sus oídos, resolvió burlarse de él no presentándole batalla, temeroso de perderla, sino internarse por los bosques hasta las cabeceras del río Chepo, en donde se ocultó. (1) Ursúa, con doscientos hombres de caballería é infantería bien armados y pertrechados, emprendió marcha por aquellos lugares nunca hollados por hombres civilizados, y empezó una cacería en toda forma, desalojando á Bayano de todas sus guaridas, venciéndole en donde llegaba á presentarle resistencia, y persiguiéndole palmo á palmo, de cerro en cerro y de bosque en bosque, por todas aquellas comarcas. La campaña fué larga y trabajosa, pues duró más de dos años, y los Españoles sufrieron muchísimo durante los meses de lluvia, en que se veían casi inundados por las crecientes de los ríos y precipitados por cerros y laderas peligrosas. Además, los negros eran dueños de armas europeas que manejaban muy bien, y muchos conocían á fondo las costumbres de los amos que les habían criado; por lo cual esta guerra era mucho más difícil que si los enemigos hubieran sido los indígenas, casi siempre vencidos.

Pero en lo que otros se habían desalentado, Ursúa permaneció constante, y su tenacidad fué al fin recompensada, porque, fatigados los negros con una guerra tán cruda, ofrecieron rendirse, entregar á Bayano (si ofrecía el Gobernador enviarle á juzgar á España), y que, aunque volviesen los esclavos á poder de sus amos, á lo menos los que hubieran nacido en libertad continuarían en ella en el pueblo de los Palenques, en donde se habían establecido algunas familias de negros libres. Además, se comprometían solemnemente á no albergar en aquel pueblo negros alzados. Los Españoles

(1) Su nombre se conserva en el río Bayano, el antiguo Chepo.

aceptaron con gusto aquel contrato, y, lo que es más raro, lo cumplieron en todas sus partes; enviaron al negro Bayano á España (en donde no hemos podido descubir qué hicieron con él), y dejaron en libertad á los negros de los Palenques, junto con los hijos de los esclavos que habían nacido durante su alzamiento. (1)

V

Concluída la campaña y pacificado el Istmo, Ursúa resolvió, yá entrado el año de 1558, pasar al Perú con el objeto de ofrecer sus servicios al Virey. Desgraciadamente llegó á Lima en el momento en que el Marqués del Cañete se encontraba en un predicamento bien difícil: rodeaban é invadían la capital del Perú gran número de aventureros y soldados desbandados, de mala ley, restos turbulentos de las tropas de amotinados, como Gonzalo Pizarro, Girón, Hoyón y otros rebeldes de menor valía. Aquellos hombres traían desasosegado todo el país, y se sentía la necesidad imperiosa de ocupar aquella gente en alguna expedición lejana y peligrosa que sacara del Perú un foco de latente insurrección. Al mismo tiempo el Virey había tenido noticias de que por el lado del río llamado Orellana, Marañón ó Amazonas se encontraba el famoso Dorado, cuyas riquezas falaces habían deslumbrado á tántos, y que á su vez ofuscaron el claro entendimiento del marqués. Encontraba, pues, el Virey que tenía en su mano una tropa propia para acometer una empresa como la que proyectaba, y al mismo tiempo no hallaba un caudillo suficientemente afamado, que fuese capaz de imponer y gobernar á aquellos soldados turbulentos y desobedientes. La llegada de Pedro de Ursúa, cuyo nombre era conocido

(1) Aún subsiste el pueblo de los Palenques, formado exclusivamente por una colonia africana. Aunque desde 1743 tienen iglesia y cura, y sus habitantes parecen deseosos de civilizarse, el clima es tan mortífero, que no han podido progresar. Hoy día cuenta menos de setecientos habitantes, y está asentado en un sitio agreste, á orillas del río Sardinas.

en el Perú, y cuyas hazañas se referían con aplauso en todas las Colonias españolas, puso término á las vacilaciones del Virey, y avivó el entusiasmo del Capitán, el cual, como hemos visto, hacía muchos años que soñaba con el descubrimiento del Dorado. Así, pues, no bien le hubo propuesto el Marqués del Cañete el mando de la Expedición, cuando la aceptó con júbilo, y al momento se ocupó en prepararla.

La empresa era difícil y debía durar mucho tiempo: tal vez transcurrirían años antes que los expedicionarios pudiesen volver á país civilizado; por lo que Ursúa quiso prepararla con gran pompa y boato. Empleó un año entero en arreglarla y echar los fundamentos de una población en las cabeceras del Huallaga y el Sapo (población que llamó Saposa), con el objeto de que le sirviese de astillero para fabricar los bergantines que necesitaba para su gente, y además fué reuniendo allí vituallas y pertrechos. Al fin, en Septiembre de 1560, Ursúa consideró enteramente concluídos los preparativos de viaje, y reuniendo cuanto creía necesitar en aquellas inmensas soledades del Nuevo Mundo, se puso en marcha aguas abajo, sin prever la suerte que le tocaría.

La Expedición se componía de cuatrocientos fieros soldados, escogidos entre los más valientes y experimentados de cuantos se habían presentado, aunque Ursúa olvidó averiguar cuál había sido la conducta moral de cada uno, fijándose tan sólo en las hazañas y aventuras con que se habían distinguido en las comarcas salvajes de Tierra-Firme. Además, llevaba gran número de Indios de servicio y algunas mujeres españolas; que entonces hasta las mujeres olvidaban la debilidad de su sexo para correr riesgos y aventuras. Esta gente iba perfectamente armada y pertrechada, y llevaba toda clase de comodidades y alimentos en abundancia. Entre el séquito que acompañaba especialmente á Ursúa, iba una dama muy hermosa, llamada doña Inés de Atienza, la cual había captado con sus gracias no solamente al Capitán de la tropa, sino también á algunos de los oficiales, los cuales, dicen Pedro Simón y Castellanos, miraban mal á Ursúa por ser el favorecido de la dama. Sea por este motivo ó por otro, yá, desde antes de ponerse en marcha la Expedición, Ursúa había teni-

do que sufocar un principio de motín que se había declarado en el campamento, y castigar severamente á los delincuentes; pero tuvo la debilidad de llevarles consigo, en lugar de expulsarles de la armada, como podía y debia haberlo hecho.

Desgraciadamente el hidalgo Ursúa no podía sufrir la compañía familiar de los toscos soldados que llevaba consigo; manteníase alejado de ellos lo más posible, frecuentaba tan sólo la sociedad de los oficiales más cultos, y esquivaba el roce con la gente soez y de baja esfera. Además, castigaba con gran rigor el menor desliz, y no permitía ningún desorden entre su gente. Esto, unido á que durante los tres primeros meses de navegación no habían encontrado entre los indígenas de las márgenes del Amazonas ningún oro que pudiese contentar la codicia de la gente, sembró el descontento en los corazones de aquellos malos hombres, siendo el peor de ellos un soldado llamado Lope de Aguirre, uno de los más perversos que registra la historia del mundo.

Era Aguirre natural de Oñate en Güipúzcoa (España), y había pasado á Indias muy al principio de la conquista; sirvió y fué prohombre en todos los levantamientos é insurrecciones que habían ocurrido en el Perú, y sólo buscabá la peor causa para enrolarse en ella; no podía soportar autoridad legítima, ora fuese civil, militar ó religiosa, y siempre se le encóntraba azuzando crímenes y cometiendo desafueros (1). Los cronistas Pedro Simón y Castellanos refieren hasta en sus pormenores cómo Lope de Aguirre tramó la conspiración para suprimir la autoridad y la persona de Pedro de Ursúa; pero aquellas relaciones serían demasiado extensas para reproducirlas aquí, y sólo diremos que, según se colige de ellas, se unieron las pasiones de unos y otros para ayudar en la trama que puso fin á los días del infeliz Conquistador de Pamplona.

Aguirre había logrado ganar la buena voluntad de todos los oficiales, ofreciendo á cada cual lo que deseaba y ambicionaba, y á un joven hidalgo, llamado Fer-

(1) En 1535, por primera vez figura el nombre de Lope de Aguirre (joven de 24 años entonces) en un alzamiento en el golfo de Urabá, contra don Pedro de Heredia.

nando de Guzmán, le ofreció el título de Rey, con la condición de que se casara con una hija que el mismo Aguirre llevaba consigo. Tan dementes estaban todos aquellos hombres, que sobre semejantes bases, tan ridículas é imposibles de llevar á cabo, se lanzaron á asesinar al desgraciado Ursúa, quien fué muerto á puñaladas el 1.° de Enero de 1561, en un pueblo de Indios llamado Machífaro, en donde habían acampado para celebrar las fiestas de Navidad y Año-Nuevo.

Pedro de Ursúa había cumplido apenas treinta y cinco años: era de mediana estatura, bien formado y elegante, aunque muy delgado; de rostro blanco y pálido; usaba la barba entera, que era bien poblada y de color bermejo; la expresión de su fisonomía era alegre y animada; era bondadoso, culto, bien hablado, enemigo de rencillas y de disgustos, y aunque galante y amigo de las damas, no gustaba de los placeres ruidosos. Nunca tuvo temor de nada ni de nadie, de manera que, aunque varias veces le avisaron que se conspiraba contra él, no quiso creerlo, asegurando que ninguno de sus soldados podía tener queja de él, ni jamás había dado motivo para que le odiasen. Si en la conquista de los Muzos se manifestó cruel con los naturales del país, y si á su primera llegada á Santafé fué imprudente y arrestado con aquellos Españoles que consideraba enemigos suyos, es preciso recordar que, empezando él á hacerse notable desde muy tierna edad, debía de ser fácil aconsejarle mal; y tal vez más culpa tuvieron los que le rodearon entónces, que él mismo. Lo cierto es que, en sus subsiguientes campañas, los cronistas no mencionan ningún otro acto de injusticia, pero ni siquiera de imprudencia en su conducta. No hay duda que, á no ser por la malhadada expedición al Amazonas, Ursúa hubiera sido uno de los Capitanes más sobresalientes de América, pues tenía méritos para conquistar los más altos honores entre los grandes hombres de su tiempo. Ursúa, dice Ocariz, dejó en Santafé descendencia ilegítima, que se conservaba hasta el fin del siglo antepasado en las familias santafereñas que llevaban los apellidos de Zamora, Madero, Menacho y Barbosa.

A poco de asesinado Ursúa, Lope de Aguirre hizo matar al ambicioso joven Fernando de Guzmán, y

después dió muerte á doña Inés de Atienza (que se había vuelto loca), y mató con su mano ó por su orden á cuantos le disgustaban, tiñendo la corriente del Amazonas con la sangre de sus compañeros, sin motivo ni disculpa alguna. Al fin, habiendo seguido aguas abajo hasta llegar al Atlántico, la diezmada y triste Expedición arribo á la isla de Margarita, la que Aguirre tomó por asalto; allí degolló al Gobernador y á otros, é hizo matar á varios religiosos y algunas mujeres. Luégo pasó á Tierra-Firme, con la loca intención de atravesar á Venezuela y el Nuevo Reino de Granada para regresar por tierra al Perú. En Burburata saqueó é incendió la población, y continuó hasta Valencia, en donde hizo innumerables barbaridades, y en seguida entró en Barquisimeto, ciudad que encontró abandonada por sus aterrados moradores. No pudiendo ejercer su sed de sangre en extraños, se convirtió Aguirre en el verdugo de sus propios compañeros. Entonces, como muchos de éstos fuesen tan crueles y feroces como su Jefe, perdieron al fin la paciencia, le traicionaron y le dieron muerte, acogiéndose luégo á un indulto que había promulgado el Gobernador de Venezuela; y después de matar á su caudillo rindieron las armas á las autoridades. Pero antes de morir aquel extraño y sanguinario soldado, que ha vivido en las páginas de la historia con el nombre de *el tirano Aguirre*, apuñaleó con su propia mano á la hija que llevaba consigo, diciendo que no quería fuese vituperada, ni que pudiesen llamarla nunca *hija de un traidor*.

JORGE ROBLEDO.

(CONQUISTADOR DE ANTIOQUIA).

I

¿Quién era Jorge Robledo, cual su posición social en España y de dónde era su familia? Preguntas son éstas á que no podremos contestar, ni nos ha sido posible averiguar los hechos con certeza, no obstante el haber consultado cuidadosamente las crónicas que refieren sus hazañas.

Cuando, en 1539, el conquistador del Perú, Francisco Pizarro, envió á la recién descubierta provincia de Popayán al capitán Lorenzo de Aldana para que diese alcance á Belalcázar y le tomase cuenta de su conducta, los cronistas por primera vez mencionan, entre los ayudantes de Aldana, á un joven llamado Jorge Robledo. ¿Por ventura éste había sido uno de los conquistadores del Perú, con Pizarro, ó de Guatemala, con Alvarado, ó había llegado recientemente á Indias? Tampoco lo sabemos, y sólo entendemos que desde entonces Robledo tenía mucha influencia sobre sus compañeros y era escuchado y acatado por Aldana.

Una vez que se tuvo noticia cierta de que Belalcázar se había alzado con el mando, y partido para España á pedir la separación de las tierras que había descubierto, de la Gobernación del Perú, Aldana resolvió llevar adelante el descubrimiento y colonización de aquellas magníficas comarcas que hoy día componen el Estado del Cauca. Robledo, dice Acosta, aconsejó á

Aldana que siguiese para con los indígenas distinto método del que hasta entonces habían empleado los Conquistadores, y les tratase con consideración y dulzura; método que siempre surtió buenos efectos en donde quiera que se practicó, pero que, como era más lento y difícil que el ejercicio de la fuerza bruta, en breve fatigaba á tan impacientes guerreros, y volvían á tratar á los aborígenes con crueldad.

La primera población que mandó fundar Aldana, por medio de Robledo, fué una en el valle de Umbra, que debía llamarse Santa-Ana de los Caballeros, la cual fué erigida el 25 de Julio de 1539, dicen los cronistas; pero lo probable es que fuese el 26 de Julio, día de Santa Ana. Actualmente se encuentra un triste villorrio en aquel mismo lugar, llamado *Anserma-viejo*, cerca del río Rizaralda, en una explanada, con una temperatura media de 17 gr. cent. y en terreno de minas de sal (1). Robledo había llevado á la nueva colonia muchos víveres, armas y equipajes, y algunos cerdos para formar cría, que compraron los colonos al precio de mil seiscientos pesos cada uno! Una vez fundado el pueblo, el joven conquistador hizo varias excursiones por los vecinos campos, con el objeto de sujetar á los indígenas de los contornos, á quienes trató en aquellas primeras campañas con humanidad y benevolencia.

Notando los buenos resultados que había obtenido, merced á sus propios esfuerzos, Robledo quiso formarse un nombre: se desarrolló en él desde entonces una loca ambición de mando que le llevó á su pérdida, y que no se extinguió sino con su vida. Hacia principios de 1540 nuestro Conquistador resolvió acometer una empresa de mayores proporciones: sacando de Santa Ana los hombres más robustos y mejor dispuestos, atravesó el río Cauca, y, ayudado por algunas tribus de Indios amigos, Carrapas y Picaras, se lanzó á hacer la guerra á los feroces habitantes de un sitio llamado Pozo (hoy día en territorio antioqueño). Aquellos naturales, antropófagos, eran el terror de todos los vecinos: tenían casas grandes y cómodas, y sobre los cerros más altos habían fabricado ciertas torres ó atalayas de donde

(1) Parece que en idioma indígena *anser* significa *sal*.

divisaban los contornos; y eran tan belicosos, que jamás se separaban de sus flechas y macanas, de manera que las llevaban consigo á sus labranzas, aunque estuviesen en paz con sus vecinos. Atacados aquellos indígenas por los Españoles, se defendiéron con tánto denuedo y bizarría, que pusieron en apuros á los contrarios, de manera que Robledo, por auxiliar á uno de los suyos, fué herido gravemente. Hay realmente en la vida de los hombres sitios funestos; y si Robledo no murió entonces, como lo temieron los suyos, no muy tarde dejó de existir en aquel mismo punto.

Aunque los Españoles alcanzaron la victoria, era tal la rabia que tenían al ver herido á su Capitán, que soltaron sobre los vencidos y prisioneros inermes los perros que llevaban, los cuales devoraron una parte, mientras que los aliados Carrapas y Picaras se comían crudos á sus infelices compatriotas. Después de la victoria volvieron al campamento español con doscientas cargas de carne humana que les sobraron (no sin haberse hartado), con el objeto de remitir este botín á sus tierras, en prueba de haber vencido á sus enemigos. Una vez repuesto de su herida, lo primero en que se ocupó Robledo fué en despedir á los indígenas aliados (sin duda horrorizado con sus bárbaras acciones), y en seguida continuó su marcha, en dirección al Norte, recorriendo ricos terrenos en que abundaban las comidas, el oro y los habitantes. Éstos eran casi todos valientes, y se defendían á veces con extraordinario denuedo; todos se presentaban en los combates adornados con plumas y chapas de oro que relucían al sol, lo cual enardecía la pasión del lucro de los Conquistadores, que creían haber encontrado allí el *Dorado* de sus locos ensueños. A pesar del brío con que estos indígenas defendían sus territorios, Robledo, usando algunas veces de halagos, y otras aprovechándose del terror que infundían á los naturales la vista de los caballos y la ferocidad de los perros de presa, al fin logró someterles. Les domó y espantó á tal punto, que ellos mismos le fueron á buscar á su campamento para pedirle la paz, llevándole valiosos obsequios de oro y cestillas de palma trenzada; y aquellos pobres ignorantes no sólo obsequiaban al caudillo español y á sus soldados, sino que trataban de *congraciarse* á los ca-

ballos, llevándoles joyuelas de oro, con las cuales creían que se alimentaban estos brutos.

Viendo que los indígenas mostraban buena voluntad, Robledo se detuvo en la provincia de Arma, por parecerle la mejor dispuesta, y mandó un destacamento por la orilla del río Cauca para que siguiese su curso hasta su desembocadura. Pero no bien se hubo dividido la tropa, cuando los indígenas cayeron sobre unos y otros, y tuvieron que juntarse otra vez los Españoles para poder resistir. Estaba Robledo tan furioso con el mal comportamiento de los indígenas, que resolvió, una vez que les hubo vencido, castigarles de una manera cruel: hizo cortar las manos, las orejas y las narices á los prisioneros, y en seguida les mandó que fuesen á mostrarse á sus Caciques para que éstos supiesen cómo se vengaban los Conquistadores.

Viendo la dificultad que había para continuar camino por enmedio de un país erizado de montañas casi intransitables y poblado de bárbaros antropófagos, Robledo resolvió volverse hacia el Sur, y entrando en una provincia llamada *Quimbaya*, se encontró con tribus menos feroces y que no eran antropófagas. Allí se detuvo para que descansase su tropa, mientras enviaba adelante á uno de sus oficiales, Suer de Naba, á fin de que eligiese un sitio propio para fundar una población española. El Oficial encontró un sitio ameno á orillas del río Otún y no lejos del Quindío, y allí fundó una villa, á fines de 1540, que llamó *Cartago*, por haber sido poblada por los cartageneros que habían quedado rezagados de la expedición de Vadillo. Poco después la población se trasladó al sitio que ocupa hoy día, en un llano pintoresco, dominado por risueñas serranías, en terreno fértil, con una temperatura de 24 gr. cent. y regado por el bello río *La Vieja.*

II

Entrado yá el año de 1541, y estando Robledo ocupado en la erección de la nueva villa de Cartago, tuvo noticia del arribo á Cali de don Pascual de Andagoya, quien pretendía tener dominio sobre todos

aquellos territorios desde el río San-Juan. Robledo no vaciló en reconocer al nuevo Gobernador, creyendo que sería más fácil para él sacudir el yugo de un letrado como Andagoya, que no el de un soldado como Belalcázar, cuyo regreso de España se aguardaba por momentos. Además, para agradar al recién venido le llevó una gran suma de oro como obsequio, con lo cual vió confirmadas todas sus disposiciones, pues Andagoya le mandó tan sólo que quitase el nombre de Santa Ana á la primera población fundada, y le pusiese el de San-Juan.

Regresó Robledo á Cartago, resuelto á apartarse de la Gobernación de Popayán en primera ocasión, y mientras tanto se ocupó en llevar á cabo varias correrías por el Sur de lo que hoy día es Estado de Antioquia, y por el alto Tolima. Así se pasaron muchos meses, hasta que al fin de 1541 llegó Belalcázar á Cali y le mandó orden para que fuese á tener una entrevista con él. Pero bien se guardó Robledo de obedecerle: escribió al Gobernador, reconociéndole como su legítimo jefe, y ofreció ir después á darle cuenta de sus obras; pero en lugar de acudir al llamamiento, escogió cien hombres de los mejores de su tropa, y llevando las vituallas y los pertrechos que pudo conseguir, emprendió marcha con dirección al Norte, á hacer nuevos descubrimientos por su cuenta. Esta conducta más que sospechosa de Robledo, alarmó un tánto á Belalcázar; pero como no podía por entonces ir tras de él á pedirle cuentas, nada dijo, y guardó su rencor para después.

Continuaba, mientras tanto, el Conquistador de Antioquia su camino, y esguazando el Cauca por la provincia de Arma, siguió con más ó menos fortuna hasta la provincia de Zenúfana, en donde con tratos amistosos con los naturales consiguió muchas preseas, joyuelas y vasijas de oro macizo, con que le obsequiaron, y también algodón en rama, de que necesitaba con urgencia para fabricar armaduras acolchadas que defendiesen los hombres, los caballos y los perros, de las flechas enemigas. Sin embargo, no en todas partes tuvieron la fortuna de hallar indígenas bien dispuestos, y frecuentemente se vieron obligados á conquistar las tierras por donde pasaban, haciendo uso de la fuerza. Al fin, el 4 de Agosto de 1541, Robledo

avistó un hermoso y fértil valle, que los naturales llamaban de Aburrá y los Conquistadores bautizaron con el nombre de San-Bartolomé, y que después llamaron de Medellín (1). La vista de aquellos fieros invasores con sus caballos y sus perros de presa espantó tánto á los Indios que habitaban el valle, que unos huyeron despavoridos, y otros, embargados por el terror, se ahorcaban, colgándose de los árboles, con sus propias mantas y fajas. Ocurrió á Robledo hacer alto en aquel punto, y mientras descansaba su tropa envió descubiertas por diferentes partes á recorrer el país de los contornos. Pero como no se hallara nada digno de atención por aquellos lados, Robledo abandonó el valle, y repasando la cordillera fué á buscar de nuevo las márgenes del río Cauca.

Después de haber tenido varios encuentros muy reñidos con los Indios, en los cuáles perecieron algunos Españoles, Robledo torció camino y empezó á escalar un territorio sumamente agrio y escarpado, poblado de tribus tan salvajes como el país en que vivían. Habiendo llegado al valle de Hebégico, que hoy día se llama Frontino, resolvió fundar una población con el nombre de Santafé-de-Antioquia (2), en memoria, dicen los cronistas, de la antigua Antioquía, que fué el punto de partida de la Cristiandad. Los habitantes de aquellas serranías eran por extremo belicosos; pero Robledo, ya por medio del rigor de las armas y la ferocidad de los perros, ya empleando la suavidad y los obsequios, al fin logró pacificar y rendir las tribus que se habían manifestado hostiles; y solemnizó la

(1) En el valle de Aburrá mandó el Gobierno español, en 1674, que se fundase una villa, la que tomó el nombre de Medellín, por ser el Conde de este título Presidente del Consejo de Indias en aquel año. Esta ciudad es la capital del Estado de Antioquia, y ha progresado mucho últimamente; cuenta yá hoy día más de 30,000 habitantes de población. Goza de un clima de 20 gr. cent., por término medio.

(2) Aquella población no duró mucho tiempo en el lugar en que la fundó Robledo, porque á poco un capitán de Belalcázar, Juan de Cabrera, la trasladó al lugar que ocupa ahora, en temperatura cálida, á 27 gr. cent. Cuenta hoy día más de diez mil habitantes y progresa notablemente.

paz obtenida con una fiesta religiosa á la cual concurrieron los Caciques sometidos.

El triunfo de nuestro Conquistador era, pues, completo; y si desde muy temprano en su carrera se había manifestado lleno de ambición y deseoso de no someterse á sus superiores, ¡ cuánto más no se aumentaría su sed de mando cuando se vió tan lejos de todo gobierno civilizado y como perdido en el fondo de un país en donde su voluntad era ley! Repugnábale mucho la idea de tener que rendir cuenta de su conducta á un Jefe á quien él no concedía méritos mayores que los propios. Así, impelido por su ambición, resolvió no volver á Popayán y partir para España con el objeto de pedir al Emperador la Gobernación de las provincias conquistadas por él. No había para Robledo otro camino que el que habían tomado las expediciones de Cesar y Vadillo, y resolvió seguir aquella vía.

Como no podía dejar desamparada la nueva población, dejó en Antioquia toda su tropa, y con sólo doce hombres emprendió marcha el 2 de Enero de 1542. Atravesando los valles de Nor y Guaca, y al acaso la sierra de Abibe, á través de montes cerrados y cercado de toda suerte de peligros, al fin salió al Atrato, bajó hasta el golfo de Urabá y desembarcó en la ciudad de San-Sebastián, nuevamente fundada por Heredia. Pero la alegría que experimentó al encontrarse al fin en país de cristianos, se convirtió en indignación cuando el Gobernador de Cartagena, que se hallaba en aquel punto, le hizo apresar, se apoderó del oro que llevaba y le sumió en una prisión con el pretexto de que le había hallado con gente armada transitando por tierras de su Gobernación. Al fin Robledo obtuvo de Heredia que le permitiese embarcarse para España, en donde, dijo él, el Rey le juzgaría y castigaría si le hallaba culpado.

Sabedor Belalcázar de la manera con que Robledo había abandonado la nueva población, fundada en Antioquia, le declaró alzado y desertor, é hizo levantar sumarios contra él, con el objeto de inhabilitarle si lograba que le diese el Rey algún cargo honroso en la Gobernación. Una vez en España, Robledo presentó sus títulos al Gobierno, pidiendo le diesen el mando de los territorios descubiertos por él; mas á pesar de

la influencia que tenía en la Corte la familia de su esposa, doña María de Carvajal, de la noble casa de Jodar, nuestro Conquistador encontró grandes dificultades para obtener lo que deseaba: apenas le dieron el insignificante título de Mariscal, y le notificaron que Díez de Armendáriz llevaba autorización para estudiar los fundamentos que tuviese para sus pretensiones, y le aseguraron que si el Visitador los encontraba justos, se le concedería lo que solicitaba.

Tres años permaneció Robledo en España, al fin de los cuales se embarcó en la Armada Real con el Visitador Armendáriz y con su esposa, doña María de Carvajal, que se hacía llamar Mariscala, y llevaba consigo un gran séquito de parientes, criados y paniaguados. Durante el viaje, Robledo supo granjearse la buena voluntad de Armendáriz, de manera que á su llegada á Cartagena obtuvo el nombramiento de Gobernador de las tierras descubiertas por él, desde Cartago hasta la nueva población fundada en el valle de Hebégico. Según parece, y se dijo después, Armendáriz no hizo aquel nombramiento con todos los requisitos del caso, y así no tenía la validez que se requería; sin duda esto lo hizo con su segunda intención, y con el objeto de quedar bien con los enemigos de Robledo, si éstos llegaban á predominar algun día en la corte española.

III

Dejando á doña María en San-Sebastián de Buena-Vista, rodeada de gran boato y ofreciendo avisarla cuándo había de ponerse en marcha para ir á reunirse con él, Robledo emprendió camino por el Atrato, siguiendo la vía que antes había tomado, en demanda de la villa de Cartago, la cual pensaba erigir en capital de sus territorios. Pero aunque yá aquel camino había sido un tanto transitado por las expediciones de Heredia y las enviadas por Belalcázar para tomar posesión de aquellas tierras, no era en realidad un camino, sino una mala senda abierta por enmedio de espesísimos bosques y escarpadísimos cerros que hoy día se consideran enteramente intransitables. Robledo

marchaba, sin embargo, con los pocos soldados y sirvientes que llevaba consigo, lleno de esperanzas y acariciando un risueño porvenir. Yendo un día por enmedio de una montaña, de repente se encontró con una partida de Españoles que iban escoltando unos prisioneros compatriotas, aherrojados con colleras de hierro, como si fuesen criminales de la peor especie. Robledo se detuvo á preguntar qué significaba aquello: contestáronle que eran reos de una conjuración que se había descubierto en Cartago, contra el Gobernador, y les llevaban á Cartagena para que fuesen juzgados como conspiradores. Entre los presos iba un antiguo amigo de Robledo, Gaspar de Rodas, el cual fué puesto en libertad por instancias del Mariscal, y continuó con él hasta Antioquia. En la nueva villa Robledo se hizo reconocer sin dificultad como Gobernador de aquellas tierras, y como no quería perder tiempo, se trasladó inmediatamente después á la villa de Arma, en donde también presentó sus despachos.

En Arma había gran número de amigos y protegidos de Belalcázar, y el Cabildo se negó á admitir á Robledo como su jefe, alegando que no se tenía aún noticia oficial de que el Emperador hubiese dado facultades al Visitador Armendáriz para quitar y poner nuevos Gobernadores. El Mariscal declaró que si no le recibían de buen grado él les obligaría á reconocerle por la fuerza, y entrando á mano armada en la población, quebró la vara del Alcalde, puso presos á los miembros del Cabildo, y, después de dejar fuerza armada en la plaza, siguió camino con dirección á Cartago. Entre tanto que sucedían estas cosas, Belalcázar, que había recibido noticia de lo que pasaba, se apercibió y puso en armas con la intención de salir á atajar á Robledo en su marcha antes de que cundiese el desafecto entre los suyos.

En Cartago y en Anserma Robledo obtuvo la misma respuesta que en Arma, y también se apoderó á mano armada de estas poblaciones; y como tuviera necesidad urgente de recursos pecuniarios, á despecho de los Regidores rompió las arcas reales y sacó los tesoros pertenecientes al quinto del Rey; cosa que produjo inmenso escándalo y le hizo perder gran parte de su popularidad en todo el país: tal era el respeto

con que se miraba todo cuanto pertenecía al Soberano. Durante todo aquel tiempo se cruzaron sendas misivas Belalcázar y Robledo, requiriéndose uno á otro para dejar el mando. Al fin, viendo el Adelantado que el otro rehusaba abandonar los territorios de que se había apoderado, resolvió poner término á una posición tan tirante, y se puso en marcha á la cabeza de ciento cincuenta hombres bien armados y escogidos entre los veteranos de su tropa. Súpolo Robledo y armó á setenta hombres, los cuales, mal armados y pertrechados, y más inclinados á desobedecer que á sostener el orden, no presentaban por cierto un aspecto muy respetable.

Con esta malhadada tropa se puso á aguardar á Belalcázar, situándose en un punto estratégico, en una loma llamada del Pozo, sitio que le había sido fatal años antes; de allí envió mensajeros al Gobernador de Popayán, proponiéndole transacciones y que dividiesen amigablemente aquellos territorios tan extensos, en los que había lugar para dos Gobernadores; y para que se asegurase la paz, ofrecía dos parientas que su mujer traía consigo para esposas de los dos hijos de Belalcázar. Según parece, Belalcázar no rehusó resueltamente aquellas proposiciones; y con el objeto de adormecer al Mariscal y que confiara en que no le atacaría, le dejó alguna esperanza de que al fin entraría en tratados con él. Efectivamente, Robledo no se retiró á la villa de Antioquia, como se lo aconsejaban muchos, en donde tenía amigos y hubiera podido hacerse fuerte, sino que, enviando otros mensajeros al Adelantado, permaneció descuidado en la loma del Pozo. Belalcázar aprisionó á los últimos enviados de su émulo, y marchó prontamente hacia el campamento enemigo antes de que éste pudiese ponerse á la defensiva.

Era el primer día de Octubre de 1546 cuando, al promediar la noche, estando Robledo dormido, despertó repentinamente con el clamor de uno de los suyos, el cual, entrando en su tienda, le gritó con acento de terror: "Levántese, señor Mariscal! que yá el Adelantado está sobre nosotros! (1)" Púsose en pié Robledo

(1) Piedrahita—CONQUISTA DEL NUEVO REINO—1.ª Parte—Lib. XI.

apresuradamente, requirió sus armas, y calzado con una sola bota salió corriendo á reunirse á los suyos; pero yá era tarde, y viéndose rodeado de la gente de Belalcázar tuvo que entregar su espada y rendirse á discreción.

Dicen algunos historiadores que Belalcázar no tenía intención de hacer ningún mal á Robledo; pero que, habiendo encontrado entre un baúl del Mariscal unas cartas escritas por él para ser remitidas á Armendáriz, en las cuales llamaba traidor al Adelántado, éste, en un rapto de cólera indomable, le hizo sentenciar á muerte. Otros dicen que la especie de las cartas fué una farsa inventada por los amigos de Belalcázar para disculparle, y que quien tuvo parte en aquella tan injusta sentencia fué Hernández Girón, hombre perverso y de sanguinarios instintos, quien hizo creer al Adelantado que Robledo tenía mucho partido entre los colonos y grande influencia en la Corte; por lo que, si no se deshacía de él á tiempo, en breve se vería suplantado y perdería irremediablemente el fruto de tántos años de trabajos y luchas.

Notificaron al Mariscal la terrible sentencia, y sin demora se preparó para la muerte, haciendo testamento y confesándose devotamente. Sacado al fin al campo libre, en unión de tres oficiales superiores de su tropa, Robledo fué ajusticiado públicamente el 5 de Octubre, declarándosele "alborotador del Reino, usurpador y opresor de la Real justicia." Aunque él reclamó que debía morir decapitado como caballero, Belalcázar le hizo dar garrote, como para mayor ignominia. "Sepultaron los cuerpos de los cuatro ajusticiados, dice Acosta, en una casa, que quemaron antes de abandonar aquel lugar, á fin de borrar toda huella de las sepulturas; pero nada valió, pues los Indios de las inmediaciones las descubrieron, y desenterraron los cuerpos para comérselos, con aquel apetito voraz y desenfrenado de carne humana que caracterizaba á estas tribus casi salvajes. Así, el cráneo del mariscal Robledo probablemente adornaría por mucho tiempo alguno de esos palenques de guadua, situados en los lugares testigos de sus primeras hazañas."

No nos ha llegado ninguna descripción personal del desdichado Robledo, ni hemos podido averiguar

cuál fué el lugar de su nacimiento, ni la edad que tenía cuando murió. Como dijimos antes, el Mariscal fué casado con doña María Carvajal, noble dama española. Ésta, habiendo regresado á Cartagena, supo allí la desastrosa muerte de su esposo, y entonces hizo viaje á Santafé á pedir justicia y tomar venganza del matador de Robledo. La Audiencia escuchó sus lamentos con lástima y nombró al Oidor don Francisco Briceño para que se trasladase á la Gobernación de Popayán á indagar el hecho y residenciar á Belalcázar.

Mientras tanto se habían pasado más de tres años; doña María de Carvajal se había casado con el Tesorero don Pedro Briceño, y á poco de muerto Belalcázar de pesadumbre en Cartagena, aquélla, viuda segunda vez (1), había dado su mano de esposa, en terceras nupcias, al Oidor don Francisco Briceño, sin duda como una tardía recompensa para el que había sentenciado á muerte al matador de su primer marido; á lo menos esto dicen los cronitas contemporáneos. En aquel tiempo las mujeres españolas eran tan escasas, que se veían asediadas por los pretendientes á su mano, y solían casarse hasta cuatro veces sucesivamente, tanto más cuanto los hombres perecían con facilidad en las contiendas con los indígenas y por otras calamidades, y pocas eran las que permanecían viudas y no volvían á contraer matrimonio.

(1) Don Pedro Briceño murió en los Pasos de Rodrigo, en un combate con los Indios Taironas.

FRANCISCO CESAR.

(CONQUISTADOR DE ANTIOQUIA).

I

Entre los marinos que acompañaron á Sebastián Cabot ó Gabotto en su viaje de descubrimiento al Río de la Plata y al Uruguay, se contaba un joven portugués (don Marcos Jiménez de la Espada dice que era cordobés), llamado Francisco Cesar, que se distinguió particularmente en aquella expedición por su valor, caballerosidad y singular comportamiento. (1) Regresando Cabot de aquel viaje, que había durado tres años, tocó en Santo-Domingo, en donde se quedaron muchos de los expedicionarios. Poco después llegó allí don Pedro de Heredia, tratando de enganchar soldados para ir á conquistar á Cartagena, y algunos de los compañeros de Cabot tomaron servicio á órdenes de aquél: entre otros se encontró el joven portugués cuya vida vamos á delinear.

(1) Cabot visitó las regiones del Río de la Plata; y leemos en el "*Compendio de Historia de América*," de D. Diego Barros Arana, "que uno de sus subalternos se internó en el río Uruguay y remontó sus corrientes hasta el río de San-Salvador; y Cabot mismo, explorando las riberas del Sur del Plata, penetró en el Paraná, en cuyas márgenes fundó un fuerte con el nombre de *Sancti Spiritus*. Desde allí prosiguió sus reconocimientos hacia el Norte, navegó el río Paraguay, y después de una refriega con los salvajes de Bermejo, dió la vuelta á la fortaleza." Según Pedro Simón, el *subalterno* que menciona aquí el moderno historiador era nuestro Francisco Cesar.

Las maneras cultas y aire marcial de Cesar llamaron la atención del hidalgo don Pedro de Heredia, y así fué que le nombró su Teniente general, manifestándole su mucho aprecio con señales de particular estimación. Con el honroso cargo de Teniente del Gobernador, Cesar concurrió en la fundación y conquista de toda la provincia de Cartagena, señalándose siempre como uno de los más valientes entre los valientes. Era tan popular entre los soldados, que éstos no se manifestaban contentos, sino cuando él iba en las expediciones; y llegó á tal punto el amor que le tenían los colonos, que al cabo de algún tiempo el Gobernador y su hermano don Alonso empezaron á sentirse muy disgustados y hasta humillados con la popularidad de Cesar, bien merecida, y por lo mismo imperdonable en el sentir de sus Jefes.

Con el objeto de rebajar á Cesar á los ojos de los subalternos, le quitó Heredia el empleo que tenía de Teniente general, dándole un cargo inferior, é hizo su segundo á su hermano Alonso. Toda la tropa se consideró agraviada con aquel inmerecido desaire, y estuvo á punto de estallar un motín contra los Heredias. Súpolo la víctima de aquella injusticia, y voló á contener á sus amigos y les hizo entrar en razón, calmándoles con una prudencia y moderación extrañas en uno de aquellos capitanes aventureros de su época. En cuanto á él, ni una queja elevó á su antiguo protector, ni pidió nada para sí, inclinando la cabeza ante la voluntad de su Jefe, y dando con ello un saludable ejemplo á sus subalternos. Sin duda le pesó á Heredia lo que había hecho, porque la injusticia duele más al que la comete, si es persona de conciencia, que al que la sufre, pues mandó á Cesar en una importante expedición á los ricos sepulcros del Zenú ó Zenúfana, en calidad de Teniente general de don Alonso, aconsejando á éste que, para contentar á la tropa, diese á Cesar ocasión de lucirse y ganar fama.

Pero don Alonso siempre se manifestó poco afecto á Cesar, y excusaba tenerle á su lado; así, en primera ocasión le mandó como caudillo de una expedición secundaria á las orillas del mar, á conseguir alimentos para la tropa. Cesar no sólo envió á don Alonso los mantenimientos que nesecitaba, sino que reunió una fuerte suma de oro que se proponía dividir entre sus

compañeros, según la costumbre del tiempo, una vez que se hubiese sacado el quinto del Rey y la parte del Gobernador. Don Alonso le mandó pedir el oro para emplearlo en ciertos gastos de la Expedición, y Cesar se negó á ello, fundándose en las leyes vigentes entonces acerca de la división que se debía hacer del botín; enfurecióse el hermano del Gobernador, y mandando llamar á Cesar le hizo cargar de cadenas, y por sí y ante sí le condenó al último suplicio como rebelde y desobediente; pero no se encontró un soldado que quisiese ejecutar la sentencia. Entonces le mandó poner al preso collera de hierro, y en compañía de un amigo de éste le arrastró en pos de la tropa arriba y abajo, por montes y por valles, encadenado como el peor criminal y sufriendo indecibles tormentos. De aquella manera Cesar visitó por primera vez el país que después había de conquistar en parte, atravesando las serranías más agrias y escarpadas tal vez de la América del Sur, hasta ir á dar á las orillas del río Cauca. De allí se devolvieron sin haber obtenido otra cosa que la muerte de innumerables indígenas, que llevaban como esclavos cargueros, y la pérdida de muchos Españoles que morían de hambre, de enfermedades y de fatiga, y llegaron á la provincia de Cartagena diezmados y miserables. A su arribo á la capital, Heredia puso en libertad á Cesar; pero como no le diera ningún empleo y le tratara con desprecio, el Capitán resolvió alejarse de aquel lugar é ir á buscar fortuna en Panamá. De paso por el golfo de Urabá se detuvo allí y tomó servicio con Julián Gutiérrez, un Español que había enviado el Gobernador de Panamá á que restableciese la antigua población de Acla, abandonada años antes.

Julián Gutiérrez empezó por aliarse con los indígenas comarcanos, y se casó con una india convertida, bautizada Isabel, hermana del cacique más influyente. Con semejante sistema de colonización, enteramente nuevo para los indígenas, éstos le aceptaron con el mayor cariño, y la nueva colonia iba en progreso y prosperidad, evidentes en poco tiempo.

Sin duda el bienestar de la nueva colonia, tanto como la buena acogida que obtuvo allí Cesar, despertaron la envidia y mala voluntad de don Alonso de Heredia, quien, como hemos dicho, siempre había mirado mal al valiente portugués; quiso, pues, poner

alguna cortapisa á la prosperidad de Acla, y con anuencia del Gobernador su hermano pasó á San-Sebastián (la antigua villa fundada y abandonada veinte años antes por los soldados de Ojeda) y la restableció prontamente. En breve las dos nuevas colonias españolas, divididas por las aguas del golfo, empezaron á hostilizarse cruelmente, acabando Gutiérrez por pasarse á fundar un fortín cerca de San-Sebastián, con el objeto de vigilar á los cartageneros.

No bien tuvo noticia el Gobernador de lo que sucedía, cuando se presentó en San-Sebastián para ayudar á su hermano en sus querellas con los panameños. Trasladóse al punto frente al fortín, á la cabeza de una tropa bien armada, é intimó á Gutiérrez que desocupase el territorio perteneciente á la Gobernación de Cartagena; aquéste rehusó obedecerle, y viniéronse los Españoles á las manos; pero como las fuerzas de Heredia eran superiores, fueron vencidos los panameños y Gutiérrez hecho prisionero. Cesar reunió las reliquias de la tropa de su amigo y fué á asilarse al monte, en unión de la india Isabel. Pero Heredia, que conocía el valor y la pericia militar de Cesar, temió que reuniese las tribus indígenas de los alrededores, que eran muy numerosas, y cayese sobre la nueva villa de San-Sebastián; por lo que, para propiciarle, mandóle ofrecer la paz sin condiciones, y dió garantías completas á cuantos Españoles quisiesen acogerse á sus banderas.

Cesar, que no deseaba entrar en lucha armada con su antiguo Gobernador, rindió las armas y se acogió al indulto, volviendo á San-Sebastián. La tropa cartagenera, que le idolatraba, apenas le vió no quiso yá separarse más de él, y todos suplicaron á Heredia que le nombrase como su caudillo en una expedición que se preparaba por entonces para volver al Sur de la provincia. Don Pedro, que comprendió que la felicidad de una expedición se derivaba en gran parte de la buena voluntad de los soldados, accedió á lo que le pidieron, y propuso á Cesar que tomase á su cargo la que se emprendía: éste aceptó, y al promediar el año de 1537 se puso en marcha, á la cabeza de cien hombres escogidos entre los más robustos y valientes de la Colonia, con dirección á la sierra de Abibe, detrás de la cual era fama que demoraban los tesoros de Dabaibe ó el Dorado.

II

"Desde las orillas del golfo del Darién hasta el pueblo del Cacique Abibe (dice Acosta), por cuyo nombre se impuso á las montañas el que tienen todavía, hay un espacio de diez á doce leguas de palmas y altísimos árboles, que forman selva espesa, la cual cubre un terreno cenagoso, en que los ríos, detenidos por palizadas de enormes troncos abatidos por los vientos y los siglos, forman represas, é inundan y fecundan aquella ardiente región." Después de atravesar aquella peligrosísima zona, los expedicionarios, acaudillados por Cesar, empezaron á escalar la cordillera, y una vez coronada, bajaron hacia las márgenes del Cauca. En este trecho de camino murieron cuarenta Españoles, y muchos caballos perecieron, ahogados unos y despeñados otros. En el valle de Guaca ó Cauca tuvo Cesar que librar una batalla campal al Cacique Nutibara, la cual estuvo á punto de perder; y sin duda la Expedición hubiera sucumbido toda, si no resolviera Cesar á abandonar la empresa y devolverse antes que se unieran las tribus comarcanas para atacarle, como tuvo denuncio de que se preparaban á hacerlo. Regresó, pues, precipitadamente á la provincia de Cartagena, con intención de volver después á acabar de descubrir aquella comarca, en la que encontraron mucho oro en pocos días.

En tanto que Cesar sufría grandes trabajos y penalidades en su viaje de exploración, los Heredias no pasaban en verdad un tiempo muy dichoso; pues cuando nuestros expedicionarios llegaron á las inmediaciones de Cartagena, tuvieron noticia de que el Gobernador y su hermano estaban presos, por orden de un Visitador que había enviado el Gobierno español á juzgarles y residenciarles. El noble Capitán Cesar se llenó de compasión al oir semejante noticia, y olvidando sus antiguas desavenencias con los Heredias no se acordó de las injusticias que había sufrido de su parte, sino que voló á la prisión en que estaban, obtuvo una entrevista secreta con el Gobernador, y le llevó ocultamente la parte de botín que le correspondía. En seguida fué á empeñarse con el Visitador para que soltase

con confianza á don Alonso y remitiese en primera ocasión á don Pedro á que le juzgasen en España, en donde tenía amigos, y ofreció su bolsa, sus recursos y su influencia para que los Heredias no careciesen de nada. Ciertamente que esta conducta de Cesar fué la de un cristiano y de un hombre estimable y generoso; pero no estaba en desacuerdo con la que casi siempre observaron los Conquistadores entre sí, pues raro fué el varón de aquellos tiempos que se aprovechara de la desgracia de su enemigo para tomar venganza (1).

Una vez arreglado el asunto de los Heredias, el Visitador Vadillo se ocupó en averiguar con Cesar lo concerniente á la riqueza del país que acababa de visitar, y oyó con suma alegría las noticias que le dieron. Satisfecho con estos informes, Vadillo, que padecía más que nadie de una sed insaciable de oro, resolvió ir personalmente á recorrer las tierras descubiertas por Cesar. Reunió prontamente cuantos soldados robustos halló en la Gobernación, y acopiando víveres y armamento de toda clase, y nombrando por su Teniente general á Cesar, púsose en marcha, al principiar el año de 1538, á la cabeza de más de 500 hombres con caballería y 350 infantes; de suerte que fué ésta una de las expediciones descubridoras más numerosas que se formaron en esta sección de América en la época de la conquista (2).

(1) Véase la conducta del Gobernador de Jamaica con Ojeda, la de Nicuesa con el mismo, la del Gobernador de Cuba con Bastidas, la de Lanchero con su perseguidor Armendáriz, y la de otros muchos que sería largo enumerar.

(2) "Llevaban copiosos pertrechos, así para atender á las necesidades de la guerra, del camino y del laboreo de minas, como para cumplir en toda regla con los preceptos religiosos, pues llevaron ornamentos y vasos sagrados, y hasta moldes de hierro para hostias. En atención á las dificultades del terreno y falta de recursos del país por donde había de transitar la numerosa hueste, cada soldado de á caballo llevava tres: el uno de montura, otro para el hato y otro del diestro con las armas y para pelear cuando llegara el caso; al servicio del jinete y cuidado de las bestias iban un mozo y un negro, ó dos negros, y una india ó negra para moler el maíz, pan de aquella tierra; de los peones, una buena parte iban con machetes para abrir el bosque y limpiar la maleza, y cada par de ellos se socorría

Además del deseo de acopiar oro, Vadillo tenía otro motivo para alejarse de Cartagena: tenía conciencia de haberse excedido en los malos tratamientos dados á los Heredias, y le convenía estar ausente de la Gobernación cuando llegase á ella un comisionado que iría de España para indagar su conducta. Alejábase, pues, Vadillo apresuradamente de la provincia, y tomando la misma vía seguida por Cesar pocos meses antes empezó á internarse en la espesura de los bosques. Pero la tropa era tan numerosa que, no obstante los muchos recursos que llevaba, á poco andar empezaron á faltar los alimentos más necesarios, y los indígenas la hostilizaban sin tregua, causándola grandes daños, asesinando á cuantos se separaban algunos pasos del cuerpo del ejército, é infundiendo á los Españoles gran terror con sus instintos feroces y propensión á comerse los unos á los otros á la menor provocación.

Cesar, más que ninguno, dió señales de gran denuedo y espíritu sereno en todas ocasiones, con lo cual salvó el ejército de las celadas que le tendían las tribus aborígenes. A pesar del brío indómito de los habitantes de las sierras antioqueñas, algunos Caciques visitaron como amigos el campamento Español, llevando presentes de oro á los invasores; con lo que creían librarse de los malos tratamientos de Vadillo y sus compañeros; pero la vista de aquel metal era contraproducentem, pues en vez de acallar su codicia despertaba en ellos mayor deseo de buscarlo de cualquier manera y á toda costa. Al fin los Conquistadores llegaron á las orillas del río Cauca, término conocido hasta entonces de las anteriores expediciones; pero no obstante la situación angustiosa de la tropa, disminuída por el hambre y las fatigas, por las enfermedades y una guerra casi continua, Vadillo siguió su camino hasta llegar á una provincia que llamaban de Iraca, en donde se detuvieron halagados por la abundancia de las provisiones que encontraron, del oro que arrancaron á los naturales y de las fuentes de sal que descubrieron en los terrenos

con un caballo que cargaba la comida y el calzado de entrambos."

Véase—Prólogo escrito por don Marcos Jiménez de la Espada á las obras de Cieza de León.

adyacentes. Mas el clima era tan nocivo, que se vieron casi todos acometidos de fiebres que les llevaban á la muerte sin que pudiesen combatirlas. Vadillo dió entonces orden de que se siguiese la marcha por la orilla izquierda del río Cauca hasta Corí, en donde volvieron á detenerse para tratar de aliviar á los enfermos que llevaban. Muchos días llevaba Francisco Cesar de estar minado por la enfermedad que había causado la muerte á tántos de sus compañeros; pero, temeroso de desalentar la tropa, no quería quejarse, hasta que, llegando á Corí, no pudo resistir más: la enfermedad le rindió, y á poco espiró enmedio de sus afligidos compañeros, que se sintieron completamente desalentados al perderle. Cesar era en realidad el verdadero Jefe de la Expedición, y solo él era capaz de infundir ánimo y confianza á los soldados, dándoles siempre acertados consejos y usando en toda ocasión de gran tacto y prudencia para manejar la tropa, la cual le obedecía sin replicar y le amaba con idolatría.

A Francisco Cesar debe Antioquia su conquista por su litoral fluvial del Norte, así como por el Sur se la debe á Robledo. Estos dos jóvenes y simpáticos conquistadores fueron, sin embargo, muy desgraciados, y la adversidad, que cortó sus días antes de tiempo, impidió que llegasen á adquirir una fama tan notable como sus méritos y cualidades militares prometían.

Cesar,—que fué llorado por sus compañeros y lamentado por los indígenas, pues no se refiere de él un sólo hecho sanguinario, pero ni siquiera inhumano,—fué tristemente sepultado en Corí. Mas, cuando Vadillo quiso que siguiera camino la tropa, ésta manifestó el mayor disgusto y desaliento; y si al fin logró el Visitador que continuara su marcha, siempre iba con desagrado y con inclinaciones á amotinarse, hasta llegar al Valle del Cauca, en donde se encontraron con las colonias recién fundadas por Belalcázar y Aldana. En Cali se desbandó por entero la Expedición, y mientras unos tomaban servicio bajo Lorenzo de Aldana, Vadillo pasó con otros á Popayán y de allí al Perú, en donde se embarcó para Panamá. En el Istmo le encadenaron y llevaron preso á Cartagena, y de allí pasó á España, donde le pusieron pleito, el cual duró tántos años, que al fin murió en Sevilla, sin que hubiesen sentenciado su causa.

LAZARO FONTE.

I

Lázaro Fonte pertenecía á una familia notable de Cádiz, de origen portugués, quien se dedicó á la marina desde su niñez, y así pasó á Santa-Marta como Capitán de navío, no sabemos en qué año.

En la Expedición conquistadora del Nuevo Reino de Granada parece que se lució en todas circunstancias; pero las crónicas de la época no mencionan ninguna proeza suya, sino la ejecutada en el sitio de Cajicá. Refieren que, como los Españoles vacilaran sobre si debían atacar á los Indios del Zipa refugiados en una fortaleza que éste tenía en Cajicá, ó si ponían fuego al cercado de madera para obligarles á salir, Lázaro Fonte, que mandaba la vanguardia, hizó alto á alguna distancia del edificio. Mientras que se discutia lo que se pudiera hacer, de repente se abrió la puerta del cercado indígena, y se presentó fuera de él un Indio grande, fuerte y fornido, el que, armado con macana, arco y flechas, empezó á dar grandes y destempladas voces. Fonte, que estaba á caballo, preguntó á los intérpretes qué significaban los ademanes feroces del guerrero muisca, y le contestaron que, siendo el hombre más valiente de todo el ejército del Zipa, le mandaban á que desafiase á singular combate á cualquier soldado español que quisiese luchar con él cuerpo á cuerpo, burlándose de antemano de la audacia del que aceptase el duelo. El Capitán se sonrió, y metiendo las espuelas á su caballo, en dos vuelos fué á parar cerca del Indio belicoso, y sin darle tiempo, le tomó por los cabe-

llos, le levantó del suelo, como si fuese una pluma, con armas y todo, y le llevó, más muerto que vivo y temblando de temor, hasta el centro del campamento español, en donde le recibieron con estrepitosas carcajadas. Aquella audaz hazaña bastó para que los asombrados indígenas que guardaban la fortaleza se pusiesen en derrota, y huyesen despavoridos, dejando desamparada la posición.

Lázaro Fonte era muy querido entre sus subalternos, y respetado y acatado por los indígenas, quienes veían en él un sér superior y sobrenatural. Pero andando el tiempo, aquella popularidad envaneció por demás al joven Capitán, pues se jactaba de la influencia que tenía en el ejército, hasta el punto de ejercerla más de lo que convenía al orden y disciplina de la tropa. De otra parte, sus brillantes prendas habían despertado la envidia de muchos de sus compañeros, y éstos no tenían embarazo en llevar chismes contra él á Quesada, y envenenar por una parte y por otra las desavenencias que suscitaron entre el caudillo y el oficial. Al fin Quesada, fuera de paciencia, resolvió hacer prender á Fonte, con el pretexto de que había rescatado ocultamente, y para su uso, una esmeralda valiosa, cuando era prohibido que se hiciese ningún negocio con los indígenas, sino en provecho general, para ser repartido entre todos. Aunque no se pudo probar el delito (que por cierto no era muy grave), el General Quesada estaba tan exasperado con Fonte que, sin fórmula de juicio y por sí y ante sí, le condenó á muerte.

Aquella noticia cundió entre la tropa en un momento, y todos corrieron á pedir á Quesada con súplicas y lágrimas que revocase la sentencia. Pero aquellas mismas señales de dolor irritaron más la cólera del General, y mientras más le suplicaban, más aseguraba que Fonte moriría degollado, sin remedio. Al fin encerróse con Quesada el bravo y respetable Gonzalo Suárez Rondón, y fueron tan convincentes las razones que le dió para que no se llevase á cabo la sentencia, que Jiménez de Quesada vino en revocarla, condenando á Fonte á destierro entre los Indios Panches. La alegría que causó la revocatoria de la sentencia se convirtió en pena cuando supieron á dónde debía marchar el mísero gaditano; pues aquella conmutación era peor que la

muerte, siendo los Panches tan sanguinarios que de seguro matarían al Español con la mayor crueldad. Volvieron los principales Oficiales á suplicar á Quesada que cambiase el sitio del destierro de Fonte, y al fin obtuvieron que fuese enviado á Pasca, lugar que dista pocas leguas de Santafé por el lado del Sur, y que estaba poblado por una tribu indígena que no había querido entrar en alianza con los Españoles, pero que se decía era menos feroz que los Panches.

II

Empezaba el año de 1539 cuando Lázaro Fonte salió del caserío de Santafé, acompañado de una escolta que debía dejarle entre los Pascas, y seguido por una india "que le servía, dice Piedrahita, y le había cobrado amor." Trasmontadas algunas escarpadas serranías, los Españoles avistaron el pueblo de los Pascas, que habían desamparado sus habitantes apenas tuvieron noticia de la aproximación de los invasores, y bajando al caserío, la escolta dejó allí al desterrado y regresó á su campamento.

Asilóse Fonte en una casa con la india que le había seguido, y habiendo llegado la noche se entregó al sueño, aunque con mucho recelo de que regresasen los Indios á su pueblo y al verle allí inerme le matasen. Pero ¡cuál no sería su sorpresa, al clarear el día siguiente, cuando se vió rodeado de Indios que en vez de quererle asesinar le manifestaban con claras señas que le respetaban y le obsequiaban con toda clase de alimentos! Esto era lo que había sucedido: mientras que su amo dormía, la india había salido de la desamparada población, y conociendo el sitio donde estaban ocultos los Pascas había ido á buscarles para darles la noticia de que en su caserío quedaba un *hijo del Sol*, abandonado por los suyos porque se había opuesto, decía ella para agradarles, á que saqueasen y quemasen la población, como lo intentaban los Españoles; y que entonces, para vengarse de su misericordia, le habían dejado allí, pensando que los Pascas le matarían. Pero, añadía, aquello no lo conseguirían, porque ella tenía la seguridad

de que los Indios nunca podrían ser tan desagradecidos que sacrificasen al mismo que había defendido la población abandonada. Efectivamente, los Pascas no solamente no hicieron ningún mal á Lázaro Fonte, sino que le trataron muy bien y le consideraron al igual que su Cacique.

Treinta días había permanecido Fonte en Pasca, cuando tuvo noticia de que por el otro lado de la serranía oriental avanzaba á marchas forzadas una tropa de hombres que llevaban armas de fuego, caballos y perros. Olvidó al momento el Español el resentimiento que tenía contra Quesada, y resolvió enviarle la noticia para que estuviese sobre aviso. Mandó inmediatamente á los indígenas, que le obedecían como á su caudillo, que le preparasen una piel de venado bien bruñida, y con el color de vermellón que da la *vija* escribió á Quesada en la piel, participándole lo que sucedía y previniéndole para que se apercibiese á defender á todo trance su conquista. Una vez preparada su curiosa misiva, pidió al Cacique un mensajero de toda confianza y le despachó prontamente para Santafé.

Acababa Quesada de tener noticia de la llegada de Belalcázar por el Sur, cuando recibió la *carta* de Fonte, y, muy agradecido del buen comportamiento del Capitán, resolvió perdonarle, alzarle el destierro y enviar á Gonzalo Suárez Rondón á reconocer la tropa que le anunciaba aquél, y acompañarle éste de regreso á Santafé. En Pasca encontró Rondón á la tropa de Federmann que llegaba de Venezuela, y con Fonte y un delegado del General venezolano regresó al campamento de Quesada, en donde fueron recibidos con muchas demostraciones de contento.

Aquí concluyen las noticias circunstanciadas que tenemos del Capitán Fonte. Los cronistas apenas añaden que, habiendo él recuperado la amistad de Quesada, fué nombrado uno de los primeros Regidores de Santafé; pero no permaneció en el Nuevo Reino, sino que pasó al Perú, y al cabo de algunos años murió en la ciudad de Quito. Sin embargo, bastan los dos rasgos característicos que acabamos de narrar, para dar idea clara de lo que fué este hidalgo aventurero, cuya persona está delineada con lucidez en estas pocas pinceladas; y así conocemos mejor su carácter, que el de otros Capitanes más importantes en la historia de la Conquista.

GASPAR DE RODAS.

(COLONIZADOR DE ANTIOQUIA).

I

Gaspar de Rodas era oriundo de la ciudad de Trujillo, en Extremadura; su padre, don Florencio de Rodas, era Alcaide de una fortaleza en la provincia de Algarve, en Portugal, llamada Lole; su madre, de nación portuguesa, se llamaba doña Guiomar Coello, y era natural de Lamego. Gaspar pasó á las Indias en 1540, siendo muy jóven y llevando á sus expensas gente armada, lo que prueba que su familia tenía alguna importancia. Después de algunos sucesos desgraciados en el Perú y en el Reino de Quito, en 1541 tomó servicio con Belalcázar, el cual, reconociendo en el joven aventurero cualidades notables, le mandó á que cambiase el sitio de Santafé de Antioquia. Hízolo Rodas á satisfacción general; pero habiendo invadido en aquel tiempo dicho lugar las fuerzas del Gobernador de Cartagena, éstas tomaron presos á un teniente de Belalcázar llamado Madroñero y á nuestro Conquistador, y poniéndoles collera y ensartándoles en una cadena les enviaron con escolta á Cartagena, como si fueran unos bandidos.

Felizmente para Rodas, se encontró en la vía con su antiguo amigo Jorge Robledo, quien le hizo poner en libertad y le llevó consigo á Antioquia. Aquél no siguió con Robledo, sino que se quedó en aquella ciudad, en donde tenía propiedades y repartimiento de Indios.

Una vez concluídas las desavenencias entre Belalcázar y Robledo, que terminaron con la muerte de éste, Rodas recibió del Gobernador de Popayán el nombramiento de Teniente general de un enviado que mandaba á Antioquia para que prendiese y juzgase á los que se habían alzado contra Madroñero, y maltratado al mismo Rodas. Pero este noble joven no sólo rehusó participar en aquella venganza, sino que dió aviso secretamente á sus enemigos para que se pusiesen en salvo, lo cual hicieron huyendo hacia Cartagena; y así, con un acto de generosidad pagó la injusticia sufrida de parte de los cartageneros.

Corría el año de 1569 cuando, habiéndose sublevado los naturales de Antioquia contra sus encomenderos, cometiendo muchos desmanes, asesinando á los Españoles, saqueando y talando las casas y sementeras, matando á los negros, mestizos é Indios mansos, la situación de toda la provincia era por extremo alarmante. Súpolo el Virey del Perú, don Alvaro de Mendoza, encargado entonces de atender á la Gobernación de Popayán, de quien dependía Antioquia, y habiendo averiguado cuál sería el hombre más adecuado para castigar á las tribus alzadas, tuvo informes de las dotes militares y de gobierno que tenía Gaspar de Rodas, vecino respetado, querido y muy acaudalado de Santafé de Antioquia, y al momento comisionó á nuestro Conquistador para que acudiese á castigar y calmar aquellas revueltas que traían los ánimos tan desasosegados.

Hacía cerca de treinta años que Gaspar de Rodas se había radicado en Antioquia, y naturalmente yá no era un hombre joven; pero aquella raza de conquistadores era robusta y fuerte, y nada la arredraba: ni los años ni las penalidades que se sufrían en aquellas campañas eran parte á desalentarles; así, pues, Rodas aceptó el honroso cargo con gusto, y se empezó á preparar y convocó á todos sus amigos para que le fuesen á ayudar en su empresa. Acudieron de todas las provincias los amigos del Capitán, y cada día llegaba alguno á la ciudad, á la cabeza de los hombres de armas que había podido reunir, seguido de los negros esclavos que poseía, llevando caballerías, ganados y cerdos que sirviesen para fundar poblaciones en diferentes partes de las tierras que sometiesen. Al fin, después de vencer gran-

des dificultades y hacer abundante acopio de armas y municiones, Rodas salió de Antioquia el 6 de Enero de 1570, llevando cien hombres de infantería, trescientos de caballería, setecientos Indios de servicio, y muchos negros esclavos, cuatrocientas vacas, quinientos cerdos, algunas yeguas y otros animales de cría. Al cabo de pocos días de viaje mandó hacer alto en un sitio llamado Tucuná, en donde fué bien recibido por los naturales. De allí envió descubiertas en diferentes direcciones á tomar lenguas é indagar la situación de ánimo de las tribus circunvecinas.

Rodas deseaba pacificar la tierra sin efusión de sangre, y por este motivo mandó ofrecer la paz y su amistad á los Caciques alzados, á trueque de un acto de sumisión, Pero aquellos bárbaros yá no se dejaban halagar con promesas de amistad, sino que, habiéndose reunido los principales Caciques comarcanos, resolvieron rechazar la oferta de paz, y sin manifestar miedo declarar la guerra á los invasores, enviándoles un mensajero á anunciarla. Efectivamente, una mañana se presentó en el campamento español un indígena de aspecto feroz, cubierto de arabescos, con las armas en las manos, llevando en la frente una corona de oro rodeada de penachos de plumas. Preguntó cuál era el caudillo español, y presentándose delante de éste con aire fiero y arrogante, y llamando un intérprete, mandó que le dijese en su nombre estas ó semejantes palabras:

"Yo soy Yatengo, y vengo en nombre de mi tribu, y en el de todas las demás que habitan estos territorios de Pequí, á decirte que te mandamos que salgas de aquí, si no quieres que te declaremos una guerra cruel y sanguinaria, sin misericordia ni perdón...... Pero si esta consideración no te detiene, Capitán español, puedes avanzar al interior del país con tu gente y ganados, que nuestra gente te abrirá anchos caminos para que pases. Mas te prevenimos que vayáis armados con vuestras mejores armas, porque si lográis entrar fácilmente en nuestra tierra, no saldréis de la misma manera."

Gaspar de Rodas le contestó que no olvidaría su prevención; que su tropa estaba lista para continuar su marcha sin demora, y que, aunque hubiera preferido la paz, él aceptaba la guerra sin temor ninguno. Con esto despidió al mensajero para que fuese á avisar á

los suyos cuál había sido la impresión que habían hecho las amenazas de los Caciques en los invasores.

De allí para adelante, en territorio de los Pequís, Rodas tuvo que sufrir mucho de las hostilidades de aquellas tribus indómitas y valientes. Por todas partes incendiaban los bosques y pajonales para impedir la marcha de los rebaños que llevaban los Españoles, creyendo que con esto entraría la confusión en el campo enemigo y podrían aprovecharse de ella para caerles encima. En otras partes encontraban ardiendo los caseríos y las sementeras, y los habitantes refugiados en las cumbres de los cerros y las peñas, de donde arrojaban dardos y piedras sobre los Españoles, con acompañamiento de espantosa gritería. Sin embargo, la constancia española al fin venció la mala voluntad de los indígenas: éstos, con la prontitud que caracteriza á todos los pueblos primitivos, se cansaron pronto, y unos se rindieron de grado y otros por fuerza. Pero si se rindieron los naturales á la necesidad, no por eso dejaban de procurar que los invasores abandonasen sus territorios; y conociendo la codicia de los Españoles, ponderaban las riquezas que se encontraban en las tierras más lejanas y ofrecían llevarles á ellas.

Rodas continuaba avanzando y descubriendo países nuevos, pero sin detenerse en ninguna parte. Al cabo de muchos meses de marcha, su tropa, fatigada con una campaña tan larga, le manifestó que su ánimo al emprenderla no había sido hacer descubrimientos estériles, sino colonizar para fundar nuevas poblaciones y utilizar los rebaños que llevaban consigo con tántos trabajos. Obligado por los suyos, al fin Rodas se detuvo en el valle llamado Ituango, y el 10 de Septiembre de 1571 fundó allí una población que llamó San-Juan de Rodas; población que no subsistió. Después de haber sido trasladada á diferentes puntos, fué por último abandonada definitivamente por los Españoles, tanto porque su clima era insalubre, como porque los Indios circunvecinos eran cruelmente belicosos. Cumplido aquel deber, Rodas regresó á Antioquia un año después de haber salido de la población. Allí encontró que el Virey, excitado por los enemigos del Conquistador, había revocado los poderes dados á éste para salir á descubrir y poblar, y nombrado á otro para que se hiciese cargo del gobierno.

II

Durante los siguientes años, Rodas permaneció, sin duda, en Antioquia, ocupado en administrar sus haciendas, hasta 1576, año en que la Audiencia de Santafé le mandó el nombramiento de Gobernador de la Provincia, en reemplazo de Andrés de Valdivia,–que había muerto á manos de los Indios,—con la condición de que castigase severamente á los rebeldes asesinos, y fundase una población española en el sitio más conveniente para que sirviese de núcleo de civilización en aquellos territorios, poblados por naturales siempre deseosos de rebelarse. Rodas se puso en marcha apenas pudo reunir setenta hombres bien armados, y, sin arredrarse, se dirigió á la provincia del fiero Cacique Guarcama, el matador de Valdivia, en un país densamente poblado, dicen los cronistas, y cuyos habitantes eran tan denodados cuanto numerosos.

A medida que se internaba en el país, después de haber pasado el río Cauca, notó que los naturales habían abandonado los llanos y los valles y refugiádose en las altas cumbres de los cerros, aguardando un diluvio que sus hechiceros les habían anunciado en aquellos días, el cual, aseguraban, ahogaría á todos los Españoles, salvándose los indígenas que se guareciesen en las peñas más altas de la serranía. Al cabo de seis días de estar retirados en lo alto de los montes, los naturales, viendo que no se cumplía el pronóstico, volvieron á bajar á sus caseríos, y no sólo encontraron que no se habían ahogado los Españoles, sino que tranquilamente poseían los bienes de aquéllos.

Al fin Rodas llegó al valle de San-Andrés, el sitio donde había perecido Valdivia, y al momento empezó á hacer diligencias para apresar á los caudillos de la insurrección, lo cual llevó á cabo usando de perfidias que mancharon su carácter. Cuando tuvo á los Caciques en su poder, les hizo bautizar, antes de ahorcar á unos y mutilar á otros, haciéndoles cortar las orejas, las manos y los dedos de los piés. (1) Una vez pacificado,

(1) Aquellas mutilaciones que hoy día nos horrorizan, no solamente las usaban los Españoles con los indígenas, como creen algunos, sino que eran la manera con que se

ó más bien humillado el país, Rodas se ocupó en fundar un pueblo que sirviera de núcleo para proseguir en la conquista y sumisión de aquellas tribus. Llamó la nueva ciudad como una de Extremadura en España: Cáceres, estableciéndola en una loma limpia y bien situada, en el mismo lugar en que los indígenas habían matado á Valdivia (2).

Después de repartir las tierras y los Indios comarcanos entre los treinta soldados que más se habían señalado en la campaña, Rodas regresó á Antioquia. Al cabo de poco tuvo noticia de que, á pedimento de algunos oficiales, la Audiencia de Santafé había alterado sus disposiciones relativas á la nueva colonia, y entonces resolvió pasar al Nuevo Reino, llevando consigo documentos fidedignos con los cuales le sería fácil defenderse del cargo de injusticia que se le hacía. En Santafé no solamente fueron confirmadas de nuevo sus disposiciones, sino que el Gobierno le nombró para que fuese á sujetar á los Gualíes, que se habían alzado y cometido algunos desmanes. Rodas salió de la ciudad de Santafé inmediatamente, á la cabeza de ciento diez hombres armados, y en menos de tres meses sujetó á los Indios alzados y tranquilizó á los colonos de Mariquita (Marquetá), que vivían en continuos alarmas.

Una vez cumplidas estas órdenes, Rodas regresó á Antioquia, en donde se necesitaba urgentemente su presencia; pues los indígenas, aprovechándose del gobierno débil y descuidado de los que mandaban en nombre del Gobernador, tenían preparada una vasta conspiración que estaba á punto de estallar. Rodas impidió, en unas partes por medio de la fuerza y en otras apelando á la prudencia y la misericordia, que se pronunciasen los conjurados; y en seguida preparó una expedición conquistadora que recorriese los territorios más poblados y después de sujetar á los indígenas, fundase una ciudad española que fuera el centro

acostumbraba entonces castigar á los criminales en Francia, Italia, Inglaterra, Alemania y demás naciones europeas.

(2) La ciudad de Cáceres, de Antioquia, ha sido fundada tres veces en diferentes partes. Al presente se encuentra en la margen oriental del río Cauca, á 200 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura de 26 gr. cent., y tiene poco más ó menos mil habitantes.

de la civilización de aquellas provincias. Acaudillando él mismo la expedición, sin acordarse de los años que contaba, que serían más de sesenta, Rodas resolvió empezar su correría por el lado del valle de Aburrá (hoy día Medellín), y quiso allegar la buena voluntad de los indígenas, usando de medidas suaves y humanitarias. Prohibió con severas penas que quitasen por la fuerza sus haberes á los naturales, y que jamás recibiesen de ellos cosa alguna, sin ofrecerles en cambio algunos de los efectos de Castilla que más apreciasen. Deseaba el Gobernador que los Indios se acostumbrasen á traficar con oro, y de esta manera inducirles á que voluntariamente trabajasen en buscarlo para los Españoles, sin que á éstos costase gran cosa conseguirlo. (1)

Habiendo encontrado un sitio ameno en las orillas del río Porce, Rodas fundó allí, en 1581, una ciudad española que llamó Zaragosa de las Palmas, sitio poblado con más de dos mil indígenas expertos en el arte de lavar el oro corrido que abundaba en aquella tierra. Pero si el país era bello y rico, también era tan extremadamente insalubre, que al llegar allí todo extranjero á pocos días enfermaba de muerte, y sólo unos pocos se salvaban. Al presente Zaragoza está situada sobre el río Nechí, sitio más propio para el comercio, por ser aquel río navegable hasta el Cauca; pero su clima no es menos deletéreo que el de la antigua fundación de Rodas. Así, poco ha adelantado, y hoy día apenas cuenta poco más de dos mil seiscientos habitantes. Se halla á 205 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura de 27 gr. cent.

Concluída esta fundación, Rodas regresó á Antioquia, en donde volvió á tomar las riendas del gobierno, las que tuvo en sus manos aún por largos años; muriendo al fin,–no sabemos fijamente en qué fecha,–muy anciano y respetado por todos los colonos y habitantes de su patria adoptiva.

(1) "Esta política surtió el mejor efecto, y en breve, en los juegos de suerte á que eran tan aficionados los Españoles corrían en el campamento hasta veinte mil pesos de oro, pues los Indios daban setenta pesos por una hacha, seis por una aguja, y todo en esta proporción; pero de lo que se mostraban más ansiosos era de la sal: por una libra daban treinta pesos de oro."

Acosta—Compendio histórico &c.—Pag. 362.

ANTONIO DIAZ CARDOSO.

I

Uno de los conquistadores subalternos cuyo nombre se encuentra á cada paso en las crónicas de la Conquista, es el Capitán Antonio Díaz Cardoso. Era natural de Santa-Comba, en Portugal, y pertenecía á una familia conocida de aquel lugar. Habiendo pasado á la isla de San-Miguel, en las Azores, se casó con Felipa Almeida, oriunda de aquel lugar. Pero, sin duda, aguijoneado por el deseo de hacer fortuna, pasó á España y tomó servicio en el ejército español, yendo en seguida á Indias como Capitán de jinetes y sirviendo en Santa-Marta en todas las facciones que ocurrieron allí desde 1529 en adelante.

Durante la gobernación de García de Lerma, éste le envió con su sobrino, Pedro de Lerma, á recorrer la tierra adentro, y descubrió muchos territorios del Valle-Dupar y Zazari hasta el Magdalena. Para premiarle sus servicios, le dieron un repartimiento de Indios de alguna consideración en el Valle-Dupar. En 1532 Cardoso obtuvo del Gobernador Infante licencia para acaudillar varias expediciones, con el objeto de someter los Indios Pocigueicas y los habitantes de la provincia de las Argollas. En aquellas campañas hizo prodigios de valor, hazañas dignas de un antiguo paladín, asombrando á los indígenas con su audacia y sometiéndoles después con actos de generosidad. Durante una correría por las márgenes del Magdalena, Cardoso logró prender á dos Caciques notables, á los cuales trató como á amigos, y en seguida les puso en libertad,

cargándoles de dádivas y obsequios y apaciguando con esta conducta el odio que habían jurado á los Españoles. De la misma manera acalló la mala voluntad que los feroces Chimilas tenían á los Europeos; y volvió al fin á Santa-Marta, en 1534, con un rico botín que había costado poca sangre, lo que rara vez sucedía entonces.

Acompañó al Gobernador Pedro Fernández de Lugo en sus entradas al interior de la provincia de Santa-Marta, y por último tomó parte en la expedición exploradora que capitaneó Gonzalo Jiménez de Quesada y que tuvo por resultado la conquista del rico reino de los Chibchas. Durante aquella penosísima campaña, Cardoso nunca se desalentaba, y con su ejemplo infundía brío y esperanza á sus subalternos, porque sufría con ellos las mismas penalidades, vivía como ellos y caminaba á pie, combatiendo como simple soldado. Este Capitán fué el que con Antonio de Olalla descubrió el país casi civilizado que vieron como un panorama encantador desde la cumbre de la sierra de Opón. Siempre en primera línea cuando había peligro, Cardoso participó en todas las expediciones más arriesgadas, y en unión del Capitán Valenzuela descubrió las minas de esmeraldas de Somondoco. Fundada la ciudad de Santafé de Bogotá, obtuvo solar en la segunda cuadra de la calle de San-Miguel, abajo de la Plaza Mayor.

Gerónimo Lebrón le remitió preso á España, acusado por sus émulos de haber tratado mal á los Indios de sus repartimientos de Suba y Tuna, en el distrito de Santafé; pero como se hubo sincerado de aquellos cargos, quedó libre, y pasando por San-Miguel recogió allí á su mujer y á sus hijas Isabel y Marquesa, y las trajo al Nuevo Reino, estableciéndose definitivamente en Santafé.

Cardoso fué siempre muy acatado y respetado por los colonos; y dice Quesada, en su "Relación sobre los Conquistadores y Encomenderos," "que tenía harto bien que comer en un repartimiento que tiene llamado Suba y Tuna en que había nuevecientos ó mil Indios." Probablemente por este motivo su nombre no vuelve desde entonces á figurar en las crónicas contemporáneas, y no sabemos la fecha de su muerte, como tampoco la de su nacimiento.

PEDRO CIEZA DE LEON.

(CONQUISTADOR Y CRONISTA).

I

El tipo de Cieza de León es uno de los más interesantes y curiosos que registran los anales del siglo XVI, y una prueba de la gran fuerza moral y física de que disponían aquellos asombrosos Conquistadores. Casi todos los datos que tenemos de Cieza de León los hemos tomado del erudito Prólogo que escribió el señor Marcos Jiménez de la Espada, en la parte de las obras de Cieza que se ha publicado en Madrid, en la colección de la *Biblioteca Hispano-ultramarítima*.

Cieza era, como casi todos los más famosos conquistadores de América, extremeño, nacido en Llerena, se infiere que en 1518. Pasó á las Indias siendo muy joven: algunos dicen que de trece años, pero tendría más, puesto que el primer lugar á donde arribó fué Cartagena, y las primeras aventuras propias que menciona fueron en las expediciones á que acompañó á los Heredias en aquella provincia, de 1535 para adelante.

Cieza fué soldado del Visitador Vadillo, y militó bajo sus banderas cuando éste emprendió aquella famosa jornada por el Atrato arriba hasta llegar al valle del Cauca; jornada que yá se ha referido al hablar de Francisco Cesar, que murió en ella. Desbandada la expedición de Vadillo en Cali, Cieza tomó servicio bajo las órdenes de Jorge Robledo, al empezar el año de 1539, y fué amigo fiel de este desgraciado conquista-

dor, hasta su muerte. Con él ayudó á fundar la villa de Santa-Ana de los Caballeros (hoy día Anserma), y la de Cartago, en 1540, en donde parece que permaneció algún tiempo.

Aunque nada se sabe de la familia y posición social de Cieza, sin duda había recibido buena educacion antes de salir de su patria, puesto que, estando en Cartago, se le ocurrió escribir la relación de sus viajes y aventuras. "Sin una esmerada educación, dice Acósta, no se podría explicar ni la amenidad de su estilo, riqueza de las descripciones, ni, sobre todo, los sentimientos de humanidad que manifiesta hablando de los indígenas, en época en que este modo de pensar no era común."

No obstante su trabajo de pluma, Cieza de León nunca descuidaba sus faenas militares; así, acompañó á Robledo en todas sus correrías de descubrimientos, en calidad de soldado, y como amigo se fué con él á través de toda la provincia de Antioquia hasta salir al golfo de Urabá, con el objeto de embarcarse para España á pedir la gobernación de los países conquistados por él. En San-Sebastián de Buena-Vista, Cieza cayó prisionero de los Heredias con su caudillo; pero mientras que Robledo era remitido á Castilla, nuestro cronista logró que le dejasen partir libremente para el Istmo, llevando encargo del conquistador de Antioquia de defender su causa ante la cancillería de Panamá. Una vez cumplido este encargo, Cieza regresó á Popayán por la vía del Pacífico, y tomó servicio bajo Belalcázar; éste le concedió repartimiento en la villa de Arma y encomiendas de alguna importancia en aquel distrito. Allí volvió á tomar la pluma y se ocupó hasta 1545 en escribir cuantas noticias tenía de la tierra, de las costumbres y de cuanto sucedía en el país. Belalcázar le llamó otra vez á la vida militar hacia fines de 1545, con el objeto de ir á socorrer al Virey del Perú, Blasco de Núñez; pero en la vía tuvo noticia Cieza de la aproximación al Valle del Cauca de su antiguo caudillo y querido amigo Jorge Robledo, nombrado Mariscal en España, y dejando á Belalcázar se devolvió con el fin de irse á juntar con aquél. Según se colige de sus Crónicas, Cieza procuró disuadir al Mariscal de sus ambiciosos planes; pero como no pudiera lograrlo, resolvió co-

rrer la misma suerte que su amigo y se puso bajo sus órdenes. Durante todas aquellas penosas campañas, refiere Cieza que, mientras en la noche descansaban los soldados de sus faenas, él se estaba levantado hasta tarde, escribiendo el diario de lo que había sucedido. Sin embargo, nuestro cronista no tuvo el dolor de presenciar la muerte de Robledo, pues éste le había dejado en Arma con el objeto de que le enviara todos los recursos posibles al campamento de la Loma del Pozo.

Temeroso Cieza de que Belalcázar se vengase de su lealtad al Mariscal, apenas tuvo noticia de la muerte de su caudillo, abandonó su casa y encomiendas y fué á buscar asilo en una cercana mina, en donde permaneció hasta que el Gobernador (ó por su órden) le mandó que compareciese en Cali. Pero vanos habían sido sus temores, porque en 1547 estaba viviendo en Arma tranquilamente, entregado á sus quehaceres campestres y de pluma. Á mediados de aquel año, habiendo pasado á Cartago, tuvo Cieza noticia del famoso bando del Presidente La Gasca, en el cual invitaba á todos los Españoles de Indias á que fuesen á servir en el Perú, "no por premio," sino por lealtad al Rey. Sin duda el De León estaba yá hostigado de la vida casi salvaje que debía de llevar en aquella colonia, y aprovechándose con gusto de la partida de Belalcázar para ir á socorrer á La Gasca, partió también para el Perú. Se halló en la jornada de Xaquijaguana y en el castigo de Gonzalo Pizarro, y luégo pasó á Lima, en donde empezó á escribir una Crónica relativa á la historia peruana. Súpolo La Gasca, leyó y aprobó lo que había escrito el joven soldado de Belalcázar, y además, le nombró oficialmente *Cronista de las Indias*, ofreciéndole todos los recursos que necesitase en el país y facilitándole los papeles y documentos reservados que tenía. La Gasca hacía escribir, ó escribía personalmente, todas las noches, un diario de lo que había ocurrido en el día; diarios que aún se conservan en los archivos de España. Túvolos Cieza á la vista cuando escribió sus Crónicas del Perú, así como todos los documentos anteriores á la Conquista que pudo reunir, y todos los papeles oficiales de la Colonia; y viajó por todo el país con el objeto de observar los monumentos é interrogar á los Indios viejos acerca de las antiguas costumbres de los Incas.

En 1550 nuestro cronista entregaba al Virey del Perú la primera parte de su *Crónica*, y daba la última mano á la tercera y hasta la mitad de la cuarta. Al fin del mismo año se embarcaba con sus preciosos manuscritos para irlos á publicar en España. Mientras que mandaba á la prensa la primera parte de su obra, se ocupaba en escribir dos obras más: "Libro de las cosas sucedidas en las provincias que confinan con el mar Océano," y una "Historia de la Nueva España." Pero no se sabe si las concluyó, porque aunque habla de ellas en sus prólogos, no han parecido hasta el presente.

Una vez en su patria, Cieza de León vuelve á la oscuridad. Acaso por ser hombre de guerra y de pluma, y nada de corte, no logró el favor de los grandes y fué mirado con desdén por el Gobierno. Apenas logró que se publicase en Sevilla la primera parte de su Crónica (1553): las demás cayeron en el olvido, de donde las exhumó el cronista don Antonio de Herrera para aprovecharse de ellas, sin mencionar el nombre del autor; engalanándose así con plumas ajenas para cosechar laureles que debieron ser de otro. Cieza de León murió en 1560, pero no se sabe en qué fecha. El señor Marcos Jiménez de la Espada, que ha revivido la fama de Cieza de León, con infatigable erudición, refiere que tan mala suerte tuvo nuestro cronista, aun en los tiempos modernos, que la "Relación de la sucesión y gobiernos de los Incas y otras cosas tocantes á aquel reino" (que forma la 2.ª parte inédita de sus obras) fué atribuída por Prescott á aquel á quien Cieza la dedicó,—don Juan de Sarmiento, Presidente del Consejo de Indias,—por culpa de un escribiente, que al copiarla puso *por* en lugar de *para*.

Según el señor Espada, la obra de Cieza "es la más concienciosa y más completa que se ha escrito de las regiones sur-americanas." Dice que se manifestó geógrafo, naturalista, etnógrafo, historiador y sabio observador de cuanto vió y oyó decir en esa tierra virgen; fué filósofo, prudente, juicioso y sano en sus principios; enérgico, perspicaz, activo y laborioso. Conoció personalmente á la mayor parte de los Conquistadores, y, por consiguiente, puede decir la verdad de todos ellos. Su lealtad al Rey era tal, que jamás disculpaba á los que llegaban á desobedecer á sus mandatos, aun-

que éstos fuesen injustos: "Lealtad al Rey (dice el señor Espada) significába entonces lo que hoy significa el honor, y el rebelarse contra su voluntad augusta y sacra, ser traidor á la patria, cuyo símbolo era la corona." Aunque llegó hasta aplaudir las crueldades de los realistas para con los Españoles rebelados, tué fan imparcial con los indígenas, que Prescott le elogia por sus juicios, siempre benévolos acerca de las razas indígenas, diciendo que si en Cieza "no se descubre la llama abrasadora del misionero, sí se encuentra el rayo generoso de la filantropía, que envuelve tanto al conquistador como al conquistado, considerándoles hermanos."

Repetimos que el tipo de Cieza es muy interesante, porque muestra á las claras, una vez más, que todos los Conquistadores no eran como les pintan muchos: soldados ignorantes é inhumanos; sino que frecuentemente se encontraba entre ellos, no solamente caballeros hidalgos, sino también letrados, eruditos y hombres de ciencia y de altos principios de humanidad.

TERCERA PARTE.

MISIONEROS

Y

CONQUISTADORES SUBALTERNOS

SAN LUIS BELTRAN.

I

El siglo XVI fué el de los santos en Europa. Si en él florecieron Lutero, Henrique VIII de Inglaterra, Calvino, Zwinglio, &c., en compensacion ¡ qué reunión la que encontramos de hombres que por amor á Dios se constituyeron en protectores de la Humanidad doliente!

Bástanos recordar que en ese mismo siglo existieron: San Vicente de Paúl, el fundador de tántos hospicios, hospitales y cofradías piadosas, y de la institución de las *Hermanas de la Caridad*; San Juan de Dios, que se dedicó á crear hospitales para los pobres de España; San Francisco de Sales, que no vivió sino para hacer el bien, consolando y convirtiendo á la verdadera fe, no solamente á los desheredados é infelices, sino también, con sabias lecciones, á los reyes y á los grandes de la tierra; San Carlos Borromeo, el fundador de muchos hospitales, hospicios y monasterios en que se cuidaba del enfermo, se amparaba á la niñez y se educaba á la juventud; San Felipe Neri, que se puso al frente de una orden (llamada del Oratorio), la cual se ocupaba en socorrer á los pobres y orar por los desgraciados, y que también fundó un hospital para los peregrinos desvalidos que no podían encontrar albergue gratis en Roma; (1) San Ignacio de Loyola, el primi-

(1) El Hospital de la Santísima Trinidad, en Roma, dió albergue durante el Jubileo de 1600, en tres días no más, á 444,000 peregrinos y á 25,000 mujeres. Allí se ha visto frecuentemente á los Soberanos Pontífices lavando los piés de los pobres. Muchos piadosos cristianos asisten, confortan y sirven en aquél lugar á los enfermos y peregrinos, llegando á contarse hasta 800 personas en un día que visitan el hospital, siendo de todas las clases de la sociedad, desde ricos Cardenales y damas de la Corte, hasta otros pobres que van á cuidar de los que han quedado enfermos.—*Véase* "Historia de la Iglesia Católica, por Rohrbacher y Chantrel, 5.ª edición, 1869.

tivo Jefe de la Compañía de Jesús; SAN PEDRO ALCÁNTARA; SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA; SAN PÍO V, el Papa ejemplar, reformador de la Corte romana; SAN BENITO DE ETIOPIA, cuya piel oscura encubría un corazón de oro; SAN FRANCISCO CARACCIOLO; SAN JUAN DE AVILA; los SANTOS JÓVENES ESTANISLAO DE KOSTKA y LUÍS GONZAGA; y otros tántos que no nombraremos por no ser demasiado prolijos. El sexo femenino no se quedó atrás en esta grande obra de beneficencia: en España brillaba entonces SANTA TERESA DE JESÚS, perfecto modelo como santa, fundadora y reformadora de monasterios, escritora de primer orden, poetisa sobresaliente, y á quien se ha declarado *Doctora* de la Iglesia. Francia estaba representada por SANTA JUANA DE CHANTAL, la fundadora de la orden de la Visitación para educar la juventud femenina, que en su tiempo estaba enteramente descuidada. En Italia resplandecían SANTA ANGELA DE BRESCIA, que creó la orden Ursulina; SANTA MARGARITA DE RÁVENA, la que, á pesar de ser ciega, logró reunir una sociedad llamada del *Buen Jesús* para aliviar á los pobres; SANTAS CATALINA DE RICCI y DE CARDONA; SANTA MAGDALENA DE PAZZI; SANTA ESTEFANÍA DE QUINZANI, y otras muchas siervas de Dios, cuyas vidas fueron ejemplares, demostrando que en todos los países y en todas las posiciones sociales el sér humano puede hacer algún bien á sus hermanos.

Las órdenes religiosas, instituídas para convertir al pecador, eran tan numerosas, que mientras unos permanecían en Europa, pesando en la balanza opuesta á la reforma que procuraba invadirlo todo, otros pasaban á Africa ó á las Indias Orientales, como SAN FRANCISCO JAVIER, y muchos salían de España para evangelizar á los indígenas de América, que entonces llamaban las Indias Occidentales.

Desde que se tuvo noticia en España de que el Nuevo Mundo estaba poblado, lo primero en que pensaron los Reyes fué en mandar Religiosos que convirtieran y cristianizaran esas poblaciones ignorantes é idólatras. Los conquistadores laicos eran por lo general duros y crueles con los indígenas; pero es preciso discernir, y no hay que confundir á los buenos con los malos. Desde la época de nuestra independencia

hasta nuestros días, se ha vuelto moda en cierta escuela política entre nosotros, anatematizar á los Conquistadores en masa, incorporando entre los militares y colonizadores á los misioneros, tanto frailes como clérigos, que vinieron, no á enriquecerse ni á especular, sino á convertir y proteger á los indígenas. Como naturalmente se miraría con desconfianza el testimonio de historiadores españoles contemporáneos, para apoyar nuestra opinión no queremos citar, antes de entrar en el fondo de la materia, sino á dos escritores ingleses, de aquellos que, siempre que pueden avanzar algo contra la Religión Católica, no pierden la ocasión de hacerlo.

"El Cardenal Jiménez, dice Washington Irving, envió en 1516 á tres frailes Gerónimos, escogidos por su celo y talento, para que trabajasen en remediar los abusos, instruír religiosamente á los indígenas y protegerles á todo trance. El ejercicio de su misión en Santo-Domingo causó grande impresión en el Nuevo Mundo, y por algún tiempo fué tan benéfica, que los Gerónimos lograron refrenar la mala conducta y la crueldad de los colonizadores." (1) Robertson, historiador inglés y protestante energúmeno, dice también: "Con mucha injusticia algunos escritores han hecho el cargo á la intolerancia de la Religión romana, de la destrucción de las razas americanas, acusando á los eclesiásticos españoles el que hubiesen alentado á sus compatriotas para que asesinaran á esos pueblos inocentes porque eran idólatras y enemigos de Dios. Los primeros misioneros de América, aunque poco letrados, eran hombres piadosos. Desde un principio defendieron la causa de los aborígenes contra las calumnias que los Conquistadores propalaban contra ellos, diciendo que eran seres incapaces de formar jamás parte de la vida social, ni de comprender los principios de la Religión; que pertenecían á una raza imperfecta, señalada para la servidumbre.... Los misioneros fueron ministros de paz para con los indígenas, y procuraron siempre arrancar de manos de sus opresores la vara de hierro con que les regían."

En 1524 se reunió el primer Sínodo en América,

(1) VIDA Y VIAJES DE CRISTÓBAL COLÓN Y SUS COMPAÑEROS.—Página 756.

en la ciudad de Méjico. Presidióle el bienaventurado Martín de Valencia, franciscano que había llegado allí con doce misioneros más para atender á la evangelización de aquel país.

Una vez que el Gobierno Español llevó á cabo la conquista de América, viendo que la colonización marchaba viento en popa, manifestó que su más ardiente deseo era conservar la vida de los naturales de estas tierras. Promulgáronse entonces leyes muy severas contra los opresores de los indígenas, por las cuales se condenaba á graves penas á los que les maltrataban, y se daban amplios poderes á los Religiosos para que les civilizaran, instruyéndoles en religión y moral cristiana, pues entonces se creía que se debía cuidar de la parte moral del hombre, aun con preferencia á la material. Pensábase en aquellos siglos, llamados de oscurantismo, que el espíritu debía de ser nutrido con sanas doctrinas, y que era peligrosa la libertad de creencia, que hoy se considera indispensable para el adelantamiento de la civilización. Sucedía, pues, que en muchos de los *seis mil monasterios* que existían yá en la América Española, al cabo de cincuenta años de su conquista (1) se enseñaba á los novicios los idiomas de los Indios que había en sus comarcas, con el objeto de que después pudiesen predicarles y enseñarles la Religión cristiana. Durante la dominación de los Españoles, los Americanos indígenas tenían muchos privilegios: los hijos de los Caciques eran educados gratis en los colegios, y se procuraba fundar escuelas de primeras letras para los aborígenes; tenían casi todos ellos tierras propias, las cuales les era vedado vender. Una de las pruebas de que no debían de haber sido muy mal tratados, está en que durante la guerra de la Independencia ellos despreciaban los ofrecimientos y promesas de *libertad* que se les hacían, permaneciendo por lo general fieles á sus amos. Y ahora preguntaremos: ¿son acaso más felices hoy día que antes? ¿De qué privilegios especiales gozan los antiguos dueños de América, fuera de los espirituales que la Iglesia les concede en la cuaresma? De ningunos

(1) Contábanse 6,000 monastérios y 600 obispados, cincuenta años después de la conquista. *Véase* la obra antes citada de Rohrbacher.

absolutamente. Despojados de sus tierras, por cuanto por una ley nueva se les concedió el permiso de vender, han quedado en la miseria, merced á los artificios de los que supieron aprovecharse de su ignorancia para esquilmarles. Es cierto que en las escuelas públicas se les enseña; pero como no aprenden allí á temer á Dios, ni esa moral sin religión les enseña á ser virtuosos, los desgraciados naturales marchan sin detenerse por el camino que conduce al crimen y á la perdición. Por lo menos, si antes eran tan desgraciados como ahora, se hacían mil esfuerzos para que no fuesen criminales. Además, hay muchas tribus errantes de indígenas que han vuelto á la barbarie, por falta de misioneros que les instruyan, y al presente están mucho menos civilizados que en tiempo de la Colonia. (1)

Los primeros misioneros que llegaron á Tierra-Firme fueron veinte Religiosos que desembarcaron en Santa-Marta, en 1529, con García de Lerma. Los ministros de la Religión Católica que hasta entonces habían venido á América, no fueron sino los capellanes de las tropas conquistadoras, que no tenían el deber de catequizar á los naturales. Las costas del mar estaban pobladísimas: literalmente, los naturales hormigueaban por todas partes; era preciso tratar de civilizar á aquellas gentes, y los misioneros se dieron á esta obra. Pero lo que los Religiosos hacían para hacerles el bien, los Conquistadores lo deshacían con sus crueldades. En tanto que los primeros daban buen ejemplo con su caridad y abnegación cristiana, los segundos, con espada en mano, recorrían el país y talaban y despojaban á los indígenas, sin que les detuviera ningún obstáculo.

No es este el lugar de ocuparnos en la historia de la conquista y de los conquistadores de las costas de Cartagena. Bástanos saber que, satisfechos los Españoles con las riquezas de aquel litoral, determinaron establecer definitivamente una ciudad fuerte, y con un Obispo que llegó á Cartagena en 1534 se empezó á evangelizar á los aborígenes con el mayor celo. Como

(1) El Obispo de Santa-Marta ha pedido al Congreso los medios para educar á algunos indígenas de la Goajira en los colegios del Estado, y autorización para fundar cátedras en que los seminaristas puedan aprender los idiomas de los indígenas. No sabemos si su petición ha sido atendida.

el Obispo, fray Tomás Toro, y los Religiosos que llevó consigo, dice el padre Zamora (1), eran todos dominicanos, siendo de una misma orden se aplicaron en la mejor armonía á convertir y bautizar á los ignorantes idólatras, y trabajaron al mismo tiempo para impedir que los encomenderos les tratasen como á esclavos. Pero era tal la codicia que se había despertado en el corazón de los colonizadores, dice el mismo autor, "que ellos sólo deseaban nuevas entradas (conquistas) para destruir á los Indios que estaban vivos, y sacar á los muertos de sus sepulturas." En esa provincia, los sepulcros de los antiguos indígenas eran proverbiales por las ricas prendas de oro que encerraban. El Obispo hizo cuanto estuvo á su alcance para impedir que se vejara á los naturales de su obispado, y fueron tántos los disgustos que le proporcionaban los Españoles, que dícese que, afligido y profundamente desanimado, murió al fin de pesadumbre, en 1536.

Entre tanto se internaban los misioneros en las tierras semi-conquistadas, ocupándose en catequizar á los indígenas y estrellándose contra los gobernantes civiles, los encomenderos y los caballeros de aventuras, quienes procuraban no solamente apoderarse de cuanto oro poseían los aborígenes, sino que les arrebataban á ellos y á sus mujeres é hijos para venderles como esclavos en las Antillas.

No fué sino en 1538 cuando llegó á Cartagena otro Obispo, fray Gerónimo de Loaysa, el que traía consigo seis misioneros más, todos frailes dominicanos. Además, se le habían expedido muchas autorizaciones que le daban facultades amplias para amparar á los Indios y defenderles de los que se habían erigido en sus amos. El nuevo Obispo era enérgico y activo, y como había vivido en los campamentos, en calidad de Capellán de las tropas del Rey, estaba enseñado á tratar con gentes audaces, y sabía hacerse obedecer de frailes y legos, de militares y letrados. Así fué que, con las patentes de la Corte en la mano, suprimió abusos, enderezó entuertos, edificó iglesias en Cartagena y capillas en todos los pueblos semi-civilizados de su

(3) Historia de la Provincia del Nuevo Reino de Granada.

provincia, nombró curas misioneros en muchas aldeas indígenas, y fundó colegios y escuelas para enseñar á los hijos de los Españoles y de los naturales. Desgraciadamente el Obispo Loaysa era persona demasiado importante para permanecer en Cartagena, y en 1542 fué promovido al Arzobispado de Lima. Su sucesor fué un padre gerónimo, fray Francisco de Benavides y Santa-María, el cual no tenía ni la influencia ni los talentos del anterior. Además, la época de su obispado fué sumamente angustiosa, por ser aquella en que el pirata Roberto Baal asoló nuestras costas, continuando después sus depredaciones otros muchos Ingleses y Franceses que recorrieron y visitaron los puertos más ricos de Hispano-América, en donde encontraban muchas riquezas con qué contentar su codicia.

Los frailes dominicanos y franciscanos se establecieron en el Nuevo Reino de Granada, y fundaron conventos en Santafé, Tunja, Tocaima, Mariquita, Vélez, &c.; pero aunque tenían la misión de convertir á los indígenas infieles, se dedicaban particularmente á catequizar á los mansos *Muiscas*, yá semi-civilizados, y descuidaban bastante la reducción de los Indios feroces y salvajes de las costas. Comprendiendo esta falta el Provincial de los dominicanos, y viendo que no alcanzaban los Religiosos que existían en el Nuevo Reino de Granada para aquella ardua empresa, mandó un emisario á España para que pidiera algunos misioneros propios para el caso.

II

Hacia la mitad del siglo XVI existía en el convento de Santo-Domingo de Valencia un Religioso llamado Luís Beltrán. Era natural de la misma ciudad, é hijo de un honrado notario de su mismo nombre, y, según se decía, de la misma familia de San Vicente Ferrer, notabilísimo misionero y predicador famosísimo que en el siglo XV había convertido pueblos enteros con el maravilloso poder de su palabra.

Nacido el 1.° de Enero de 1526 (un año después que Santa Teresa), Luís Beltrán se propuso desde su

primera infancia imitar á su pariente San Vicente Ferrer. Practicaba toda suerte de penitencias y austeridades, huía de las diversiones, oraba sin cesar, y llevaba una vida tan devota y rígida, que en este siglo hubiera sido sorprendente en un niño, pero que en aquel tiempo, en que el fervor religioso en España era una pasión, aunque llamaba la atención no pasmaba ni parecía inverosímil. No pudiendo, sin embargo, entregarse en la casa de sus padres enteramente á Dios, quiso hacer lo que trató de poner por obra Santa Teresa en su infancia: esto es, huír para irse á ocultar en algún desierto, en donde ningún sér humano le turbase en sus meditaciones. Pero sus padres mandaron emisarios en su persecución, que le reintegraron en la casa paterna. A los quince años pretendía vestir el hábito y entrar como novicio en un convento; pero no se lo permitieron mientras no hubo cumplido veintiún años, en 1547, tiempo en que fué ordenado en el convento dominicano de Valencia.

En 1551 fray Luís fué nombrado maestro de los novicios, lo cual, no obstante su juventud, era destino propio para persona que, por su conducta, su ciencia teológica y sus virtudes evangélicas, parecía llamada á servir de ejemplo á los demás. Aunque en su humildad él creía que no podría ser nunca buen predicador, era tal su deseo de atraer almas al amor de Jesucristo, que se ejercitó en aquel arte con tánta diligencia y perseverancia, que á poco se le citaba en Valencia y en los alrededores como el orador sagrado más notable de su convento.

Una vez llegó al monasterio en que moraba San Luís Beltrán un Indio de las provincias del Nuevo Reino de Granada, y éste, que no solamente había sido convertido al cristianismo, sino que vestía el hábito de Santo-Domingo, refirió largamente al futuro Santo las costumbres, las crueldades y hábitos de idolatría de sus compatriotas. Además, le decía que era tan peligroso entrar en las tierras de los Caribes, que rara persona volvía á salir, "porque se comían vivos á los predicadores." (1) Pero esto, en lugar de atemorizar

(1) Véase "HISTOIRE DE L'EGLISE CATHOLIQUE," antes citada.—T. XII.—"HISTORIA DE LA PROVINCIA DEL NUEVO REINO DE GRANADA," de Zamora.

á nuestro monge, le inspiraba el mayor deseo de pasar á esos países donde, sirviendo á su religión, podría sufrir el martirio por la fe de Jesucristo. El mismo celo manifestaba otro padre del convento, fray Luís Vero, haciendo uno y otro, y dentro de sí mismos, voto solemne de no desperdiciar ninguna ocasión en que se les presentasen medios de pasar á Indias.

No tardó mucho Nuestro Señor en poner á prueba aquella fe y deseo de servirle exponiendo la vida. Habiendo llegado á Valencia el emisario del Provincial del Nuevo Reino de Granada, que recorría la España en busca de Religiosos suficientemente abnegados para servir de Misioneros entre las tribus indómitas de la provincia de Cartagena, al momento fray Luís Beltrán, fray Luís Vero y cuatro Religiosos más se apresuraron á ofrecerle sus servicios.

Apenas se tuvo noticia en Valencia del propósito del predicador favorito de la población, agolpóse la multitud al convento á suplicar á fray Luís que no abandonase su ciudad natal, en donde tánto le querían. Pero todo fué en vano: ni los ruegos de los valencianos, ni las súplicas de sus amigos y parientes pudieron hacerle vacilar en sus intenciones. El Prior, que no podía impedirle el viaje de otro modo, le notificó que si persistía en él no le daría ningún avío ni recursos para emprenderlo. Pero esto, menos que todo, podía detenerle; y así salió de Valencia sin un cuarto con qué sostenerse, y llegó á Sevilla extenuado de fatiga y de falta de alimento, y allí se reunió con los treinta Misioneros más que estaban prevenidos para pasar á Cartagena.

Empezaba el año de 1562 cuando la expedición de Misioneros se hizo á la vela en los navíos de la flota que el Gobierno español enviaba varias veces al año á sus colonias, llevándoles cuanto podían necesitar de la madre patria. Durante la navegación, el Misionero Luís Beltrán edificaba con sus pláticas y enseñanzas á sus compañeros de viaje, y su celo y caridad eran tales, que proclamaron como verdadero milagro algunas curaciones que hizo. Apenas llegaron á Cartagena los misioneros, el Padre Vicario señaló á fray Luís Beltrán, con tres compañeros más, la evangelización de la tierra adentro de aquella provincia, y á fray Luís Vero le envió á Santa-Marta con otros Religiosos.

Desde aquel momento empezó San Luís Beltrán su misión, con la cual procuró, con sublime fe y abnegación, servir á la causa de la Humanidad, llamando al amparo del cristianismo á tántas almas descarriadas. Antes de establecerse definitivamente entre alguna de las numerosas tribus que pululaban en aquella provincia, San Luís, con sus compañeros, visitó sucesivamente las aldeas de Tubará, Paluato, Turbaco, Mahates y otras, con el objeto de hacer un reconocimiento general de las disposiciones de los indígenas.

Cada Misionero andaba separadamente, solo, ó acompañado por un intérprete ó sirviente, por enmedio de aquellos bosques poblados de enemigos de la raza blanca. Aparte de los indígenas, que era natural odiasen á los Españoles, los Religiosos sufrían horriblemente con el calor, la humedad y las enfermedades propias de aquellos climas mortíferos, la falta completa de recursos, los mosquitos, jejenes, garrapatas y arañas venenosas, que atacaban á los recién llegados, con una furia tál, que les causaban los mayores tormentos. Todos, pues, procuraban precaverse de esas plagas incómodas y peligrosas, menos San Luís, que aceptaba todo martirio como una prueba enviada por Dios para experimentar su firmeza. Así, mientras que los demás misioneros caminaban por los bosques y breñas erizadas de espinas y púas, que á veces les herían, envueltos los piés en cueros y cortezas de árbol, él seguía su marcha siempre descalzo y sin cuidarse de los cañaverales llenos de vástagos que le punzaban; y por la noche, en lugar de evitar los zancudos, cubriéndose lo más posible el cuerpo, dejaba que le picasen é hiriesen, sin manifestar su incomodidad ni quejarse nunca. Habiendo recibido del Altísimo el dón de las lenguas, á poco tiempo yá no necesitó intérprete, pues los Indios le entendían perfectamente. Llevaba como sirviente á un joven de su patria, que le acompañaba cargando unas alforjas en que llevaba la Biblia, el Breviario y el recado de decir misa. Nunca permitía que su criado aceptase para ninguno de ellos alimentos para el camino, de un pueblo á otro, sino que siempre iban desprovistos y confiando sólo en Dios.

Una vez, estando San Luís y su sirviente lejos de todo poblado, enmedio de un bosque, y no habiendo

tomado ningún alimento en todo el día, el mozo, que se llamaba Gerónimo Cardillo, apretado por el hambre y la sed (pues tampoco habían encontrado agua), empezó á llorar y á quejarse amargamente del Santo, porque no le había permitido llevar avío. Reprendióle su amo severamente por su falta de fe en la Providencia, y señalando al mismo tiempo un bosquecillo, le dijo:

—Ven conmigo, que allí encontrarás con qué alimentar el cuerpo y apagar la sed.

Efectivamente, á pocos pasos hallaron un riachuelo claro y cristalino que bajaba de un vecino cerro, y en aquel punto lo sombreaba un hermosísimo árbol cargado de rojas y apetitosas frutas. El mozo declaró después que el árbol era un manzano, lo cual se tuvo á milagro que había verificado el Santo, puesto que en aquellos climas esas frutas son desconocidas. Gerónimo comió y bebió á todo su gusto, y cuando estuvo satisfecho quiso llevar consigo en las alforjas algunas frutas para comer en el camino, pero su amo se lo prohibió severamente. "Semejante previsión, le dijo, es propia solamente de personas que no tienen confianza en Dios."

Disgustado el Gerónimo con los trabajos que pasaba al lado del Santo, determinó dejar su compañía; pero éste le previno en su deseo.

"Hermano, le dijo, al llegar al fin de su jornada; penoso estoy de no tener que darte; así, ánda con Dios. Lo que más me duele es que siempre vivirás en la miseria y morirás en ella."

Lo cual, dice el Padre Zamora, se verificó como lo había predicho el Santo.

Al fin San Luís determinó quedarse en un sólo lugar para atender primero á la conversión de una tribu antes de pasar á otra parte, y eligió como centro de sus operaciones la aldea de Tubará.

Cerca de tres años, dice el citado autor, permaneció San Luís en aquel pueblo, que pertenece hoy día al Estado de Bolívar, al Sur de Galapa, cerca de la costa del Atlántico y en la cumbre de un cerro. (1)

Parece que en el idioma de los Indios de aquellos parajes la palabra *tubará* quiere decir *reunión*, porque

(1) DICCIONARIO GEOGRÁFICO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA, por Esguerra.

en dicho pueblo se juntaban las tribus para tratar de los intereses comunes. En prueba del mucho bien que hizo San Luís Beltrán á aquellas gentes, todavía conservan, con la mayor veneración, una ermita donde el Santo decía misa, predicaba y enseñaba la doctrina á los naturales.

A tres leguas de Tubará se encontraba otro misionero dominicano, en Zipacuá (aldea yá probablemente extinguida, porque no hallamos ese nombre en las obras modernas). San Luís, con el otro dominicano, convinieron en que se verían, para confesarse mutuamente, en una ermita que mandaron hacer á la mitad del camino de un pueblo á otro. Un siglo después todavía existía esa capilla, reverenciada por los indígenas.

La dulzura, la paciencia, la caridad y la abnegación del Santo atrajeron á la Cristiandad á gran número de paganos. Como todas sus palabras eran inspiradas por el amor, y jamás por la violencia, no tardó mucho en encaminar por la vía de la civilización á aquellos indígenas, en tanto que con crueldades y violencias los encomenderos y empleados civiles les exasperaban, haciendo odioso el cristianismo que pretendían profesar. Los naturales idolatraban á su misionero y le obedecían religiosamente; no así los colonos Españoles, á quienes reprendía cuando obraban mal, y les afeaba sus perversas costumbres. Sumamente disgustados éstos con un Religioso que en casi todas las disputas daba la razón á los infelices indígenas contra sus opresores, empezaron á calumniarle y enviar malos informes contra él, con la esperanza de que le sacaran de allí. San Luís sufría todo con paciencia, diciendo mansamente:

"No todo se ha de llevar en esta vida por tela de justicia: algo se ha de padecer por amor de Dios."

La manera de vengarse que tenía era redoblando sus esfuerzos para hacer el bien á aquellos que habían procurado perjudicarle, y jamás se le oyó una palabra de resentimiento, sino, al contrario, oraciones por las personas que le calumniaban.

San Luís jamás tuvo miedo de cosa alguna terrestre, y desarmaba á sus enemigos con su grande impavidez. Ni las serpientes, ni las fieras de los bosques le infundían pavor. Sucedía que cuando viajaba por en medio de aquellas montañas, pobladas de tigres y leones,

de serpientes venenosas y otros animales, las personas que le acompañaban, al ver el peligro, exclamaban temblando:

—¿A dónde nos lleváis, Padre? ¿Por ventura queréis que nos despedacen y nos traguen los monstruos que encierra esta montaña?

—No hay que temer, contestaba él sosegadamente, enmedio de los mayores peligros. Dios está con nosotros y no nos dañarán.

Como el Santo no aceptaba más alimentos que los que absolutamente necesitaba en el momento de ir á comerlos, acontecía que en aquellas poblaciones, cuando se iban todos con sus mujeres y familias á las rocerías, él se quedaba solo en la aldea, y si olvidaban dejarle el alimento preparado, padecía hambre hasta que volvían por la noche á sus casas. Sin embargo, jamás se llegó á quejar del descuido de sus feligreses.

Estando en Tubará San Luís, tuvo lugar un acontecimiento muy extraordinario, que se ha considerado como un sensible milagro.

"Qué desgracia! exclamó el Santo un día con la mayor angustia. Un amigo mío se está ahogando, después de un naufragio que ha ocurrido en la costa.... Pero todavía le podremos salvar! añadió."

Llamó entonces á algunos Indios, á quienes cargó con ropas y comestibles, y se dirigió á la orilla del mar. ¡Cuál no sería la sorpresa de los que le acompañaban, cuando al tocar el litoral vieron que llegaba asido de una tabla un hombre desnudo y casi espirante de hambre y de sed! El Santo le llamó por su nombre, pues era valenciano y conocido suyo, y socorriéndole con la mayor ternura, le vistió con las ropas que había llevado preparadas y le dió de comer y de beber. El náufrago refirió que, habiendo encallado el bajel en que iba embarcado, perdiéndose los que iban dentro, se encontró solo y desamparado en alta mar: prendido de una tabla había nadado dos noches y un día, hasta que viendo tierra se había dirigido á ella, en donde pensaba que moriría en una playa desierta, como era aquélla, sin recursos ni habitantes.

San Luís le proporcionó recursos para que pasara á Cartagena, en donde el náufrago refirió la maravillosa preservación de su vida, merced á la intuición divina de aquel misionero.

Los Indios que presenciaban estas maravillas se convertían por centenares, y una vez se le presentaron 2,000 que bajaban del interior de las tierras en busca del maravilloso misionero de quien habían oído hablar. El Santo les agasajó mucho, y como ellos pedían el bautismo, les instruyó brevemente en la verdad evangélica, y por último les bautizó. Manejóse San Luís en aquella vez con tánta unción y les habló con tánta ternura, que todos los salvajes se precipitaron á sus piés, jurando que guardarían hasta la muerte una fe que tenía que ser buena, puesto que la enseñaba un sér tan angelical como era aquel Misionero, tan diferente de los otros blancos.

Como los indígenas tenían grandes motivos para odiar á los Españoles, que les exasperaban con sus malos tratamientos, frecuentemente urdían conspiraciones contra los encomenderos; pero San Luís siempre lograba aplacar á los Indios y salvaba la vida de sus compatriotas, aun exponiendo la propia.

Una vez que fueron reducidos á una vida más civilizada, y habiendo sido bautizados todos los indígenas de Tubará y de sus alrededores, los Prelados resolvieron aprovecharse de las extraordinarias aptitudes del Santo para enviarle á otros pueblos en donde los demás misioneros habían visto frustrados sus esfuerzos. Cuando los naturales de Tubará tuvieron noticia de la próxima partida de San Luís, se afligieron al principio muchísimo, y en seguida se atrevieron á amenazarle, si les abandonaba sin preservarles de la crueldad de los encomenderos. Necesitó el Misionero hacer uso de toda su paciencia y bondad para razonar con aquellos salvajes, y no fué sino después de prometerles visitarles con frecuencia, cuando le dejaron partir.

San Luís pasó entonces á servir de Cura en las aldeas de Zipacuá, Peluato y otros pueblos, en donde permaneció poco tiempo, porque se le llamó á Cartagena. Habiendo cambiado la administración del convento dominicano, del que dependía San Luís Beltrán, y teniendo noticia el nuevo Prior de las maravillosas conversiones que había hecho nuestro Misionero, tuvo á bien llamarle á Cartagena, en donde la sociedad española estaba tan desorganizada y corrompida, que diariamente se cometían crímenes inauditos. La ambición,

la sed de oro y todas las pasiones más perversas se habían entronizado en el corazón de los colonizadores, y se deseaba que un predicador nuevo fuera allí á tratar de volver á Dios aquella ciudad, cuyos habitantes no pensaban yá sino en hacerse ricos á todo trance y contentar sin trabas sus malos instintos.

III

Día muy triste fué para nuestro Santo aquel en que se vió obligado á abandonar á su desconsolado rebaño definitivamente para volver á la vida de las ciudades, con sus intrigas y disgustos. Pero, por supuesto, obedeció á las órdenes de su Prior, sin quejarse, y se preparó para pasar á Cartagena. Quiso separarse de aquellos indígenas,–á quienes él amaba como el Padre Las Casas á los suyos,–con una visita que hizo á todos los que él había convertido, y en seguida se dirigió á Cartagena, en donde fué muy bien recibido. El fruto que empezaba á cosechar con sus sermones, volviendo al buen camino á los pecadores, lo acababa de madurar en el confesonario, en donde con sus consejos, reprensiones y súplicas remedió muchas injusticias y "reprimió (dice fray Alonso de Zamora) las usuras, moderó la codicia desaforada en los tratos que se ofrecía cada día, según el trajín de las armadas que frecuentaban aquel puerto.... Sus discursos eran de hombre que tenía el espíritu apostólico. Sus palabras hacían temblar cuando reprendía, y cuando rogaba ó persuadía eran tan suaves, que atraía al amor de Dios todos los corazones."

Después de una permanencia de algunos meses en Cartagena, San Luís fué enviado á predicar la cuaresma á Nombre-de-Dios, el puerto entonces más frecuentado de Tierra-Firme, que ha desaparecido, porque sus habitantes se trasladaron á otro lugar, llamado Portobelo, el que también fué casi abandonado con el tiempo, por motivo de su clima mortífero y por haberse trasladado el comercio á otros puntos más convenientes.

En Nombre-de-Dios San Luís procuró grandes beneficios á los colonizadores, pues hizo volver á muchos á la senda del deber; otro tanto sucedió en el pueblo

de Baraona, en donde tuvo ocasión de amonestar á varios encomenderos y mayordomos que trataban cruelmente á los Indios, y les hizo arrepentirse de sus crueldades.

Así, pues, nuestro Santo era un ejemplo vivo de la religión de Jesucristo, y trabajó en la marcha de la verdadera civilización, es decir, la del bien moral y físico de los hombres, entre Españoles é indígenas, blancos, cobrizos y negros, con una abnegación digna de la IDEA que le dominaba.

Pero el santo Misionero no estaba contento en las ciudades, diciendo que allí había otros muchos Religiosos que atendierán á las necesidades del alma de los Españoles, mientras que enmedio de los bosques aquellos desgraciados indígenas morían desamparados de todo recurso divino y humano. Diéronle, pues, al fin licencia para regresar á las tierras de los indígenas; pero para que estuviese mejor le dieron un compañero, fraile de su convento, y quisieron proporcionarle un sirviente y una mula; mas se negó á aceptar ninguna comodidad, diciendo que él debía vivir lo mismo que sus feligreses, que nada poseían. Además, añadía "que él era un pobre frailecillo que no había de tener familia ni criados que le sirviesen como á los seculares."

Jamás permitió, dice el Padre Zamora, que le tuvieran mula en caballeriza, porque, caminando siempre á pie y descalzo por las espinas y lugares pedregosos, sufría con grandísima paciencia la fatiga del calor y de los mosquitos. Daba ejemplo al fraile su compañero, no recibiendo jamás ofrendas de sus feligreses, sino apenas aquello estrictamente necesario para sostener la vida, y decía misa por la intención del que se la pedía, mandándole que distribuyese entre los pobres lo que podía valer.

Nunca se le vió desatender las necesidades y súplicas de los pobres naturales; y si le pedían alguna cosa que no estaba en su mano proporcionarles, les decía humildemente:

"Confiemos en Dios; invoquemos á sus Santos; oremos devotamente, pidiendo lo que habemos menester, y sin duda Él nos oirá."

El Misionero les daba entonces el ejemplo orando devotamente, y con frecuencia el cielo le concedía lo

que pedía: lluvia en épocas de sequedad; buen tiempo cuando la humedad era excesiva; salud en las estaciones de fiebres y cuando las poblaciones eran diezmadas por las pestes.

Defensor nato de los indígenas, nunca dejaba de amonestar, reprender y, si era preciso, amenazar con los castigos eternos á sus tiranos. Cuando aquellos desgraciados eran obligados á trabajar hasta rendir la vida, mientras que sus amos se solazaban en las fiestas y diversiones, el Santo les interpelaba, y mostrándoles los atavíos magníficos con que se vestían, decíales con el profeta Jeremías:

—"Vendrán los Angeles á torcer aquellos vestidos profanos, que destilarán la sangre de los que los tejieron para servir á la vanidad de los poderosos de la tierra. Veis aquí que yo hallé en los dobleces de sus vestidos la sangre de los inocentes!"

Pero tampoco pudo San Luís continuar entre sus Indios favoritos aquella vez. Habiendo tenido noticia el Obispo de Santa-Marta de las maravillosas conquistas para la Cristiandad que había hecho el santo Misionero entre las tribus más salvajes, pidió que le enviaran á Santa-Marta, en donde yacían en su natural rudeza muchas tribus de indígenas, algunas de las cuales eran hasta antropófagas. Aunque San Luís amaba mucho á sus Indios de Tubará, Zipacuá y Paluato, por haber sido los primeros que convirtió á la fe católica, una vez que deseaba padecer martirio, si era necesario, por la religión de Cristo, aceptó con gusto la propuesta de pasar á catequizar á los Alcoholados, Tupes y Chimilas, que rehusaban someterse. *

En Santa-Marta tuvo la satisfacción de volver á encontrarse con su antiguo compañero de convento, fray Luís Vero, el cual también fué gran convertidor de infieles y murió en olor de santidad. Convinieron los dos Misioneros en los pueblos que deberían catequizar, y tocaron á San Luís Beltrán toda la orilla del mar Atlántico hasta la Goajira y las faldas de la Sierra Nevada, la provincia de los feroces Chimilas y los Taironas, hasta la ciénaga de Zapatosa. El Padre

* Véanse las historias de Piedrahita, Zamora, fray Pedro Simón, &c.

Luís Vero había de salir á predicar por toda la orilla del Magdalena y el Valle-Dupar, y llegar hasta el lago de Maracaibo.

Inmediatamente San Luís se puso en marcha, y en sus viajes por aquellas tierras de salvajes, varias veces los indígenas quisieron envenenarle, dándole bebedizos mortíferos. Los Mohanes principalmente, que vivían de la credulidad de los naturales idólatras é ignorantes, le hacían cruda guerra, aconsejando á los otros Indios que procurasen matarle. Pero el veneno parecía no ejercer influencia sobre su cuerpo, así como el pecado no tenía cabida en su alma. Sin embargo, una vez el veneno le hizo tánta impresión, que estuvo á punto de morir: se le cayó todo el pelo, así como las uñas de los piés y de las manos; pero al fin sanó, y á poco pudo continuar en su misión, causando la mayor sorpresa á los que le habían administrado el tósigo, pues no habían visto ellos otro caso en que el que lo tomase sanara. Estas maravillas impresionaban mucho á los salvajes, tanto más cuanto veían que el Misionero andaba siempre á pie, descalzo y sin otra arma que su rosario y su aspecto bondadoso,—muy diferente, por cierto, de los Conquistadores que entraban en sus tierras con armas de fuego, que les aterraban, y asolaban sus campos y sus mieses bajo el casco destructor de sus caballos. En tanto que los soldados españoles, en nombre de un rey terrestre, se llevaban presos á sus hijos y mujeres, arrebatándoles cuanto tenían, el Misionero, en nombre del Rey del cielo, les llevaba palabras de paz y conciliación; no aceptaba nada que no fuese la miserable pitanza con que sostenía sus fuerzas; en lugar de quitarles lo que tenían, les defendía de la codicia de sus opresores, y ofrendaba su vida á trueque de que se convirtieran ellos, ganando la bienaventuranza eterna. Natural era, pues, que al fin, vencidas por su abnegación y afabilidad, las tribus más salvajes le tratasen con respeto y le escuchasen con atención.

Predicando él un día á una gran concurrencia de indígenas, que en su mayor parte se le habían manifestado hostiles, se le acercó alguien y le avisó que se estaban preparando muchos Indios para quitarle la vida á pedradas.

"No temáis, hermano, contestó, que no tendrán fuerzas para tirarme una piedra, ni ánimo para hacerme daño."

Y sin manifestar desconfianza continuó predicando, hasta que los mismos que más le odiaban fueron tirando las piedras al suelo, y acercándose acabaron por pedirle perdón por sus malas intenciones y suplicarle que les instruyese para poder recibir el bautismo.

A poco fué tál la fama de sus predicaciones, que no solamente yá no le recibían mal en los pueblos indígenas, como sucedía al principio, sino que salían á darle la bienvenida y le acogían como á un enviado de la Divinidad.

"Estando en el cabo de San-Vicente (dice Zamora), entre el cabo de la Vela y Santa-Marta, y habiendo en torno suyo un numeroso pueblo de gentiles, empezó á predicar en su hermosa plaza con voz sonora y grande espíritu. Vino á oirle uno de los más principales señores del lugar, con una vestidura colorada, tan larga, que traía las faldas arrastrando por el suelo. Tenía zarcillos de oro y perlas en las orejas, según costumbre de los nobles de su nación. Acabó el sermón San Luís, y el Indio le pidió le declarase qué era lo que predicaba de la Cruz, porque deseaba verla. El Santo se abrazó á uno de los árboles que había en contorno de la plaza, y apartándose del tronco, dejó en él impresa la señal de la Cruz. Maravillada aquella multitud, levantaron todos hasta el cielo las voces, magnificando el raro prodigio, y adorando la Cruz se volvieron á sus casas. El Cacique fué á la de San Luís y, puesto de rodillas, le tomó la mano, y besándosela repetidas veces, le llevó á la suya, con su compañero Gerónimo Fernández, y en ella les tuvo nueve días. En este tiempo el Santo instruyó en la fe al Cacique, á toda su familia y á una multitud de gentiles, que recibieron el bautismo de su mano. La Cruz quedó por muchos años estampada en el árbol como señal de victoria."

En estas y otras obras, San Luís pasó tres años por aquellos parajes incultos, padeciendo lo que no es decible, tanto del clima y sus plagas, cuanto de la rudeza de sus habitantes. Al cabo de aquel tiempo el Obispo le nombró Cura de la villa de Tenerife, que

estaba edificada en el mismo sitio en que se halla hoy día, en la banda derecha del río Magdalena, cerca de una ciénaga. En aquella época la población era más importante de lo que es en el día, y además de los Indios que la poblaban se habían establecido allí algunos Españoles. Según el "Itinerario descriptivo del Magdalena," por el General J. Acosta, Tenerife fué fundada por Francisco Henríquez en 1546. Está situada sobre una barranca de diez á quince varas de altura sobre el nivel del río.

Durante algunos meses fray Luís Vero fué compañero de fray Beltrán en aquel lugar, y entre los dos convirtieron y bautizaron á un gran número de indígenas que moraban á orillas del Magdalena y enmedio de las ciénagas de Zampallón y Zapatosa.

Gobernaba entonces el Nuevo Reino de Granada el benemérito Presidente Venero de Leiva, que tántos bienes hizo á este país. Él, sabiendo que fray Luís Beltrán era el dominicano más importante que había en toda la provincia, indicó á los fráiles de esa regla que había en Santafé, que le nombrasen Prior de su convento, para que le diese honra y para que con sus predicaciones santificara esta ciudad. Los dominicanos aceptaron con gusto el consejo del Presidente, y en Noviembre de 1568 le nombraron Prior. Pero como se sabía que él había dicho que no aceptaría ninguna dignidad en las Indias, en donde sólo quería vivir para atender á las misiones entre los Indios salvajes, el Vicario general le mandó una orden para que no pudiese eximirse del cargo.

Cuando recibió la patente en que le notificaban su nombramiento, el Misionero se llenó de angustia.

"Yo no vine á las Indias á ser Prior! exclamó, porque estimo más la conversión de un Indio que cuantos honores tiene la Iglesia de Dios; pero es fuerza obedecer......"

Hacía algun tiempo que San Luís estaba deseando volver á España, y había pedido que le llamasen otra vez á Valencia. Él había pasado á América con el único objeto de tratar de contribuir á hacer el bien; pero, descorazonado con el mal manejo de los encomenderos de Tenerife, que trataban indignamente á los indígenas, y desesperanzado de poderlo remediar,

pensó que más le valía volver á la oscuridad de su celda á acabar sus días entre los suyos. Mas es de creer que, habiendo vivido en un convento de Cartagena, le arredraba la idea de ser el centro de los pequeños secretos y ambiciones de los Españoles de la Colonia, en donde, viéndose desterrados á este rincón del mundo, su espíritu se había gastado en pequeñeces é intriguillas miserables que iban á parar á los conventos, cuyos frailes tenían que estar al corriente de todo.

¡Y tenía razón! Figurémosnos por un momento lo que sería Santafé de Bogotá en 1569.... Un poblado de casas pajizas en su mayor parte, con tal cual edificio de cal y canto y teja. El convento de los Dominicanos, fundado en 1550, en la plaza que llamaban de Mercado (bautizada después con el nombre de San Francisco, y al presente con el de Santander), en la parte oriental de la dicha plaza,—en donde aún hoy día la casa conserva dos pisos sobre el suelo,—había sido trasladado á la calle Real, y yá para entonces era de teja y tenía una iglesia regular. El convento de los Franciscanos, que primero estuvo por el lado de las Nieves, y fué en seguida trasladado al otro extremo de la ciudad, al sitio que fué después de San-Agustín, había sido definitivamente fundado en el lugar en que ahora se encuentra su iglesia. Además, había de teja el Humilladero (destruído en 1877), en donde los Dominicanos catequizaban á los Indios desde el tiempo en que llegaron al Nuevo Reino, y también la Veracruz yá estaba edificada hacía siete años. La Catedral ó iglesia parroquial, que hasta entonces había sido de paja, estaba construyéndose de teja por segunda vez,—pues la primera se desplomó la víspera de su inauguración. Los habitantes indígenas habían disminuido mucho, con motivo de la peste de la viruela, que se llevó por primera vez á millares de naturales en 1566, (1) asolando la ciudad y sus contornos. La parte española de la población, que era reducida, vivía siempre en intriguillas y etiquetas, aparentando que estaban en una corte. Vestíanse los hombres con mucha ostentación, y las mujeres llevaban cada una sobre sí prendas de oro mal labrado, infinidad de esmeraldas de Muzo

(1) Este azote volvió con gran furia en 1587 y en 1590.

y perlas que hacían traer de Panamá, y las encomenderas se daban aires de princesas, habiendo sido muchas de ellas en su tierra porqueras y gente ruín. No es de ahora ¡Dios sea loado! que las personas de baja esfera quieren fingir lo que no son: este achaque lo ha padecido la Humanidad desde sus principios.

Todavía en aquella época vivían muchos de los Conquistadores: uno de ellos, Cristóbal Ortiz Bernal, entonces Alcalde ordinario de Santafé, labró una ermita en la parte Norte de la ciudad, que dedicó á Nuestra-Señora de las Niéves, y trajo para ella una imagen de esa advocación. Pero no fué sino hasta 1585 cuando la declaró parroquia el Ilustrísimo señor Zapata, pues la capilla, en donde no se decía misa sino rara vez, estaba fuera de la ciudad. (1)

Vivía aún en todo su auge otro Conquistador famoso como hombre de valor heroico, cuyas proezas fueron las de un Rolando. Llamábase Alonso de Olaya Herrera, y con otro compañero suyo, Hernando de Alcocer, estableció el camino de Honda á la sabana de Bogotá. Hiciéronlo á su costa, y además pusieron recuas de mulas en el camino fragoso y carretas y caballos en el llano, servicio de barcas para la navegación del Magdalena, y bodegas para guardar las mercancías. Las gentes de aquellos tiempos llevaban á cabo cuanto emprendían: nada les arredraba, ni se presentaba empresa arriesgada que no acometieran, sin recursos, sin instrumentos y muchas veces hasta sin ciencia. Pertenecían á Olaya de Herrera los solares contiguos á la Catedral, en la parte en que estaban después los portales del Correo, que hoy día pertenecen á un caballero del mismo apellido. Su casa había sido la primera de tapias que se vió en Santafé, así como la primera de teja fué de otro Conquistador: Pedro de Colmenares.

Aún vivían cuatro de las cinco primeras mujeres españolas que subieron hasta Santafé: éstas eran Elvira Gutiérrez, casada con Juan Montalvo, y la primera que amasó pan en Santafé, Isabel Romero, Catalina de Quintanilla y Leonor Gómez.

(1) Véase NOBILIARIO DE OCARIZ.

IV

Pero volvamos á nuestro santo Misionero, al que hemos abandonado demasiado tiempo, durante su penoso viaje por las salvajes riberas del Magdalena, tanto más penoso para él cuanto lo hacía con disgusto y contra su voluntad. Detúvose algunos días en la villa de Mompox, y luégo siguió su jornada río arriba. "Con deseos de llegar pronto á esta ciudad de Santafé (dice Zamora), y bogando contra sus caudalosos raudales, al montar una punta se volcó la canoa, y cayeron al agua los bogadores y cuantas personas venían dentro. El Santo pidió á su Divina Majestad que les favoreciera en aquel peligro, Oyóle, y sin perder la canoa ni peligrar alguno, salieron todos á la ribera. Prosiguieron el viaje contra la resistencia de las aguas, que aunque forcejaban los bogadores, era muy poco lo que navegaban. Llegaron al sitio en que se estrecha entre grandes peñascos el río y forma aquella peligrosa canal que llaman la Angostura. Venciéronla con gran fatiga y llegaron á descansar al puerto de San-Bartolomé."

San-Bartolomé era la pequeña villa que hoy día llaman Nare, y el pueblo de San-Bartolomé está mucho más abajo en el río. Estando allí el Santo, vió llegar á todo remo una pequeña canoa, y dentro de ella estaba un grande amigo de San Luís, que iba á toda priesa á alcanzarle para evitarle el viaje, pues había llegado de España una orden terminante para que volviese en el acto á Valencia, en donde su convento le reclamaba. Leyó nuestro misionero el oficio, y apelando á órdenes superiores, escribió inmediatamente su renuncia al priorato en el convento de Santafé. Era tánta la repugnancia que sentía el Santo de llevar á cabo el viaje que había empezado, que sin dilatarse un momento se embarcó en la canoa de su amigo, y tres días después estaba de regreso en Tenerife. Allí, se hospedó en casa de un Español que le era muy adicto y cuya esposa acababa de dar á luz un niño, á quien el Santo bautizó. A poco de aquel acto, tuvo que salir fuera de

la casa á una confesión, pero recomendó á las mujeres que cuidaban de la señora enferma que no la dejaran sola. Estas se descuidaron, y mientras tanto se entró en la alcoba una gran culebra que asustó tánto á la pobre mujer, que salió corriendo al patio. Viéronla las sirvientas y la llevaron á su cama, pero yá era tarde; "un vientecillo fresco (dice Zamora) de los que tal vez se levantan sobre las aguas del río, corría á ese tiempo, el que penetrándola quedó herida de muerte." La infeliz, que se sentía perdida, mandó llamar al Santo, que apenas tuvo tiempo de auxiliarla antes de verla morir á las pocas horas. San Luís se aguardó á asistir al entierro, y en seguida partió para Cartagena, en donde la Flota Real le aguardaba para hacerse á la vela.

Al tiempo de partir para España San Luís, según los cálculos de los cronistas, había bautizado en nueve años, con su propia mano, á más de 8,000 indígenas. Pero el Misionero santo regresaba descorazonado, porque comprendía que la crueldad de los encomenderos y mayordomos acabaría de destruir por entero aquellas numerosísimas tribus de indígenas. Unos deberían morir trabajando para sus conquistadores hasta espirar de fatiga; otros, á quienes sacarían de su tierra, morirían como esclavos en país extraño, y la mayor parte serían víctimas de la viruela y de otras enfermedades importadas de Europa. Las tribus que se han conservado en la Goajira hasta la presente época, es porque han permanecido retiradas en el fondo de sus bosques, lejos de toda población blanca y apartadas de la civilización.

Recibieron con júbilo á San Luís en su convento de Valencia, y fué nombrado Prior sucesivamente en dos monasterios de su orden. Durante su gobierno introdujo de nuevo la austeridad primitiva y la rigidez y ordenanzas de los tiempos de Santo Domingo.

Consultado por Santa Teresa en sus dificultades, el Santo la contestó animándola en sus empresas de reforma, y prediciéndola que llevaría á cabo brillantemente lo que emprendiera en nombre de Dios. Durante los doce años que vivió después San Luís en España, citan de él numerosas y milagrosísimas conversiones entre los pecadores. Se dedicó particularmente á la instrucción de los novicios, procurando, en primer

lugar, formar misioneros para que siguiesen su ejemplo entre los salvajes de las Indias. Gustaba de dar consejos á los jóvenes que se querían dedicar al servicio de Dios. "Las palabras, decía, sin las obras, no tocan ni convierten corazones. Es preciso que el espíritu de la oración las anime: si nó, apenas serán un ruido, y nada más. Cuando un predicador no siente nada, el auditorio permanecerá insensible, aunque su elocuencia y su saber sean sobresalientes. Los que mendigan y desean aplausos disgustan por su afectación y vanidad; pero en compensación, jamás se resisten los oyentes al lenguaje del corazón.... No hay predicador meritorio, sino cuando sabe conmover al auditorio, inspirar odio al pecado y curar los escándalos de una población, reformando el vicio. Si acaso Dios permite que alcancemos todo esto, es preciso no hincharse con sus méritos, porque yá se sabe que apenas somos instrumentos en las manos de Dios, y debemos considerarnos solamente como humildes é inútiles siervos."

Sus cristianísimas virtudes y su paciencia á toda prueba, eran proverbiales en España, y aunque sufrió muchas dolencias durante los últimos años de su vida, mientras más padecía más alababa á Dios y admiraba su misericordia. En 1580, predicando en la catedral de Valencia durante la cuaresma, de repente tuvo que interrumpir su sermón: cayó privado dentro del púlpito, y después de una larga enfermedad, murió el 9 de Octubre del mismo año. El Arzobispo de Valencia tuvo á grande honor el servirle con sus propias manos y hasta el último día de su vida, pues nadie dudaba que era un santo que pronto canonizarían.

El Papa Paulo V le beatificó en 1671, y Clemente X le canonizó en 1696.

Cuando llegó la noticia á Cartagena de la beatificación de San Luís Beltrán, el regocijo fué general, y los Dominicanos le levantaron un altar, pidiendo permiso para que el día de su Santo se celebrase en el convento una fiesta solemne. Allí mismo señalaban una losa que había estado en su celda, salpicada con la sangre de sus disciplinas; en Santa-Marta tenían en gran veneración la piedra del altar sobre el cual celebraba el Santo Sacrificio cuándo estuvo allí; en Tenerife po-

seían los ornamentos con que se revestía para decir misa. (1)

Habiendo el Procurador general de los Dominicanos del Nuevo Reino de Granada representado á Su Santidad Alejandro VIII, que por "los continuos milagros y frutos que hizo en la predicación en Santa-Marta, Cartagena, &c., convirtiendo á innumerables gentiles, suplicaba á Su Santidad que declarase al Santo Luís Beltrán Patrón principal del Nuevo Reino de Granada," la gracia le fué concedida. Además, mandó el Papa que se le rezara con Rito doble y Lecciones de su propia vida, y con fiesta de precepto en todos los reinos y señoríos sujetos á la corona de España.

Al año siguiente de dicha concesión se celebró en Santafé (dice Zamora) una fiesta ostentosa, habiéndole levantado un magnífico altar en la iglesia de Santo-Domingo, y sobre el altar pusieron una estatua del Santo, la cual fué llevada en hombros del Presidente de la Audiencia y de los Oidores, y acompañada por las efigies de San Pedro, Santa Isabel de Hungría y Santa Rosa de Lima. Un numerosísimo concurso de lo más lucido de la sociedad santafereña asistió á esta fiesta, la cual celebraban los Dominicanos cada año. (2)

Pero no se crea que, porque faltásen algunos trabajadores en la viña del Señor, el espíritu evangélico decayera por entonces entre los Dominicanos y Franciscanos. En 1573 los hijos de Santo-Domingo llevaron la luz del Cristianismo á la provincia del Chocó, erigiendo como centro de sus operaciones la ciudad de Toro. Pero los Misioneros tuvieron tánto que sufrir de las depredaciones de los Indios *Chocoes*, que se vieron obligados á trasladar su convento á Pasto, dejando en su lugar á los Religiosos Franciscanos, que se hicieron cargo de la misión.

Por aquella época el segundo Arzobispo de Santafé de Bogotá, señor Zapata, publicó unas *Constituciones* muy caritativas para favorecer á los indígenas, procurando poner todos los medios para civilizarles y cristia-

(1) No sabemos si aún los conservan.

(2) Según se nos ha dicho, la efigie del Santo ha desaparecido de la iglesia de Santo-Domingo de esta ciudad.

nizarles. Mandaba en ellas que á todo trance les tratasen bien y que llevaran con paciencia sus defectos; y además, para tenerles contentos, yá que les habían quitado sus fiestas nacionales, por ser sacrílegas é impropias de cristianos, se sustituyesen con regocijos lícitos, juegos inocentes y diversiones honestas. Ordenó que en cada pueblo de indígenas se construyese un *bohío* ó choza para que en él se recogiesen los enfermos desvalidos, y que allí se les administrasen medicamentos y alimentos gratis. El Cura debía también enseñar á leer, escribir y contar á veinte niños, hijos de los antiguos Jefes de cada pueblo, los que habían de vivir en la casa cural para que aprendiesen la vida civilizada y pudiesen después enseñar la cultura á las gentes de su raza. Por supuesto, esta enseñanza doméstica sería completada con el aprendizaje de la doctrina cristiana, la que todo cura tenía la obligación de enseñar á jóvenes y viejos, niños y adultos. Como los indígenas no habían aprendido el castellano, había prohibición de ordenar de sacerdote en Santafé á ninguno que no hubiese antes aprendido la lengua muisca, la cual se enseñaba por principios en el Seminario del Nuevo Reino de Granada.

El dominicano fray Alonso Ronquillo fué el primer misionero que entró en el centro de los Llanos de Casanare. Con su amor á los desgraciados indígenas, su elocuencia evangélica y la suavidad de sus maneras, sin usar otra fuerza que la de su gran caridad cristiana, logró él solo convertir á treinta familias de indígenas salvajes que moraban en la última falda de la cordillera que se va convirtiendo en llanura hacia Casanare. Obtuvo en seguida permiso para edificar una iglesia en aquel punto, que llamó Medina, y en torno de la cual se fueron agrupando los nuevos cristianos. Consagrado el Padre Ronquillo al cuidado de su voluntaria grey, convirtió en poco tiempo tribus de Indios Chios, Mambitos y Suruguas, bautizando, según dicen los cronistas de su tiempo, á más de dos mil aborígenes.

San Juan de los Llanos fué civilizado en parte por otra orden religiosa, la de los Franciscanos menores, los que fundaron varias aldeas cristianas, catequizaron á gran número de ignorantes indígenas, se internaron en las montañas y despoblados en busca de las ovejas infelices que vivían en la oscuridad del salvajismo, é

hicieron entrar en la vida de la civilización á miles de aborígenes. Desgraciadamente, con el abandono de las misiones reglamentadas, muchos de los indígenas de aquellas partes han vuelto de nuevo á su natural estado de rusticidad y paganismo, y hoy día gimen en las tinieblas de la ignorancia como antes de la Conquista.

Sin embargo, últimamente algunas tribus de aquéllas han deseado volver á la vida civilizada, y piden que les envíen un misionero que las instruya. Pero nuestro clero se halla en tal estado de insuficiencia, que sus miembros no alcanzan siquiera para cuidar de las poblaciones civilizadas, y hace falta enorme entre nosotros alguna orden religiosa que se consagre á asistir las Misiones entre las tribus de indígenas que se hallan lejos de la luz del Evangelio. No hay duda que los Gobiernos de los Estados comprenderían el gran bien que se haría al país con la reducción de los salvajes, si ayudasen en lo posible á los Religiosos que emprendieran tan santa misión. (1)

(1) Después de escrito lo anterior, hemos visto con gusto que, bajo la protección del señor Obispo de Santa-Marta, algunos misioneros han entrado en la Goagira, en donde no hay duda que llevarán á cabo la conversión de muchos Indios.

LOS JESUITAS MISIONEROS.

I

En el estudio anterior, hablando de los trabajos evangélicos de San Luís Beltrán en las Misiones del Nuevo Reino de Granada, nos referímos al bien que hicieron en este ramo de la caridad cristiana los Religiosos de las órdenes Dominicana y de Franciscanos. Tócanos ahora decir, aunque sea brevemente,– pues la naturaleza de este estudio no lo permite de otra manera,– cuáles fueron las principales obras que ejecutaron en esta región de América los miembros de la Compañía de Jesús. (1)

Nadie puede negar, y aun no se han atrevido á hacerlo los más tenaces enemigos de los Jesuitas, que éstos han sido los misioneros que en todas partes del mundo han practicado, mejor que las otras órdenes religiosas, el arte de catequizar, convertir y civilizar á las tribus salvajes, lo cual, particularmente en Améri-

(1) Aunque no citaremos los nombres particularmente, cada vez que se ofrezca, de los autores que hemos consultado, hé aquí la lista de los principales que nos han servido de base: *Cantú*, "Historia Universal;" *Groot*, "Historia Eclesiástica;" *Vergara*, "Historia de la Literatura;" *Gumilla*, "El Orinoco Ilustrado;" *Cassani*, "Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús:" "Chronologie Historique de l'Amérique;" *D'Orbigny*, "Voyage dans l'Amérique Méridionale;" *Crétineau-Joly*, "Historia de la Compañía de Jesús;" el Padre *J. Fernández*, "Apostólica vida del venerable Padre Pedro Claver;" *Longano degli Oddi*, "Vita del Venerabil servo de Dio P. Pietro Claver:" *Fleuriau*, "La vie du vénerable Père P. Claver;" *J. J. Borda*, "Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva Granada."

ca, se ha experimentado con toda certeza. Perteneciendo á una orden religiosa nueva (1), llena de celo y de vigor, instituída con el objeto de luchar sin tregua en favor de la Religión Católica Romana, ninguno de sus miembros es admitido en las órdenes más altas de la Compañía, sino cuando su talento, su juicio y su completa abnegación le recomiendan de un modo especial. Pero si la orden era nueva, en compensación su actividad y su celo eran tales, que al principiar el siglo XVII los Jesuitas se encontraban yá trabajando con fruto en numerosas Misiones de América. En el Canadá, en la Florida, y desde Méjico hasta el Paraguay, el vestido negro del Jesuita era bendecido por los indígenas, de quienes aquéllos se habían constituído defensores. (2) En el Brasil habían logrado dominar á

(1) San Ignacio fué nombrado General de la Compañía de Jesús el 22 de Abril de 1541, pero yá la orden había sido aprobada por el Papa Paulo III, en 1540.

(2) Las Misiones del Paraguay que fundaron los Jesuitas son realmente maravillosas. Desde el principio de la llegada de los Europeos á aquellas regiones, habían procurado reducir á las innumerables tribus indígenas que las habitaban. Un franciscano había logrado convertir á gran número de *Guaraníes;* pero los demás, feroces é indomables indígenas, estaban resistidos á aceptar una civilización que el Gobierno español no acertaba á presentar, sino bajo un aspecto repugnante para los salvajes; y así la propagación del Cristianismo entre los Paraguayos andaba muy lentamente. En 1583 algunos Jesuitas emprendieron aquellas Misiones, y no se había terminado el siglo cuando yá la Compañía de Jesús tenía establecida, en un inmenso litoral, una República cristiana más artística, civilizada y afortunada que todas las demás colonias de América. El Padre Charlevoix dice, hablando de ella: "Fundada en el centro de la barbarie más feroz, ha presentado un ejemplo más perfecto que el ideado por Platón, el canciller Bacón y el ilustre autor de Telémaco, y cuyos jefes la cimentaron con su propia sangre y grandes fatigas".... Los Jesuitas abolieron las encomiendas, y no solamente convirtieron á aquellas tribus feroces, sino que sus Misiones han sido citadas como el modelo más perfecto en su género, desde Voltaire mismo hasta muchos modernos enemigos del Cristianismo. Don Pedro Fajardo, Obispo de Buenos-Aires, escribía al Rey de España (dice Crétineau-Joly): "No creo que en esos establecimientos se cometa un solo pecado mortal por año." Aunque tal vez en aquellas palabras haya exageración, diremos que M. D'Orbigny, que visitó las Misiones en 1831, se sorprendió al ver el adelantamiento

los antropófagos. Cuéntanse en el sigló XVII más de trescientos mártires de la Compañía de Jesús. Aunque muchos de éstos perecieron á manos de los salvajes, también, según Crétineau–Joly y otros autores, más de sesenta misioneros fueron víctimas del calvinista Santiago Sourié, quien, apresando los navíos en que iban embarcados en alta mar, les dió una muerte cruel y feroz.

Aunque los Jesuitas habían recorrido yá la mayor parte de las colonias américanas y fundado Misiones en muchas partes, al Nuevo Reino de Granada no llegaron oficialmente, sino cuando les trajo de Méjico el Ilustrísimo señor Lobo Guerrero, Arzobispo de Santafé. Este Prelado fundó un colegio que llamó de

y la civilización que habían reinado en esos lugares en tiempo de los Jesuitas. "Los ancianos, dice, recordaban con dolor la expulsión de los Misioneros. '¡Ellos, exclamaban, nos hicieron cristianos; ellos nos hicieron conocer á Dios, y con ellos fuimos felices!" El mismo viajero añade más lejos (*Viaje á la América meridional, tomo II, página* 618): "A la vista de cada nueva Misión, me sorprendía verdaderamente pensando cómo habían sido fabricados esos monumentos por hombres casi salvajes, bajo la dirección de los Jesuitas. No me cansaba de admirar los progresos increíbles que esta orden había obtenido en tan poco tiempo. Sobre todo en San-Rafael, los talleres y los objetos que se trabajan, tanto en muebles como en obras de herrería y de tejidos, son de tal suerte perfectos, como no los había visto en las ciudades más civilizadas de Bolivia. ¡Y todo eso había sido enseñado por los Jesuitas!" Además, en la época de las Misiones no se veía nunca un hombre ebrio, y no se conocían ni los crímenes ni los vicios en aquel gobierno. Desgraciadamente los Jesuitas se volvieron comerciantes para ayudar á los gastos de la Misión, y los émulos en ese ramo empezaron á manifestar al Gobierno español que una obra tan estupenda como la que llevaban á cabo, era un mal para la supremacía del Rey. Esta consideración y la mella que hacían las ideas anticatólicas que cundieron en el siglo XVIII en toda Europa, influyeron en Carlos III para que desterrase de todos los territorios españoles á los Jesuitas. Por supuesto que las Misiones del Paraguay, así como las de todo el mundo, se vinieron abajo, y creyendo obrar en nombre del progreso, la civilización dió un paso atrás. De 300,000 indígenas civilizados que dejaron los Jesuitas en el Paraguay, en 1821 apenas quedaban 3,000 en las Reducciones, y éstos seguían á toda priesa por la vía de la corrupción y de los vicios que habían causado la pérdida de los demás.

San-Bartolomé, por ser su nombre patronímico, y lo puso bajo la dirección de los Jesuitas, al empezar el siglo XVII. Mientras se iba construyendo lentamente el hermoso edificio de calicanto que hoy día conocemos, los Jesuitas abrieron aulas de gramática, latín y filosofía, en un lugar estrecho é incómodo, y muchos de los Padres se dedicaron á estudiar á fondo los diferentes idiomas de los indígenas, descollando entre todos el Padre José Dadey, de origen italiano, que no solamente aprendió la lengua muisca, sino que compuso una gramática que sirvió mucho á los misioneros. Pocos años después yá había colegios de Jesuitas en Cartagena y Tunja. En esta última ciudad se estableció el noviciado. Sorprendidos los indígenas de los contornos de aquellas ciudades de la dulzura con que les trataban los nuevos Religiosos, y agradecidos al notar que para catequizarles procuraban aprender su lengua y para enseñarles la doctrina cristiana hablaban en los dialectos indígenas, se convertían por millares al Cristianismo, y escuchaban con religioso fervor las pláticas de los Misioneros. Así, pues, si la ruda manera de tratarles los encomenderos les alejaba y desviaba de la civilización, la caridad y benignidad de los Jesuitas les alentaba á abrazar la religión de Cristo y entrar en la vía de la cultura y buenas costumbres. Así fué como en los alrededores de Santafé se formaron los pueblos de Cajicá, Tenjo, Fontibón, &c., cuyos habitantes se habían manifestado muy arraigados á sus costumbres é idolatrías.

En 1620, yendo de paso para Antioquia algunos Jesuitas, llegaron á la nueva población de Honda, y se detuvieron allí algunos días. El naciente caserío dependía de Mariquita, y estaba yá tan poblado, que un cura no bastaba para atender á las necesidades espirituales de aquel lugar. Así éste, en unión del Gobernador de Mariquita, suplicó á los Jesuitas que pidieran al Provincial de su orden licencia para establecer allí un colegio, lo cual les fué concedido con gusto. Los primeros Jesuitas que entraron allí fueron los padres Ossat y Alitrán; éstos levantaron una iglesia de tapia y teja en la población, y algo retirado el edificio para el colegio de los Jesuitas, con su buen templo. En ambas iglesias se celebraba el Santo Sacrificio de la

misa, y en ellas se enseñaba todos los días la doctrina á los niños y á los indígenas. No se contentaron los Jesuitas con catequizar á los hondanos, sino que recorrían los caseríos de Indios de todos aquellos contornos, civilizando y haciendo brillar la luz del Evangelio en todas partes. En pos de los Jesuitas edificaron conventos é iglesias los Franciscanos y Agustinos, y un templo y un hospital los Religiosos de San Juan de Dios. Hoy día Honda ha retrogradado á tal punto, que los feligreses no alcanzan á sostener sino un Cura muy pobremente, y apenas se dice una misa por día en una población de cerca de 4,000 almas; sus conventos están en el suelo, las iglesias en ruinas y el colegio de los Jesuitas se encuentra convertido en piedras y murallones derruídos, perdido entre la maleza.

En Pamplona una señora fué la primera que albergó y protegió á los Jesuitas, hasta que éstos, más conocidos y apreciados, lograron cautivarse la buena voluntad de sus habitantes, que les ayudaron á construír colegio é iglesia.

Los misioneros recorrían continuamente los contornos y poblaciones indígenas de los lugares donde tenía asiento la orden. Al cabo de algunos años de trabajos asiduos, viendo los superiores que, más ó menos, todos los habitantes del Nuevo Reino estaban en vía de cristianizarse, resolvieron entrar en las tierras de los salvajes que aún carecían enteramente de civilización.

Aunque varias veces habían intentado los Españoles domar las tribus indígenas que moraban en las faldas de las cordilleras que van á morir en los Llanos, con dificultad habían logrado atraer á unos pocos. Estas tribus pertenecían á una raza altiva, amante de su independencia; y escarmentadas con los malos tratamientos de los Españoles, nada odiaban tánto como á los blancos, quienes, ó se llevaban á los Indios cautivos, ó les hacían trabajar para aprovecharse de la riqueza que les proporcionaba su trabajo. (1)

(1) En 1606 había penetrado hasta sus bosques, á orillas del Meta, el capitán Alonso Jiménez. Salieron á recibirle 4,000 Achaguas con la mayor afabilidad. Les hizo fundar iglesia y les prometió tratarles bien; pero un día dió á sus soldados orden de prenderles en la misma iglesia, y con

II

Cuando las tribus indígenas de Casanare maliciaban siquiera que los blancos intentaban y querían catequizarles, se escondían en lo más espeso de sus selvas, y ocultos entre las breñas vivían allí largos años, sin salir á los sitios en que había riesgo de encontrar á los Europeos. Por otra parte, la feracidad de esos terrenos, regados por caudalosísimos ríos, y la innumerable riqueza de sus frutos, la cantidad de animales monteses y de peces que habitaban los bosques y los ríos de los Llanos, eran táles, que los indígenas vivían sin carecer de nada y no necesitaban para cosa alguna á los Españoles. Posteriormente habían sacrificado á todos los extranjeros que se atrevían á pisar sus dominios, y atemorizados los blancos, ninguno quería penetrar hasta aquellos sitios peligrosos.

Sin embargo, apenas se trató entre los Jesuitas el asunto de las misiones á los Llanos, cuando muchos de ellos se ofrecieron á ir á ofrendar su vida, si era preciso, á trueque de catequizar y civilizar á los indígenas. Pusiéronse, pues, en marcha en 1628 cinco misioneros, llegando á mediados del año al pueblo de Pauto, y en breve empezaron á llevar á efecto su misión, encargándose cada uno de ellos de una tribu. Pero antes de entrar en campaña, cada Jesuita se esforzó por aprender el idioma de la tribu que debía tomar á su cargo. Esto les fué menos difícil de lo que parece; pues, según el Padre Cassani, aquellas lenguas no eran sino dialectos derivados y corrupciones de la lengua muisca

sogas y colleras les sacó de sus tierras para venderles á los hacendados. La mayor parte de los cautivos murieron de susto y de rabia; los demás se internaron en sus bosques, llevando el recuerdo indeleble de aquella ferocidad. "Quedó tan horrorizada esta nación, dice el padre Rivero, con la invasión pasada, que yá no se fiaba, como antes, de los que miraba desde ese tiempo, no como si fueran hombres, sino como á monstruos del abismo, nacidos para su mal y destrucción del mundo, cuya noticia y hostilidades habían volado y extendido hasta lo más remoto." (LOS JESUITAS EN LA NUEVA GRANADA, por J. J. Borda.)

que ellos yá habían aprendido en la sabana de Bogotá. En poco tiempo los Jesuitas yá tenían cada uno un centro de civilización en una iglesia, que levantaban en todos los lugares donde los aborígenes se habían manifestado más dóciles. Al lado de la iglesia se fabricaba la casa del doctrinero, en donde ellos encontraban toda clase de auxilios materiales y espirituales. Atraíales el Misionero con dádivas: abalorios brillantes, espejos, agujas, herramientas y prendas de vestido para cubrir su desnudez. Si estaban enfermos les proporcionaba remedios eficaces; en su convalecencia les llevaba golosinas, y si morían, él mismo les enterraba.

Muchas tribus y fracciones de tribus se manifestaron rehacias é indómitas, y á medida que los Misioneros avanzaban en busca de ellos, los indígenas se alejaban, ocultándose en recónditos lugares.

Pero esa repugnancia misma era motivo para que los Misioneros trabajasen en domarles, y jamás desmayaban en su empresa. Para llevarla á cabo, hé aquí lo que hacían, según cuenta el Padre Gumilla: * Buscaban entre sus feligreses á dos mozos bien inteligentes, les enseñaban é instruían en todo lo necesario, y cargándoles después con toda clase de baratijas,–abalorios, &c.,–les mandaban como embajadores á los Indios, alzados y retirados en el fondo de los bosques, que se deseaba atraer á las Reducciones de los Jesuitas. Los mozos llegaban sin dificultad á los ranchos de los indígenas, y distribuyendo entre todos los obsequios, les decían que el Misionero les mandaba aquello porque era su amigo y les queria mucho. Los salvajes son curiosos siempre, y naturalmente hacían mil preguntas á los Mensajeros acerca del Padre, y movidos por la contestación de los otros, al fin manifestaban deseo de conocer á aquel que así les regalaba. Cuando se creía que yá sería tiempo de visitarles, el Jesuita emprendía marcha hacía los caseríos de los indígenas, con un corto acompañamiento, compuesto de algunos de sus feligreses. Antes de llegar mandaba adelante á algunos á anunciárselo; pero aunque los aborígenes supiesen el día y la hora en que aquello debiera suceder, la etiqueta de esas tribus mandaba que no saliesen á recibir al

* Orinoco ilustrado.

huésped. Éste encontraba un rancho que le habían preparado á la entrada del caserío, y allí entraba con su comitiva, y colgando su hamaca debía acostarse en ella á descansar hasta que el Cacique le fuera á visitar, bien pintado y aderezado para el caso. Apenas le avistaba, desde lejos exclamaba el Indio en su lengua:

—¿Yá viniste?

—Yá vine, contestaba el Misionero en la misma lengua; pero no debía moverse de su puesto.

El Cacique entraba entonces en el *tambo*, seguido de los principales señores de su corte, y se sentaba en el suelo frente al Misionero; después entraban sus mujeres y las de los otros Jefes, las que también iban formando rueda en torno de la hamaca y sentándose en cuclillas, sin hablar una sola palabra. Cada una de esas mujeres llevaba para regalo del huésped una *totuma* de *chicha* y un plato con algún alimento, lo cual iba poniendo en frente del Padre hasta que se llenaba el rancho de platos y totumas. El huésped se enderezaba entonces y comía del plato que le había llevado la Cacica, y después fingía tomar un sorbo de chicha de todas las demás totumas ofrendadas. Esta ceremonia era indispensable, porque si no tomaba un sorbo de cada una de las totumas, las mujeres se resentían y sus maridos consideraban esto como un desaire. Una vez concluída la comida, los Indios de la comitiva del Misionero entraban en el tambo y sacaban fuera los comestibles, regalándose con ellos á su sabor. Aquel era el momento en que el Cacique arengaba á su huésped, contándole la historia y las aventuras de sus antepasados. Al fin de cada párrafo el Cacique exclamaba con tono lastimoso: *Es verdad, sobrino, es verdad!* Y por último, concluía su discurso haciendo muchos cumplimientos al Misionero, cuya venida comparaba á la lluvia sobre una sementera después de un largo verano, ó la de un pájaro de dulce canto y vistoso plumaje. El Misionero debía contestar en el mismo tono y estilo, acabando por decirle que, en prueba del cariño que tenía á la tribu, había llevado algunos regalos para obsequiarla. En seguida distribuía lo que les había llevado, teniendo cuidado de que ninguno quedase descontento; y visitando luégo las casas de los enfermos y de los ancianos que no podían salir, llevaba

á cada uno alguna cosa. El Misionero no hablaba de bautismo, aunque sí les enseñaba, cada vez que podía, algo de la doctrina, y recompensaba con regalitos á los que se portaban bien. Hubo vez que un Misionero permaneciese hasta un año con los salvajes, aguardando á que ellos le propusiesen acompañarle á la Reducción. Al fin anunciaba el Jesuita su partida, y rara vez los indígenas, echando de menos al Padre que les consolaba, cuidaba y regalaba, dejaban de ir á poco tiempo á la Reducción á pedir ellos mismos el bautismo, para poder gozar de los bienes de la civilización.

De esta manera los Jesuitas convirtieron, sin sangre y sin disgustos, á gran número de indígenas de los Llanos, del Tolima, del Cauca y de Antioquia. Una cuarta parte de la República, dice un escritor nacional, fué reducida, conquistada y civilizada por los Jesuitas!

III

Pero las noticias mismas de los adelantamientos tan notables que hacían los Jesuitas en las reducciones, y las conquistas pacíficas que llevaban á cabo, les suscitaron enemigos, tanto entre el clero secular como entre las otras órdenes religiosas, que habían perdido por completo su influencia en todas partes en que se hallaban colegios de la Compañía de Jesús. Los encomenderos, á quienes ellos impedían resueltamente que salteasen y maltratasen á los indígenas, formaron una cábala contra ellos, de tal suerte bien urdida, que el Arzobispo les mandó retirarse de las Misiones de los Llanos y volver á las ciudades y poblados. Preciso fuéles obedecer y abandonar aquellos sitios, testigos de sus sufrimientos, pero también testigos de los triunfos del Cristianismo.

Aquel rechazo no les hizo desmayar en su misión, y atareándose á trabajar en los colegios y escuelas que fundaron en las ciudades, continuaron en su obra de civilización con la Cruz en la mano.

Entre tanto, las Misiones se habían ido deteriorando, y las otras órdenes religiosas y los curas que nombró la autoridad eclesiástica, careciendo de la disciplina

y del celo apostólico de los hijos de San Ignacio, no supieron conservarlas, ni mucho menos aumentarlas. Por otra parte, los gobernantes civiles se hicieron tan odiosos para con los salvajes, que algunos perecieron asesinados por éstos. Así transcurrieron treinta años, al cabo de las cuales el nuevo Arzobispo de Santafé convino con el Gobierno seglar en que era preciso volver á mandar á los Jesuitas á los Llanos, pues si no lo hacían, todo aquel territorio volvería á caer en la barbarie.

Los Jesuitas obedecieron gustosísimos las órdedenes de sus superiores, y á principios del año de 1659 emprendieron de nuevo viaje á sus antiguas posesiones. Los indígenas les recibieron con júbilo, pues bien recordaban los ancianos que durante los tiempos en que les catequizaban eran muy felices. Como yá los Jesuitas antiguos no existían, los nuevos tuvieron que volver á aprender la lengua de los *Airicos*, *Jararas*, *Achaguas*, *Sálivas* y demás tribus que deseaban conquistar.

Un año después de su nueva entrada, yá los Jesuitas tenían fundados varios pueblos ó doctrinas (hoy día de nuevo arruinados), con sus iglesias, sus escuelas de artes y oficios, de agricultura y de enseñanza práctica de la vida civilizada. Pero esto no era por cierto obra fácil: el clima malsano, las epidemias que reinaban allí, los insectos, los animales ponzoñosos, las fieras de aquellos bosques, la índole indómita de los aborígenes, y la guerra que les hacían los encomenderos, que pretendían llevarse como esclavos á los indígenas, todo eso causaba á los Misioneros mil molestias, peligros y desvelos. Pero la actividad de aquellos hombres, el valor moral y físico que desplegaron, y sobre todo el gran conocimiento del corazón humano que distingue á la orden de San Ignacio, fueron más fuertes que sus enemigos, y al cabo vencían todas las dificultades que se les presentaban. Además de los vicios naturales en el salvaje, lo que más trabajó costaba á los Jesuitas era desarraigar en ellos el amor inveterado al hurto y al engaño. Viendo que ni con buenas palabras ni recompensas lograban corregir ésos defectos, y que la dulzura y la indulgencia no surtían buen efecto, tentaron, al cabo de siete años de paciencia, castigar á los delincuentes más obstinados.

En el pueblo en que se llevó á cabo el castigo, dice el Padre Cassani, "no fué menester más para que se acordasen de sus abuelos y de su nacimiento, y en una noche desampararon la Doctrina tan por entero, que sólo amanecieron en ella el Padre Jesuita y la familia del Cacique." Fué preciso cambiar al Doctrinero para que volviesen al pueblo los indígenas, y el que fué enviado allí tuvo que desplegar una santa paciencia para lograr que no solamente regresasen, sino que estuviesen contentos. Varias veces los indígenas alzados atacaban las Reducciones, las saqueaban, y después de incendiarlas se llevaban cautivos á cuantos habitantes encontraban.

De los Llanos de Casanare, los Jesuitas trataron de ponerse en comunicación con la Guayana, aunque todo el trecho que media entre aquellos lugares estaba poblado de Indios feroces, caribes y antropófagos. Pero por falta de recursos y de la debida protección del Gobierno español, esa empresa gigantesca no se pudo llevar á cabo. (1)

Entre aquellas tribus las mujeres eran tan desgraciadas, y las maltrataban tánto sus maridos, que las madres, al dar á luz niñas, deseando evitarlas la desgracia de vivir, en ocasiones las mataban. En sus bodas, dice el Padre Cassani, las parientas de la novia celebraban los desposorios con lágrimas y gemidos, y en lugar de felicitarla, cada mujer, al acercarse, la decía:

—Ay! ay! desdichada! que erais libre y sois esclava!

Los Misioneros trabajaron mucho en aliviar la suerte de las pobres Indias, y ellas, más que los hombres agradecidas, les atendían y escuchaban, les respetaban y obedecían. Merced á los avisos que ellas frecuentemente daban de lo que se tramaba entre los indígenas contra los Jesuitas, éstos lograron salvarse y huir para conservar la vida.

¿Cuáles no serían los sufrimientos de aquellos hombres,–muchos de ellos hijos de hidalga cuna, recién llegados de Europa, y enseñados á las comodidades de la vida civilizada,–en medio de estúpidos y feroces salvajes, en desiertos horribles, rodeados de toda especie de

(1) Véase *Cassani*, HISTORIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN EL NUEVO REINO DE GRANADA—Capítulo XX.

fieras, comidos por los tábanos y los mosquitos, que á veces les formaban llagas en todo el cuerpo?.... Así vivían aquellos nobles operarios de la civilización y del Cristianismo, consumiendo allí los mejores años de su vida; y después de diez, veinte y hasta cuarenta años de semejante existencia, sin recursos, sin compañeros de su raza, enmedio de tribus indómitas y rehacias á las buenas costumbres, morían al fin, unas veces ahogados en los ríos, otras víctimas de las epidemias y de las fiebres, cuando no era á manos de los salvajes mismos por quienes sacrificaban su vida! Cuando los indígenas enfermaban de disentería ó de viruela (epidemias importadas del Antiguo Mundo, que cundieron con una presteza asombrosa por toda la América hasta el fondo de los bosques), los Misioneros se constituían al mismo tiempo en médicos del alma y del cuerpo y enfermeros; ellos mismos confeccionaban las bebidas como podían, y asistían sin descanso á los indígenas, á veces hasta morir ellos mismos, contagiados. (1)

Cuatro Reducciones tenían establecidas los Jesuitas en las orillas del Orinoco, y después de cristianizadas aquellas poblaciones de indígenas, y adelantadas en la civilización, sucedió que en 1684 se presentó simultáneamente en ellas una turba de Caribes que se arrojaron sobre aquellos pueblos gobernados por cuatro Jesuitas. Los indígenas, que se aterraban sólo con el nombre de los Caribes, se ocultaron temblando en los bosques; los Misioneros permanecieron firmes en su puesto, tratando de impedir la profanación de la iglesia; pero aquellos antropófagos (2) asesinaron á los Padres Fiol, Beck y Teobast, y revistiéndose con los ornamentos sacerdotales se gozaron en devorar los cadáveres palpitantes de los Misioneros, y después de quemar la población se dirigieron sobre la otra Misión

(1) Dice M. Alcides d'Orbigny que en el Paraguay, una vez que fueron desterrados los Jesuitas de las Misiones, los Indios morían por centenares, porque nadie se tomaba la pena de cuidarles cuando enfermaban.

(2) Humboldt refiere que cuando visitó el Orinoco, yá los Caribes habían olvidado su gusto por la carne humana.

para ejecutar los mismos actos. (1) Sin embargo, el jesuita de la última tuvo tiempo de salvarse con una parte de sus feligreses, huyendo, con inauditos trabajos, por lugares incultos, por enmedio de montañas vírgenes, de caudalosos rios, hácia las Misiones de Casanare, sin más rumbo que la corriente de las aguas y sin otra esperanza que la de encontrarse lejos de los Caribes. Al fin, después de un viaje de ciento cinco días, llegó el Padre Vergara con sus veinticuatro compañeros á las Misiones de Casanare, en donde los indígenas fueron incorporados.

Pero ni aun este triste drama desanimó á los Misioneros, los cuales volvieron nuevamente á tratar de civilizar las regiones del Orinoco. El Gobierno se negó á proporcionarles recursos, y los que entraron otra vez en las tierras de los Sálivas estaban en tal escasez, que se mantenían con gusanos, ratones, hormigas y lagartijas. Los Caribes, al saber que habían intentado de nuevo los Jesuitas fundar Misiones, sin más amparo que su fe, sacrificaron á otro misionero que andaba por aquellos desiertos con un capitán Español y dos tiernos niños. A todos cuatro les asesinaron cruelmente, pagando esos inocentes con su sangre la que los Españoles habían derramado en la Conquista y después de ella.

Otro de estos sublimes soldados de Cristo, el Padre Cavarte, se internó por esas montañas, solo, en busca de almas que convertir al cristianismo. Le citan los historiadores de aquellas Misiones, Cassani y Gumilla. Este último dice, hablando de él: "Entró en Airico, 200 leguas de nuestras Misiones, á emplear su celo entre aquellas gentes; pero cuando reconoció la dureza y terquedad de ellas, junto con incesantes riesgos de morir á sus manos, no tuvo forma de retirarse, por falta de guía para tal camino, por lo cual insistió *nueve años* en su empresa, bautizando sólo á los pár-

(1) De los tres mártires, Beck, Fiol y Teobast, era el segundo Español, y los otros, Flamenco el uno y Alemán el otro. Según el Padre Cassani, todos tres eran hombres de buena familia, y el último erudito teólogo y profesor de literatura, muy útil en las cátedras del colegio de Santafé. Todos habían pedido con instancia que les enviasen á las Misiones. pues deseaban padecer por la fe de Cristo.

vulos y á los adultos en artículo de muerte. Pasado este tiempo tuvo oportunidad de volver á sus antiguas Misiones; pero yá para entonces no le había quedado otra ropa que una manta raída y destrozada de las que usaban los Indios del Nuevo Reino. Con este vestido, que apenas alcanzaba á cubrir su desnudez, después de grandes jornadas, fatigas y continuas hambres, porque sólo de frutas y raíces se mantenía, dió vista á una cabaña del territorio de Santiago de las Atalayas. Luégo que los dueños vieron aquellos bultos, y con arco y flechas al Indio que guiaba al Padre, creyeron que eran espías de los bárbaros Guahibos, que solían robar y quemar las casas distantes de las ciudades. Salieron al punto con sus escopetas, y les hubieran muerto á no haber gritado el Padre:

—Mire que somos cristianos!

No podemos cansarnos de admirar á aquellos hombres tan santos, y cuyos nombres son dignos de que se conserven en la memoria de nuestros hijos. Estos misioneros son verdaderos héroes, cuyo ejemplo sería provechosísimo entre nosotros, en donde olvidamos todo lo bueno y sólo sabemos alabar lo que brilla y es ruidoso: las armas, las charreteras, las victorias y el fragor de las batallas; y rara vez nos acordamos de los que han ofrendado su vida por el amor de Dios y el bien de la Humanidad.

EL APOSTOL DE CARTAGENA.

I

La provincia de Cataluña en España ha sido considerada por todos los historiadores y eruditos como la parte de la Península en que se ha conservado con más pureza la raza goda. Dicen, además, que la palabra Cataluña es corrupción de *Godo-Alano*. Los Catalanes se han manifestado siempre asaz orgullosos de su origen, y hacen lo posible por conservar sus privilegios como antigua nación anexada á la corona de Castilla, y además, tienen una rica literatura propia. Como se hallan vecinos inmediatos de Francia, de la cual apenas les separa la cadena de los Pirineos, los Franceses, que no han visto de los Catalanes sino las malas cualidades de los aventureros que frecuentan sus mercados, dicen que el Catalán tiene reunidos en sí todos los defectos, y ninguna de las virtudes de los habitantes de las vecinas provincias españolas. Aseguran, pues, "que es soberbio como el Castellano, testarudo como el Vizcaíno, interesado como el mismo Judas." Pero casi siempre los defectos no son sino las cualidades del alma, exageradas hasta el exceso; y si los Catalanes mal educados son por cierto soberbios, testarudos, porfiados é interesados, los de buena índole convierten esos defectos en grandes virtudes, y se han mostrado con frecuencia en la historia, en lugar de soberbios, llenos de dignidad; en vez de testarudos, firmes; si porfiados en el mal, también constantes en el bien, y si algunos se manifiestan interesados, en otros tiempos fueron los navegantes más audaces y los

traficantes del más indomable valor....El primer misionero que vino á América, según algunos cronistas é historiadores, fué un benedictino catalán, llamado Bueil, que estuvo en las Antillas. En pos de él fueron viniendo á convertir infieles gran número de frailes Dominicanos, Franciscanos, Mercedarios y Agustinos, notándose siempre entre éstos muchos Catalanes....Pero no es nuestro propósito hacer el elogio de los Catalanes, sino ocuparnos en la vida de uno de ellos, que en nuestro país hizo todo el bien posible como misionero.

Llamábase este santo varón Pedro Claver, y era oriundo del campo de Urgel en Cataluña, en donde había nacido, unos dicen que en 1581, y otros que cuatro años después. De familia hidalga y de poca fortuna, Pedro Claver estudió en el colegio de Jesuitas de Barcelona; tomó las primeras órdenes en el noviciado de Tarragona; se perfeccionó allí en la lengua latina y en la retórica; pasó á Gerona, en donde estudió á fondo literatura y la lengua griega; á los veinte años pasó á Mallorca, en donde debía continuar sus estudios para aprender á enseñar, en el colegio que con ese objeto tenían allí los Jesuitas. En Mallorca se ligó con estrecha amistad á un excelente jesuita, el Padre Alonso Rodríguez (que después fué beatificado), el que despertó en él gran deseo de pasar á las Misiones de Indias. Al cabo de tres años volvió á Barcelona, en donde se dedicó, por orden de sus superiores, al estudio de la teología en sus ramos más difíciles. No fué sino al cabo de dos años de arduos trabajos mentales, cuando al fin se le concedió permiso de pasar á las Indias como misionero, que era su más ardiente deseo. Según refieren sus biógrafos, el Padre Claver no quiso despedirse de sus padres antes de dejar á España, pues temía que la vista y el dolor que ellos le manifestaran por su separación le quitaran el valor para emprender su viaje. En aquel tiempo un viaje á las Indias era una empresa tan grave y tan peligrosa, que era preciso prepararse con la misma solemnidad con que se arreglan los negocios y la conciencia para pasar á mejor vida. ¡Cuánto más grave no sería este paso en el joven novicio, cuando llevaba la resolución de no volver jamás á su patria!

A pesar de lo mucho que había estudiado y traba-

jado en su santificación, el neófito de jesuita no creyó que tenía aún suficientes méritos para ordenarse, y se embarcó, sin haberse consagrado sacerdote, en Abril de 1610.

En Cartagena hizo muchos esfuerzos el Provincial de Lima para llevársele al Perú, pero él prefirió quedarse en el Nuevo Reino de Granada. En Cartagena permaneció pocos días, partiendo inmediatamente para Santafé: "camino largo, (1), desacomodado en lo que se navega el río, áspero en lo que se anda por tierra.... Venía en busca de trabajos, y fuéle consuelo dar á los primeros golpes en la mina.... Su alegría animaba á todos sus compañeros de viaje, su oficiosidad les descansaba, y les edificaba su virtud. Cuando salían á hacer noche en las playas, recogía los negros en las canoas para que les predicase un sacerdote...." Se gozaba, dicen sus otros biógrafos, en aliviar á los esclavos, y con gran paciencia y dulzura les enseñaba la doctrina y les daba lecciones de moral cristiana.

Desde aquel viaje por el Magdalena, en donde los esclavos bogaban día y noche como bestias de carga, el Padre Claver empezó á compadecerse de los negros; raza infeliz á quien miraban los Conquistadores con mayor desprecio que á los Indios. Estos últimos tenían, no obstante su desgracia, poderosos protectores; y desde el Rey de España para abajo había mucha gente que se condoliese de su suerte; pero los míseros negros eran considerados como vil mercancía que se compraba y se vendía según su calidad, y cuando yá no les necesitaban, les abandonaban á su suerte, sin socorro, sin abrigo y aun sin alimentos.

Desde que llegó el Padre Claver al convento de Jesuitas de Santafé, pidió que le señalasen los oficios más humildes de la casa para cumplirlos, en los cuales permaneció; sin que dejase de estudiar asiduamente durante los tres años de probación, que cumplió allí, y dos en el noviciado de Tunja, según los reglamentos de los Jesuitas, antes de ordenarse definitivamente.

(1) APOSTÓLICA Y PENITENTE VIDA DEL VENERABLE PADRE CLAVER DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, sacada de informaciones jurídicas, &c., por el Padre Josef Fernández. *Zaragoza*—1666.

II

El 19 de Marzo de 1616 la Compañía de Jesús, en Cartagena, solemnizaba la fiesta del Patronato de San José, y al mismo tiempo, habiendo sido consagrado sacerdote, celebraba el Santo Sacrificio de la misa por primera vez el venerable Pedro Claver, que yá era afamado por su caridad cristiana y grandes virtudes.

Hé aquí lo que era en aquel tiempo la ciudad de Cartagena, citando textualmente la descripción que hace de ella un biógrafo contemporáneo del bienaventurado Pedro Claver. (1)

"Sita la ciudad de Cartagena en altura de once á doce grados, la predominan calores excesivos sobre á cuantas tierras se habitan en las Indias. Cuatro meses, de Diciembre á Marzo, se reforman algo con una brisa general y fresca, respiración á los extranjeros hechos á más benigno cielo; miedo á los naturales, que abiertos los poros les penetra y traba, y castigo de montes y árboles vecinos á la costa que los seca. Ardiente todo el año, el sol siempre es dañoso, pero en los otros ocho meses no hace en aquella tierra oficio de sol, sino de fuego: á cielo abierto es insufrible, aun á la tolerancia de los Españoles, vencedora de todas inclemencias de climas peregrinos. Introducida la fuerza del calor á las piezas más defendidas de las casas, las pone como estufas en que perennemente suda la congoja. Relajándose los cuerpos andan descaecidos; póstranse las ganas de comer, y siéntense accidentes, que los no experimentados por nuevos en la tierra se sospechan heridos de grave enfermedad. Son estos meses abundantes de aguas, que encienden más el fuego, no bastando á templarle. De éste y de aquéllas resultan efectos al temor en los nublados espantosos que arman; al peligro en las enfermedades agudísimas que despiertan; á la penalidad en las molestísimas sabandijas que crían. Los nublados (tempestades) y más sobre noche, parece que amenazan el juicio con formidables true-

(1) APOSTÓLICA Y PENITENTE VIDA, &c., citada antes.

nos y llovedizos rayos que hieren y matan á muchos, y tienen feamente destrozadas las palmas de cocos, hermoso adorno de la ciudad, porque la gallardía misma con que suben á ganar más aire las pone al primer encuentro de sus iras. Las enfermedades varias y malignas, y como las causas extrínsecas de calor y humedad son tan destempladamente activas, en poca disposición intrínseca del sujeto prenden con fuerza y le traen á riesgo.

"Las sabandijas, aunque no sean de peligro, pero sin encarecimiento se puede afirmar que son la pensión más penosa que se carga á la paciencia. Enjambres de moscas y mosquitos, aquéllas importunas, éstos de varios géneros, y crueles todos, menuda y común plaga á que no es fácil cerrar los pasos, y hierve en todas partes, á los aguijoncillos con que hieren apenas hay defensa, porque son de sutileza de tan buen temple que no dobla en el reparo del vestido y pasa por él hasta buscar la sangre, pagando lo que chupa con lo que lastima y con las ronchas doloridas y envenenadas que levanta.

"Sobre todas estas incomodidades y molestias, de que es fecunda Cartagena, está fundada en suelo esterilísimo de alimentos y cosas necesarias á la vida humana: todo le entra de allende, y con las quiebras que hace el comercio, pendiente de la incertidumbre de tan largos y tempestuosos mares, suele faltarla todo; de manera que se da á sentir la carestía á los más ricos, inútil el oro y plata de sus cofres para alivio de su necesidad.

"Con todo eso, la que parece había de ser inaccesible al amor de la vida, tratable á la codicia es frecuentada de varias naciones y como lonja universal á donde se acude á contratar de todas partes. Obligan á esto los ríos de oro y plata que desembocan en aquel puerto, conducidos á él por cauces del contrato de todos los manantiales de las Indias. Por él entra y sale el comercio de México, del Perú, del Potosí, de Quito y de las islas adyacentes, y generalmente de todas aquellas regiones.

"Desembarcaron en este puerto innumerables negros, no como tratantes, sino como mercancía, en cuya compra y venta se negocia con aventajados intereses.

Ellos son los que llevan todo el trabajo de las Indias, así en el beneficio de las minas como en el cultivo de los campos. En el sudor y muchas veces en la sangre de estos miserables se baña lo que enriquece al mundo, y lo que sustenta á todos en aquellas partes. Van los mercaderes á comprarles á las costas de Guinea, Angola y otras tierras, donde les venden los que les cautivan en las guerras que hacen unos con otros, y les dan á precio de vino, aceite y bastimentos de que se carece por allá. El que más cuesta de primera compra, será valor de cuatro pesos, y en Cartagena se vende por doscientos y más. El gasto en llevarles es poco y la ganancia exorbitante. En el discurso de cada año son de diez á doce mil los que se traen, y en el de 1633 se vieron catorce navíos juntos en el puerto, sin otra mercadería que los negros, á 800 y 900 en cada uno." (1)

Fácil es concebir, cómo seria el trato que recibían esos desgraciados negros cuando sus amos sólo pensaban en traficar con ellos. Sus padecimientos eran casi increíbles. Llenos los navíos de aquel cargamento compuesto de cuerpos humanos, desnudos, presa de enfermedades horribles, con escasísimos alimentos, de tal suerte que muchos morían de hambre, sin más aire que el infecto que respiraban, envenenado por el aliento de los demás, pasaban así dias, semanas y meses, y allí morían muchísimos y nacían algunos! Los dueños de los negros no sabían muchas veces cuántos esclavos llevaban, y sólo se afanaban cuando la peste ó la viruela entraban en aquellas cuevas infectas, llevándose á gran número de éstos; pero no por eso les proporcionaban remedios, y solía suceder que los cadáveres en putrefacción permanecían largas horas encadenados á los vivos....Como dijimos arriba, no solamente morían en el fondo de los navíos infinidad de negros, sino que muchos nacían, y lo que es más extraño, se criaban en medio de los moribundos, respirando el ambiente fétido de aquellos lugares, y

(1) En 1787, dice un autor inglés, M. Cooper, que, según los cálculos más moderados, 10.000,000 de negros habían sido llevados por los Europeos á América. En 1860 un viajero, Du Chaillu, vió vender en un puerto africano á varios negros y negras en cambio de licor y armas de fuego.

alimentándose con la leche que les daban sus madres muriéndose de hambre!

En lo que menos pensaban los negreros era en convertir á sus esclavos, y si á veces les mandaban bautizar lo hacían por ceremonia no más y para cumplir con las órdenes que daban los Gobiernos europeos con respecto á ese particular. Los desgraciados iban persuadidos de que los blancos les sacaban de África para comérseles y teñir con su sangre las telas que fabricaban; y aun hoy día los negros piensan que los esclavos no sirven para otra cosa á los Europeos, pues ellos mismos son antropófagos y gustan mucho de la carne humana.

III

Desde antes de la llegada á Cartagena del venerable Padre Claver, vivía allí un santo varón, también jesuita, llamado el Padre Alonso de Sandoval, el cual, compadecido de los infortunios de los negros que arribaban al puerto, se había constituido en su protector: les buscaba en el fondo de los navíos, les amparaba, y llevaba remedios y alimentos, les atendía, instruía y bautizaba. Cada uno de los que recibían el agua del bautismo era inscrito por él, con su nombre y señales, en un libro que llevaba consigo y que le servía después para reconocer á los que visitaba en las haciendas y minas á donde iban á trabajar. Dícese que bautizó á más de 30,000 esclavos durante los siete años que estuvo ejerciendo este ministerio de caridad, pues no dejaba pasar ningún navío que no fuese á visitar para consolar y tratar de proteger á esos desgraciados. Al fin, anciano, débil y enfermo, de resultas de los muchos trabajos que se había impuesto, tuvo que abandonar su misión en manos de su discípulo el Padre Claver, y murió después de haber estado tullido en una cama dos años.

El Padre Claver, que había hecho voto de ser el esclavo de los negros, se llenó de júbilo al encontrar que yá estaba un tanto adelantada su obra y que otro trabajaba para llevar á cabo su idea. Declaróse, pues,

humilde discípulo del Padre Sandoval, y durante un año le acompañó de una parte á otra, ciñéndose, en los principios, tan sólo á imitarle, y nada más.

Una vez solo el Padre Claver, se dedicó con alma, vida y corazón á socorrer á los negros. Apenas surgía en el puerto algún navío cargado de negros, cuando no faltaba quien lo avisase al buen jesuita, noticia que él recibía como si se tratase de los seres á quienes quería más en el mundo. Informábase de qué parte de Africa procedía el navío, buscaba un intérprete, y, llevando medicamentos, frutas, alimentos frescos, agua pura y tabaco, se encaminaba al puerto. Sin que nadie le pudiese detener, aunque reinasen entre aquellos desgraciados las epidemias más contagiosas, penetraba sin miedo en la centina del navío. Allí, con manos piadosas y caritativas hasta lo sublime, él mismo levantaba y limpiaba á los enfermos, les daba de comer, cubría al desnudo con sus propios vestidos, acariciaba á los niños, y sin cuidarse del olor nauseabundo que se respiraba en aquellos lugares inmundos, les abrazaba, les miraba con ternura y les decía palabras de cariño, llamándoles sus hijos y pedazos de su corazón. Cuando era tiempo de desembarcarles, él se hallaba en la playa con el objeto de dar el brazo á los débiles, refrigerio á los necesitados, alzaba á los niños, y, dice su biógrafo: "á todos daba algún socorro, con un fervor de espíritu y con un amor tan entrañable, que ponía devoción en cuantos le miraban."

Para poder socorrer á tántos infelices, el Padre Claver vivía pidiendo limosna durante todo el año, y no excusaba andar personalmente de estancia en estancia solicitando algo para sus negros. Como para entender lo que querían y para instruirles en lo que deseaba, se necesitaba siempre algun intérprete, y los amos no prestaban de balde sus esclavos, veíase en la necesidad de pagar de su bolsillo el jornal de los negros que le acompañaban. Así fué que, apenas logró el dinero suficiente, lo dió á un traficante de negros para que le comprase tres esclavos fuertes y robustos de diferentes naciones que le ayudasen en sus faenas.

Ayudado por sus esclavos, y llevando siempre consigo un lienzo toscamente pintado que representaba de un lado á los negros perversos en el infierno, y del

otro á los buenos gozando de la bienaventuranza eterna, pasaba su vida catequizando á los esclavos, administrándoles auxilios corporales y espirituales, y corrigiendo á los negros cimarrones más salvajes é indomables. Protegía á los que eran mal tratados; curaba á los enfermos; á los desesperados les infundía resignación, y á todos instruía, alegraba y enderezaba. Esto no lo hacía ni por el deseo de que le aplaudieran, ni porque con ello ganara cosa alguna terrestre y visible: todo era por amor de Dios. ¿Por ventura habrá otra cosa que no sea la Religión, que inspire una abnegación semejante?

Cosa digna de que la cantase un poeta y la pintase un maestro eran aquellas visitas que hacía el Padre Claver á la plaza de mercado, llevando personalmente un cesto con el objeto de recoger las limosnas para auxiliar á sus negros: á una mujer pedía una fruta, á otra una legumbre, un pez, un bizcocho, un pan, y con semblante risueño atravesaba en seguida la ciudad y se dirigía á los lugares en donde tenían encerrados á los negros para venderles. A los tres negros que había hecho llevar de Africa para que le sirvieran de intérpretes, se le unieron cuatro más de diferentes naciones (hablando cada uno distinta lengua) que le regalaron con el mismo objeto. De éstos era, por cierto, un verdadero esclavo cuando enfermaban: les llevaba al punto á su propia celda y les ponía en su cama, donde les cuidaba y atendía hasta que sanaban ó morían. Aguantaba con santa paciencia cuanto á ellos se les antojaba, y sufría sin quejarse sus malos genios y sus frecuentes ingratitudes.

El Padre Claver era el cuidandero nato de todos los esclavos que enfermaban en la ciudad: les visitaba llevándoles bocados sabrosos y golosinas, y todos los días recorría las chozas y las casas en que sabía que alguien le podía necesitar. "Ni soles, ni lodos, ni aguaceros (dice su biógrafo), ni inclemencia alguna, igualmente molesta y peligrosa en aquella tierra, podían amedrentarle ó detenerle; por todo se hacía paso su invencible espíritu al beneficio de las almas."

No contento con lo que trabajaba de día, rogaba de noche al portero que le llamase si le buscaban de parte de algún enfermo. Abrigaba al desnudo con su propio

manteo, sacaba á los negros tullidos en sus brazos á que respirasen el aire, y sucedió que en más de una ocasión tuvieron que lavarle el manteo siete veces en un día, pues había servido de almohada, de asiento, de alfombra y de abrigo á los enfermos más asquerosos.

La epidemia de viruela fué espantosa de 1633 á 1634, y entonces fué por cierto maravillosa la caridad del Padre para con los negros que dejaban desamparados en las casas, por temor del contagio, ó que echaban fuera para que fuesen á morir lejos de ellas. No dormía ni de día ni de noche, olvidaba alimentarse, y su existencia entera estaba dedicada á cuidar, socorrer, aliviar y atender á los infelices. Si era posible salvarles la vida, les mantenía á costa de limosnas, hasta que se curaban; si morían, después de haberles ayudado á bien morir él con sus manos les amortajaba, les costeaba el entierro, celebraba misas por el descanso de sus almas y les acompañaba hasta el sepulcro.

Además de estos cuidados físicos procuraba, en todo lo que podía, moralizar á aquella turba de salvajes, semi-idólatras todavía y sin freno ninguno á sus pasiones; les reunía con cualquier pretexto; amonestaba y reprendia á los escandalosos, y con consejos y ternísimas palabras lograba á veces corregirles. Era tal el amor que le tenía la gente del pueblo en Cartagena, que cuando pasaba se le arrodillaban pidiéndole su bendición, y era tánta la influencia que ejercía sobre ellos, que decían que el día en que él les hablaba ó les miraba siquiera, eran afortunados en todas sus empresas, si eran lícitas, y se les echaban á perder, si no eran buenas. Le llevaban los niños de mal carácter para que les tocase, y con eso pensaban que cambiarían de genio, y si estaban enfermos sanarían. Si los amos trataban mal á los esclavos, el buen Jesuita se daba á la obra, y, ó se corregía el mal amo, ó él se daba sus trazas para que los maltratados pasasen á otras manos. Por darle gusto, muchos negros se apartaron del vicio, y los dueños les veían convertirse en personas racionales, trabajadoras, sumisas y cristianas. Visitaba asiduamente á los negros que se hallaban en las cárceles, pasaba con ellos largas horas, y sucedía que al salir dejaba á aquella gente, antes desesperada y energúmena, resignada con su suerte y deseosa de enmendarse.

Los domingos de cuaresma salía con una campanilla por toda la ciudad, escogiendo la hora en que sabía que los esclavos no tenían ocupaciones apremiantes. Al oir la campanilla iban saliendo de sus casas los negros, formaban procesión en pos de su protector, y cantando las oraciones que él les había enseñado, llegaban á la plaza de la Yerba, en donde les enseñaba la doctrina con una amabilidad, un cariño, una bondad tan angelical, que se ganaba todos los corazones.

¡Qué espectáculo tan tierno y curioso no sería aquél! el venerable Claver, vestido de negro, delgado, nervioso, lleno de unción y de entusiasmo, cuyos grandes ojos se llenaban de lágrimas fácilmente con la vista de los infortunios de los desdichados negros, con la cabeza inclinada, la frente alta y arrugada, la tez no muy blanca, la voz sonora y flexible, y en resumen, el aspecto agradable, aunque no bello. (1) En torno suyo veíase una turba de negros semi-salvajes, cuya tez hacía contraste con sus dientes de marfil, vestidos unos de inmundos harapos, otros con decencia; algunas negras con sus hijos en los brazos, otras bien peinadas y acicaladas; unos sentados en el suelo, otros arrodillados á sus piés, y los demás de pié frente al Misionero; todos atentos á su palabra, la que si no comprendían, nunca dejaban de acatarla como emanada directamente de la Divinidad. A los niños tomaba en sus brazos acariciándoles y llenando de orgullo á las madres; con su mano les enseñaba á santiguarse; á los más grandecitos hacía preguntas acerca de lo que antes les había enseñado; á los jóvenes decia:

—Cuidado, no pongas demasiada confianza en la juventud: con frecuencia los granos de yerba se secan y las flores no siempre tienen frutas.

A los ancianos repetía:

—Míra que la casa yá está vencida y pronto se arruinará; procura arrepentirte con tiempo.

Después de tales enseñanzas, que amenizaba con ejemplos á la altura de aquellas pobres inteligencias, les conducía á la iglesia de los Jesuitas, en donde rezaban todos el acto de contrición, y en séguida se sentaba

(1) "Viè du Venerable Père Pierre Claver," par le P. B. G. Fleurián, 2.° v., p. 225.

á escuchar las confesiones de aquellos infelices. Si estaban enfermos los negros, les hacía llevar en silla al confesonario, y él personalmente les sostenía en la barandilla de la comunión. En seguida él mismo servía un desayuno que hacía preparar para los débiles.

Varias veces en el año salía en misión á las estancias y haciendas de la provincia, recorriendo todas las chozas, oyendo las quejas, remediando los padecimientos é intercediendo por los esclavos. Jamás aceptaba en aquellas ocasiones albergue en la casa de los hacendados ni mayordomos, sino que, después de pasar el día catequizando y visitando á los negros, se recogía en el rancho del esclavo más desgraciado, durmiendo en el suelo, envuelto en su manteo.

Como los negros son tan amantes de los bailes, acompañando sus danzas con las músicas más ruidosas, el Padre Claver no los prohibía absolutamente, y decía que bien necesitaban esos infelices algun solaz después de tánto trabajar; pero ¡pobres de ellos si se propasaban y si sus bailes eran contrarios á la decencia! Siempre tenía quien le fuera á avisar, y al punto llegaba, y con santa indignación dispersaba á los delincuentes y rompía ó confiscaba los atambores y panderetas, las flautas y las vihuelas. El buen jesuita era la policía de Cartagena. Bastaba que se dijera:

"Viene el Padre Claver!" para que al punto cambiasen de maneras y de conversación; y merced al poder de su dulzura y amor, convertía á los rehacios y corrompidos, con asombrosa prontitud.

Había entonces en Cartagena dos hospitales: uno de los Religiosos de San Juan de Dios, que llamaban de San-Sebastián, y otro para los lazarinos y leprosos, dedicado á San-Lázaro. En ambos hospitales pasaba el Padre horas enteras consolando y atendiendo á los enfermos física y moralmente; pero el lugar que más le gustaba, después de haber cumplido con la misión que se había impuesto cerca de los negros, era el hospital de los leprosos. Su caridad con ellos no tenía límites, y ni una madre era más tierna al lado de su hijo doliente, que el padre Claver cerca de aquellos desgraciados enfermos. Como la iglesia del hospital estuviese destruída, él se propuso reedificarla, sin más auxilio que las limosnas que recogió para el efecto. Él mismo pre-

sidió á los trabajos de los albañiles y arquitectos, y hasta les ayudaba en lo que podía, llevándoles la comida, pasándoles agua para que se refrigerasen y alegrándoles con su conversación instructiva y bondadosa, hasta que tuvo la satisfacción de verla concluída.

Además de estos deberes impuestos por sí mismo, varias veces tuvo empleos engorrosos y difíciles en el colegio de los Jesuitas, que podían haberle quitado el tiempo que tenía dedicado á socorrer á los esclavos. Pero no fué así: su actividad y su celo suplían á todo, y nunca dejaba de hacer sus obras de caridad, ni tampoco abandonaba un momento sus deberes en la casa de su orden.

No obstante su humildad, tuvo que aceptar y cumplir la orden que le dieron sus superiores de hacer profesión de los cuatro votos, que es el grado más honroso de la Compañía de Jesus; grado que presupone no solamente una aquilatada virtud, sino mucha ciencia. En el momento de hacer estos últimos votos juró que en adelante sería "Pedro Claver, siervo siempre de los negros." *Petrus Claver Æthiopium semper servus;* en lo cual fundaba toda su vida y esperanza.

No solamente era el hombre más caritativo, como hemos visto, sino también sumamente instruido, convirtiendo á varios protestantes, y aun á mahometanos, por medio de su grande erudición y merced á citas de obras teológicas de autores aceptados por ellos como insignes controversistas de su propio credo. Desterrados de España muchos moros, se refugiaban, siempre que podían, en las Antillas, y traficaban con Cartagena los más acomodados, mientras que los pobres, cuando llegaban á caer en manos del Gobierno español, eran vendidos como esclavos en castigo de no haber obedecido á las órdenes de salir de los dominios de España. El Padre Claver ponía el mayor interés en convertir al cristianismo á aquellos desgraciados, y usaba siempre de tánta dulzura, y nunca de fuerza ni rigor, que se cuenta que por el espacio de veintidos años duró tratando de persuadir á un mahometano empedernido, hasta que consiguió su objeto. Con otro luchó treinta años, y al fin le convirtió, no sin que el Moro le hubie-

se dejado de insultar cada vez que se hallaba con él, en tanto que el Santo trataba de hacerle todos los servicios que podía, asistiéndole cuando enfermaba, vistiéndole y socorriéndole. Vencido al fin por la paciencia y bondad del Padre Claver, un día el Moro le mandó llamar pidiéndole instrucción y bautismo.

Innumerables fueron las conversiones que hizo de pecadores viciosos, de personas desesperadas á quienes consoló, los matrimonios que, desbaratados, volvió á unir, las muertes que impidió, las injusticias que reparó. En resumen, su vida está repleta de obras tan verdaderamente cristianas, en el sentido más lato de la palabra, que si quisiéramos mencionar aunque fuera una parte de ellas, nos sería preciso escribir un volumen entero.

Cartagena, la ciudad más importante tal vez de todas las colonias, por su activo comercio, la riqueza de sus habitantes y la multitud de extranjeros que concurrían á ella sin cesar, era también una ciudad muy corrompida y escandalosa; pero los cuarenta años que vivió allí el Padre Claver, según los autores contemporáneos, fueron una verdadera bendición para ella, porque procuraba siempre corregir sus vicios. Respetado, querido, considerado por todos, el Padre Claver era conocido en todas las Américas. "Los generales de las armadas (dice el Padre Fleurián), los comandantes de las flotas y todas las personas más distinguidas iban á visitarle apenas llegaban á Cartagena, y nada emprendían sin suplicarle que les ayudase con sus oraciones, pidiéndole que rogase por ellos al emprender marcha.... Los eclesiásticos y sacerdotes le consultaban en los casos de conciencia más trabajosos, y escuchaban sus decisiones como si fuesen oráculos."

No solamente los negros, sino hasta las personas del más alto rango, imploraban su bendición cuando le encontraban en las calles y plazas públicas. Los niños le seguían en la calle, deseosos de obtener aunque fuese una mirada, cantando una canción que concluía con estas palabras:

Por un Claver, Dios conserva á Cartagena.

Al fin, en 1650 la peste visitó todo aquel litoral, y atacó á los habitantes de Cartagena con una

furia singular. El Padre Claver no vivía, nó respiraba, sino que sin cesar visitaba los enfermos, recorría los pueblos cercanos, visitaba los caseríos, y como ni comía ni dormía, al fin enfermó también y le atacó la epidemia. Afligióse muchísimo, no porque temiese morir, sino porque decía que estando enfermo no podría volver á servir en un tiempo en que tánto se necesitaba atender á los afligidos. Aunque estuvo en toda extremidad, nó murió por entonces, pero tampoco llegó á curarse jamás, pues no pudo volverse á poner en pie ni á hacer uso de sus manos. Sin embargo, se hacía llevar á la iglesia, y allí se ocupaba en amonestar, aconsejar y confesar á cuantos se presentaban; y aun pudo bautizar á una multitud de negros casi feroces que llegaron á Cartagena, después de haberles instruído cuidadosamente.

Viendo, sin embargo, que su salud empeoraba, quiso despedirse de los enfermos del hospital de San-Lázaro, á donde fué llevado, atado á un caballo y cabestreado por un negro. Despidióse con lágrimas de sus favoritos los leprosos, y volviendo á la casa de la Compañía, no pudo volver á salir de ella. Como sucede siempre en este mundo, la Humanidad es inconstante y la popularidad se acaba, si no es útil yá. Una vez enteramente tullido el Padre Claver, y condenado á no salir nunca de su celda, los Cartageneros le olvidaron, sus mismos correligionarios no se acordaban de él, y entregado en manos de algunos negros brutales que le trataban mal, ni siquiera le llevaban los alimentos necesarios, ni aseaban el aposento nunca, ni obedecían al Santo, sino cuando lo tenían á bien. Así, rodeado de inmundicias, de mosquitos, de calor y de abandono, pasó los últimos cuatro años de su vida, sin quejarse jamás ni hablar de sus sufrimientos: al contrario, los bendecía, porque así podía ejercitar su paciencia inagotable. Sin embargo, dos mujeres, las señoras de Urbina, personas de categoría en Cartagena, le socorrían y mandaban llevar lo que necesitaba. Algunas veces lograba que le llevasen á la iglesia á cumplir con sus deberes religiosos, lo cual yá le costaba trabajo. Un día, al pasar por la sacristía, dijo al sacristán:

"Voy á morir. ¿Quiere usted algo para la otra vida?"

Y así sucedió. A la mañana siguiente le hallaron sin habla y agonizante. Apenas se tuvo noticia de este acontecimiento en Cartagena, cuando en todos los corazones revivió el entusiasmo que habían tenido por él. Agolpóse la gente á la casa de los Jesuitas; clamaban las mujeres, lloraban los niños, suspiraban los hombres, y por todas partes no se oían sino estas palabras angustiosas:

"Que se muere el Santo!....que se muere!"

Una multitud de gente penetró entonces, sin que pudieran impedirlo los Jesuitas, hasta la pobre celda del moribundo: de rodillas delante de él gritaban todos, pidiéndole que no les abandonase, pues perdían en él su protector y su padre. Al cabo de una larga pero no dolorosa agonía, murió el martes 8 de Septiembre de 1654, día de la Natividad de Nuestra Señora, á los 73 años de edad, después de haber permanecido en la Compañía de Jesús 54 años y en Cartagena 41, haciendo el bien sin cesar. Cuando espiró, Cartagena entera vistió luto, y los negros principalmente se consideraron huérfanos y desamparados. Las exequias y los honores que le hicieron fueron espléndidos; pero se dice que nunca se han vertido tántas lágrimas en Cartagena como el día que exhibieron el cadáver en la iglesia de los Jesuitas. Los negros, con aquella vehemencia é impresionabilidad que les distingue, estuvieron á punto de hacer pedazos la mortaja y el cajón para conservar reliquias, y fué preciso usar de la fuerza para poderlo apartar de la multitud acongojada y sepultarlo.

Por decreto del Santo Padre Benedicto XIV, fué beatificado el Venerable Padre Pedro Claver, y declarado Apóstol de las Indias Occidentales, en 1747, como San Francisco Javier lo fué de las Indias Orientales.

LOS BAQUIANOS.

En todas las historias de la conquista de la América Española, se menciona á cada paso á los *baquianos*, los cuales formaban la vanguardia de todas las expediciones conquistadoras. ¿Cuáles eran los deberes de aquellos hombres? "La definición de un baquiano, dice Acosta, es demasiado característica de la época para que pueda omitirse; la daré con las mismas palabras del P. F. P. Simón: "Son los baquianos los que "aconsejan á propósito, rastrean, caminan y no se can- "san, cargan lo que se ofrece, velan, sufren el hambre, "la sed, el sol, agua y sereno, saben ser espías, centine- "las perdidos, echar emboscadas, descubrirlas y seguir- "las, marchar con cuidado, abrir los caminos; no les "pesan las armas ni huyen del trabajo; buscan y cono- "cen las comidas silvestres. Hacen la puente y el ran- "cho, el sayo de armas, la rodela y el alpargate. Pelean "al uso de aquellas guerras, sin que les dé terror y es- "panto el horrendo y repentino són de los fotutos, voces, "algazara, tristes aullidos y confusos gritos de los Indios "al primer ímpetu de la *guazabara*, y lo que es más, "no están sujetos á enfermedades y llagas de chapeto- "nadas, como los visoños ó *chapetones*, los cuales, "aunque no les falte tánto ó más ánimo que á los "baquianos al momento de pelear, mientras no lo son, "aciertan lo menos y yerran lo más."

No emprendía marcha ninguna expedición, sin llevar consigo algunos de estos hombres semi-salvajes ó cuasi-civilizados, los cuales conocían todos los climas

y sabían evitar los peligros, y cuando llegaba á faltar todo alimento conocido, sabían encontrar al menos las plantas que no eran nocivas. Vivían meses enteros, si era necesario, perdidos en las montañas tropicales, manteniéndose con hojas de *bihao* (1), tallos tiernos de hobos sancochados, bledos, verdolagas y otras plantas más ó menos impropias para alimentar á hombres de armas que necesitaban adquirir fuerzas para luchar con una Naturaleza enemiga de todo ser civilizado, pero que siquiera comiéndolas no se morían de hambre.

Entre los baquianos de más fama en la Conquista apenas mencionaremos á Cardoso, Céspedes, San-Martín, Juan de Orosco, Limpias y otros, de ellos algunos con el apellido Martín, los cuales nombraremos aquí de paso. El primer Español (baquiano de la expedición descubridora de Balboa que se embarcó en el Océano Pacífico) se llamaba Alonso Martín. Otro del mismo nombre y apellido fué uno de los baquianos más experimentados de la conquista del Nuevo Reino de Granada. Francisco Martín, también baquiano de la tropa de Alfínger, se hizo notable por haber vivido largos años entre los Indios de las márgenes del lago de Maracaibo. Con Gonzalo Jiménez de Quesada subió al Nuevo Reino un Diego Martín Inhiesta; y Castellanos y Piedrahita hablan de un Lorenzo Martín, que fué conquistador y fundador de la ciudad de Tamalameque y considerado como famoso poeta. En las contiendas con los Indios de Santa-Marta, se lució un Pedro Martín. Fray Pedro Simón refiere cómo un Juan Martín de Albajar fué cautivado por los Indios del Orinoco; y que, perdonado por el Cacique cuando le iban á matar, cayó después tan en gracia á aquel salvaje, que nada se hacía sin su beneplácito, y llegó á tal extremo su privanza en aquella *corte*, que acabó por

(1) "Es el *bihao* dicho, cierta planta
Que por lugares cenagosos sale
Como plátano blando, mas no tánta
Su grandeza que con la dél iguale;
Es su cogollo cebo de garganta
Del que no tiene con que la regale;
Comida triste, floja, desabrida,
Y más cuando sin sal está cocida.

CASTELLANOS.—VARONES ILUSTRES DE INDIAS.

ser el verdadero Gobernador de ella. Sin embargo, cansado al fin de la vida de los bárbaros, abandonó la tribu y fué á dar á Santafé de Bogotá, en donde acabó sus días. La muerte trágica de otro baquiano, llamado Esteban Martín, ha sido referida por varios cronistas; pero entre todos el tipo más curioso y característico es el de Blasco Martín, cuyos hechos refieren largamente fray Pedro Simón, Castellanos y Piedrahita.

Blasco Martín había nacido en España, en un lugar llamado Cabeza-de-buey. Pasó á Santa-Marta muy al principio de la Conquista, y en las guerras con los indígenas de aquella provincia adquirió tan cabal conocimiento de las costumbres de las diferentes tribus, que era yá más astuto y más diestro en toda clase de ardides y sorpresas que los mismos salvajes. Como por instinto, encontraba camino y salida por todas partes, y los bosques más enmarañados eran para él caminos reales. Tenía tal memoria de las localidades, que se acordaba de todo lugar por donde una vez había pasado, con una asombrosa seguridad, sin equivocarse jamás, y no le aventajaba en instinto el perro más fiel. Desgraciadamente, era tan bronco é ignorante de los usos del mundo, que, á pesar de sus manifiestos talentos, su audacia y su valor, la falta completa de educación no le permitió, como sucedió con otros baquianos, salir de la clase de soldado.

Era íntegro, poco codicioso (cosa rarísima en su tiempo y en el nuéstro), sabía manejar con perfección todas las armas, tanto á pie como á caballo, y jamás le vieron vacilar ni dejarse vencer por el enemigo. No obstante los peligros en que se vió, nunca se dejó herir, ni enfermó en lugares en que todos sus compañeros estaban postrados. Era hombre de genio arrebatado, pero generoso, pronto á montarse en cólera y también á perdonar y arrepentirse.

Iba una vez como baquiano de una expedición que llevaba grandes rebaños de Venezuela para el Nuevo Reino de Granada, y muy al principio de la jornada, estando una tarde ocupado en labrar unas alpargatas á la sombra de un caucho, se le acercó un joven que las daba de soberbio y valiente, y empezó á reconvenirle agriamente, sin respetar sus canas ni sus años, que yá para entonces tenía muchos. Al principio

Blasco no contestó al atrevido joven, sino aconsejándole con buen modo que le dejara tranquilo; pero esto parece que exasperó al imprudente, y levantaba la voz más y más, hasta que, impacientado el bàquiano con las injurias con que el otro le colmaba, se levantó de repente como un león, y sacando de la cubierta un cuchillo que siempre llevaba al cinto, se ló hundió en el corazón al desgraciado mancebo, dejándole muerto en el sitio.

Sus compañeros quisieron prenderle y llevarle preso por aquella muerte; pero Blasco se deslizó de entre las manos de todos, é internándose en la montaña más cercana, solo, por veredas que nadie conocía, desafiando la intemperie, el hambre y las fieras que poblaban aquel país, y huyendo de los Indios salvajes que odiaban de muerte á los blancos, sin más armas que su cuchillo, caminó cien leguas sin salir á ninguna población, hasta llegar á Santafé, en donde se presentó en el acto á la autoridad, pidiendo que le juzgasen por lo que había hecho. Una conducta tan recta, una audacia tan grande, unida á la fama que tenían sus anteriores proezas, obligaron á los jueces, que comprendieron que el homicidio había sido impremeditado, á perdonarle y dejarle en libertad.

Poco después Blasco Martín se retiró definitivamente al Valle-Dupar, en donde le habían dado un pobre repartimiento de Indios, en premio de los muchos servicios hechos á la Conquista, y allí murió muy anciano, no sabemos en qué fecha.

OTROS CONQUISTADORES,

DE

SEGUNDO Y TERCER ORDEN. [1]

AGUAYO (GERÓNIMO DE).—Era natural de Córdoba en Andalucía. Se enganchó en Santa-Marta en la Expedición conquistadora acaudillada por Gonzalo Jiménez de Quesada, é hizo en ella todas las campañas que dieron por resultado la conquista del Imperio Chibcha. Bajó con Quesada á la Costa, tornó á subir al Nuevo Reino de Granada, acompañando á Gerónimo Lebrón, en 1540, y tomó servicio bájo las banderas de Gonzalo Suárez Rondón. Este caudillo le mandó que fundase una ciudad que llamó Málaga, en tierras de los Indios Chitareros y no lejos de la quebrada de Tequia. Esta localidad, fundada en 1541, fué desamparada á poco por los Españoles; pero después revivió con el nombre de Tequia, y aún subsiste. También hay una pequeña ciudad llamada Málaga en el departamento de García-Rovira (Estado de Santander), pero ésta fué fundada en 1691 por el presbítero Tomás de Ayala. Posteriormente Aguáyo tuvo repartimiento de Indios en los alrededores de Vélez; mas era tal su codicia que, dice Piedrahita, jamás estaba satisfecho con ninguna cantidad que le dieran sus tributarios. A consecuencia de sus injusticias y exigencias, se levantaron en armas todos los pueblos de aquellas comarcas; re-

(1) Hemos pensado que se facilitaría el conocimiento de la persona de cada uno de estos conquistadores, haciendo una lista por orden alfabético.

belión que dió mucho trabajo á los conquistadores, y no se pacificó sino al cabo de años de combates. Estableciόse Aguayo después en Tunja, y trajo al Nuevo Reino las primeras semillas de cereales que se conocieron en el país.

AGUILAR (ALONSO DE).—Era natural de Inhiesta, en España: vino con la tropa de Quesada. Se avecindó en Vélez, en donde casó con Catalina de Robles. Fué encomendero de Coaza, y se ignora si dejó descendientes.

AGUIRRE (DOMINGO, VASCONGADO).—Conquistador de la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada. Se halló en todas las campañas y en las fundaciones de Santafé de Bogotá y de Tunja. Se radicó en esta última ciudad, y fué dueño de las encomiendas de Tópaga. Casó con doña Ana Maldonado y no tuvo hijos. Al morir dejó de albacea al cronista Juan de Castellanos, cura de Tunja, y le obsequió con los manuscritos que tenía, en que relataba sus campañas; lo cual sirvió mucho al cronista para escribir sus "Elegías de varones ilustres de Indias."

AGUIRRE (MARTÍN DE).—Vino al Nuevo Reino de Granada y tuvo parte notable en la conquista de la provincia de Tunja. Se estableció en dicha ciudad, pero no se tiene otra noticia de él.

ALBARRACÍN (ESTEBAN DE).—Fué soldado de don Pedro Fernández de Lugo desde 1535, y después descubridor y conquistador con Quesada. Fué uno de los fundadores de Tunja, en cuyo distrito tuvo encomienda. Era dueño de una venta que llevó su nombre y que aún subsiste.

ALCALÁ (JUAN DE).—Apenas sabemos que fué conquistador de la tropa de Quesada, y que se estableció en Santafé de Bogotá.

ALMARCHA (SEBASTIÁN DE).—Subió al Nuevo Reino de Granada en la expedición de Federmann. Fué uno de los primeros Alcaldes mayores de Santafé, y después pasó á Tunja, en donde se avecindó.

ALCOCER (HERNANDO DE).—Era natural de Jaén, en Andalucía. Sirvió primero en Venezuela y se enganchó con Alfinger, descubriendo con él gran parte del Norte de Colombia, y de regreso á Venezuela tomó servicio bajó Federmann, en cuya expedición vino por los Llanos á Santafé. Ayudó á fundar las ciudades de Pamplona, Tocaima, Ibagué y Mariquita. En unión del Capitán Olalla abrió el camino de Honda á la Sabana y puso recuas de mulas en la parte doble, carros en la Sabana y barcos en el río Magdalena. Fué encomendero de Bojacá, Pasquilla, Sasaima, Chaquisaque y otros lugares. Casó con doña Guiomar Sotomayor, y segunda vez con una hija de Isabel Galiano, hermana del fundador de Vélez. Después de una vida muy agitada, como no tuviese hijos que le heredasen, dejó sus cuantiosos haberes á un sobrino, Andres de Piérola, con la condición de que se casase con su viuda, lo cual se llevó á cabo.

ALEMÁN (JUAN NICOLÁS).—Vino al Nuevo Reino con Federmann, y se estableció en Tocaima; años después encontramos que una hija suya se casó con un flamenco llamado Matías Esporquil.

ALONSO (JUAN).—Fué Conquistador de los de Quesada, y se estableció en la ciudad de Vélez.

ALDANA (LORENZO DE).—Este Conquistador era extremeño. Desde joven pasó á Guatemala, y en 1534 llegó al Reino de Quito con don Pedro de Alvarado. Á órdenes de Pizarro militó en el Perú, y bajo Almagro estuvo en Chile; y habiendo vuelto al Perú militó en el partido de Almagro contra los hermanos de Francisco Pizarro, hasta que, indispuesto con aquél, se pasó á las banderas del Marqués. Este le envió en 1538 á que fuese á vigilar á Belalcázar en su gobernación de Popayán; pero como, al llegar á esta ciudad, yá Belalcázar iba de marcha para España, Aldana se declaró Gobernador en nombre de Pizarro, y atendió á varias expediciones conquistadoras por el valle del Cauca. Acompañó á Vaca de Castro en sus campañas en el Ecuador y el Perú. Tuvo parte en la deposición del Virey Blasco Núñez de Vela, en 1544, pero no tomó el partido de Gonzalo Pizarro, sino que

se retiró á una encomienda que tenía en Jauja. Nombrado por Gonzalo Pizarro para que con don Pedro de Hinojosa se entendiese con La Gasca, Aldana abandonó decididamente el partido de Pizarro y tomó el del Rey, obteniendo, después de sufocada la rebelión de Pizarro, ricos repartimientos que le producían más de cincuenta mil pesos de renta. Fué hombre moderado, prudente, y siempre que pudo proteger á los indígenas lo hizo. Murió, según se cree, en Arequipa, en 1571, y dejó en sus disposiciones testamentarias legados para proteger y sustentar Indios pobres y valetudinarios. Refiere don Manuel de Mendíburo (*Diccionario Histórico-Biográfico del Perú*) que, como Aldana era muy rico y no tenía hijos propios, se le presentaron dos jóvenes Españoles, parientes suyos, pidiendo que les protegiese. Aldana les ofreció diez mil pesos para que trabajasen; pero ellos rehusaron recibirlos, porque dijeron "eran caballeros y no podían degradarse en el trato mercantil."—"Si tan caballeros, para qué tan pobres? exclamó el Conquistador; y si tan pobres, para qué tan caballeros?" Con esto les despidió, y no les dejó nada en su testamento, legando toda su cuantiosa fortuna á obras pías y hospitales.

ALDERETE (N.).—Llegó al Nuevo Reino en la tropa de Federmann, y ayudó á fundar á Tunja, en donde se estableció.

ÁLVAREZ DE ACUÑA (FRANCISCO).—Soldado de la tropa de Federmann. Se radicó en Santafé de Bogotá.

AMPUDIA (JUAN DE).—Teniente de Belalcázar. Fué uno de los conquistadores más feroces y audaces de que hablan las crónicas de la época. Había sido conquistador de Nicaragua, en donde tuvo la nota de ser muy cruel con los aborígenes. Habiendo pasado al Reino de Quito, en la expedición de Alvarado, se quedó allí al lado de Belalcázar, quien le nombró su Teniente general. En 1535 aquél le mandó con una expedición á descubrir nuevas tierras por la provincia que llamaron de los Pastos. Ampudia ayudó á descubrir gran parte de lo que hoy día es Estado del Cauca, distinguiéndose en todas ocasiones por sus hechos de in-

humanidad con los indígenas. Después de haber acompañado á Belalcázar al Nuevo Reino, regresó á Popayán, en donde se ocupó durante algunos años en reñidas contiendas con los antropófagos Paeces y Yalcones. Estando de Gobernador de Popayán, por ausencia de Belalcázar, fué muerto en una reñidísima batalla, á manos de los Yalcones, en 1541.

AÑASCO (PEDRO DE).—Fundador de Timaná en 1540. Murió sacrificado por los indígenas.

ANGULO (CRISTÓBAL).—Hizo las campañas conquistadoras de Venezuela, con Gerónimo de Ortal, y después se enganchó con Federmann, y con éste vino al Nuevo Reino. Se avecindó en Vélez.

ARANDA (FRANCISCO DE).—Vino en la expedición de Federmann, y después pasó á Vélez, en donde le dieron repartimiento.

ARANDA (PEDRO DE).—Llegó con el anterior, y se cree que era hermano suyo. Fué uno de los fundadores de Vélez, en donde acabó sus días.

ARELLANO (ALONSO RAMÍREZ DE).—Capitán en la tropa de Federmann. Era natural de Villeseusa de Haro. Concurrió á la fundación de Vélez y ayudó á reducir los Indios de aquella provincia, en donde tuvo encomienda. Fué como Capitán de Infantería en la expedición de Quesada, en busca del Dorado, y se ahogó en un río. Fué casado con Juana Franco, y sus dos hijos murieron á manos de los Indios Yareguíes, á quienes trataban de reducir.

ARÉVALO (JUAN DE).—Entró en el país con Belalcázar, de quien se dice que era pariente. Fué el primer Alcalde ordinario que tuvo Santafé de Bogotá, y le dieron las encomiendas de Tibaguyas y Calembaima.

ARIAS (FRANCISCO).—Vino con Belalcázar del Perú, y fué encomendero de Sora.

AVENDAÑO (JUAN FRANCISCO).—Conquistador de la provincia de Cubagua; pasó después al Perú, y vino al Nuevo Reino como Alférez de á ca-

ballo de Belalcázar. Después de concurrir á la fundación de Tunja, le dieron las encomiendas de Suta, Gámeza y Tinjacá.

AVELLANEDA TEMIÑO (JUAN DE).—Era natural de Villa-Fría, en España. Pasó á Venezuela muy al principio de la Conquista y militó con Gerónimo de Ortal en la expedición al Orinoco, y después con Federmann, hasta llegar á la sabana de Bogotá. Debía de ser persona considerada entre los Conquistadores, porque le hicieron varias veces Alcalde ordinario de Santafé. En 1554 Avellaneda pidió licencia al Oidor don Francisco Briceño (que entonces gobernaba el país) para ir á conquistar las naciones indígenas de los Llanos, por donde él había pasado en los años anteriores con Federmann. A la cabeza de setenta hombres de armas, animosos y denodados, emprendió marcha, llevando la misma vía que habían tomado los de Venezuela; y después de pasar indecibles trabajos en guerras con los Indios y las fieras, los climas mortíferos y las inundaciones, al fin arribó á un sitio, no lejos de un río llamado Guape, que Federmann había llamado la Fragua, y allí se detuvo con el objeto de fundar una ciudad, la que bautizó con el nombre de San Juan de los Llanos; población que después fué desamparada, y no se sabe con certeza en qué punto existió. (1)

El Capitán Avellaneda se avecindó en Ibagué; pero aunque fué casado no dejó hijos varones.

AYALA (ANDRÉS DE).—Conquistador entre los que vinieron con Federmann, de Venezuela. Fué encomendero y vecino de Tunja.

BERMÚDEZ (ANTONIO).—Vino á Cartagena con don Pedro de Heredia; y de allí pasó á Santa-Marta, tomó servicio con Quesada y subió al Nuevo Reino con él. Concurrió á la fundación de Tunja y fué uno de sus primeros Regidores; fué Alcalde ordinario y

(1) "Hay un paraje más allá del Ariare, entre este río y el Güijar, llamado San-Juan, el cual puede ser acaso el primer asiento de la ciudad de San-Juan de los Llanos, fundada en 1555 por Juan de Avellaneda."

GEOGRAFÍA DEL ESTADO DE CUNDINAMARCA,—por Felipe Pérez.

Procurador general en Santafé, y habiendo participado en la fundación de la ciudad de los Remedios (Antioquia), fué Corregidor allí.

Fué encomendero de Ubaté, Suta y Tausa, y después, de Chivachí (Choachí), que era pobre repartimiento, porque apenas contaba doscientos indígenas. Nombrado Contador de Cartagena, se casó allí, pero no tuvo descendencia legítima.

BERNAL (CRISTÓBAL ORTIZ).—Vino al Nuevo Reino de Granada con la expedición conquistadora y prestó señalados servicios en toda la campaña. Diéronle como recompensa la encomienda de Sesquilé, en donde se radicó después de su matrimonio con doña Ana de Castro, y dejó numerosa familia. Este conquistador labró á su costa una ermita que llamó *Las Nieves*, en el barrio de Indios de Santafé de Bogotá; pero no fué convertida en parroquia sino en 1583, por voluntad del Arzobispo Zapata. El primer cura de las Nieves se llamó Francisco García, y doña Francisca de Silva Collantes donó la plazuela que da frente á la iglesia.

BOLEGÁN (PEDRO FERNÁNDEZ).—Soldado de la tropa de Federmann. Vivió en Tunja.

BRAVO DE RIVERA (PEDRO).—Conquistador entre los que vinieron con Quesada. Fué encomendero de Chivatá (Estado de Boyacá).

BRAVO (N.).—Soldado raso. Murió á manos de los Indios Muzos, después de haber peleado en todas las campañas desde Santa-Marta hasta Bogotá.

BRICEÑO (PEDRO).—Vino con Quesada, y como era hombre culto é íntegro, tuvo el destino de Tesorero de Hacienda de Santafé, hasta que se le ocurrió acompañar á Pedro de Ursúa á Santa-Marta, en 1552. De allí siguió al joven conquistador al interior de la provincia, y murió de resultas de las heridas que recibió en el famoso combate de los Pasos-de-Rodrigo. Se había casado con la viuda de Jorge Robledo, doña María de Carvajal, la cual casó en terceras nupcias con el Oidor Francisco Briceño.

BURGUEÑO (JUAN).—Soldado de la expedición de Belalcázar.

CABEZÓN (GARCÍA).—Hizo varias campañas con los conquistadores de Venezuela, y venido al Nuevo Reino con Federmann, se estableció en Santafé.

CABRERA (JUAN DE).—Oficial de la tropa de Belalcázar. Se hizo notable en la conquista de lo que hoy día compone el Estado del Cauca y el alto Tolima. Fué Maese de Campo del Virey Blasco Núñez de Vela, y murió en la batalla de Añaquito, combatiendo contra la insurrección de Gonzalo Pizarro.

CALVETE (GARCÍA).—Valiente y briosísimo soldado de Federmann, que se avecindó en Vélez.

CÁCERES (N.).—Soldado de la expedición de Quesada. Se avecindó en Tunja, pero no tuvo sucesión.

CAMACHO ZAMBRANO (BARTOLOMÉ).—Era extremeño, natural de Villa-Franca. Vino á Santa-Marta como soldado, y se ejercitó en aquella provincia en las guerras con los naturales. Se enganchó en la expedición de Quesada. Refieren los cronistas un rasgo de singular audacia de este conquistador. Yendo por las orillas del río Magdalena, alcanzó á ver á la otra banda del río una canoa con bastimentos, y como la tropa española se moría de hambre, resolvió apoderarse de la canoa por sí sólo, para no arriesgar la vida de otros. Se arrojó á nado y atravesó la corriente, y atacando á los Indios, sin miedo de las armas con que se defendían, logró cogerles uno á uno, atarles, y tomando los remos, volver á su campamento, llevando provisiones para algunos días. Fué fundador y poblador de Tunja, en donde casó con doña Isabel Pérez; no dejó, sin embargo, sino cuatro hijas, una de las cuales fué casada con Pedro Niño, y dejó larga descendencia.

CARO (BENITO).—Soldado de Quesada; no se tiene otra noticia de él.

CARO (LUIS).—Vino con Federmann. Tampoco se sabe qué fué de él después. Se infiere que murió en una de las sangrientas luchas con los indígenas de Vélez.

CARRIÓN (PEDRO RODRÍGUEZ DE).—En las crónicas contemporáneas se dice que aquél era nombre fingido, siendo su nombre verdadero *Sancho Rodríguez Mantilla de los Ríos*. Se llamó Carrión por ser oriundo de aquel pueblo en España. Fué uno de los conquistadores subalternos que más se distinguieron por su genio emprendedor y activo. Habiéndose establecido en Tunja, fué el introductor y propagador de las yeguas de cría en aquella provincia, las cuales consiguió por medio de su sobrino don Antonio de los Ríos, cura de Barquisimeto, en Venezuela. No dejó sino dos hijas ilegítimas y una sobrina, las cuales heredaron sus cuantiosos bienes y fueron las fundadoras del convento de la Concepción de Tunja, siendo Catalina, Beatriz y María de los Ríos las primeras monjas. Carrión murió en Cartagena, en 1575, yendo de viaje para España.

CASAS (FRAY DOMINGO DE LAS).—Este respetable misionero parece que vino de España á nuestras costas en 1533. Aunque se ignora quiénes fueran sus padres y cuál la posición que su familia tuviese en su patria, se cree que era hermano ó pariente cercano del famoso fray Bartolomé de las Casas, "*el Apóstol de las Indias*." Fray Domingo se había graduado en Salamanca y pertenecía á la orden de Predicadores. Después de servir algunos años en la Costa, participó en la expedición de Quesada, y en unión del otro Capellán de la empresa, - el doctor Segaspés, - se ocupó asiduamente en catequizar y bautizar á los indígenas del Imperio Chibcha. Fray Domingo dijo la primera misa en Santafé de Bogotá, el 6 de Agosto de 1538, y los toscos ornamentos que usó aquel día se exhiben en la Catedral de la ciudad cada año, el 6 de Agosto. Después de la misa, Las Casas recogió una fuerte suma de oro para fundar una capellanía para que se dijesen misas por las almas de los Conquistadores que habían muerto durante el viaje. Desgraciadamente aquella suma cayó en manos de Quesada, quien la gastó, y aunque en su testamento mandó que se fundase la capellanía, como murió adeudado, no se sabe si se cumplió. Nuestro misionero regresó á España, muy enfermo, en 1539, y en Sevilla murió al cabo de

algunos años, sin haber podido recuperar su salud quebrantada. (1)

CARTIL-BLANCO (N.)—Soldado de la tropa de Quesada. Se radicó en Vélez, y allí vivió y murió pobremente.

CASTELLANOS (JUAN DE).—Baquiano de la Expedición de Quesada. Después de haber concurrido á la conquista del Nuevo Reino, volvió con Quesada á la Costa, y de allí á Santa-Marta. Subió nuevamente á las altiplanicies como baquiano de la tropa de don Luís de Lugo, prestándole servicios importantes. Regresó á Santa-Marta con Ursúa, y se cree que perdió la vida en la batalla de los Pasos-de-Rodrigo, en 1551 (2)

CASTRO (ANTONIO).— Este conquistador pasó de España á Santa-Marta en 1535, y sirvió en aquella provincia. Subió con Quesada, y en premio de sus servicios le dieron ricos repartimentos en Tinjacá y Cerinza. Era de origen portugués y casó con una dama de buena familia, de la misma nación. Vivió bien quisto y respetado, y murió dejando una larga descendencia.

CASTRO (JUAN DE).—Vino á Venezuela con el Capitán Luís Lanchero, y estuvo con él en muchas campañas, hasta que se enganchó, siempre al lado de su amigo, en la expedición de Federmann. En el Nuevo Reino de Granada prestó algunos servicios, y se avecindó después en Tunja.

CELIDE ALVEAR (JORGE).—Soldado de la expedición de Quesada. Se ignora su suerte después de la Conquista.

CÉSPEDES (JUAN DE).—Este Conquistador era natural de Argamasilla y pertenecía á una familia hidalga de Toledo.

(1) El señor José Caicedo Rojas escribió una biografía de Las Casas en el *Repertorio*—Enero, Febrero y Marzo de 1879.

(2) Es curiosa la completa igualdad de su nombre con el del famoso clérigo autor de las ELEGÍAS.

En 1520 sirvió contra los Comuneros de Toledo, bajo las órdenes del Prior de San-Juan, y en 1521 pasó á la Isla Española en los ejércitos reales. Después participó con Rodrigo de Bastidas en la conquista y fundación de Santa-Marta. García de Lerma le dió el título de Capitán de Infantería, y le envió en una expedición, que duró dos años, por el Valle-Dupar, Pocigueyca y el río Magdalena. En seguida acompañó á don Pedro Fernández de Lugo en las correrías que hizo al interior de la provincia de Santa-Marta, y se distinguió como uno de los mejores caudillos. Se alistó en la expedición de Quesada, como uno de los ocho Capitanes principales de la tropa. Sus servicios durante el viaje y subsiguientes campañas fueron muy importantes: en premio de ellos le dieron las encomiendas de Ubaque, Chipaque y Ubatoque. Tuvo empleos importantes en la Colonia, y participó en las expediciones más arduas y trabajosas de la Conquista. Siendo Teniente general de don Luís de Lugo, fué en 1543 á socorrer y reedificar la ciudad de Santa-Marta, que había sido destruída é incendiada por el pirata francés Roberto Baal. Además, hizo algunas entradas en el interior de aquella provincia y redujo algunas tribus alzadas. El primer Presidente del Nuevo Reino de Granada, doctor Venero de Leiva, le nombró también su Teniente general, cargo que desempeñó á satisfacción de todos hasta que fué abolido en 1570.

Fué Céspedes casado con Isabel Romero (una de las cinco primeras mujeres que subieron á Santafé de Bogotá), viuda de uno de sus soldados,-Juan Lorenzo,- que murió ahogado en el río Opón. Tuvo dos hijos varones. Las casas y solar de Juan de Céspedes en Santafé de Bogotá se hallaban en el sitio que ocuparon para fundar el primer convento de San Agustín, al cual se trasladaron después el monasterio é iglesia de San Francisco.

CÉSPEDES (FRANCISCO).—Soldado de Belalcázar. Era extremeño y muy valiente; aunque de baja extracción, le dieron encomienda en el distrito de Bogotá, Tunjaque, Mercua y Suaque. Dejó un hijo ilegítimo, llamado Juan Céspedes *el jinete*, porque tenía la profesión de amansador.

CHINCHILLA Ó CHINESILLA (JUAN).—Vino en la tropa de Quesada. No se sabe otra cosa de él.

CIFUENTES (GÓMEZ DE).—Caballero, hijodalgo de la ciudad de Ávila. Pasó á Santa-Marta con el Gobernador Fernández de Lugo, y subió á la conquista del Imperio Chibcha con el título de Capitán de Infantería. Después de asistir á la fundación de Santafé, fué con Rondón á Tunja, en donde le dieron solar de primer orden, en uno de los cuadros de la plaza (frente al Cabildo), y allí labró casas ostentosas con torre y almenas, las cuales aún subsisten en parte. Fué encomendero de Paipa, y le hicieron Regidor de Tunja repetidas veces. Fué á España con el título de Procurador general del Nuevo Reino de Granada. Casó en Tunja con doña Isabel de Contreras, y tuvo descendencia que se conserva en Tunja.

COLMENARES (PEDRO DE).—Era oriundo de las montañas de Carrión de los Condes, y se preciaba de hijodalgo. Su padre servía en los ejércitos reales; entró con los Reyes Católicos en Granada, y se estableció en Málaga en 1587. Pedro fué paje del Arzobispo don Gaspar de Avalos. En 1535 pasó á Santa-Marta con don Pedro Fernández de Lugo, y después de haber servido en aquella provincia, se enganchó con Quesada como simple soldado de á caballo. Se hizo notable en toda la conquista del Nuevo Reino, y tuvo muchos destinos honoríficos; pero su conducta no fué nada hidalga con el Capitán Cardoso, á quien quitó sus encomiendas durante la ausencia de éste en España. Colmenares fué, además, dueño de Bosa, de Soacha y otras encomiendas menores. Casó con doña María de Nava de Olivates, y dejando una familia numerosa y cuantiosos bienes, murió en 1563.

COLLANTES (JUAN MUÑOZ DE).—Era natural de Granada, nacido en la Alhambra. Su padre era escudero de don Luís Hurtado de Mendoza y se preciaba de tener noble sangre. Juan Muñoz casó, siendo menor de 25 años, con doña Mencia de Silva, hija del Alcalde de la Alhambra, y en 1520, dejando á su mujer y á sus dos hijas en España, pasó á Indias. En la conquista de Santa-Marta se hizo notable por sus proezas de valor y ánimo varonil; pero estando en Santa-Marta pasó por allí Francisco Pizarro con su expedición conquistadora, y Collantes quiso engan-

charse en ella. Acompañó á Pizarro en la conquista del Perú, y después á Belalcázar en la del Reino de Quito. Continuando su marcha á órdenes de este conquistador, concurrió á la fundación de las ciudades de Pasto, Popayán, Cali, Timaná y otras. Entró en el Nuevo Reino con Belalcázar, y bajo las órdenes de Hernán Pérez de Quesada conquistó gran parte del territorio actual de los Estados de Santander y Boyacá. Fué encomendero de Chía, y varias veces le nombraron Regidor, Alcalde, Contador y Procurador de la Colonia. Trajo de España á su mujer é hijas, pero no tuvo descendencia masculina.

CORRAL (GÓMEZ DEL).—Soldado de Quesada. Se estableció en Tunja, pero no se sabe si tuvo descendencia.

CORREDOR (PEDRO RUIZ).—No se sabe de qué punto de España era oriundo. Llegó en 1533 á Santa-Marta, en donde sirvió en todas las expediciones más arriesgadas; subió con Quesada y sirvió en toda la Conquista. Era tan bien quisto entre los colonos, que le enviaron á España llevando los primeros tesoros que dió el Nuevo Reino de Granada, y en 1548 se le envió al Perú á socorrer á don Pedro de la Gasca, en sus contiendas con Gonzalo Pizarro. Casó con doña Elvira Pérez de Cuéllar, pero no dejó sucesores á sus encomiendas, que eran Oricata y Nemuza.

CRUZ (GÓMEZ DE LA).—Era este conquistador (dice Ocariz) "cristiano viejo y limpio de toda mala raza." Después de servir en las conquistas de la provincia de Santa-Marta, entró en el Nuevo Reino de Granada y estuvo presente en la fundación de Santafé. Fué encomendero de Tibacuy, Checua, y una parte de las tierras de Fusagasugá. Tuvo el empleo de Regidor de Santafé, y después, el de Procurador general, en 1553. Casó con doña Catalina de Quintero, y dejó cinco hijas y un varón.

CUÉLLAR (JUAN).—Soldado de Belalcázar. Fué asesinado por los Indios Agataes, quienes se llevaron su cuerpo despedazado como trofeo de guerra, mostrando á los Españoles, desde las cumbres de los cerros en donde se habían guarecido, los miembros mutilados de aquel desgraciado.

DAZA (LUÍS).—Uno de los de la tropa de Belalcázar. Se estableció en Popayán.

DÍAZ (FRANCISCO y SIMÓN).—Eran soldados de la expedición de Quesada. Simón se estableció en Tunja, pero no dejó sucesión conocida.

DÍAZ HIDALGO (JUAN).—Vino con Belalcázar. Fué conquistador de los Panches con Hernando Venegas. Concurrió á la fundación de Tocaima y se quedó de vecino allí. Tuvo algunos cargos honoríficos, y en 1535 fué Gobernador de Quito, en ausencia de Belalcázar. Le llamaban *el rico*, porque era dueño de las minas de oro de Tocaima, que se taparon en tiempo de su hijo, del mismo nombre. Este último había mandado labrar las casas más suntuosas que se vieron en aquel tiempo en todo el Reino; y como era soberbio y orgulloso, y cuando creció el río Bogotá destruyó las casas y se taparon las minas, decía la gente de Tocaima que aquello le había sucedido en castigo de su soberbia.

DOMÍNGUEZ BELTRÁN (ALONSO).—Vino en la expedición de Quesada como soldado. La única hazaña, cuyo recuerdo ha quedado de él, fué la muerte que hizo del infeliz Zipa de Bogotá, Tisquesusha. Habiéndose éste ocultado en una casa en los alrededores de Facatativá, huyendo de los Españoles, éstos tuvieron el denuncio del sitio en que estaba; rodearon la casa, y como el Indio tratase de escapar, Domínguez, que estaba de centinela, le atravesó con una ballesta, por equivocación, pues no sabía que aquél fuese el Zipa.

ESCALANTE (HERNANDO DE).—Vino con Quesada. Estuvo en la fundación de Tunja, y fué el primer Alguacil de aquella ciudad.

ESQUIVEL (ANTÓN DE).—Subió á Santafé de Bogotá con Federmann. Se estableció en Tunja y fué encomendero de Toca.

ESPINOSA (DIEGO DE).—Soldado de la expedición de Federmann. Se avecindó en Mariquita.

ESPINOSA (GASPAR DE).—Era oriundo de Medina del Campo, en la provincia de Valladolid. Pasó á Nuestra Señora de la Antigua con el Gobernador del Darién, don Pedro Arias Dávila, y fué nombrado Alcalde mayor de aquella ciudad. Tuvo parte activa en las persecuciones que el Gobernador hizo á Núñez de Balboa, acabando por condenarle á muerte por orden de Pedrarias. Nombrado después Teniente del Gobernador, Espinosa salió á la cabeza de varias expediciones contra los naturales del Darién, manifestándose tan cruel con los Indios, como injusto había sido con Balboa. Por mandato de Pedrarias fundó la ciudad de Panamá, en 1518, al pie de un cerro llamado *el Ancón*, en donde hoy se encuentran las ruinas de Panamá viejo, á seis millas de la ciudad nueva (trasladada allí en 1670). También fué el fundador de una ciudad denominada Natá (hoy día convertida en aldea), en el departamento de Coclé, cerca del río Chico y sobre el golfo de Parita, y descubridor del golfo de Nicoya (en la República de Costa-Rica). En aquellas exploraciones y conquistas Espinosa reunió un gran caudal, con el cual fué á España, en donde, merced á sus riquezas y generosidad, obtuvo una alta posición en la Corte. Nombrado Oidor en Santo-Domingo, volvió á las Indias, pasó á Panamá y de allí al recién descubierto Perú, pues había ayudado con sus caudales á la expedición de Pizarro y Almagro, y tuvo el mayor interés en que se aviniesen estos dos Conquistadores; pero á pesar de sus esfuerzos no lo logró; y murió por último en el Cuzco, en 1537, no se sabe á qué edad, ni tampoco si dejó descendencia.

FERNÁNDEZ (ANTONIO).—Era de nacimiento portugués y soldado de Quesada. Se avecindó en Vélez, y no dejó sucesión.

FERNÁNDEZ (FRANCISCO).—Subió con la expedición de Quesada y ayudó en la fundación de Vélez, en donde le hicieron Regidor. Se le encomendó la fundación de una ciudad en el valle Hacarí, que llamó Santa-Ana, el 26 de Julio de 1571. Permaneció aquella población en Hacarí hasta que fué abandonada para ir á crearla más lejos con el nombre de Ocaña, que hoy día subsiste bastante próspera y cuenta más

de 6,000 habitantes. Su clima es templado (22 gr. cent).

Francisco Hernández quiso descubrir por Pamplona una vía por tierra para ir hasta Santa-Marta; pero aunque lo logró, era aquel país tan difícil de transitar, que tuvo que abandonar la empresa.

Este conquistador casó con Isabel de Rojas, y sus hijos obtuvieron el privilegio de cobrar el portazgo de Ocaña, que les daba crecida renta.

FERNÁNDEZ GIRONDA (GONZALO).—Fué uno de los conquistadores de Cartagena, con don Pedro de Heredia, y compuso la historia de aquellas campañas, las que consultó el cronista Castellanos, según él mismo lo refiere. Vino al Nuevo Reino con Quesada y se estableció en Santafé.

FERNÁNDEZ (JUAN).—Soldado portugués de la expedición de Quesada. Se estableció en Tunja, y no dejó descendencia.

FERNÁNDEZ (MARCOS).—Era Español y jinete en la expedición conquistadora del Imperio Chibcha. Fué uno de los primeros Regidores de Tunja, en donde acabó sus días.

FERNÁNDEZ VALENZUELA (PEDRO).—Era de cuna hidalga, nacido en Córdoba, primo de Hernán Venegas, Carrillo Manosalvas, y pariente de Martín Yáñez Tafur. Vino de Santa-Marta con Quesada, quien le encargó buscase en torno de la sabana de Bogotá un sitio propio para edificar una ciudad. Halló uno al gusto de Quesada, al pie de los cerros llamados después Monserrate y Guadalupe, y en una suave ladera llamada Teusaquillo, en donde el Zipa tenía sus casas de recreo. Allí fundó Quesada la ciudad que llamó Santafé de Bogotá.

Este Capitán Valenzuela fué el primero que, con Díaz Cardoso, descubrió las minas de esmeraldas de Somondoco, las cuales trabajaban los Indios con palas de madera. Después acompañó á Galiano en la conquista de los Indios Chipataes, á quienes trató con suma inhumanidad. Al cabo de algunos años, Valenzuela regresó á España, y sin duda arrepentido de las malas acciones que había cometido, se ordenó, y acabó su vida en el recogimiento y la soledad, llorando sus pecados y faltas.

FIGUEREDO (FRANCISCO DE).—Era portugués, natural de la Guarda, de familia distinguida en su patria. Pasó á España y vino á Santa-Marta con el Doctor Infante, y después de estar en las conquistas de la Costa subió con Quesada á la sabana de Bogotá. Presenció las fundaciones de Santafé, Pamplona, Tocaima y Mariquita. Se radicó en la primera; pero aunque tenía encomienda, no dejó de participar en las expediciones importantes que tuvieron lugar en el Nuevo Reino de Granada hasta su muerte, acaecida en 1570. Casó con doña Eufrasia de Santiago, la cual le heredó sus bienes, no habiendo dejado descendientes.

FIGUEREDO (MELCHOR RAMÍREZ DE). Pasó á Venezuela, en donde tomó servicio con Federmann, y vino con él á Santafé de Bogotá. Estuvo presente en la fundación de Vélez, y allí se estableció.

FLAMENCO (ANTÓN).—Soldado de Federmann: tuvo encomienda en el distrito de Santafé, pero no se sabe más de él.

FRANCO (DIEGO).—Vino de Venezuela con Federmann—Fué encomendero en el distrito de Vélez. No tuvo sucesión, aunque fué casado.

FRÍAS (JUAN DE).—Soldado de Quesada. No se sabe en dónde se avecindó.

FUERTE (JUAN).—Era natural de Astorga, en España. Vino á la provincia de Paria, en donde en un encuentro con los Indios recibió trece heridas de flechas y macanas; luégo que se hubo curado se enganchó en la expedición de Federmann. Servía como baquiano y era hombre corpulento, de grandísimas fuerzas y ánimo audaz. Fué suya la rica encomienda de Facatativá, la cual abandonó por haber sido nombrado Gobernador de los Moquiguas y Valle de la Plata. Después paso al Perú, dice Rodríguez Fresle, y allí casó con una princesa real de la familia del Inca, y tuvo descendencia; pero Ocariz dice que no tuvo hijos. Murió en 1584.

GALLEGOS (HERNANDO).—Vino á Venezuela con Ampués, en 1527, y presenció la fundación

tan inicuamente, que éstos, exasperados, resolvieron darle muerte en primera ocasión, lo cual llevaron á cabo sacrificándole con seis Españoles más que le acompañaban.

GASCÓN (JUAN).—Este conquistador sirvió primero en Guatemala, y vino á Quito con don Pedro de Alvarado; se quedó con Belalcázar, y en su compañía estuvo en toda la conquista del Valle del Cauca y Neiva, y llegó al Nuevo Reino, con su General, en 1539. Se quedó con Hernán Pérez de Quesada; fué uno de los fundadores y pobladores de Tunja, y murió á manos de los Indios Muzos.

GONZÁLEZ (BARTOLOMÉ).—Vino con Federmann, después de haber sido conquistador de Venezuela, y se estableció en Vélez.

GÓMEZ (ALONSO HIEL DE LA TIERRA Y SEQUILLO).—Vino en la tropa de Quesada. Fué uno de los más valerosos soldados y también de los más crueles que redujeron á los Indios Agataes. Después de aquellas campañas se estableció en Tunja.

GÓMEZ (FRANCISCO DE FERIA).—Soldado de la expedición de Quesada. Se radicó en Santafé.

GÓMEZ (HERNÁN CASTILLEJO).—Era natural de Córdoba y soldado de los de Quesada. Fué encomendero en Suesca, y no tuvo sucesión.

GÓMEZ DE OROZCO (PEDRO).—Valiente soldado de la expedición de Quesada. Tuvo encomiendas en Pamplona y Tunja.

GÓMEZ PORTILLO (JUAN).—Natural de Portillo, cerca de Toledo. Era casado en España con Catalina Martín, y tenía una hija, cuando pasó como Capitán aventurero á Santa-Marta. Subió al Nuevo Reino con Quesada, quien le dió el repartimiento de Usme. Habiendo hecho un viaje á España, trajo á su familia, y dejó heredera de la encomienda á su hija Juana Bautista Gómez Portillo.

GÓMEZ FERNÁNDEZ (N). Este fué conquistador de los Chocoes. Siendo vecino de Anserma, pidió

licencia para ir á descubrir el Dorado de Dabaibe. Depués de una expedición descubridora, sin haber logrado encontrar los tesoros que solicitaba, fué á España, en donde le nombraron Gobernador del Chocó; pero murió en Cartagena al regresar.

GORDO (JUAN).—Soldado de Quesada, que, contraviniendo á las órdenes de éste, que prohibían se tomase nada á los naturales contra su voluntad, fué mandado ejecutar por el General, como ladrón, en la población indígena de Suesca.

GRASO (JUAN BAUTISTA).—Llegó con Quesada, y después de haber servido en la Conquista largos años, se retiró á Tocaima, en donde tenía una encomienda.

GUEMES (JUAN DE).—Soldado de la expedición de Jiménez de Quesada. Diéronle en recompensa de sus servicios en la Conquista la encomienda de Subachoque. No tuvo descendientes.

GUTIÉRREZ APONTE (PEDRO).—Pasó á la Isla Española, se casó allí con Luisa Vásquez de Miranda, y después fué á buscar aventuras en Santa-Marta. Allí se enganchó en la expedición de Quesada. Concurrió á la conquista de la provincia de Vélez, y se radicó en aquella ciudad.

GUTIÉRREZ VALENZUELA (JUAN).—Subió á las mesetas y á la sabana de Bogotá en la Expedición conquistadora. Ayudó á conquistar á los Indios Chipataes, y se avecindó en Vélez.

HARO (GARCÍA CALVETE DE).—Soldado de Federmann. Se estableció en Vélez, provincia que ayudó á conquistar.

HERNÁNDEZ BALLESTEROS (FRANCISCO).—HERNÁNDEZ (PEDRO).—HERNÁNDEZ LEDEZMA (ALONSO).—Estos tres soldados de la expedición de Quesada participaron en la conquista de Vélez y vivieron en aquella ciudad, en donde les dieron encomiendas.

HERNÁNDEZ DE LA ISLA (MARTÍN).—Era natural de las Islas Canarias. Pasó á Santa-Marta, y como miembro de la expedición conquistadora de Quesada sirvió en todas las campañas de la época. Se radicó en Tunja.

HERNÁNDEZ DE LEÓN (BARTOLOMÉ).—HERNÁNDEZ DE MADRIGAL (DIEGO).—Estos fueron dos soldados de Federmann que se quedaron en el Nuevo Reino. El primero se radicó en Vélez, y el segundo en Santafé de Bogotá.

HERREÑO (BARTOLOMÉ).—Vino con Federmann, y después de haber participado en la conquista de los Indios que poblaban lo que hoy día compone los Estados de Santander y Boyacá, murió á manos de los Guanes, que le sacrificaron junto con un hijo.

HERREÑO (GERÓNIMO HERNÁNDEZ).—Se cree que vino con el anterior y era pariente suyo. Se radicó en Vélez.

HIGUERAS (N.).—Vino con Quesada, y no se sabe nada más de él.

HINOJOSA (JUAN RAMÍREZ).—Soldado de Quesada. Se radicó en Tocaima, en donde tenía repartimiento, y no tuvo hijos varones, aunque fué casado.

HOLGUÍN DE FIGUEROA (MIGUEL).—La familia de este apellido, dice Ocariz, es de orígen francés. Vino á Paria con Gerónimo de Ortal, en 1530. Castellanos dice que fué virtuoso, valiente, "varón en paz y en guerra de consejo;" enemigo de toda injusticia y muy caritativo y religioso. Durante el tiempo que estuvo en Venezuela acompañó al conquistador Herrera en su expedición por el Uripare y el Orinoco; entrando en la provincia de Maracapana, fundó la ciudad de San-Miguel; tomó parte en la expedición descubridora de Alfínger, y de regreso á Coro se enganchó bajo las órdenes de Federmann como Sargento Mayor, y con él subió á Santafé de Bogotá. Acompañó á Rondón á Tunja, y allí le dieron la encomienda de Tibabosa y otras. Casó dos veces, y sin duda tuvo descendencia, aunque no lo dicen los cronistas.

HUETE (DIEGO DE).—Vino con Federmann, de Venezuela, en donde había militado, y se estableció después en Vélez.

HYTO (GARCÍA DEL).—Soldado de Quesada. Vivió en Tunja y no tuvo descendencia.

IGARTE (MARTÍN).—Pertenecía á la tropa que vino de Santa-Marta. Se radicó en Tunja, pero no tuvo familia conocida.

INSÁ (GERÓNIMO DE).—Vino en calidad de Capitán de Gastadores en la tropa de Quesada. Se hizo notable en la Conquista. Le hicieron primer Alcalde de Santafé, y después de concurrir á varias expediciones conquistadoras murió en Santa-Marta, en 1543, dejando su fortuna para obras pías.

JUNCO (JUAN DEL).—Era asturiano, y pasó á Santo-Domingo á buscar fortuna; estaba allí cuando don Pedro de Heredia, á fines de 1532, se detuvo en aquel lugar para preparar la expedición que debía dar por resultado la conquista de la provincia de Cartagena. Juan del Junco tomó servicio con él y estuvo en la fundación de Cartagena y conquista de una parte de la provincia. Castellanos dice que Juan del Junco murió allí en un combate con los indígenas; pero Piedrahita afirma que pasó en 1535 á Santa-Marta, llevando tan buena reputación de valor y pericia militar, que fué nombrado segundo en el mando,—á falta de Gonzalo Jiménez de Quesada,—en la expedición conquistadora de las mesetas é Imperio de los Chibchas. Según varios cronistas, fué Regidor en Tunja; pero no tenemos noticia de su suerte ulterior.

LADRÓN DE GUEVARA (DOMINGO).—Era natural del pueblo de Arrieta en Álava. Vino al Nuevo Reino en la expedición de Quesada. En Santafé, en donde se radicó, obtuvo buen repartimento y encomiendas, y fué Procurador general y Mayordomo. Fué á la conquista de los Llanos con Juán de Avellaneda. Casó con doña Catalina de Figueróa, y dejó numerosa descendencia.

LAÍNZA (GERÓNIMO DE).—Subió al Nuevo Reino de Granada como Capitán de macheteros y gastadores de la expedición, y prestó muchos servicios en la Conquista.

LANCHERO (LUÍS).—Era de linaje distinguido, y tomando la carrera de las armas desde muy joven subió al grado de Capitán de Guardias del Emperador Carlos V, en cuyo puesto se halló en el saqueo de Roma (1527) con el Condestable de Borbón. Contaba que un Santo-Cristo que tenía y que llevaba siempre consigo, era regalo de los Cardenales á quienes había defendido en la entrada de Roma, impidiendo que el ejército les ultrajase. En 1533 Lanchero abandonó el ejército español, y, llevado por la pasión de buscar aventuras, que era la enfermedad de la época, pasó á Venezuela con Géronimo de Ortal, y concluídas desgraciadamente aquellas campañas, tomó servicio con Federmann, á quien acompañó hasta coronar los Andes y llegar á Santafé de Bogotá. Fué siempre persona de muchas campanillas y gozó de los primeros puestos en la Colonia; era vivo, de genio pronto y arrebatado, pero tan noble que, después de que don Miguel Díez de Armendáriz le persiguió cruelmente, él le protegió, cuando á su vez el Visitador estuvo en desgracia, y hasta le costeó el viaje á España, en donde pudo justificarse, merced al apoyo de Lanchero. Además de servir muchos empleos civiles, Lanchero estuvo en la mayor parte de las campañas conquistadoras de su tiempo. Fundó en 1559 la ciudad de Trinidad de los Muzos (hoy día Muzo). Aunque fué casado, no dejó sino una hija, que casó en España y está enterrada en Simancas. Lanchero murió en Tunja en 1562.

LEBRIJA (ANTONIO DE).—Era natural de Alcántara y descendiente del cronista del mismo nombre, que floreció en España en el siglo XV, y cuyas obras son muy conocidas. Tomó servicio en la expedición de Quesada y concurrió á todas las contiendas de la Conquista. Era Tesorero del ejército, y muy apreciado por su valor y prendas morales. Escribió, en unión del Capitán San-Martín, una relación de la conquista del Nuevo Reino, en 1540, obra que dedicó al Empe-

rador Carlos V cuando volvió á España á acabar sus dias. (1)

LESCANEZ, LESCAMÉS Ó LEGASPÉS (JUAN DE) (2).—Sacerdote.—Capellán con fray Domingo de Las Casas, de la tropa de Quesada. Era oriundo de Moratalla. Fué el segundo Cura de Tunja, y tuvo gran parte en la conversión de los indígenas vecinos de aquella ciudad.

LIMPIAS (PEDRO DE).—Este conquistador vino con Ampués á Venezuela, en 1525, y después sirvió en calidad de *baquiano* con Alfínger en sus expediciones descubridoras. Se enroló en 1534 en las tropas de Federmann, y llegó al Nuevo Reino en calidad de explorador y baquiano, manifestando en aquella campaña todas las cualidades que demandaba tan delicado encargo. Regresó á la Costa con Federmann, y de allí pasó á la Española, en dónde vivía su mujer y tenía su familia. Dice Castellanos que llevaba muchas riquezas, y pensaba terminar sus días tranquilamente en el seno de su familia. Pero el demonio de las aventuras le inspiraba, y no pudo resistir al deseo de volver á Venezuela, donde, bajo las banderas de Felipe de Utre, emprendió jornada, en 1541, en busca del fabuloso Dorado. En esta expedición Limpias se manejó villanamente, pues vendió á su caudillo, entregándole al intruso Gobernador Juan de Carvajal, el cual le hizo asesinar á machetazos. Limpias continuó al lado de Carvajal, y con él echó los fundamentos de la ciudad del Tocuyo (Venezuela), el 7 de Diciembre de 1545. Después de la muerte desastrosa de Carvajal, parece que Limpias se estableció definitivamente en la nueva ciudad del Tocuyo.

LÓPEZ (DIEGO y JUAN).—Soldados de la expedición de Quesada. Se quedaron en Tunja, en donde obtuvieron repartimientos.

(1) Esta relación se encuentra en el "Ensayo sobre la antigua Cundinamarca," colección de Termaux-Compans, regalada á la Biblioteca nacional de Bogotá por el General Joaquín Acosta.

(2) De todos estos modos le llaman los historiadores y cronistas de la Conquista.

LÓPEZ (GIL).— Vino como soldado de caballería de la tropa conquistadora de Quesada, y al mismo tiempo tenía el empleo de Escribano.

LÓPEZ DE MONTEAGUDO (PEDRO).— Pertenecía á la expedición que vino de Santa-Marta. Fué encomendero de Curbitá.

LORENZO (JUAN).— Soldado animoso de la expedición de Quesada. Murió devorado por un caimán en el río Opón, cuando lo atravesaba nadando para llevar cuerdas al otro lado y formar un puente sobre el cual había de pasar el resto de la tropa. Su viuda casó con el Capitán Céspedes.

LOZANO (FRANCISCO).— Vino con Quesada al Nuevo Reino de Granada; pero no se sabe en dónde se radicó.

LOZANO (DOMINGO).— Fué soldado en los ejércitos reales y estuvo en el saqueo de Roma con el Condestable de Borbón. Vino con Federmann. Fué, por orden del Oidor Galarza, á fundar á Ibagué, en el Valle de las Lanzas, en 1550. Se avecindó en aquel lugar y estableció su familia. Un hijo suyo de su mismo nombre pereció en 1572 á manos de los Indios Paeces.

LUJÁN (ANTÓN DE)— Vino del Perú con Belalcázar, y después de haber participado en todas las conquistas de Popayán &c, se estableció en el Nuevo Reino de Granada, pero no se sabe en qué punto.

MACÍAS (GONZALO)— Conquistador de los de Quesada. Había tenido parte en las reducciones de los naturales de la Costa y Valle-Dupar. Le dieron encomienda en Tunja, en donde se estableció con su mujer, Juana Moreno de Figueroa, y dos hijas que tuvo. Salió como Capitán de Infantería en busca del Dorado, con Gonzalo Jiménez de Quesada, y murió en la jornada.

MADRID (PEDRO y PEDRO DAZA).—Padre é hijo—Estos dos conquistadores, después de servir en todas las jornadas de Santa-Marta, se engancharon con Quesada y subieron al nuevo Reino de Granada;

pero los cronistas no dicen si se establecieron en el país. Pedro (el padre) tenía fama de saleroso entre los conquistadores, y siempre le buscaban en el campamento para que les distrajera con sus chistes ó historietas graciosas.

MALDONADO (ARIAS DE).—De origen distinguido. Sirvió en la conquista del Perú y en la Gobernación de Popayán; vino á Santafé con Belalcázar. Le dieron las encomiendas de Sora, Tinjacá y Gámeza. Dejó numerosos descendientes.

MALDONADO (BALTASAR).—Había sido paje de don Francisco Alvarez de Toledo, duque de Alba: era oriundo de Salamanca y de familia hidalga. Ayudó en las conquistas del Perú y del Reino de Quito, y acompañó á Belalcázar en sus jornadas hasta el Nuevo Reino, en donde se quedó. Desde entonces su nombre se encuentra á cada paso en las crónicas de la época, pues concurrió á todas las expediciones más arriesgadas que se llevaron á cabo en el país. Desterrado por Díez Armendáriz y confiscados sus bienes, pasó al Perú á quejarse al Virey La Gasca, y se halló en el sitio de Xaquijaguana y en la rendición de Gonzalo Pizarro. Concluída la residencia de Armendáriz, Maldonado regresó al Nuevo Reino, en donde recuperó sus encomiendas,–Duitama, Cerinza y otras,–y acompañó á varias partes al Obispo Juan de los Barrios, como Visitador de los Indios; y por último, después de haber tenido honrosos empleos, se avecindó en Tunja, en donde casó con doña Leonor de Carvajal, cuñada de Jorge Robledo, y murió en la fuerza de la edad, en 1552, dejando hijas pequeñas.

MALDONADO DORADO DEL HIERRO (FRANCISCO).—Caballero hijodalgo, natural de Ampuero. Pasó de España al Nuevo Mundo en 1523, y sirvió con Jorge de Espira y después con Federmann, con quien vino por los Llanos hasta Santafé. Concurrió á la fundación de Tunja y á la pacificación de los Indios Muzos y Panches, á su costa, con armas y caballos propios. En todas las expediciones que emprendía gastaba su dinero en sostenerlas. Emprendió marcha hacia el Perú, cuando La Gasca pidió auxilio, pero

se devolvió del camino al saber que yá estaban vencidos los rebeldes. Hizo viaje al Cauca, con gente armada propia, á atacar al rebelde Alvaro de Hoyón. Su casa parecía un parque y un cuartel, en donde se formaban en el ejercicio de las armas los jóvenes que tomaba á su cargo. Fué casado con una dama de clara alcurnia, doña Ana de Ávila, y dejó un solo hijo varón.

MANCHADO (ALONSO).—Soldado de la expedición de Quesada. Vivió pobre y murió ciego en Tunja, en donde se había radicado.

MANJARRÉS (LUÍS DE).—Este fué uno de los conquistadores más activos y beneméritos. Pasó á Indias muy joven, y se formó en la provincia de Santa-Marta, en los repetidos encuentros con los Indios. Salió en la flotilla que naufragó en el Magdalena y que pertenecía á la expedición de Quesada. Continuó con éste en su viaje de descubrimiento hasta conquistar el Imperio Chibcha. Bajó en seguida á la Costa, y en 1543 fué nombrado Gobernador de Santa-Marta. En 1544 mandó fundar la ciudad de Tamalameque, y al año siguiente la de La Ramada ó Salamanca (esta última no subsistió). Durante muchos años hasta su muerte, gobernó Manjarrés la provincia de Santa-Marta, con varia fortuna, y siempre librando batallas á los Indios por tierra y á los piratas franceses é ingleses por mar.

MATEOS (JUAN MARCOS y ALONSO).—Soldados de la tropa de Federmann, que se avecindaron en Tunja.

MARTÍN (ALONSO).—Era de origen portugués. Sirvió con mucho lucimiento en las campañas de la provincia de Santa-Marta, y vino al Nuevo Reino con Quesada, en calidad de baquiano. Apenas hubo llegado al Imperio Chibcha, cuando aprendió en breve los dialectos de los indígenas, de manera que podía entenderse con éstos en su propia lengua, con lo cual sirvió muchísimo en la obra de la conquista. Martín se avecindó en Tunja, pero no dejó sucesión.

MARTÍN HINIESTA (DIEGO).—Soldado de la tropa de Quesada, cuya suerte ulterior se ignora.

MARTÍNEZ (DIEGO).—Capitán en la tropa de Federmann. Se cree que se volvió á Venezuela.

MARTÍNEZ (FRANCISCO).—Vino en la tropa de Quesada. En premio de sus servicios le dieron en Tunja la encomienda de Viracachá. No dejó sucesión.

MEDRANO (FRANCISCO).—Subió al Nuevo Reino con Quesada, y se avecindó en Santafé, pero no dejó sucesión conocida.

MELO (GERÓNIMO DE).—Conquistador y descubridor de toda la parte baja del Magdalena hasta Malambo. Murió en Santa-Marta, en 1530.

MÉNDEZ (BERNABÉ).—Llegó al Nuevo Reino con Federmann y se avecindó en Tocaima, y fué uno de sus primeros pobladores.

MÉNDEZ (GASPAR).—Soldado de la tropa de Quesada. Le dieron la encomienda de Teusacá, en el distrito de Santafé.

MELGAREJO (JUAN RODRÍGUEZ GIL). Natural de Sierra-Morena. Vino al Nuevo Mundo como paje de Juan Ponce de León. Dejó á este caudillo y fué á tomar servicio en Santa-Marta; se enganchó en la expedición de Quesada y subió al Nuevo Reino, en donde sirvió en la Conquista.

MESTANZA (FRANCISCO DE).—Vino de Santa-Marta con Quesada. Parece que este conquistador fué uno de los más crueles con los Indios, puesto que por dos veces le quitó el Gobierno de la Colonia sus encomiendas,—primero la de Pesca, y después la de Cajicá,—dando por motivo lo mal que trataba á los indígenas. Después se fué á vivir á Mariquita, en donde le dieron repartimiento, y allí se radicó definitivamente.

MIRANDA (CRISTÓBAL DE).—Soldado de Federmann. Estuvo en la jornada del Dorado con

Gonzalo Jiménez de Quesada, y gastó seis mil pesos de oro en ella. Se casó, pero no dejó familia.

MOLINA (PEDRO DE).—Sirvió en su primera juventud en los ejércitos del Emperador, en Italia, después pasó á Santo-Domingo, y de allí vino á Santa-Marta con García de Lerma. Disgustado en aquella plaza, fué á Venezuela y tomó servicio con Alfínger, y al regreso se enganchó con Federmann y con éste subió al Nuevo Reino. En seguida fué al Dorado con Hernán Pérez, y después ayudó á la fundación de Tocaima, en donde se avecindó. Dejó un hijo mestizo que le heredó.

MONTERO (HERNANDO).—Soldado de Federmann y el primero que entró en Santafé, como posta de su General, para tratar con Quesada. Después se avecindó en Tocaima.

MONTAÑÉS (JUAN).—Sirvió en la Conquista del Imperio Chibcha, y después de fundada la ciudad de Tunja tuvo allí repartimiento; pero no dejó sucesión.

MONTOYA (FRANCISCO DE).—Vino con Quesada. Asistió á la fundación de Tocaima, y se estableció allí.

MONTALVO (JUAN DE).—Natural de Toledo. Pasó á Santo-Domingo, se casó con doña Elvira Gutiérrez, y fué á buscar fortuna en Santa-Marta; allí se enganchó en la expedición de Quesada, y asistió á todas las contiendas con los Indios como oficial inferior. Una vez que adquirió alguna hacienda, bajó á la Costa, y mandó llamar á su mujer y la trajo á Santafé en la expedición de Lebrón. Elvira Gutiérrez fué la primera que amasó pan en Santafé, y una de las primeras cinco mujeres que se animaron á subir hasta la Sabana. (1) Montalvo era muy respetado entre los conquistadores, y sobrevivió á todos. Siendo yá muy

(1) Los nombres de las otras cuatro mujeres fueron: Isabel Romero (que casó con el Capitán Céspedes), Catalina de Quintanilla, Leonor Gómez y María Díaz (sobrina de la anterior), que vivió hasta los 110 años.

anciano, le nombraron Gobernador de la Palma. Murió en Santafé el 22 de Septiembre de 1597, y está enterrado en la iglesia de la Concepción, debajo del altar de Santa-Ana, para cuyo sostenimiento dejó una capellanía.

MONSALVE (FRANCISCO). — Oriundo de una familia hidalga de Zamora. Después de haber asistido á varias jornadas conquistadoras, tomó servicio con Federmann y vino con él á Santafé. Acompañó á Rondón en la fundación de Tunja, y tuvo allí varias encomiendas y solar en la ciudad, de la que fué Regidor y Alcalde ordinario varias veces. Casó con doña Catalina de Pineda, y dejó dos hijas que heredaron sus haciendas. Murió en 1564.

MONROY (CRISTÓBAL ARIAS DE).—Era natural de la villa de Almodovar del Campo. Vino en calidad de simple soldado en la expedición de Quesada. Diéronle las encomiendas de Machetá y Titiribí, y se avecindó en Santafé, en donde se casó y tuvo una hija. Monroy bajó á la Costa, asistió á la primera fundación de Riohacha (con el nombre de *Ciudad de los Remedios*), en 1545, y sirvió en varias expediciones importantes.

MORALES (ALONSO DE). — MORATÍN (BALTASAR DE).—Ambos fueron soldados de la expedición de Quesada, y se avecindaron en Tunja.

MORENO (ALONSO).—Vino con la expedición de Federmann, después de haber asistido á varias campañas en Venezuela; pero se ignora en dónde se estableció.

MOYANO (MIGUEL SECO).—Era oriundo de Cabeza-de-Buey, en España, en la provincia de Extremadura. Subió en calidad de soldado al Nuevo Reino, y estuvo en la fundación de Vélez. Allí le hicieron primer Alguacil mayor, y le dieron las encomiendas de Agatá, Pajá y otras. Pero habiendo tratado mal á los Indios tributarios, éstos se levantaron contra él y le asesinaron. No tuvo sucesores legítimos.

MUÑOZ (MIGUEL).—Era Capitán en la tropa de Belalcázar, y se distinguió particularmente en las excursiones conquistadoras que hizo este General por el Valle del Cauca. Por orden de Belalcázar fundó la ciudad de Cali, el 25 de Julio de 1536.

NAVARRO (HERNANDO Y PABLO).—Ambos soldados valerosos. El primero vino al Nuevo Reino con Quesada, y el segundo llegó de Venezuela con Federmann, y fué uno de los primeros fundadores de Tocaima.

NOVILLERO (N.)—Soldado de Quesada. Se estableció en Mariquita, en donde se distinguió en las contiendas con los Indios Gualíes.

NIETO (CRISTÓBAL GÓMEZ).—Era natural de Villasbuena, en España. Vino á Venezuela en 1534. Después de haber participado en las arduas expediciones de Alfínger y otros, se enganchó con Federmann y subió al Nuevo Reino. Estuvo en la fundación de Tunja, y ayudó en la colonización de Guatavita, Ubaté, Simijaca, Fusagasugá, Tocaima, Ibagué y Mariquita. Con el Capitán Maldonado concurrió á la jornada del Palenque, en donde estuvo á punto de perecer, herido por gran número de flechazos, después de ver morir á veintidós soldados que había llevado por su cuenta. Obtuvo ricas encomiendas como premio de sus servicios. Fué casado con doña Leonor Silva Collantes, y dejó cuatro hijos de su matrimonio.

NUÑEZ CABRERA (PEDRO).—Subió al Nuevo Reino con Quesada, y después de haber concurrido á la conquista de los Chipataes, le dieron la encomienda de Bonza, en el distrito de Tunja.

NÚÑEZ PEDROSO (FRANCISCO).—Tenía el grado de Capitán en la tropa de Quesada. Asistió con lucimiento á todas las contiendas con los Indios, desde la época de la Conquista hasta 1551, en que pidió licencia para fundar una ciudad en la banda izquierda del Magdalena, cerca de la tierra que habitaban los Indios Gualíes. Le concedieron el permiso, y buscando un sitio ameno en tierras del cacique Marquetá, fundó

allí una ciudad el 28 de Agosto de aquel mismo año, bajo la advocación de San-Sebastián, á quien solían encomendarse los heridos de flechas envenenadas. Años después trasladaron la población á las inmediaciones del río Guali, y la llamaron Mariquita, unos dicen que por corrupción de Marquetá, y otros por llamarse Mariquita una de las Indias que llevó Gonzalo Jiménez de Quesada entre su servidumbre, cuando fué á fundar segunda vez la ciudad.

OLAYA (ANTONIO SORIANO DE).—Era natural de la villa de Balajar, en España. Entró en la carrera de las armas y pasó á Italia en los ejércitos españoles. Habiendo vuelto á España, se enganchó en Córdoba con la tropa que comandaba Juan Ruiz Orejuela, á cuyas órdenes y con el título de Alférez Mayor pasó á Santa-Marta, en 1535, en la armada de don Pedro Fernández de Lugo. Sirvió en la conquista de los Indios de la provincia de Santa-Marta, yendo como caudillo en algunas de ellas. Vino en el ejército de Quesada al Nuevo Reino, y en un combate sacó diez heridas de flecha. En unión del Capitán Céspedes descubrió la sierra de Opón. En una excursión los Indios le hirieron gravemente en el brazo de la rodela, y por este motivo quedó al sitio el nombre de *Valle del Alférez*. Después de su arribo al Imperio de los Chibchas estuvo sin cesar ocupado en excursiones, y tuvo gran parte en la reducción de los naturales; salió contra los Panches; descubrió el Valle de Neiva con Hernán Pérez; se aprestó para ir en socorro del Virey del Perú y contra Álvaro de Hoyón, y después contra el tirano Aguirre. Fué dueño de la encomienda de Bogotá (hoy día Funza); hiciéronle Regidor perpetuo de Santafé, Alférez Mayor del estandarte real, y tuvo otros empleos que prueban el aprecio en que le tenían. Casó en las islas Azores con doña María de Orrego, de familia noble de Portugal, y aunque tuvo cuatro hijos, éstos murieron solteros, y su hija doña Gerónima le sucedió en la encomienda. El edificio de Santo-Domingo en Santafé se encuentra en el sitio donde tenía sus casas el Alférez Antón de Olaya.

OLAYA HERRERA (ALONSO DE).—Dicen los cronistas que este conquistador era oriundo de

la villa de Agudo, del Maestrazgo de Calatrava, y de familia hijodalga. Su padre se llamaba Benito López Herrera, y su madre doña Olaya, á quien habían puesto el apodo de *la rica*. Siendo niño el futuro conquistador, las gentes del lugar le llamaban "*Alonso el de la Olaya*," y al fin le quedó por apellido el nombre de su madre. En 1534 Alonso, que yá era casado y padre de familia, resolvió dejar á su mujer y familia en España, y pasar á Venezuela con Jorge Espira. En Coro se enganchó con Federmann, y en su compañía vino al Nuevo Reino, donde se quedó. A poco de estar en Santafé se rebelaron los Indios de Simijaca, y el General Hernán Pérez comisionó á Olaya para que fuese con el Capitán Céspedes á someterles. Los aborígenes se habían hecho fuertes en un peñón de difícil acceso, y desde allí se defendían briosamente. Olaya, sin embargo, sin arredrarse, resolvió apoderarse del sitio, y subió arrebatadamente por la peña arriba; los Indios se defendían arrojándole piedras, é iba yá él por la mitad de la cuesta, cuando una piedra cayó encima y le arrastró por el precipicio abajo; rodó más de cien metros sobre el abismo, pero cayó sobre las ramas de algunos árboles, lo cual minoró el golpe, pero se le despedazó una pierna. Después de dos años de sufrimientos se levantó, pero cojeando y quedándole el apodo de *cojo*. El sitio ha guardado su nombre, y hasta el día se llama Salto de Olaya. Pero si Olaya había quedado baldado, no por eso perdió los bríos. No bien pudo andar, cuando emprendió una serie de excursiones conquistadoras por Tocaima, Pamplona y Mariquita, y á su costa fué á pacificar á los Indios de Bituíma, lo cual llevó á cabo con tan buen éxito, que no tuvo que derramar ni una gota de sangre. Después pasó á someter á los habitantes del actual departamento de la Palma, y una vez pacificado todo el territorio entre Honda y la sabana de Bogotá, se ocupó, en unión de Hernando de Alcocer, en abrir á su costa camino entre aquellos dos puntos (32 leguas), fundando en 1551 una población en el camino (la de Villeta, que llamaron de San-Miguel), para que sirviese de escala á los viajeros. Con la apertura de aquel camino de herradura se evitó que los Indios cargasen todo cuanto se necesitaba en la Sabana. Además, Olaya edificó las

bodegas de Honda, y puso allí un recaudador que llamaron Alcaide. Después de aquella obra magna, y además 80 años de edad, capituló con el Presidente Aux de Armendáriz la conquista del Valle de la Plata y Moquégua, lo cual hizo á su costa con 150 hombres de armas. Aunque llevó á efecto la excursión, no volvió de ella, porque pereció en la jornada. Sus compañeros trajeron sus huesos á Santafé, y los sepultaron en la Catedral de esta ciudad. Tuvo honrosos empleos en el Gobierno de la Colonia, y fueron suyos Sasaima, Nocaima y otros muchos terrenos. Para su habitación en Santafé tenía la media cuadra contigua á la Catedral y la esquina de abajo de la plazuela de San-Carlos, casa que es hoy día del señor Juan Manuel Herrera. Su hijo mayor no quiso venir á América; pero su hijo segundo, don Juan Lorenzo, le heredó y se quedó en el país.

OLIVA (DIEGO DE).—OLMEDO (JORGE DE).— Dos soldados de la Conquista. El primero vino con Federmann, y el segundo con Quesada.

OLMOS (JUAN DE).— Nació en la Villa de Portillo, en Castilla la Vieja. Pertenecía á una familia distinguida. Vino á Santa-Marta en 1534, y con Quesada sirvió con buen éxito en toda la Conquista. En premio le dieron las encomiendas de Pacho y Nemocón, y tuvo en Santafé honrosos empleos. Era hombre de culta educación y bastante erudito en materia de leyes y cánones, por lo que su opinión era muy acatada. Fué casado y dejó tres hijos de su mujer, doña María de Cerezo y Ortega.

OÑATE (MARTÍN DE).—Era vizcaíno, vino con Quesada, y fué soldado muy valiente. Murió lidiando contra los Indios Muzos en la batalla de Itocó, en 1545.

OREJUELA (JUAN RUÍZ DE).—Natural de Córdoba. Sirvió durante diez años en Italia, en los ejércitos reales. Se halló en Pavía y en el saqueo de Roma. Volvió á España en 1535. En su calidad de Capitán de Infantería, en la tropa que trajo el Gobernador Fernández de Lugo, pasó á servir en Santa-Marta; allí ascendió

á Sargento-Mayor, y se quedó como Maestre de campo del Gobernador. En 1542 subió al Nuevo Reino con don Alonso Luís de Lugo, y por muchos años estuvo sirviendo en las conquistas.

ORTEGA (JUAN DE).—Era soldado de caballería de la tropa de Quesada, y le llamaban *el bueno*. Fué encomendero de Cipaquirá; y como no tuviese sucesión, dejó todos sus bienes á la orden de Santo-Domingo de Santafé, con lo cual se empezó á labrar el convento en 1577. Un hermano de éste, Diego de Ortega, dejó una fundación pía en Santafé para casar doncellas pobres.

ORTIZ (CRISTÓBAL DE).—ORTIZ (DIEGO DE).—Soldados de la expedición de Federmann. Se establecieron, en Vélez el primero, y en Tocaima el otro.

ORTIZ (ORTÚN).—Sirvió primero en la Conquista de Santa-Marta, y pasó á Venezuela con el Capitán Rivera; sentó plaza con sus compañeros bajo las banderas de Federmann. Tuvo la encomienda de Gámeza, después de haber servido mucho en la conquista, pero no dejó hijos legítimos.

OROZCO (LOPE DE).—Vino con Belalcázar. Le llamaban *el viejo*. Se avecindó en Pamplona. Era natural de Córdoba. (1)

OROZCO (JUAN DE).—Estuvo en la conquista de Cartagena con don Pedro de Heredia. Después de haber asistido á las expediciones que se llevaron á cabo en aquella provincia, fué con Vadillo al Cauca, y de allí á Quito, en donde se enganchó con Belalcázar. Habiendo ayudado en la conquista del Cauca, llegó al

(1) Hubo otro *Lope de Orozco* que estuvo de Gobernador de Santa-Marta en 1576. "Este fué quizás, dice Acosta, el primer Español, después de Bastidas (en aquella provincia), que concibió un plan de colonización, fundado sobre la labranza de las tierras, crías de ganados &c., y no sobre la ruina y destrucción de los Indios." Hizo arrasar las fortalezas y ofreció su amistad á los naturales, quienes la aceptaron, pero al fin no surtió ningún resultado su conducta, y los aborígenes se volvieron á rebelar.

Nuevo Reino con su General, en calidad de baquiano. El cronista Castellanos dice que era hombre de letras y había escrito la relación de sus viajes, con el nombre de *El Peregrino*, en que daba muchas noticias de sus campañas; y fué éste uno de los manuscritos que consultó el mismo cronista para escribir su historia.

OTAÑEZ (MIGUEL DE).—Soldado de la tropa de Quesada. Tuvo parte en la conquista de los Indios Gualíes, y fué uno de los fundadores y pobladores de Mariquita.

PALENCIA (NICOLÁS DE).—Benemérito por haber concurrido al descubrimiento y fundación de muchas ciudades de Venezuela é islas de Trinidad y Margarita. Vino al Nuevo Reino con Federmann: era tuerto, pues había perdido un ojo en las anteriores campañas. Trabajó después en las arriesgadas expediciones de Sierra-Nevada, Pamplona y Ocaña, y en seguida en Venezuela, á donde regresó, y allí ayudó á fundar á San-Cristóbal, Mérida y Tocuyo. Regresó á Pamplona, en donde tenía repartimiento, y fué por mucho tiempo Justicia mayor y Procurador general de aquella ciudad.

PALMA (ANTÓN DE LA).—PERONEGRO (JUAN).—Ambos conquistadores, de los de Federmann. El primero se radicó en Santafé, y el segundo en Vélez. Ni uno ni otro dejaron descendencia conocida.

PAREDES-CALDERÓN (DIEGO DE).—Era natural de Ronda, en España. Estuvo como soldado sirviendo en la conquista de Cubagua. De allí pasó al Cabo-de-la-Vela, en donde descubrió perlas entre los Indios costeños y la manera de pescarlas. En Santa-Marta, á donde fué en seguida, tomó servicio en la tropa de Quesada, y después en la Conquista fué soldado de mérito. Fué encomendero de Somondoco y se radicó en Tunja, en donde casó con doña Catalina Botello.

PENAGOS (JUAN DE).—Caballero hijodalgo de la villa de Santander en España. Entró en el Nuevo Reino de Granada con Lebrón, y asistió á algunas con-

quistas. No dejó descendencia legítima, ni se sabe cuándo murió.

PÉREZ (ANTONIO FERNÁN).—Fué soldado de Quesada; conquistador con Galiano de los Indios Chipataes. Se avecindó en Vélez.

PERIAÑEZ PORTOÉS (ó PEDRO YÁÑEZ). Era de origen portugués. Vino con Quesada, combatió con ánimo en la conquista, y con la parte que le tocó de la repartición del oro que hizo Quesada (450 pesos de oro de 18 quilates), bajó á la Costa, y de allí fué á la isla de Tenerife y trajo á su mujer, Constanza Rodríguez Hermoso, y con ella se avecindó en Tunja. Murió en 1562, y dejó un solo hijo.

PINEDA (JUAN DE).—Vino con Quesada á la conquista del Imperio Chibcha, y asistió á la fundación de Tunja, en donde fué el primer Alcalde ordinario. Era sevillano de nacimiento.

PORRAS (PEDRO DE).—PORRAS (SEBASTIÁN).—Soldados de la expedición de Federmann. El primero fué uno de los fundadores de Tocaima, en donde fué Regidor. El segundo concurrió á la conquista de los Panches, y después de fundado Ibagué se radicó allí.

POVEDA (ALONSO RAMÍREZ DE).—Vino con Federmann. Soldado valeroso, estuvo en varias contiendas con los indígenas, y acabó por ahogarse en un río, durante la conquista de los Yagüeríes. Dejó larga descendencia.

PRADO (HERNANDO DEL).—Era toledano, de familia distinguida y medio hermano del Capitán Céspedes. Vino con Quesada, y fué fundador de Tocaima; tuvo las encomiendas de Guataquí, Ambalema y otros lugares. Murió sin descendencia legítima.

PRADO (JUAN DEL).—PUELLES (JUAN DE).—PUJOL (MARTÍN).—Soldados de la expedición de Quesada el primero y el último, y de Belalcázar el segundo, los cuales concurrieron á las conquistas. El primero se estableció en Vélez, y los otros dos en Santafé.

PUERTA (JUAN DE LA).—Llegó con Federmann. Tuvo parte en la reducción de los Panches y se estableció en Tocaima.

QUESADA (HERNÁN PÉREZ DE).—Hermano del conquistador del Imperio Chibcha y fundador del Nuevo Reino de Granada, á quien acompañó en su primera expedición, con el destino de Alguacil mayor y segundo en el mando del ejército. Después de haber hecho muchas conquistas importantes por el Sur y el Norte de la Sabana, de haber descubierto el valle de Neiva, y ayudado en todo á su hermano, éste, al tiempo de partir para España, le dejó gobernando el país conquistado. Durante aquel tiempo se ocupó en una expedición á los Llanos en demanda del Dorado, y salió al cabo de dos años, en malísimo estado, á Quito. Allí se encontró con otro hermano, Francisco, en cuya compañía y la de los pocos que habían quedado de la expedición, regresó á Santafé. Al volver á su gobernación encontró ejerciéndola á don Luís Alonso de Lugo, quien le persiguió, encarceló y siguió causa por el mal tratamiento que había dado á los Indios, notablemente al Zaque de Tunja, á quien había mandado degollar como conspirador, sin pruebas suficientes. Por último, Lugo desterró á los dos hermanos Quesadas, los cuales pasaron á la Isla Española, y regresaban yá libres en 1544, cuando al pasar por el Cabo-de-la-Vela les mató un rayo que cayó sobre el buque en que estaban. Hernán Pérez de Quesada "era hombre de buena y robusta presencia, dice Piedrahita, agradable sobre encarecimiento á cuantos le trataban; templado en las cosas prósperas y sufrido en las adversas; de costumbres populares para gobernar hombres, y de notable destreza en regir un caballo; pagábase de la lisonja, y aun comprábala, porque su inclinación le arrastraba al aplauso; su liberalidad pareció más de príncipe que de particular. En menos de dos años y medio que gobernó en nombre de su hermano, derramó entre forasteros y soldados más de ciento cincuenta mil pesos de oro." Desgraciadamente fué arrebatado de genio, y cuando le animaba la cólera ó el odio no se paraba en nada; así, los historiadores le culpan, no sólo del degüello del infeliz Zaque de Tunja, sino de que

también ayudó á matar al Zipa de Bogotá, á quien debió haber defendido, puesto que se le había nombrado defensor oficial del desgraciado monarca.

QUINCOCES (JUAN DE LA LLANA).—Era caballero bien nacido. Vino con Quesada; pero no se casó, y cuando murió dejó vacante la encomienda de Tiraquirá, en el distrito de Tunja.

QUINTERO (JUAN).—Soldado de la expedición de Federmann. Estuvo en varias expediciones conquistadoras, pero se ignora su suerte ulterior.

REQUEJADA (FRAY VICENTE).—Religioso agustino. Vino como segundo Capellán de las tropas de Federmann. Una vez en el Nuevo Reino, se ocupó en catequizar á los indígenas; y como acompañase á Rondón á fundar á Tunja, fué nombrado primer Cura de aquella naciente ciudad. Pero el genio de las aventuras no le dejaba estar sosegado, y en 1540 emprendió marcha con Montalvo de Lugo á Quito, en donde se quedó, y no se sabe qué fué de él después.

RAMÍREZ (JUAN DE HINOJOSA).—Vino como soldado de las tropas de Quesada. Estuvo en las más arriesgadas expediciones conquistadoras, y ál fin se estableció en Tocaima.

REY (MATEO SÁNCHEZ).—Era italiano, á lo menos nacido en Italia, de padres Españoles. "No tenía por propio el apellido de Rey, dice el cándido Ocariz, sino adquirido por sus buenas propiedades. Vino á la provincia de Cubagua en 1521. Ayudó á erigir la fortaleza de Cumaná y también á defenderla valientemente de los ataques de los naturales. Después de haber asistido á varias facciones se enganchó con Bastidas para ir á conquistar la provincia de Santa-Marta. Fué uno de los que trataron de defender al Gobernador del puñal de los conspiradores. Estuvo con los subsiguientes Gobernadores de la provincia en todas las contiendas habidas con los Indios. Fué uno de los primeros conquistadores del Valle-Dupar y de las

márgenes del río Magdalena; pasó á la Gobernación de Cartagena, y allí estuvo en varios reencuentros con los aborígenes; tornó á Venezuela y se enganchó bajo las órdenes de Federmann, con quien subió al Nuevo Reino de Granada. En los alrededores de Santafé tuvo las encomiendas que llamaron de la Ciénaga y de Suba. Estuvo en las expediciones de los Palenques y Sierra-Nevada; fué conquistador de los Colimas y de La Palma, en donde tuvo repartimiento. Este conquistador era sumamente valeroso y audaz, y, dice Ocariz, "se dió más á la espada que á la pluma, y no sabía escribir." Dejó dos hijos de su matrimonio con Casilda Salazar.

RIVERA (JUAN DE).—Fué como militar á la provincia de Santa-Marta, y después de haber tenido parte en la conquista de aquella comarca fué enviado por el doctor Infante á La Ramada, en cuya jornada perdió el rumbo y fué á dar cerca de Maracaibo con su compañía. Allí se encontró con Federmann, y éste le persuadió á que abandonase el servicio de la Gobernación de Santa-Marta y siguiese con él en calidad de Capitán de á caballo. Acompañó al General alemán hasta el Nuevo Reino, en donde se quedó al servicio de Hernán Pérez. Tuvo la encomienda de Machetá, pero no dejó sucesión.

ROA (CRISTÓBAL DE).—RODRÍGUEZ DE LEÓN (PEDRO).—RODRÍGUEZ (ANTÓN CAZALLA).—RODRÍGUEZ (FRANCISCO).—RODRÍGUEZ DEL OLMO (JUAN).—Soldados que vinieron al Nuevo Reino de Granada en la expedición de Quesada; todos cinco se establecieron después en Tunja, en donde les habían dado encomiendas en premio de sus servicios en la Conquista.

RODRÍGUEZ (JUAN BENAVIDES DE).—Este conquistador, de la tropa de Quesada, fué nombrado primer Escribano de Santafé de Bogotá.

RODRÍGUEZ PARRA (JUAN).—Soldado de la expedición que vino de Santa-Marta; fué uno de los que, por su imprudencia, pusieron fuego al templo de Sugamuxi.

ROJAS (HERNANDO DE).—Era hijodalgo cordobés; había abrazado desde joven la carrera de las armas y servido quince años en Italia y en las guerras contra el Gran Turco. Pasó a las Indias y sirvió en la provincia de Cartagena, y habiendo sido conquistador bajo los Gobernadores de ella, sirvió con Belalcázar en las conquistas de Popayán y de todo el valle del Cauca: vino á Santafé con Belalcázar y se quedó en el Nuevo Reino. Ayudó en las conquistas de los Indios Chipataes y otros, y se estableció definitivamente en Tunja, en donde tuvo ricas encomiendas; se casó dos veces y tuvo larga descendencia. Era sobrino del Gobernador de Cuba, don Manuel de Rojas, y pariente cercano de don Gabriel de Rojas, Gobernador de Caracas.

ROMERO (DIEGO).—Fué de los conquistadores que vinieron con Quesada. Le dieron las encomiendas de Uncipá y Engativá, en recompensa de sus servicios militares. Fué Procurador general y Mayordomo en 1552. Era hijo ilegítimo de don Carlos de Mendoza, noble español. Murió en Santafé en 1592; pero aunque se casó no dejó herederos.

RUIZ (ANTONIO).—Vino con Quesada. Sirvió mucho en la Conquista, y le dieron las encomiendas del Cacique, - Itaque, Sotaquirá y muchas otras. Tuvo destinos honrosos en la Colonia. No tuvo sucesores conocidos.

RUIZ HERREZUELO (PEDRO).—Vino en la expedición de Quesada. Era hermano del cruel Oidor Montaño, pero no se hizo odiar como éste. Se había establecido en Tunja, y aunque fué casado con una cuñada de Robledo, doña Catalina Carbajal, no tuvo familia.

RUIZ (CRISTÓBAL).—RUIZ (PEDRO CÓRDOBA).—Ambos fueron soldados de la tropa de Quesada. Después de haber servido en las conquistas, el primero se estableció en Santafé, y el segundo en Tunja.

RUIZ (PEDRO GARCÍA).—Vino á Santa-Marta con Fernando de Lugo, y duró algunos años como militar en aquella provincia. Subió á Santafé con Lebrón, en 1541. Fué á la conquista del Dorado con Hernán Pérez, y se estableció después en Tunja, en donde labró una capilla ostentosa y dejó rentas para sustentarla. Casó con doña Isabel Macipe, y tuvo larga descendencia.

SALAMANCA (JUAN Y PEDRO RODRÍGUEZ).—Soldados de Quesada. Ayudaron en la Conquista y murieron en Tunja.

SANABRIA (LUÍS DE).—Era de familia hidalga. Fué conquistador de Venezuela y del Perú; entró luégo en el Reino de Quito, en el Cauca y en el Nuevo Reino, con Belalcázar. Se radicó en Tunja, en donde fundó la ermita de las Nieves. Dejó dos hijas de su matrimonio con doña Leonor Macías Escobar, extinguiéndose en ellas el nombre.

SÁNCHEZ (BARTOLOMÉ SUÁREZ).—Vino con Quesada. Era Escribano, y acaso fué éste el encomendero de Sáchica á quien don Luís Alonso de Lugo hizo dar garrote en la prisión, en 1543.

SÁNCHEZ (JUAN).—Soldado de la expedición de Quesada. Llevaba también los apellidos de Toledo y Melo. Fué encomendero de la Palma, después de la Conquista, y le dieron el pueblo de Gachancipá. Fué uno de los primeros negociantes en Santafé. Hizo varios viajes á España, á traer mercancías, con lo cual se enriqueció.

SÁNCHEZ CASTELBLANCO (DIEGO).—Soldado de Federmann. Después de la Conquista murió en Tunja.

SÁNCHEZ PANIAGUA (DIEGO).—SÁNCHEZ COGOLLUDO (MATEO).—El primero era soldado ballestero de la tropa de Quesada y de origen italiano; el segundo fué el encomendero de Ocabitá, también de la expedición de Quesada, y murió asesinado por los Indios.

SANCHEZ VELASCO (PEDRO).—SÁNCHEZ (MARTÍN ROPERO).—Ambos pertenecían á la expedición que subió de Santa-Marta al Nuevo Reino. Después de atender á la Conquista se establecieron en Tunja, pero no dejaron descendencia legítima.

SÁNCHEZ (MIGUEL.)—Soldado de Quesada. Este fué el que con Rodríguez Parra incendió el templo de Sugamuxi, aunque no intencionalmente. Después de haber concurrido al sometimiento de los Muzos y de los Panches, se estableció en Tunja, y dejó larga descendencia.

SALINAS (HERNANDO DE).—Natural de Salinas. Era Sargento Mayor de la tropa de Quesada. No se sabe cuál fué su suerte ulterior.

SALAZAR (PEDRO DE).—Vino con la expedición de Santa-Marta al Nuevo Reino. Fué el primer Escribano del Cabildo de Vélez, en donde vivió. No dejó descendencia.

SALGUERO (FRANCISCO).—Era de origen portugués. Se estableció en Tunja, en donde tuvo encomiendas. Allí casó con doña Juana Macías Figueroa, y en 1573 se separaron, á fin de que ella pudiese fundar el convento de Santa-Clara, en Tunja, en las casas de su morada.

SAN-MARTÍN (JUAN DE).—Había sido Oficial de los reales ejércitos en España. Fué uno de los más notables conquistadores, famosísimo baquiano, y hombre amigo de las letras, puesto que escribió con el Capitán Lebrija la relación de sus viajes. No permaneció en el Nuevo Reino después de la Conquista.

SANTAFÉ (GASPAR DE).—Subió al Nuevo Reino con Quesada. Ayudó en la conquista de Neiva y de Tocaima. Se estableció én esta última ciudad, pero no dejó hijos varones de su matrimonio.

SAN-MIGUEL (CRITÓBAL DE).—Era hijo de Castilla y natural de la villa de Ledezma. Vino con Federmann, después de haber ayudado en las conquis-

tas de Venezuela. Fué Contador de Hacienda en 1556, y ejerció otros empleos honoríficos. Fué encomendero de Sogamoso, y tuvo descendencia masculina.

SEDANO (N.).—SEGURA (DIEGO DE).—SILVA (FRANCISCO DE).—Soldados de la expedición de Quesada. Concurrieron á muchas de las contiendas con los aborígenes, y se ignora si tuvieron descendientes en el país.

SUÁREZ MONTAÑO (DIEGO).—Parece que era persona muy respetada en la tropa de Quesada, con quien vino al Nuevo Reino. En Tunja, en donde se estableció, le dieron honoríficos destinos, después de haber concurrido á las expediciones más arriesgadas de la Conquista. Dejó un hijo de su mismo nombre y larga descendencia.

TAFUR (JUAN).—Nació el año de 1500 en la ciudad de Córdoba. Su padre se llamaba Pérez Tubera y su madre Isabel Tafur; pero como en aquel tiempo los hijos tomaban indistintamente los apellidos de sus padres ó madres, éste prefirió el de su madre, y con ése vino á Indias, en 1518, con Pedro de los Ríos, Gobernador de Tierra-Firme. En 1527 el Gobernador de Panamá dió orden á Juan Tafur para que fuese con dos navíos á recoger la gente descontenta de la expedición de Pizarro. Tafur obedeció, y dejando al valiente aventurero con 13 compañeros, regresó con los demás á Panamá. En 1533 pasó á Santa-Marta, en donde residió hasta 1536, año en que emprendió marcha en la expedición acaudillada por Jiménez de Quesada. Habiéndose manejado con todo el denuedo y la pericia que se podía aguardar de su larga experiencia en las guerras indígenas, obtuvo las encomiendas de Pasca, Usaque, Chipaque é Itaque. Diéronle además muchos destinos honoríficos en Santafé. No obstante haberse casado dos veces, no dejó familia alguna.

TAFUR (MARTÍN YÁÑEZ).—Primo hermano del anterior, y como éste, nacido en Córdoba. En 1520 pasó de España á la isla de la Trinidad, y fué Alcaide de la fortaleza de Yuriparí. En seguida se enganchó con Heredia, y con éste pasó á la conquista de

Cartagena, en donde militó con el grado de Capitán. Cuando don Pedro de Heredia atacó y saqueó la colonia fundada por un Oficial de la Gobernación de Panamá, en las inmediaciones de San-Sebastián de Urabá, Tafur, que se hallaba con Heredia, se apoderó de seis mil castellanos de oro que Julián Gutiérrez tenía en su casa. Cuando Gutiérrez fué puesto en libertad y se creía arruinado, Yáñez Tafur se le acercó, y, entregándole el oro intacto, le dijo: "Hé aquí el oro que os tomé para evitar que otros menos escrupulosos se lo apropiasen." Esta noble conducta de Tafur es digna de mención, sobre todo en aquel siglo en que regían las leyes del botín y cada cual se apropiaba cuanto le venía á las manos después de un combate. Nuestro Conquistador atravesó con Vadillo las provincias de Antioquia y del Cauca, y de allí pasó al interior del Nuevo Reino: estuvo en la conquista de la Palma, en la de los Indios Panches y otras, y se radicó en Santafé, en donde se casó, y dejó varios hijos.

TORDEHUMOS (FRANCISCO DE).—Hijodalgo, natural de Tordehumos. Vino de España á Santa-Marta con don Pedro Fernández de Lugo, y subió á la conquista del Imperio Chibcha con Quesada. Tuvo la encomienda de Cota, y en Santafé fué Alcalde, Procurador, Mayordomo, &c. Se casó, pero no tuvo hijos, y al morir dejó su caudal para edificar parte del convento de Santo-Domingo, y costeó la estatua del Santo, que hizo traer de España, en lo cual gastó cuatrocientos pesos de oro.

TORO (CRISTÓBAL DE).—Era soldado raso, de baja extracción, de oficio curtidor, y no sabía escribir. Logró reunir algún dinero, con el cual trajo de España á su mujer, Francisca Pedroza, y vivió con ella treinta y ocho años en Santafé, dedicado á su oficio, pero no dejó sucesión. Era además encomendero de Chinga.

TORRES (DIEGO).—TORRES (JUAN DE). TORRE (LÁZARO DE LA).—Soldados de la tropa de Quesada. El primero se avecindó en Pamplona; el segundo en Santafé, y el tercero en Tunja. No se tiene noticia de que dejaran sucesión.

TORRES CONTRERAS (JUAN).—Vino en la expedición de Quesada, y después de haber presenciado los principales hechos de armas de la Conquista, se estableció en Tunja con el título de Señor de Turmequé. Trajo á su mujer de Córdoba, de donde eran ambos naturales.

TROYA (NICOLÁS DE).—TRUJILLO (JUAN). El primero vino con Federmann, y era natural de Valladolid; el segundo era soldado de Quesada. Ambos se establecieron en Santafé, después de haber asistido á la Conquista; pero no tuvieron sucesión conocida.

UMBRÍA (SALVADOR DE).—VALENZUELA (PEDRO SÁNCHEZ).—Ambos soldados de la Conquista. El primero vino con Quesada y se quedó en Tunja. El segundo era conquistador de los de Venezuela. Fué uno de los primeros pobladores de Ibagué.

VALDÉS (MELCHOR DE).—Conquistador de los compañeros de Pizarro en el Perú, y en el Reino de Quito, con Belalcázar. Después de ayudar en las conquistas del Cauca vino como Maese de campo de Belalcázar, y fué uno de los primeros fundadores de Ibagué y conquistador de los Panches y otros Indios.

VALDERAS (DIEGO RODRÍGUEZ DE).—Vino en la tropa de Federmann, y después de la Conquista le premiaron con la encomienda de Ubaté.

VÁSQUEZ (PEDRO).—Soldado de Federmann. Después de haber tenido parte en muchas expediciones, murió á manos de los Indios de Macaregua.

VALDIVIA (ANDRÉS DE).—No se sabe de qué parte de España era oriundo. En 1570 era vecino de Anserma, y allí ofreció á un poblador de aquel lugar, que se había hecho muy rico, pasar á España y en su nombre solicitar para él la Gobernación de los terrenos ubicados entre el Cauca y el Magdalena. El rústico ansermeño entregó á Valdivia los recursos necesarios para el viaje, y al año siguiente regresó aquest te, trayendo el nombramiento de Gobernador para sí

con lo que engañó y traicionó al que había puesto confianza en su buena fe. Desde que Valdivia entró en su Gobernación tuvo que luchar constantemente con los indígenas de todas aquellas comarcas, que se rebelaban sin cesar; además, el Consejo de Indias declaró en 1572 que los territorios de Valdivia no comprendían las ciudades que había encontrado pobladas, de lo cual resultaba que su Gobernación se componía de un *ejército* de cuarenta y seis Españoles, veinte negros esclavos, quinientos Indios sometidos y una multitud de tribus de indígenas indómitos, derramados por el país más montuoso y quebrado del mundo. El desgraciado Valdivia puso los fundamentos de una ciudad en la orilla derecha del Cauca, que llamó Ubeda. Pero nada podía ser más triste que aquella situación, la cual se agravó con la irritación y descontento que manifestaba Valdivia; y como tratase mal á los Españoles y á los indígenas, muchos de los suyos le abandonaron, y se sublevaron los aborígenes, que cayeron sobre los restos del campamento y asesinaron á Valdivia y á sus compañeros, el 16 de Octubre de 1576.

VÁSQUEZ DE LOAYSA (PEDRO).—VEGA (GONZALO DE).—El primero era natural de Málaga. Vino del Perú con Belálcazar; fué soldado de Arias Maldonado y casó con una hermana de Suárez Rondón. Vega fué conquistador de los de Federmann. Después de la Conquista se radicó en Vélez.

VENEGAS CARRILLO MANOSALVAS (HERNÁN).—Era natural de Córdoba. Vino en calidad de soldado en la tropa de Quesada; pero durante aquella campaña se distinguió tánto por su denuedo, valentía á toda prueba é instintos y dones militares, que cuando estuvo conquistado el Imperio Chibcha yá se consideraba por todos que Venegas era el llamado á ser uno de los principales caudillos de la subsiguiente conquista y civilización de los territorios indígenas. Gobernando don Luís Alonso de Lugo el Nuevo Reino de Granada, resolvió, en 1544, enviar una expedición á guerrear con los belicosos Panches y Pantágoros, en cuyas tierras se decía que había minas de oro. Escogiendo entre los capitanes más esforzados, se fijó en

Venegas, aunque no pertenecía al partido que él encabezaba, y le nombró Jefe de la empresa. Éste aceptó, con la condición de escoger la tropa, como lo hizo, y salió de Santafé á principios del año. Esta expedición fué siempre victoriosa, y atravesó felizmente las tierras de los Panches; pasó el río Magdalena y descubrió los sitios donde después se fundaron Ibagué, Santa-Águeda, Ambalema y Mariquita, y además las minas de Sabandijas y de Venadillo, nombrado así, dice Piedrahita, por un cervatillo manso que tenían los Indios en aquel lugar. Libró batallas á los Guataquíes y Ambalemas unidos, y después de vencerles atacó á los Bituímas, que se habían fortificado en lo alto de una peña, á quienes también sometió; exploró en seguida las márgenes del río Patí (hoy día Bogotá), y resolvió fundar una ciudad en el valle de los Tocaimas, por parecerle aquel sitio ameno y en la inmediación de aguas sulfurosas, propias para curar muchas enfermedades. Puso el nombre de Tocaima á la nueva ciudad, la cual fundó el 6 de Abril de 1544, y fué una de las más prósperas y aun ricas y ostentosas de la Conquista. Desgraciadamente Venegas no supo elegir el sitio, porque poco tiempo después una inundación del río arruinó los edificios y los cubrió completamente; de manera que fué preciso mudarla á parte más alta, en donde nunca tuvo la misma prosperidad que al principio. En 1547 Venegas fué nombrado por todos los Cabildos del Nuevo Reino de Granada para que fuese á la Corte á pedir la revocación ó enmienda de las leyes que había traído Armendáriz y que tánto escándalo causaron. Al siguiente año regresó Venegas de España, después de haber obtenido casi todo lo que se deseaba, con lo cual aumentó su fama; Armendáriz le envió á la cabeza de una tropa á socorrer á La Gasca en el Perú; pero se volvió del camino, por haberse debelado sin su ayuda el levantamiento de Gonzalo Pizarro. En uno de los viajes que hizo á España se casó, y trajo después á Santafé á doña Juana Ponce de León, hija del Gobernador de Venezuela, don Pedro Ponce de León, la cual llegó en 1569, año de la muerte de su padre. Después de una vida muy honrrósa, Venegas murió en 1583, muy viejo, dice Ocáriz, pero no sabemos qué edad contaba. Dejó á sus ocho

hijos herederos de las ricas encomiendas de Guatavita, Gachetá, Chipasaque (hoy día Junín), Tausa, Suba y Gachancipá. Está enterrado en la Catedral de Santafé de Bogotá, en la Capilla de Santa-Lucía.

VERDEJO (EL BACHILLER JUAN).—Vino como primer Capellán del ejército de Federmann. Trajo desde Venezuela las primeras gallinas que se vieron en el Nuevo Reino de Granada. Durante aquella campaña, que duró cuatro años, tuvo cuidado extremo de defender aquellas aves de la rapacidad de los soldados, los cuales pasaban frecuentemente grandes hambres y necesidades. Cuando partió el padre Las Casas con Quesada, el Bachiller Verdejo quedó en su lugar administrando el curato de Santafé, el cual abandonó por instancias de Hernán Pérez de Quesada, quien le llevó como su Capellán en su desastrosa expedición en persecución del Dorado; y probablemente sería uno de los ochenta Españoles que perecieron en aquella empresa, puesto que no le mencionan entre los que sobrevivieron.

VIANA (EL BACHILLER).—Clérigo descubridor de una parte del río Cauca y del San-Jorge, que recorrió con 110 soldados. Durante aquella larga y ardua correría no tuvieron que combatir con los habitantes de la tierra, sino con el clima y las penalidades, el hambre, las enfermedades y por último la muerte del Jefe, el bachiller Viana, y de muchos de los principales Capitanes. Esto sucedía en 1532.

VILLALOBOS (N.).—Capitán de infantería: se distinguió en la provincia de Santa-Marta, con Céspedes y Cardoso, hacia 1531; pero cansado al fin de los trabajos tan mal remunerados que se pasaban en aquella provincia, resolvió abandonarla. Como el Gobernador se lo quisiese estorbar, se arrojó al mar, y á nado alcanzó un navío que pasaba en vía para Panamá. De allí pasó al Perú y vino con Belalcázar hasta el Nuevo Reino, en donde pereció, poco después de su llegada, á manos de los Indios.

VILLANUEVA (JUAN DE).—VILLASPASAS (LORENZO).—Soldados de Federmann. Después de la conquista se estableció el primero en Tunja, y el segundo en Tocaima; pero no dejaron sucesión.

VILLAVICIOSA (FRANCISCO).—YÁÑEZ (RODRIGO).—Vinieron ambos con Quesada y eran soldados rasos. Subieron en la Conquista, y después de ella, el primero se estableció en Tunja y el segundo en Vélez.

ZAMORA FORERO (CRISTÓBAL).—ZEA (PEDRO DE).—Soldados de Federmann. El primero fué uno de los fundadores de Tocaima, en donde dejó una hija única. El segundo, que fué notable en las conquistas de Venezuela, se estableció y murió en Tunja.

ZARCO (BENITO).—Vino con Federmann, y se estableció en Vélez, en cuyos contornos murió á manos de los Indios, con Juan Gascón y cinco Españoles más.

ZEGARRA (N.).—ZELADA (CRISTÓBAL). Pertenecían á la tropa de Quesada. Después de haber ayudado en la Conquista se establecieron en Tunja; pero no tuvieron sucesión conocida.

ZORRO (GONZALO GARCÍA).—Era natural de Guadalcanal, en Extremadura, hijo legítimo de Diego Alonso de Zorro y de Teresa González. En la expedición de Quesada vino como Alférez Mayor de los bergantines que subieron el Magdalena. Cuando Gallegos se devolvió con las embarcaciones río abajo, el Alférez Zorro siguió la jornada con Quesada. Después de concurrir á todas las principales facciones de la Conquista, tuvo parte, según aseguran algunos cronistas, en la muerte cruel del Zipa Sagipa; y lo que llama la atención en esto es, que el Capitán Zorro murió en 1566, en un juego de cañas, de un golpe que le dió Alonso Venegas, hijo del conquistador Venegas Carrillo y de una hija del atormentado Zipa. García Zorro había sido casado, pero no dejó hijos, y heredó la encomienda de Fusagasugá y otros bienes su sobrina doña Elvira Padilla, la cual había casado dos veces, y apartándose de su segundo marido fundó el convento del Carmen, en las casas del Conquistador, el 10 de Agosto de 1606. Doña Elvira tomó el velo de monja con tres hijas suyas y dos sobrinas.

PERROS DE LA CONQUISTA.

¿Parecerá acaso inoficioso y tal vez hasta irrespetuoso para con nuestros antepasados, los conquistadores del suelo patrio, el mencionar al fin de esta obra los nombres de algunos perros que se hicieron famosos en la Conquista? Pero nuestro propósito ha sido dar una clara idea de la obra llevada á cabo con tánta audacia por los Descubridores y Conquistadores, y conviene que tratemos, aunque sea de paso, de algunos perros cuya cruel ferocidad tuvo mucha parte en la reducción de los indígenas americanos.

Cuando llegaron los Españoles á América, encontraron en diferentes partes del continente, y en algunas de las Antillas, perros mudos, que no sabían ladrar, ni tampoco parece que defendían á sus amos de los enemigos: no tenían otro objeto que el de acompañarles á las cacerías. Los naturalistas no están acordes acerca del origen de estos perros: unos dicen que eran de raza diferente de la de los perros europeos; otros aseguran que habían degenerado en América, y la prueba es que Sir John Franklin llevó á Inglaterra un par de perros mudos que encontró en una tribu indígena de la América del Norte, y que aunque éstos nunca aprendieron á ladrar, los hijos que tuvieron en Europa imitaban la voz de los otros perros. También se dice que los perros silvestres que se encuentran hoy día viviendo en manadas en las Pampas de Buenos-Aires, no ladran nunca, y sin embargo, consta que son descendientes de los llevados allí por los misioneros.

No hemos podido averiguar si antiguamente los Españoles llevaban consigo perros á las guerras; pero, sin duda, algo de esto habría, cuando Colón, aun siendo hombre humano y ejemplar, mandó buscar perros á España para reducir á los naturales de las Antillas. No es creíble que el gran Descubridor fuera el inventor de aquella crueldad, sino que encontraría yá la costumbre establecida en Europa, y él la trasplantó á América.

Los perros de los conquistadores eran de raza de alanos, es decir, mestizos de dogo y mastín. Uno de los más conocidos se llamaba Becerrillo, y era enorme, salpicado de manchas negras sobre un fondo rojo, la nariz negra y los ojos rodeados de pelo negro. Era tan apreciado por su ferocidad, que se le daba doble ración, y su amo recibía sueldo por los servicios de su perro. Era tan inteligente que distinguía los Indios mansos de los alzados. Una vez su amo quiso que matase una india vieja, y la dió una carta para que llevase, y soltó el perro después para que la alcanzase. Cuando la infeliz mujer le vió llegar como una fiera, se arrodilló, levantó la carta que le había dado su amo y le pidió en sentidas palabras que no la matara. El animal se paró: pareció comprender las palabras de la desdichada, y en lugar de despedazarla la acarició.

Después de muchos años de servicios, Becerrillo murió de resultas de una flecha envenenada que le dispararon los Caribes en un combate, y que atravesó la colcha forrada en algodón que siempre le ponían sobre el cuerpo para evitar las flechas enemigas.

Hijo de Becerrillo era Leoncico, el famoso perro de Balboa, el cual recibía la paga de un oficial, y combatió al lado de su amo en todos los encuentros que tuvo con los Indios del Istmo de Panamá.

En Santa-Marta, refiere Castellanos que en 1570 había un perro valientísimo, Amadís (perteneciente á un habitante de aquella provincia, llamado Francisco Castro), el cual hacía parte de todas las expediciones contra los desgraciados aborígenes.

Cuando Gonzalo Jiménez de Quesada vino á la conquista del Imperio Chibcha, no trajo perros en la expedición; pero á la llegada de Federmann y de Belalcázar estas fieras participaban en todas las gue-

rras contra los indígenas que, después, se rebelaron contra los Españoles, y aquellos infelices tenían más horror á un alano cebado á matarles, que á un regimiento de arcabuceros.

Pero no se crea que la práctica de combatir con perros en América era costumbre no más de los Españoles de aquel tiempo y de aquel siglo. Existe todavía en Jamaica una variedad de perros que llaman *bloodhounds*, de Cuba, los cuales, dice Brehm (1), los empleaban los Ingleses hasta el fin del siglo pasado para cazar á los negros alzados de Jamaica. Enseñaban y adestraban á los perros para esta infame cacería, vistiendo con un cuero de negro un maniquí lleno de carne, y cuando los animales estaban hambrientos los soltaban para que devorasen el interior del maniquí. Naturalmente después de esto, un negro representaba para ellos su alimento, y no bien le veían, cuando le despedazaban para comérsele. Parece que en algunos Estados de Norte-América empleaban de la misma manera á los perros para someter á los negros alzados.

No es, pues, justo culpar á los Españoles solamente por su crueldad para con las razas sometidas, puesto que los Ingleses han obrado con igual inhumanidad al respecto de sus esclavos!

(1) Descripción popular del reino animal.

FIN.

LISTA DE LAS OBRAS

MÁS IMPORTANTES CONSULTADAS PARA ESCRIBIR LA PRESENTE.

ACOSTA (JOAQUIN)—"Descubrimiento y colonización de Nueva Granada."

ANCIZAR (MANUEL)—"Peregrinación de Alpha."

ANDAGOYA (PASCUAL).—"Relación de los sucesos del Darién," Colección de Navarrete.

BALBOA (VASCO NUÑEZ DE)—"Carta dirigida al Rey," el 16 de Octubre de 1515.

BARROS ARANA (DIEGO),—"Compendio de Historia de América."

BARALT (R. M).—"Historia de Venezuela."

BORDA (JOAQUIN).—"Historia de la Compañía de Jesús en Nueva Granada."

CANTÚ (CESAR)—"Historia Universal."

CASTELLANOS (JUAN DE)—"Elegías de varones ilustres de Indias."

CASSANI—"Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús."

CEVALLOS (P. FERMIN)—"Historia del Ecuador."

CIEZA DE LEON (PEDRO)—"Crónica del Perú y Guerras de Quito."

CRETINEAU JOLY—"Historia de la Compañía de Jesús."

ESGUERRA (JOAQUIN)—Diccionario geográfico de los Estados Unidos de Colombia."

FRESLE (J. RODRIGUEZ)—"Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada." (*Apéndice á El Carnero*).

FLEURIAU—"La vie du vénerable Père Claver."

GOMARA (F. LOPEZ DE)—"Historia general de las Indias."

GROOT (J. MANUEL)—"Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada."

GUMILLA (R. P. J.)—"El Orinoco Ilustrado."

HERRERA (ANTONIO DE)—"Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas y Tierra-Firme del mar Océano."

JIMENEZ DE LA ESPADA (MARCOS)—"Prólogo del 'Tercer libro de la Guerra de Quito,' de Cieza de León." Madrid, 1877.

IRVING W.—"Life and voyages of Columbus, with the voyages of his companions."

JULIAN (ANTONIO)—"La Perla de América."

LONGANO DEGLI ODDI—"Vita del Venerabil servo de Dio P. Pietro Claver."

L'ART DE VERIFIER LES DATES—"Chronologie historique de l'Amérique."

MENDIBURO (M. DE)—"Diccionario Histórico-Biográfico del Perú."

MURRAY (J. O'K).—Lives of Catholic heroes of América."

NIETO (J. J.)—"Geografía de la Provincia de Cartagena."

NUX (J).—"Reflexiones imparciales sobre los Esñoles en las Indias."

OCARIZ (J. FLOREZ DE)—"Genealogías del Nuevo Reino de Granada."—2.° volumen.

ORBIGNY (A. DE)–Voyage dans l'Amérique meridionale."

OVIEDO Y VALDEZ (J. H).—Sumario de la natural historia de las Indias.

PEREZ (FELIPE)—"Geografía de Colombia."

PIEDRAHITA (L. FERNANDEZ)–"Historia general de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada."

PREVOST (F).—"Descripción de la Provincia de Panamá y el Darien."

QUIJANO (JOSÉ MARÍA)—"Historia Patria."

QUINTANA (MANUEL J.)-"Vidas de Españoles célebres."

ROHRBACHER Y CHANTREL—"Historia de la Iglesia."

SIMÓN (FR. PEDRO)—"Noticias historiales." Partes impresas y manuscritas.

SUÁREZ GONZÁLEZ.—"Historia eclesiástica del Ecuador."

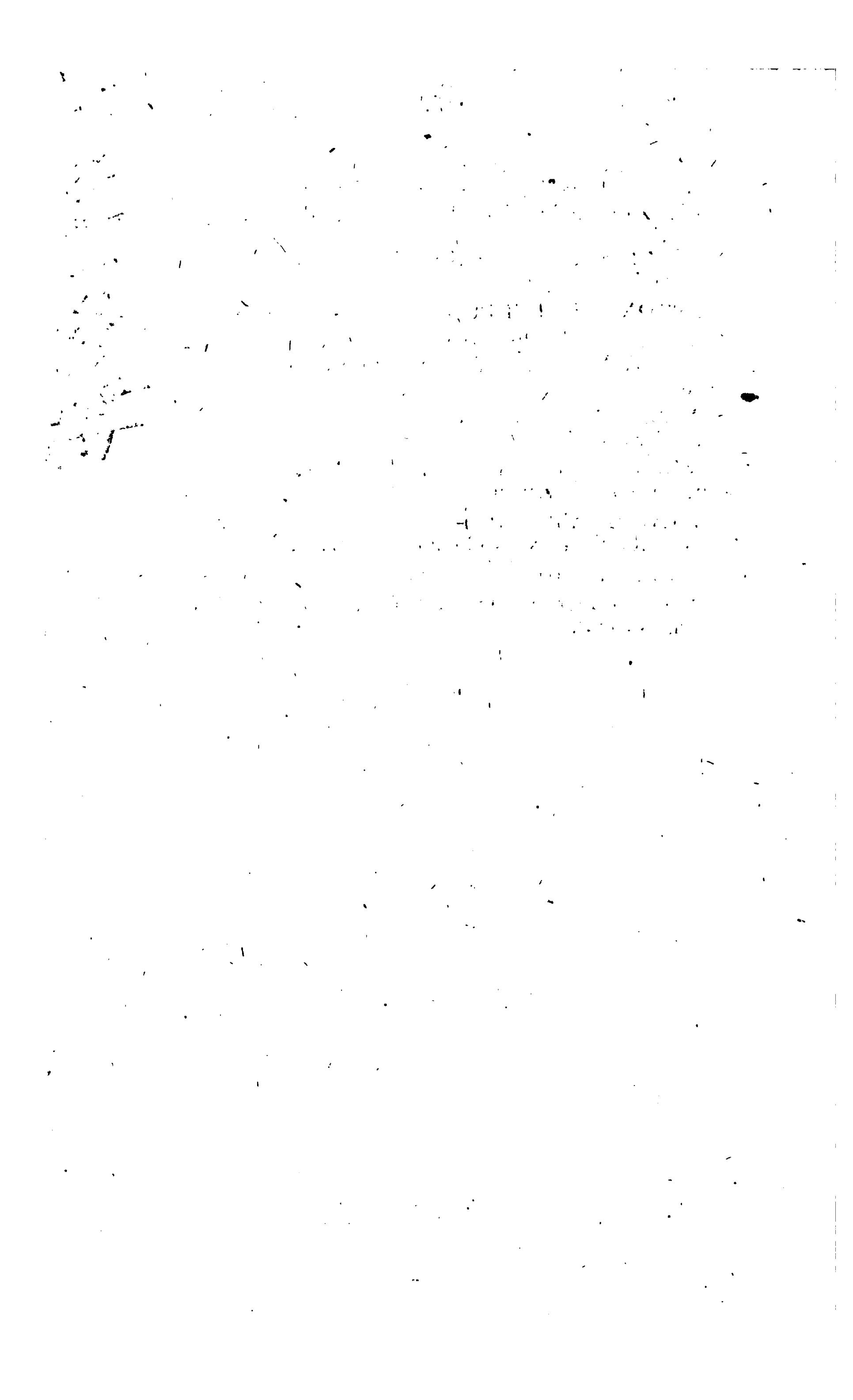
VEGA (GARCILASO DE LA).—"Historia General del Perú &c."

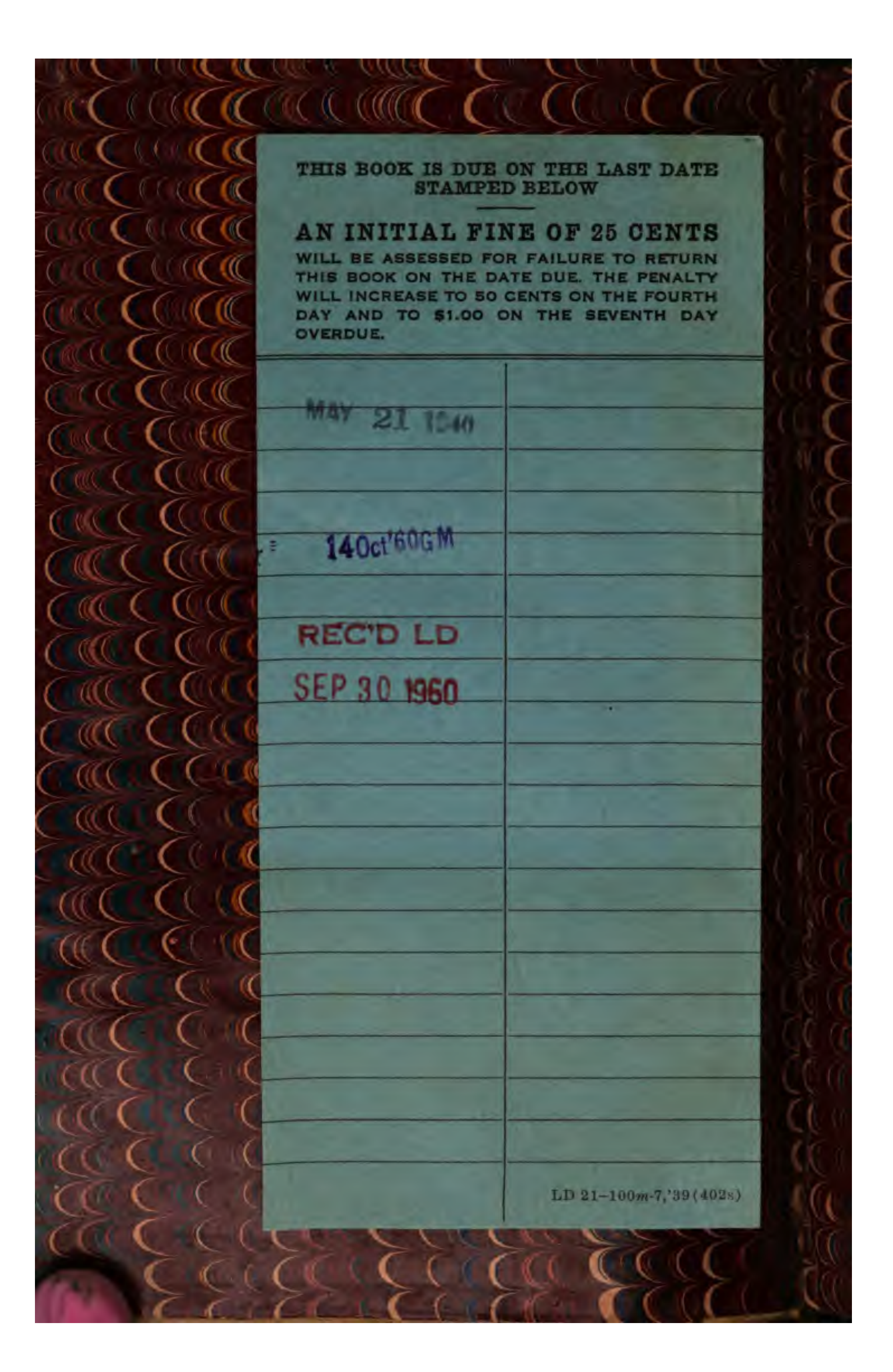
VERGARA Y VERGARA—"Historia de la literatura en Nueva Granada."

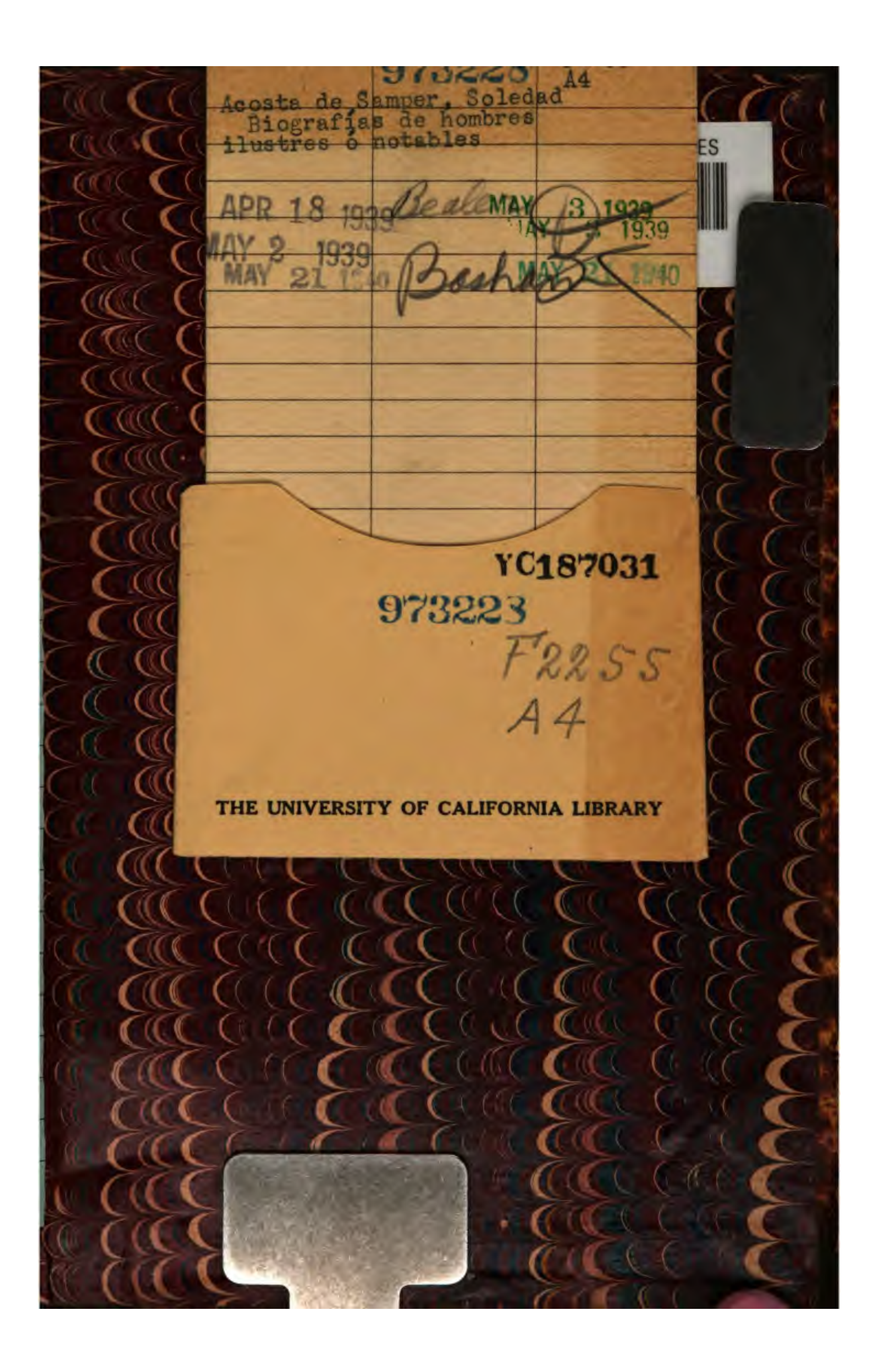
ZAMORA (FR. A. DE)—"Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada."

ZÁRATE (AGUSTÍN)—"Historia del Perú."

Y además muchas obras de Historia, Geografía é Historia Natural.






973223 A4
Acosta de Samper, Soledad
Biografías de hombres
ilustres ó notables
APR 18 1939
MAY 3 1939
MAY 2 1939
MAY 21 1940
YC187031
973223
F2255
A4
THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

